

[illegible]

HISTORIA GENERAL DE LOS VIAGES,

Ò NUEVA COLECCION

DE TODAS LAS RELACIONES de los que se han hecho por Mar, y Tierra, y se han publicado hasta ahora en diferentes Lenguas de todas las Naciones conocidas:

DONDE SE CONTIENE

LO MAS NOTABLE, UTIL, Y MAS CIERTO DE LOS PAISES, adonde han penetrado los Viageros, con las Costumbres, Religion, Usos, Artes, Ciencias, Comercio, y Manufacturas de sus Habitantes.

Obra traducida del Inglès al Francès

POR *EL ABATE ANTONIO FRANCISCO PREVOST;*

Y al Castellano

POR *DON MIGUEL TERRACINA.*

Aumentada con las Relaciones de los ultimos Viages, que se han hecho en este Siglo.

TOMO DECIMOQUINTO.

CON LICENCIA.

En Madrid: En la Imprenta de Don Juan Antonio Lozano. Año de 1775.



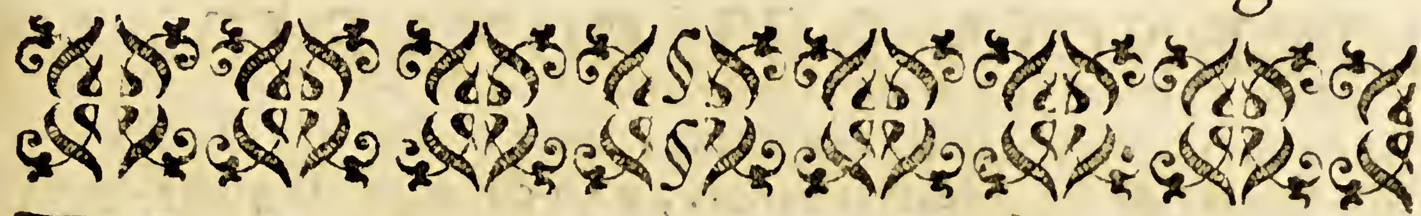
Se hallarà èste, y todos los antecedentes en la Imprenta del Real, y Supremo Consejo de las Indias, calle del Clavel, esquina à la de la Reyna.

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Juan Miguèl de Ocharàn, Oficial Mayor de la Secretaría de Cámara, y de Gobierno del Consejo, de cargo del Secretario Don Joseph Antonio de Yarza, cuyas ausencias, y enfermedades exerzo: Certifico, que por los Señores del Consejo se ha concedido licencia à Don Juan Antonio Lozano, Impresor en esta Corte, para que en uno, ò mas cuerpos, pueda vender, y dàr al Pùblico la *Coleccion de los Viages*, hecha en Francés por el *Abate Prevost*, y traducida al Castellano por *Don Miguél Terracina*; con tal, que esta Certificacion se ponga al principio de cada Libro. Y para que conste, lo firmè en Madrid á veinte y tres de Diciembre de mil setecientos sesenta y dos.

Don Juan Miguél de Ocharán.

HIS-



HISTORIA GENERAL DE LOS VIAGES, DESDE EL PRINCIPIO del Siglo XV.

SEGUNDA PARTE.

SIGUE EL LIBRO SEGUNDO.

VIAGES DE LOS FRANCESES à las Indias Orientales.

---

§. VI.

Palacios, Guardia, Oficiales, Mugeres, y Haciendas del Rey de Siam. Usos de la Corte.



LOS Palacios del Rey de Siam tienen tres cercas, y las del Palacio de la Capital estàn bastante apartadas una de otra para formar vastos patios. Todo lo que està dentro de la cerca interior; esto es, las habitaciones del Rey, algunos patios, y varios jardines, tiene el nombre de Vang en Siamès, y el Palacio entero, con todas sus cercas, el de Prasat. Un Siamés nunca entra ni sale del Vang sin prosternarse. DESCRIPCION DE SIAM.

DES-CRIPCION DE SIAM.

Las puertas del Palacio estàn siempre cerradas, y cada una tiene su Portero con armas; pero en lugar de llevarlas, las tiene en su quarto, y si alguno llama, avisa el Portero al Oficial que manda en las primeras cercas, y sin cuyo permiso nadie entra ni sale; pero ninguno entra armado, ni despues de haber bebido arrack, por miedo de que el Palacio no sea profanado por personas ebrias, á cuyo fin registra el Oficial, y huele el aliento à todos los que han de entrar. Este oficio es doble. Los que lo exercen, sirven alternativamente y por dias, y su servicio dura veinte y quatro horas, despues de las quales pueden retirarse à sus casas. Daseles el titulo de Oc Mening-Tchiou, ò de Pra Mening Tchiou; y al Gobernador del Vang, el de Oc ya-Vang. En este estan reunidos todos los cargos concernientes à la reparacion de los edificios, al orden que debe observarse en el Palacio, y al gasto que se hace para la manutencion del Rey, de sus mugeres, de sus Eunucos, y de todos los que estàn en el Vang.

Entre las dos primeras cercas, baxo de una especie de cobertizo, se ve siempre un corto numero de Soldados sentados en el suelo, y desarmados, del numero de los Kenlay, ó Brazos pintados, cuyas principales ocupaciones se han referido ya. El Oficial que los manda inmediatamente, y que es tambien Brazo pintado, se nombra Oncarac. El y sus gentes son los Executores de la Justicia del Rey, asi como los Oficiales, y Soldados de las Cortes Pretorianas, lo eran de la de los Emperadores Romanos; pero no dexan de velar al mismo tiempo en la seguridad del Monarca. En un quarto del Palacio se guardan armas para armarlos en caso de necesidad. Conducen el Balon de S. M. y el Rey no tiene otra Guardia de á pie. Su oficio es hereditario como todos los empleos del Reyno, y la ley antigua reduce su numero à seiscientos.

En los dias de ceremonia hace poner el Rey sus Esclavos sobre las armas, y si no bastan estos, se arma á los de los principales Oficiales del Estado. Danseles camisas de muselina, teñidas de encarnado, mosquetes, arcos, lanzas, y morriones de madera dorada. Los Reyes de Siam tenian antiguamente una Guardia de seiscientos Japones; pero haciendo temblar á todo el Reyno el valor Japon, un Rey que se habia valido de ellos para usurpar la Corona, halló medio de apartarlos de sí, mas bien con maña, que con fuerza.

La Guardia de á cavallo del Rey de Siam, se compone de Estrangeros, la mayor parte de Laos, y de otro Paìs vecino cuya Capital se nombra Meen. Como le sirven por meses, estiende esta guardia segun el numero de cavallos que quiere emplear para ella. El Comandante de esta tropa de mano derecha, era Oc-Caune Ran Pachi, cuyo hijo se ha visto en Francia aprender

por

por algunos años en Trianon, el arte de conducir los manantiales de agua, y las fuentes. La Guardia de mano izquierda, es mandada por otro Señor intitulado Oc Caune Pipit Charat Chan; pero ſuperior á eſtos dos Oficiales, manda el Oc-ya-Lao la Guardia de los Laos, y Oc-ya-Meen la de los Meen. La Loubere advierte que eſte Oc-ya Meen, es diferente del que tiene á ſu cargo las mugeres proſtituidas. Además de eſtos diferentes cuerpos, mantiene el Rey de Siam una Guardia Eſtrangera, compueſta de 130. Soldados á caballo; pero ni ellos, ni los Meen, ni los Laos hacen nunca Guardia en Palacio. Aviſaſeles para acompañar al Rey quando ha de ſalir, y ſus funciones pertenecen al ſervicio exterior del Palacio.

Deſcripcion de Siam.

Eſta Guardia eſtrangera, conſiſte primeramente en dos Compañias, cada una de treinta Moros, originarios, ò naturales de los Eſtados del Mogol, todas gentes de buen roſtro, pero que ſon tenidos por cobardes. En ſegundo lugar, una Compañia de veinte Tartaros Chinos, armados de arcos, y de flechas, que ſon temidos por ſu valor; y finalmente, dos Compañias, cada una de veinte hombres, verdaderos Indios, veſtidos à la Moriſca, que ſe nombran Rasbouts, ó Ragibouts, y que ſe jactan todos de ſer de eſtirpe Real. Su valor es celebrado, aunque ſolo ſe debe atribuir al efecto ordinario del Opio.

El Rey ſurte à toda eſta milicia de armas, y de cavallos. Cada Moro le cueſta por año tres Catis, y doce Teils, eſto es unas quinientas quarenta libras, y una chupa de tela de lana encarnada. Su gaſto para cada uno de los dos Capitanes Moros aſciende à cinco Catis, y doce Teils, eſto es ochocientas quarenta libras, y una chupa de eſcarlata. Los Ragibouts tienen ſu ſueldo ſobre el miſmo pie; pero cada Tartaro Chino, no cueſta al Rey mas que ſeis Teils, ò quarenta y cinco libras al año, y ſu Capitan quince Teils, ò ciento y doce libras, y diez ſueldos.

En las primeras cercas eſtàn tambien las caſas de los Elefantes, y las caballerizas de los mas bellos caballos del Rey. Llamanſe Elefantes, y caballos de nombre, porque efectivamente les pone uno eſte Principe, como á todos los Oficiales interiores de ſu Palacio, y à los mas conſiderables del Eſtado. Los Elefantes de nombre, ſon tratados con mas, ò menos atencion, ſegun el nombre, mas ò menos honroſo que han recibido; pero qualquiera de eſtos animales tiene muchos hombres en ſu ſervicio, y nunca ſalen ſino enjaezados. Los Siameſes tienen generalmente tan alta idea de los Elefantes, que eſtán perſuadidos, que un animal tan noble, tan vigoroſo, y tan docil no puede eſtàr animado ſino de una alma iluſtre, que haya ſido en otro tiempo la de algun Principe, ò gran perſonage. Todavia tienen mas reſpeto á los Elefantes blancos, cuya eſpecie es ra-

Des crip- cion de Siam.

ra, y aun no enteramente blanca, sino de color de carne, y de ahì nace sin duda, que un Viagero habla del Elefante blanco, y encarnado. Los Siameses nombran á este color Peuack, y La Loubere le atribuye la veneracion que tienen à un animal, que une esta ventaja à las qualidades comunes à su especie. Confirma su opinion, por el aprecio extraordinario que hacen de los caballos blancos. El Rey de Siam, dice, teniendo enfermo uno de sus caballos, mandò rogar á Monsieur Vincent, Medico Provenzano, le recetase algun remedio; pero sabiendo que los Medicos Europeos no se sujetan à tratar con las bestias, le hizo decir que el caballo era Mogol, esto es blanco, y de quatro razas por linea paterna, y materna, conocidas sin ninguna mezcla de sangre Indiana. Los Indios dan à los Blancos el nombre de Mogols, que distinguen en Mogols de Asia, y Mogols de Europa. Despues de los Elefantes blancos, estiman los Siameses los que son enteramente negros, que no se hallan en mayor numero, y aun tiñen algunos de este color, quando no los hallan naturalmente bastante negros. En el primer viage de Tachard, se ha leido que el Rey de Siam mantiene siempre en su Palacio un Elefante blanco, que es tratado como el Rey de los animales de su especie.

El cuidado de los Balones, y de las Galeras del Rey, pertenece al gran Oficial que tiene el titulo de Calla Hom. Su arsenal está frente del Palacio, del que solo lo separa el rio. Alli cada una de estas embarcaciones està cerrada en una trinchera, en donde se introduce el agua del rio, y la qual está cercada de un foso de madera. Estas cercas se cierran con llave, y son guardadas por la noche.

El Vang tiene algunas de las salas isladas, cuya descripcion se ha dado ya, que sirven de lugar de Junta á los Oficiales de la Corte, ya para sus funciones, y ya para esperar la orden del Rey. El lugar ordinario en donde recibe este Principe sus homenages, es el mismo salon en donde tubieron sus Audiencias el Embaxador, y los Enviados de Francia, y en el qual solo se dexa ver por una ventana. Los Oficiales de su Càmara asisten alli continuamente para estar prontos á executar su voluntad. Algunos Viageros dan este nombre á quarenta y quatro hombres, de los quales el de mas edad no pasa de veinte y cinco años. Otros los nombran Pages, y los Siameses Mahatlek. Estan divididos en quatro filas iguales, las dos primeras de la mano derecha, que se prosternan en el salon á la derecha del Rey, y las otras dos de la mano izquierda. Este Principe da à cada uno el nombre que ha de tener, y un sable. Encargales sus ordenes para los Pages exteriores, que son en grande numero, y que no reciben el nombre del Rey. Los Siameses nombran Caloang á esta segunda orden

den de Pages, cuyo oficio mas comun es llevar las ordenes del Rey à las Provincias.

DESCRIPCION DE SIAM.

Pero los quarenta Pages de lo interior tienen otras ocupaciones arregladas: unos presentan el Betel al Rey, otros tienen cuidado de sus armas, de sus libreas, y de todo lo que sirve para su diversion, y tambien leen en su presencia. La Loubere añade á lo que se ha referido en Tachard de la inclinacion de este Monarca à nuestros libros, que se habia hecho traducir en Siamés muchas historias, entre las quales nombra la de Alexandro Magno. El mismo Viagero habla de un Oficial de cuyo titulo no ha podido acordarse, y que es el unico que està esento de prosternarse en el salon delante del Rey su señor, lo que hace su empleo muy honroso. Su oficio es tener incesantemente puestos los ojos en el Principe, para recibir sus ordenes, que conoce en ciertas señas establecidas, y que da à entender con otras señas á los Oficiales exteriores.

Los verdaderos Oficiales de la Cámara son las mugeres, que gozan solas del derecho de entrar en ella, sin que se estienda à los Eunucos. Hacen la cama, y la comida del Rey, lo visten, y le sirven en la mesa; pero al vestirlo no tocan nunca su cabeza. Los Proveedores llevan las provisiones à los Eunucos, quienes las entregan à las mugeres: la que guisa emplea la sal, y las especias por peso, para no engañarse en la medida.

Nunca salen las mugeres del Palacio sino con el Rey, y los Eunucos tampoco pueden apartarse de èl sin orden expresa. Aseguròse à La Loubere que el numero de los Eunucos blancos, y negros no pasaba de ocho ú diez. La Reyna de Siam, además de su titulo, que la distingue de las demás mugeres del Rey, tiene sobre ellas, y sobre los Eunucos una autoridad, que la hace mirar particularmente como á su Soberana. Juzga sus disputas, y los hace castigar para mantenerlos en paz.

En Siam se toman doncellas para el servicio del Vang, y para los placeres del Rey; pero los Siameses no consienten nunca con gusto esto, porque no tienen esperanza de volverlas á ver, y la mayor parte se rescatan de esta gavela á fuerza de dinero. Este uso está tan bien establecido, que los Oficiales del Palacio toman muchas doncellas, con el unico fin de que las rescaten sus Parientes. El numero de las mugeres subalternas del Rey, casi no pasa de diez, que toma menos, como ya se ha advertido, por incontinencia, que por obstentacion de magnificencia, y de grandeza. Los Siameses se han admirado de que un Rey tan poderoso como el de Francia, no tubiese mas que una muger, y de que careciese de Elefantes.

La Reyna tiene los suyos, Balones, y Oficiales que los gobiernan; pero solo la ven sus criados, y sus Eunucos. En los paseos

Descripcion de Siam.

seos que hace en Balon, ó en un Elefante, va en una silla cerrada con cortinas, que le dexan libre la vista; pero que impiden que la vean, y los que se encuentran al paso deben prosternarse. Tiene Almacenes propios, Navios, y caudales, y exerce el comercio. Mientras que los Enviados estaban en Siam, la Princesa Reyna se hallaba en mala inteligencia con su Padre; porque en desprecio de las costumbres antiguas, se habia reservado todo el comercio estrangero.

Las hijas no succeden à la Corona, y apenas se cuentan en la clase de las personas libres. El hereditario presuntivo segun las leyes, deberia ser siempre el Primogenito de la Reyna; pero como los Siameses tienen dificultad en sufrir, que entre los Principes de la misma clase, el de mas edad se prosterne delante del mas joven, sucede por lo regular que el Primogenito de todos los hijos del Rey logra la preferencia. Un Viagero asegura que casi siempre la fuerza es la que decide, contribuyendo los mismos Reyes à hacer incierta la succesion, porque en lugar de elegir constantemente al hijo Primogenito de la Reyna, se dexan llevar de su inclinacion al hijo de alguna concubina à que han tenido cariño.

Aunque las mugeres del Palacio son las que visten al Rey, no cuidan de su guarda-ropa. El Estado tiene Oficiales para este empleo, de los quales el mas considerable es el que toca al gorro del Monarca, y que regularmente es un Principe de la Sangre Real de Camboya. Tiene el titulo de Oc-ya Out Haya Tanne.

El Reyno de Siam no tiene Canciller. Todos los Oficiales que se hallan autorizados para dar por escrito Sentencias, ú ordenes, nombrados generalmente Taba, poseen un Sello que les da el Rey. Este Monarca tiene tambien el suyo, que no confia à nadie, y que emplea para todo lo que procede inmediatamente de él. La hechura de los Sellos Siameses, es de realce. Untanse con una especie de tinta encarnada, y se imprimen con la mano. Un Oficial inferior tiene este trabajo; pero el Oficial que posee el Sello, debe levantarlo por su propia mano de encima del papel.

El Proa-Clang, ó segun la corrupcion de los Portugueses el Barcalon, es el Oficial que tiene la comision del comercio exterior, é interior del Reyno, y el Superintendente de los Almacenes del Rey, ò mas bien su primer Factor. Este titulo se compone del termino Bali Pra, que significa Señor, y de Clang que se interpreta Almacen. El Barcalon es tenido tambien por Ministro de los negocios estrangeros, porque se reducen unicamente al comercio. A èl acuden las Naciones refugiadas en Siam para sus negocios, porque la mayor parte son atrahidas por el comercio. Finalmente, él es quien recibe las rentas de las Ciudades del Reyno.

Dis-

Distinguense dos especies de rentas Reales, las de las Ciudades, y las de la Campaña. Las primeras, que son recibidas en primera mano por Oc-ya-Pillatep segun La Loubere y por Voretep segun Gervasio, consisten en trece articulos. DESCRIPCION DE SIAM.

1 Sobre quarenta brazas quadradas de tierras de labor, un Mayon, ó un quarto de Tical cada año; pero esta renta se parte con el Tchaou Menang, y no se paga con mucha fidelidad en las fronteras.

2 Sobre los Barcos, ò Balones un Tical, por cada braza de largo. Este derecho se cobra como en una especie de Aduana en ciertos parages del rio, particularmente en Tchainat, quatro, ó cinco leguas mas arriba de Siam.

3 Las Aduanas sobre todo lo que entra, y sale por Mar. El cuerpo del Navio paga tambien alguna cosa à proporcion de su buque.

4 Un Tical sobre el Arrack, ó aguardiente de arroz, esto es, sobre cada hornillo de destilacion, que se nombra Tlaou-Laou. Este derecho se exige tanto à los Estrangeros, como à los naturales del Paìs. Los Mercaderes de Arrack por menor pagan tambien un Tical al año.

5 Medio Tical, ó dos Mayons sobre la fruta que se llama Durion, esto es, sobre cada pie de arbol.

6 Un Tical sobre cada pie de Betel.

7 Sobre cada arbol de Areca, seis bellotas de Areca en especie.

8 Medio Tical sobre cada Cocotero, y un Tical sobre cada pie de Naranjo, &c. Los arbolillos de Pimienta, no pagan nada, porque la Corte se propone multiplicarlos, y favorece, y fomenta quanto es posible su cultivo.

9 En muchos parages del Reyno, hace cultivar el Rey por sus esclavos, ò por medio del servicio ordinario, Jardines grandes y tierras, cuyos frutos hace recoger, y guardar para la manutencion de su casa, y de sus esclavos, de los Elefantes, y de los Caballos. Lo demàs se vende à beneficio suyo.

10 Llamase renta casual los regalos que recibe este Principe de sus vasallos, y de todos los Oficiales del Reyno; las mandas que le hacen los Oficiales al morir, ó lo que toma de su herencia; los impuestos arbitrarios que exige en muchas ocasiones, como el arribo de los Embaxadores Estrangeros, para proveer á su manutencion en su paso, y mientras que residen en Siam, ò como la construccion de las Fortalezas, y de las demàs obras publicas.

11 Las rentas de la Justicia, que consisten en las confiscaciones, y multas.

12 Los seis meses de servicio, que debe hacer cada vasallo li-

libre. En algunos lugares ſe comuta eſte ſervicio en paga que ſe hace en arroz, en palo de Sapan, ó de Aloes, en ſalitre, en Elefantes, en pieles de animales, en marfil, y en otras diferentes mercaderías. Algunas veces ſe paga en dinero, à cuyo medio recurren los Siameſes ricos para eximirſe de él. Antiguamente ſe regulaba en un Tical cada mes, porque un Tical es ſuficiente para la manutencion de un hombre, y eſta valuacion ſirve todavia de regla para los jornales de los trabajadores. No obſtante, ſalen á dos Ticales cada mes; porque no ganando un trabajador nada en los ſeis meſes que emplea en ſervicio del Principe, tiene que ganar en los otros ſeis meſes para mantenerſe todo el año. El Principe ſe ha pueſto poco à poco en eſtado de exigir haſta dos Ticales por la exempcion del ſervicio.

13 El comercio del Rey con ſus vaſallos, y con los Eſtrangeros, compone una parte muy conſiderable de ſu renta. Lo ha eſtendido de tal modo, que el oficio de Mercader en Siam, no lo es ya caſi de los particulares, y no ſolo hace el comercio por mayor, ſino que mantiene Tiendas en los Mercados para vender por menor.

Los lienzos de algodon ſon el principal objeto de ſu comercio interior. Envialos à un grande numero de almacenes, que mantiene en las Provincias. Antiguamente los Reyes de Siam no remitian à ellos las proviſiones de lienzo, ſino de diez en diez años, y en una cantidad moderada, que permitia à los Mercaderes hacer el miſmo comercio luego que ſe acababa la proviſion de los almacenes Reales. Al preſente ſurte la Corte de ellos ſin ceſar, y ſiempre mas de los que ſe pueden deſpachar. Algunas veces ſucede que para vender mas, obliga el Rey á ſus vaſallos à veſtir ſus hijos antes de la edad eſtablecida. Haſta que los Holandeſes han penetrado en el Reyno de Laos, y en otros Eſtados vecinos, ha hecho el Rey de Siam todo el comercio de los lienzos con una utilidad conſiderable.

La eſpecie de metal nombrado Calin, pertenece unicamente á la Corona, à excepcion del que ſe ſaca de las minas de Jonſalan en el Golfo de Bengala. Eſta es una frontera diſtante, en donde gozan los habitantes de ſus antiguos derechos ſobre las minas, pagando al Principe un ligero tributo.

Todo el marfil corresponde al Rey: ſus vaſallos eſtán obligados á venderle el que no emplean para ſus propios uſos, y los Eſtrangeros no pueden comprarlo ſino en ſu almacen. El comercio del ſalitre, del plomo, y del Sapan es tambien derecho Real.

La Areka, de que ſale una porcion conſiderable fuera del Reyno, ſolo puede venderla el Rey á los Eſtrangeros, y además de la que ſaca de ſus rentas particulares la compra de ſus vaſallos.

Las

Las mercaderías de contrabando, como el azufre, la polvora, y las armas, no pueden venderse, ni comprarse en Siam, sino à beneficio del Rey, y en su almacen. Este Principe se ha obligado por medio de un tratado con los Holandeses à venderles todas las pieles de los animales; pero sus vasallos descaminan muchas, que compran los Holandeses de ellos á mejor precio. Lo restante del comercio es permitido à todos los Siameses, esto es, que venden libremente arroz, pescado, sal, azucar negra, y candi, ambar gris, hierro, cobre, cera, la goma de que se hace el barniz, la nacar de perlas, los nidos de pajaros que sirven en los banquetes, y que vienen de Tonkin, y de la Cochinchina, incienso, aceyte, cocos, algodon, canela, Nenufar, casia, tamarindos, y otras producciones del Pais, ò estrangeras. Todos tienen facultad para hacer, ó vender sal, y para emplearse en la pesca, y caza, con restricciones de policía, que prohiben los métodos perjudiciales. DESCRIPCION DE SIAM.

El Viagero á quien se deben estas curiosas averiguaciones añade, que el Rey de Siam nunca ha cobrado bien sus rentas en las tierras apartadas de la Corte. Cuentase que el dinero corriente que sacaba antiguamente de sus dominios, ascendia à un millon y dos mil libras, y que al presente no saca menos de dos millones: computo incierto segun La Loubere, que asegura que solo en el ultimo reynado se habian aumentado las rentas de la Corona de Siam un millon.

§. VII.

Talapoines, y sus Conventos. Religion, y Exequias de los Siameses.

YA se ha hecho observar el origen del nombre de los Talapoines, y el de el de Pagodos, que la mayor parte de nuestros Viageros han tenido sin razon por nombres Siameses. Los Talapoines se nombran Tchaoucou en lengua del País; los Templos Pihan, y los Conventos Vat.

Un Convento, y su Templo ocupan un terreno grande quadrado que está cercado de una empalizada de bambu. El templo está en el centro, que es el lugar de honor entre los Siameses, particularmente en sus acampamentos, cuya figura imitan los Conventos de los Talapoines. Las extremidades del espacio á lo largo de la empalizada, están rodeadas de celdas en orden doble, ò triple. Estos edificios son otras tantas casas pequeñas, isladas,

Descripcion de Siam.

levantadas sobre pilares, por miedo de las inundaciones. La del superior se distingue por su magnitud, y elevacion. El terreno que comprende el templo, està rodeado de quatro tapias, que dexan entre sí, y las celdas un dilatado espacio, al qual se puede dar el nombre de patio. En algunos Conventos estas murallas solo sirven de cerca al terreno del Templo, y de las pyramides. Otros tienen á lo largo de estas murallas corredores cubiertos parecidos á nuestros Claustros, y sobre una contra muralla de muy poca altura que hay al rededor de estos corredores, se ve una fila de Idolos, algunas veces muy bien dorados.

Las Talapoinas, esto es, las mugeres que abrazan la vida religiosa, y que poco mas ò menos observan la misma regla que los hombres, no tienen otra habitacion que las de los Talapoines. Como nunca toman este estado en la juventud, se tiene la edad por fianza suficiente para su continencia. Todos los Conventos no tienen Talapoinas; pero en los que las reciben, rodean sus celdas uno de los lados de la empalizada de Bambu, sin estar separadas de otro modo de las de los hombres.

Los Nens, ó Niños Talapoines estàn repartidos en cada celda segun la eleccion de sus padres, y un Talapoin no puede recibir mas que tres. Algunos llegan á envejecer en el estado de Nens, que no es del todo religioso, y el mas anciano se distingue con el titulo de Taten. Entre diferentes ocupaciones, tienen la de arrancar las hierbas que se crian en la cerca del Convento, lo qual no pueden hacer sin pecar los Talapoines. Generalmente los Nens sirven al Talapoin en cuya casa estàn alojados. Su escuela es una sala grande de Bambu, que no se emplea mas que para este uso; pero en cada Convento hay otra sala, á donde lleva el Pueblo sus limosnas quando está cerrado el Templo, y que sirve á los Talapoines para tener sus conferencias ordinarias.

El campanario es una torre de madera que se nombra Horacang, ò torre de la campana, y que tiene una sin badajo, sobre la qual se dá, para tocarla, con un mazo de madera.

Cada Convento está baxo el mando de un superior, que tiene el titulo de Tchau Vat; pero todos los superiores no son iguales en dignidad. El primer grado es el de Sancrat, y de todos los Sancrats el del Palacio es el mas reverenciado. No obstante, no tienen jurisdiccion alguna unos sobre otros, y este Cuerpo llegaría á ser formidable, si no tubiese mas que un Gefe, y si obrase de acuerdo, ó por las mismas maximas.

Nuestros Misioneros han comparado los Sancrats à los Obispos, y los simples Superiores á los Curas, con mucha inclinacion à persuadirse que el Reyno de Siam tenia antiguamente Obispos Christianos, à los quales han succedido los Sancrats. La Loubere observa que con efecto poseen los Sancrats solos el derecho

cho de hacer Talapoines, asi como nueſtros Obiſpos tienen el de ordenar Sacerdotes; pero no eſtàn además caracterizados con ninguna eſpecie de jurisdiccion, ni autoridad ſobre el Pueblo, ni aun ſobre los Talapoines que no ſon de ſu Convento ; y ſu prerrogativa ſe reduce à gobernar ciertos Conventos que no pueden ſerlo ſino por Sancrats. Diſtinguenſe de los que tienen Tchaou-Vats, ò ſimples Superiores, en unas piedras dobles pueſtas al rededor del Templo, que tiene alguna ſemejanza, pero muy remota, con una mitra pueſta ſobre un pedeſtal. Sin duda por la hechura de eſtas piedras ſe ha paſado à creer que los Sancrats ſon eſpecie de Obiſpos, tanto mas, quanto los Siameſes ignoran qué es lo que ſignifican. Su numero correſponde al grado de la Dignidad, y nunca ſe ven menos de dos , ni mas de ocho. Descripcion de Siam.

El Rey da à los principales Sancrats nombre , un quitaſol, una ſilla , y hombres para llevarla ; pero caſi nunca emplean eſte equipage ſino para ir à Palacio.

El fin de ſu inſtitucion es mantenerſe de los pecados del Pueblo , y redimir con una vida penitente á los fieles que les dan limoſna. No comen en comunidad ; y aunque exercen la Hospitalidad con los ſeculares , ſin exceptuar los Christianos , les eſtá prohibido comunicarſe las limoſnas que reciben, ó á lo menos ha de paſar algun tiempo para hacerlo , porque para que alguno eſté eſento del precepto de la limoſna , es meneſter que haga obras demaſiado buenas ; pero la unica mira de eſte uſo es ſin duda ſujetarlos á todos al trabajo de la demanda , porque les es permitido aſiſtir á ſus hermanos en caſo de verdadera neceſidad. Tienen dos quartos uno á cada lado de ſu puerta para recibir à los paſageros que les piden refugio por la noche. En Siam ſe distinguen , como en lo reſtante de las Indias , dos eſpecies de Talapoines , unos que viven en los boſques , y otros en las Ciudades. Los Talapoines de los boſques paſan una vida que pareceria inſufrible, y que lo sería ſin duda, ſegun el juicio de la Loubere, en un clima menos calido que Siam , ó que la Tebayda. Los de las Ciudades, y los de los boſques, eſtàn obligados ſin excepcion á guardar el celibato, pena de fuego , mientras que permanecen en ſu profesion. El Rey, cuya autoridad reconocen, no les perdona nunca ſobre eſte importante articulo ; porque teniendo grandes privilegios, y particularmente eſtando eſentos de los ſeis meſes de ſervicio, llegaría à ſer ſu profeſion muy perjudicial al Eſtado, ſi la pereza natural de los Siameſes no tubieſe eſte freno que les impide abrazarla. Al miſmo fin los hace algunas veces examinar de ſu ſabiduría , eſto es , de la lengua del Pais, y de los libros de la Nacion. Quando llegaron los Franceſes acababa de reducir muchos millares de Talapoines al eſtado ſecular , porque eran ignorantes. Su Examinador habia ſido Oc-Louang Sou-

Des cripcion de Siam.

racac, Mandarin joven de treinta años de edad; pero los Tasapoines de las selvas, se habian negado à que los examinase un seglar, y no querian estar sujetos à otro examen que el de sus superiores.

Explican al Pueblo la Doctrina que contienen sus libros. Los dias señalados para sus predicaciones son el que sigue á todas las lunas llenas, y nuevas. Quando el rio se aumenta con las lluvias, y hasta que la inundacion empieza á baxar, predican todos los dias, desde las seis de la mañana hasta comer, y desde la una hasta las cinco de la tarde. El Predicador está sentado con las piernas cruzadas en una silla elevada, y muchos Talapoines, se succeden en este oficio. El pueblo frecuenta los Templos, y aprueba la Doctrina que se le predica, con dos palabras Balis que significan Si Señor. Todos dan despues limosna al Predicador, y un Talapoin que predica à menudo no dexa de enriquecerse. El tiempo de la inundacion es el que han nombrado los Europeos Quaresma de los Talapoines. Su ayuno consiste en no comer nada desde medio dia, à excepcion del betel, que pueden mascar; pero esta abstinencia debe serles tanto menos dificil, quanto en otros tiempos no comen mas que fruta por la noche. Los Indios son naturalmente tan sobrios, que pueden sostener un ayuno largo con el socorro de un poco licor, en el que mezclan polvos de alguna madera amarga.

Despues de la cosecha del arroz, van los Talapoines todas las noches por espacio de tres semanas á velar en medio de los campos, debajo de cabañas pequeñas, que forman entre sí un quadro regular. La del superior ocupa el centro, y sobresale encima de las demàs. De dia vuelven à visitar el templo, y á dormir en sus celdas. Ningun Viagero explica la mente de este uso, ni què significan unos rosarios de ciento y ocho granos, con los quales rezan oraciones en lengua Balia. En sus vigilias nocturnas no encienden fuego para auyentar los animales feroces, aunque los Siameses no viajen por la noche sin esta precaucion, por cuya razon tiene el Pueblo por milagro que los Talapoines no sean devorados. Los de las selvas viven con la misma serenidad sin Convento, ni templos, y el Pueblo se persuade, que los Tigres, los Elefantes, y los Rinocerontes, lejos de acometerlos, ò de dañarles, les lamen los pies, y las manos quando los encuentran dormidos. La Loubere admirando su genero de vida, juzga, que pasan la noche en selvas muy espesas, para libertarse de estos animales; aunque ademàs, si se hallasen, dice, los vestigios de algun hombre devorado, nunca se presumiría que fuese Talapoin, ò si habia alguna duda, se juzgaría que habia sido malo, sin que por esto se dejase de creer que las bestias respetan á los buenos.

Llevan descubierta la cabeza, y descalzos los pies como todo

el

el Pueblo. Su veſtido conſiſte en un paño, que llevan como los Seglares al rededor de la cintura, y de los muslos, pero que es de lienzo amarillo, con otros quatro pedazos, que no diſtinguen menos ſu eſtado. El primero, nombrado Angſa, es una eſpecie de vandolera, que tiene de ancho cinco, ó ſeis pulgadas, y que les cae deſde el hombro izquierdo, ſobre la cadera derecha, en donde ſe aſga con ſolo un boton. Sobre eſta vandolera llevan un lienzo grande amarillo, que nombran Pa Schivon; eſto es, lienzo de muchos pedazos, porque debe eſtar remendado en muchos parages. Eſte es una eſpecie de eſcapulario que llega haſta los pies por detrás, y por delante, y que no cubriendo mas que el hombro izquierdo, viene à parar à la cadera derecha, y deja libre los dos brazos. Encima de eſte adorno ſe ponen el Papat, otro lienzo de quatro, ò cinco pulgadas de ancho, que llevan tambien ſobre el hombro izquierdo. Eſte cae por delante haſta el ombligo, y caſi otro tanto por detràs, y ſu color es algunas veces encarnado; pero el Angſa, y el Pa Schivon deben ſer ſiempre amarillos. Finalmente, para ſoſtener el Pa Pat ſe ciñen por medio del cuerpo con una vanda de lienzo amarillo, que nombran Rappacod, y que es el quarto pedazo de ſu veſtido: el uſo de las camiſas de muſelina, y de las chupas les es prohibido. Para ſus demandas tienen una vacía de hierro, en donde reciben lo que ſe les dá; pero deben llevarlo en un talego de lienzo, que ſe ponen atraveſado como vandolera, con un cordon que tiene á las dos puntas, ſobre el hombro derecho. Des-crip-cion de Siam.

Se afeytan la barba, la cabeza, y las cejas. El Talapat, eſpecie de quitaſol pequeño, de la hechura de un abanico, que llevan inceſantemente en la mano, ſirve para preſervarlos del ardor del Sol. Sus ſuperiores eſtàn reducidos á afeytarſe ellos miſmos, porque no ſe puede tocarles la cabeza ſin faltarles al reſpeto. La miſma razon no permite á los Talapoines jovenes afeytar á los ancianos; pero eſtos hacen eſte ſervicio á los jovenes, y entre sì. Las navajas de afeytar Siameſas ſon de cobre.

Los dias ſeñalados para afeytarſe, ſon los de la luna nueva, y llena. Todos los Siameſes religioſos, y legos, ſantifican eſtos grandes dias con el ayuno, eſto es, que no comen en toda la tarde, ni por la noche. El Pueblo ſe abſtiene de la peſca, no en calidad de trabajo, pues ninguno eſtá prohibido, ſino porque no la cree del todo inocente. En los miſmos dias lleva á los Conventos diferentes eſpecies de limoſnas, de las quales las principales ſon dinero, frutas, paños, y animales. Si eſtos eſtan muertos, ſirven de alimento á los Talapoines; pero eſtán obligados á dejar vivir, y morir al rededor del Templo los que ſe trahen vivos, y la ley no les permite comerlos haſta que ſe mueren naturalmente. Asimiſmo, ſe vè cerca de muchos Templos, un eſtanque de agua pa-

Descripcion de Siam.

para el pescado vivo, que se trahe de limosna.

Lo que se ofrece al Idolo, debe pasar por manos de un Talapoin, que regularmente lo pone sobre el Altar, y que lo retira despues para emplearlo en su uso. El Pueblo ofrece bugías encendidas, que ponen los Talapoines en las rodillas de la estatua; pero los sacrificios sangrientos estàn prohibidos por la misma ley que no permite matar ningun animal viviente. En la luna llena del quinto mes, lavan los Talapoines el Idolo con aguas perfumadas, teniendo cuidado, por respeto, de no mojarle la cabeza, y despues hacen lo mismo con su Sancrat. El Pueblo vá à lavar tambien á los Sancrats, y á los Talapoines. En las familias lavan los hijos á sus padres, sin ninguna atencion al sexo. Este uso se observa tambien en el Païs de Laos, con la singularidad de que se lava en èl al Rey mismo en un rio.

Los Talapoines no tienen relox, ni deben levantarse hasta que haya bastante claridad para discernir las venas de las manos, por miedo de no exponerse con la obscuridad á matar algun insecto pisandolo sin verlo. De este modo, aunque la campana los despierte antes del amanecer, no por eso se levantan mas temprano. Su primer exercicio es ir á pasar dos horas en el Templo con su superior. Alli cantan, ó rezan oraciones en lengua Balia, sentados con las piernas cruzadas, y moviendo incesantemente su Talapat como si quisiesen hacerse ayre. Pronuncian cada silaba à tiempos iguales, y en un mismo tono. Al entrar en el Templo se prosternan tres veces delante de la estatua.

Despues de la oracion se esparcen por la Ciudad el espacio de una hora, para pedir limosna; pero nunca salen del Convento, ni vuelven à entrar sin saludar à su superior, prosternandose delante de èl, hasta tocar el suelo con la frente. Como está sentado con las piernas cruzadas, cogen con las dos manos uno de sus pies, que ponen respetuosamente sobre su cabeza. Para pedir limosna se presentan callando á las puertas de las casas, y si no se les dà cosa algnna, se retiran con el mismo aspecto de modestia; pero rara vez sucede que se les niegue la limosna, y sus parientes, además, acuden à todas sus necesidades. Muchos Conventos tienen jardines, tierras de labor, y Esclavos para cultivarlas. Sus tierras son libres de impuestos, y el Rey nunca toca à ellas, aunque sea suya la propiedad, si no las ha cedido por escrito.

Al volver de la demanda pueden almorzar los Talapoines. Despues estudian, ò toman la ocupacion que les dicta su gusto, y talentos, hasta el medio dia, que es la hora de comer. Por la tarde instruyen à los Talapoines jovenes, y La Loubere añade que pasan parte de ella durmiendo. Al anochecer barren el Templo, despues de lo qual pasan en èl, como por la mañana, dos horas cantando. Si comen por la noche, es unicamente fruta.

ta. Aunque parezca que tienen ocupado el dia con esta variedad de exercicios, les queda tiempo de pasearse en la Ciudad por la tarde, y no hay calle en donde no se encuentre algun Talapoin. DES-CRIP-CION DE SIAM.

Además de los Esclavos que pueden mantener para el cultivo de las tierras, tiene cada Convento muchos criados, que se nombran Tapacou, y que son verdaderamente seglares, aunque llevan habito religioso, con sola la diferencia de que su color es blanco. Su oficio es recibir el dinero que se dà à sus amos, porque los Talapoines no pueden tocarlo sin delito; administrar los bienes, y hacer en una palabra todo aquello que la ley no permite á los Religiosos.

Un Siamés que quiere este estado, se dirige al superior de algun Convento. El derecho de dar el habito, pertenece solo á los Sancrats, quienes señalan un dia para esta ceremonia. Como el estado de un Talapoin es lucrativo, y no obliga necesariamente á tenerlo toda la vida, no hay familia que no se alegre de verlo abrazar á sus hijos. Los padres, y amigos acompañan al pretendiente con Musicos, y Baylarines. Entra en el Templo, à donde no son admitidas las mugeres, ni los instrumentos. Pelasele la cabeza, y se le afeytan las cejas, y la barba. El Sancrat le presenta el habito, que ha de ponerse él mismo, dejando caer por debajo el vestido secular. Mientras que está ocupado en esto, pronuncia el Sancrat muchas oraciones, que son sin duda la forma de la consagracion; y despues de algunas otras formalidades, el nuevo Talapoin, acompañado de la misma comitiva, pasa al Convento que ha escogido para su residencia. Sus Parientes dan una comida á todos los Talapoines del Convento; pero desde este dia no debe ver ya bayles, ni expectaculos profanos; y aunque la fiesta se celebra con muchas diversiones que se executan delante del Templo, está prohibido à los Talapoines mirarlas.

Las Talapoinas se nombran Nang-tchit en Lengua Siamesa; y no necesitando de Sancrat para dàrles el habito, que es blanco como el de los Tapacou, no son tenidas enteramente por Religiosas. Un simple superior preside á su recepcion, como á la de los Nens ò de los jovenes Talapoines. Aunque renuncian al matrimonio, no se castiga su incontinencia con tanto rigor como la de los hombres. En lugar del fuego que es el castigo de un Talapoin, cogido con una muger, se entregan las Talapoinas à su familia para que las castigue á palos. Los Religiosos Siameses de ambos sexos, no pueden herir á nadie. La eleccion de los superiores Sancrats, ó simples Tchaou Vat se hace en cada Convento á pluralidad de votos, y la suerte recae regularmente en el Talapoin mas anciano, ó mas sabio. Si la piedad mueve à un Particular á hacer construir un Templo, elige él mismo algun

Ta-

Des-
cripcion
de Siam.

Talapoin anciano para ſuperior de eſte nuevo eſtablecimiento, y el Convento ſe forma al rededor del Templo, al paſo que ſe preſentan nuevos habitantes: cada celda ſe conſtruye al arribo de el que la de ocupar.

No es poca empreſa el explicar el objeto del culto de los Siameſes, y ſu Religion. Tachard, á quien ſus luces naturales y la qualidad de Theologo hacen muy ſuperior al comun de los Viageros, merece ſin diſputa la preferencia que quiero dár à ſus obſervaciones. Declara, que la Religion Siameſa es muy ſingular, y que no puede conocerſe perfectamente ſino por los Libros Balis. La Lengua que tiene eſte nòmbre, ſolo es entendida de un corto número de Doctores Talapoines, en cuyo unico eſtudio ſe ocupan. No obſtante, el zelo de los Miſioneros les ha hecho vencer eſte obſtaculo; y lo que ſe ha podido deſcubrir en una materia tan obſcura, ſegun el P. Tachard, es lo que ſe ſigue.

Los Siameſes creen en Dios; pero entienden por eſte gran nombre un Sér compueſto de eſpiritu y de cuerpo, cuya propriedad es ſocorrer á los hombres, debiendoſe eſto entender, dandoles una Ley, preſcribiendoles los medios de vivir bien, y enſeñandoles la verdadera Religion, y las Ciencias que les ſon neceſarias. Las perfecciones que le atribuyen, ſon la reunion de todas las virtudes morales, en el grado mas ſublime, que debe al exercicio continuo que ha hecho de ellas en una infinidad de cuerpos que ha ocupado. Está libre de paſiones, y no siente ningun movimiento que pueda alterar su quietud; pero antes de llegar á este estado tan eminente, un cuidado continuo en vencer sus pasiones, ha producido tan prodigioſa mudanza en su cuerpo, que se le ha buelto blanca la ſangre. Puede mostrarse, ó hacerſe invisible à los ojos de los hombres. Su agilidad es admirable, y en un instante, con solo querer, puede ir de una extremidad á otra del mundo. Lo sabe todo, y su ciencia no consiſte, como la nuestra, en una ſerie de reflexiones, ò consecuencias, sino en una viſta clara, y simple, que le representa à un mismo tiempo los preceptos de la ley, los vicios, las virtudes, y los secretos mas ocultos de la naturaleza, lo pasado, lo presente, y lo futuro, el cielo, y la tierra, el Parayso, el infierno, todas las partes del mundo que vemos, y lo que pasa tambien en otros mundos que no conocemos. Representaſele con claridad todo lo que le ha sucedido desde la primera transmigracion de su Alma hasta la ultima.

No obstante, su felicidad no llega al colmo hasta que muere, para no renacer mas, pues entonces, no viniendo mas á la tierra, no está sujeto á ninguna miseria. Los Doctores Siameses comparan esta muerte á una hacha apagada, ó al ſueño, que nos hace insensibles á los males de la vida, con la diferencia de que al mo-

morir Dios, está libre de ellos para siempre; en lugar de que el sueño no es para los hombres mas que una suspension pasagera. Otra Deidad le succede, y el reynado de cada una dura ciertos años, hasta que el numero de los elegidos que deben santificar sus meritos se haya completado enteramente; despues de lo qual, desapareciendose del mundo, goza de un descanso eterno. El que le succede entra á gozar de todos sus derechos, y gobierna en lugar de él todo el universo. Descripcion de Siam.

Semejantes à estas, tienen otras muchas creencias igualmente erroneas. Creen que hay Angeles, à cuya guardia está confiada la conservacion de los hombres, y el gobierno del universo. Igualmente estan dados á la Doctrina Pitagorica, ò transmigracion de las almas, conformandose tanto con los Bramines, que no queda la menor duda que hayan aprendido unos, y otros esta idea de un mismo principio, aunque los Siameses dan otra explicacion á esta Doctrina, y no dejan de confesar que el vicio será castigado, y la virtud recompensada, en cuya virtud creen que hay un Paraíso, que ponen en el cielo mas alto, y un infierno que colocan en el centro de la tierra; pero no pueden persuadirse que uno, y otro sean eternos. Dividen el infierno en ocho lugares, que son ocho grados de pena, y el cielo en ocho diferentes grados de bienaventuranza.

Defienden que todo quanto sucede prospero, ó adverso en este mundo, es efecto de las buenas, y malas obras, y que la desgracia nunca se halla junta con la inocencia, por cuya razon las riquezas, las honras, la salud, y todos los demàs bienes son la remuneracion de una conducta virtuosa, y la infamia, la pobreza, y las enfermedades, son otros tantos castigos.

Cuentan cosas maravillosas de ciertos Anacoretas que nombran Pra-Rasi. Esta casta de solitarios pasan una vida muy santa, y austera en lugares, apartados del comercio humano. Los libros Siameses les atribuyen un conocimiento perfecto de los secretos mas ocultos de la naturaleza; el arte de hacer oro, y los demás metales preciosos, sin que haya milagro que sea superior à sus fuerzas. Toman toda especie de figuras, se elevan en el ayre, y pasan con ligereza de un lugar á otro; pero aunque puedan hacerse inmortales, porque conocen los medios de alargar su vida, se sacrifican á Dios de mil en mil años, por medio de una ofrenda voluntaria que hacen de sí mismos en una hoguera, á excepcion de uno solo, que se queda para resucitar á los otros. Aunque es igualmente peligroso, y dificil encontrar estos poderosos Hermitaños, sin embargo, los libros de los Talapoines enseñan el camino, y los medios de que es preciso valerse para llegar á los lugares que habitan.

Los Cielos, y la tierra son eternos, y un Siamés se admira

DES-CRIP-CION DE SIAM.

de que se les pueda atribuir principio, y fin. La tierra no es redonda, sino una superficie plana, que dividen en quatro partes quadradas. Las aguas que separan estas partes, son de una sutileza, que no permite entre sí ninguna especie de comunicacion; pero todo este espacio está cercado de una muralla, cuya fuerza es igual á su prodigiosa altura. En ella estan gravados en caracteres abultados, todos los secretos de la naturaleza; y como los portentosos Hermitaños, de que se ha hecho mencion, tienen tanta facilidad para pasar de un lugar à otro, van alli á adquirir sus conocimientos, y luces. Los hombres de las otras tres partes del mundo, tienen el rostro muy diferente del nuestro. En la primera lo tienen quadrado, los de la segunda redondo, y los de la tercera triangular. Todos los bienes se hallan en ellas con abundancia, sin ninguna mezcla de males, y los alimentos toman el gusto que se quiere, por cuya razon, no se puede exercer la caridad, ni otras virtudes. Los habitantes, como no tienen ocasion ninguna de merecer, no pueden adquirir la santidad, ni hacerse dignos de recompensa, ó de castigo, lo que les hace desear con ansia renacer en la parte que habitamos, en donde se presentan incesantemente ocasiones de hacer bien.

Toda la masa de la tierra tiene debaxo de sí una inmensa extension de agua que la sostiene, del mismo modo que el mar un Navio. Un viento impetuoso tiene suspensas estas aguas; y este viento, que es eterno como el mundo, las sostiene continuamente para impedir su caida. Tienen idea muy confusa del dia del fin del mundo, que ha de ser segun ellos dicen, cayendo fuego del Cielo sobre la tierra, que reducirá á cenizas todo quanto se encuentre en ella; y purificada esta, serà restablecida en su primer estado. Esta doctrina nace de otra explicacion. Los Siameses figuran que antiguamente tenian los hombres estatura gigantea, gozaban de perfecta salud por muchos siglos, no ignoraban nada, y pasaban una vida muy inocente. Habiendose disminuido todas estas ventajas con el transcurso de los tiempos, continuarà degenerando la especie humana, y los hombres llegarán finalmente á ser tan pequeños, y tan debiles, que apenas tendran la altura de un pie, en cuyo estado serà su vida muy corta. No obstante, crecerán en malicia, y en los ultimos tiempos se entregaràn à los delitos mas horrendos, sin tener leyes, ni verdadero conocimiento.

La Deidad que adoran los Siameses, se nombra Sommona-Codon, y su historia es una mezcla monstruosa del Christianismo, y de las mas ridiculas fabulas. Asimismo tienen alguna idea, pero muy confusa, y llena de errores, de la Persona de Jesu-Christo, de su Transfiguracion, y de su Pasion, y Muerte.

Toda la ley se comprende como la nuestra, en diez preceptos;

pe-

pero mucho mas severos, que particularmente obligan á los Talapoines. Tachard pone ocho principales para los legos. Primero, adorar á Dios, y su palabra, y á los que imitan sus virtudes. Segundo, no hurtar. Tercero, no beber vino, ni ningun licor que embriague. Quarto, no mentir, ni engañar à nadie. Quinto, no matar hombres, ni animales. Sexto, no cometer adulterio. Septimo, ayunar los dias de fiesta. Octavo, no trabajar los mismos dias. La Loubere reduce los preceptos á cinco, que son dice, casi los mismos en todos los parages de las Indias. Primero, no matar à nadie. Segundo, no hurtar. Tercero, no cometer ninguna impureza. Quarto, no mentir. Quinto, no beber licor que embriague. Añade que la perfeccion de la ley, no es sino para los Talapoines; no porque nadie pueda violarla sin pecado, sino porque su estado es mas perfecto en sí. Un Talapoin peca si al ir por las calles no tiene recogidos los sentidos. Igualmente peca, si se mezcla en los negocios de Estado, si tose para atraher la atencion de alguna muger, si usa de perfumes, ò si se adorna con demasiado cuidado, &c. Las circunstancias, ni la necesidad no escusan de pecado. Muchos articulos que nó son entre nosotros mas que de perfeccion, y de consejo, se tienen entre los Siameses por mandamientos indispensables. Tienen preceptos de limpieza, y de politica, que no respetan menos que los de la virtud.

Descripcion de Siam.

Sin voto, y sin ningun vinculo que obligue à los Talapoines al estado que han tomado, estàn sujetos al yugo mas riguroso de la obediencia, y de la castidad. La Loubere añade á estos el de la pobreza, porque les està prohibido tener mas que un vestido, y este no ha de ser exquisito; guardar ningun alimento, de un dia para otro; tocar oro, ni plata, ni tampoco desearlo; pero como pueden siempre que quieren, dejar su profesion, tienen el arte, pasando una vida pobre, y arreglada, de juntar con que vivir quando abandonan este estado.

Pasando á las exequias de los Siameses, luego que un enfermo ha dado el ultimo suspiro, se encierra su cuerpo en un atahud de madera, que se dora, ò barniza por fuera; pero como los barnices de Siam, menos buenos que los de la China, no impiden siempre que el olor del cuerpo exale por las rajas, se procura consumir los intestinos del difunto con mercurio que se le echa en la boca. Los mas ricos tienen atahudes de plomo, que hacen dorar tambien. Este se pone con respeto en algun parage alto, como en el tablero de una cama, para esperar á la cabeza de la familia si està ausente, ó para dar lugar à las disposiciones de las honras funebres. Enciendense velas, y se queman perfumes todas las noches; y cierto numero de Talapoines puestos en fila en la sala junto á las paredes, cantan en lengua

DESCRIPCION DE SIAM.

Balia. Daseles de comer, y se les paga su servicio. Sus canticos son moralidades, y lecciones sobre el camino del Cielo, que enseñan al alma del difunto. La familia elige un lugar comodo en el campo, para hacer alli al cuerpo las exequias, que consisten en quemarlo con diferentes ceremonias. Este lugar està regularmente junto à algun Templo, que el difunto, ó alguno de sus antepasados han hecho construir. Formase una cerca de bambu con algunos adornos de arquitectura, casi de la misma obra que los emparrados, y gabinetes de nuestros jardines, adornada de papeles pintados, ò dorados, que se recortan para representar casas, muebles y animales domesticos, y monteses. El centro de esta cerca, está ocupado por la hoguera, que componen las familias de maderas odoriferas, como el sandalo blanco, ó amarillo, y el palo de aguila. La mayor magnificencia consiste en dar mucha elevacion à la hoguera, no poniendo en ella mucha leña, sino haciendo tablados grandes, sobre los quales se echa tierra, y la hoguera encima. La Loubere refiere que en las Exequias de la ultima Reyna, se elevó tanto el tablado, que fue preciso emplear una maquina Europea para subir el atahud á esta altura.

El cuerpo se lleva al son de un grande numero de instrumentos á la frente del Comboy, que se compone de toda la familia, y amigos del muerto, hombres, y mugeres, vestidos de blanco, con la cabeza cubierta con un velo del mismo color. El viage se hace por agua, quando se puede escusar hacerlo por tierra. En las exequias magnificas se llevan maquinas grandes de Bambu cubiertas de papel pintado, y dorado, que representan, no solo Palacios, muebles, Elefantes, y otros animales ordinarios, sino tambien monstruos extravagantes, algunos de los quales se parecen à la figura humana. No se quema el atahud, y el cuerpo se pone desnudo sobre la hoguera. Los Talapoines del Convento mas inmediato, cantan por un quarto de hora, despues de lo qual se retiran sin dexarse ver mas. La religion no es la que los mueve à llamarlos à esta escena, sino solamente por hacerla mas magnifica. Esta ceremonia tiene alguna apariencia de fiesta, y aunque los parientes hagan ellos algunas lamentaciones, asegura La Loubere, que no se alquilan lloronas. Despues de retirados los Talapoines, se empiezan los espectaculos del Cone, y del Raban, que duran todo el dia en diferentes theatros. A las doce un criado de los Talapoines pega fuego á la hoguera, que regularmente se deja arder el espacio de dos horas. Si el que se quema es el cuerpo de un Principe de la Sangre, ò de algun Señor que ha nombrado el Rey, el mismo Monarca es el que pega fuego à la hoguera, sin salir de su Palacio, soltando una hacha encendida á lo largo de una cuerda,

que se tiende desde sus ventanas hasta el lugar de la execucion. Nunca consume el fuego enteramente el cuerpo, y no hace mas que tostarlo por lo regular. Las reliquias se guardan en el atahud, y se depositan debaxo de una de las Piramides que se ven al rededor de los Templos. Algunas veces se entierran alli con el difunto piedras, y otras riquezas, con la confianza de tenerlas mas seguras, en unos lugares que la Religion hace inviolables. Los que no tienen Templo, ni Piramide, guardan algunas veces en su casa las reliquias mal quemadas de sus parientes; pero se ven pocos Siameses bastante ricos para construir un Templo, que no empleen alguna parte de su hacienda en este establecimiento, y que no entierren alli las riquezas que les quedan. Los mas pobres hacen à lo menos algun Idolo, que dan à los Templos ya construidos; pero si su pobreza se estiende hasta no poder quemar sus parientes, los entierran con el socorro de los Talapoines; aunque sin embargo, como estos Religiosos nunca hacen nada de balde, los que no tienen çon que pagarles, exponen el cuerpo de sus parientes en algun lugar eminente, para servir de pasto á las aves de rapiña.

Descripcion de Siam.

Algunas veces sucede que un Siamés ensalzado á algun empleo, hace desenterrar el cuerpo de su padre, aunque haya muerto mucho antes, para hacerle Exequias magnificas, si las que se hicieron quando muriò, no correspondian á la elevacion presente de su familia. Ya se ha notado que en las enfermedades contagiosas, se acostumbra enterrar los cuerpos sin quemarlos, aunque se desentierren algunos años despues para hacerles esta honra. La ley prohibe quemar à los que condena la Justicia à muerte, á los niños que nacen muertos, á las mugeres que mueren de parto, à los que perecen en el agua, ò por alguna desgracia extraordinaria, como el rayo, &c. Los Siameses cuentan á estos desgraciados entre los culpados; porque segun sus principios, no puede suceder desgracia à la inocencia. El luto no es de obligacion en Siam, y cada uno puede arreglar las muestras de él ſegun el impulſo de ſu dolor; por cuya razon ſe vé mas regularmente à los padres llevar luto por la muerte de ſus hijos, que á eſtos por la de ſus padres. Algunas veces un padre ò una madre abrazan la vida religioſa deſpues de haber perdido lo que amaban en el Mundo, ò à lo menos ſe pelan la cabeza uno á otro. En ningun Viagero ſe lee, y todas las diligencias de La Loubere no han podido hacerle deſcubrir que los Siameſes invoquen á ſus parientes muertos; pero ſe creen atormentados continuamente con ſus apariciones. El temor y miedo, mas bien que la piedad, los mueve entonces á llevar junto á ſus ſepulcros manjares, que comen los animales, ó á hacer por ellos regalos á los Talapoines, quienes les predican, que la limoſna

re-

redime los pecados de los muertos y de los vivos.

§. VIII.

Historia Natural.

TOdas las Relaciones representan conformes al Reyno de Siam como un País inculto. En las partes que están apartadas de los Rios, está lleno de bosques, y las que están mejor regadas, y que la inundacion regular hace todavia mas fertiles, producen con bastante abundancia todo quanto les confia el trabajo de los habitantes. La Loubere atribuye particularmente su fecundidad al cieno que traen las lluvias delas montañas.

Los Siameses no conocen mas que tres estaciones, ó tiempos, el invierno, la primavera, y el verano. La primera, que no dura mas que dos meses, corresponde á los nuestros de Diciembre, y Enero. La segunda se compone de los tres siguientes, y los siete restantes forman el verano. De este modo, el invierno de los Siameses cae poco mas, ò menos en el mismo tiempo que el nuestro, porque estàn como nosotros al Nord de la Linea; pero es alli el invierno tan caliente como nuestro verano mas riguroso. Por esta razon, en qualquiera otro tiempo que el de la inundacion, cubren siempre las plantas de sus jardines para preservarlas del ardor del Sol, asi como nosotros cubrimos las nuestras para libertarlas del frio de la noche, ó del invierno. Sin embargo, para las necesidades del cuerpo, les parece la diminucion del calor un frio bastante incomodo. No tienen otoño, y en lugar de un solo verano riguroso, podrian contar dos, á imitacion de los antiguos que han hablado de las Indias, pues dos veces al año tienen perpendicularmente el Sol sobre su cabeza. El invierno es seco en Siam, y el verano lluvioso. Quàntas veces se ha observado que la Zona torrida seria sin duda inhabitable, si el Sol no acarrease siempre tras sí nieves, y lluvias, y si el viento no soplase alli incesantemente de uno de los Polos, quando el Sol està hacia el otro. De este modo, en el Reyno de Siam, hallandose el Sol mientras el invierno al Medio dia de la Linea, ó hacia el Polo antartico, reynan siempre los vientos del Nord, y templan el ayre hasta refrescarlo palpablemente. Por lo contrario, en el verano, quando el Sol està al Nord de la linea, y directamente sobre la cabeza de los Siameses, los vientos del Medio dia, que incesantemente soplan, causan lluvias continuas, ò á lo menos disponen el tiempo para llover. A esta regla constante de los tiempos, han nombrado los Portugueses Moncaos, y nuestras gentes de mar nombran Mouzons, tomado

de

de ellos; eſto es, Motiones aeris, segun Oſorio, y el Padre Maſco. Los vientos del Norte impiden à los Navios por ſeis meſes llegar á la barra de Siam, y los de Medio dia por otros ſeis ſalir de ella. DESCRIPCION DE SIAM.

La Loubere dá las obſervaciones ſiguientes, en favor de los Fiſicos, y Pilotos. Experimentamos, dice, en nueſtros mares que ſi los vientos ſon en ellos muy varios, ſe mudan ſin embargo, con la regla caſi infalible de no paſar del Norte, al Medio dia, ſino por el Levante, y del Medio dia al Norte, ſino por el Poniente, ni del Levante al Poniente, ſino por el Medio dia, y del Poniente al Levante, ſino por el Norte. De eſte modo dá ſiempre buelta el viento al Cielo en el miſmo orden, ò caſi nunca en el orden contrario, que nombran los Pilotos á contra. No obſtante, en la Zona templada, que eſtà al Medio dia de la Linea, quando hemos atraveſado eſtos mares que ſe hallan al Levante del Africa, hemos experimentado á nueſtra buelta de Siam, que los vientos iban ſiempre à contra; pero es cierto, que para aſegurar que eſto es conſtante, ſeria meneſter mas de una prueba. Sea lo que fuere, el viento no va à contra en el Golfo de Siam; pero tampoco dà alli buelta al Cielo mas que en el eſpacio de un año; en lugar de que en nueſtros mares, la dá en corto numero de dias, y algunas veces en uno ſolo. Quando en las Indias dá el ayre buelta al Cielo en un dia, es tempeſtuoso, y á eſto ſe llama propiamente uracan.

En los meſes de Marzo, Abril, y Mayo, reyna en Siam el viento de Medio dia. El Cielo se rebuelve, y empiezan las lluvias, que ſon ya frecuentes en Abril. En Junio ſon caſi continuas, y los vientos ſe vuelven de Poniente, eſto es, eſtàn entre Poniente y Medio dia. En Julio, Agosto, y Septiembre ſon los vientos de Poniente, ó caſi; y ſiempre van acompañados de lluvias. Las aguas inundan entonces las tierras, à la anchura de nueve, ò diez leguas, y ſe eſtienden mas de ciento y cincuenta al Nord del Golfo. En todo eſte tiempo, y principalmente à mitad de Julio, ſon las mareas tan fuertes, que ſuben haſta mas arriba de Siam, y algunas veces haſta Louvo. Menguan en veinte y quatro horas, pero de tal modo, que el agua no ſe pone dulce delante de Bancock, ſino por eſpacio de una hora, aunque eſta Plaza eſté à ſiete leguas del rio, y el agua todavia eſtá alli ſiempre algo ſalada.

En Octubre eſtán los vientos entre Poniente, y Norte, y ceſan las lluvias. En Noviembre, y Diciembre, ſon los vientos de Norte, limpian el Cielo, y parece diſminuyen el mar haſta hacerle recibir en pocos dias todas las àguas de la inundacion. Entonces ſe conocen tan poco las mareas, que el agua eſtá ſiempre dulce à dos tres leguas en el rio, y á ciertas horas del dia

lo

DESCRIPCION DE SIAM.

lo está tambien à cerca de una legua en la rada; pero en todos tiempos no hay en Siam mas que un fluxo, y un refluxo de veinte y quatro horas. En Enero se han mudado ya los vientos al Levante, y en Febrero son de Levante, y de Medio dia.

Una circunstancia considerable, es que en los tiempos en que los vientos son de Poniente, las corrientes del Golfo llevan rapidamente á los Navios sobre la costa Oriental, que es la de Camboya, y les impiden salir de ella; en lugar de que en los tiempos en que los vientos son de Levante, llevan las corrientes sobre la costa Occidental. Del mismo modo parece que los vientos de Medio dia, son los que impelen el fluxo, y que lo sostienen por seis meses muy lejos en el rio de Siam; y por lo contrario, los vientos del Norte son los que le cierran casi absolutamente la entrada del rio mientras los otros seis meses. Las conclusiones que se pueden sacar de aqui, se presentan ellas mismas.

Los Siameses no tienen palabra en su lengua que explique lo que llamamos nosotros una semana; pero nombran los siete dias por los Planetas, y sus dias corresponden à los nuestros. Van significa dia en Siamés. Los nombres de los dias son Van-Athit, dia del Sol, ó Domingo. Van Tehan, dia de la Luna, ò Lunes. Van Angkaan, dia de Marte, ó Martes. Van Pout, dia de Mercurio, ó Miercoles. Van Prahat, dia de Jupiter, ó Jueves. Van Sout, dia de Venus, ó Viernes. Van-Saou, dia de Saturno, ó Sabado; pero estos nombres de Planetas son de la lengua Balia. El Sol se nombra Tavan en Siamés, y la Luna Doen.

No obstante, el dia empieza antes que aqui seis horas. Fixan el principio de su año en el primer dia de la Luna de Noviembre, ó de Diciembre, segun ciertas reglas; pero no distinguen los años con el numero, sino con nombres que les dan, como el año del Cochino, de la Serpiente &c. Sus meses se regulan vulgarmente de treinta dias, y no les dan otros nombres, que el de su orden numerico, esto es, primero, segundo, tercero. &c. El arroz es su principal cosecha, y el mas sano de sus alimentos. No obstante, el trigo se cria en aquellas tierras que por su elevacion estàn sujetas à la inundacion. Rieganse, ò como nuestros jardines con regaderas, ò por medio de algunos estanques, todavia mas altos, en los quales se guarda el agua de lluvia; pero sea que el Pueblo tema el trabajo, ò el gasto, refiere La Loubere que solo el Rey recoge trigo, y eso menos para uso, que por curiosidad. Los Franceses establecidos en el Reyno, hacian venir harina de Surate. El pan que recibiamos del Rey de Siam, añade el mismo Viagero, estaba tan seco, que el arroz con agua solo, me parecia mas agradable. No obstante, algunos Europeos me aseguraban, que el trigo es bueno en Siam, y que la sequedad de nuestro pan debia sin duda de nacer

de

de un poco de harina de arroz que ſe mezclaba en él, por miedo de que no llegaſe á faltar.

DESCRIPCION DE SIAM.

Los Siameſes emplean igualmente para la labranza los Bufalos, y Bueyes, y los conducen con una cuerda paſada por un agugero, que les hacen en la ternilla que ſepara las ventanas de la nariz, que paſan tambien por un anillo que eſtà à la extremidad de la lanza de ſu arado. Finalmente, ninguna coſa hay mas ſimple que eſte inſtrumento de ſu agricultura. No tiene rodete, y ſe compone de tres pedazos de madera; el uno, que es un palo baſtante largo, para ſervir de lanza, otro retorcido, que es el mango, y otro mas corto, y mas fuerte, aſido à la extremidad del mango, de angulos caſi derechos. En eſte ſe pone la reja, y todos quatro pedazos eſtán atados con correas.

En Siam ſe ve trigo de Turquia, pero ſolo en los jardines. Los Siameſes cuecen, ò aſan la eſpiga entera, ſin ſeparar los granos, y la comen en eſte eſtado. Tienen guiſantes, y otras legumbres, de las quales no dicen otra coſa nueſtros Viageros, ſi no que no ſe parecen à las nueſtras. No obſtante, La Loubere viò en ſu mano excelentes patatas, y cebolletas, pero no cebollas. Aſimiſmo vió rabanos grandes, pepinos pequeños, calabacillas, cuyo interior eſtaba encarnado, melones de agua, peregil, hierba buena, y acederas. Nueſtras raices, y la mayor parte de las hierbas de que componemos nueſtras enſaladas, les ſon deſconocidas, aunque es muy creible, que todas eſtas plantas, que ſe crian en Batavia, no probarian menos en el Reyno de Siam.

La flor llamada vara de Jeſé, es comun alli. Veenſe baſtantes claveles, pero pocas roſas, y todas eſtas flores tienen aqui mucho mas olor, que en Europa. El jazmin es aqui tan raro, que ſolo ſe halla, ſegun ſe dice, en los jardines del Rey; pero en lugar de nueſtras flores, que no produce el Paìs, ó que nunca ſe han llevado á él, ſe halla un grande numero, que le ſon particulares, y que no ſon menos agradables por ſu color, y figura, que por ſu olor. Algunas no comunican ſu perfume, ſino por la noche, porque ſe diſipa con el calor del dia.

Las vaſtas ſelvas de que eſtá lleno el Reyno de Siam, ſurten á los habitantes de una variedad grande de arboles excelentes. No ſe nombra el bambu, ni otros muchos arboles, que le ſon comunes con todos los Paiſes de las Indias; pero entre los de algodon, que tienen en abundancia, ſe alaba mucho el que ſe nombra Capoc, y que produce una eſpecie de borra tan fina, que no ſe puede hilar. De ciertos arboles ſacan diferentes aceytes, que mezclan en ſus argamaſas para hacerlas mas flexibles, y durables. Una pared que eſtà veſtida de ellas, tiene mas blancura, y caſi no menos luſtre que el marmol. Un vaſo de eſ-

DESCRIPCION DE SIAM.

eſta materia, conſerva mejor el agua, que los de arcilla, ò greda. Una eſpecie de arboles muy comunes en ſus ſelvas, da la goma, que es el principal ingrediente de los mas bellos barnices de la China, y del Japon; pero los Siameſes ignoran el arte de prepararla. Hacen papel, no ſolo de los trapos de algodon, ſino tambien de la corteza de un arbol que nombran Ten-Coe, y que muelen como el trapo. Aunque no tenga la blancura del nueſtro, eſcriben con tinta de la China; y muchas veces le dan de negro para eſcribir con una eſpecie de lapiz, que ſolo es arcilla ſeca al Sol. Tambien eſcriben con un eſtilo, ó punzon, en las hojas de una eſpecie de arbol muy ſemejante á la palma, que ſe nombra Tan. Eſtas hojas, à las que dan el nombre de Barlan, ſe cortan en quadrado largo, y muy angoſto, y ſobre eſta eſpecie de tablas ſe eſcriben las oraciones que cantan los Talapoines en ſus Templos.

La madera de conſtruccion para las caſas, y navios, y de adorno para la eſcultura, y carpintería, ſon de una excelencia, y variedad ſingular. Hallanſe ligeras, y peſadas, faciles de rajar, y otras que no ſe rajan aunque ſe metan clavos. Eſta ultima, que han nombrado los Europeos Bois Marie, es mejor que ninguna otra para las cimbrias de los Navios. El arbol que los Portugueſes nombran Arbore de Raiz, y los Siameſes Copai, tiene eſta propiedad comun con el Peletuvero de Africa, que de ſus ramas ſe ven colgar haſta tierra muchos hilos, ó baſtagos, que arraygandoſe llegan à hacer otros tantos nuevos troncos, y que eſtàn aſidos unos à otros por las ramas de donde han ſalido.

En Siam ſe hallan arboles tan anchos, y tan derechos, que uno ſolo baſta para hacer un Balon de diez y ſeis, ò veinte toeſas de largo. Ahuecaſe el tronco, y ſe enſancha con el ſocorro del fuego, y deſpues ſe pone una tabla del miſmo largo à los lados, que ſirve de borde. Peganſe á las extremidades una proa, y una popa muy alta, un poco dobladas hacia fuera, y regularmente adornadas de eſcultura, y de dorado, y de algunas nacares de perlas embutidas.

La Loubere ſe admira de que entre tantas eſpecies de maderas, no tengan los Siameſes una que conozcamos en Europa. No han podido criar moreras, por cuya razon carece el Pais de guſanos de ſeda. No tienen lino, y los Indios hacen poco caſo de èl. El algodon, que tienen con abundancia, les parece mas agradable, y mas ſano, porque el lienzo de algodon no ſe enfria como el de lino quando eſtà empapado en ſudor.

El palo de Aquila, ó Aloes no es raro en Siam, y ſe tiene por mejor que en qualquiera otro Paìs, aunque muy inferior al Calamba de la Cochinchina. La Loubere nos dice que no ſe ha-

halla ſino en pedazos, que ſon partes corrompidas de los arboles de cierta eſpecie, y aun eſtos todos no eſtán ſujetos à eſta precioſa corrupcion, y como no ſucede tampoco en las miſmas partes, cueſta mucho trabajo el buſcarlo en las ſelvas de Siam. El The, de que uſan mucho los Siameſes, les viene de la China, el Café de la Arabia, y el Chocolate de Manila, Capital de las Philipinas, á donde lo llevan los Eſpañoles de las Indias Occidentales; pero la Areca, y el Betel, que cultivan con cuidado, ſon tan comunes en el País, que nunca hay rieſgo de carecer en él de un ſocorro que la coſtumbre ha hecho neceſario á todos los Indios. Como el efecto de la cal encarnada que ſe mezcla con èl, es dejar en los dientes, y labios un tinte bermejo, que ſe apaga poco à poco en los dientes, haſta ponerſe negros, los Siameſes, que ſe jactan de aſeados, acaban de bolverlos negros, con el zumo de ciertas raices, y pedazos de limones agrios, que tienen por algun tiempo en las mexillas, y labios. Del miſmo methodo uſan para teñirſe de encarnado, como acoſtumbran, la uña del dedo pequeño de la mano, poniendo en ella deſpues de haberla raſpado, un zumo, que ſacan de un poco de arroz machacado en agrio de limon, con algunas hojas de un arbol que ſe parece perfectamente al granado, pero que no dà ningun fruto.

DESCRIPCION DE SIAM.

Todos los arboles frutales de las Indias, ſe crian con felicidad en Siam, y no dejan carecer á los habitantes de ninguna de ſus eſpecies de frutas. Generalmente ſe obſerva que la mayor parte tienen tanto olor, y guſto, que no ſe hallan delicioſas, haſta deſpues de haberſe acoſtumbrado à ellas, y por lo contrario, las frutas de Europa parece no tienen guſto, ni olor, quando qualquiera ſe ha hecho à las de las Indias. La Loubere, hablando de las frutas de Siam, aſegura que à excepcion de las naranjas, de las cidras, y de las granadas, no tienen los Siameſes ninguna de las frutas que conocemos. Tampoco ha reconocido nueſtros higos, que es una de las que eſtiman mas, y no ſon, dice, tan buenos como los nueſtros. Su tamaño, y figura es la de un chorizo, y ſu carne blanda, y deſabrida, ſin que tengan aquellas pepitas pequeñas, que ſon como arenilla en nueſtros higos, quando eſtán un poco ſecos. Los melones de Siam no ſon tampoco verdaderos melones; pero el miſmo Autor no halla en la azucar Siameſa, que ſe cria con abundancia en las mas bellas cañas del mundo, otro defecto que el de eſtar mal preparada. Los Orientales no tienen otra azucar purificada que la Candi. Hanſe plantado algunas viñas en los jardines del Rey de Siam, que no han dado mas que un corto numero de malos racimos, cuyos granos ſon pequeños, y de un guſto que hallaban amargo los Franceſes.

Las Indias Orientales no tienen País mas famoſo en riqueza de

Des-
crip-
cion
de Siam.

de minas, que el Reyno de Siam. La multitud de Idolos, y otras obras de fundicion, que se ven en él generalmente, persuaden con efecto, que antiguamente se trabajaban mejor que en el dia. Asimismo se cree que los Siameses sacaban de ellas la grande porcion de oro, con que la superticion les ha hecho adornar hasta los techos, y tejados de sus Templos. Descubren á menudo pozos abiertos en otro tiempo, y los vestigios de muchos hornillos que pueden haberse abandonado mientras las guerras antiguas del Pegu. Sin embargo los ultimos Reyes no han podido encontrar ninguna vena de oro, ó de plata, que haya compensado el trabajo que han empleado para ello. El que reynaba al arribo de los Enviados de Francia, se habia valido de algunos Europeos para esta investigacion, particularmente de un Español que habia venido de Mexico, y que habia hallado por veinte años, y hasta su muerte, grandes ventajas en lisongear la avaricia de este Principe con promesas imaginarias; pero estas solo se reduxeron à descubrir algunas minas de cobre bastante pobres, aunque mezcladas con algo de oro, y de plata. Apenas quinientas libras de mineral, daban una onza de metal, y el Gefe de la empresa, como tampoco los Siameses, no era capáz de hacer la separacion. El Rey de Siam, para hacer esta mezcla mas preciosa, añade à él oro, y esto es lo que nuestras Relaciones nombran Tombac. Pretendese que las minas de Borneo lo producen naturalmente bastante rico; pero lo que verdaderamente acrecienta su valor, es la porcion de oro con que se mezcla.

La Loubere traxo de Siam un Medico Provenzano nombrado Vincent, que habiendo salido de Francia, para ir à Persia, se habia dejado llevar à Siam por la fama del primer viage de los Franceses. Como entendia las Mathematicas, y la Alquimia, fue detenido alli para trabajar en las minas. Su exemplo sirviò para corregir algo las operaciones de los Siameses. Hizoles ver en la cumbre de una montaña, una mina de acero muy bueno, que se habia descubierto antiguamente. Descubrioles él una de crystal, otra de antimonio, otra de esmeril, y algunas otras, con una cantera de Marmol blanco; pero no les dió noticia de una mina de oro que halló él solo, y que tubo por muy rica, sin haber podido hacer la prueba. Muchos Siameses, la mayor parte Talapoines, venian à consultar secretamente sobre el arte de purificar, y separar los metales, y le llevaban muestras de minas, de que sacaba bastante porcion de plata pura, y de algunas otras, una mezcla de diferentes metales.

En quanto al estaño, y plomo, trabajan los Siameses, hace mucho tiempo, minas de él muy abundantes, de que sacan un producto bastante grande. Su estaño, que han nombrado los Portu-

tuguefes Calin, fe defpacha en todas las Indias. Es blando, mal purificado, y tal qûal fe vé en las caxas de The comunes que nos vienen de las Regiones Orientales. Para ponerlo mas duro, y mas blanco, como fe ve tambien en las mas hermofas caxas de The, mezclan con él Cadmia, efpecie de piedra mineral, que fe reduce facilmente à polvo, y que fundiendofe con el cobre, firve para ponerlo amarillo; pero hace à eftos dos metales mas fragiles, y afperos. El eftaño blanqueado con la Cadmia fe nombra Toutenague.

Des-crip-cion de Siam.

En las inmediaciones de Louvo, fe ha defcubierto una montaña de piedra Imán. Los Siamefes tienen otra junto à Jonfalam, Ciudad fituada en una Isla del Golfo de Bengala, pero que no eftà feparada de la Cofta de Siam mas que lo que alcanza la voz; pero el Imán que facan de Jonfalam, folo conferva fu fuerza tres ó quatro mefes. En las montañas tienen agata muy fina. Algunos Talapoines que fe emplean en eftas inveftigaciones, moftraron á Vincent zafiros, y diamantes facados de fus minas. Afegurófe á La Loubere, que habiendo prefentado diferentes Particulares, á los Oficiales del Rey algunos diamantes que habian encontrado, fe habian retirado al Pegu, apefadumbrados de no haber recibido ninguna recompenfa.

La Ciudad de Campeng-pet, celebre, como ya fe ha advertido, por fus excelentes minas de acero, furte baftante para hacer cuchillos, armas, y otros inftrumentos para ufo del Pais. Los cuchillos Siamefes, que no fe tienen por arma, aunque puedan fervir en cafo de necefidad, tienen la hoja de un pie de largo, y de tres, ó quatro dedos de ancho. En Siam fe conocen pocas minas de hierro, y los habitantes entienden mal el arte de forjarlo, por cuya razon, fon de madera las ancoras de fus galeras, á las quales atan piedras gruefas. No tienen alfileres, agujas, clavos, tixeras, ni cerraduras; y aunque fus cafas fean de madera, no emplean ningun clavo para conftruirlas. Cada uno fe hace alfileres de Bambu, afi como los antiguos los hacian de zarzas. Sus candados vienen del Japon, unos de hierro que fon excelentes, y otros de cobre, la mayor parte muy malos.

Hacen polvora, pero tambien muy mala, lo que no impide que el Rey venda mucha. Atribuyefe el defecto á la calidad del falitre que facan de fus peñafcos, en donde fe forma del excremento de los ratones, animales de que hay muchos en todas las Indias, y que fon muy grandes. La inundacion anual, que hace perecer la mayor parte de los infectos, firve tambien para hacerlos renacer en mayor numero, luego que las aguas empiezan á retirarfe. Los Maringuinos, ò mofquitos tienen tanta fuerza en Siam, que las medias de pellejo mas recias, no preſervan las piernas de fus picaduras. No obftante, los naturales del Pais no fon

tan

DESCRIPCION DE SIAM.

tan mal tratados como los Europeos. Un Viagero obſerva que la naturaleza enſeña á los animales Siameſes, los medios de evitar la inundacion. Los pajaros que andan por el ſuelo en Europa, como las perdices, y otros, no tienen aqui retiro mas familiar que los arboles. Ya ſe ha leido en Tachard que las hormigas, en extremo prudentes, hacen ſus nidos, y almacenes ſobre ellos.

Hablando de los animales, ſe debe ſin duda el primer lugar al Elefante, que parece haberlo recibido de la naturaleza, tanto por ſus maravilloſas qualidades, como por la ſuperioridad de ſu eſtatura; pero eſte es un articulo ya apurado en las Relaciones de Africa, y de que no ſe hace mencion mas que para hacer obſervar con todos los Viageros, que de los Paiſes conocidos, es Siam à un miſmo tiempo el que contiene mas Elefantes, el que ſaca mas utilidad de ellos, y quien los honra mas. Los Siameſes hablan de un Elefante como de un hombre, lo creen perfectamente racional, y la unica ventaja que dan ſobre eſtos animales à la eſpecie humana, es la del habla. Aqui ſerá ſuficiente referir el modo de cogerlos por el teſtimonio de La Loubere, que tubo la curioſidad de aſiſtir à eſte eſpectaculo. Como las ſelvas de Siam eſtán llenas de Elefantes monteſes, no conſiſte la dificultad mas que en la eleccion de un lugar á propoſito para los lazos que ſe les tienden.

Haceſe una eſpecie de trinchera, compueſta de dos terraplenes, que ſe levantan caſi á plomo á cada lado, y ſobre los quales puede eſtàr qualquiera ſin rieſgo. En el hueco que hay entre eſtos terraplenes, ſe plantan dos lineas de troncos de arboles, de unos diez pies de alto, baſtante grueſos para reſiſtir á los esfuerzos del Elefante, y tan unidos, que ſolo queda entre ellos lugar para paſar un hombre. Tienenſe hembras exercitadas en eſta eſpecie de caza, que ſe dexan pacer libremente en las inmediaciones. Los que las llevan, ſe cubren de hojas, para no ahuyentar à los Elefantes monteſes; y eſtas hembras tienen baſtante inteligencia para llamar à los machos con ſus gritos. Quando viene alguno, ſe entran al inſtante en la trinchera, à donde el macho no deja de ſeguirlas. La ſalida del eſpacio es un corredor angoſto, que ſe compone tambien de troncos grueſos de arboles. Luego que el Elefante montés ha entrado en eſte corredor, es cogido, porque la puerta que le ſirve de entrada, y que abre empujandola delante de sí con la trompa, ſe cierra por sí propia, y otra puerta por donde ha de ſalir ſe encuentra cerrada, y además, eſte lugar es tan angoſto, que no puede bolverſe en él enteramente. De eſte modo la mayor dificultad ſe reduce à introducirlo en el corredor. Muchos hombres que eſtàn detras de los troncos entran en la trinchera, y le irritan con mucho ardor.

dor. Los que persigue en su colera, se refugian detràs de los troncos, entre los quales entra inutilmente su trompa, quebrando algunas veces contra ellos la punta de sus colmillos; pero mientras se divierte con los que lo han irritado, le arrojan otros lazos largos, de los quales tienen agarrada una punta, y se los echan con tanta destreza, que casi nunca dejan de cogerle uno de los pies de atras. Estos lazos son cuerdas gruesas, una de cuyas puntas se pasa por la otra en nudo escurridizo. El Elefante lleva algunas veces arrastrando grande numero de ellas en cada pie de atras, porque luego que el lazo se ha apretado à lo alto del pie, se suelta la punta; pues sería imposible resistir á los esfuerzos de un animal tan robusto. Quanto mas se irritan, menos atienden à las hembras. No obstante, para hacerlos salir del espacio, un hombre montado sobre otra hembra, entra, y sale muchas veces por el corredor. Esta hembra llama cada vez à las otras, dando un golpe en el suelo con su trompa. Finalmente todas la siguen, y entonces se cesa de irritar al Elefante montés, quien serenandose, y bolviendo en sí inmediatamente, se determina á seguirlas tambien. Empuja delante de sì con la trompa la primera puerta del corredor, por donde las ha visto pasar. Entra tambien en èl, pero no halla ya à las hembras, que se han sacado succesivamente por otra puerta. Luego que ha entrado alli, se le echan sobre el lomo muchos cubos de agua para refrescarlo, y en el mismo instante, con una prontitud, y destreza increible, se le ata à los troncos del corredor, con los lazos que lleva arrastrando en los pies. Despues se hace entrar hacia atras por la otra puerta un macho domestico, à cuyo cuello se le ata, tambien por el cuello. Entonces se le desata de los troncos para dejarle la libertad de seguir al Elefante domestico, que lo lleva quasi arrastrando al mismo tiempo que lo conduce. Al salir se halla entre otros dos Elefantes, que se han puesto à los dos lados de la puerta, y que ayudan como el primero à llevarlo debaxo de un cobertizo inmediato, en donde se le ata de muy cerca por el cuello á un poste grande. Veinte y quatro horas permanece en este estado, y en este tiempo se le llevan dos, ò tres veces Elefantes domesticos, para que le hagan compañia. De alli se deja conducir con bastante facilidad á la habitacion que se le ha destinado, y se asegurò al Autor de esta Relacion, que los mas feroces se amansan, y se acostumbran á la esclavitud en ocho dias.

DESCRIPCION DE SIAM.

Los Siameses pretenden que los Elefantes son inclinados à la magnificencia, y grandeza; que aman el ver al rededor de sì muchos criados para servirlos, y hembras para concubinas, aunque no deseen su comercio sino en los campos quando estàn en plena libertad; que sin este fausto se afligen de su estado, y condi-

Descripcion de Siam.

dicion; y que si hacen alguna falta considerable, el mayor castigo que se les puede imponer, es quitarles su casa, y sus hembras, y reducirlos en una palabra á estado menos pomposo que el que habian tenido. La Loubere refiere, que un Elefante que se habia castigado de este modo, teniendo ocasion deponerse en libertad, volviò á Palacio de donde habia sido echado, entró otra vez en su habitacion antigua, y matò al Elefante que se habia puesto en su lugar. Los Rinocerontes deben de ser tambien en muy grande numero en las selvas de Siam, pues asegura Gervasio, que los Siameses hacen un grande trafico de ellos con las Naciones vecinas.

La descripcion que dá de ellos, es la que se sigue: este animal feroz, y cruel, es, dice, de la altura de un asno grande, y tendria la cabeza casi lo mismo que él, si no tubiese encima de la nariz un cuerno de cerca de un palmo de largo. Cada uno de sus pies se divide como en cinco dedos, que tienen cada uno la hechura, y grueso del pie del asno. Su piel es parda, horrible à la vista, y tan dura, que es á prueba de mosquete. Cuelgale por los dos lados hasta el suelo, pero se hincha, y lo hace tan grande como un toro quando està irritado. Es muy dificil matarlo, y nunca se le acosa sin peligro. Como gusta de los lugares pantanosos, observan los Cazadores quándo se retira à ellos, y escondiendose en los matorrales debaxo del viento, esperan que se haya echado, sea para dormir, ò para rebolcarse en el cieno, y le tiran junto á las orejas, unico parage en donde puede ser herido de muerte. Una de sus propiedades es descubrirlo todo por el olor. Finalmente, todas las partes de su cuerpo son medicinales, y su cuerno en particular, un poderoso antidoto contra toda especie de venenos. Algunas veces se venden en cien escudos. Comese la carne del Rinoceronte, y de su sangre se saca tambien alguna utilidad, juntandola para hacer un remedio, que cura los males de pecho, y otros muchos.

Entre algunos animales que parecen propios al Reyno de Siam, admira Gervasio ciertas aves, mayores, dice, que los Abestruces, y cuyo pico tiene dos pies de largo. Este pajaro grande, al qual no dan ningun nombre Gervasio, ni la Loubere, es sin duda el de que ha hablado el Padre Tachard en su segundo Diario, y que nombran las gentes de Mar Grán-Gaznate, y los Siameses Noktho. En el viage que hicieron á la mina de Imán hirió Monsieur de la Mare à uno de estos animales. Tambien se ven Abejorros de un verde dorado el mas bello del mundo, que brillan por la noche con una luz mucho mas viva que la de nuestras luciernagas, y cuyos huevos son del tamaño de un guisante. Los monos se hallan en un grande numero á la orilla de los rios, y no hacen mas que divertir á los pasageros con sus ligere-

rezas; pero es peligroso detenerse mucho en este espectaculo, porque qualquiera puede ser sorprendido por Tigres de dos especies, unos de los bosques, del tamaño de un asno, y muy feroces, y los otros que se nombran Tigres de agua, tan grandes como nuestros perros ordinarios, que hacen guerra á las gallinas.

DESCRIPCION DE SIAM.

El calor, y la humedad, producen en Siam culebras de una largura monstruosa. Se ven frecuentemente de mas de veinte pies de largo, y de pie y medio de diametro; pero las mayores no son las mas venenosas. Gervasio habla con horror de la que no tiene casi mas que medio pie de largo, y que no es tan gruesa como el dedo, pero cuyo veneno es muy sutil, y á la que su pequeñèz facilita introducirse por todas partes. El mismo Escritor ha visto en el Reyno de Siam culebras de todos colores, y muchas especies de escorpiones, de los quales uno es del tamaño de un cangrejo grande, y de un pelo pardo negrisco, que se heriza quando se llega á èl. Habla de dos especies de insectos muy dañosos; el uno negro, y de un pie de largo, cuyo veneno es à lo menos tan fuerte como el del escorpion; y el otro todavia mas terrible, que se nombra Tocquet, porque á ciertas horas de la noche, da un chillido que explica el sonido de esta palabra. Tiene la figura del lagarto, la cabeza ancha, y chata, y la piel de diferentes colores muy vivos. De dia, y de noche està sobre los texados de las casas, en donde persigue á los ratones. Su mordedura es mortal, si no se corta inmediatamente la parte herida; pero la fortuna que hay, es, que nunca acomete el primero. Entre los pescados que son propios al gran rio de Siam, es el mas comun el que han nombrado los Europeos Caboche, y que estiman tanto las Naciones vecinas, que compone uno de los objetos mas considerables del comercio. Los Holandeses hacen grandes provisiones de él para Batavia; y seco al Sol, les sirve, y equivale segun Gervasio, al jamon de Maguncia. Este pescado tiene pie y medio de largo, y diez, ò doce pulgadas de grueso, la cabeza un poco chata, y casi quadrada. Encuentranse de dos especies, la una de un pardo ceniciento, y la otra negra, que es la mejor. Generalmente todos los pescados de este rio, en casi nada son semejantes à los nuestros; pero tienen mucho mejor gusto. Producelos tambien muy dañosos, sin comprender entre ellos un grande numero de Cocodrilos monstruosos, que hacen igualmente guerra à los hombres, y à los animales. Hase visto á muchas personas morir de repente, por haber sido picadas de unos insectos pequeños del Menam. Aquel que en la figura se parece al sapo, se hincha de rabia quando se le toca al vientre, y se pone duro como una piedra. Quando se le persigue, se defiende

con obſtinacion, y corta con ſus aletas todo quanto encuentra.

§. IX.

Lengua vulgar, y sabia de Siam.

DIferentes obſervaciones ſobre eſtas dos lenguas, que ſe hallan eſparcidas en las Relaciones antecedentes, no me eſcuſan de dar alguna idea de ſu naturaleza, y de ſus principios.

La lengua Siameſa tiene treinta y ſiete letras, ó caracteres, y la Balia treinta y tres; pero La Loubere les da á todas el nombre de conſonantes. Las vocales, y diphtongos, que ſon, dice, en grande numero en ambas lenguas, tienen caracteres particulares, de que ſe hacen otros alfabetos. Algunos de eſtos caracteres ſe ponen ſiempre delante de la conſonante, otros ſiempre detras, otros encima, y otros debaxo; pero no obſtante, todas eſtas vocales, y diphongos tan diverſamente colocados por lo que mira à la conſonante, no ſe deben pronunciar ſino detras de ella.

Si en la pronunciacion empieza la ſylaba por una vocal, ó por un diphtongo, ò ſi no es mas que una pura vocal, ò diphtongo, tienen los Siameſes entonces un caracter mudo, que ocupa el lugar de una conſonante, y que no debe pronunciarſe. Eſte caracter mudo es el ultimo en los dos alfabetos Siamés, y Bali. En el primero tiene la figura de nueſtra *o*, y vale en efecto lo miſmo, quando le precede una conſonante muda; pero ſu figura no ſe parece à nueſtras letras. Las pronunciaciones Siameſas ſon muy dificiles para los Europeos, y correſponden tan poco à la mayor parte de las nueſtras, que de diez palabras Siameſas eſcritas en caracteres de la miſma lengua, y leídas por un Francès, no habrá tal vez una que ſea conocida, y entendida por los Siameſes, por mucho cuidado que ſe tenga en ajuſtar nueſtra ortographia à ſu pronunciacion. Tienen la *r* que no tienen los Chinos, y nueſtra *v* conſonante; pero regularmente la pronuncian como la *w* de los Flamencos, y algunas veces como la de los Ingleſes. Tienen una pronunciacion media entre nueſtro yo, y nueſtro jo, de donde nace que nueſtros Europeos dicen unas veces Camboja, y otras Camboya, porque no pueden diſtinguir la pronunciacion Siameſa. Tienen nueſtra aſpiracion, que pronuncian ſin embargo con mas suavidad. Algunas veces ponen el caracter delante de una conſonante, para diſminuir la pronunciacion de ella. Generalmente hablan tan ſuavemente, que por lo regular no ſe ſabe ſi pronun-

nuncian una *m*, ò una *b*. No tienen la *u* vocal que los Chinos; pero sí la *e* muda Francesa, segun la pronuncian en los monosylabos ce, le, que, con la diferencia de que no permite supresion en su lengua como en la Francesa. Tienen una *a* en extremo breve, que escriben con dos puntos, en esta forma: y que pronuncian claramente al fin de las palabras; pero si esta *a* se encuentra en medio de una palabra, pasan con tanta ligereza, que no se distingue, y que se semeja á la *e* muda Francesa. Descripcion de Siam.

Es cosa muy singular, que en las sylabas que concluyen en consonante, no acaban de pronunciarla à nuestro modo, sino que su lengua se queda pegada ú al paladar, ó á los dientes, segun la naturaleza de la consonante, ò dejan cerrados los labios; pero no los buelven à abrir como nosotros para acabar la pronunciacion de la *b*.

Tienen muchos acentos como los Chinos, y cantan al hablar. El alfabeto Siamès comienza en seis caracteres diferentes, que no valen todos mas que una *k*, mas ò menos fuerte, y diferentemente acentuada. Aunque en la pronunciacion estén naturalmente los acentos sobre las vocales, señalan sin embargo algunos, variando las consonantes, que por otra parte son de un mismo valor; de donde infiere La Loubere que han escrito primero sin vocales, como los Hebreos, y que despues las han señalado con figuras estrañas à su alfabeto, y que la mayor parte se ponen fuera del orden de las letras, como los puntos que han añadido los Hebreos modernos à su antiguo modo de escribir. De esta suerte, quando se sabe dar el verdadero acento á los seis primeros caracteres Siameses, se pronuncian con facilidad los otros, porque todos estàn colocados de modo, que en su pronunciacion es preciso repetir casi los mismos acentos.

El alfabeto Bali se lee del mismo modo, con la diferencia que no se le dan sino cinco acentos, que se repiten cinco veces, en las cinco primeras letras. Las ocho ultimas no tienen acento; y haciendo juicio del Hanscrit por el alfabeto, que ha dado de èl Kirker en su China ilustrada, esta lengua, que es la lengua sabia de los Estados del Mogol, tiene cinco acentos como la Balia, porque los caracteres de su alfabeto estàn divididos de cinco en cinco.

Formaràse alguna idea de los pronombres Siameses, observando con La Loubere, que hay hasta ocho modos diferentes de decir yo, ò nosotros, porque no hay diferencia del plural al singular. Cou significa yo en boca de un amo que habla à su esclavo. Ka se dice respetuosamente, del inferior al superior, y por politica entre personas de clase igual. Los Talapoines no lo emplean nunca, porque se creen superiores á los otros hombres. Raou denota dignidad, como Nos fulano, en los actos.

Descripcion de Siam.

Raul ſignifica propiamente cuerpo, y es como ſi ſe dixeſe mi cuerpo, ó mi perſona, para decir yo. Atamapapp es un termino Bali, propio á los Talapoines. Ca-Tchaou que ſignifica ſeñor, como ſi ſe dixeſe yo del ſeñor, ò yo que pertenezco à vos mi ſeñor, que ſoy vueſtro eſclavo. Los eſclavos uſan de eſte termino con ſus amos, el Pueblo con los Grandes, y todos hablando á los Talapoines. Ca-ppa-Tchaou es expreſion todavia mas humilde. Atanou es una palabra Bali, que ſignifica ſimplemente yo, ſin ninguna mueſtra de orgullo ni ſumiſion. La ſegunda, y tercera perſona ſe explican tambien con diferentes pronombres.

Los verbos no tienen otro modo que el infinitivo, y se conjugan añadiendo una particula. En la conſtrucion precede ſiempre el nominativo al verbo, y eſte à los que rige. El adjetivo va ſiempre detras del ſuſtantivo, y el adbervio deſpues del adjetivo, ó detras del verbo à que ſe refiere. De dos ſuſtantivos que ſe ſiguen, ſe juzga el ſegundo por genitivo, porque la lengua no tiene articulos, lo que hace la conſtruccion baſtante corta, aunque la fraſe de la expreſion ſea larga, porque todas las circunſtancias ſe explican.

Nombrando las coſas particulares, ſe uſa caſi ſiempre de la palabra general, á la qual ſe junta otra palabra para la diferencia, y asi ſe dice cabeza de diamante, por diamante, perſona de hombre por hombre, cuerpo de buey por buey.

En quanto á las cifras Siameſas, aſeguran algunas perſonas habiles, que ſe parecen à las que ſe hallan en algunas medallas Arabigas de quatrocientos, ò quinientos años de antiguedad. Los numeros ſon, Neng uno, Song dos, Sam tres, Su quatro, Hao cinco, Houk ſeis, Ker ſiete, Pur ocho, Caou nueve, Sib diez, Sib et once, Sib ſong doce, Tgu-ſib veinte, Sam-ſib treinta, &c.

Noée que pronuncian Noai, ſignifica numero. Sib, que ſe pronuncia Sipt, diez, y decena. Roi quiere decir ciento, y centena, Pan mil, Meuing diez mil, Seen, ò Sen cien mil, ò centena de millar, Cot millon.

Los numeros ſe ponen como en Francés delante del ſuſtantivo, pero ſe ponen detràs para ſignificar los numeros ordinales. De eſte modo, Sam-deuan ſignifica tres meſes, y Deuan-Sam el tercer mes.

Viage de Agustin de Beaulieu á las Indias Orientales.

Introduccion.

CON el teſtimonio de un gran Viagero quiero aqui abrir la eſcena. Los terminos en que ſe explica el celebre Tevenot, ſobre una obra de la que ſe cree honrado en ſer el Editor, ſon los ſiguientes.

,, Entre un grande numero de diferentes Relaciones de Viages à las Indias Orientales, de los Portuguefes, Inglefes, y Holandefes que me han venido à las manos, no he viſto otra mejor que la de Beaulieu. No obſtante, he dudado ſi la publicaría, temeroſo de que no agradaſe á los que buſcan menos la utilidad, que el gusto en ſu lectura; pero he conſiderado que podria ſervir mucho á los Navegantes de nueſtra Nacion, que emprendan el viage de las Indias Orientales, ſea para arreglar ſu rumbo, ó para hacerles ver que los Franceſes ſon tan buenos para los viages largos, como qualquiera otra Nacion de Europa. Las deſcripciones del General de Beaulieu, ſon muy particulares, y exactas, tanto quando ſe trata de Hiſtoria natural, como de los objetos de ſu profeſion. Nadie tenemos, por exemplo, que haya dado tan particular deſcripcion de todo quanto pertenece à la pimienta. Las obſervaciones que nos da ſobre la variacion del Imàn, ſon de grande uſo, para ſuplir en algun modo à lo que nos falta, tocante à las longitudes. A ellas ſe han añadido las de Juan Le-Tellier ſu Piloto, que habla de ſu Gefe en eſtos terminos. El Señor de Bealieu nueſtro General, que tanto, ò mas que ninguno de ſus Pilotos ſe ha empleado curioſamente mañana, y tarde en tomar la variacion del Imán durante nueſtro viage, podria todavia teſtificar como quatro, ò cinco Brujulas, y otros tantos obſervadores en ſu Navio, hallaban por lo regular una miſma variacion. Eſta circunſtancia da una grande autoridad á ſus obſervaciones ſobre la variacion del Imán. Serìa en extremo importante que nueſtros Franceſes, que en adelante hagan el miſmo viage, tomaſen el trabajo de hacerlas tambien, para que unas, y otras les fueſen mas utiles en ſus otros viages, y que conociendo las mutaciones que ha habido deſde aquel tiempo, pudieſen formar un metodo mas ſeguro. ‘ *Introduccion.*

Habiendo paſado una Relacion tan apreciable, de manos de Monſieur Dolu, á las de Tevenot, ſe creyeron intereſados los Parientes del Autor, en hacer conocer un Viagero tan ſabio, ſegun ſe explica el miſmo Tevenot, por medio de una Memoria que trata del lugar de ſu nacimiento, y las ocupaciones de ſu vida. Aguſtin de Beaulieu, era natural de Ruan, y ſu primer viage fue al Rio de Gambia, ò Gambra, à donde paſó en 1612. con el Caballero de Briqueville, para eſtablecer alli una Colonia; pero habiendo llegado en eſtacion atraſada, tubieron la peſadumbre de perder todas ſus gentes con diverſas enfermedades. Beaulieu mandaba entonces un Patache. En 1616. ſe formò una Compañia para el comercio de las Indias Orientales, compueſta de Negociantes de Parìs, y de Ruan, que enviò dos Navios, mandado el mayor por De-Nets, Capitan de Marina en ſervi-

Introduccion. vicio del Rey, y la otra por Beaulieu. El Preſidente de los Holandeſes de Bantam, dió orden á quantos Marineros habia de ſu Nacion en los dos bordos Franceſes, de renunciar á ſu obligacion. Inmediatamente obedecieron, y la inconſtancia tubo ſin duda mas parte en ſu ſumiſion, que la fidelidad. Eſte contratiempo obligò á De-Nets, que eſtaba condecorado con el titulo de General, à vender el mas chico de los dos Navios, á un Rey de Java; pero no habiendo dejado de volver con completa cargazon, no fue ſu vuelta cauſa de peſadumbre à los Intereſados.

En 1619. volvieron á enviar à las Indias dos Navios, y un Patache. Beaulieu fue elegido para mandar eſta pequeña flota, con el titulo de General, y la Relacion de eſte Viage es la que ha publicado Tevenot en 1696. La deſgracia que el mayor de los tres Navios tubo de ſer quemado en Jacatra, hizo perder à la Compañia mas de quinientos mil peſos, en que regulaba ſu carga. Sin embargo, Beaulieu volvió con baſtantes riquezas para indemnizarla con ventaja, de los gaſtos de ſu empreſa.

Deſpues de ſu vuelta fue empleado en ſervicio del Rey, particularmente en la Isla de Rhé, mientras las guerras de los Proteſtantes. Luego el Cardenal de Richelieu, que conocía ſu merito, le dió el mando de un Navio de quinientas toneladas, nombrado Santa Genoveva, para ir con la Armada del Conde de Harcourt à las Islas de San Honorato, y Santa Margarita. Deſpues de haber contribuido á la toma de eſtas dos Islas, ſiguió la miſma flota á una expedicion que hizo en Cerdeña, en donde continuó diſtinguiendoſe por ſu conducta, y valor; pero habiendo buelto á Tolon en 1637. le acometió alli una calentura ardiente, de que muriò, en el mes de Septiembre, de edad de quarenta y ocho años.

Riguroſamente, y para ſeguir unicamente el orden de los años, hubiera ſido preciſo poner eſte viage antes de los de Montdevergue, y de la Haya; pero en un orden mas util, y intereſable que ſe ha propueſto ſeguir, ſe ha creido deber dar el primer lugar à las empreſas concernientes à los parages de que ſe ha tratado ya. La Isla de Madagaſcar pertenecia à los primeros Tomos de eſta Recoleccion, y ya ſe ha hecho notar, que eſta es omiſion de los Ingleses, porque cómo ſe habia de volver de las Indias Orientales hacia unos lugares, mas allá de los quales ſe ha tranſportado tan frecuentemente la curioſidad del Lector?

BEAULIEU. 1619.

Los tres Navios, cuyo mando se confiò al General de Beaulieu, ſe nombraban el Montmorenci, Almirante, del porte de quatrocientas y cincuenta toneladas, equipado de ciento veinte y ſeis hombres, y de veinte y dos piezas de artillería; la Eſperanza, ViceAlmirante, de quatrocientas toneladas, ciento diez y ſiete hombres, y veinte y ſeis piezas de artilleria, y la Hermita, Pata-

tache de fetenta y cinco toneladas, treinta hombres, y ocho piezas de artillería. Partieron de la rada de Honfleur el Martes 2. de Octubre de 1619. La vifta de las Coftas de Africa, à donde llegaron el primero de Noviembre, entre el rio de Senagal, y el Cabo Verde, firviò para dirigirlos con facilidad hacia la Rada de Rufifco. En efte camino encontraron tres Embarcaciones al ancla, que reconocieron con gozo fer Francefas. En ellas iban Mercaderes de Diepe, y San Malo, cuyo nombre no ferviría de adorno á esta Recoleccion, fi la defgracia del Malouin, que no era mas de una Barca mandada por un Capitan nombrado la Mote, no perteneciefe á la Relacion de Beaulieu por lo que fe intereſó en ella. No habiendole permitido el viento acercarfe á eftos tres Navios, dió fondo á tiro de cañon, y necefitando bufcar algunos refrefcos, envió fu Patache à las Islas de los Idolos, con rafada, cuchillos, y otras mercaderias à propofito para los Isleños. Estas Islas, de que han tenido poco conocimiento los otros Viageros, eftan á los nueve grados y medio de latitud del Nord. Hallanfe llenas de bofques, y à excepcion del Cabo de Tagrin, fe pueden tener por las tierras mas altas que hay defde el Cabo Verde hafta el de Sierra Leona. En la grande Idolo, que es la mas Meridional, fe halla agua, muchas efpecies de frutas, y volatería, pero es menefter defconfiar de los habitantes, que fon tan temibles por fu perfidia, como por fu numero; y fería imprudencia tratar con ellos fin rehenes. La pequeña Idolo prefenta tambien agua. Algunas otras Isletas que cercan las dos grandes, han quedado hafta el dia fin ningun nombre, y aun el de Idolos que fe ha dado á las dos grandes, no les viene fino de un rio de la tierra firme, de que eftàn apartadas tres, ò quatro leguas. Sus habitantes fon Negros, grandes cazadores, entregados à la mifma Idolatria que los Negros del Continente, y muy anfiofos de la carne del Elefante. Beaulieu, fin efperar la buelta de fu Patache, fe acercò hacia el Cabo de Sarlione, ò Sierra Leona, en donde le habia prometido quedarfe al ancla en el tercer Canal. Alli perdiò un Trompeta Inglès, que fe ahogò en un arroyuelo de la mejor agua del mundo, queriendo bañarfe en èl. Las cafas de los Negros, les parecieron mejor conftruidas que en el Cabo Verde; pero eftàn cercadas de Idolos muy horribles, y de cabezas de pajaros, y de monos, á los quales los habitantes hacen fus ofrendas, y regalos. Los Francefes hallaron en efte tercer Canal muchas conveniencias, como leña, agua excelente, muchas cydras, que no les coftaban mas que el trabajo de cogerlas, naranjas, bananas, arroz que fe les daba en trueque por un pefo igual de fal, y pefcado en abundancia; pero no fe debe contar con la volatería, que es muy rara, ni con los ganados, y caza.

Beaulieu. 1619.

Ha-

BEAU-LIEU. 1619. Habiendo vuelto el Patache, no estaba detenido Beaulieu sino por la necesidad de hacer algunas reparaciones en su timon, quando el 3. de Diciembre por la tarde un Negro armado con su arco, con una espada, y un cuchillo, y conducido por otro Negro que le servia de Interprete, vino à decirle de parte del Rey de esta Comarca, que habiendo subido la barca de San Malo el rio, habia sido cogida por los Portugueses, quienes tenian un Establecimiento en este lugar, y que el Capitan habia sido asesinado con toda su tripulacion. Desde luego dudó si esta noticia era algun artificio de los Negros para moverle á enviar en el primer impulso de la venganza, una parte de las gentes que tenia en tierra, y facilitar de este modo el sorprender á los otros. No obstante, habiendo considerado que el Capitan Malouin estaba escaso de tripulacion, y que se habian con efecto entrado en el rio para ir á cortar palo de tinte, halló tan verosimil la relacion del Negro, particularmente con el conocimiento que tenia del caracter de los Portugueses de Africa, que le pareció interesarse la honra de la Francia, en no dejar sin castigo esta traycion. Preguntò á los dos Negros, si querian embarcarse con sus gentes, para servirles de guia hasta Safena, en donde estaban establecidos los Portugueses, à siete, ú ocho leguas de la embocadura del rio; y no solo admitieron esta proposicion, sino que otros Negros, sabiendo que se trataba de ir à matar Portugueses, ofrecieron su socorro sin pedirselo, y prometieron dejarse llevar à donde se quisiera. Armóse inmediatamente el Patache, y se reforzó con diez hombres. Juntóse à él la Chalupa grande del Vice Almirante, que se equipó con veinte hombres, y quatro pedreros, y otra Barca con una tripulacion reforzada. Esta pequeña flota, que partió baxo el mando de Montevrier, empleó cinco dias en buscar paso en el rio, y en vencer otros obstaculos; pero finalmente, hallò el canal tan angosto, y cortado por tantas peñas, que habiendo tocado asimismo la barca muchas veces, se vió obligado Montevrier à volver el 8. sin haber podido descubrir los Portugueses. Beaulieu se alegró, à lo menos, de haber persuadido á los Negros, que los Franceses no habian faltado por su culpa, à la obligacion de una justa venganza. Habiendo venido à verle à bordo el Capitan del Navio de Diepe, le dió noticia de que habia visto en la Isla de San Vicente una Nave Holandesa, de unas quatrocientas Toneladas, que iba à Bantam á llevar la noticia de un convenio entre la Inglaterra, y Holanda, para terminar las diferencias excitadas en las Indias entre estas dos Naciones, por el interés del comercio. Esta noticia causó poco gozo al General Beaulieu, que habia esperado sacar diferentes ventajas de su mala inteligencia. Asimismo, tubo alguna pesadumbre con la enfermedad de un grande numero de sus gen-

gentes, que en cinco semanas de descanso no habian podido recobrarse enteramente, y de la perdida de un Caballero que murió de calentura ardiente, de resulta de haber comido alguna fruta mala. Finalmente, no habiendo llevado mucha satisfaccion del Africa, declarò por felíz al que pudiese evitar descansar sobre esta Costa.

Beaulieu. 1619.

El caracter de observador exacto, que le atribuye Tevenot, empieza á manifestarse aqui en sus observaciones sobre las variaciones de la aguja tocada al Imán, y sobre otros fenòmenos, que no dejan de ofrecerse en una larga navegacion. Sus advertencias sobre este articulo, hasta la Bahia de la Tabla, son las siguientes. A la altura de tres grados, y cinco minutos de latitud del Nord, hemos encontrado al salir el Sol, que la aguja Nord estaba à tres grados y medio. El 24. de Enero de 1620. baxo el Tropico de Capricornio, teniamos cincuenta y tres grados de variacion de aguja al Nord-Est. El 1. de Febrero hemos empezado à tener los vientos de Ouest, y otros variables á los treinta grados de altura del Sud, y teniamos trece grados y medio de variacion Nord-Est. El 3. de Febrero hemos hecho observacion al salir el Sol, y encontrado que la aguja Nord estaba à trece grados, lo que me ha causado admiracion; creyendo que la variacion debia aumentarse, y por lo contrario se disminuye; de donde infiero, que dichas variaciones son irregulares, y que no hay regla alguna que se pueda decir general, para estas observaciones, asi como los Portugueses, y otros han creido que la referida aguja estaba fija en dos meridianos, que cortan el mundo en quatro partes, y que subia hasta veinte y dos grados y un quarto, y despues volvia à baxar á quedarse fija quando encontraba uno de sus meridianos, lo que he hallado muy falso, tanto en este viage, como en el antecedente. La observacion presente me lo confirma, respecto que la ultima variacion que he tomado, era de trece grados y medio, y que en el dia, que estoy elevado todavia cerca de un grado hacia el Polo Antarctico, no hallo sino trece, lo que es disminuir en lugar de aumentar. El tiempo, y la experiencia me certificaràn en esto antes de concluir el viage.

Mientras una calma que detubo su flota el 3. de Febrero, despues de haber pasado la Linea, vió al rededor de su Navio dos pescados grandes, cuyo hocico era de una largura extraordinaria, de aquellos que penetran algunas veces de un golpe el Navio mejor aforrado. (Este es sin duda el pez espada, que otros nombran tambien emperador, y pescado de sierra.) Es una maravilla, dice, que no hubiera creido con facilidad, si no hubiese visto en manos de Monsieur de Villars-Houden, Gobernador de Diepe, un pedazo del pico, ò cuerno de uno de es-

Beau-
lieu.
1619.

estos pescados, que se habia hallado en las costillas de un Navio de la misma Ciudad. El Capitan Du-Val, que mandaba esta embarcacion, habia notado al atravesar la Costa del Brasíl, hàcia el Cabo de Buena Esperanza, casi à la misma altura que creía estar entonces Beaulieu, que su Navio habia recibido algun golpe extraordinario. Al llegar á Diepe, lo hizo encallar para repararlo, y sus dudas se desvanecieron, quando à unos cinco, ó seis pies dentro del agua, encontraron los Calafateadores en las costillas una punta de cuerno, semejante en el color, y sustancia al diente de un caballo marino, pero muy derecho, y de pulgada y media de grueso. Habia pasado el forro, y la costilla; y penetrando todavia mas adentro, se habia rompido en la juntura del forro, por algun vayven sin duda, que habia impedido al pescado sacarla. Un Marinero de Diepe, nombrado Nicolàs Canu, habia contado tambien á Beaulieu que en los mismos mares habia sido pasada la Chalupa de su Navio, por uno de estos monstruos, que habia acabado de abrirla forcejeando para sacar su espada, de suerte que los que estaban dentro, apenas tubieron tiempo de subir á bordo, desde donde vieron ir á pique la Chalupa, sin poder salvar su ropa. Los que tubo ocasion el Autor de observar, tal vez serian pequeños. Considerò uno mas particularmente que el otro. Este tenia unos diez pies de largo, sin comprender la espada, ò cuerno, y no parecia tan grande como una Marsopa. Su color era un azul obscuro; pero las barbas, que eran muy grandes, y toda la cola, eran, ò parecian dentro del Mar de un azul muy vivo. Sobre la espalda tenia una raspa semejante à la del Requin, que sacaba algunas veces del agua, como este animal. Su cabeza se parecia bastante á la de una Marsopa, pero era mas larga. En lugar de hocico tenia este cuerno, ó pico, que podia ser de unos dos pies de largo, muy puntiagudo, y de dos pulgadas de diametro. Este es un pescado muy ligero, que viò Beaulieu muchas veces arrojarse sobre algunos Bonitalos, y Albicores, con los quales tiene una guerra continua. Haciales heridas, que dejaban grandes rastros de sangre en el Mar, por cuya razon notaron los Marineros, que los Bonitalos, y Albicores que cogian en este parage, estaban algunas veces heridos. Beaulieu añade, como conjetura, que estos monstruos, entre los quales no duda los haya mucho mayores, son sin duda enemigos de las Ballenas; y quando dan contra un Navio, creen tal vez acometer à alguna Ballena; pero quedò persuadido, que un Navio pequeño que fuese traspasado con su cuerno, debia temer el naufragio, y que aun qualquiera Navio grande, podria ser destruido, en ciertos parages, en donde rompiendo el animal alguna tabla al forcejear para sacar su cuerno, lo expondria al mismo peligro.

En

En la continuacion de la calma, que durò hasta el 10. viò Beaulieu substancias blancas, mas gruesas que un huevo de avestruz, que nadaban sobre el agua, y que se entraban en ella quando el Navio estaba à cincuenta, ò sesenta pasos. Hubieranse tenido por cabezas de hombres, sin pelo, y algunas gentes del Navio creian notar en ellas dos ojos negros, y una boca. El Autor observó tambien una especie estraña de pescado, tan largo como una lamprea mediana, y del mismo diametro, pero que tenia encima de la cabeza una aleta grande, ó una cresta de un pie de alto. Esta cresta continúa bajando hasta la extremidad de la cola. El animal nada de lado, y en esta situacion parece muy ancha su aleta, y de figura triangular. Algunos de estos pescados se dexaron ver fuera del agua. El color de su aleta es ceniciento; pero tienen el cuerpo enteramente blanco. BEAULIEU. 1619.

La flota Francesa diò fondo el 15. de Marzo en la Bahia de la Tabla, en donde las borrascas del Sud Ouest la detubieron hasta el 23. de Abril. (Beaulieu refiere que habiendo medido con los Gonometros la altura de la montaña de la Tabla, halló desde su area, tomada en la ribera del Mar, hasta la cumbre, en linea perpendicular 1350. pies de Rey.) Por mucho que se deban estimar las observaciones del Autor, no añadirán nada á las de Kolben; pero encontrò en la ribera de la Bahía muchos cadaveres de hombres muertos, con algunos vestidos esparcidos por las inmediaciones, y à lo largo del arroyuelo, un Fuerte pequeño de cespedes, bien flanqueado, que tubo por obra de los Dinamarqueses. Sus gentes le traxeron dos Negros, uno de los quales sabìa algunas palabras Inglesas; pero las pronunciaba tan mal, que no podia hacerse entender sino para pedir pan. El 28. de Marzo, quando se iban ya á alzar ancoras, algunos Marineros volviendo de la Isla, que està à dos leguas del anclage, al Nord Ouest, traxeron dos paquetes de lienzo embreado, que habian hallado debaxo de una piedra grande. Beaulieu hizo abrir uno, que estaba cubierto con una plancha de plomo, debaxo del lienzo, y que contenia en un saco pequeño cartas en lengua Holandesa, cuyo papel se habia conservado muy seco. Unas eran del Almirante Veraghen, que habia pasado por esta Bahia el 2. de Febrero del mismo año, y que informaba á los de su Nacion, à cuyas manos pudiesen venir à dar estas cartas, del estado de los negocios Holandeses en las Indias Orientales. Otras, en lengua Inglesa, eran de un Navio de esta Nacion, que habia partido de Tikou en la Isla de Sumatra, para ir á informar á la Compañia de Londres del mal tratamiento que hacian los Holandeses à sus Factores en las Indias. Finalmente, otras contenian la noticia del Tratado que nuevamente se habia ajustado entre estas dos Potencias.

Beau-lieu. 1619.

Beaulieu ſe contentò con ſacar copia de todas eſtas cartas, que ſuccеſivamente ſe habian dejado en la Isla, y hizo poner otra vez los originales en el lugar en donde los habian hallado ſus gentes; pero las noticias què habia leido en ellas ſobre los negocios de Java, le puſieron en grande confuſion. Por ellas ſabia que los Holandeſes habian ſitiado la Ciudad de Bantam con treinta y cinco Navios; que la eſcaſéz de viveres habia obligado à los Ingleſes á ſalir de ella; que las hoſtilidades eran tan ſangrientas en eſte ſitio, que los dos contrarios ſe enviaban mutuamente las cabezas de los Priſioneros. Muy mala era la apariencia de ir á Bantam, à donde no dejaban de llamarlo las ordenes de ſu Compañia, y aun quando hubiera podido prometerſe hallar los habitantes diſpueſtos á recibirlo, podia eſperar que los Holandeſes, con fuerzas tan conſiderables, le negaſen la libertad del paſo, tanto mas, quanto ſus zelos, y envidia procuraban excluir de las Indias à todos los que quiſieſen participar de ſu Comercio.

Deſpues de haber eſtado mucho tiempo deliberando què medio tomaria, reſolviò hacerſe preceder de ſu Vice Almirante, á quien diò ſus inſtrucciones, para ir en derechura á Bantam. Una tormenta violenta que padecieron juntos, pocos dias deſpues de haber alzado velas, no fue cauſa de que alteraſen en nada eſta diſpoſicion. Continuó con mas felicidad ſu rumbo, haſta la altura de Madagaſcar, en donde la neceſidad de buſcar refreſcos le hizo entrar en la Bahía de San Aguſtin, de la que paſando á las Islas Comorre, diò fondo en la de Nangaſie á doce grados de latitud meridional, y los aviſos que recibiò alli de algunos Arabes, le ſirvieron mucho para arreglar ſu navegacion. No obſtante, fue deſgraciada, no ſolo por las calmas, que la hicieron muy lenta, ſino todavia mas por la muerte de un grande numero de Marineros en los dos Navios que le quedaban. Otro accidente le hizo perder algunos de ſus mas valeroſos Soldados, hacia la Coſta de Malabar. Habiendole pedido Montevrier, ſu Teniente, licencia para reconocer un Navio Indiano, que ſeguia la Coſta, ſe acercó en la Chalupa con veinte y tres hombres. La facilidad que encontraron en el abordage, les inſpiró el injuſto deſeo de apoderarſe de eſta Embarcacion. Hallaron poca reſiſtencia en la popa, y la muerte de algunos Indios que ſacrificaron á ſu avaricia, les aſeguró, al parecer, ſu preſa; pero entretanto que ſe entregaron al ſaqueo, ſeſenta, ú ochenta Soldados ſalieron de la proa armados de eſpadas, ſables, y rodelas, y los obligaron á ſalvarſe huyendo, la mayor parte heridos, y algunos mortalmente. No obſtante, no eſperando los vencedores el miſmo ſucceſo contra los dos Navios, cuyo encuentro no podian evitar, reſolvieron refugiarſe en la ribera con lo mas precio-

ſo

so que tenian. Beaulieu se apoderò de su embarcacion, y supo de doce, ó quince ancianos, que no habian podido huir, y que le pidieron perdon de rodillas, que los otros eran Mercaderes de Paname, junto á Calicut, que habian partido para la Meca con Pasaportes Portugueses; que habiendose salvado en numero de ochenta, habian llevado en las barcas quarenta mil ducados en especie, y que no habian dejado sino unas mil y doscientas libras de Opio, y algunas telas de poco valor. Beaulieu no habia pensado mas que en vengar las gentes de su Chalupa; pero su generosidad le hizo compadecerse de las lagrimas de estos desgraciados ancianos, cuyas barbas blancas les llegaban hasta la cintura. Preguntò á los heridos si reconocian algunos por homicidas de sus compañeros, y habiendole asegurado, que no se les habia visto mientras el combate, no solo les concediò la vida, sino que los dejò en su Navio, despues de haber sacado de él los viveres, y algunas mercaderias.

Desde el Cabo de Comorin, en donde estaban los Franceses el 2. de Octubre, emplearon dos meses en combatir successivamente los vientos, y las calmas, para llegar el Martes 1. de Diciembre à Tikou, Puerto de la Isla de Sumatra, en el que se habia prometido Beaulieu juntarse con su Vice Almirante; pero solo supo que despues de haberse presentado en la Costa, en donde por poco no lo habian echado á pique los Holandeses, fingiendo tenerlo por Inglès, se habia hecho al Mar con muchos enfermos. Su inquietud le hizo tomar la resolucion de enviar á Bantam, y à Achem para descubrir la suerte de un Navio, en el qual habia dejado ciento veinte y cinco hombres, al separarse de él hacia el Cabo de Buena Esperanza; y supo al instante que no se le habia visto en el Puerto de Achem. Una barca Indiana en la qual habia enviado para Bantam su Artillero nombrado Isaac-Veron, hombre inteligente, que habia passado muchos años, tanto en las Molucas con los Españoles, como en el Estrecho de la Sonda con los Holandeses, y que hablaba muy bien la lengua Malaya, volviò el 19. con funestas noticias. Gravé, que mandaba el Vice Almirante, estaba en Jacatra, à donde lo habian llevado de Bantam los Holandeses, con pretexto de que la guerra era demasiado sangrienta, delante de esta ultima Ciudad, para dejar la entrada libre à los Mercaderes. Las enfermedades, y otros accidentes, habian reducido su Tripulacion á veinte y quatro, ó veinte y cinco hombres. Veron, que escribia á Beaulieu, no habia recibido estos informes, sino de un Navio Holandès, que habia encontrado en el Puerto de Surubay, que pertenece como Tikou, á la Isla de Sumatra; pero añadia que aprovechandose de este encuentro para continuar su rumbo, esperaba llegar bien pronto á bordo del

Vi-

BEAU-LIEU. 1619. Vice Almirante, y informarſe por ſus propios ojos.

En el intermedio el Rey de Achem, noticioſo de la llegada de los Franceſes, habia hecho rogar à Beaulieu, paſaſe á ſu Puerto, prometiendole favorecer ſu comercio, y ſu Nacion. Las turbaciones de Bantam, y la deſgracia del Vice Almirante le determinaron á aprovecharſe de eſte convite. Deſpues de haber deſtacado en el Patache veinte hombres, baxo el mando del Capitan Du-Buc para aſiſtir à Gravé, fuese para volver en derechura à Francia, ſi hallaba medio de cargar en Bantam, ó para paſar tambien al Puerto de Achem,
1621. ſaliò de Tikou el 3. de Enero de 1621. no ſin haber hecho algunas obſervaciones, que no ſe leen en ningun otro Viagero. La altura de Tikou, es de veinte minutos al Sud de la Linea. El Pais es muy alto en lo interior de las tierras, y muy baxo á la orilla del Mar. Eſtá cubierto de arboles, y bien regado por rios pequeños, que lo hacen pantanoſo, y que forman muchos hermoſos prados, en donde ſe vè pacer continuamente grande numero de bufalos, y bueyes. No abunda menos en volatería, y ſe hallan tambien las mejores frutas de las Indias, pero particularmente mucha pimienta, que hace ſu principal riqueza. Con tantas ventajas, no es conſiderable la Ciudad, y ſolo eſtá diſtante del Mar media legua. En la ribera ſe ven algunas caſas con lonjas, ó atrios, que eſtàn enfrente de una Isleta, en donde dan fondo los Navios. Todas las caſas de Tikou, comprendiendo las de la ribera, no aſcienden mas que à ochocientas, la mayor parte de cañas, y ſin ninguna comodidad; pero lo interior del País eſtà muy poblado, particularmente el pie de las montañas, en donde ſe cria la pimienta. Los habitantes de la Ciudad ſon Malayos, y en toda la Coſta haſta la falda de las montañas, no ſe habla otra lengua que la que tiene tambien eſte nombre. Mas allà eſtá habitada la Isla por Pueblos Idolatras, que no reconocen al Rey de Achem, y que tienen lengua, y Rey particulares. Poseen las minas de oro, que producirian mucho, ſi tubieſen mas habilidad para trabajarlas; pero no recogen las partes de eſte metal, ſino en las avenidas de agua, ó en algunos foſos pequeños que hacen para detenerlas. Truecan ſu oro con los Holandeſes, ò Isleños de la Coſta, por ſal, hierro, paños encarnados de algodon, y por perlas, que ſe venden bien en Tikou. Los Malayos ſon Mahometanos, y ſu inclinacion à eſta Secta, llega haſta la ſuperſticion, lo que no impide que ſu paſion al robo haga la manſion del País muy peligroſa. El ayre, además es enfermo, particularmente deſde el mes de Julio, haſta fin de Octubre; y reynan calenturas mortales, que habian hecho perecer una parte de la Tripulacion del Vice Almirante, por cuya razon juzgò Beaulieu, que nunca ſe verian alli Eſtrange-

ge-

geros, si no fuesen atrahidos por la abundancia de la pimienta. Este precioso fruto se recoge en todas las temporadas, pero particularmente en los meses de Diciembre, Enero, y Febrero. Entonces no se podia comprar sin licencia del Rey de Achem, de quien era preciso haber conseguido despachos; y Beaulieu, por haber ignorado esta ley, no pudo lograr en Tikou mas que unas ocho mil libras de pimienta, que habia hecho venir de Priaman por la noche.

BEAU-
LIEU.
1621.

Siguiendo su rumbo hácia el Puerto de Achem, fue á dar fondo delante de Barros, una de las principales Plazas de esta Costa, en donde asimismo es necesario el permiso del Rey, para exercer el comercio, como en Tikou. El Pais es agradable, y fertil; pero la pimienta no se cria en él, y su principal riqueza consiste en una grande abundancia de Benjuí, que sirve de moneda à los habitantes. Asimismo produce mucho alcanfor. Un viento de tierra que cerró la entrada de Barros á Beaulieu, no le permitió tomar un Piloto del País para entrar en las Islas que guarnecen la Costa de Achem. Este contratiempo le hizo emplear ocho dias en andar quatro leguas, porque no teniendo guia, se obstinò neciamente en pasar por el canal que està mas cerca de la tierra, y que veía solo abierto. En él hallò vientos de Sud-Est, que le eran directamente contrarios, y que le expusieron al ultimo riesgo; pero despues de haber perdido una ancora, llegò con mucho trabajo á la embocadura del Rio, que reconoció por la fortaleza que defiende sus orillas, en la qual se distingue la Mezquita.

En la rada halló un Navio Inglés de seiscientas toneladas, junto al qual fue á dar fondo. Desde el mismo dia 30. de Enero, muchos Oficiales del Rey, vinieron á darle el parabien de su arribo, y le instaron desembarcase, con tal eficacia, que llegó á juzgar que este Principe deseaba en extremo verle. Sin embargo, luego que se embarcó en la Chalupa para entrar en el rio, reconociò que la unica causa de este anhelo, era el hacerle pagar los derechos, que desde luego ascendieron á mas de ochenta pesos. Desembarcó junto á la Factoria de los Ingleses, cuyo Director le ofreció un alojamiento; pero no atreviendose á fiar tan pronto de estas apariencias de urbanidad, resolviò volver por la noche á bordo.. El Director de la Compañia Holandesa, le habia hecho las mismas ofertas; pero luego que volviò á tierra, encontró algunos Portugueses, á quienes el Rey de Achem habia hecho poner grillos, que le aconsejaron desconfiase igualmente de estas dos Naciones. En los terminos del Autor debo explicar los motivos de un aviso de tanta gravedad, para no hacerme sospechoso de alguna alteracion.

Advirtieronme que sabian de cierto que los Holandeses, y In-

Beau- Ingleses habian resuelto envenenarme, y decian saber esto del
lieu. mismo á quien habian encargado echase el veneno. Diles
1621. gracias del aviso, y les dixe, que no creía que en casa de los Ingleses se me quisiese hacer semejante traycion, siempre que yo estubiese alerta. A esto me dixeron que sabian muy bien que iria à comer yo aquel dia á ella, y algunos de ellos me suplicaban con grande afecto que no fuese, diciendo que sola una esperanza les quedaba de salir de cautiverio, que era por mi medio, y asi, que tenian interés en mi conservacion. Dixeles que no podia escusarme de ir aquel dia, pues habia dado mi palabra. Unas dos horas antes de este encuentro, Monsieur Renoud, Sacerdote, me habia avisado que un Marinero de mi Tripulacion nombrado La Caraque, le habia dicho casi lo mismo. Fui à ver algunas casas que no me acomodaban, y de alli pasé á comer á la de los Ingleses, cuyo Capitan, nombrado Maestre-Robert, me hizo muy buen acogimiento, y tubo una comida esplendida, sin que yo notase que me diesen nada de comer, y beber de que no usasen ellos. El dia siguiente 2. de Febrero me hallé muy malo; y desde las diez de la mañana, hasta las quatro de la tarde, hice mas de quarenta cursos, y desde entonces hasta media noche, tube grandes vomitos, de tal modo, que temiendo que el aviso de los Portugueses fuese cierto, tomé cocos de las Maldivias, que se tienen en este parage por un antidoto eficàz, con bezoar, y el dia siguiente repetí esta misma medicina; y aunque estubiese en extremo floxo, y debil, no dexè de ir à tierra. (La acusacion de veneno se repite en algunos otros parages del Diario. No obstante, parece que el testimonio de algunos Marineros no es suficiente, y la enfermedad de Beaulieu podia ser efecto de haber comido mucho.)

Bealieu tomó una casa grande en la orilla del rio, despues de haberse ajustado en cincuenta pesos cada mes por el alquiler, resuelto á evitar toda suerte de comercio con unos amigos tan perjudiciales. Comprendió, que teniendo, no solo que defender su vida contra sus artificios, sino que destruir los malos informes que podian haber dado al Rey de Achem, y á sus Oficiales, debia poner todos los medios para ganar por protector al Rey en su primera Audiencia. De Francia habia trahido muchas cartas selladas en blanco, por lo qual resolviò enviar una al Rey de Achem, y hacerle decir, que lo que tenia que presentarle era de parte del Rey de Francia, aunque la carta no hiciese ninguna mencion de ello. Mandóla traducir en Portugués, y por sobre escrito hizo poner: A nuestro muy amado hermano, el Rey de Achem. El sello, que contenia las armas de Francia en lacre, se puso con tanto disimulo, que parecia que la carta habia venido cerrada de Francia.

En

En quanto à los regalos, no quiso emplear cadenas de vidrio esmaltado, y otras mercaderias de poco valor, de que su Compañia habia tenido por conveniente encargarle, pues hubiera sido dar motivo à sus enemigos, de publicar que se cubria falsamente con el nombre de su Principe. Entre lo que tenia mas precioso, escogiò armas completas de montar, enteramente gravadas, y doradas; un alfange de Alemania, cuya guarda estaba tambien dorada, y en la qual se disparaba una pistola que pegaba fuego, entrando un boton por el otro lado de la cazoleta; seis mosquetes, cuyos cañones estaban dorados, y gravados, y la caxa embutida en nacar; dos hierros de pica esmaltados, y dorados; un espejo muy grande, que se hallò quebrado, y no dejò de presentar en su caxa, manifestando su sentimiento de este accidente; dos piezas de camelote de aguas, carmesí, y dos flascos grandes llenos de excelente agua de rosa. Muchos Negociantes de diferentes Naciones, cuya visita se recibió, hallaron magnificos estos regalos, particularmente el Capitan de un Navio de Surate, que le dixo, sin reparo, que esta generósidad sería mejor empleada en la Corte del Gran Mogol, que en la de Achem. Los Oficiales del Rey, no se mostraron menos admirados; pero haciendoles desear esta misma razon, que tan buenas cosas fuesen en mayor numero, instaron à Beaulieu añadiese algunas otras, representandole que su Rey era uno de los mas poderosos de la India. Respondióles con espiritu, que conocia la grandeza del Rey de Achem; pero que no ignoraba el valor de lo que le presentaba. BEAU-LIEU. 1619.

El dia de la Audiencia fue un dia de fiesta en Achem, por la magnificencia de la marcha. Estas descripciones, que lisonjean la vanidad de un Viagero, no pueden repetirse en cada Diario, aunque algunas sean su principal adorno. Aqui se puede hacer memoria de lo que se ha leido mas vistoso, y lucido en este genero en la Corte de Achem, y suponer en honor de Beaulieu, que á todo esto se añadieron nuevas distinciones en su favor. Hizosele esperar algunos instantes á la puerta del quarto del Rey, que està cubierto de planchas de plata. Un Eunuco vino à decir al Sabandar, que servia de Introductor, que el Rey se hallaba indispuesto, pero que estando tan inmediato el Capitan Francès, se violentaría S. M. para recibirlo. Dos Oficiales de la Corte tomaron al instante à Beaulieu de las manos, y le conduxeron al pie de la tarima del Rey, que estaba levantada un poco. Tendiòse una alfombra de Turquia, sobre la qual se le hizo sentar con las piernas cruzadas, guardando el uso del Pais. Saludò al Rey segun el mismo uso, juntando las manos, y llevandolas à la frente, con una ligera inclinacion de cabeza; pero aunque el uso no obliga à descubrirse, se quitò el sombrero, por-

BEAU-LIEU. 1621. que no eſtaba acoſtumbrado á tenerlo pueſto delante de perſonas de eſta claſe.

El Rey de Achem ſe habia hallado tan ſatifecho con ſus regalos, que le mandò decir por el Sabandar, que diez barras de oro, no le hubieran cauſado tanto placer. Preguntò ſi el Rey de Francia tenia muchas armas de eſtas, y prometiò tratar á Beaulieu con una atencion eſpecial, porque le habia preſentado lo que habia mas conforme à ſu guſto. La carta ſe leyò, y ſe otorgaron las propoſiciones de comercio.

Habiendoſe recobrado el Rey algunos dias despues, fue llamado à Palacio otra vez Beaulieu, y recibió mueſtras tan extraordinarias de eſtimacion, y de afecto, que deſpues de eſta Audiencia, le juró el Sabandar que nunca habia viſto Eſtrangero tan favorecido en la Corte de Achem. Deſpues de haberle hecho preſentar el betel en un vaſo grande de oro, cuya tapa eſtaba cubierta de eſmeraldas, le hizo el Rey diferentes preguntas ſobre la grandeza, y poder de los Principes Chriſtianos. Luego entraron treinta mugeres en la ſala, que eſtaba cubierta de alfombras Turcas, cada una con una vaſija grande de plata en las manos, cubierta, que puſieron ſobre la alfombra, veſtidas de una tela de ſeda mezclada de hilo de oro, que colgaba haſta el ſuelo, y cuyas extremidades eſtaban adornadas de piedras. Habiendoſe quedado en pie eſtas mugeres por algunos inſtantes, diò orden el Rey de que ſe ſirvieſe la comida delante de Beaulieu. Entonces ſe deſcubrieron las vaſijas, y ſe ſacaron de cada una ſeis fuentes de oro llenas de dulces, manjares, y paſteles. Beaulieu ſe vió cercado en un inſtante de baxilla de oro, y de otras diferentes vaſijas del miſmo metal, en algunas de las quales habia agua, y otras bebidas. Eſte Viagero ſolo probò el arroz, al qual halló el guſto de nueſtros mazapanes. El Rey le mandò ſervir de beber en un vaſo de oro, llevado por un Eunuco en una ſalvilla grande del miſmo metal. Creyó poder vaciar el vaſo, bebiendo à la ſalud de eſte Principe; pero el licor era tan fuerte, que juzgando haber tragado fuego, le cogió un ſudor grande, que le obligò à detenerſe. El Rey le dixo ſonriendoſe, que debia acabar, pues habia bebido á ſu ſalud, y que él, ſi ſus incomodidades, y deſazon le hubieran permitido beber à la del Rey de Francia, hubiera deſocupado ſu copa con garvo. Beaulieu ſuplicò à S. M. permitieſe que le traxeſen algun licor menos fuerte, y ſe le ſirvieron otros, inſtandole que comieſe, y bebieſe; pero tenia poco apetito; y padeciendo mucho con la poſtura en que eſtaba ſentado con las piernas cruzadas, hizo pedir por el Sabandar, que ſe abreviaſe el banquete.

Luego que ſe quitaron todos los manjares, ſe puſo en lugar

gar

gar de ellos, entre el Rey, y Beaulieu, una hermosa alfombra de fondo de oro. Quince, ò veinte doncellas entraron succesivamente con un tamboril en la mano, y habiendose puesto en linea junto à la pared, arreglaron su voz á su instrumento, y cantaron las conquistas del Rey. Otras dos doncellas, que entraron de alli à poco por una puerta pequeña, sorprendieron á Beaulieu por su hermosura, y por la riqueza de su vestido. Fuele dificil comprender que pudiesen ser tan blancas, en un Pais tan calido. En quanto à sus vestidos, todos eran de oro, y los terminos le faltan para esta descripcion. Estas eran dos baylarinas, que solo divirtieron al Rey, y à Beaulieu, porque los que estaban en la sala con ellos, tubieron siempre cerrados los ojos. Està prohibido, pena de la vida, à los vasallos del Rey de Achem, mirar nunca à sus mugeres; pero Beaulieu, aunque no ignoraba esta ley, no por eso cerrò los ojos, creyendo, dice, que el Rey no habia hecho venir á sus mugeres para un ciego, y que queria hacer admirar su magnificencia, y habilidad.

BEAULIEU. 1619.

No obstante tantos honores, y agasajos, no logrò toda la libertad que se le habia prometido para su comercio. El Rey vendia èl mismo pimienta à los Estrangeros, cosa perjudicial al comercio, segun la observacion de Beaulieu. Las turbaciones de Bantam eran una coyuntura favorable, de que queria aprovecharse para aumentar sus riquezas, subiendo casi al doble el precio de las mercaderias. Asimismo negaba el permiso de comprarlas en los otros Puertos de su jurisdiccion; y si para lisonjear á Beaulieu, que le instaba continuamente, permitió al parecer, à los habitantes de Achem entrar en ajuste con él, para cierta porcion de pimienta, sin ponerle limites en el precio, estaba seguro de que el conocimiento que tenian de sus intenciones sería suficiente para reprimirlos. Su crueldad le habia hecho terrible, y cada dia de su reynado se habia hecho notable por alguna orden sangrienta. Habia mandado matar á todos los Principes de su Sangre, á excepcion de su hijo, del qual se empezaba à tener algun temor despues que lo habia desterrado con mucho rigor. Habia exterminado casi enteramente la Nobleza antigua, y Beaulieu asegura, que mientras la mansion que hizo en su Capital, no se oyó hablar mas que de castigos.

No obstante, no dejaba de divertir á los Franceses con promesas: Además del merito de sus regalos, de los que todavia conservaba la misma admiracion, se creía interesado en detenerlos, para emplear algunos de sus artifices en diferentes obras, que eran su unica diversion. Beaulieu refiere que un dia se le vino á avisar, que este Principe deseaba verle, y se apresuró a ir à Palacio. El Sabandar, que le habia traido esta orden, le dixo en el camino, que estimando mucho el Rey los dos hierros de pi-

BEAU-
LIEU.
1621.

ca que habia entre los regalos, habia querido hacer gravar, y dorar la punta, que no eſtaba mas que acicalada haſta mitad del corte. Habia encargado de eſte trabajo á uno de ſus artifices, que los habia pueſto al fuego para ſentar el oro; pero habia hallado al ſacarlos, que la primera pintura ſe habia deſvanecido al inſtante, por lo qual fue á caſa de los Franceſes, con la eſperanza de hallar alli alguno que fueſe capáz de reparar ſu falta. Un Platero de Ruan, à quien ſe dirigió, le reſpondió que ſu oficio no era trabajar en hierro. El Rey ſe hizo traer los hierros de pica, y ſe los enſeñó à Beaulieu, quien le dixo naturalmente, que creía que no tenia remedio aquel mal. Eſta reſpueſta lo irritò tanto contra el miſerable que los habia pueſto al fuego, que inmediatamente le mandò cortar las dos manos.

Deſpues me dixo, que habia oido que yo tenia un Platero, que me ſuplicaba le hicieſe eſmaltar un anillo grande de oro, que peſaba mas de una onza, que me entregó. Yo dixe que ignoraba ſi eſte Platero ſabía, ó nó eſmaltar, y que nunca le habia viſto trabajar. Reſpondióme por el Sabandar, que ſabìa que el Platero era hombre habil, y que ya habia prometido á algunos trabajar, y eſmaltar; que le contentaria, y me ſuplicaba tubieſe cuidado de él, y que enviaria à uno de ſus Plateros, que me enſeñò, para aprender el metodo del mio. Era en extremo curioſo en pedrerias, y obras de Plateria, y tenia mas de treinta Plateros, que trabajaban continuamente para él, y ademàs de eſto me enſeñó un numero muy grande de piedras trabajadas, y en bruto, que hacia agujerear la mayor parte por dos lados, mandando hacer collares, y cadenas de eſmeraldas grandes, y Bajus, ò caſacas à ſu moda, guarnecidas todas de eſtas piedras, como asimiſmo diferentes obras de Plateria, à ſaber, vaſijas grandes de oro, cubiertas de piedras, gran numero de eſpadas, alfanges, y puñales á ſu moda, que eſtaban enteramente cubiertos de ellas, tanto en el puño, como en la bayna; muchos corchetes para poner en ſus caſacas, ò en la abertura de ellas, en forma de botones, y me dixo que en quantas Bajus, ò caſacas tenia, habia empleado mas de tres Bahars de oro (Un Bahar es mas de treſcientas y cincuenta libras, peſo de Francia) y que ſeis dias no baſtarian para enſeñarme ſus joyas, y pedrerias. No ſé ſi me dixo eſto, para que admiraſe ſus riquezas; pero hay tantas, que dos horas de tiempo que eſtube alli, vi un grande numero de ellas, la mayor parte de las quales ſon mas bien piedras de viſta, que de valor; y fuera de ſus manos, no valdrian ni con mucho lo que las eſtima. No obſtante, entre eſtas piedras he visto algunas de gran valor, principalmente tres diamantes, que pueden ſer de quince, ò veinte carats cada uno; dos rubíes muy grandes, y una eſmeralda que adquiriò ultimamen-

mente en su conquista de Peta, y que es una de las piedras hermosas que se puede encontrar. Habiendo sido vencido en un combate por otro gallo mas chico, uno de sus gallos, que habia confiado al cuidado de uno de los primeros Señores de la Corte, quiso saber por qué el chico tenía mas fuerza que el grande. El Orancaye, que lo veia enfadado, respondió con mucha humildad, que no podia penetrar el motivo: Pues yo lo penetro, le dixo el Rey, y es que has alimentado mal à mi gallo, y que le quitas el arroz para darselo à tus concubinas, ò que tu te lo comes; con cuyo motivo dio orden que se le cortase una mano por el puño, lo que se executò inmediatamente. Beaulieu vió salir del Palacio à este desgraciado Señor, con una de sus manos en la otra; pero ninguna cosa iguala à otro espectaculo de que fue testigo. Habiendo obedecido à la orden del Rey, que lo habia hecho llamar el 24. de Marzo, hallò á este Principe ocupado en su quarto en hacer atormentar cruelmente à cinco, ó seis mugeres. Con esta vista perdió la esperanza que habia tenido de lograr algun favor, especialmente no habiendo venido á Palacio sino en virtud de sus ordenes. Sin embargo, despues de haberlo saludado, le ofreciò algunas joyas de Europa, que juzgó capaces de atraer su atencion; pero el cruel Monarca, volviendo apenas los ojos á lo que en otro tiempo le habia agradado, solo atendia á hacer aumentar unos castigos, que habian durado ya tres horas. Beaulieu, sorprendido de horror, hacía promesas al Cielo para lograr la libertad de salir, tanto mas, quanto veia al rededor de sí muchos Orancayes, que temian la misma suerte. Finalmente, el Rey encargó á algunos Oficiales de otra execucion; y haciendo quitar de su presencia las mugeres, que habia tenido gusto de atormentar, mandò que se les cortasen los pies, y las manos, y que los cuerpos se arrojasen al rio. Volviendose despues hacia Beaulieu, le preguntó qué le parecia su rigor. Estaba tan desfallecido, dice este honrado Viagero, de haber visto tanto tiempo atormentar junto à mì, que no sabia que responderle; pero le dixé contra lo que pensaba, que los Reynos no se podian mantener sin justicia. Entonces replicò, que si hubiera dejado sin castigo lo que habia sucedido aquella noche, no estaría segura su vida.

BEAULIEU. 1619.

Aqui añadirémos la explicacion de esta aventura. Estube todavia alli cerca de una hora, dice Beaulieu, hasta que hallando ocasion de retirarme con el Sabandar, salimos del Castillo, y informandome de èl del motivo de los castigos, me dixo, que la noche antecedente, estando acostadas cinco, ó seis mugeres de su guardia, bastante cerca de su quarto, una de ellas habia dado un grito de espanto; lo que oido por el Rey, preguntó què era, y se

Beau-lieu. 1619.

se le respondiò que nada; pero viendo que á algunas otras preguntas que hizo, no se le respondia categoricamente, hizo velar lo restante de la noche à las que estaban en el quarto, encargandoles escuchasen bien por las puertas, y disimuló hasta el amanecer, que envió à buscar prontamente à las que habian gritado, las quales viniendo à su presencia, le informaron de la causa de este ruido. Algunas respondieron que no era nada; pero viendo que el Rey se enfurecia, le dixo una, que la que estaba junto á ella habia gritado. El Rey le mandò decir prontamente la verdad, y respondió que durmiendo habia venido alguno por debaxo del lugar en donde estaba, quien atravesando los bambus, ó cañas que les sirven de cama, le habia picado en el muslo; que esto la habia hecho gritar, y que las otras se habian dispertado. Entonces les preguntó el Rey si habian oido á alguno: unas dixeron que no, y otras que sí, y además que habian hallado el puñal, que hizo traer el Rey, y que no fue reconocido de nadie. Entonces envió á buscar à la Merigne, ó Capitan de la centinela, que es tambien una muger que tiene este oficio en el Palacio, y le preguntó si habia entrado alguno por la noche, á lo que respondió que no. Dirigiendose entonces à aquellas, baxo quienes se habia hallado el puñal, preguntò quièn le habia llevado, quièn las habia picado con èl, quièn las habia hecho gritar, y porquè no le habian dicho la verdad; y viendo que no le respondian nada, se irritò, y vino en sospecha de que se conspiraba contra su vida, y que era su propia madre, habiendo apostado á estas mugeres para que causasen algun sobresalto, á fin de hacerle salir de su quarto para matarlo con facilidad, lo que fue causa de que mandase atormentar de este modo à las mugeres que habian gritado, y à la misma Merigne.

Y aunque estas mugeres no hayan culpado à nadie, no ha dexado el Rey de prender à su madre, á la qual he oido que ha hecho dar tormento, y envió al Orancaye Lackeman, quando yo estaba en el Castillo, á hacer matar à su propio sobrino, hijo del Rey de Johor, diciendo que este Principe joven era á quien su madre queria hacer Rey; y esta noche he sabido que tambien ha hecho matar al hijo del Rey de Bintan, que tenia encarcelado, y al del Rey de Pahan que eran parientes suyos; y á cinco Señores de la Corte, que juzgaba favorecian á su madre, y tambien se dice, que hará matar à ésta, lo que es muy verosimil, porque ya se ha apoderado de todas sus riquezas.

Esta ferocidad no le impidió conceder à Beaulieu la libertad de algunos prisioneros que padecian hacia mucho tiempo en las carceles. Entre muchos Negociantes de la misma Nacion, que procuraban enriquecerse por el comercio, ò por otros medios, hizo amistad el Autor en la Corte de Achem con Don

Fran-

Francisco Carnero, jugador habil, y tan felíz, que parece le favorecia la fortuna con especial cuidado. Descubrióse sin embargo, que la mala fé no tenia menos parte que la suerte, y la habilidad en las ganancias que continuamente tenia. Despues de haber ganado grandes cantidades al Sabandar, quien se resarcia de sus perdidas con los impuestos que cargaba á los Mercaderes; jugaba un dia contra una Señora Indiana, á la qual habia ya ganado una suma considerable, quando dando una puñada en la mesa para manifestar su admiracion de un lance extraordinario, encontró uno de sus dados, que hizo pedazos, y del qual salieron algunas gotas de azogue, que se desaparecieron al instante, porque la mesa no estaba del todo llana. Los circunstantes Indios, tanto mas admirados de esta aventura, quanto Carnero cogió prontamente los pedazos del dado, y se negò á enseñarlos, juzgaron que habia algun encanto. Publicóse que habia salido de èl un espiritu, que habian visto baxo forma sensible, y que se habia desvanecido sin dañar à nadie. Beaulieu penetró facilmente la verdad; pero dejó á los Indios en su error, y lejos de hacer ningun mal oficio á Carnero, le instó vivamente desistiese del juego, del qual no podia esperar ya las mismas ventajas en la Corte de Achem. Sin duda el agradecimiento es el que movió á este Portugués à hacerle una declaracion, que fue util al comercio de Francia. BEAULIEU. 1619.

Representòle que no teniendo los Franceses nada que esperar del lado de Bantam, debian pensar en el establecimiento de una Factoría en el Puerto de Achem; pero que esto no era bastante, si no tenian otra en Surate; que no siendo à proposito para la Isla de Sumatra los pesos, y las mercaderías de Francia, no habia nada que ganar quando se viniese directamente de Francia para comprar pimienta, en lugar de que pasando por Surate, se trocaban con una ganancia mediana, y que en diferentes mercaderias que se podrian traher de Francia, habria la de mas de ciento por ciento, vendiendolas en Surate, en donde se comprarìan despues mercaderias de esta Ciudad, buenas para Sumatra, en las quales habia alli regularmente la ganancia de trescientos por ciento.

Carnero respondía á Beaulieu del buen exito de esta empresa. Pediale la comision de pasar à Masulipatan en el Navio de Surate que estaba en el Puerto de Achem, y que debia tomar sin perdida de tiempo este rumbo. Desde alli prometia ir à la Corte del Gran Mogol, cerca del qual creía no necesitar mas que de una carta con sello del Rey de Francia, y otra de mano de Beaulieu, para explicar el motivo de su viage. Contaba ademàs con el socorro de un Platero Francés, conocido suyo, que estaba en grande estimacion cerca del Mogol, y con algu-

Beaulieu. 1619. gunas recomendaciones de Peribei, Capitan del Navio de Surate. Beaulieu halló tanta verisimilitud en estas ofertas, y tan poco riesgo en admitirlas, que no tubo dificultad de confiar algo en ellas: Carnero hizo el viage con felicidad, y se lee su vuelta en el Diario del Autor, sin ninguna explicacion sobre el exito de su empresa; pero sin embargo de qualquiera motivo que haya tenido Beaulieu para omitir otras explicaciones, parece que se hallaba satisfecho de ella, pues no cesó su amistad con Carnero, y se puede mirar este accidente como el origen del primer establecimiento de los Franceses en Surate.

Despues de unos seis meses que solicitaba Beaulieu el permiso del Comercio, veia retardadas sus esperanzas de dia en dia, con pretextos tan frivolos, que habiendo oido alabar à Queda, y Lancahui, como dos lugares en donde no se hallaba la pimienta con menos abundancia que en Surate, resolviò en fin abandonar secretamente el Puerto de Achem, y tomar este rumbo. Su intencion era pasar primero por Tikou, y tratar alli, si era posible, sin contar con las cartas del Rey; ó detener las embarcaciones que saliesen de este Puerto, tomar la pimienta de ellas, y pagarla al precio comun. Esto era no solo una venganza, sino una justa indemnizacion, que creía deberse à sí, por tantos gastos inutiles, y por el tiempo que habia perdido. No obstante, confiesa que por medios secretos habia cargado en la rada de Achem unos setecientos bahars de pimienta. Salió de ella el veinte y quatro de Junio, despues de haber dejado en manos de un amigo, una carta para su Vice Almirante, si llegaba despues de él à este Puerto. El dia siguiente se viò fuera de las Islas de Gomospoda, y de Pulonay, que cercan la rada de Achem al Nord. Con los vientos de Sud-Ouest que reynan en esta temporada, se prometia doblar la punta de Achem gobernando al Ouest-Nord-Ouest, para seguir el rumbo de Tikou; pero las corrientes, y mareas le fueron tan contrarias, que tubo que internarse hacia Lancahui. Esta Isla, en donde el precio comun de la pimienta no era mas que de diez y seis pesos, y el favor del Rey de Queda, que no le costó mas que dos piezas de cañon de hierro, hubieran colmado toda su esperanza en temporada mejor; pero habia entonces tan poca pimienta, que no pudo cargar mas que veinte bahars, y no pudiendo (sin saberse por qué, pero es de creer que tendria muchos enfermos) esperar al mes de Enero, que era el tiempo verdadero de la cosecha, alzò velas el 12. de Octubre.

La Isla que nombran sus habitantes Lancahui, y los de Achem PuloLada, ò la Isla de pimienta, tiene quince, ò veinte leguas de circunferencia. Es montuosa en algunas partes, particularmente del lado de PuloBotton, que no dista mas que

que unas cinco leguas al Occidente. En lo interior se descubre una montaña alta, separada por un valle angosto, que no se ve sino por el lado del Sud, de suerte, que al Ouest no se presenta mas que un pico grande, que es doble al Sud Ouest. Al pie de esta montaña se cria en abundancia la pimienta, y la Isla produciría mucha mas, si hubiese mas habitantes para cultivarla. Entonces no se contaban en ella mas que unos cien Isleños, resto de setecientos, ò ochocientos que habian muerto de enfermedades contagiosas. El terreno es ademàs muy fertil en frutas, en arroz, en ganados, y segun Beaulieu en toda especie de drogas. Veense bellos pastos, muchos rios, y bastantes manantiales de agua excelente. Las partes que no estan cultivadas, presentan bosques grandes muy espesos, particularmente en las montañas, en donde los arboles son de una altura admirable, perfectamente derechos, y de grueso proporcionado. Del lado de Mediodia está la Isla muy cortada por brazos pequeños de mar, que forman otras Isletas cubiertas de bosques. A distancia de una legua al Nord, se descubre una grande, y el Autor juzga que el paso entre ellas es bueno, aunque no se atreve á asegurarlo para los Navios grandes. No faltaría nada á la Isla de Lancahui para surtir de excelentes refrescos, si las lluvias, que reynan desde principio de Junio, hasta fin de Octubre, esto es, mientras duran los vientos de Ouest, no hiciesen el ayre muy enfermo.

BEAU-LIEU. 1621.

Beaulieu se proponia volver à la rada de Achem, con la esperanza de recibir alli algun informe sobre la suerte de su Vice Almirante. Al dejar á Lancahui, lo arrojaron las mareas hacia Pulo-Botton, que reconociò de muy cerca, distinguiendo tres Islas rodeadas de un grande numero de otras pequeñas, que no están habitadas, pero en las quales se encuentran arboles grandes, de que se harían muy buenos mastiles. El anclage es seguro por todas partes, y la mayor de las tres Islas, tiene buenas aguas.

Al llegar à la rada de Achem, despues de haber empleado mas de quince dias en doblar la punta, descubrió un Navio grande, que venia sobre él, viento en popa, á todas velas, y que reconociò bien pronto por Inglés. En el peligro de que se creyò amenazado, hacía ya los preparativos de defensa, quando à distancia de un quarto de legua, vió la Chalupa de esta embarcacion, que se destacaba con algunos hombres para acercarse hacia él. Vino á bordo sin ninguna muestra de desconfianza, y el primero que subió, desfigurado por la enfermedad, se dió á conocer por un Oficial del Vice Almirante nombrado Du-Parc. Beaulieu, en el primer impulso de su gozo, quiso saber inmediatamente de dònde venia, y quál era el Navio que lo habia trahido. Venia de Bantam, y el Navio era Inglés, del porte de

Beaulieu. 1621.

unas seiscientas toneladas, y montado de treinta y dos piezas de cañon. Pero Du Parc le trahia noticas mas importantes. Dixole desde luego, que Gravé, su Vice Almirante, estaba en el Navio Inglés, casi espirando de pesadumbre, de enfermedad, y de cansancio, y que habia pasado por Achem, en donde no hallando ningun Navio Francés, se habia determinado à volver á entrar en el que lo habia traido, para restituirse à Jacatra.

Entonces, queriendo saber Beaulieu con impaciente curiosidad, la suerte del Navio de Gravè, le contó Du Parc, que despues de su separacion, esta desgraciada embarcacion no habia experimentado mas que desgracias. Habia entrado en el Estrecho de la Sonda, en donde lo habia arrojado el viento sobre la Costa de Sumatra, veinte leguas mas arriba del Puerto de Tikou. Las enfermedades, que habian hecho perecer una parte de su tripulacion, se habian minorado tan poco, que no le quedaban sino cinco ò seis hombres sanos, quando habia encontrado succesivamente muchas Naves Holandesas, que lo habian tratado con el ultimo rigor, saqueando el quarto del Vice Almirante, insultando à sus enfermos, y consumiendo sus mejores provisiones. Sin embargo, habiendo fingido uno de sus Gefes registrar su Comision, le habia confesado que no expresaba, ni hacía mencion de coger los Navios Franceses, y le habia dejado la libertad de continuar su rumbo; despues de haberle hecho prometer olvidar lo que habia pasado. Con esta condicion le habia asistido con algunos hombres, que le habian hecho pagar bien caro su socorro, y que lo habian conducido à Jacatra. Coen, General de los Holandeses, no se habia opuesto à su partida para Bantam; pero le habia impuesto leyes muy duras, que habian desvanecido sus mejores esperanzas de comercio, y que le habian obligado al salir de este Puerto, à protestar de qualesquier perjuicios contra la Nacion Holandesa. Algun tiempo despues en una noche muy obscura, una barca que se acercò á la popa del Navio, le pegó fuego, con circunstancias, que hicieron conocer con bastante claridad, de dònde nacia esta traicion, y las sospechas se trocaron en certidumbre, quando los Holandeses, impidiendo á Gravè salvar sus mercaderías, se apoderaron no solo de la pimienta, que transportaron á sus almacenes, sino tambien de toda la artillería, y aun de los despojos del Navio, que vendieron à són de tambor. Gravè, reducido à la desesparacion, pidió à lo menos algun socorro para pasar al Puerto de Achem con quince, ò diez y seis hombres que le quedaban, esperando hallar alli todavia à Beaulieu. Limoney, Comisionado de la Compañia de San Malo en Bantam, le habia comprado su Patache, y viendose cerrar tambien todas las vias de comercio, tomò la resolucion de partir con èl, esto es, Grave, y Limoney en la Patache, y los otros quin-

quince, ò diez y feis Francefes, en una de las barcas del Pais, que fe nombran Pares, bajo el mando del Capitan Du Buc. La barca, que habia llegado al Puerto de Achem á fines del mes de Agofto, habia fido detenida por orden del Rey, con quantos hombres llevaba, y el valor de dos mil y quinientos pefos que habian falvado en almizcle, en pedrerías, en bezoar, y en otras mercaderías. La Patache no habia entrado en efte Puerto fino quatro, ò cinco dias antes. Gravè, que eftaba enfermo de peligro, no hallando alli á Beaulieu, y viendo las reliquias de fu tripulacion, y de fus efectos en poder del Rey de Achem, no habia podido fufrir efta ultima defgracia. Habiafe aprovechado de la ocafion del Navio Inglés para dejar un Pais, en el qual folo habia padecido defgracias. Confternado Beaulieu con esta relacion, fe apreſurò á hacer llevar á bordo al Vice Almirante, quien confirmò por fu boca, en prefencia de muchos teftigos, lo que acaba de referirfe. Algunos dias defpues muriò el defgraciado Gravé, tanto de enfermedad, como de pefadumbre. BEAULIEU. 1621.

Un jufto refentimiento movió à Beaulieu à dar fondo en la rada, enmedio de cinco Navios Moros, refuelto, fi el Rey ponia dificultad en reftituirle fus gentes, á emplear la fuerza para coger algunas de eftas embarcaciones. Apenas habia echado ancoras, quando viniendo à bordo muchos Oficiales de Achem, le dixeron, que el Rey fe alegraba de fu vuelta, y le fuplicaba fatisfaciefe prontamente el defeo que tenia de verlo. Beaulieu refpondiò con arrogancia, que fe guardarìa muy bien de fiarfe del mifmo modo que antes, de un Principe que habia cogido à fus gentes como ladrones, y que fe habia apoderado de algunas miferables reliquias de fu Navio. Añadiò que efto era reconocer muy mal las ofertas de fervicio, que le habia hecho la Nacion Francefa, y los regalos de un gran Rey. Todos los Oficiales le afeguraron inmediatamente, que el Rey fentia mucho haber fido engañado con falfas relaciones, en virtud de las quales fe habia perfuadido fin razon, que fus Prifioneros eran Portuguefes, que habian defolado fus Coftas: que habiendolos reconocido por Francefes, les habia reftituido la libertad: que es cierto que no les habia permitido partir con los Holandefes, y Inglefes, porque habiendo advertido en eftas dos Naciones una envidia, de que habia formado alguna desconfianza, no habia querido entregar los vafallos del Rey de Francia, en manos de fus mas crueles enemigos; pero que fe habia propuefto entregarlos al primer Capitan Francés que llegafe á fu rada. Efta apologìa era imperfecta. El Rey de Achem habia reftituido la liberrad à los Prifioneros, pero no las mercaderías. Además los Francefes fe podrian diftinguir con facilidad de los Portuguefes, y fi habia creido poderfe engañar, debiera

BEAU- LIEU. 1621.

haber consultado á los Holandeses, y Ingleses, que los conocian perfectamente. Los Oficiales respondieron à estas objeciones, que la restitucion de las mercaderìas se harìa à Beaulieu, y que en quanto á los Prisioneros podia asegurarse que estaban libres. No satisfaciendole todavia esta protestacion, continuó respondiendo, que no se fiaría si este Principe no le enviaba primero todas sus gentes. Entonces le ofrecieron los Oficiales quedarse à bordo para servir de Rehenes, con lo qual no tubo motivo para dudar de su sinceridad; pero escusandose con su obligacion, que no le permitia tratar con el Rey, como con un enemigo, quando su comision era enteramente opuesta, repitiò que luego que sus gentes estubiesen á bordo, iría á recibir con gusto las ordenes de su Magestad.

Los Oficiales volvieron á la Corte con esta respuesta. Desde el mismo dia, Limoney, y algunos otros Franceses lograron la libertad de ir al Navio, y traxeron nueva seguridad de las buenas intenciones del Rey; en cuya virtud no tubo ya reparo en desembarcar. Restituyeronsele todas sus gentes, pero halló tanta dificultad para que se le volviesen sus mercaderías, con pretexto de que habiendo llegado despues de la perdida de su embarcacion, debian confiscarse todos sus bienes en beneficio del Rey, que volviò à formar de nuevo sus ideas de venganza. La unica dificultad consistia en no dejar en Achem ningun Francés. Instò pues à Limoney, que habia empezado algunos negocios para su Compañia, vendiese su Patache, y se eximiese de sus obligaciones. No obstante, un favor inesperado que recibiò del Rey, le hizo tomar otras resoluciones. Este Principe le concediò el permiso de ir á Tikou para acabar su cargazon de pimienta, y siendo favorable la estacion, no pensó mas que en aprovecharse de este felíz accidente.

El succeso de su comercio, que no le resarciò con menos abundancia de sus gastos, que de sus trabajos, y las circunstancias de su vuelta hasta Havre de Gracia, no presentan nada interesable, ni para curiosidad, ni para instruccion. A su Relacion se ha añadido un diario de su rumbo, esto es, un estado de los vientos, y de las variaciones de la aguja, hecho por Le-Tellier, su Piloto; pero lo que se le debe particularmente, y lo que he juzgado necesario dejar para el fin de este articulo, por sujetarme al méthodo de los Ingleses, hasta tanto que me halle en estado de formar otro nuevo, es una descripcion de la Isla de Sumatra, mas extensa que las que se han visto hasta aora en todas las Relaciones que tratan de esta Isla.

Descripcion de la Isla de Sumatra.

Descripcion de Sumatra.

CIñendose Beaulieu à los limites de un Viagero, deja à los Sabios el cuidado de investigar, si Sumatra es el Ophir de Salomon, la Trapobana de los Antiguos &c. Sumatra, Isla mayor que la Inglaterra, y la Escocia, se estiende desde la punta de Achem á cinco grados y medio de latitud del Nord, hasta el Estrecho de la Sonda, hácia cinco grados y medio del Sud, lo que le dá de largo unas trescientas leguas Francesas. Es un poco mas ancha del lado del Sud, que de el del Nord; y Beaulieu la dá uno con otro setenta y dos leguas en esta dimension. Lo interior del País está lleno de montañas altas; pero junto al Mar, la mayor parte de la Isla es baja, y no carece, ni de pastos buenos, ni de tierras excelentes para el arroz, y para todas las frutas de las Indias. Rieganla muchos rios hermosos, entre los quales se distinguen por su tamaño, los de Cinquel, de Barros, de Daya, de Achem, de Pedir, de Iambi, y de Andripoura. Los pequeños son en tan grande numero, que mantienen continuamente humeda la tierra, y en algunos parages muy pantanosa, además de las lluvias que regularmente empiezan en el mes de Junio, y que no cesan hasta el Octubre. El ayre es entonces dañoso à los Estrangeros, particularmente en las partes mas inmediatas á la Linea, como el País de Tikou, y de Pasaman. Aun los mismos Achemeses no habitan alli sin temor, en especial mientras duran las lluvias. Los vientos de Ouest, que reynan entonces en esta Costa, se estrellan en ella con grandes torbellinos, y horribles tempestades. Las calmas succeden casi de repente, y no moviendose mientras duran ningun viento, y continuando la tierra en empaparse con las lluvias continuas, atrahe el Sol vapores muy hediondos, que causan calenturas pestilentes, cuyo efecto mas comun, es hacer perecer à los Estrangeros en el espacio de dos, ò tres dias, ó dejarles hinchazones dolorosas, y muy dificiles de curar.

Estando la Ciudad de Achem á la punta del Nord, se respira alli un ayre mas puro, y mas templado. Está situada junto á un rio tan grande como el Somma, á distancia de cerca de media legua de la orilla del Mar, en medio de un valle grande, de seis leguas de ancho. La tierra es capáz de producir aqui toda especie de granos, y de frutas; pero no se siembra en ella mas que arroz, que es el principal alimento de los habitantes. Aunque los Cocoteros sean los arboles mas comunes en la Isla, se hallan en lo restante de ella, todos los arboles frutales de las Indias, pero pocas legumbres, y hierbas. Los pastos, que

son

Descripcion de Sumatra.

ſon de una bondad admirable., mantienen muchos bufalos, bueyes, y cabritos. Los caballos ſe hallan en grande numero, pero de eſtatura pequeña. Los carneros no aprovechan para nada, y la abundancia de las gallinas, y anades, que ſe crian con cuidado para vender ſus huevos,es extraordinaria. Beaulieu habla con admiracion del numero de los javalìes, que llama infinito, hallandoſe, dice, en los campos, en los paſtos, y aun en las cercas de las caſas.; pero no ſon, ni tan grandes, ni tan furioſos como en Francia. Los ciervos, y gamos ſon mayores que los nueſtros. Las liebres, y machos de cabrío, ſon raros en todas las partes de la Isla; pero qualquiera otra caza, es muy comun en ella. Veenſe muchos Elefantes ſalvages en las montañas, y boſques; tigres, rinocerontes, bufalos monteſes, puercos eſpines, cibetas, monos, culebras, y lagartos muy grandes. Los rios ſon baſtante abundantes en peſcado; pero la mayor parte eſtàn infeſtados de cocodrilos.

El Rey de Achem poſee la mejor, y la mayor parte de la Isla. Lo reſtante eſtà dividido entre cinco, ò ſeis Reyes, cuyas fuerzas todas reunidas no igualan á las ſuyas. A doce leguas de Achem al Levante, ſe encuentran, ſobre la Coſta, Pedir, Ciudad grande, y bien poblada, y deſpues Pacem, y Dali. A la miſma diſtancia, del lado del Oueſt, preſenta la Coſta á Daya, Ciudad baſtante conſiderable, y mas allá ſucceſivamente Labo, Cinquel, Barros, Bataham, Paſaman, Tikou, Priaman, y Padang. Dali, y Padang rodean por dos lados el Reyno de Achem. Al Levante, junto á la Linea,eſtà el Reyno pequeño de Andigti, mas allá el de Iambi, el mas rico deſpues de Achem, y luego el de Palimban. Al Oueſt, deſpues de Padang, ſigue el Reyno de Manincabo, y mas allá el de Andripoura. Lo reſtante de la Coſta, haſta el Eſtrecho de la Sonda, eſtà deſierto, y cubierto de boſques, pero aun la Coſta del miſmo Eſtrecho, eſtá en parte ſujeta al Rey de Bantam. Tal es la idea que dà *Beaulieu* del circuito de Sumatra, confeſando, que lo interior no es conocido de los Eſtrangeros, y añadiendo, que eſte eſpacio eſtà poblado de Malayos, en lugar de que lo interior ſolo lo eſtà de los Originarios antiguos de la Isla.

La Coſta Occidental eſtà rodeada de un grande numero de Islas, algunas baſtante grandes, pero á diez y ocho, ó veinte leguas de Sumatra, y de otras mas pequeñas, que no diſtan mas que tres, ó quatro. Eſtas no dependen de ninguno de los Reynos que ſe han expreſado, y los habitantes de las que no eſtàn deſiertas, parecen de la miſma raza que los Originarios antiguos de la Isla grande, de la que ſin duda han ſido echados por los Malayos. Al Sud eſtá la Isla de Enganno, habitada por una eſpecie de Salvages muy crueles,que andan deſnudos, con el

ca-

cabello largo, y que asesinan sin piedad à todos los Estrangeros que pueden coger. A tres grados y medio se halla una Isla desierta, de catorce, ò quince leguas de largo, que han nombrado los Holandeses Isla de Nasau. Quatro, ò cinco leguas mas abajo, hacia la Linea Equinoccial, hay otra Isla inhabitada, de siete, ú ocho leguas de largo, á la que sigue la de Montabey, que no està mas que grado y medio de la Linea, y que no tiene menos de veinte leguas de largo. Los habitantes van vestidos, y hacen un comercio regular con los de Tikou, aunque no tengan la misma lengua. En esta Isla fue donde Gravé, Vice Almirante de Beaulieu, tomó tierra quando llegò á este mar; y de allí nacieron, dice, todas sus desgracias. Debajo de la misma Linea, se encuentran veinte, ò veinte y cinco Islas grandes, ò pequeñas, habitadas unas, y desiertas otras. Beaulieu tubo tiempo de observar algunas, entre las quales dio fondo. A dos grados al Nord de la Linea, se encuentra Pulo-Nyas, Isla de quince à diez y seis leguas de largo, muy poblada, cuyos habitantes reciben con humanidad à los Estrangeros, y trafican con Barros. Hallanse otras Islas desiertas hasta tres grados y medio del Nord, algunas enteramente cubiertas de palmas, á donde van los habitantes de las Ciudades maritimas à cargar sus Navios de cocos para hacer aceyte.

DESCRIPCION DE SUMATRA.

Bolvamos con el Autor à la descripcion particular de Sumatra. El Reyno de Andigri produce mucha pimienta respecto su extension; pero la ganancia es muy corta. El oro està mas barato en este Estado pequeño, que en ningun otro lugar de la jurisdiccion de los Malayos. La pimienta del Reyno de Iambi, es mejor que la de Andigri, y los Ingleses, y Holandeses tienen Factores en esta parte de la Isla. Para llegar á la Capital, que està en una situacion enferma, es preciso subir el rio de Iambi el espacio de cincuenta, ò sesenta leguas. Alli se hace un comercio grande de oro con los habitantes de Manincabo, y aun con los Montañeses originarios de la Isla. El Reyno de Palimban es muy abundante en arroz, y ganados. Todo el Pais que posee el Rey de Bantam en la Costa, es agradable, y fertil; pero se halla poca pimienta. Andripoura està situada junto à un rio bastante ràpido, y además del comercio de la pimienta, que es de la misma calidad que el de Iambi, se halla tambien oro. El Reyno de Manincabo, que sigue al de Andripoura, se estiende bastante lejos dentro de la tierra, y tiene algunas radas á lo largo del mar, entre las quales no nombra el Autor mas que Cortatenga, en donde se ven frecuentemente Navios Ingleses, y Holandeses. Este Reyno tiene poca pimienta; pero es rico en oro, que se vende en granos. Beaulieu lo hallò de los mismos quilates que el de Francia, aunque tambien lo hay mas fino.

El

Descripcion de Sumatra.

El Reyno de Achem tenia antiguamente mucha pimienta; pero habiendo notado uno de sus Reyes, que este comercio distrahia à los habitantes de la agricultura, hizo destruir la mayor parte de los pimientos. A seis leguas de la Capital, hàcia Pedir, se eleva una montaña alta en forma de pico, de donde se saca mucho azufre. Pulo-Ovay, una de las Islas de la rada de Achem, surte tambien de mucho, y de estos dos parages lo recibe toda la India para hacer polvora. El terreno de Pedir es tan fertil en arroz, que se le ha dado el nombre de granero de Achem. No es menos favorable para los gusanos de seda, que proveen de materia á las Manufacturas de Achem, para fabricar diferentes telas, cuyo comercio es considerable en todas las partes de la Isla. Los habitantes de la Costa de Coromandes, compran lo restante de la seda cruda, que no es blanca como la de la China, ni tan fina, y tan bien preparada; pero aunque amarilla, y aspera, se hacen de ella tafetanes bastante buenos. Desde Pacem hasta Deli, se encuentran muchos territorios bastante ricos en los bienes de la naturaleza, para ayudar á aquellos á quienes les ha cabido menos parte. Beaulieu alaba en Deli un manantial de aceyte inextinguible, esto es, que no dejando de arder una vez encendido, conserva su llama aun en medio del mar. El Rey de Achem se habia valido de èl en un combate contra los Portugueses, para pegar fuego à dos Galeones, que se consumieron enteramente. Daya es fertil en arroz, y muy rica de ganados. Cinquel produce mucho alcanfor, que los Mercaderes de Surate, y de la Costa de Coromandel, compran á precio crecido, esto es, á quince, ó diez y seis pesos el Cati de veinte y ocho onzas. Barros es una Ciudad muy bella, situada junto á un rio en un campo bien cultivado. Alli se coge mucho benjui, que sirve de moneda à los habitantes, y que es célebre en las Indias, con el mismo nombre de la Ciudad: el mas blanco es el mas estimado. En Barros se coge mucho alcanfor; pero el de Bataham, que es en mas corta cantidad, se tiene por el mejor. Pasaman, en donde empiezan los pimientos, está situada al pie de una montaña muy alta, que se descubre desde treinta leguas dentro del mar, quando el Cielo está sereno. La pimienta se cria alli perfectamente. Tikou, que está siete leguas mas allá, produce todavia mas. Priaman está bien poblada, y su situacion es mas agradable que la de Tikou, y el ayre mas sano: los viveres se hallan en mayor abundancia; pero la pimienta es menos fertil, aunque se resarcen de esta perdida los habitantes con el comercio del oro con Manincabo. Palang tiene poca pimienta; pero el comercio del oro es considerable, y su rio forma un Puerto natural, en que pueden caber Navios grandes. Los Holandeses se habian establecido en Priaman; y Beaulieu

lieu

lieu refiere que poco antes de fu viage los habia obligado el Rey á abandonar fu Factoría.

DES-CRIPCION DE SUMATRA.

Todas eftas Ciudades, y los Lugares vecinos eftán bien poblados hafta el pie de las montañas, y las tierras regularmente cultivadas. Entre los habitantes eftrangeros, ó naturales, fe hallan perfonas ricas, que gozan con fofiego de fu fortuna; pero no deben fu quietud mas que à la dicha de vivir lejos de Achem. Beaulieu habla de la prefencia del Rey, como de un freno terrible, que hace defgraciados á quantos habitantes hay en fu Capital. Añade que merecen efta fuerte, porque fon de una maldad odiofa. En fus propios terminos es necefario formar una jufta idea de fu caracter moral; pero no olvidando tampoco fus buenas qualidades, les atribuye talento, y elocuencia, exactitud en fu lengua, buena mano para efcribir, á cuya perfeccion fe aplican todos; un conocimiento profundo de la Arithmetica fegun el ufo de los Arabes; inclinacion á la Poesìa, que regularmente ponen en mufica; un grande afeo en fus veftidos, y cafas, que llegaría à eftenderfe á la magnificencia, fi el Rey no impufiefe fus principales gavelas á las perfonas ricas. Las Artes eftán en auge en la Ciudad de Achem, hallandofe en ella excelentes Forjadores, que hacen toda efpecie de obras de hierro; Carpinteros que entienden muy bien la conftruccion de las Galeras, y Fundidores para todas las obras de cobre. Ya fe ha advertido en el Diario de Beaulieu, que el Rey mantenia en el Palacio trefcientos Plateros, y otros muchos Artefanos. Defpues del Reynado de efte Principe, eran tenidos los Achemefes por los mejores Soldados de las Indias. Son en eftremo fobrios, y fu unico alimento es el arroz, aunque los mas ricos añaden á efto un poco de pefcado, y algunas hierbas, y folo un gran Señor tiene en Sumatra una gallina afada, ò cocida, que firve para todo el dia. Por efta razon dicen que dos mil Chriftianos en fu Isla, hubieran confumido en poco tiempo todos los bueyes, y volaterìa. Todos fon Mahometanos, y fingen fer muy zelofos de fu Religion; pero fe defcubre fu hypocresía, particularmente en el afecto que manifieftan á fu Rey, á quien, fegun la expresion de Beaulieu, hubieran defeado comer el corazon. Lo temen tanto, que con el continuo miedo de que fus vecinos, ò los teftigos de fu conducta, no vuelvan hácia ellos fu colera con algun informe maligno, procuran ellos mifmos prevenirlos con acufaciones falfas. De ahí nace fu crueldad, porque eftando rodeado de delatores, juzga que fe confpira fiempre contra fu vida, y que todos fus vafallos fon otros tantos enemigos mortales, de quienes debe defconfiarfe. El hermano acufa al hermano, y el hijo al padre. Quando fe les reprende efte excefo de inhumanidad, y fe les hace prefente los derechos de la conciencia, refponden que

DESCRIPCION DE SUMATRA.

Dios está lexos, pero que el Rey està siempre cerca. La pluralidad de las mugeres está establecida en Sumatra, como en todos los Paises Mahometanos, y las leyes del matrimonio son las mismas. Las usuras grandes, y los prestamos sobre prendas estàn rigorosamente prohibidos. Mientras que en Bantam se cobra cada mes hasta cinco por ciento, el mayor premio no es aqui mas que de doce al año. Para las deudas se usa de gran rigor. Cumplido el termino, es llamado el deudor en justicia, y el acrehedor prueba sus derechos. La prorroga que se concede para pagar, regularmente es muy corta. Si la orden del Juez no se executa en el dia señalado, se coge al deudor, quien es condenado á satisfacer inmediatamente, y si no tiene voluntad, ó facultades para ello, se le atan las manos por detrás con un ratan, y se le deja libre en este estado; pero está prohibido con pena de muerte desatarle las manos, y todos los dias tiene que presentarse al Juez mientras la Junta. Finalmente, si se deja declarar por insolvente, se le abandona al acrehedor, de quien llega à ser esclavo, hasta que acaba de pagar. Este Tribunal, que es el de la Justicia Civil, se junta todos los dias por la mañana, à excepcion del Viernes, junto à la Mezquita principal. El de la Justicia Criminal, para los homicidios, y robos &c. se junta en otro lugar. Los Orancayes mas ricos son quienes alternativamente presiden á uno, y otro.

Beaulieu habla con admiracion del respeto que tienen los Achemeses á la justicia. Un delincuente cogido por una muger, ò por un niño, no se atreve á huir, y queda inmovil, dejandose conducir con la misma docilidad delante del Juez, quien lo hace castigar inmediatamente. El castigo regular por las culpas comunes, es la paliza. Despues de la execucion se vuelve cada uno con quietud, sin que se pueda distinguir el culpado entre los acusadores, esto es, sin que se oigan quejas, ni reprensiones. Un dia que Beaulieu, llevado de sus negocios, habia ido al Tribunal, fuè testigo de muchas Causas, entre otras, la de un hombre que habia tenido la curiosidad de ver á la muger de su vecino, por encima de una cerca, mientras que estaba lavandose. Esta mugger se habia quejado de ello á su marido, quien habiendo cogido al culpado, lo llevaba él mismo al Tribunal, en donde fue condenado à recibir en las espaldas treinta golpes de ratan. Al instante fue conducido fuera de la sala por el executor, que empezaba à levantar el brazo; pero entrando entonces en capitulacion, para evitar el castigo, propuso seis Maces. El executor pidiò quarenta, y viendolo dudoso, le diò un golpe tan fuerte, que se concluyò inmediatamente el ajuste en veinte Maces. La sentencia no se dejò por eso de executar, pero con tanta suavidad, que el ratan no hacia mas que tocar á los vestidos. Esta capitulacion se

le habia hecho á vista del Juez, y de sus Asesores, quienes no le habian opuesto á ello, y quedando libre el culpado despues de la execucion, se mezcló entre los circunstantes, para oir la sentencia de algunas otras Causas. Beaulieu supo de su Interprete, que este era el uso comun; pero que el que habia pagado los veinte Maces, era sin duda hombre rico, y que los que lo eran menos, querian mas bien padecer el castigo, que eximirse à fuerza de dinero. No pasando ningun dia sin alguna execucion sangrienta, como hacer cortar las narices, sacar los ojos, castrar, cortar los pies, las manos, ó las orejas, preguntaban los executores al reo, quánto queria dar por ser bien castrado, porque se le cortase la nariz, ó la mano de un golpe solo, ó si la sentencia era capital, por recibir la muerte sin padecer mucho. El convenio se ajustaba á vista de los circunstantes, y la cantidad se pagaba inmediatamente. El que carecia de dinero, ò que lo prefería á su seguridad, se exponia à que le cortasen la narìz tan arriba, que quedase descubierto el celebro, y que diesen dos, ó tres golpes para dividirle el pie, ó á perder parte de la mexilla con la oreja; pero Beaulieu se admira de que aun en la edad de cincuenta, ò sesenta años sean rara vez mortales todas estas mutilaciones, aunque no se aplíque otro remedio, que poner prontamente las partes mutiladas en el rio, detener la sangre, y vendar la llaga. Estos rigorosos castigos no imponen ninguna nota á los culpados, quienes tendrian derecho de matar impunemente á los que les diesen la menor reprension. Todo hombre, dicen los Achemeses, està sujeto à faltar, y con el castigo se borra la culpa.

Descripcion de Sumatra.

El Gefe de la Religion, que tiene el titulo de Cadi en el Reyno de Achem, juzga todos los negocios concernientes á las costumbres, y culto establecido. El Sabandar preside á los del comercio, y quatro Merignes, ò Gefes de Patrulla cuidan de noche, y de dia de la seguridad publica. Cada Orancaye tiene parte en la administracion en un distrito que gobierna, cuya distribucion de autoridad contribuye mucho à mantener el orden, sin exponer nunca la del Rey, porque en la corta estension de cada gobierno, no tienen los Orancayes bastantes fuerzas para hacerse temibles, y sirven entre sí como de espìas para observarse. Algunos de los principales residen junto à la Capital, y mandan una especie de Patrulla compuesta de doscientos caballos, que ronda todas las noches en el campo, y en las Costas vecinas.

La guardia Real se reduce à tres mil hombres, que casi nunca salen de los primeros patios del Castillo, y que tienen entre sì su Bazar, esto es su mercado, en el qual hacen un comercio continuo de sus obras, que truecan con los Mercaderes de afuera, por toda especie de provisiones. Los Eunucos, en numero

Descripcion de Sumatra.

ro de quinientos, forman una guardia mas interior en la cerca, en donde ningun hombre puede entrar. Este es propiamente el Palacio, que solo està habitado por el Rey, y por sus mugeres. El Asia tiene pocos Serrallos tan bien poblados. Entre una multitud infinita de mugeres, y de concubinas, se contaban entonces veinte hijas de Reyes, entre las quales estaba la Reyna de Peta, que habia cogido el Rey de Achem. No obstante, no tenia mas que un hijo, de edad de diez y ocho años, todavia mas cruel que él. Además de estas dos guardias, tenia en diferentes partes del Castillo unos mil y quinientos Esclavos, la mayor parte Estrangeros, que no salian mas que las mugeres, y que no tenian comunicacion alguna à fuera. Exercitabalos en el manejo de las armas, especialmente en tirar el arcabuz; y Beaulieu refiere, que los empleaba para sus venganzas secretas; pero nada lo hacia terrible, ni aseguraba mejor su poder, que la obligacion que habia impuesto à todos los Orancayes que residian en Achem, y en los lugares vecinos, de ir alternativamente al Castillo cada tres dias, y de pasar alli veinte y quatro horas, para formar otra especie de guardia, que merecia poco este nombre, pues tenian que dejar sus armas à la primera puerta, y permanecer encerrados en un patio, en donde no tenian otro alvergue que unas chozas pequeñas, en las que se refugiaban por la noche; pero con el falso pretexto de honra, y de confianza, tenia continuamente baxo su poder la tercera parte de aquellos, que creía capaces de causarle daño. El Castillo Real de Achem tiene mas de media legua de circuito, y es de figura oval. Aunque no tenga ninguna fortificacion regular, està bastante bien defendido por un foso de veinte y cinco, ó treinta pies de profundidad, y de otra tanta anchura, tanto mas dificil, además, de pasar, quanto sus orillas estàn á un mismo tiempo cubiertas de malezas, y muy escarpadas. La tierra que se ha echado al lado del Castillo, forma un parapeto bastante alto, que sirve de muralla, sobre el qual se han plantado bambus, que forman una barrera impenetrable. Esta especie de caña Indiana tiene la dureza de la madera, y crece tanto como el fresno. Està prohibido con pena de la vida, cortar la menor rama de ellas, y Beaulieu refiere que olvidado uno de los Señores, que habia empleado el Rey de Achem en la Embaxada de Holanda, de esta prohibicion á su buelta, fue degollado inmediatamente, por haber arrancado una rama pequeña. El Castillo no tiene además flancos, ni bastiones, y algunos baluartes grandes que se han empezado al Nord, del lado de la Mezquita, se han quedado imperfectos. Las puertas no tienen puente levadizo, ni aun fosos. Este es un terraplen sobre el qual se ha construido una muralla de piedra, de diez,

ó

ó doce pies de alto, para sostener una plataforma que hay encima de la puerta, cuya unica defensa es dos buenos cañones de bronce. Aun la puerta no es mas que una barrera de madera bastante fuerte, que se cierra con cerrojos, y dos barras de hierro. Por medio del Castillo pasa un riachuelo que cae de las montañas, y cuya agua es excelente. A lo largo de las orillas se han formado muchos escalones, por los quales se puede bajar para lavarse, ó refrescarse, hasta el fondo. Antes de llegar à la habitacion del Rey es preciso pasar quatro puertas, de la ultima de las quales se ha tirado una muralla de ladrillo muy recia, que sostiene una plataforma de unos cincuenta pasos de ancho, en donde vió Beaulieu muchas piezas pequeñas de fundicion, que le hicieron juzgar ser este el arsenal. Esta compone parte de la cerca de un patio muy grande que està frente de la habitacion, y en el qual se podian poner quatro mil hombres en orden de batalla. Beaulieu vió en èl un dia trescientos Elefantes. Los otros dos lados estan cerrados con quatro torres grandes, y con un baluarte que domina la plataforma. Esto es quanto recogiò entonces el Autor con sus propias observaciones, porque sin embargo del favor que habia adquirido, nunca pudo penetrar mas adentro; pero de un grande numero de Relaciones Inglesas, y Holandesas que tratan de la Isla de Sumatra, no hay alguna en donde se dé descripcion tan estensa del Castillo Real de Achem.

Descripcion de Sumatra.

En quanto à la Ciudad, no dà Beaulieu de ella idéa distinguida quando la compara á las Aldeas de Normandia. No obstante, se debe suponer que esta comparacion solo recae sobre sus pocas fuerzas, porque no tiene fortificaciones, ni murallas, ò sobre la calidad de sus casas, cuya mayor parte tienen poca vista. Una Ciudad que representa bastante poblada, para dar por sì sola, y con el socorro de algunos Lugares adyacentes quarenta mil hombres en estado de manejar las armas, no puede ser absolutamente despreciable. Graaf juzgaba de ella mas favorablemente quando hizo la descripcion que sigue.

„ Està situada, dice, en la parte septentrional de la Isla (à
„ cinco grados, treinta minutos de latitud del Nord, y ciento
„ diez y seis grados de longitud) sobre un terreno unido, apar-
„ tada unas tres millas de una montaña, de donde cae un rio
„ que hace un codo para entrar en la Ciudad, y que la divi-
„ de en dos, despues de lo qual desagua en el Mar por tres em-
„ bocaduras. La parte mayor, y mas grande de Achem, es
„ la del lado del Nord-Ouest. Casi todas las casas son de jun-
„ cos, y bambus, y hay pocas de piedra; pero todas estàn
„ sobre pilares de bambu, levantadas quatro, ò cinco, y aun
„ seis pies encima de la tierra, porque las mareas grandes, y

el

Descripcion de Sumatra.

, el rio inundan la Ciudad casi todos los años, de suerte que se
, usa de barcos para ir de una casa á otra. Su circuito es de
, unas dos millas, y no tiene bastiones, ni murallas. En las
, inmediaciones se ven vestigios de fortificaciones arruinadas,
, y algunas piezas buenas de fundicion, sin afustes, y echa-
, das sobre la arena. Achem tiene dos plazas grandes, que sirven
, de mercados, una en medio de la Ciudad, y otra en la extremi-
, dad superior. Alli se juntan los Mercaderes, tanto Mahometanos,
, como Idolatras, muy proveidos de toda especie de mercaderías.
, En diferentes barrios se ven muchos Pagodos para los Idola-
, tras, y Mezquitas para los Moros. El Palacio Real es gran-
, de, y casi todo de piedra: tiene muy buenas divisiones, jar-
, dines adornados de bellas piramides, diferentes sepulcros de
, los Reyes, canales, y un edificio grande para las mugeres,
, cuyo numero se dice asciende à setecientas, ú ochocientas,
, y que son guardadas por Eunucos.'

Pero si la Ciudad, y Castillo de Achem están mal fortificados, son tan dificiles sus entradas, y avenidas, que le sirven naturalmente de defensa. El Pais está cortado por rios cenagosos, con lagunas muy humedas, y con arboles, y matorrales espesos. A la entrada del rio, que es muy peligrosa, se eleva un Fuerte de piedra, compuesto de un bastion grande redondo, cuya artillerìa dispara à la flor del agua, con dos cortinas, que hacen fachada á los dos lados, y que están unidas por una plataforma de cespedes, en donde està la puerta. Por el lado de la tierra no tiene foso. Las murallas del bastion tienen diez y ocho pies de grueso, y veinte de alto, y lo mismo las de las cortinas, siendo todo de obra excelente. Delante del bastion ha hecho construir el Rey para sí, una casa de campo con muchos estanques, y bellos paseos. Todo este espacio està cercado de una trinchera cubierta de cespedes, á diez, ò doce pies de altura, á donde pueden retirarse con facilidad tres mil hombres, y delante de esta trinchera se ha construido otro Fuerte pequeño, cercado de un foso, y cubierto de matorrales, en el qual hay algunas piezas de artillería. Los pantanos inmediatos, y muchas trincheras esparcidas no contribuyen menos á su defensa, sin contar una especie de arboles nombrados Nippiers, que impiden los pasos en un pais tan cenagoso, que los javalíes tienen trabajo para salir de él.

Al Levante, á lo largo de la orilla del Mar, todo quanto se estiende el valle hacia Pedir, se encuentran, à tiro de mosquete uno de otro, Fuertes pequeños de cespedes cercados de matorrales, y fortificados con dos, ò tres piezas de cañon, tan cubiertas, que no se notarían si no se supiese. En ellos no se hace guardia ninguna de dia; pero todas las noches la patrulla de

Ca-

Caballería, de que se ha hecho mencion, hace ronda en las inmediaciones. Este es el lado por donde se temen mas los desembarcos, sea porque está hacia Malaca, ò porque las Galeras regularmente están en esta parte del rio. El otro lado, esto es, el del Occidente, está menos fortificado, aunque por su naturaleza sea el mas abierto; pero el acceso de la ribera es dificil à las barcas si el tiempo no está enteramente calmado, y cien pasos mas adelante se encuentra una trinchera llena de agua, profunda, y de unos quarenta pasos de ancho, que saliendo del rio grande, corre à lo largo del Mar hasta el pie de las montañas. Mas allà hay un llano muy unido, de una legua de ancho, en el qual no se encuentran mas fosos, ni trincheras hasta la Ciudad. Las principales fuerzas del Rey de Achem consisten en sus Galeras, y Elefantes. Mantiene cien Galeras grandes en los Puertos de Achem, de Daya, y de Pedir. Beaulieu, que puso mucho cuidado en observarlas, las hallò incomparablemente mayores que las de Europa. Regularmente tienen tres piezas buenas de cañon, y en algunas el cañon de cruxía es de quarenta libras de bala. En las mayores se ponen setecientos, ú ochocientos hombres, que entienden perfectamente el arte de remar.

DESCRIPCION DE SUMATRA.

Los Elefantes del Rey de Achem, son siempre en numero de novecientos, la mayor parte de los quales se exercitan en oir disparar mosquetes, y en ver fuego. Están tan bien instruidos, que al entrar en el Castillo, hacen la sombaya, ó la salutacion delante de la habitacion del Rey, doblando las rodillas, y levantando tres veces la trompa. Hacese tanta honra à los que se tienen por mas valerosos, y mejor instruidos, que se llevan delante de ellos quitasoles, distincion reservada además para la persona del Rey. El Pueblo se detiene quando pasan por una calle, y uno va delante de ellos con un instrumento de cobre, cuyo sonido advierte á toda la Ciudad el respeto que se les debe. Aunque se haya tratado con bastante estension de las propiedades de estos animales en las Relaciones de Africa, y en las de Siam, refiere Beaulieu un exemplo de su inteligencia, ó de la perfeccion de su instinto, que no debe suprimirse. Partiendo el Rey de Achem para el Sitio de Deli, quiso llevar cien Elefantes, que era necesario embarcar en las Galeras; pero luego que se les conduxo á la ribera, fue imposible hacerlos entrar en ellas. Irritado el Rey de saber que sus ordenes no se hubiesen obedecido, mandó castigar à todos aquellos á quienes habia encargado la execucion; pero se escusaron diciendo que no estaban culpados, y que los Elefantes habian rehusado obedecer. Todo el Exercito sacaba de esto muy malas consecuencias; pero resolviendo el Rey pasar en persona al Mar, empezò injuriando mucho á los cien animales con grandes reprensiones, y haciendoles cargo de su

man-

Des-
cripcion
de Su-
matra.

mantenimiento, y de la honra que les hacía todos los dias. Despues mandó coger al mas distinguido de ellos, y lo hizo abrir por medio del vientre á vista de todos los demàs, amenazandolos de tratarlos del mismo modo si no se embarcaban inmediatamente, lo que executaron al instante, sin que en todo el viage hubiese alguno que se hiciese remolon.

El Autor añade que este Principe era muy habil en gobernar, y domar los Elefantes. Violo correr à toda fuerza en pie sobre uno de estos animales, apoyado solamente en el gancho con que se les conduce. En quanto á mí, añade Beaulieu, estando agarrado encima, tenia trabajo para mantenerme alli. Este animal es malo de montar para los que no estàn acostumbrados á èl.

Los gastos de la guerra son poco considerables para el Rey de Achem. Todos los vasallos están obligados à ponerse en marcha à la primera orden, y llevar viveres para tres meses, y solo les provee de armas; pero si la campaña dura mucho tiempo, mantiene à su Exercito con arroz. A la vuelta entran las armas en sus almacenes, que están llenos de arcabuces, pero cortos, y mal montados, y de toda especie de armas, ò de instrumentos militares. Algunos Viageros aseguran tiene cinco mil piezas de artillería; pero Beaulieu no se estiende mas que à dos mil, contando en este numero los falconetes, pedreros, y lo que nombra piezas de caxas; pero no està cierto, dice, mas que de mil y doscientas buenas, de las que ochocientas pueden pasar por grandes.

Las rentas de la Corona de Achem son poco conocidas de los Estrangeros. Sin embargo, Beaulieu cree poder inferir de sus luces, que son muy superiores á la opinion comun. Primeramente, casi nada cuesta al Rey la guerra, pues la polvora, el plomo, el hierro, y el arroz son un gasto muy corto. Mientras la paz, recibe mucho mas de sus vasallos, en arroz, carne, pescado, volaterìa, aceyte, azucar, y legumbres, que lo que se consume en lo interior del Palacio, y lo restante se vende en utilidad suya. No da arroz mas que à los que le sirven; y su propio dominio, que hace cultivar à sus vasallos, produce una prodigiosa abundancia de él, sin que esto obste para que cobre las contribuciones de este grano. Todo se deposita en almacenes, y se guarda para tiempo oportuno, en que se dobla el precio. Entonces lo vende à sus vasallos, ó si el año es abundante, lo envia á los Paises estrangeros en donde le informan sus comisionados que falta este grano. Beaulieu habla de quarenta Navios cargados que habia enviado á Peta, y que le trajeron una cantidad muy crecida. En sus pastos tiene un numero infinito de ganados, que hace guardar à sus Esclavos. La manuten-

cion

cion de ſus Elefantes no le cueſta nadà, pues en lugar de arroz ſe les dan troncos de los bananeros, que hace cortar indiferentemente en las tierras de ſus vaſallos, con pretexto de que no tienen nada que ſentir, porque de la raiz de eſta eſpecie de arbol ſale un tallo nuevo, que da fruto al año ſiguiente. Los gallos tampoco le cueſtan nada, porque los da à criar á los Orancayes, quienes cuidan mas de ellos, que de ſus propios hijos. Sus vestidos, y los de ſus mugeres le vienen en pago de ſus derechos ſobre las manufactu-ras, y de los regalos que recibe de todos los Oficiales del Reyno. Para la conſtruccion de ſus Palacios, y otros edificios, emplea ſus Eſclavos, unos en ſacar piedra de las canteras, y otros en dirigir la obra, ſiendo la unica diferencia del ſueldo una porcion de arroz doble, ó ſimple. Eſta abundancia de bienes, no tiene nada comun con las rentas que entran en ſus arcas. Hereda à todos ſus vaſallos quando mueren ſin hijos varones. Los que tienen hijas, pueden caſarlas durante ſu vida; pero ſi el padre muere antes de ſu eſtablecimiento, pertenecen al Rey, quien ſe apodera de las mas bellas, y las mantiene en lo interior del Palacio, de donde nace la multitud extraordinaria de ſus mugeres.

DES-CRIP-CION DE SU-MATRA.

Saca un producto inmenſo de la confiſcacion de los bienes, que es el caſtigo ordinario de los culpados mas ricos. Atribuyeſe la herencia de todos los Eſtrangeros que mueren en ſus Eſtados, y no coſtó poco trabajo à los Europeos hacerſe exceptuar de eſta ley. Habiendo muerto en Achem algunos Mercaderes de Surate, y de Coromandel mientras la manſion que hizo Beaulieu en eſta Ciudad, no ſolo ſe cogieron todos ſus efectos en nombre del Rey, ſino que ſe dió tormento à ſus Eſclavos, para hacerles declarar ſi habian extraviado algunos diamantes, ú otras riquezas. Una coſtumbre antigua le autoriza para confiſcar todos los Navios que naufragan en las tierras de ſu dominio; y ſegun la ſituacion de ſus Coſtas, ſucede frecuentemente eſta deſgracia à los Eſtrangeros. Hombres, y mercaderìas, ſin excepcion, ſon cogidos de ſu orden. Entre muchos naufragios que ſucedieron mientras la manſion de Beaulieu, una Embarcacion grande de Dabul vino á eſtrellarſe à la entrada de la rada, y ſus mercaderìas ſolo ſe ſalvaron para caer en manos del Rey, con los Oficiales, y ciento y veinte hombres de tripulacion. Los principales ſe reſcataron por la mediacion de los Mercaderes Moros, cada uno en la cantidad de doſcientos y cincuenta peſos, y las gentes de Marina, en cincuenta. Ya ſe ha viſto que los deſpojos del Vice-Almirante Francés tubieron la miſma ſuerte.

Todos los Eſtrangeros que ſe preſentan en el Caſtillo de Achem, deben llevar regalos, de cuya preparacion depende el buen exito de ſus negocios, y cada ſuplica que hacen al

Descripcion de Sumatra.

Rey, debe ir acompañada de algunas nuevas liberalidades, ademas, que los derechos ſobre la entrada de las mercaderías, aſcienden caſi à diez por ciento. Pero lo que mira Beaulieu como un manantial abundante de riquezas para la Corona de Achem, es el fondo miſmo del comercio, que caſi unicamente eſtá en poder del Rey. Eſte Principe obliga á ſus vaſallos á que le den varatas las mercaderías, de que llena ſus almacenes; y ſiendo ſu voluntad la unica regla del precio con los Eſtrangeros, ſu ganancia regular es de cincuenta por ciento. Los uſos, los vestidos, y la religion de los habitantes de Sumatra, à lo menos en las partes maritimas, que ſon las unicas que ſe conocen, ſe ſemejan caſi enteramente à lo que ſe ha leido de los otros Malayos en un grande numero de Relaciones antecedentes; por lo qual no queda en el Diario de Beaulieu mas que un articulo que pueda intereſar la curioſidad, y es el ſiguiente.

No habiendo podido Beaulieu adquirir luces ſobre los Reyes antiguos de Achem, reduxo ſus inveſtigaciones à la Familia reynante, cuyo eſtablecimiento refiere en eſta forma.

Es preciſo ſaber, dice, que antes de eſta nueva Familia Real ſalian de ſus limites los Orancayes; eran amigos de novedades, inſolentes, y ſobervios, à lo que contribuia todavia mas las grandes riquezas que les habian dejado ſus anteceſores. Los Reyes nunca los habian maltratado, ni ſaqueadolos ninguna Nacion. La Ciudad era ſeis veces mayor que al preſente, y eſtaba tan poblada, que apenas ſe podia andar por las calles. Eſtando eſparcidas las riquezas de la Isla en diferentes manos, venia tan grande numero de Mercaderes, que no habia Ciudad en las Indias en donde el trafico eſtubieſe tan floreciente; y no habiendo entonces Alfandegue, ni otros derechos, ſe evacuaba el comercio en quince dias. No ſe contaban los Maces ſino que la paga ſe hacìa por medidas. Los Orancayes tenian caſas grandes, y hermoſas, bien cerradas, cañones á ſus puertas, grande numero de eſclavos, tanto para ſu guardia, como para ſu ſervicio; iban ricamente vestidos, bien acompañados, y eran reſpetados del Pueblo. Eſte grande poder diſminuia mucho la autoridad Real, porque los principales Orancayes tenian tanta fuerza, y autoridad, que eſtando enfadados con el dominio de un Rey, lo aſeſinaban para poner á otro en el trono, y era grande caſualidad que un Rey gozaſe dos años de la Corona. Si ſubſistia mas, era con tantos trabajos, y con tanta obligacion á algunos Orancayes, que no le quedaba mas que la ſombra del poder, y el titulo de la dignidad.

Eſte mal gobierno duró haſta la exterminacion de la linea de los Reyes antiguos. Todos los Orancayes ſe juntaron para reſolver ſobre la eleccion de uno de ellos; pero como cada uno

exercia la dignidad Real por sí, no pudieron convenirse; de tal modo, que vinieron á las manos, y el negocio hubiera pasado adelante si no hubiese mediado su Cadi, ó gran Obispo, quien con su autoridad, y representaciones apaciguó sus discordias. Propusoles un medio para quitarles los zelos unos de otros, que fue elegir por Rey un Orancaye que no se habia movido durante todas estas turbaciones, ni habìa pretendido nada para sí, ni para los suyos, y que habia vivido en opinion de muy sabio, y prudente, á quien ademàs por su edad, que era de setenta años, y por su calidad, pues descendia de las mas nobles familias, concedia la naturaleza la preeminencia sobre los otros, que eran mas jovenes. Este dictamen agradó á todos, considerando cada uno que no desmerecia de lo que pretendia ser, respecto que la causa de ceder, era la superioridad de la edad. De este modo, todos de comun acuerdo fueron á buscarle, y le dieron cuenta de la eleccion que habian hecho de su persona para colocarle en el trono Real, de que le habian juzgado mas digno que á ningun otro, tánto por su prudencia, como por su edad. El anciano les diò gracias, y se escusó con sus muchos años, que le dispensaban de admitir tal cargo; y que ya hacia algun tiempo que se habia retirado de los negocios del mundo, deseando pasar con quietud lo poco que le quedaba de vida. No habiendo podido persuadirle los Orancayes admitiese sus ofertas, volvieron à sus primeras costumbres; pero viendo que nada adelantaban, y que por lo contrario, todo iba de mal en péor, no hallaron por entonces otro medio que el primero, lo que les hizo ir por segunda vez à casa del anciano, à quien nunca pudieron reducir por suplicas; pero convirtiendolas en amenazas, con las quales tampoco adelantaron mas, se apartaron de él. No obstante, habiendose juntado de nuevo, y no hallando medio alguno de apaciguar sus discordias, sino con esta eleccion, resolvieron llevarle las insignias Reales, y si no las queria admitir, darle muerte, para no pensar mas en èl, y tómar otro expediente. Fueron pues á su casa por tercera vez, el Cadi con la Corona, y los principales Orancayes con una espada desnuda. Ya no le rogaron mas, sino que le dixeron que no habiendo hallado otro medio que su eleccion para apaciguar sus diferencias, venian por ultimo á ofrecerle la Corona; que si la aceptaba, se obligarían generalmente, y en particular á rendirle obediencia, y servirle; que si no la admitia, estaban resueltos à matarle, para que Dios les inspirase algun otro medio, por el qual pudiesen evitar las proximas desolaciones. Viendo el anciano Orancaye que ya no habia medio de negarse, les dixo que era cierto que su mayor gusto hubiera sido acabar lo restante de sus dias en su casa entre su familia, sin mezclarse en ningun ne-

DESCRIPCION DE SUMATRA.

Descripcion de Sumatra.

gocio, que le pudiese alterar el descanso que esperaba à su vejèz; pero que pues no hallaban otro remedio para evitar una funesta guerra, que el elegirle por su Rey, admitia su oferta, con la condicion de que lo mirasen como à padre, y que èl los trataría como à hijos; que si por casualidad alguno de ellos le daba motivo de disgusto, le castigaría, como à hijo, y que tambien ellos habian de recibir el castigo como que venia de su padre. Dieronle gracias todos á una voz, asegurandole, que no solo le honrarian como á su padre, sino que le respetarian como à su Señor Soberano, y le hicieron juramento de ello. Despues, llevandole á la gran Mezquita, le coronaron con grande alegria del Pueblo, quien no sin causa temia las divisiones futuras. De alli fue conducido al Castillo, del qual tomó posesion. Despues de haberse instalado en èl con sus amigos, y criados, convidó à todos los Orancayes à un banquete Real, que quiso dar cierto dia, y mandó hacer tantos preparativos, que á todos causaron admiracion; de tal modo, que en el dia señalado no dejaron de ir los Orancayes con el mayor aparato que pudieron. En el Castillo no se oia otra cosa que instrumentos, regocijos, y canticos de alegria. Veianse pasar tan grandes servidumbres de manjares, dulces, bebidas, y cosas semejantes, que el Rey, segun se creía, queria hacer todo lo posible para recibir à los Orancayes magnificamente, y darles gracias de haberlo colocado en tan grande dignidad. Estando ellos en sus lugares acostumbrados, que es en un patio junto à la habitacion Real, sentados debajo del gran Baii, empiezan á caminar las carriolas, redobla la musica, se dan tan grandes gritos de alegria dentro, que estaban disgustados los que se hallaban todavia fuera, de que las carriolas no andubiesen más de prisa; y yendo en cada una un Orancaye con pretexto de favor, asi que entraban en las salas, eran cogidos al instante, y echados á otro patio que estaba detrás de los edificios, en donde habia mandado el Rey hacer un foso profundo, desde cuya orilla se les precipitaba dentro. Este negocio se manejó con tanto ardor, que fueron degollados mil y ciento, antes que ninguno de afuera notase que entre los canticos se oian por todos lados algunos muy tristes. Los pocos que quedaban por matar, se salieron con disimulo fuera del Castillo, sin poder decir con seguridad la causa de su desconfianza, hasta el dia siguiente que reconocieron por la tardanza de los principales, que habia habido alli alguna traicion, de que se habian libertado con felicidad.

Habiendo exterminado el Rey con tanta facilidad à todos aquellos que temia, y que podian mover algun alboroto, no le dieron mucho cuidado los demàs. Fortificóse, y juntó en el Casti-

tillo un gran numero de perſonas, à las quales mandò dar armas, y hizo publicar por la Ciudad un Manifieſto de quanto habia paſado, con los motivos de ſu conducta; que por lo demàs, era ſu intencion mantener en paz á cada uno, exercer juſticia rigoroſa con los malos, y reynar con equidad. Deſpues de eſta declaracion, viendo que nadie ſe movia, y tambien que no venian al Caſtillo á rendirle el homenage debido, envió á demoler las caſas, y fuerzas de los Orancayes caſtigados, mandó traer la artillería, armas, y principales muebles al Caſtillo, prohibió à todo genero de perſonas conſtruir edificios de piedra, tener artillería en ſu caſa, ni hacer ninguna trinchera dentro, ú al rededor. Diò el modelo como queria que ſe conſtruyeſen ſus caſas, que es de ſolo un alto, y las paredes de eſteras, como eſtàn al preſente. Creó á los que le habian aſiſtido en ſu empreſa, y á ſus amigos, nuevos Orancayes, entre los quales diſtribuyò parte de la herencia de los difuntos, y la otra parte ſe la reſervò; y viendoſe bien obedecido, mandó matar á aquellos Orancayes antiguos à quienes temia mas, confiſcò ſus bienes, hizo caſtigàr à los del Pueblo que les eran afectos, como tambien á todos aquellos que habian moſtrado algun reſentimiento de la muerte de los primeros; y ſe dice que en el primer año de ſu reynado hizo matar veinte mil perſonas, y el ſegundo todavia muchos millares, y los deſarmó enteramente. Eſte es el origen del orden eſtablecido al preſente en el Reyno de Achem. Eſte Rey reynó mucho tiempo, porque quando los de San Malo llegaron à ſu País el año de 1601. vivia todavia. Su reynado fue todo ſangriento, de tal modo, que reduxo la Ciudad caſi al eſtado en que ſé halla en el dia, que no es nada en comparacion de lo que me han aſegurado muchas perſonas, todavia vivas, haberla viſto. DESCRIPCION DE SUMATRA.

Puſo en el trono al Rey que reyna al preſente, el qual era hijo de una joven que amaba mucho. Antes de ſu muerte, que ſucedió en 1603. à la edad de ſetenta y cinco años, lo recomendò á los dos Principes ſus hijos, entre los quales repartia por ſu Teſtamento las tierras de ſu dominio; dejando al primogenito el Reyno de Achem, y todo lo que habia á lo largo de la Coſta de Sumatra, y calificando al otro por Rey de Pedir, con todas las tierras que cercan la dicha Coſta al Levante. Eſtos dos hermanos eran de buen genio, y demaſiado humanos para el de ſus vaſallos. No obſtante, un año deſpues de la muerte de ſu padre ſe hicieron guerra por el Principe ſu ſobrino, que habia tenido el Rey de Achem conſigo, manteniendole honroſamente, pero que habiendole caſtigado por algunas traveſuras, ſe refugiò en caſa de ſu tio el Rey de Pedir, de quien fue bien recibido. El Rey de Achem ſolicitó que ſe le enviaſe, y ha-

bien-

Descripcion de Sumatra.

biendose escusado el de Pedir con que no queria forzarle, en atencion á las ultimas voluntades de su Padre, llegó à tal estado el negocio, que declaró el Rey de Achem la guerra à su hermano, y se la hicieron con bastante estrago. Su sobrino mandaba los Exercitos de Pedir, y en muchas batallas murieron mas de sesenta mil en un año de una parte, y otra, tanto que al fin los de Pedir se enfadaron, y no quisieron ir mas á la guerra, de suerte, que su Rey se viò obligado à entregar su sobrino al de Achem, quien inmediatamente le mandó poner grillos con una buena guardia.

Algun tiempo despues vino la Armada de los Portugueses, que habian partido de Goa para apoderarse de Achem, lo que sin duda hubieran hecho si hubiesen llegado à entender lo que pasaba; pero dejandose engañar con palabras, perdieron la ocasion, y muchos de los suyos. Habiendo desembarcado á la entrada del rio, ganaron el primer Fuerte de cespedes, pero el de piedra los detubo. El Principe joven, que se hallaba entonces preso, pidiò permiso al Rey de Achem su tio, que estaba muy espantado con el desembarco de los Christianos, para pelear contra los Cafires, que asi los nombran los Indios. Concedióselo, y se portó con valor contra los Portugueses, de tal modo, que adquiriò grande reputacion en dos, ó tres encuentros. Su madre, muger intrepida, y envidiosa, viendo en què estimacion estaba su hijo, emprende hacerle Rey de Achem, le participa su intencion, y le da grandes cantidades, distribuye dinero entre los Orancayes, se muestra afable con el Pueblo, y muy benigno con todos. Estando en este estado, murió de repente el Rey de Achem, y tubo la astucia, y valimiento para hacerse proclamar succesor al instante.

Como no hay mas que doce leguas de Achem à Pedir, y todo campo, supo el Rey al instante la muerte de su hermano, de tal modo, que el dia siguiente fue à Achem á tomar posesion de su Patrimonio; pero no hallò à nadie que viniese à recibirle, y acercandose al Castillo sin ir muy acompañado, fue facil al Rey nuevo de Achem hacerle entrar dentro, en donde lo tubo por espacio de un mes; y fingiendo despues quererle enviar à un lugar mas agradable fuera de la Ciudad, lo hizo degollar en el camino. Los que le habian coronado, quedaron engañados, porque desde el primer año mudó de costumbres. De humano se hizo muy cruel, de liberal muy avaro, y de un genio afable, y benigno, muy feroz, y intratable; y despues se han ido aumentando cada dia estos vicios, de modo que sin comparacion ha derramado todavia mas sangre que su avuelo, y carga mas gavelas en un año, que el otro en todo su reynado.

Via-

Viages de Fernando Mendez Pinto.

ANtes de dejar las Indias Orientales, esto es, las Islas, y Paises maritimos de las Indias, que han sido el objeto de la navegacion de los Europeos, y la materia de tan grande numero de Relaciones, debo dar al Publico un articulo separado, que no ha podido hallar lugar en el Plan de los Ingleses, porque no corresponde à parage alguno; el qual tampoco puede contarse entre los viages al rededor del mundo, porque realmente no tiene esta extension, ni aun entre los que he nombrado viages errantes, porque no abraza otros Paises que los de las Indias, pero que comprendiendolos casi todos, y presentando à la vista lo que se ha leido hasta el presente en una infinidad de articulos separados, pertenece justamente á la conclusion de esta parte, y no promete menos utilidad, que diversion. *Introduccion.*

Fernando Mendez Pinto, de quien emprendo dar un simple extracto, es tenido en Portugal por el mas admirable, y mas curioso de todos los Viageros. Su reputacion, que no ha dejado de ser perseguida, ha hallado siempre excelentes defensores. Es conocido en Francia por una traduccion antigua, tan rara al presente, que esta es otra causa para darle algun lustre, y para salvarlo del olvido de que está amenazado.

Ha llegado à tanto el zelo de su defensa, que se han buscado en un prodigioso numero de Escritores pruebas de su buena fé, manifestando que lo mas singular que cuenta, no lo ha sacado de su imaginacion, pues se hallan las mismas Relaciones en otros parages: argumento tanto mas fuerte, quanto no pudiendo acusarse à un hombre que habia pasado toda su vida en las Indias, de haber leido tantos Autores diferentes, esta conformidad sobre unas cosas extraordinarias que no se pueden conjeturar, viene à ser como una apología en su favor. Un Hidalgo Portugués, nombrado Bernardo Figuero, que ha hecho este servicio à Pinto, pone otra objecion. ‘Es posible, dice, que haya „ conservado las circunstancias de tantas aventuras estrañas? à lo „ que responde, que con talento, y memoria nunca se olvidan „ las prosperidades, y las desgracias que se pueden haber pa„ decido: que las ideas de los bienes grandes, y de los males „ se conservan toda la vida, y que sería mucho mas estraño per„ der la memoria de ellos, porque esto sería olvidarse de sí mismo: „ además que la memoria, era una qualidad que particular„ mente distinguia à Pinto. ‘ La Boulaye advierte con admiracion, que en tan grande numero de Paises, y Ciudades, que habia tenido ocasion de visitar, no se halla una falta de Geogra-

Introduccion. grafia. El Rey Catolico Phelipe Segundo, Principe bastante ilustrado, para discernir la historia de la fabula, estimaba singularmente à Pinto; y no contentandose con el gusto que hallaba en su conversacion, manifestaba una inclinacion extraordinaria á su juicio. Figuero, que asegura esto, añade que otros grandes Principes le colmaron de favores, y le daban regularmente Audiencia por solo el gusto de oirle contar sus viages. Finalmente, los que han leido las primeras conquistas de los Portuguefes, y de los Españoles, deben estar acostumbrados á los sucesos maravillosos. Solo basta acordarse del estado de las Indias al arribo de los primeros Europeos, y quàntas aventuras divertidas, y singulares deben haber nacido de la diferencia de las leyes, de los usos, de los vestidos, de las armas, y en una palabra de los principios, y de las costumbres. Las de Pinto no han empezado á hacerse sospechosas hasta mucho tiempo despues de la publicacion de su obra; esto es, quando los Indios civilizados con nuestro comercio se han hecho muy diferentes de lo que al principio parecieron à sus vencedores. Sea lo que fuere, un Viagero generalmente estimado en su Nacion, al qual no se tacha de ninguna falsedad conocida, justificado con cuidado sobre las cosas dudosas por muchos Escritores buenos, y citado con elogio en un grande numero de Relaciones excelentes, no debe excluirse de esta Recoleccion por algunas acusaciones vagas, que solo se dirigen á la multitud de sus aventuras, y à la felicidad extraordinaria de su memoria.

La unica diferencia que se cree deber haber entre este extracto, y el de los viages antecedentes, es la de dejar la narracion en boca del Autor; porque sería menos agradable, y mas dificil seguir de otro modo la historia de su vida. No suprimamos el exordio, que forma una preparacion interesable. Despues de algunas quejas de la fortuna, da gracias Pinto al Cielo de haberle librado de una infinidad de peligros à que se habia visto expuesto toda su vida. En veinte y un años de viages, habia estado trece veces cautivo, y diez y siete habia sido vendido. Su consuelo en una edad abanzada, es poder dejar á sus hijos para memoria, y por herencia el exemplo de sus trabajos, y de su constancia, que debe excitar su confianza en el socorro del Cielo.

Pri-

§. I.

Primera fortuna de Pinto, y su partida para las Indias.

HAbiendo pasado diez, ò doce años en miseria, y pobreza en casa de mi padre, uno de mis tios, formando alguna esperanza de mis qualidades naturales, me condujo de Montemor-Ovelho, en donde naci, à Lisboa, en donde me puso à servir en una casa muy ilustre. Esto sucediò en el mismo año que se hicieron las Exequias del Rey Don Manuel, el 13. de Diciembre de 1521. y no hàllo nada mas antiguo en mi memoria. No obstante, el succeso correspondió tan mal á las intenciones de mi tio, que despues de año y medio de servicio, me hallé empeñado en una desgraciada aventura, que expuso mi vida al ultimo riesgo. Huì con tan grande espanto, que habiendo llegado sin otra intencion que la de evitar la muerte, al vado de Pedra, Puerto pequeño, en donde hallé una Caravela que partia cargada de caballos para Setubal, me embarqué alli en ella el dia siguiente; pero apenas nos apartamos de la ribera, quando habiendonos abordado un Corsario Francés, se hizo dueño de nuestra embarcacion sin la menor resistencia, nos hizo pasar à la suya con todas nuestras mercaderías, que ascendian à mas de seis mil ducados, y echó à pique nuestra Caravela. Desde luego reconocimos que estabamos destinados á la esclavitud, y que la intencion de nuestros amos era irnos á vender á Larache en Berbería, á donde llevaban armas, en que comerciaban con los Mahometanos. Por trece dias enteros que conservaron esta idea, nos trataron con mucho rigor; pero la tarde del ultimo, descubrieron un Navio, al qual dieron caza toda la noche, y que alcanzaron al amanecer. Habiendole atacado con mucho valor, le obligaron á rendirse despues de haber muerto à seis Portugueses, y diez ò doce esclavos. Esta embarcacion, que muchos Mercaderes de Lisboa habian cargado de azucar, y de Esclavos, hizo pasar á manos de los Corsarios un botin de quarenta mil ducados, por lo qual desistieron de la idea de ir á Larache, y no pensando mas que en volver á Francia con una parte de sus prisioneros, que juzgaron á proposito para servirles en su navegacion, dejaron à los otros por la noche en una rada nombrada Melides. Yo fui de estos ultimos, desnudo como todos mis compañeros, y cubierto de llagas, que nos quedaban de los

MENDEZ PINTO.

 azo-

MENDEZ PINTO. azotes, que habiamos recibido los dias antecedentes. En este estado llegamos al siguiente á San-Tiago de Cacen, en donde socorrieron los habitantes nuestras miserias; y despues de haber restablecido alli mis fuerzas, tomè el camino de Setubal, en cuyo Puerto, casi apenas lleguè, hallé ocasion de emplearme por muchos años; pero la experiencia que habia hecho del Mar, no me habia disgustado de este elemento. Consideré que en Portugal mis mayores esperanzas se reducian á preservarme de la pobreza. Oía hablar incesantemente de los tesoros que venian de las Indias, y veía llegar á menudo Navios cargados de oro, ó de mercaderías preciosas. El deseo de pasar una vida descansada, mas bien que el valor, ó la ambicion, me hizo poner los ojos en la fuente de tantas riquezas, y tomé la determinacion de embarcarme, haciendo la cuenta de que á mediana fortuna que tubiese, siempre sería mayor que la que dejaba.

El dia 11. de Marzo de 1537. partí con una flota de cinco Navios, que no tenia ningun General, esto es, cada uno de los quales estaba sujeto à un Capitan independiente. Mandaba el mas considerable Don Pedro de Silva, hijo del famoso Almirante Don Vasco de Gama. En este mismo Navio habia traido Don Pedro los huesos de su padre, que habia muerto en las Indias; y el Rey, que se hallaba entonces en Lisboa, los habia hecho recibir con un aparato de que no se habia visto exemplar nunca en Portugal. El segundo Navio, nombrado el San Roque, era mandado por Don Fernando de Lima, que perdiò generosamente la vida, defendiendo la Fortaleza de Ormuz, de que fue nombrado Gobernador en 1538. La Santa Barbara, tercer Navio, tenia por Capitan à Don Jorge de Lima, primo de Don Fernando, nombrado Gobernador de la Ciudad de Chaul. La Flor de Mar reconocia por Gefe á Don Lopez Vaz Vagado, y finalmente, el Comandante del quinto Navio, nombrado el Gallego, era Don Martin de Freitas, que fue muerto el mismo año en Daman: Campeones todos de valor reconocido, á cuya gloria se han consagrado los Anales Portugueses.

Al llegar al Puerto de Mozambique, encontramos alli una orden de Nuño de Acuña, Virrey de las Indias, por la qual todos los Navios Portugueses que habian de llegar aquel año, eran obligados à pasar á Diu, en donde estaba amenazada la Fortaleza del ataque de los Turcos. Tres Navios de los cinco de la flota, tomaron al instante este rumbo. Yo estaba en el San Roque, que fue el primero que alzò velas, y fui uno de los nombrados para quedar en Diu, para la defensa del Fuerte. No obstante, habiendo de partir diez y siete dias despues de mi arribo dos Fustas para el Mar Bermejo, à fin de tomar alli informes sobre la ida de los Turcos, no pude resistirme á las instancias de uno de los dos Capi-

pitanes, con quien habia hecho amistad, y que me propuso le acompañase en este viage. Iba encargado tambien de una carta de Don Silveyra, Gobernador del Fuerte, para Enrique Barbosa, Factor Portugués, que residia hacía tres años por orden del Virrey, en el Puerto de Arquico, en las tierras del Emperador de Etiopia. MENDEZ PINTO.

Partimos en un tiempo muy borrascoso, que no nos impidiò llegar con felicidad à la altura de Mazua, en donde al anochecer descubrimos en alta mar un Navio, al qual dimos tan vivamente caza, que le abordamos de bastante cerca. Habiamosle tenido por Indiano, y pensando solo en cumplir nuestra comision, nos habiamos acercado para preguntar cortesmente al Capitan, si la Armada Turca habia partido de Suez; pero por respuesta se nos dispararon doce descargas de cañones pequeños, y de pedreros, que no incomodaron mas que nuestras velas, y oimos resonar gritos confusos que nos hizo tener esta hostilidad por brabatas. Al instante se oyó un gran ruido de armas, y distintas amenazas, con las quales se nos instaba nos acercasemos, y rindiesemos. Este acogimiento nos causó menos espanto que admiracion, y ya era demasiado tarde para entregarse á la venganza. Tubose consejo, y se determinó seguir el medio mas seguro, que era batirlos con artillería gruesa hasta el dia siguiente, que se podria acometerlos, y destruirlos con facilidad. De este modo se empleò toda la noche en darles caza, disparandoles nuestra artillería; y su Navio se halló tan maltratado al amanecer, que tomò por sí mismo el consejo que nos habia dado de rendirse. Viendose reducidos á extremidad la mayor parte de los otros, se arrojaron al mar, de suerte, que de ochenta que eran, no se salvaron mas que cinco muy heridos, entre los quales estaba su Capitan. La fuerza de los tormentos, à los quales se le expuso inmediatamente por orden de nuestros dos Comandantes, le hizo confesar que venia de Geda, y que la Armada Turca habia partido ya de Suez, con la mira de tomar á Adem, antes de declarar la guerra à los Portugueses en las Indias. Añadió en la repeticion de los tormentos, que era Christiano renegado, natural de Mallorca, hijo de Pablo Andrés, Mercader de la misma Isla; y que habiendose enamorado hacía quatro años, de una hermosisima Mahometana, Griega de nacion, habia abrazado la Ley de Mahoma, por casarse con ella. Propusimosle con agrado abandonase esta secta, para restituirse à la Ley que en el Bautismo habia profesado; pero respondiò con tanta brutalidad como valor, que queria morir en la Religion de su muger. Irritados de su obstinacion nuestros Capitanes, no consultaron mas que su zelo, y le hicieron atar de pies, y manos, y habiendole colgado al cue-

MENDEZ PINTO. llo una piedra grande, lo precipitaron dentro del Mar. Despues de esta execucion, hicimos pasar los Prisioneros á una de nuestras Fustas, y se echó à pique su Navio. No llevaba mas que palo de tinte, que nos era entonces inutil, y algunas piezas de camelote, de que se hicieron vestidos nuestros soldados. No nos restaba mas que ir al Puerto de Arquico para acabar de cumplir nuestra comision; pero nuestros Comandantes resolvieron desembarcar antes en Goton, una legua mas abajo de Mazua, con la esperanza de tomar alli nuevos informes. Los habitantes nos hicieron un acogimiento muy politico. Un Portugués nombrado Vasco Martinez de Seyxas, estaba alli hacía tres semanas por orden de Enrique Barbosa, para esperar el arribo de algun Navio Portugués, y entregarle una carta de aviso sobre el estado de la Armada Turca. Barbosa suplicaba en esta carta, que se le enviasen del Navio algunos hombres de confianza, hasta la Fortaleza de Gileytor, en donde estaba empleado, con otros quarenta Portugueses, en la guardia de la Princesa Tigremahon, madre del Emperador. Queriendo dar esta satisfaccion à Barbosa, los dos Comandantes de las Fustas, me nombraron, con otros tres, para llevarle la carta del Gobernador de Diu. El dia siguiente partimos, guiados de Seyxas, montados en buenos machos, de que nos surtieron los Abysinos, por orden de la Emperatriz.

El mismo dia fuimos à pasar la noche en un rico Monasterio, nombrado Satilgaon. Al siguiente antes de salir el Sol, nos pusimos en marcha, siguiendo un rio; y andubimos cinco leguas hasta Bitoute, en donde nos alojamos en otro Monasterio dedicado á San Miguél. Antes de anochecer nos visitò un Señor joven, hijo de Bernaguez, Gobernador de esta parte de la Etiopia, que se presentò en un caballo enjaezado á la Portuguesa, con guarniciones de terciopelo morado, galoneadas de oro, y una comitiva de treinta hombres montados en machos. Su silla era un regalo que el Virrey de las Indias le habia enviado, hacía dos años, por un Portuguès nombrado Lope Chenoca, que fue cogido à su vuelta, y hecho esclavo en el Gran Cayro. Informado de su desgracia el joven Señor Abysino, habia enviado un Judio al Cayro para rescatarlo; pero habia ya muerto de pesadumbre, y de miseria, cuya noticia fue tan sensible al joven Bernaguez, que habia hecho hacer á Chenoca en el mismo Monasterio en que estabamos, magnificas exequias, à las quales habian asistido mas de quatro mil Sacerdotes del País; y estendiendo todavia mas su reconocimiento, despues de haber sabido que el difunto tenia en Goa tres hijas pequeñas muy pobres, les habia hecho una limosna de trescientas Oqueas de oro, que valen cada una doce cruzados de Portugal.

El

El dia ſiguiente continuamos nueſtra marcha en excelentes caballos que nos hizo dar, y para hacerla mas agradable, mandò nos acompañaſen quatro perſonas de ſu comitiva, que nos trataron muy bien durante lo reſtante del viage. El primer alojamiento ſe nos diò en un Caſtillo nombrado Betenigus, en donde por qualesquiera lado que ſe tiende la viſta, no ſe deſcubre otra coſa que amenas ſelvas de cedros, cipreſes, y palmas. El dia ſiguiente atraveſamos un llano grande, en extremo fertil en trigo, y paſamos la noche ſobre una montaña nombrada Vaugaleu, habitada por Judios blancos, y de buena eſtatura, pero que nos parecieron muy pobres. Dos dias deſpues dormimos en Funeau, Villa conſiderable, en donde encontramos à Barboſa, y ſus quàrenta Portugueſes, que nos recibieron con grandes mueſtras de gozo. Solo faltaban dos leguas haſta Gileytor, á donde llegamos el Domingo 4. de Octubre, habiendo ſido de cinco leguas nueſtras jornadas.

Deſpues de haber deſcanſado algo, paſamos con Barboſa al Palacio de la Princeſa, que encontramos en Miſa en ſu Capilla. Luego que ſe reſtituyó à ſu quarto, nos hizo poner Barboſa de rodillas delante de ella. Beſamos el abanico que tenia en la mano, con otras ceremonias de que ſe habia cuidado inſtruirnos. Tubo mucho guſto en vernos; y entre muchas preguntas ſobre el Papa, y los Reyes Chriſtianos, nos preguntó por qué eſtos Principes hacían tan poco caſo de la Tierra Santa, que la dejaban en poder del Turco, enemigo de nueſtra Fé.

Por nueve dias que paſamos en Gileytor, tubimos muy á menudo la honra de dar converſacion á eſta Princeſa. Al deſpedirnos, nos dijo con mucha bondad, que deſeaba que á nueſ„tro arribo á las Indias fueſemos tan bien recibidos de nueſtros „amigos, como lo habia ſido la Reyna Sabà de Salomon en „el Palacio de ſu admirable grandeza.' Hizonos dar ochenta Oqueas de oro, eſto es, el valor de doſcientos quarenta ducados, y veinte Abyſinos para conducirnos al Puerto de Arquico, en donde nos eſperaban nueſtras fuſtas.

El 6. de Noviembre de 1507. alzamos velas con Martinez de Seixas, á quien la Princeſa habia encargado de una carta, y de un regalo conſiderable para el Virrey de las Indias. Un Obiſpo Abyſino, que ſe proponia hacer un viage à Portugal, y á Roma, habia pedido paſo à nueſtros dos Comandantes haſta Diu. Una hora antes de amanecer dejamos el Puerto; y ſiguiendo la Coſta con viento en popa, habiamos doblado la Punta de Gozam, quando acercandonos à la Isla de los Eſcollos, deſcubrimos tres Navios, que tubimos deſde lejos por Gelvas, ò Terradas, que aſi ſe nombran las embarcaciones regulares del Pais. El unico deſeo de recibir algunos nuevos informes, nos hi-

MENDEZ PINTO.

hizo gobernar hácia ellas. Una calma que sobrevino de repente, era tal vez un favor del Cielo, que queria libertarnos del peligro; pero nos obstinamos tanto en seguir el mismo rumbo, que habiendo usado del remo, estubimos bien pronto bastante cerca de las tres Naves, para reconocer que eran Galeotas Turcas. Al instante huimos con un espanto, que nos hizo volver nuestras velas hàcia la tierra; pero esto era adelantar nuestra desgracia, dando à nuestros enemigos la ventaja de un viento continuo, de que habiamos creido poder aprovecharnos. Persiguieronnos á todas velas, hasta tiro de fusil; y disparando todas sus andanas à esta distancia, pusieron nuestras fustas en un estado deplorable, matando además con esta descarga nueve hombres, y hiriendo veinte y seis. Despues se acercaron tanto á nosotros, que desde su popa nos herian con facilidad con el hierro de sus lanzas. No obstante, quarenta y dos soldados buenos que nos quedaban todavia sin herida, reconociendo que nuestra conservacion dependia de su valor, resolvieron pelear hasta el ultimo aliento. Atacaron con valor la principal de las tres Galeotas, en la qual estaba Soliman Dragut, y su primer esfuerzo fue tan furioso de popa à popa, que mataron veinte y siete Genizaros; pero recibiendo al instante esta Galeota socorro de las otras dos, se llenaron en un instante nuestras fustas de tan grande numero de Turcos, y se encendió tanto la carnicerìa, que de cincuenta y quatro que eramos todavia, no quedamos vivos mas que once, y aun el dia siguiente se murieron dos, que desquartizaron los Turcos, y que colgaron por tropheo en la punta de sus vergas. Conduxeronnos á Moca, cuyo Gobernador era padre del mismo Dragut que nos habia cogido, en donde recibieron los habitantes á los vencedores con gritos de alegria. Fuimos presentados á esta turba enfurecida, cargados de cadenas, y tan cubiertos de heridas, que el Obispo Abysino murió el dia siguiente de las suyas. Nuestros trabajos se aumentaron mucho con los ultrages que recibimos en todas las calles de la Ciudad, por las quales fuimos llevados como en triunfo. Al anochecer, quando ya no podiamos andar, se nos encerrò en un calabozo obscuro, en donde pasamos diez y siete dias enteros sin mas socorro que un poco de harina de avena, que se nos distribuía por la mañana para todo el dia.

En este tiempo perdimos otros dos de nuestros compañeros, que se hallaron muertos por la mañana, ambos gentes de calidad, y de valor. El carcelero que nos trahía nuestro alimento, no habiendose atrevido à tocar á sus cuerpos, diò aviso al instante à la Justicia, quien vino à tomarlos con mucho aparato, para hacerlos arrastrar por las calles; y despues de haber sido despedazados en ellas con todo genero de violencias, fueron ar-

arrojados al Mar. Finalmente, el temor de vernos perecer sucesivamente en nuestra horrible carcel, movió à nuestros amos à hacernos conducir à la plaza publica para ser vendidos en ella.

Habiendose juntado alli todo el Pueblo, mi juventud sin duda me adquiriò la honra de ser puesto primero en venta. Mientras que se presentaban Mercaderes, un Cacis de la orden superior, que era tenido por Santo, porque acababa de llegar de la Meca, pidiò que le fuesemos dados de limosna, y alegó en su favor el interès de la Ciudad, à la qual prometia la proteccion del Profeta. Las gentes de guerra, en cuya utilidad debiamos ser vendidos, se opusieron tan brutalmente á esta pretension, que favoreciendo el Pueblo al Cacis, se moviò un horrible desorden, que no se apaciguò sino con el homicidio del Cacis, y con la muerte de unos seiscientos hombres. No hallamos otro remedio para salvar nuestra vida en este alboroto, que el de volver voluntariamente à nuestros calabozos, en donde tubimos por gran favor el ser recibidos del carcelero.

Habiendo conseguido menos Dragut, por la autoridad, que por la afabilidad, sosegar la sedicion, fuimos llevados otra vez á la misma plaza, y vendidos con nuestra artillería, y lo restante del botin. La desgracia de mi suerte, me hizo caer en manos de un Renegado Griego, de cuya memoria detestarè siempre. En tres meses que fui su esclavo, me tratò tan cruelmente, que estando como reducido á la desesperacion, tomé muchas veces la resolucion de envenenarme, á cuya sospecha debí mi libertad, porque el temor de perder el dinero que yo le habia costado, si abreviaba voluntariamente mis dias, le hizo tomar el partido de venderme á un Judio de Toro. Marché con este nuevo Amo á Casan, á donde lo llamaba su comercio, y mi esclavitud no hubiera sido mas suave en poder de un Christiano. De alli me conduxo á Ormuz, en donde supe con grande alegria, que Don Fernando de Lima, que me conocia, era Gobernador del Fuerte Portugués. Logré de mi amo el permiso de presentarme à él, y este generoso Señor, y Don Pedro Fernandez, Comisario General de las Indias, que se hallaba entonces en la Isla de Ormuz, hicieron los gastos de mi rescate, que les costò doscientos Pardos, esto es, ciento y veinte escudos de nuestra moneda.

A este favor añadieron el de dejarme seguir mi inclinacion en la ocasion que tube bien pronto de partir para las Indias, en un Navio que llevaba caballos á Goa. El viento nos fue tan favorable, que en diez y siete dias llegamos à la Costa de Diu, en donde hubieramos caido en poder de los Turcos, que tenian sitiada esta Fortaleza, si la vista de algunas Galeras, que nos dieron caza hasta la noche, no nos hubiera hecho volver

há-

MENDEZ PINTO. hacia Chaul, en donde dimos fondo dos dias despues. Diu estaba sitiada hacía veinte dias por el Baxà Soliman, Virrey del Cayro, con una flota de cincuenta y ocho Galeras. La historia de este sitio se puede ver en el Tomo primero de esta Recoleccion.

(Pinto continua estendiendose en mas de veinte capitulos sobre muchas aventuras, que no tendrian nada interesable à la distancia en que estamos de los tiempos, y de los lugares. En lo restante de este extracto, se tendrà cuidado de suprimir todo aquello que no presenta alguna cosa util, ò agradable. Aqui despues de otro cautiverio que le habia causado una larga, y peligrosa enfermedad, se halla en Malaca, en donde el Gobernador, nombrado Don Pedro de Faria, se inclina á su fortuna.)

Buscando ocasion Don Pedro de Faria de adelantarme, me envió en un Lanchare al Reyno de Pan, con diez mil ducados, que me encargò entregase à Thomás Lobo su Factor en esta Comarca. Desde alli debia pasar en virtud de sus ordenes à Patane, que está cien leguas mas allá, á llevar una carta, y un regalo para el Rey, con amplia comision para tratar con él de la libertad de cinco Portugueses, que eran esclavos de su cuñado. Partí con las mas buenas esperanzas. Al septimo dia de nuestra navegacion, estando á vista de la Isla de Timan, que dista unas ochenta leguas de Malaca, y diez, ó doce de la embocadura del Pan, oimos en el Mar, antes de salir el Sol, grandes quejidos, cuya causa no nos permitiò reconocer la obscuridad. Causaronme bastante compasion, y hice alzar velas, y volver con el socorro del remo hacia el lugar de donde parece salian, bajando la vista con la esperanza de ver, y oir mas facilmente. Despues de haber continuado mucho tiempo nuestras observaciones, descubrimos muy lejos de nosotros algunas cosas negras que nadaban sobre el agua, y que nos era imposible distinguir. No eramos mas que quatro Portugueses en la Lanchare, y los pareceres no fueron menos distintos. Representabaseme que en lugar de detenerme en averiguaciones peligrosas, no debia pensar mas que en seguir las ordenes del Gobernador; pero no habiendo podido ceder á estos timidos consejos, y creyendome autorizado por mi comision para hacer respetar mis ordenes, insistí en la resolucion de averiguar enteramente un suceso tan singular. Finalmente las primeras luces del dia, nos hicieron ver muchas personas, que nadaban sobre tablas. El espanto de mis compañeros dió lugar à la piedad, y fueron los primeros en hacer volver la proa hacia estos miserables, á quienes oimos gritar seis, ò siete veces, Señor Dios misericordia. Insté á nuestros marineros, los socorriesen, y sacaron succesivamente del medio de las olas catorce Portugueses, y nueve esclavos, tan desfigurados todos, que nos

nos causó espanto su rostro, y tan debiles, que no podian sostenerse. Diòseles socorro á toda priesa, con el qual recobraron algo sus fuerzas. Luego que estubieron en estado de hablar, uno de ellos nos dijo, que se nombraba Fernando Gil Porcalho; que habiendo sido heridos de peligro en la trinchera de Malaca en el segundo ataque que habian sostenido los Portugueses contra los Achemeses, Don Estevan de Gama, que mandaba entonces en esta Ciudad, y que habia creido deber alguna recompensa à su valor, lo habia enviado à las Molucas, alentandole á seguir la fortuna; que el Cielo habia echado la bendicion sobre sus empresas, hasta ponerle en estado de partir de Ternate, en un Junco cargado con mil barras de pimienta, que valian mas de cien mil ducados; pero que á la altura de Sutabaya en la Isla de Joa, habia tenido la desgracia de padecer una furiosa tormenta, que habia abismado su Junco, y toda su hacienda; que de ciento quarenta y siete personas que tenia á bordo, no se habian libertado mas que los veinte y tres que se hallaban en el nuestro; que yá habian pasado catorce dias sobre las tablas, sin mas alimento que la carne de un Esclavo Cafré que se les habia muerto, y que habia servido por ocho dias para sostener sus fuerzas.

La satisfaccion de haber salvado la vida á tantos desgraciados, me hizo muy agradable lo restante del viage hasta la Ciudad de Pan, en donde entregué á Thomás Lobo las mercaderìas de que estaba encargado; pero quando me disponia á continuar mi viage hacia Patane, un accidente muy tragico hizo perder al Gobernador de Malaca todas las riquezas que tenia en poder de Lobo. Coja Geynal, Embaxador del Rey de Borneo, que residia hacìa tres, ò quatro años en la Corte de Pan, mató al Rey, que hallò acostado con su muger; y habiendose sublevado el Pueblo con este motivo, cometió horrorosas violencias, y entre otras la de saquear la Factoría de los Portugueses, que perdieron mil y cien hombres en su defensa. Thomás Lobo evitò ser muerto despues de haber recibido seis heridas, y no tubo otro recurso que el de retirarse á mi Lanchare, sin haber podido salvar la mas minima parte de sus mercaderías, que ascendian à cinco mil ducados en oro, y piedras solamente. Está sedicion, que habia costado la vida á mas de quatro mil personas en el espacio de una noche, se avivò de nuevo el dia siguiente con tanto furor, que para evitar el riesgo de perecer, alzamos velas para Patane, á donde favorecidos del viento llegamos en seis dias.

Los Portugueses, cuyo numero era bastante crecido en esta Corte, se interesaron tanto mas en la desgracia de Lobo, quanto un exemplo tan terrible de la perfidia de los Indios, les re-

MENDEZ PINTO. representaba vivamente, quànto tenian que temer por sì mismos. Fueron todos al Palacio del Rey, y habiendole escrito sus quejas en nombre del Gobernador de Malaca, le pidieron con bastante arrogancia el permiso de usar de represalias en todas las mercaderías del Reyno de Pan, que se hallasen en sus Estados, cuya proposicion le pareció justa. Nueve dias despues, se recibió aviso de que habian entrado en el rio de Calantan tres Juncos muy ricos, que volvian de la China, para diferentes Mercaderes Paneses. Habiendose juntado al instante ochenta Portugueses á los de mi Lanchare, equipamos dos fustas, y un Navio redondo de todo lo que nos pareciò necesario para nuestra empresa, y partimos con bastante diligencia, para prevenir los informes que nuestros enemigos podian recibir de los Mahometanos del Pais. Nuestro Gefe fue Juan Fernandez de Abren, hermano de leche de Don Juan, Rey de Portugal. Montaba el Navio redondo con quarenta soldados, y las dos fustas eran mandadas por Lorenzo de Goes, y Vasco Sarmiento, ambos de valor, y experiencia reconocida.

El dia siguiente llegamos al rio de Calantan, en donde estaban al ancla los tres Juncos. Su resistencia fue desde luego tan viva, como el ataque; pero en menos de una hora les matamos setenta y quatro hombres, sin haber perdido mas que tres. Nuestros heridos, aunque en grande numero, no dejaron de obrar, ó de presentarse con las armas en la mano; y consternado el enemigo con su perdida, mientras creia vernos todavia con todas nuestras fuerzas, se rindió, pidiendo la vida por unico favor. Volvimos triunfantes à Patane con un botin, que solo se tubo por la justa indemnizacion de los cincuenta mil ducados de Don Pedro, pero que ascendia à mas de doscientos mil Taels, esto es, à trescientos mil ducados de nuestra moneda. El Rey de Patane pidiò solamente, que los tres Juncos se entregasen á sus Capitanes, y le dimos con gusto esta muestra de reconocimiento, y de sumision.

Poco tiempo despues, se viò llegar à Patane una fusta mandada por Antonio de Faria Sousa, pariente del Gobernador de Malaca, que venia de su parte con una carta, y regalos considerables, con pretexto de dar gracias al Rey de la proteccion que concedia à la Nacion Portuguesa; pero en realidad para acabar en sus Estados el establecimiento de nuestro comercio. Antonio de Faria, cuyo nombre se ha hecho celebre, tanto por su furor, como por sus hazañas, era un Caballero sin fortuna, que habia venido á buscarla à las Indias baxo la proteccion de un hombre de su sangre, y de su apellido. Trahia à Patane el valor de diez, ò doce mil escudos en paños, y lienzos de las Indias, que habia tomado fiados de algunos Merca-

de-

deres de Malaca. No prometiendole esta especie de mercaderías mucho producto en esta Corte, se le aconsejò las enviase á Lugor, Ciudad grande de la jurisdiccion del Reyno de Siam, en donde se publicaba, que con motivo del homenage que catorce Reyes habian de rendir alli al de Siam, se habia juntado un prodigioso numero de Juncos, y de Mercaderes. Faria eligió por su Factor à un Portugués nombrado Christoval Borralho, que entendia perfectamente el comercio, y le confiò sus mercaderìas en un Navio pequeño, que alquiló en el Puerto de Patane. Otros diez y seis Portugueses, Soldados, y Mercaderes, se embarcaron con Borralho, creyendo que un escudo les daría seis, ò siete. Dexème tambien vencer de tan lisongeras promesas, y emprendí este fatal viage. Partimos con un viento favorable; y habiendo ido en tres dias à la rada de Lugor, dimos fondo à la entrada del rio para tomar alli informes, y se nos asegurò que con efecto se hallaban ya en el Puerto de esta Ciudad mas de mil y quinientas embarcaciones, cargadas todas de preciosas mercaderías.

MENDEZ PINTO.

Estabamos comiendo con el gozo de tan buena noticia, y dispuestos á alzar velas antes de anochecer, quando vimos salir del rio un Junco grande, que habiendonos reconocido por Portugueses, se encaminó hacia nosotros sin ninguna apariencia de hostilidad, y nos echó al instante garfios atados à dos cadenas largas de hierro. Apenas nos aferraron, quando vimos salir de debaxo de la tilla del Junco setenta, ú ochenta Moros, que dando grandes gritos, hicieron sobre nosotros un fuego espantoso. De diez y ocho Portugueses que eramos, fueron muertos catorce en un instante, con treinta y seis Indios de la Tripulacion; pero dos compañeros, y yo tomamos de acuerdo el unico medio de salvarnos, que al parecer nos quedaba, y fue arrojarnos al Mar, para refugiarnos en tierra, de donde estabamos poco distantes. Uno de los tres tubo la desgracia de ahogarse, y yo llegué à la ribera con los otros dos. Heridos como estabamos, atravesamos con felicidad el cieno, en donde nos hundiamos hasta la mitad del cuerpo. Finalmente, nos acercamos á un bosque que nos presentó alguna seguridad; y desde donde fuimos testigos de la barbaridad de los Moros, que acabaron de matar seis, ò siete Marineros ya heridos, que quedaban de nuestra tripulacion, despues de lo qual, habiendose apresurado á transportar todas nuestras mercaderías á su Junco, hicieron un agugero grande á nuestro Navio, que lo echò à pique à nuestra vista; y temerosos de ser conocidos, alzaron velas al instante.

Con el profundo dolor en que quedé con dos compañeròs heridos, sin esperanza de remedio, turbada la imaginacion con quanto habia pasado à nuestra vista en el espacio de

MENDEZ PINTO.

de media hora, no pudimos comprimir nueſtras lagrimas, y volviendo nueſtro furor contra noſotros mismos, empezamos à maltratarnos el roſtro. No obſtante, deſpues de haber conſiderado nueſtra ſituacion, el miedo de las fieras, que podian acoſarnos en los boſques, y la dificultad de ſalir antes de la noche de los pantanos de que eſtabamos cercados, nos hicieron tomar la reſolucion de entrar otra vez en el cieno, y paſar alli la noche hundidos haſta el eſtomago. El dia ſiguiente al amanecer ſeguimos la orilla del rio haſta un canal pequeño, que por ſu profundidad, y por haber viſto muchos lagartos grandes, rehuſamos atraveſar. En el miſmo lugar tubimos que paſar la noche, y al dia ſiguiente no recibió ningun ſocorro nueſtra miſeria, porque la hierba eſtaba tan alta, y la tierra tan blanda en las lagunas, que nos faltó animo para tantear el paſo. Eſte dia vimos eſpirar à uno de nueſtros compañeros nombrado Sebaſtian Enriquez, hombre rico, que habia perdido ocho mil eſcudos en el Navio. Ya no quedaba mas que Chriſtoval Borralho, y yo, que nos puſimos á llorar à la orilla del rio con el cuerpo medio enterrado, porque eſtabamos tan debiles, que apenas teniamos fuerza para hablar, y haciamos cuenta de acabar en eſte lugar nueſtra miſerable vida. El tercer dia, cerca del anochecer, vimos una barca grande cargada de ſal, que ſubia à remo. Nueſtro primer movimiento fue proſternarnos; y reſtituyendo la voz la eſperanza, ſuplicamos á los remeros, que nos miraban con admiracion, nos tomaſen conſigo; pero parece eſtaban diſpueſtos á paſar ſin reſpondernos, lo que nos hizo redoblar nueſtros gritos y gemidos. Entonces una muger anciana, que ſaliò del fondo de la barca, ſe compadeciò tanto de nueſtro dolor, y de las llagas que le moſtrabamos, que cogiò un palo, con que dió á algunos Marineros, y haciendoles acercar à la orilla, los obligó à cogernos ſobre ſus hombros, y traernos à ſus pies. Su figura no era notable, mas que por un aſpecto de gravedad, que hacía reconocer el poder que tenia ſobre ellos. Hizonos dar todos los ſocorros neceſarios à nueſtra miſeria, y mientras comiamos con ansia lo que ſe nos preſentaba por ſu propia mano, nos conſolaba con ſus exhortaciones. Yo ſabia baſtante Malayo para entenderla. Dixonos que nueſtra deſgracia le hacìa acordar de todas las ſuyas; que no ſiendo ſu edad mas que de cincuenta años, no hacìa mas que ſeis que ſe habia viſto eſclava, y deſpoſeída de diez mil ducados de ſu hacienda; que à eſta deſgracia ſe habia ſeguido la del caſtigo de ſu marido, y de ſus tres hijos, que habia hecho deſpedazar por Elefantes, el Rey de Siam; y que deſpues de eſtas perdidas tan crueles, habia paſado una vida triſte, y afligida. Deſpues de habernos hecho la relacion de ſus trabajos,

qui-

quiſo ſaber los nueſtros. Sus gentes, que aſimiſmo eſcucharon nueſtra deſgraciada hiſtoria, nos dixeron que el gran Junco cuya pintura les hicimos, no podia ſer otro que el de Coja-Acem, Guzarate de nacion, que habia ſalido por la mañana del Puerto, para hacer vela á la Isla de Ainan. Confirmando ſu idea la Señora Indiana, añadiò, que habia viſto en Lugor á eſte temible Mahometano, que ſe jactaba de haber dado muerte à muchos Portugueſes, y de haber prometido à ſu Profeta tratarlos ſin piedad, porque acuſaba á un Capitan de ſu Nacion, nombrado Hector de Sylveira, de haber muerto à ſu padre, y á ſus hermanos, en un Navio que les habia cogido en el Eſtrecho de la Meca.

En adelante ſupimos que eſta Señora era viuda de un Capitan General, que habia caido en deſgracia del Rey, y padecido el caſtigo de que ſe lamentaba. Su fortuna, que habia reparado con una conducta prudente, la ponia en eſtado de hacer un rico comercio de ſal. Venia de un Junco que le habia llegado à la rada, pero que era demaſiado grande para paſar à la barra, lo que la obligaba à emplear una barca para tranſportar la ſal á ſus almacenes. Por la noche ſe detubo en un Pueblo pequeño, en donde hizo cuidar de noſotros, y el dia ſiguiente nos conduxo à Lugor, que eſtà cinco leguas mas allà, tierra á dentro. Sin embargo de deberle la vida, no ſe contentó con eſte favor, y nos dió alvergue en ſu caſa, en donde paſamos veinte y tres dias, durante los quales ſe nos curaron nueſtras heridas con mueſtras de afecto, dignas de la caridad chriſtiana. Luego que nos viò en eſtado de volver à Patane, completò ſus beneficios recomendandonos al Patron de un Navio Indiano, que nos conduxo allà en ſiete dias, y que no nos tratò con menos humanidad.

§. II.

Correrias, y aventuras de Pinto, con Antonio de Faria.

TOdos los Portugueſes de Patane eſperaban con tanta mayor anſia, è impaciencia nueſtra vuelta, quanto la mayor parte ſe habian aprovechado de tan buena ocaſion, para enviar algunas mercaderías à Lugor, por cuya razon la perdida de nueſtro Navio ſe valuó en ſetenta mil ducados, que ſegun las eſperanzas comunes, debian producir ſeis, ò ſiete veces la miſma cantidad. Antonio de Faria, mas fervoro-

MENDEZ PINTO.

so que los otros por su caracter natural, y porque habia mirado el buen exito de nuestro viage, como el fundamento de su fortuna, se puso en una consternacion inexplicable al saber de nuestra boca la suerte de su Navio. Mas de media hora estubo en un profundo silencio; y despues, como si hubiera empleado este tiempo en formar sus resoluciones, respondió á los que quisieron consolarle, que no tenia valor para volver á Malaca, y presentarse á vista de sus acrehedores, y que teniendo la desgracia de no poder pagar, le parecia mas justo perseguir á los que le habian quitado sus mercaderías, que dar escusas frivolas à unos Negociantes honrados, cuya confianza habia engañado. Habiendose levantado luego con aspecto furioso, juró sobre los Evangelios buscar por mar, y por tierra al que le habia destruido su hacienda, y hacersela restituir cien veces mas. Todos los que fueron testigos de su juramento, alabaron esta resolucion tan generosa, y halló entre ellos muchos jovenes, que se obligaron à acompañarlo. Otros le ofrecieron dinero, cuyo convite admitiò, y sus preparativos se hicieron con tanta diligencia, que en el espacio de diez y ocho dias, equipó un Navio, y se agregò cincuenta y cinco hombres, que juraron asimismo vencer, ò perecer con él. Yo fui uno de ellos, porque estaba enteramente desproveido de dinero, y no conocía à nadie que quisiese prestarmelo, ademas que debia en Malaca mas de quinientos ducados, que habia tomado prestados de muchos amigos. Finalmente, no poseia mas que mi cuerpo, que igualmente habia sido herido de tres flechazos, y de una pedrada en la cabeza, por la qual habia padecido dos operaciones, que habian expuesto mi vida al ultimo riesgo.

Despues de haber concluido sus preparativos, alzò velas Faria un Sabado 9. de Mayo de 1540. hácia el Reyno de Champa, con la mira de visitar los Puertos de esta Costa, en donde tenia la esperanza de coger viveres, y municiones de guerra. Algunos dias de navegacion nos hicieron llegar à vista de Pulo-Condor, Isla situada á unos ocho grados, y veinte minutos del Nord hàcia la embocadura del rio de Camboya. Al Est descubrimos una buena habra nombrada Brala-Pisan á seis leguas de la tierra firme, en donde estaba al ancla un Junco de Lequios, que llevaba á Siam un Embaxador del Nautiquin de Lindau, Principe de la Isla de Tosa, á tres grados del Nord. (El credito que los Criticos han dado á las luces geograficas del Autor, nos obliga à notar todas estas posiciones.) Apenas nos viò esta embarcacion, quando hizo vela hacia nosotros, y despachandonos el Embaxador su Chalupa, enviò á cumplimentar à Faria, y le hizo presentar un alfange de grande valor, cuyo puño, y vaina eran de oro, con veinte y seis perlas en una caxita del mismo

me-

metal. Aunque este regalo nos hiciese formar una alta idea de las riquezas del Junco, y que nuestra primera intencion hubiese sido atacarlo, se adelanto la generosidad en el corazon de Faria, y sintió no poder corresponder à las expresiones del Embaxador con otras muestras de reconocimiento, que la libertad que le dexò de continuar su rumbo. Bajamos á la ribera, en donde empleamos tres dias en proveernos de agua y de pescado. Habiendonos acercado desde alli à la tierra firme, entramos el ultimo dia de Mayo, á nueve grados del Nord, en el rio que divide los Reynos de Camboya, y de Champa. Diose fondo frente de un Pueblo grande nombrado Catim-Paru à tres leguas dentro de las tierras; y en doce dias que pasamos alli haciendo provisiones, Faria, curioso por naturaleza, tomò informes sobre el Pais, y sus habitantes. Dixosele que el rio nacia en un Lago nombrado Pinator à doscientas y cincuenta leguas del Mar en el Reyno de Quiriban; que este Lago estaba cercado de montañas altas, à cuya falda se hallaban á la orilla del agua treinta y ocho poblaciones; que junto à la mayor, que tenia el nombre de Chincaleu, habia una mina de oro muy rica, de donde se sacaba cada año el valor de veinte y dos millones de nuestra moneda; que ésta era causa de una guerra continua entre quatro Señores de la misma familia, á quien el nacimiento daba los mismos derechos; que uno de ellos, llamado Raja-Hitau, tenia enterrados en el patio de su casa seiscientos bahars de oro en polvo; (Ya se ha advertido que un bahar pasa de trescientas y cincuenta libras, peso de Francia) y finalmente, que junto à otro de estos Pueblos, nombrado Buaquirim, se sacaban de una cantera muchos diamantes finos, mas preciosos que los de Lave; y de Tajampure. Faria comprendiò, despues de haber observado la situacion, y fuerzas del Pais, que con alguna resolucion, y valor, trescientos Portugueses le hubieran bastado para hacerse dueño de todas estas riquezas; pero sus fuerzas presentes no le permitian emprender tan buena expedicion.

MENDEZ PINTO.

Seguimos la Costa del Reyno de Champa hasta el Puerto de Saley-Jacan, que está diez y siete leguas del rio. La fortuna no nos presentò nada en el camino, y en la rada de Seley-Jacan contamos seis Pueblos, en uno de los quales se descubrian mas de mil casas, cercadas de arboles muy altos, y de un grande numero de arroyuelos, que bajaban de una montaña del lado del Sud. El dia siguiente llegamos al rio de Tooba-Soy, en donde no se atrevió el Piloto à introducirse, porque no conocia la entrada; pero habiendo dado fondo en la embocadura, descubrimos un Junco grande, que venia de alta Mar hácia este Puerto. Faria resolviò esperarlo al ancla; y para tener tiempo de reconocerlo, enarboló el pavellon del Pais, que es señal de

amis-

MENDEZ PINTO. amistad en estos mares; pero los Indios, en lugar de corresponder con la misma señal, apenas nos reconocieron por Portugueses, quando haciendo un gran ruido de tambores, trompetas, y campanas, estendieron à tanto su desprecio, que nos enseñaron desde su popa el trasero de un esclavo negro. Faria, en extremo ofendido, no esperò mas explicacion para hacer disparar una descarga de cañones, á la que correspondieron con cinco piezas pequeñas, que componian toda su artillería. Haciendonos formar juicio de sus fuerzas esta audacia, Faria, que veia proxima la noche, resolvió esperar al dia siguiente, para no arriesgar nada en la obscuridad. Los Indios, sin desmayar en su confianza, dieron fondo á la entrada del rio.

A las dos de la mañana, vimos moverse en el Mar una cosa, que nos fue imposible distinguir. Faria dormia sobre la tilla, y habiendosele dispertado, sus ojos, mas perspicaces que los nuestros, le hicieron descubrir tres barcas de remos, que se acercaban hàcia nosotros. No dudó que este fuese el enemigo del dia antecedente, que contaba mas con la traicion, que con el valor. Mandó tomar las armas, y disponer las ollas de fuego, y encargò se escondiesen las mechas, para hacer creer que estabamos dormidos. Las tres barcas se acercaron á tiro de arcabuz, y habiendose separado para rodearnos, se arrimaron dos à nuestra popa, y la otra á la proa. Los Indios subieron con tanta ligereza á bordo, que en el espacio de algunos minutos, llegaban ya à quarenta. Entonces Faria, saliendo de debajo del medio puente, con una tropa escogida, dió sobre ellos tan furiosamente, que desde luego matò un grande numero. Despues las ollas de fuego, que se arrojaron con mucha destreza, acabaron de derrotarlos, y obligaron á los demàs á precipitarse en las olas. Nosotros saltamos á las tres barcas, las que teniendo ya poca gente, fueron cogidas sin resistencia. Entre los prisioneros que cayeron vivos en nuestras manos, habia algunos Negros, un Turco, dos Achemeses, y el Capitan del Junco nombrado Similau, gran Corsario, y enemigo mortal de los Portugueses. Faria diò orden de que á la mayor parte de estos se diese tormento, para adquirir algunas luces, que creia importantes à nuestras empresas. Un Negro, à quien se iba á atormentar, pidiò perdon, y declaró que era Christiano. Dijonos voluntariamente, que se nombraba Sebastian; que habia sido cautivo de Don Gaspar de Mello, Capitan Portugués, á quien Similau habia asesinado hacía dos años en Liampo, sin haber perdonado à ningun Portuguès de la Tripulacion; que este Corsario se habia lisonjeado de hacernos padecer la misma suerte; y que habiendo tomado todos sus hombres de guerra en las tres barcas, no habia dejado en su Junco mas que trein-

treinta Marineros Chinos. Faria, que no ignoraba la desgracia de Mello, diò gracias al Cielo de haberlo elegido para vengarlo. Hizo saltar inmediatamente los sesos à Similau con un frentero de cuerda, castigo que habia dado él á Mello. Habiendo entrado despues con treinta soldados en las mismas barcas en que habia venido el enemigo, fue á bordo del Junco, del qual no le costó trabajo apoderarse. Algunas ollas de fuego que hizo arrojar sobre la tilla, hicieron volar à todos los Marineros al Mar; pero la necesidad que tenia de ellos para la maniobra del Junco, le obligó á salvar una parte. En el inventario de esta presa, que mandó hacer por la mañana, se encontraron treinta y seis mil taels de plata del Japon, que equivalen à cincuenta y quatro mil ducados de moneda Portuguesa, con muchas especies de mercaderías. Algunas hogueras, que se habian encendido sobre la ribera, nos hicieron juzgar, que los habitantes se disponian tal vez à atacarnos, y no pensamos mas que en alzar velas á toda priesa. La costa de Champa, que continuamos siguiendo por miedo de ser llevados á alta Mar por el viento de Est, que es muy impetuoso en este Mar en las conjunciones de las lunas llenas, y nuevas, nos presentò dos dias despues un rio, que se nombra en el Pais Tinacoreu, y por los Portugueses Varella. Este es un lugar frecuentado por los Juncos de Siam, y de toda la Costa Malaya, que hacen el viage de la China. Faria se prometia alli adquirir algunas luces de Coja-Acem, objeto continuo de su empresa, y de su resentimiento. Hizo dar fondo un poco mas allá de la embocadura, delante de un Pueblo pequeño nombrado Faiguilleu, de donde muchas Barcas, y Pares, le traxeron al instante refrescos. Hizose tener, con pretexto de su Junco, por Mercader de Tenaserim, que iba à traficar á la Isla de Lequios, y que no se detenia en este lugar mas que para buscar un amigo nombrado Coja-Acem, del qual le habia separado el mal tiempo. Aconsejòsele subiese el rio hasta Pilxucacem, que es la residencia ordinaria del Rey; pero teniendo poca esperanza de sostener su disfráz en la Corte, en donde eran conocidos los Portugueses, se contentò con algunos informes concernientes al Pais. Dijosele que el rio de Tinacoreu, nombrado tambien Tareulachine, se estiende con la misma profundidad, y anchura hasta Moncalor, montaña grande, que está ochenta leguas del Mar; que mas allá se ensancha mucho, aunque con menos profundidad; que alli está cortado además por muchos bancos de arena, y por tierras inundadas de agua; que los lugares inmediatos estaban llenos de tan prodigioso numero de aves, que la tierra estaba cubierta de ellas, y que esta razon habia obligado hacía quarenta y dos años á los habitan-

 tes

MENDEZ PINTO.

tes de Ghintalcuhos, Reyno de ocho jornadas de estension, à abandonar su Pais; que mas allà de esta Comarca de Pajaros se encuentran montañas, y peñascos, en donde los Elefantes, los Rhinocerontes, los Leones, los Javalies, y los Bufalos, se hallan en tan grande numero, que no se han querido cultivar las tierras; pero que en medio del Pais ha puesto la Naturaleza un lago grande, conocido con los dos nombres de Cunebetè, y de Chiamnay, de donde salen el rio de Tinacoreu, y otros tres que riegan gran parte de esta region (Tal vez este lago es el mismo de que se ha hablado en las Relaciones de Siam, y del qual sale el Menam.); que las margenes de este lago presentan muchas minas de plata, de cobre, de estaño, y de plomo, de donde se transportan estos metales sobre Elefantes á los Reynos de Sornau, que nombran los Europeos Siam, Pasiloco, Savadi, Tangu, Prom, Calaminham, y otras Provincias apartadas de las costas maritimas dos, ó tres meses de camino; que estos Paises montuosos estaban divididos en Reynos habitados por hombres mas ò menos blancos, y que en trueque de sus metales recibian con gusto oro, diamantes, y rubíes. (El Autor siente que los Portugueses no hayan dirigido sus conquistas hácia esta parte, en donde habrian hallado, dice, mas utilidad, y menos trabajo.) El unico fruto que sacamos de Taiquillen para la venganza de Faria, fue haber sabido alli que si Coja-Acem exercia el comercio, era en la Isla de Aynam donde se le habia de buscar, porque todos los Navios Mercantes se juntaban alli en esta temporada. Salimos del rio, y segun el dictamen del Piloto, fuimos á buscar à Pulo Champeilou, Isla inhabitada, que rodea el Canal de la Cochinchina, para emplear alli algunos dias en disponer la artillería. Desde ella hicimos vela en derechura à la Isla de Aynam, en donde pasando el escollo de Pulocapas, empezamos à seguir la tierra, con sola la mira de reconocer los Puertos, y rios de esta Costa. Algunos soldados que fueron enviados á tierra baxo el mando de Borralho, refirieron que habiendo penetrado hasta la Ciudad, que les habia parecido compuesta de más de diez mil casas, y ceñida de murallas, y torres, con un foso lleno de agua, habian visto en el Puerto tan grande numero de Navios, que habian contado hasta dos mil. A su vuelta descubrieron á la embocadura del rio un Junco grande al ancla, que creyeron reconocer por el de Coja Acem. Esta conjetura, que se apresuraron á participar á Faria, le causó tanta satisfaccion, que sin perder un instante, y dejando en el Mar su ancla, dió orden de alzar velas, repitiendo que su corazon le advertia que llegaba la hora de su venganza.

Acercamonos al Junco con una quietud que nos hizo tener por

por Mercaderes. Ademàs de la idea de engañar à nueſtro enemigo con apariencias, temiamos ſer oidos de la Ciudad, y ver dar ſobre noſotros todos los Navios que eſtaban en el Puerto. Al inſtante que eſtubimos junto al bordo Indiano, veinte de nueſtros ſoldados, que no eſperaban mas que eſte inſtante, ſaltaron á él con un impetu que les eſcuſó el trabajo de pelear. La mayor parte de nueſtros enemigos, eſpantados con eſte primer movimiento, ſe arrojaron à las olas. No obſtante, algunos de los mas valeroſos, ſe juntaron para hacer frente; pero ſiguiendo Faria al inſtante con otros veinte ſoldados, hizo una carnicería furiosa en aquellos que habian intentado resiſtir. Matò mas de treinta de ellos, y de una tripulacion baſtante numeroſa, ſolo ſe libertaron del fuego los que ſe habian arrojado al Mar, y que ſe hicieron ſacar de él, tanto para que ayudaſen á la navegacion de nueſtros propios Navios, como para declarar quál era ſu Gefe. Diòſe tormento à quatro; pero padecieron la muerte con una conſtancia brutal. Ibaſe á exponer à los miſmos tormentos à un joven que ſe eſperaba hacer hablar con mas facilidad, quando un anciano, que eſtaba echado ſobre la tilla, gritó llorando, que eſte era ſu hijo, y que pedia ſe le oyeſe antes que eſte deſgraciado joven fueſe entregado al ſuplicio. Faria mandò detener al Executor; pero despues de haber prometido al padre la vida, y la libertad ſi ſe explicaba con ſinceridad, con la reſtitucion de todas las mercaderías que fueſen ſuyas, jurò que para caſtigarle del menor engaño le haria arrojar al Mar con ſu hijo. Eſte anciano, que teniamos todavia por Mahometano, reſpondiò que admitia eſta condicion; que al miſmo tiempo que daba gracias à Faria de la vida que concedia à ſu hijo, le ofrecia la ſuya de que hacía poco caſo á ſu edad; pero que no por eſo dejaría de fiarſe en ſu palabra, aunque la profeſion que le veìa exercer fueſe poco conforme à la ley Chriſtiana, en la qual habian nacido los dos. Una reſpueſta tan poco eſperada, parece cauſó mucha confuſion á Faria, y mandando acercar al anciano, y viendole tan blanco como noſotros, le preguntò ſi era Turco, ò Perſa. La curioſidad nos habia juntado à todos al rededor de èl para eſcuchar ſu hiſtoria. Dixonos que era Armenio de origen, nacido en el Monte Sinay, de una Familia muy buena; que ſu nombre era Thomás Moſtangen; que hallandoſe en 1538. en el Puerto de Geda, con un Navio que le pertenecìa, Soliman Baxà, Virrey del Cayro, que iba à ſitiar à Diu, lo habia hecho coger con otros Navios Mercantes para tranſportar ſus viveres, y municiones; que deſpues de haber hecho eſte ſervicio à los Turcos, y quando les habia pedido el ſalario que ſe le habia prometido, no ſolo le faltaron á la palabra, ſino que

MENDEZ PINTO.

MENDEZ PINTO. le tomaron su muger, y su hija, que forzaron á su vista, y que arrojaron á su hijo al Mar por haberles reprendido esta injuria; que habiendose visto despues quitar su Navio, y el valor de seis mil ducados, que eran la mayor parte de su hacienda, llevado de la desesperacion, habia ido por tierra à Surate con el hijo que estaba á bordo, y el unico que le quedaba; que de alli habian pasado à Malaca en el Navio de Don Garcia de Saa, Gobernador de Bacain, de donde habia partido para la China con Christoval de Sardiña, que habia sido Factor en las Molucas; pero que estando al ancla en el Estrecho de Sincapur, Quiay-Tajano, dueño del Junco de que acababamos de apoderarnos, habia sorprendido el Navio Portuguès por la noche; que se habia hecho dueño de él con la muerte del Capitan, y de toda la tripulacion, y que de veinte y siete Christianos, era el unico á quien se hubiese conservado la vida con la de su hijo, porque el Corsario habia reconocido que no era mal Artillero.

Faria no pudo oir esta relacion, sin darse un golpe en la frente con admiracion, diciendo, Dios mio, Dios mio, me parece que lo que oigo es un sueño. Volviendose despues hàcia sus soldados, les contò la historia del Corsario, que habia sabido al llegar á las Indias. Este era uno de los mas crueles enemigos del nombre Portugués, que habia muerto por su propia mano mas de ciento, y el botin que les habia cogido ascendia à mas de cien mil ducados. Aunque su nombre fuese Quiay-Tajano, su vanidad le habia hecho tomar el de Capitan Sardiña despues que habia asesinado à este Oficial. Preguntamos al Armenio, qué se habia hecho el Corsario, y nos dixo que estando muy herido, se habia escondido en la bodega entre los cables con seis, ó siete de los suyos. Faria fue á ella al instante, y abrimos la escotilla de los cables. Entonces este ladron, desesperado, salió por otra escotilla à la frente de sus compañeros y se arrojó tan furiosamente sobre nosotros, que no obstante la grande desigualdad del numero, duró el combate cerca de un quarto de hora, sin que dejasen las armas hasta que espiraron. Nosotros no perdimos mas que dos Portugueses, y siete Indios de la tripulacion; pero veinte fueron heridos, y el mismo Faria recibió dos cuchilladas en la cabeza, y otra en el brazo. Despues de esta sangrienta victoria, hizo alzar velas por miedo de ser perseguido. Por la tarde fuimos á dar fondo mas abajo de una Isla desierta, en donde se partió con quietud el botin. En el Junco se hallaron quinientos bahars de pimienta, cada uno de cincuenta quintales, sesenta de sandalo, quarenta de nueces moscadas, y de macis, ochenta de estaño, treinta de marfil, y otras mercaderías, que ascendian segun el comercio

cor-

corriente, al valor de fetenta mil ducados. La mayor parte de la artillería era Portuguefa, y entre muchos muebles, y veftidos de nueftra Nacion, nos admiramos de ver copas, candeleros, cucharas, y vacías grandes de plata fobredorada. Efte era el defpojo de Sardiña, de Juan Oliveira, y de Bartholome de Matos, tres de nueftros mas valerofos Oficiales, de que fe habia apoderado el Corfario, como tambien de fus Navios; pero la vifta de tantas riquezas no dejò de hacernos tener compafion de nueve niños, de edad de feis á ocho años, que fe hallaron en un rincon encadenados de pies y manos. MENDEZ PINTO.

El dia figuiente, confiando Faria mas que nunca en fu profperidad, no tubo dificultad de volver hácia la Costa de Aynan, en donde no defefperaba todavia de encontrar á Coja-Acem. No obftante, algunos Pefcadores de perlas, de quienes recibió refrefcos en la Bahía de Camoy, le anunciaron el arribo de una flota China, y teniendole además por Negociante, no obftante algunas fofpechas que no pudieron difimular á vifta de las telas, y muebles preciofos que veian en manos de fus foldados, le hicieron una pintura tan mala de los obftaculos que hallaría en la China, à donde fu intencion era ir à vender efectivamente fus mercaderías, que refolviò bufcar algun Puerto. Sus Navios eftaban ya tan cargados, que le fucedia á menudo encallar fobre los bancos de arena, de que eftà lleno efte Mar. Sin embargo, le efperaban nuevos obftaculos en la embocadura del rio de Tanauquir.

Mientras que hacía esfuerzos para entrar en ella, con la efperanza que los Pefcadores de Camoy le habian dado de hallar alli un buen Puerto, fue atacado por dos Juncos grandes que bajaban efte rio con el focorro del viento, y de la marea. Su primera falva fue de veinte y feis piezas de artillería, y hallandofe cafi fobre nofotros, antes que hubiefemos podido defcubrirlos, nos abordaron con una nube efpantofa de dardos, y flechas, de la que no nos libertamos fino retirandonos debajo del medio puente, defde donde nos hizo Faria divertir à los enemigos á tiros de arcabuz por efpacio de media hora, para darles tiempo de apurar todas fus municiones; pero quarenta de fus mas valerofas gentes faltaron finalmente á nueftro bordo, y nos pufieron en precifion de recibirlos. El combate llegò á fer tan furiofo, que la tilla fe hallò bien pronto cubierta de muertos. Faria hizo prodigios de valor; y empezando à desfallecer los enemigos con fu perdida, que era ya de veinte y feis hombres, fe aprovecharon de efte inftante veinte Portuguefes, para entrar en el Junco de fus enemigos, endonde efte ataque imprevifto les hizo hallar poca refiftencia. De efte modo, declarandofe la victoria por ellos en uno y otro bordo, penfaron en focorrer à Bor-

ra.

MENDEZ PINTO.

ralho, que habia venido à las manos con el segundo Junco. Faria le llevò su fortuna con el exemplo de su valor. Finalmente, los Juncos cayeron en su poder, despues de haber costado la vida á ochenta Indios; y por un favor extraordinario del Cielo, no se halló entre los muertos mas que un Portugués, y catorce hombres de tripulacion, aunque los heridos fuesen en mucho mayor numero (El Autor tiene la piedad de atribuirlo todo al socorro del Cielo, aunque reconozca que Faria exercia el oficio de verdadero Corsario.) Mientras que se sacaban de las olas todos los enemigos que se habian precipitado en ellas, y que pedian socorro, se oyeron en el Junco de que se habia hecho dueño Borralho, gritos, y quejas que al parecer salian de debajo de la proa. Algunos Marineros que se hicieron bajar, trajeron diez y siete Christianos, esto es, dos Portugueses, cinco niños, dos doncellas, y ocho jovenes, en un estado que movia á compasion, cargados de cadenas, y la mayor parte desnudos. Estando medio muerto uno de los dos Portugueses, se supo del otro, que el Corsario tenia dos nombres, el uno Europeo, y el otro Chino; que este, de que usaba entonces, era Nicoda Xicaulem; que habiendo abrazado el Christianismo en Malaca, habia tomado alli el nombre de Francisco Saa, de el del Gobernador de esta Ciudad, Don Garcia Saa que habia sido su padrino; que despues de su conversion, le habia hecho casar este señor con una huerfana Portuguesa, de familia honrada; pero que habiendo hecho vela despues para la China en un Junco suyo, acompañado de su muger, y de veinte Portugueses, habia descansado en la Isla de Catan con pretexto de hacer alli agua; y que de acuerdo con su tripulacion, habia asesinado á los Portugueses mientras dormian, para valerse de todas sus mercaderías; que despues de esta horrible traicion, habia propuesto à su muger adorase los Idolos, y que en virtud de su repulsa le habia hecho saltar los sesos de un hachazo; que el año siguiente se habia apoderado de un Junco pequeño, en el qual habia muerto otros diez Portugueses; que habiendo abrazado à cara descubierta el oficio de Pirata, habia tomado hacía tres años este rio para retiro, porque se creia libre en él de la venganza de nuestra Nacion, que no tenia comercio alguno en esta Costa; que los cinco niños, los ocho jovenes, y las dos doncellas, eran las desgraciadas reliquias de un Junco Portugués que habia cogido en la embocadura del rio de Siam, en el qual habia muerto à sus padres; que de diez y seis Portugueses que habia encontrado en él, solo habia concedido la vida á dos, porque el uno era Carpintero, y el otro Calafateador; y que despues de quatro años que los llevaba á sus corsos, los hacía morir de hambre, y de golpes; que al atacarnos nos habia teni-

nido por Mercaderes Chinos, à quienes no trataba con menos rigor que à los Portugueses, quando podia sorprenderlos con ventaja.

Preguntóse al desgraciado que hacía esta relacion, si reconocería al Corsario entre los muertos. Intentò buscarlo, aunque los cadaveres se hubiesen arrojado al Mar, y habiendo entrado en una barca pequeña, lo descubriò finalmente, entre muchos cuerpos que nadaban sobre el agua. Hallòse que tenia una cuchillada en la cabeza, y un golpe de pica que le atravesaba el estomago. Al rededor del cuello le habia quedado una cadena de oro, de la qual colgaba una especie de Idolo en forma de lagarto, con dos cabezas, con la cola y patas esmaltadas de verde, y de negro. Habiendole hecho Faria arrastrar hacia la proa, le cortò la cabeza, y mandó dividir el cuerpo en pedazos, que se arrojaron á las olas.

El botin se valuò en unos quarenta mil taels. En los dos Juncos se encontraron diez y siete piezas de artillería de bronce con las Armas de Portugal. Aunque estas dos embarcaciones fuesen muy buenas, se viò obligado Faria á hacer quemar una por falta de Marineros para gobernarla. El dia siguiente hizo tantear otra vez la entrada en el rio; pero algunos Pescadores que habia cogido por la noche le advirtieron, que el Gobernador de esta Provincia habia tenido siempre inteligencia con el Corsario, quien le cedia la tercera parte de sus robos por obtener su proteccion, de la qual gozaba hacìa mucho tiempo. Esta noticia nos hizo tomar la resolucion de buscar otro Puerto, y se puso la mira en el de Mutipinam, que està distante quarenta leguas al Est, y es frecuentado por los Mercaderes de Laos, de Pafnas, y de Gueos.

Hicimonos á la vela con tres Juncos, y el primer Navio en que habiamos partido de Patane, hasta Tillannmera, en donde la fuerza de las corrientes nos obligó á dar fondo. Despues de haber estado alli tres dias al ancla, nos presentó la fortuna por la tarde quatro Lanteas, especie de barcas de remos, una de las quales llevaba la hija del Gobernador de Colem, que se habia casado poco antes con el hijo de un Señor de Pandurée, y que iba à juntarse por primera vez con su marido, quien habia de venir a recibirla con un acompañamiento correspondiente à su clase; pero habiendo tenido los que la conducian, nuestros Juncos por los que esperaban encontrar, vinieron á dar en nuestras manos. Faria hizo esconder á todos los Portugueses, y presentandole la misma novia, pedia ya à su marido, quando por respuesta una tropa de nuestras gentes saltaron à las Lanteas, y se apoderaron de ellas. Faria se contentò con retener á la novia, y dos hermanos suyos, que eran jovenes, blancos, y de muy buen rostro,

MENDEZ PINTO.

tro, con veinte Marineros, que nos fueron de grande utilidad para la maniobra de nuestros Juncos. Siete ú ocho hombres que componian el acompañamiento, y muchas mugeres ancianas de las que se alquilan para cantar, y tocar instrumentos, fueron dejadas en la Costa. Habiendo partido de este lugar el dia siguiente, encontramos la flota pequeña del Señor de Pandurèe, que pasó junto á nosotros con banderas de seda, haciendo resonar el ayre con el ruido de los instrumentos, sin sospechar que le quitabamos su muger. Con la idea que teniamos de ir á Mucipinam, no juzgó Faria por conveniente detener à esta tropa gozosa, y aun la causa de haber perturbado la alegria que reynaba tambien en las Lanteas, habia sido la ocasion. Habiendo llegado tres dias despues á vista de este Puerto, dimos fondo sin ruido à la embocadura del rio, para tener tiempo de hacer sondear su entrada, y de tomar informes por la noche. Doce soldados que se enviaron en una barca bajo la conducta de Martin Dalpoem, nos trajeron dos hombres del Pais, que habian cogido con mucha precaucion. Faria prohibiò emplear los tormentos para saber de ellos las noticias que convenian á nuestra seguridad. Dijeronnos naturalmente, que todo estaba sosegado en el Puerto, y que hacía nueve dias que habian llegado à èl muchos Mercaderes de los Reynos vecinos. Una ocasion tan buena de despachar nuestras mercaderías, nos hizo volver nuestro reconocimiento hàcia el Cielo. Rezamos con mucha devocion la Letania de la Virgen, y prometimos ricos dones á nuestra Señora del Monte, que está junto á Malaca, para el adorno de su Iglesia. Al amanecer dió Faria libertad à los Indios, y les hizo algunos regalos. Habiendo despues mandado adornar las gavias de nuestros Navios, y desplegar nuestras vanderas, y flamulas, con pavellon mercante, segun el uso del Pais, fue à dar fondo en el Puerto, bajo la muralla de la Ciudad.

Fuimos recibidos como Mercaderes de Siam, cuyo titulo habiamos tomado; y sin otra dificultad que la de los derechos, que se arreglaron finalmente à diez por ciento, despachamos en pocos dias todo el botin que habiamos adquirido à costa de nuestra sangre, sacando la cantidad de ciento treinta mil taels, en barras de plata; y sin embargo de la diligencia con que habiamos procedido, supieron los habitantes antes de la partida de Faria, el trato que habia dado al Corsario en el rio de Tanauquir, y empezaron entonces á mirarnos con diferente semblante, tanto, que no atreviendonos à fiar de sus intenciones, apresuramos la partida.

Faria habia entrado en el mayor de nuestros Juncos, con el titulo, y pavellon de General; pero se notò que hacía mucha agua. Diferentes informes nos hacian mirar el rio de Madel, en

la Isla de Ainan, como un lugar que convenia á nuestras urgencias, por la facilidad que hallariamos alli de trocar este Junco, ò calafatearlo. Solo nos detenia la fama de nuestras expediciones, que debia habernos adquirido muchos enemigos. Sin embargo, dos consideraciones nos hicieron menospreciar este temor; la una fue la de nuestras fuerzas, que nos ponian á cubierto de toda sorpresa, y que nos hacian capaces de medirlas con qualesquiera otras, que no fuesen las de los Reyes, y Mandarines; la otra una justa confianza en los motivos de nuestro General, tanto como en su valor, porque su intencion solo era dar el mismo tratamiento á los Corsarios, que habian quitado la hacienda, y la vida á muchos Christianos, y hasta entonces todas nuestras riquezas nos parecian bien adquiridas. Despues de haber luchado por doce dias contra los vientos, llegamos al Cabo de Pulo-Hindor, nombre Indiano de la Isla de los Cocos; y habiendo vuelto desde alli hácia la Costa del Sud, en donde hicimos algunas nuevas presas, volvimos hácia el Puerto de Maden, y entramos en el rio el 8. de Septiembre. El Cielo cubierto de nubes hacía tres ó quatro dias, anunciaba una de las tormentas, que tienen el nombre de Tifones, y que son frecuentes en estos Mares, en las Lunas nuevas. Vimos muchos Juncos que buscaban abrigo, y que daban fondo en los canales vecinos.

Un famoso Corsario Chino nombrado Hinimilau, y temido de los Mercaderes, entrò en el rio junto á nosotros. Su Junco era grande, y muy alto, y al acercarse al lugar en donde estabamos al ancla, nos saludò segun el uso del Pais, sin habernos reconocido por Portuguеses. Nosotros lo teniamos tambien por Mercader Chino, que venìa à refugiarse asimismo por miedo del Tifon; pero mientras pasaba á muy corta distancia, oimos gritar claramente en nuestra lengua, Señor Dios, misericordia. Esta voz repetida muchas veces, nos hizo juzgar que nacia de algunos desgraciados esclavos de nuestra Nacion. Faria, que podia hacerse entender de los Marineros Chinos, les mandò amaynar las velas; pero pasaron sin responder, y dando fondo un quarto de legua mas arriba, empezaron entonces à tocar el tambor, y à hacer brillar sus cimitarras. Aunque estas brabatas manifestasen al parecer valor, y confianza en algun socorro que ignorabamos, despachò Faria hàcia ellos una barca bien equipada, que volvió muy pronto con un grande numero de heridos, que no habian podido defenderse de una nube de dardos, y de piedras que se les habian tirado desde el Junco. Este espectaculo irritó tanto á Faria, que haciendo alzar ancoras al instante, se acercó al enemigo hasta tiro de arcabuz, à cuya distancia lo saludó con treinta y seis piezas de cañon, entre

MENDEZ PINTO. las quales habia algunas de batería, que tiraban balas de fundicion. Toda la resolucion de los Corsarios, no les impidió cortar sus cables, para encallar en la ribera; pero apenas reconoció Faria su idea, quando los abordó furiosamente. El combate vino à ser tan terrible, y eran en tan grande numero, que por mas de media hora se sostubieron las fuerzas con mucha igualdad de una parte y otra; pero finalmente los Corsarios, cansados, heridos, ò quemados, se arrojaron todos al agua, mientras que dando gritos de alegria continuamos nosotros apresurando tan buena victoria. Viendo nuestro General perecer un grande numero de estos miserables, que no podian resistir al impetu de la corriente, hizo pasar algunos soldados en dos barcas, con orden de salvar à los que quisiesen recibir este socorro. Libertaronse diez y seis, entre ellos Hinimilau, Capitan del Junco. Este fue llevado á la presencia de Faria, quien hizo primero curarle sus llagas. Despues le preguntò, què se habian hecho los Portugueses que habiamos oido en su bordo. El Corsario respondió con orgullo que no lo sabía; pero la vista de los tormentos le hizo mudar de tono. Pidiò un vaso de agua porque la sequedad del gaznate le impedia hablar, prometiendo ver lo que habia de responder. Traxosele agua, de la que bebió con ansia una excesiva porcion. Entonces, recobrando al parecer su orgullo con sus fuerzas, dijo á Faria, que se hallarían los Portugueses en la camara de proa, en donde estaban efectivamente, pero degollados. Los que habian ido à dar fin á su cautiverio, trajeron ocho cuerpos sobre la tilla, una muger con dos niños de seis, ò siete años, á quienes habia cortado brutalmente el pescuezo, y cinco hombres abiertos de arriba à bajo, y las tripas fuera del cuerpo. Faria, compadecido hasta derramar lagrimas, de tan triste espectaculo, preguntò al Corsario, qué le habia podido mover à esta crueldad, à lo que respondió, que era castigo justo de unos traydores, que habian sido la causa de su desgracia, dejandose ver de nosotros; y que en quanto á los niños, bastaba que fuesen de raza Portuguesa para haber merecido la muerte. Sus respuestas á otras preguntas, fueron igualmente una mezcla de extravagancia, y furor. Gloriòse de haber asesinado á un grande numero de Portugueses, con circunstancias tan barbaras, que nos causaron admiracion, y horror. Faria se llenò de indignacion, y sin darle la menor reprension, lo hizo matar á su vista. En el Junco hallò en sedas, en telas, en almizcle, en porcelanas &c. el valor de quarenta mil taels, de lo qual tubimos que quemar una parte, con el mismo cuerpo del Junco, porque habiendo perdido muchos valerosos Marineros, nos quedaban pocos para gobernarlo. Tantas proezas, y hazañas empezaban á hacer tan terrible el nombre de Faria, que los Capitanes de los Juncos

cos que se hallaban en el Puerto de Maden, sabiendo bien pronto esta ultima victoria, y creyendose amenazados de la vista del vencedor, hicieron ofrecerle veinte mil taels por lograr su proteccion. Recibiò con mucho agasajo à sus Diputados, y obligandose con un juramento terrible no solo à no causarles daño, sino à defenderlos en qualquiera ocasion contra los Corsarios, de que estaban llenos estos Mares, les dió Pasaportes regulares, que firmó de su nombre. (El Virrey de la Isla de Ainan le hizo ofrecer un empleo distinguido en la Marina China, y otros favores, que rehusó.) Ademàs de la cantidad que se le habia propuesto, y que se pagó fielmente, uno de los suyos, nombrado Costa, que honrò con el titulo de su Secretario, adquirió mas de quatro mil taels por el simple despacho de las Patentes. Despues de haber pasado catorce dias en el Puerto de Madel, acabamos de andar toda esta Comarca con sola la mira de descubrir las huellas de Coja-Acem, cuya idea tenia preocupado continuamente á Faria. Seis meses enteros empleó en tomar informes, de que no sacó otro fruto que haber visitado un grande numero de Habras, y Puertos. Una sombra de esperanza le hizo entrar de dia en una Ciudad grande nombrada Quangi-Paru, cuyos Templos, y edificios nos parecieron magnificos; pero viendose engañado con avisos falsos, no estubo mas que veinte y quatro horas en un lugar tan peligroso por el numero de sus habitantes. Todas estas costas estaban llenas de Pueblos, y Aldeas, cercadas algunas de una muralla de ladrillo. El Pais es en extremo fertil, y diferentes Mercaderes nos aseguraron que se hallan en él minas de cobre, de plata, de salitre, estaño, y azufre.

MENDEZ PINTO.

Hacía tanto tiempo que estabamos en el Mar, que enfadados del trabajo los soldados, rogaron à Faria hiciese un repartimiento exacto del botin, como se habia obligado à ello en Patane, cada uno con la mira de dejar el exercicio de las armas, y ir á gozar con quietud de su fortuna. Esta proposicion fue causa de funestas diferencias. Sin embargo, se hizo el convenio de elegir á Siam para pasar alli el invierno, y vender las mercaderías que quedaban que partir; y despues de haberlo jurado, se fue à dar fondo en una Isla bastante apartada del canal que se dejaba, y por doce dias esperamos alli el viento que habia de conducirnos al descanso. Levantòse tan favorable como lo habiamos deseado; pero la luna nueva de Octubre lo mudó por nuestra desgracia en tan furiosa tormenta, que fuimos rechazados con increible violencia contra la Isla que habiamos dejado. Careciamos de cables, y los que teniamos estaban medio podridos. Luego que el Mar habia empezado à subir, y que el viento del Sud nos cogiò en descubierto al atravesar

MENDEZ PINTO.

la Costa, la idea del peligro que nos amenazaba, nos habia hecho cortar los mastiles, y arrojar al agua muchas mercaderìas; pero la noche se puso tan obscura, el tiempo tan frio, y la borrasca tan violenta, que no pudiendo ya nada por nosotros, tubimos que esperarlo todo de la misericordia del Cielo, de la que sin duda no eramos dignos por nuestros pecados, pues à las dos de la mañana, un torbellino espantoso arrojó nuestros Navios contra la Costa, y los estrelló, sin dejar una tabla entera. Ciento ochenta y seis hombres perecieron, y al amanecer nos hallamos sobre la ribera en numero de cincuenta y tres, entre los quales no habia mas que veinte y tres Portugueses, causandonos menos admiracion nuestro naufragio, que el vernos en tierra sin saber á què casualidad debiamos nuestra salvacion. Faria fue por fortuna uno de aquellos á quien el Cielo habia conservado la vida. Vimos con tanto espanto, como compasion, los cadaveres de nuestros compañeros, y amigos, de que estaba cubierta la orilla del Mar. Disimulando Faria su dolor, nos exhortò con una breve harenga, à no perder la esperanza. Aunque la Isla estubiese desierta, nos prometiò que los bosques, y la ribera nos presentarían con que satisfacer nuestro hambre, y lejos de renunciar à la fortuna, nos representò, que debiendo ser estimulo la misma miseria para alentarnos, no podiamos esperar nada de lo venidero, proporcionando esta esperanza á nuestra situacion.

Dos dias empleamos en dar sepultura à los muertos. Algunas provisiones mojadas que sacamos del agua, sirvieron para mantenernos mientras estubimos empleados en este triste ministerio; pero como los viveres estaban mojados, la corrupcion que se introdujo en ellos bien pronto, no nos permitió usarlos por mucho tiempo. En menos de cinco dias nos fue imposible sufrir su olor, y gusto, y nos vimos obligados à entrar en los bosques, en donde hallandonos sin armas, nos sirvió poco el ver pasar muchos animales monteses, que no podiamos esperar coger en la carrera. El frio, y el hambre nos habian ya debilitado tanto, que muchos de nuestros compañeros caían muertos hablandonos. Faria continuaba alentandonos con sus exhortaciones; pero un silencio triste que le cogia à menudo contra su voluntad, nos indicaba bastante, que no sentia mejor que nosotros de nuestra suerte. Un dia que estaba sentado para hacernos comer à su exemplo algunas plantas silvestres que no conociamos, una ave de rapiña que se habia levantado detrás de la punta que forma la Isla al Sud, dejó caer junto à èl un pescado de un pie de largo. Cogiòlo, y habiendolo puesto à asar al instante, nos penetrò de ternura, y admiracion, quando en lugar de comerselo èl, lo distribuyò por sus propias manos entre los mas debiles, y mas enfermos.

Ten-

Tendiendo despues la vista hàcia la punta de donde habia salido el pajaro, descubriò otros muchos que subian, y bajaban al volar, lo que le hizo juzgar, que en aquel lugar habia tal vez alguna presa que comian estos animales. Marchamos à él en procesion, para mover á compasion al Cielo con nuestras oraciones, y lagrimas. Al llegar á la cumbre de la colina, descubrimos debàjo de nosotros un valle muy bajo, que nos pareció estaba lleno de arboles, cubiertos de fruta, y por el qual pasaba un rio de agua dulce. La alegria nos habia hecho romper nuestra procesion para bajar á él, quando vimos un ciervo acabado de matar, que empezaba á devorar un tigre, el qual espantamos con nuestros gritos, y abandonò su presa. Habiendo bajado al valle, hicimos alli un gran banquete con la carne del ciervo, y las frutas que se presentaban en abundancia. Tambien cogimos muchos pescados, tanto con nuestra industria, como con el socorro de las aves de rapiña, que bajandose sobre el agua, y levantandose con un pescado en el pico, ò en las uñas, lo dejaban caer regularmente, quando las espantabamos con nuestros gritos.

Estos refrescos restablecieron algo nuestras fuerzas; y por muchos dias aumentò la experiencia nuestra habilidad para la pesca. El Sabado siguiente al amanecer creimos descubrir una Vela que se acercaba hàcia la Isla; pero estando el viento muy sereno, habia poca apariencia de que abordase á ella. Sin embargo, Faria nos hizo volver à la ribera en donde se habian estrellado nuestros Navios, y apenas estubimos media hora en ella, quando reconocimos que en realidad era una embarcacion. Despues de haber deliberado sobre nuestras esperanzas, tomamos la resolucion de entrar en un bosque inmediato, para ocultarnos de aquellos que al parecer se acercaban. Llegaron sin desconfianza, y los reconocimos por Chinos. Su embarcacion era una hermosa Lantea de remos, que amarraron con dos cables por la popa, y por la proa, para desembarcar mas facilmente por una tabla. Cerca de treinta personas que saltaron al instante sobre la arena, se emplearon en hacer su provision de agua, y de leña, y algunos se ocuparon tambien en guisar los alimentos, en luchar, y en otros exercicios. Viendolos Faria sin temor, y en desorden, juzgó que no habia quedado ninguno en el Navio que fuese capàz de resistirse à nosotros. Diònos sus ordenes, despues de habernos explicado su intencion; y en virtud de la señal en que habiamos quedado de acuerdo, nos encaminamos juntos hàcia la Lantea, en la que entramos sin oposicion alguna. Al instante se soltaron los dos cables, y mientras que los Chinos acudian á la ribera, sorprendidos con este suceso, tubimos lugar de alejarnos á tiro de ballesta. Aunque à esta distancia nos

MENDEZ PINTO.

que-

MENDEZ PINTO.

quedaſe poco temor, diſparamos ſobre ellos un falconete que ſe hallaba en la Lantea. Todos huyeron hàcia los boſques para llorar alli ſin duda ſu deſgracia, aſi como noſotros lo habiamos hecho por quince dias. (No ſerà inutil dar una idea de la gracioſa piedad de los Portugueſes en la exhortacion que hizo Faria à ſus gentes, y que refiere Pinto en la forma ſiguiente. ‘ Señores hermanos mios, bien veis, nos dijo, el triſte eſtado á que nos ha reducido nueſtra deſgracia. Confieſo que mis pecados ſon la cauſa de ello; pero la miſericordia de Dios es infinita: en ella pongo toda mi confianza, y no permitirà que perezcamos miſerablemente. Aunque ſea inutil repreſentaros quànto importa coger eſte Navio, que nueſtro Dios nos trahe por un milagro viſible, no dejo de deciroslo, á fin de que en el eſtado en que eſtais, con ſu ſanto nombre en la boca, y en el corazon, entremos juntos en el inſtrumento de nueſtra libertad, y que eſo ſea antes de poder ſer oidos; y os ruego que nadie pienſe mas que en apoderarſe primero de las armas que hallemos en èl, para ponernos en eſtado de defendernos bien, y quedar dueños del unico medio de nueſtro reſcate deſpues de Dios. Diré tres veces Jeſus, y haced al inſtante lo que me viereis hacer. ‘)

A bordo no habian dejado mas que un anciano con un niño de doce à trece años. Nueſtro primer cuidado fue regiſtrar las proviſiones, que ſe hallaron en abundancia. Deſpues de haber ſatisfecho nueſtro hambre, hicimos el inventario de las mercaderías, que conſiſtian en ſeda torcida, en damaſcos, y en raſos, cuyo valor aſcendia à quatro mil eſcudos; pero el arroz, la azucar, los jamones, y las gallinas nos parecieron la parte mas precioſa del botin, para el reſtablecimiento de nueſtros enfermos, que eran en muy grande numero. Del anciano ſupimos que la embarcacion, y ſu carga pertenecia al padre del niño, que acababa de comprar eſtas mercaderías en Quouaman, para irlas á vender à Combay, y que habiendo tenido neceſidad de hacer agua, ſu deſgracia le habia conducido á la Isla de los Ladrones. Faria procurò con ſus agaſajos conſolar al joven Chino, prometiendole tratarlo como à ſu propio hijo; pero fueron inutiles ſus esfuerzos, pues no hizo otra coſa que llorar, y manifeſtar deſprecio de ſus ofertas.

En un conſejo á que fueron convocados todos, tomamos la reſolucion de paſar á Liampo. Eſte Puerto de la China eſtaba apartado doſcientas ſeſenta leguas hàcia el Nord; pero eſperabamos, ſiguiendo la Coſta, apoderarnos de un Navio mas comodo, y mayor que el nueſtro, ó ſi la fortuna ſe obſtinaba en maltratarnos, nos ofrecia Liampo refugio en alguno de los Navios Portugueſes que ſe juntaban alli en eſta temporada. El

dia

dia ſiguiente deſcubrimos una Isleta nombrada Quintou, en donde cogimos en una Barca de Peſcadores mucho peſcado freſco, y ocho hombres para el ſervicio de nueſtra Lantea. MENDEZ PINTO.

Habiendonos acercado deſde alli hácia el rio de Chamoy, Faria, que no contaba con la Lantea para un viage largo, reſolviò apoderarſe de un Junco pequeño que vió ſolo al ancla. Eſta idea no le coſtò mas trabajo que el de paſar con veinte hombres, que hallaron ſiete ú ocho Marineros Chinos dormidos. Hizolos atar las manos, amenazandoles de matarlos ſi daban el menor grito; y ſaliendo del rio, condujo ſu preſa a Puloquirin, que no eſtá mas que nueve leguas de Chamoy. Tres dias deſpues paſó à Luxitay, cuyo ayre ſe le habia ponderado para el reſtablecimiento de ſus enfermos, y ſus comodidades para calafatear las dos embarcaciones. Habiendo gaſtado quince dias en la execucion de ſus ideas, gobernò hàcia Liampo.

El viento, y las mareas parece ſe unian en ſu favor, quando encontró un Junco de Patane, mandado por un Chino nombrado Quiay-Panjam, tan afecto à la Nacion Portugueſa, que mantenia à ſu ſueldo treinta Portugueſes eſcogidos, de los que ſe habia grangeado otros tantos amigos por ſus agaſajos, y beneficios. Eſte era, ademàs, un Corſario antiguo, que egercía hacía mucho tiempo el robo. La viſta de dos embarcaciones mas endebles que la ſuya, le diſpuſo á atacarlas, y ſu habilidad le hizo ganar el barlovento, y habiendoſe acercado à tiro de moſquete, las ſaludó con quince piezas de artillerìa. No obſtante la grande deſigualdad de las fuerzas, no pudo reſolverſe Faria á ceder; pero quando ſe preparaba al combate, uno de los ſuyos vió una cruz en la vandera de ſus enemigos, y ſobre el chapitél de ſu popa, muchos de los gorros encarnados que llevaban entonces los Portugueſes en ſus expediciones militares. Deſpues de eſte deſcubrimiento, algunas ſeñas que ſe hicieron ſe entendieron bien pronto. De una parte, y otra no ſe penſó mas que en prevenirſe con mueſtras de gozo, y amiſtad. Quiay Panjam, que era inclinado al fauſto, paſó al bordo de Faria, cuyo merito conocìa por la fama de ſus acciones, con un acompañamiento de veinte Portugueſes ricamente veſtidos, y regalos que ſe valuaron en dos mil ducados. Faria, en la miſeria à que le habia reducido ſu ſuerte, no pudo correſponder á eſta obſtentacion de riquezas; pero reduciendoſe à ſu nombre toda ſu grandeza preſente, contó ſus deſgracias con una ſencilléz noble, que cauſó mayor admiracion que la memoria de ſu fortuna. Deſpues de haber oido el Corſario ſus nuevas ideas, le ofreciò acompañarlo en todas ſus empreſas con cien hombres que tenia en ſu Junco, quince piezas de ar-

MENDEZ PINTO. artillería, y los treinta Portuguefes que fe habian agregado à fu fervicio ; fin otra condicion, que la de tomar la tercera parte del botin. Esta oferta fe admitiò, y no tubo dificultad Faria en obligarfe con promefa firmada de fu mano, que confirmó fobre los Santos Evangelios, y que fe firmó por los principales Portuguefes en calidad de testigos.

Al instante tomaron los dos Gefes la refolucion de entrar en el Rio de Anay, de que no estaban distantes mas que cinco leguas, para proveerfe alli de viveres, y municiones. Panjam habia ganado por medio de un tributo la proteccion del Gobernador. De alli era fu intencion pafar á Liampo ; pero Faria logrò junto á Anay una parte de las ventajas que fe habia propuesto en este rumbo, trayendo á fu fervicio treinta y feis foldados, que por medio de fus promefas formaron alguna confianza en fu fortuna. Alzaron velas, no obstante el viento contrario, que tubieron que vencer por cinco dias. El fexto por la tarde encontraron una Barca de Pefcadores, en la qual con grande admiracion fuya, hallaron ocho Portuguefes, todos muy heridos, y en el mas miferable estado. Faria los hizo pafar à fu bordo, en donde arrojandofe á fus pies, le contaron que hacía diez y fiete dias que habian partido de Liampo, para ir á Malaca ; que habiendofe acercado hasta la Isla de Sumbor, habian tenido la desgràcia de fer atacados por un Corfario Guzarate nombrado Coja-Acem, que tenia en tres Juncos, y quatro Lanteas, unos cien hombres Mahometanos como él ; que despues de un combate de tres horas, en el qual le habian quemado uno de fus Juncos, habian perdido finalmente fu Navio, y el valor de cien mil taels en mercaderías, con diez y ocho Portuguefes parientes, ú amigos fuyos, cuyo cautiverio les hacía tener en nada lo restante de fu desgracia, y aun la perdida de ochenta y feis hombres que componian fu tripulacion ; que por un milagro del Cielo, fe habian falvado en numero de diez en la mifma barca en donde los habiamos encontrado, y que de este numero habian muerto ya dos, de fus heridas.

Defpues de haber efcuchado esta relacion con admiracion, Faria, preocupado con fus ideas, les preguntó, fi el Corfario habia fido muy maltratado en el combate ; porque le parecia que habiendo perdido uno de fus Juncos, y debiendo estar el de los Portuguefes en gran deforden, era impofible que fus fuerzas no fe hubiefen difminuido mucho. Afeguraronle que la victoria habia costado cara à fu enemigo ; que en el incendio de fu Junco, la mayor parte de los foldados que montaban esta embarcacion, habian hallado la muerte en las olas, y que folo habia entrado en un rio inmediato para reparar fus pèrdidas. Entonces Faria fe pufo de rodillas con la cabeza defcubierta,

y

y levantadas las manos hàcia el Cielo, en el qual tenia puesta la vista. Diole gracias llorando, de haber traido á su enemigo à sus manos, y hizo oracion en estos terminos: ‘ Señor mio „ Jesu Cristo, mi Dios, que eres la verdadera esperanza de los „ que confian en tí, yo, el mayor de todos los pecadores, te rue- „ go humildemente en nombre de tus siervos que están aqui pre- „ sentes, cuyas almas has redimido con tu preciosa Sangre, que „ nos des fuerzas, y victoria contra este cruel enemigo, homici- „ da de tan grande numero de Portugueses. Con tu favor, y „ ayuda, y á honra y gloria de tu santo nombre, he resuelto „ buscarlo hasta lo ultimo del mundo, para que pague lo que „ debe á tus soldados, y à tus fieles siervos. ‘ Esta oracion fue tan viva, y eficáz, que comunicandose el mismo afecto à los que la oyeron, empezaron á gritar, à las armas, á las armas, como si el Corsario estubiese presente. Con este noble fervor alzaron al instante velas viento en popa, para volver à un Puerto que habian dejado ocho leguas atràs, y equiparse alli, sin escusar gastos, de todo lo que necesitaban para un combate mortal. Un regalo de mil ducados les hizo lograr del Gobernador; no solo el permiso de comprar toda especie de municiónes, sino tambien el de buscar dos Juncos grandes, que se trocaron por los de Faria, y alistar ciento y sesenta hombres para el gobierno de las velas. Todos los Voluntarios á quienes la esperanza del botin hizo ofrecer sus servicios, fueron recibidos, y pagados liberalmente. Quiay Panjam no escaseó sus tesoros, por lo qual en la revista general que se hizo antes de alzar ancoras, nos hallamos en numero de quinientos hombres, Soldados, ò Marineros, entre los quales habia noventa y cinco Portugueses.

Trece dias nos habian bastado para este terrible armamento, y partiendo en el mejor orden, llegamos tres despues à las Pesqueras en donde el Corsario habia cogido el Junco de nuestra Nacion. Algunas espias que se enviaron al rio, nos refirieron que estaba dos leguas de alli, en otro rio nombrado Tinlau, en donde hacía reparar el Junco Portugués. Faria hizo vestir à la Chinesca uno de sus mas valerosos, y prudentes soldados, con orden de acercarse en una Barca de Pescadores para observar el estado, y situacion de los enemigos. Al instante se supo que estaban sin desconfianza, y en tal desorden, que nos costaría poco trabajo abordarlos. Nuestros dos Gefes resolvieron ir á dar fondo por la noche, y empezar el ataque al amanecer á la embocadura del rio.

El Mar estubo tan sosegado, y el viento tan favorable, que Faria creyò deber aprovecharse de la obscuridad para adelantarse hasta la altura del Corsario. Esta maniobra tubo el exito que se habia esperado, y en el espacio de una hora llegamos à tiro

MENDEZ PINTO.

de arcabuz, sin haber sido vistos; pero los primeros rayos del dia, no tardaron en descubrirnos. Muchas centinelas que estaban esparcidas por las orillas del rio, tocaron al arma con campanas; y aunque la luz no permitiese todavia distinguir los objetos, se movió un ruido tan furioso entre los Corsarios que estaban en la ribera, y los que habian dejado guardando su flota, que nos fue casi imposible entendernos. Faria se aprovechò de este instante para saludarlos con toda nuestra artillería, lo que aumentò la confusion. Habiendo acabado de amanecer enteramente, mientras que se cargaban otra vez las piezas, y que los Corsarios nos observaban sobre sus puentes, mandò hacer otra descarga, que derribò un grande numero de ellos. Ciento y sesenta Mosqueteros que tenia dispuestos para tirar, no hicieron fuego con menos felicidad sobre los que habian entrado en las barcas para volver à sus Juncos. Este preludio parece les causó tanto espanto, que no salieron mas sobre las tillas. Entonces nuestros dos Juncos los abordaron con el mismo vigor. La refriega fue terrible, y se sostubo por mas de un quarto de hora, hasta la partida de quatro Lanteas que se destacaron de la ribera, para venir à socorrer à los Corsarios con gente de refresco. Al ver esto, un Portugués nombrado Diego Meyrelez que estaba en el Junco de Quiay Panjam, apartó á un Artillero, cuya ignorancia habia notado, y apuntó él mismo la pieza que estaba cargada à cartucho, pegandola fuego con tanta habilidad, que echò à pique la primera Lantea. Del mismo tiro muchas balas que pasaron por encima de la primera, mataron al Capitan de la segunda, y seis ó siete soldados que habia junto á él. Las otras se atemorizaron tanto con este espectaculo, que hacìan todos los esfuerzos para volver à tierra, quando dos barcas Portuguesas cargadas de ollas de fuego, se acercaron à tiempo para arrojarlas à ellas en muy grande numero, pegandolas fuego con una violencia, que las hizo quemar en un instante hasta la flor del agua. Los Corsarios se arrojaron al rio para evitar las llamas; pero fue en vano, porque hallaron en él la muerte á manos de nuestras gentes, que los mataban á cuchilladas. Perecieron doscientos en las quatro Lanteas, porque la que habia perdido su Capitan, habiendo caido bajo el Junco de Quiay-Panjam, no se salvó de ella sino un corto numero, que se arrojaron al agua. Los que peleaban en estos Juncos, apenas notaron la ruina de las Lanteas, quando empezaron á atemorizarse; y muchos no pensaron mas que en ponerse en salvo á nado; pero Coja-Acem, que no se habia manifestado todavia, acudiò entonces para alentarlos. Llevaba una cota de armas cubierta de planchas de hierro, forrada de raso carmesí, y guarnecida con un galon de oro. Su voz, que se oyò invocando á su Profeta, y haciendo

do imprecaciones contra nosotros, animó de tal modo á los mas timidos, que habiendose juntado, nos hicieron frente con admirable valor. Faria, cuyo animo se encendiò con esta resistencia, excitò el nuestro con estas palabras: 'Valerosos Christianos, , mientras que estos malvados tienen su confianza en su maldita , secta del diablo, fiemos nosotros en nuestro Señor Jesu Christo , puesto en la Cruz por nosotros, que no nos abandonarà por gran-, des pecadores que seamos, pues finalmente somos suyos, lo que , estos perros no; ' y precipitandose hàcia el Gefe de los Corsarios, que miraba como el objeto de su odio, le dió tan grande cuchillada sobre la cabeza, que hendió su gorro de malla. Esta cuchillada le derribó á sus pies, y dandole otra al instante en las piernas, le puso en estado de no poderse levantar. Nuestros enemigos, que vieron caer su Gefe, dieron un gran grito, y acometieron con tanto impetu á Faria, que por poco no lo derribaron; pero nosotros, estrechandonos al rededor de él, redoblamos nuestros esfuerzos para salvar una vida, en la qual cada uno de nosotros ponia la esperanza de la suya. El combate llegò á ser tan furioso, que en el espacio de medio quarto de hora, vimos caer sobre el cuerpo de Coja Acem quarenta y ocho de estos desesperados, y perdimos nosotros catorce Christianos, entre los quales tubimos la pesadumbre de contar cinco Portugueses. Entonces, empezando nuestros enemigos à perder animo, se retiraron en desorden hácia la proa, con la intencion de fortificarse en ella; pero Quiay-Panjam, que acababa de arruinar las Lanteas, se presentò delante de ellos para cortarles este retiro. De este modo, acosados por los dos lados con igual furia, no les quedò otro recurso que arrojarse al agua. Los nuestros, alentados con la victoria, y con el nombre de Jesu-Christo, que resonaba en todos los Juncos, acabaron de exterminarlos al paso que se precipitaban en las olas unos sobre otros. Ciento y cincuenta perecieron à sangre, y fuego, y la mayor parte de los otros se ahogaron en su fuga, ò fueron apaleados con los remos. Solo se cogieron cinco prisioneros, que se pusieron en el fondo del Navio, atados de pies, y manos, con la mira de sacar de ellos diferentes luces à fuerza de tormentos; pero se degollaron unos á otros con los dientes. El numero de nuestros muertos no ascendió mas que á cincuenta y dos, ocho de los quales eran de nuestra Nacion.

Despues de haber empleado parte del dia en enterrarlos, dió vuelta Faria à la Isla, para buscar en ella lo que pudiese haber pertenecido al Corsario. Descubrió en un valle muy agradable un Pueblo de veinte y dos casas, y mas allà, à la orilla de un arroyuelo, un Pagodo en donde Coja-Acem habia puesto sus enfermos, y á donde habian determinado retirarse los que se ha-

bian libertado de las olas. A vista de Faria, que conocieron desde lejos, le diputaron algunos de ellos para implorar su misericordia; pero no dando oidos á sus suplicas, respondiò, que no podia perdonar á los que habian asesinado tantos Christianos. Estos miserables llegaban al numero de noventa y seis. Pegamos fuego á seis, ó siete parages del Pagodo, que componiendose solo de madera seca, y estando cubierto de hojas de palma, se redujo bien pronto á ceniza. Acosados los Corsarios con las llamas, y el humo, dieron gritos compasivos, y algunos se precipitaron desde lo alto de las ventanas; pero fueron recibidos sobre las puntas de nuestras picas, y dardos, y tubimos la satisfaccion de saciar nuestra venganza.

El Junco que habia quitado el Corsario hacìa pocos dias à los Portugueses de Liampo, se les restituyó con todas sus mercaderías, lo que no impidiò que lo restante del botin ascendiese á ciento treinta mil taels. (La mezcla de piedad, de venganza, y de codicia por el saqueo, que pone el Autor en sus relaciones, tiene siempre alguna cosa divertida. Aqui hace mencion de lo que Faria habló, que fue en estos terminos: ' Amigos mios, dijo á los Portugueses de Liampo, por amor de nuestros hermanos, y compañeros, tanto vivos como difuntos, à quienes vuestro Junco ha costado tanta sangre, os hago donacion de todo esto, como Christiano que soy, para que nuestro Señor nos reciba en su santo Reyno, y se digne concedernos en esta vida la abolicion de todos nuestros pecados, y la bienaventuranza en la otra, como espero que la ha dado ya à los que han muerto hoy, como buenos y fieles Christianos, por la santa Fé Catholica.) ' Veinte y quatro dias pasamos en el rio de Tinlau para curar nuestros heridos. Faria tambien necesitaba de este descanso, pues habia recibido tres heridas peligrosas, de que no habia querido hacerse curar, por haber puesto su primer cuidado en atender al bien comun, y de las quales le costò mucho trabajo restablecerse; pero su valor infatigable se ocupò en este intermedio en el proyecto de otra expedicion, que habia comunicado á Quiay Panjam, y que solo dilataba hasta la primavera. Proponiase volver al canal de la Cochinchina, para acercarse á las minas de Quanjaparu, donde habiamos sabido que se sacaba mucha plata, y que habia entonces en la orilla del rio seis casas llenas de barras.

Alzamos ancoras para acercarnos hàcia la Punta de Micuy, á veinte y seis leguas de latitud del Nord, de donde teniamos intencion de pasar al instante á Liampo. Una borrasca del Nord-Ouest, que nos sorprendiò à esta altura, expuso à riesgo toda la flota. El mas pequeño de nuestros Juncos, mandado por Nuño Prieto, pereció con siete Portugueses, y otros cincuenta

Christianos. El de Faria, que era el mayor, y en el qual habiamos recogido nuestras mas preciosas mercaderías, no evitò la misma suerte, sino arrojando al agua muchas riquezas, y aquellos á quienes encargó este triste sacrificio, pusieron tan poco cuidado en la eleccion, que arrojaron al Mar dos cajones grandes llenos de barras de plata; pero nada causó mas afliccion á Faria que la pérdida de una Lantea que se habia estrellado sobre la Costa, y en la qual habia cinco Portuguéses que habian sido cogidos para la esclavitud por los habitantes de una Ciudad inmediata. Mientras que se mostraba insensible à la ruina de su fortuna, (cuya desgracia costò la vida á mas de cien personas, entre las quales habia once Portuguéses, y la perdida en dinero, en mercaderìas, joyas, artillería, viveres, y municiones, se valuò en mas de cien mil ducados) no podia consolarse de ver cinco hombres de su Nacion en la miseria. Todo su cuidado después de la tormenta, se dirigió á socorrerlos, y luego que supo que la Ciudad á donde habian sido conducidos, se nombraba Nouday, y que no estaba apartada de la ribera, prometió al Cielo emplear su vida para restituirles la libertad.

Lo restante de sus fuerzas consistia en tres Juncos, con una sola Lantea. No tubo dificultad de entrar en el rio de Nouday, en donde diò fondo al anochecer. Dos barcas pequeñas, que tienen en esta Costa el nombre de Balones, fueron empleadas en sondear el fondo, con orden de tomar informes sobre la situacion de la Ciudad. Trajeronle ocho hombres, y dos mugeres de que se habian apoderado, y que se miraron al instante como rehenes suficientes para la seguridad de los cinco Portuguéses; pero la confianza se disminuyó mucho, quando estos diez prisioneros declararon que los Portuguéses cautivos, eran tenidos en la Ciudad por ladrones, que habian causado diferentes estragos en las Costas, y que estaban condenados al suplicio. Faria, lleno de una viva inquietud, escribiò à toda priesa al Mandarin una carta politica, acompañandola de un regalo de doscientos ducados, que le pareciò un rescate competente; y encargando esta comision á dos de los prisioneros, retubo á bordo los otros nueve. La respuesta que recibió el dia siguiente à la espalda de su carta, era breve y orgullosa: ‘ Venga tu boca á presentarse à mis pies, y despues de haberte oido te haré justicia. ‘ Faria comprehendiò que el exito de su empresa era muy dudoso; y despreciando toda idea de violencia, hasta haber tanteado los medios de humanidad, y los motivos del interés, ofreció por medio de una diputacion hasta la cantidad de dos mil taels. En su segunda carta, se apropiaba el titulo de Mercader Estrangero, Portuguès de Nacion, que iba à Liampo à exercer el comercio, y que estaba resuelto á pagar fielmente los derechos. Añadia, ‘ que estando aliado el Rey

de

MENDEZ PINTO.

,, de Portugal, ſu Señor, con una amiſtad fraterna con el Rey de ,, la China, eſperaba el miſmo favor, y juſticia que recibian los ,, Chinos conſtantemente en las Ciudades Portugueſas de las ,, Indias. ' Eſta comparacion de los dos Reyes chocó tanto al Mandarin, que ſin obſervar el Derecho de las Gentes, mandó azotar cruelmente á los que le habian traido la carta, no ſiendo menos provocativos los terminos de ſu reſpueſta (Eſta reſpueſta oriental no debe ſuprimirſe: ' Hediondo cuerpo, nacido de moſ- ,, cas corrompidas en algun peſtilente albañal que nunca ſe ha lim- ,, piado, quièn puede haber dado á tu baxeza la audacia de tocar ,, à las coſas del Cielo? He hecho leer tu Memorial, por el qual ,, me ruegas, como á tu Señor, tenga piedad de tí, que eres ,, un miſerable. Mi generoſidad, y grandeza eſtaban ya caſi ſa- ,, tisfechas con el vil regalo que me ofrecias, y me hallaba al- ,, go inclinado à concederte tu ſúplica; pero mis oidos ſe han ,, ofendido con la horrible blasfemia de tu arrogancia, que te ,, hace nombrar à tu Rey hermano del hijo del Sol, y del Leon ,, coronado en el trono del Mundo, baxo cuyos pies eſtàn todas ,, las Coronas de los que gobiernan la tierra, y cuyas riquiſimas ,, ſandalias tienen cetros por corchetes. Sabe, pues, que tu carta la ,, he mandado quemar, y que tu delito te hace digno del miſmo ,, caſtigo. De eſte modo te mando alzes velas inmediatamente, ,, para que el Mar que te ſoſtiene no ſe contagie, y ſea maldi- ,, to. ') Faria, tan movido de la colera, como de ſus promeſas, reſolvió finalmente atacar la Ciudad. Paſó reviſta à ſus ſoldados, que aſcendian todavia al numero de treſcientos, y habiendoſe acercado el dia ſiguiente por el rio haſta la viſta de las murallas, dió alli fondo, deſpues de haber enarbolado el Pavellon Mercante à la moda de los Chinos, para eſcuſar nuevas explicaciones. Sin embargo, la duda del exito le hizo eſcribir tercera carta al Mandarin, en la qual, fingiendo no tener ningun motivo de queja, renovaba la oferta de una grande cantidad, y de una amiſtad perpetua; pero el deſgraciado Chino que habia empleado para eſta diputacion, fue muy maltratado, y enviado con nuevos inſultos. Entonces bajamos á la ribera; y marchando hácia la Ciudad, ſin atemorizarnos con un tropél de gente, que hacía tremolar muchos eſtandartes ſobre las murallas, y que al parecer nos deſafiaba con ſus gritos, no eſtabamos mas que á doſcientos paſos de las puertas, quando vimos ſalir mil, ó mil y doſcientos hombres á caballo, que intentaron eſcaramuzear al rededor de noſotros, con la eſperanza, ſin duda, de cauſarnos eſpanto; pero viendonos acercar ſin temor, ſe juntaron en un cuerpo entre noſotros, y la Ciudad. Nueſtros Juncos tenian orden de hacer jugar la artillería á una ſeñal que habia de darles Faria. Luego que vió al enemigo en eſta poſtura, mandó diſ-

pa-

parar á un tiempo ſus Moſqueteros, y Juncos, y con ſolo el ruido cayò una parte de eſta terrible Caballería. Noſotros continuamos marchando, mientras que unos huian hàcia el puente de la Ciudad, en donde ſe hallaban muy embarazados para paſar, y los otros ſe eſparcian por los campos vecinos. Los que hallamos todavia en apretura junto al puente, padecieron una deſcarga de nueſtra moſquetería, que maltratò al mayor numero, ſin que ninguno ſe atreviese á echar mano à la eſpada (El Autor dice expreſamente que perecieron treſcientos.) Acercabamonos à la puerta en extremo admirados de verla tan mal defendida; pero encontramos en ella al Mandarin, que ſalia à la frente de ſeiſcientos hombres de Infantería, montado ſobre un hermoſiſimo caballo, y veſtido de una coraza. Hizonos frente con baſtante vigor, y ſu exemplo animaba á ſus gentes, quando un arcabuzazo diſparado por uno de nueſtros criados, le hirió en medio del eſtomago. Su caida eſparciò tanta conſternacion entre los Chinos, que no penſando cada uno mas que en huir, ſin tener la prevencion de cerrar las puertas, los echamos delante de noſotros á lanzadas, como un rebaño de ganado. En eſte deſorden corrieron á lo largo de una calle grande, que conducia hàcia otra puerta, por donde los vimos ſalir ſin quedar alguno. Faria tubo la prudencia de dejar alli parte de ſu tropa, para ponerſe à cubierto de toda eſpecie de ſorpreſa, mientras que haciendoſe conducir à la carcel, fue á librar por ſus propias manos à los cinco Portugueſes, que ſolo aguardaban la muerte. Habiendonos juntado deſpues todos, y haciendo juicio del eſpanto de nueſtros enemigos, por la quietud que reynaba al rededor de las murallas, nos concediò media hora para el ſaqueo, cuyo tiempo ſe aprovechò tan bien, que el menor de nueſtros ſoldados ſalió cargado de riquezas. Algunos trajeron muy hermoſas doncellas atadas de quatro en quatro con las mechas de nueſtros moſquetes. (Aqui es de creer, aunque Pinto no lo expreſa, que la mayor parte de los habitantes ſe habian ſalido mientras el combate.) Finalmente, pudiendo la noche exponernos à algun deſaſtre, hizo Faria pegar fuego à la Ciudad, que ſiendo de pino abeto, y de otra madera tan facil de conſumir, prendiò al inſtante la llama, con cuya luz nos retiramos pacificamente en nueſtros Juncos.

Deſpues de tan glorioſa expedicion, tomò Faria dos partidos, que honran tanto ſu conducta, como ſus hazañas á ſu valor: el uno, coger todas las proviſiones que pudieſemos encontrar en los Pueblos que cercan el rio, porque era de temer que ſe nos negaſen en todos los Puertos, y el otro ir à paſar el invierno á una Isla deſierta nombrada Pulo Hindor, en donde la rada, y agua ſon excelentes; porque no podiamos ir en de-

re-

MENDEZ PINTO.

rechura à Liampo, sin causar mucho perjuicio á los Portugueses que venian à invernar apaciblemente en este Puerto con sus mercaderías. El primero de estos dos proyectos se executò el dia siguiente; pero el segundo se retardò por un obstaculo que fue para nosotros nuevo motivo de riqueza, y de gloria. Entre las Islas de Comolen, y la tierra, fuimos atacados por un Corsario nombrado Premata Gundel, enemigo conjurado de nuestra Nacion, que teniendonos, sin embargo, por Chinos, habia contado con una victoria facil. Este combate, en que cogimos uno de sus Juncos, nos valió ochenta mil taels; pero costò la vida à muchos de los nuestros, y Faria recibió en èl tres heridas de peligro. Retiramonos á la Isla de Buncalon, que no estaba mas que tres, ò quatro leguas hàcia el Ouest, y pasamos allí diez y ocho dias, durante los quales se restablecieron felizmente todos nuestros heridos.

Siempre teniamos la idea de ir á pasar el invierno en Pulo-Hinhor; pero Antonio Henriquez, y Mem Taborda, dos de los Portugueses de Liampo, que no nos habian dejado todavia desde que Faria les habia restituido su Junco, le propusieron fuese primero à los Puertos de Liampo, que son dos Islas, una enfrente de otra, apartadas de la Costa unas tres leguas. Con el reconocimiento que tenian à su libertador, en el qual creían les acompañarìan todos los Portugueses de la misma Ciudad, que tenian parte en las ricas mercaderías de su Junco, querian tantear quàl sería la disposicion de los Chinos para con un Campeon valeroso que les hàbia hecho mas servicio con la destruccion de tan grande numero de Corsarios, que perjuicio con la ruina de Nouday; ademàs que era factible que este suceso se ignorase en Liampo. Henriquez, y Taborda se lisonjeaban á lo menos que con el credito que tenian en esta Ciudad, podrian ganar en favor de Faria à los principales Mandarines, que se interesarían poco en lo que habia pasado en una Provincia apartada de ellos.

Faria y Quiay Panjam entraron con tanto mas gusto en esta idea, quanto necesitaban de diferentes socorros, que no pòdian esperar en una Isla desierta. Determinaronse à gobernar hàcia los Puertos de Liampo, y en seis dias de una feliz navegacion, llegamos al canal que hay entre estas dos Islas, cuya anchura es de dos tiros de arcabuz. En él se hallan veinte y cinco brazas de fondo, y muchos canales en donde el anclage es excelente, con un hermoso rio de agua dulce, que naciendo en una montaña, atraviesa bosques muy espesos de cedros, de encinas, y de pinos abetos. Los mastiles, las antenas, y las tablas no cuestan aqui mas que el trabajo de cortarlas. Luego que Faria dió fondo, se separó de él el Junco Portugués para pasar á la Ciudad. Habia acordado con Henriquez, y Taborda, que si

ſi los Portugueſes de Liampo no aprobaban ſu llegada, alzaría velas al inſtante hàcia Pulo Hinhor; y eſtendiendo mas todavia ſu politica, les eſcribiò dandoles cuenta del exito de ſus correrias, y conſultandoles ſobre ſu ſituacion.

Su Nacion tenia entonces en eſta Ciudad igual eſtablecimiento al que deſpues hizo en Macao, eſto es, que habiendo logrado el permiſo de exercer alli el comercio, gozaba de entera quietud bajo la proteccion de las Leyes. En el barrio Portugués habia yá mas de mil caſas, que eran gobernadas por Regidores, Auditores, Conſules, y Jueces, con tanta confianza, y ſeguridad como en Lisboa.

Creyendo Henriquez, y Taborda intereſada ſu honra en el exito de ſu empreſa, juntaron los principales habitantes al toque de una campana, en la Igleſia de nueſtra Señora de la Concepcion, en donde hicieron la relacion de ſu aventura, en la qual movió à admiracion la generoſidad de Faria. En el primer impulſo del reconocimiento público, ſe le dió una reſpueſta firmada de todos los concurrentes, no ſolo dandole gracias por haber ſalvado à la Colonia una gran parte de ſus riquezas, y haberlas reſtituido tan generoſamente, ſino inſtandole que vinieſe à recibir á Liampo el elogio, y premio de accion tan heroyca. En quanto á los rezelos que podian quedarle por lo tocante à la expedicion de Nouday, era cierto que eſta noticia habia ſido famoſa; pero el Imperio Chino eſtaba perturbado con tantas guerras inteſtinas entre muchos Principes que pretendian la Corona, y tan ſobreſaltado por parte de los Tartaros, que ſe acercaban con un Exercito de novecientos mil hombres, que nada habia que temer del Gobierno aun quando hubieſe arraſado la Ciudad de Canton, y mucho menos por la ruina de Nouday, que no era mas conſiderable en la China, en comparacion de las Ciudades grandes, que Eyras en Portugal, reſpecto de Lisboa. Finalmente, reſpondiendole de la ſeguridad á coſta de ſu vida, y hacienda, le ſuplicaban ſe quedaſe al ancla por eſpacio de ſeis dias, para darles tiempo de cumplir ſus obligaciones. Eſta carta, de que encargaron á uno de ſus principales Oficiales, fue acompañada de toda eſpecie de refreſcos, y de dos Lanteas, que habian de traer á tierra los heridos, y enfermos.

Aunque la modeſtia de Faria le haga tener en mucho menos ſus ſervicios, ſe moſtró muy agradecido à la eſtimacion de ſu Nacion, particularmente quando en los ſeis dias que ſe le habian pedido, viò llegar á la flota todos los Portugueſes diſtinguidos de la Ciudad, con regalos conſiderables, y las miſmas mueſtras de reſpeto, que hubieran podido manifeſtar á ſu propio Rey. Alojóſe à los enfermos en las caſas mas ricas, y ſe les trató con toda grandeza, y magnificencia; pero eſto ſolo era

MENDEZ PINTO.

preludio de las honras que se le prevenian. El sexto dia, que habia esperado con impaciencia, porque ignoraba el motivo de esta tardanza, una flota compuesta de Barcas, cubiertas de telas preciosas, vino à buscarlo al ruido de varios instrumentos, y lo condujo como en triunfo al Puerto de la Ciudad, en donde fue recibido con una pompa, que sorprendiò á los Chinos; y esta fiesta duró muchos dias. (El Autor emplea quince, ò diez y seis paginas en describirla; pero se cree advertir, que ademàs de la intencion de manifestar su reconocimiento á Faria, tenian los Portugueses de Liampo la de hacer formar à los Chinos una alta idea de la grandeza de su Nacion. ‘Los Mercaderes Chi- , nos, dice Pinto, estaban tan admirados, que nos pregunta- , ban, si este hombre à quien se hacía tanta honra, y tan buen , recibimiento, era hermano, ò pariente de nuestro Rey. No- , sotros les respondiamos, que su padre herraba los caballos , que montaba el Rey de Portugal; que esta razon nos hacía , rendir todos estos honores al hijo; y que todos, mientras que , estubiesemos en Liampo, no sabiamos si podiamos ser sus , criados, ó aun servirle de esclavos. Teniendo por verdaderas , estas palabras, se miraban unos à otros con admiracion, y , decian entre sí: ciertamente que hay grandes Reyes en el , Mundo, de que nuestros Historiadores nunca han tenido co- , nocimiento, y el de Portugal es sin duda el mayor.’)

Despues de haber pasado este tiempo en alegria, regocijo, y admiracion, era su animo volver á bordo; pero se le obligó á admitir una de las mejores casas de la Ciudad, en donde por cinco meses enteros se le trató con la misma consideracion.

§. III.

Expedicion singular de la Isla de Calempluy.

PReocupado siempre Faria con la expedicion de las minas de Quanjaparu, habiamos empleado este tiempo en los preparativos, y la estacion empezaba á apresurar nuestra partida, quando en pocos dias muriò Quiay Panjam, de una enfermedad. Faria parece sintió mucho la pèrdida de un hombre que habia juzgado digno de su amistad, la qual le hizo dar oidos á los consejos de los principales Portugueses, que le disuadieron de la empresa de las minas. Publicabase que este Pais estaba desolado con las guerras de los Reyes de Chamnay, y de Champa, por cuya razon habia poca esperanza de que los tesoros que se proponia coger, hubiesen sido respetados. Un Corsario nombrado Similau, amigo de los Portugueses,

á quien su qualidad de Chino no habia impedido exercer por mucho tiempo sus robos contra su propia Nacion, y que habia venido à gozar de su fortuna en Liampo, le contó maravillas de una Isla nombrada Calempluy, en donde le asegurò que diez y siete Reyes de la China estaban sepultados en sepulcros de oro. Hizole una pintura tan buena de los Idolos del mismo metal, y de una infinidad de otros tesoros que los Monarcas Chinos habian juntado en esta Isla, que habiendose ofrecido á servirle de Piloto, le determinó facilmente à tantear tan grande aventura. Aunque sus mayores amigos le representaron el riesgo, fue en vano, porque la guerra que ocupaba à los Chinos le pareciò tiempo favorable. Similau le aconsejò abandonase sus Juncos, que eran de bordo muy alto, y demasiado descubiertos para resistir á las corrientes del Golfo de Nanquin: ademàs, que este Corsario no queria, ni muchos Navios, ni muchos hombres, por miedo de hacerse sospechoso, ó de ser reconocido en unos rios muy frecuentados. Hizole tomar dos Panoures, que son una especie de Galeotas, pero un poco mas elevadas. La tripulacion se redujo à cincuenta y seis Portugueses, quarenta y ocho Marineros, y quarenta y dos esclavos, con un Sacerdote para decir Misa.

Al primer viento que tubo Similau por favorable, dejamos el Puerto de Liampo el Lunes 14. de Mayo de 1541. Lo restante del dia, y la noche siguiente se emplearon en salir de las Islas de Angitur; y entramos en Mares en que los Portugueses no habian penetrado todavia. El viento continuò favoreciendonos hasta el canal de las Pesqueras de Nanquin, desde donde atravesamos un Golfo de quarenta leguas, y descubrimos una montaña alta que se nombra Nangaso, hàcia la qual, tirando al Nord, nos acercamos todavia por muchos dias. Las mareas que eran muy gruesas, y la mudanza del viento, obligaron à Similau á entrar en un riachuelo cuyas margenes estaban habitadas por hombres muy blancos, y de buena estatura, que tenian los ojos pequeños como los Chinos, pero que se les parecian poco en el trage, y lengua. No pudimos tener ninguna comunicacion con ellos, aunque se acercaban en grande numero à la orilla del rio, desde donde al parecer nos amenazaban con horrorosos ahullidos. Permitiendonos el tiempo, y el Mar hacernos à la vela, Similau, cuyas decisiones eran todas respetadas, alzò ancoras al instante para gobernar al Est Nord Est. Por siete dias no perdimos de vista la tierra, y despues atravesando otro Golfo al Est, entramos en un estrecho de diez leguas de ancho, y continuamos todavia cinco dias navegando, sin dejar de ver un grande numero de Ciudades, y Pueblos. En estos parages se nos presentaban tambien muchos Navios. Empe-

MENDEZ PINTO.

pezando Faria á temer ser descubierto, parece estaba dudoso si debia seguir tan peligroso rumbo. Similau, que notó su inquietud, le representó que no debia haber formado una idea de tal importancia, sin haber pensado los peligros; que él mismo los conocía, y que los mayores le amenazaban á él, que era Chino, y Piloto; de donde debiamos inferir, que además de su inclinacion, estaba obligado á sernos fiel; que es cierto que podiamos tomar rumbo mas seguro; pero que era mucho mas largo; que dejaba á nuestro arbitrio la decision, y que à la menor insinuacion no tendria dificultad de volver á Liampo. Faria le agradeciò esta libertad, le abrazò muchas veces, y haciendole explicarse sobre este rumbo, que tenia por mas largo, supo de él, que ciento sesenta leguas mas allà hácia el Nord, podriamos hallar un rio bastante ancho que se nombraba Sum-hepadano, en el qual nada habia que temer, porque era poco frecuentado; pero que este rodeo nos retardaría un mes entero. En virtud de esta explicacion pasamos à deliberar, y Faria parece fue el primero que estubiese dispuesto á preferir la tardanza al peligro. Similau recibió orden de buscar el rio que conocia al Nord.

Salimos del Golfo de Nanquin, y por espacio de cinco dias, seguimos una Costa bastante desierta. Al sexto descubrimos al Est una montaña muy alta, cuyo nombre nos dijo Similau que era Fanjus. Habiendo llegado muy cerca de ella, entramos en un hermoso Puerto, en el qual, que se estiende en forma de media luna, pueden caber dos mil Navios á cubierto de toda especie de borrasca. Faria bajò á la ribera con diez, ó doce soldados; pero no halló á nadie que pudiese darle la menor luz sobre su rumbo. Renaciendo su inquietud con sus dudas, hizo nuevas preguntas à Similau sobre una empresa que empezabamos à tratar de temeraria. ‘Señor Capitan, le dijo, este atrevido Corsario, si tubiese alguna cosa mas preciosa que, mi cabeza, os la obligaría con gusto. El viage que me lisonjéo de haberos hecho emprender, es tan seguro para mì, que, no hubiera tenido dificultad de daros mis propios hijos, si hubieseis pedido esta fianza. Sin embargo, os declàro tambien, que, si las razones de vuestras gentes son capaces de inspiraros alguna desconfianza, estoy pronto á seguir vuestras ordenes; pero, despues de haber formado tan grande idea, sería indigno de vos renunciar á ella; y si el efecto no corresponde á mis promesas, mi castigo està en vuestras manos.‘

(Como particularmente en estas harengas del Autor se han fundado algunas dudas de su buena fé, se dejan aqui varias, para tener ocasion de notar que no se halla en ellas cosa contraria á la verdad. No es necesario suponer que haya querido re-

fe-

ferir los mifmos terminos, pues efta es la fuftancia, que puede haber recapacitado facilmente en fu memoria.)

Eftas expreſiones eran tan á propoſito para hacer impreſion en Faria, que prometiendo entregarfe á la conducta del Corfario, amenazò con caftigo á los que le inquietafen con fus chismes. Hìcimonos otra vez al Mar, y en trece dias de una navegacion baftante apacible, durante los quales no perdimos de vifta la tierra, llegamos á un Puerto nombrado Buxipalem, à quarenta y nueve grados de altura. Efte clima nos pareció un poco frio, y aqui vimos pefcados, y culebras de tan extraordinaria figura, que todavia me caufa efpanto el acordarme. Similau, que habia andado ya todos eftos lugares, nos hizo pinturas increibles de lo que habia vifto, y oido por la noche, particularmente en las lunas llenas de Noviembre, Diciembre, y Enero, que fon los tiempos de las tormentas grandes, y verificamos por nofotros mifmos parte de las maravillas que nos habia contado. En efte Mar vimos rayas, á las quales nombramos Peyxes mantas, que tenian mas de quatro brazas de circunferencia, y el hocico de buey. Otras vimos parecidas à los lagartos grandes, mas chicas, y mas cortas que las otras, pero manchadas de verde, y negro, con tres carreras de efpinas muy puntiagudas fobre el lomo, del gruefo de una flecha. Algunas veces fe herizan como puercos efpines, y fu hocico, que es muy puntiagudo, eftà armado con una efpecie de garfios de unos dos palmos de largo, que nombran los Chinos Puchifucoens, y que fe parecen à los colmillos del javalí. Otros pefcados que vimos, tienen el cuerpo enteramente negro, y de un prodigiofo tamaño. Por dos noches que pafamos al ancla, fuimos continuamente atemorizados con la vifta de las ballenas, y de las culebras que fe prefentaban al rededor de nofotros, y con los relinchos de una infinidad de caballos marinos de que eftaba poblada la ribera. A efte lugar dimos el nombre de Rio de las culebras. Quince leguas mas allá, nos hizo entrar Similau en una bahia mucho mas buena, y mas profunda, que fe nombra Calindamo, cercada de montañas muy altas, y de efpefas felvas, por medio de las quales fe ven bajar muchos arroyuelos, que defaguan en quatro rios grandes que entran en la bahia. Similau nos dijo, que fegun las Hiftorias Chinas, dos de eftos rios nacen en un lago grande nombrado Mofcombia, y los otros dos en una Provincia llamada Alimania, cuyas montañas eftan cafi cubiertas de nieve.

En uno de eftos rios, nombrado Paatebenam, habiamos de entrar, fiendo precifo dirigir nueftro rumbo al Eft, para volver hàcia el Puerto de Nanquin, que habiamos dejado detràs de nofotros à dofcientas fefenta leguas; porque en efta diftancia habia-

MENDEZ PINTO.

biamos multiplicado nuestra altura mucho mas allà de la Isla que buscabamos. Similau, que notó nuestra pesadumbre, nos hizo presente, que este rodeo nos habia parecido necesario à nuestra seguridad. Preguntòsele quànto tiempo emplearía en volver hasta el canal de Nanquin por este rio. Respondió que no necesitabamos mas que catorce, ò quince dias, y que cinco despues nos prometia hacer abordar à la Isla de Calempluy, en donde hallaríamos finalmente el premio de nuestros afanes, y trabajos. A la entrada de un rumbo nuevo, que nos introducia muy lejos en tierras desconocidas, hizo Faria disponer la Artillería, y todo lo que juzgó conveniente para nuestra defensa. (Mandò predicar un Sermon à Diego Laboto, Sacerdote de la tripulacion, para excitar el valor de sus gentes. Cantóse con mucha devocion la Salve, delante de una Imagen de nuestra Señora, y todos los soldados prometieron hacer el viage con la confianza que tenian en el Cielo, y en su Gefe. El Autor repite à menudo, que estaban muy espantados; pero la esperanza del saqueo, y la piedad fueron suficientes para sostenerlos. Invocaban llorando, y de lo intimo del corazon, el socorro de aquel Supremo Señor, que està sentado à la diestra de su Padre Eterno.) Despues entramos en la embocadura del rio con el socorro de los remos, y de las velas. Al otro dia llegamos al pie de una montaña muy alta nombrada Botinafau, de donde caían muchos arroyuelos de agua dulce. Por seis dias que empleamos en costearla, vimos un grande numero de fieras, que no parece se atemorizaban con nuestros gritos. Esta montaña no tiene menos de quarenta, ó cincuenta leguas de largo, y à ella se sigue otra nombrada Gangitanou, que no nos pareciò menos llena de animales feroces. Todo este Pais está cubierto de selvas tan espesas, que el Sol no puede comunicar en ellas sus rayos ni su calor. Similau nos aseguró sin embargo, que estaba habitado por Pueblos disformes, nombrados Gigohos, que solo se mantenian con su caza, y con el arroz que los Mercaderes Chinos les trahian en trueque de sus pieles. Añadiò que se compraban de ellos cada año mas de doscientas mil, por las quales se pagaban derechos considerables en las Aduanas de Pocaser, y de Lantau, sin contar las que los mismos Gigohos emplean para cubrirse, y entapizar sus casas. Faria, que no perdia ninguna ocasion de verificar las relaciones de Similau, para confirmarse en la opinion que tenia de su buena fè, le instó le hiciese ver algunos de estos disformes habitantes, cuya fealdad exageraba. Esta proposicion parece le causaba algun embarazo. Sin embargo, despues de haber respondido à los que trataban de fabulosos sus discursos, que su inquietud solo nacía de la inclinacion feroz de es-

tos

tos Barbaros, prometió à Faria satisfacer su curiosidad, con la condicion que no bajase á tierra, como le movia à ello regularmente su valor. El Corsario estaba tan interesado en la conservacion de Faria, como éste en la suya. Creíanse necesarios uno à otro, el uno para evitar los malos tratamientos de la tripulacion, que le acusaba de habernos expuesto à peligros invencibles, y el otro para manejarse en una empresa incierta en donde toda su confianza estaba en su guia.

No dejabamos de adelantar à remo, y vela entre montañas muy escarpadas, y arboles muy espesos, aturdidos frecuentemente con el ruido de tan grande numero de lobos, zorros, javalíes, ciervos, y otros animales, que nos costaba trabajo el entendernos. Finalmente, detrás de una punta que cortaba la corriente del agua, se nos presentò un joven, que guiaba delante de sí seis ó siete bacas. Hicieronsele algunas señas, en virtud de las quales no tubo dificultad de detenerse. Accercamonos á la ribera enseñandole una pieza de tafetan verde, por consejo de Similau, que conocia la inclinacion de los Gigohos à este color. Preguntòsele por otras señas si queria comprarla, y entendia tan poco el Chino, como el Portuguès. Faria le hizo dar algunas varas de la misma pieza, y seis vasijas pequeñas de porcelana, con lo que se mostrò tan contento, que sin manifestar inquietud, ni cuidar mas de sus bacas, se encaminó al instante hàcia el bosque. Un quarto de hora despues volviò con mas libertad, trayendo al hombro un ciervo vivo. Ocho hombres, y cinco mugeres que le acompañaban, trahian tres bacas atadas, y caminaban danzando al són de un tambor, sobre el qual daban cinco golpes á ratos. Su vestido eran diferentes pieles, que les dejaban descubiertos los pies, y los brazos, con sola la diferencia en las mugeres, que llevaban al medio del brazo brazaletes grandes de estaño, y que tenian los cabellos mucho mas largos que los hombres. Estos iban armados de palos grandes, quemados por las puntas, y guarnecidos hasta el medio, de las mismas pieles de que iban vestidos. Todos tenian el rostro feroz, los labios guesos, la naríz chata, las ventanas anchas, y la estatura alta. Faria les hizo diferentes regalos, por los quales nos dejaron tres bacas, y su ciervo. (Para hallar alguna verisimilitud en esta relacion, es preciso suponer, que del rio de Paurebam hizo pasar Similau las dos embarcaciones à algun otro rio, ó canal de comunicacion, que se hallan en muy grande numero en la China.) Apartamonos de la orilla; pero no dejaron de seguirnos por ella el espacio de tres dias.

Despues de haber andado unas quarenta leguas por este Paìs barbaro, continuamos navegando diez y seis dias, sin descubrir ninguna otra señal de habitacion, que algunas hogueras que

veia-

MENDEZ PINTO.

veiamos por la noche. Finalmente llegamos al Canal de Nanquin, menos pronto á la verdad que nos lo habia prometido Similau, pero con la misma esperanza de vernos dentro de pocos dias en el termino de nuestros deseos. Hizo presente à todos los Portugueses, la necesidad de no manifestarse à los Chinos, que nunca habian visto Estrangeros en estos lugares, y seguimos un consejo cuya importancia reconocimos, mientras que con los Marineros de su Nacion, estaba pronto á dar las noticias que se le pudieran pedir. Propuso tambien gobernar por medio del canal, mas bien que seguir las Costas, en donde descubrimos un grande numero de Lanteas. Por seis dias nos conformamos con sus intenciones, y al septimo descubrimos delante de nosotros una Ciudad grande nombrada Sileupemor, cuya Habra habiamos de atravesar para entrar en el rio. Habiendonos encargado mas que nunca Similau, que nos ocultasemos, dió fondo en él á las dos de la mañana. Al amanecer salió con quietud atravesando por medio de un numero increible de Navios, que nos dejaron pasar sin desconfianza; y pasando el rio, que no tenia mas que seis, ó siete leguas de ancho, vimos un llano grande, que costeamos hasta la noche.

Sin embargo, los viveres empezaban á faltarnos, y Similau, que algunas veces se mostraba espantado de su propio atrevimiento, no tenia por conveniente abordar á ventura, para renovar nuestras provisiones. Vimonos reducidos por trece dias á una porcion corta de arroz cocido en agua, que se nos tasaba con extremado rigor. Lo distante de nuestras esperanzas, que parece se atrasaban cada dia mas, y el tormento del hambre, nos hubieran movido à alguna resolucion violenta, si no hubiesen contenido nuestro furor otros temores. El Corsario, que los notaba en nuestros ojos, nos hizo desembarcar de noche junto à algunos edificios viejos, que se nombraban Tanamadel, y nos aconsejó invadiesemos una casa, que le pareciò apartada de las otras. En ella encontramos mucho arroz, y habas pequeñas, ollas grandes llenas de miel, anades saladas, cebollas, ajos, y cañas de azucar, de todo lo qual hicimos una abundante provision. Este era el Almacen de un Hospital inmediato, y no tenia otra defensa que la piedad pública. Algunos Chinos nos dijeron despues, que estaba destinado para la manutencion de los Peregrinos, que visitaban los sepulcros de sus Reyes; pero no fue con este titulo con el que dimos gracias al Cielo de habernos conducido alli.

Un socorro que al parecer nos habia dado por su bondad, alentó algo la esperanza, y sosegò los dos Navios. La paciencia de Faria habia contribuido mucho á sostener la nuestra; pero ya empezaba á desconfiar de tanta tardanza, y incertidumbre.

MENDEZ PINTO.

bre. Aunque ſu valor le hubieſe diſpuesto à qualquiera ſuceſo, confeſó publicamente, que ſentia haber emprendido el viage. Aumentandoſe ſu peſadumbre, quanto mas procuraba encubrirla, un dia que habia preguntado al Corſario en qué lugar creía eſtar, recibió de èl una reſpueſta tan mal concebida, que ſoſpechó que hubieſe perdido el juicio, ò que ignoraſe el camino en que nos habia introducido. Eſta idea le puſo furioſo, y lo hubiera muerto con un puñal que llevaba ſiempre à la cintura, ſi algunos amigos de los dos no le hubieſen detenido el brazo, repreſentandole que la muerte de eſte deſgraciado, aſeguraba nueſtra ruina. Aunque moderó ſu colera, no por eſo dejó de hacerle jurar por ſu barba (juramento muy uſado entonces, y que hizo Caſtro, como ſe puede ver en el primer Tomo de eſta Recolecion), que ſi dentro de tres dias no ſatisfacia el Corſario todas ſus dudas, le daría de puñaladas por ſu propia mano. Eſta amenaza cauſó tal terror à Similau, que la noche ſiguiente, mientras que ſe llegaba á tierra, ſe arrojó del Navio al rio; y habiendole hecho ſu aſtucia ocultarſe de la viſta de las centinelas, no ſe notó ſu fuga haſta que ſe mudò la guardia. Un ſuceſo tan cruel puſo á Faria como fuera de sí, y faltò poco para que las dos centinelas pagaſen ſu negligencia con la vida. Al inſtante bajò á la ribera con la mayor parte de los Portugueſes, y toda la noche ſe empleó en buſcar á Similau; pero nos fue impoſible deſcubrir ſus huellas, y nueſtra confuſion fue todavia mayor, quando habiendo vuelto á bordo, encontramos que de quarenta y ſeis Marineros Chinos que habia en los dos Navios, treinta y quatro habian huido para libertarſe ſin duda de las deſgracias de que nos creian amenazados. Cauſónos eſto una admiracion, que nos hizo alzar las manos, y los ojos al Cielo, ſin poder pronunciar una palabra. No obſtante, como convenia deliberar ſobre una ſituacion tan terrible, ſe tubo conſejo, pero con una variedad de pareceres que retardò mucho la concluſion. Finalmente reſolvimos el apoderarnos de algun habitante del País, de quien pudieſemos ſaber quànto camino faltaba que andar haſta la Isla de Calempluy. Si en virtud de nueſtros informes ſabiamos que fueſe tan facil de atacarla como Similau nos lo habia prometido, ofrecimos al Cielo acabar nueſtra empreſa, ò ſi las dificultades nos parecian invencibles, debiamos abandonarnos á la corriente del agua, que no podia conducirnos á otra parte que al Mar, hácia donde corria por naturaleza.

Alzaronſe ancoras, ſin embargo, con mucho temor, y confuſion, y la diminucion de nueſtros Marineros no nos permitió adelantar mucho el dia ſiguiente; pero habiendo dado fondo por la noche baſtante cerca de la orilla, ſe deſcubrió

brió al concluirse la primera guardia una Barca al ancla en medio del rio. Acercamonos à ella con las debidas precauciones, y cogimos seis hombres que hallamos dormidos. Faria los examinó uno à uno, para asegurarse de su buena fé, y sinceridad por laconformidad de sus respuestas. Todos concordaron en decirle que el Pais en donde estabamos se nombraba Temquilem, y que la Isla de Calempluy solo distaba diez leguas. Hicieronseles otras preguntas, á las quales no respondieron con menos fidelidad. Faria los tubo Prisioneros para el servicio de los remos; pero la satisfaccion que le causaron sus noticias, no le impidieron sentir la perdida de Similau, sin quien no esperaba ya coger todo el fruto que se habia prometido de tan grande empresa. Dos dias despues doblamos una punta de tierra nombrada Quinay-Taraon, detrás de la qual descubrimos finalmente la Isla que buscabamos hacía ochenta dias, y que nos habia parecido huir incesantemente delante de nosotros.

Este es un llano hermoso, situado à dos leguas de esta punta en medio de un rio. Juzgamos que no tenia mas que una legua de circuito. El gozo que nos causó con esta vista, se mezclò con un justo temor, considerando à què peligros ibamos á exponernos sin haberlos reconocido. A las tres de la mañana hizo echar ancoras Faria bastante cerca de la Isla, en donde reynaba un profundo silencio. No obstante, como no era verosimil, que un lugar, como Similau nos lo habia representado, estubiese sin defensa, y sin guardia, se resolvió esperar que fuese de dia para registrarlo, y hacer juicio de los obstaculos.

Al amanecer nos arrimamos muy cerca de la tierra, y empezando á dar vuelta, observamos con cuidado quanto se presentaba à nuestra vista. La Isla estaba cercada de una muralla de marmol, de unos diez y siete pies de alto, cuyas piedras estaban todas unidas con tal arte, que parecian de una sola pieza, desde el fondo del rio hasta la flor del agua. Al rededor de lo alto habia una cornisa muy grande, que unida con la anchura de la muralla, formaba un corredor bastante ancho, cercado de una varandilla de laton, que de seis en seis brazas se unia à unas colunas del mismo metal, sobre cada una de las quales se veia una figura de muger con una bola en la mano. Lo interior de la galería presentaba una cadena de monstruos, ò de figuras monstruosas de fundicion, que estando agarradas de la mano, parece formaban una danza al rededor de la Isla. Entre esta linea de Idolos, se elevaba otra de arcos, obra suntuosa, y compuesta de pedazos de diferentes colores. Dejando los huecos paso libre à la vista, se descubria en lo interior de la Isla un bosque de naranjos, en medio del qual habia trescientas sesenta y seis Hermitas, dedicadas à las deidades del año.

Un

Un poco mas allá al Est, sobre una altura pequeña, la unica que habia en la Isla, se veían muchos edificios grandes separados unos de otros, y siete fachadas bastante parecidas á las de nuestras Iglesias. Todos ellos, que al parecer estaban dorados, tenian torres muy altas, que juzgamos ser otros tantos campanarios. Cercabanlos dos calles grandes, cuyas casas eran tambien muy vistosas. Un espectaculo tan magnifico, nos hizo formar una alta idea de este establecimiento, y de los tesoros que estarìan encerrados en un lugar cuyas murallas eran tan ricas.

Con el mismo cuidado habiamos reconocido las avenidas, y entradas, y en una parte del dia; que habiamos destinado para estas observaciones, no se habia presentado nadie cuyo encuentro hubiese podido sobresaltarnos. Empezamonos à persuadir lo que nos habia sido dificil creer por testimonio de Similau, y de nuestros prisioneros Chinos; esto es, que la Isla solo estaba habitada por Bonces, y que bastaba para su defensa la opinion establecida de su santidad. Aunque la tarde estubiese bastante adelantada, tomó Faria la resolucion de bajar por una de las ocho avenidas que habiamos observado, para tomar lengua en las Hermitas, y arreglar nuestro proceder en virtud de sus informes. Hizose acompañar de treinta soldados, y de veinte esclavos, en cuya escolta iba yo. Entramos en la Isla con el mismo silencio que incesantemente reynaba en ella, y atravesando el bosquecillo de naranjos, llegamos à la puerta de la primera Hermita, que estaba á dos tiros de mosquete del lugar en donde habiamos desembarcado. Faria iba con el sable en la mano, y no viendo á nadie, llamò dos ó tres veces para hacerse abrir. Respondiòsele finalmente, que el que llamaba à la puerta, debia dar vuelta al edificio, y que hallaría otra entrada. Un Chino que habiamos trahido para servirnos de Interprete, y de guia, despues de haberle impuesto rigurosas leyes, dió al instante vuelta á la Hermita, y vino à abrirnos la puerta en donde nos habia dejado.

Faria, sin mas explicacion, entrò de repente, y nos mandò le siguiesemos. Encontramos un anciano, que parecía de mas de cien años de edad, y que por la enfermedad de la gota estaba sentado. Su vestido era una ropa larga de damasco morado. La vista de tantas gentes armadas, le causó un symptoma de temor que le hizo caer sin conocimiento. Moviò por algun tiempo los pies, y las manos, sin poder pronunciar una palabra; pero habiendo recobrado el uso de sus sentidos, y mirandonos con aspecto mas sosegado, nos preguntó quiénes eramos, y qué deseabamos de él. El Interprete le respondiò segun la orden de Faria; que eramos Mercaderes Estrangeros, que navegando en un Junco muy rico, para ir al Puerto de Liampo, habiamos te-

MENDEZ PINTO.

tenido la desgracia de naufragar; que un milagro nos habia salvado de las olas, y que nuestro reconocimiento à este favor del Cielo, nos habia hecho ofrecer venir en romería á la santa Isla de Calempluy; que á ella habiamos llegado à cumplir nuestro voto; que nuestra unica intencion, inquietandole en su soledad, era pedirle particularmente alguna limosna, como socorro necesario á nuestra pobreza, y que nos obligabamos à restituirle dentro de tres años doble de lo que nos permitiera tomar.

El Hermitaño parece premeditò un instante sobre lo que acababa de oir. Mirando despues à Faria, que creyò reconocer por nuestro Gefe, tubo la audacia de tratarlo de ladron, y de reprenderle su temeraria empresa, mezclando con sus injurias, súplicas, y exhortaciones. Faria alabó su piedad, y aun fingió conformarse con sus ideas; pero despues de haberle suplicado moderase su resentimiento, porque no teniamos otro recurso en nuestra miseria, mandò à sus gentes visitasen la Hermita, y tomasen todo quanto precioso hallasen en ella. Andubimos todas las partes de esta especie de Templo, que estaba lleno de sepulcros, y abrimos un grande numero de ellos, en donde encontramos plata mezclada entre los huesos de los muertos. El Hermitaño cayò dos veces aturdido, mientras que Faria procuraba consolarlo. Llevamos à bordo todas las riquezas que habiamos podido descubrir. La noche, que se acercaba, nos quitó la audacia de penetrar mas en un lugar que conociamos tan poco; pero como sola la ocasion nos habia determinado á aprovechar en la hora, de lo que se habia presentado, nos fuimos con la esperanza de llegar el dia siguiente à otros manantiales de riquezas (Pinto no dice à quànto ascendia el saqueo de los sepulcros.) Faria no se apartò del Hermitaño, sin haberle obligado à decir què enemigos teniamos que temer en la Isla. Su relacion aumentó nuestra confianza. El numero de los Solitarios, que nombraba Talagrepos, era de trescientos sesenta y cinco, en las Hermitas, pero todos de edad muy avanzada. Tenian quarenta criados nombrados Menigrepos, para darles los socorros necesarios, ò asistirlos en sus enfermedades. Los demás edificios, que estaban apartados un quarto de legua, solo los ocupaban algunos Bonces, no solamente sin armas, pero sin barcas para salir de la Isla, à donde todas sus provisiones les eran llevadas de las Ciudades vecinas. Faria concibiò, que volviendo á ella al amanecer, despues de haber hecho una guardia exacta toda la noche, podiamos esperar que no se escaparia nada de nuestras investigaciones; y que seiscientos, ò setecientos Monges Chinos, que debia ser poco mas ó menos el numero de los Bonces, no intentarían defenderse contra unos soldados armados.

Aun-

Aunque hubiese alguna temeridad en esta idea, pudiera haber surtido bien, si hubiesen tenido la precaucion de matar al Hermitaño, ó de llevarlo á nuestros Navios; pues tal vez aquella noche no hubieran visitado los Menigrepos su Hermita, y hubieramos baxado al dia siguiente con la ventaja de sorprender à todos los demás Bonces; pero à nadie ocurrió que nuestra primera expedicion se pudiese saber antes del otro dia, y todos se fiaron en la facilidad con que se prometian reducir una tropa de Monges desarmados, y además de poco valor.

Faria dió sus ordenes para la noche, que principalmente consistian en velar al rededor de la Isla, para observar todas las barcas que pudiesen acercarse à ella; pero á media noche descubrieron nuestras centinelas muchas hogueras sobre los Templos, y murallas. Nuestros Chinos fueron los primeros que nos avisaron que esta era sin duda señal que nos amenazaba. Apenas se dispertò Faria, que estaba durmiendo, quando en lugar de seguir el consejo de los mas timidos, que le instaban alzase velas al instante, se hizo conducir à remo en derechura à la Isla. Un ruido espantoso de campanas, y vacìas confirmó bien pronto el aviso de los Chinos. No obstante, Faria solo volvió á bordo para declararnos que no huiría sin haber averiguado la causa de este movimiento, lisonjeandose todavia de que la causa de las hogueras, y del ruido, podia ser alguna fiesta segun el uso de los Bonces; pero antes de emprender ninguna cosa, nos hizo jurar sobre los Evangelios, que esperariamos su vuelta. Despues, pasando otra vez á la Isla con algunos de sus mas valerosos soldados, siguiò el eco de una campana, que lo condujo à una Hermita diferente de la primera. Dos Hermitaños, de que se apoderò alli, y á quienes sus amenazas obligaron à hablar, le dijeron, que el anciano á quien habiamos perdonado la vida, habia recobrado fuerza para ir á los edificios grandes; que en virtud de la relacion de su desgracia, se habia esparcido la alarma entre todos los Bonces; que temiendo padeciesen la misma suerte sus casas, y Templos, habian tomado el unico medio que correspondia à su profesion; es à saber, el de avisar à los lugarès inmediatos con hogueras, y con sus campanas, y que esperaban un socorro pronto, del zelo, y piedad de los habitantes. Las gentes de Faria aprovecharon el tiempo para coger del altar un Idolo de plata, que tenia una corona de oro en la cabeza, y una rueda en la mano. Tambien cogieron tres candeleros de plata, con sus cadenas, que eran muy largas, y gruesas. Arrepintiendose Faria demasiado tarde de la comiseracion de que habia usado con el primer Hermitaño, llevò á los que le hablaban, y los hizo embarcar consigo. Al instante alzó velas, pelandose las barbas, segun la expresion del Autor,

MENDEZ PINTO.

y reprendiendose á sí mismo de haber perdido por su imprudencia una ocasion que desesperaba encontrar otra vez.

Su vuelta hasta el mar fue tan pronta, como la corriente de un rio muy rapido, ayudado del trabajo de los remos, y del favor del viento. Despues de siete dias de navegacion, se detubo en un Pueblo nombrado Susequerin, en donde no temiendo mas que el que le hubiese seguido la noticia de su empresa, se proveyó de viveres, que empezaban otra vez à faltarle. No obstante, no pasó alli mas que dos horas, durante las quales tomó tambien algunos informes sobre su rumbo, que sirvieron para hacernos salir del rio, por un Estrecho mucho menos frecuentado que el de Sileupamor por donde habiamos entrado. En èl andubimos ciento quarenta leguas en nueve dias, y entrando despues otra vez en el Canal de Nanquin, que no tenia en este lugar mas que diez, ó doce leguas de ancho, nos dejamos llevar por trece dias del viento de Ouest, hasta vista de los montes de Conxinacau, à quarenta y un grados, y quarenta minutos de altura. Esta cadena de montañas esteriles, que forma una perspectiva espantosa, el enfado de tan largo viage, la disminucion de nuestros viveres, y particularmente la pesadumbre de haber surtido mal nuestras mejores esperanzas, esparcieron en los dos Navios una sombra de tristeza, que fue como presagio de la desgracia que nos amenazaba. De improviso se levantó uno de los vientos del Sud, que nombran los Chinos Tifones, con impetu tan extraordinario, que no pudimos mirarlo como suceso natural (Esta reflexion, de que hace mencion el Autor, y algunos otros lugares de su relacion, dan á entender bastante, que sin embargo de todas sus afectaciones de piedad, no miraba el saqueo de los templos de Calempluy, como accion muy inocente.) Nuestras Panoures eran embarcaciones de remos, bajas de borde, endebles, y casi no tenian Marineros. Un instante nos puso en tan triste estado, que desesperando de poder salvarnos, nos dejamos llevar por la corriente del agua hácia la costa. Nuestra imaginacion no nos presentaba mas recurso estrellandonos entre los peñascos, que dejandonos abismar en medio de las olas; pero esta idea desesperada no nos pudo surtir. El viento, que se mudò bien pronto de Nord-Ouest, levantò olas furiosas, que nos arrojaron contra nuestra voluntad hácia alta Mar. Entonces empezamos á aligerar nuestros Navios de todo lo que podia causarles perjuicio, sin preservar los cajones de plata. Cortaronse nuestros mastiles, y nos abandonamos à la fortuna todo lo restante del dia. A media noche oimos en el Navio de Faria los ultimos gritos de desesperacion, y se respondió desde el nuestro con horrorosos gemidos. Despues, no oyendo yá otro ruido que el de los vientos, y olas, nos persuadimos

mos que nueltro generoſo Gefe, y todos nueſtros amigos eſtaban ſepultados en el abiſmo. Eſta idea nos puſo en tan profunda conſternacion, que por mas de una hora eſtubimos como mudos, haciendonos paſar una noche muy triſte, el dolor, y el temor. Una hora antes de amanecer ſe abriò nueſtro Navio por la contraquilla, y ſe halló al inſtante tan lleno de agua, que nos faltò animo para trabajar en la bomba. Finalmente fuimos á chocar contra la coſta; y ya caſi ahogados como eſtabamos, nos llevaron las olas haſta la punta de un eſcollo, en donde acabò de abrirſe nueſtro Navio. De veinte y cinco Portugueſes ſe ſalvaron catorce, y los demás con diez y ocho eſclavos Chriſtianos, y ſiete Marineros Chinos perecieron miſerablemente á nueſtra viſta. (El Autor no ſe explica con mayor claridad ſobre la ſuerte de Faria.) MENDEZ PINTO.

Juntamonos en la ribera, en donde todo el dia, y la noche ſiguiente no ceſamos de llorar nueſtra deſgracia. El Pais era eſcarpado, y montuoſo, y habia poca apariencia de que eſtubieſe habitado en las partes inmediatas. Sin embargo, el dia ſiguiente por la mañana andubimos ſeis ó ſiete leguas, atraveſando los peñaſcos, con la triſte eſperanza de encontrar algun habitante, que quiſieſe recibirnos en calidad de eſclavos, y que nos dieſe de comer en pago de nueſtra libertad; pero deſpues de una marcha tan canſada, llegamos à la entrada de un inmenſo pantano, mas allá del qual no alcanzaba nueſtra viſta, y cuyo fondo eſtaba tan humedo, que nos fue impoſible entrar en él. De eſta ſuerte fue preciſo volver por donde habiamos venido, porque no ſe preſentaba otro paſo. El dia ſiguiente nos hallamos otra vez en el lugar donde ſe habia perdido nueſtro Navio; y deſcubriendo ſobre la ribera los cuerpos que habia arrojado á ella el Mar, empezamos de nuevo nueſtros llantos, y gemidos. Deſpues de haber empleado el tercer dia en ſepultarlos en la arena, ſin otros inſtrumentos que nueſtras manos, nos encaminamos hácia el Nord por precipicios, y boſques, que nos coſtaba mucho trabajo penetrar. Sin embargo, bajamos finalmente á la orilla de un rio, que reſolvimos atraveſar à nado; pero los tres primeros que tantearon el paſo, fueron llevados por la fuerza de la corriente. Como eſtos eran los mas vigoroſos, deſeſperamos de tener mejor ſuerte, y reſolvimos volver al Eſt, ſiguiendo la orilla del agua, en donde paſamos una noche muy obſcura, tan atormentados por el hambre, como por el frio, y la lluvia. El dia ſiguiente antes de ſalir el Sol, vimos una hoguera grande, hàcia la qual nos puſimos à caminar; pero perdiendola de viſta al amanecer, continuamos haſta la noche ſiguiendo el rio. El Pais empezaba á abrirſe, y nueſtra eſperanza era encontrar alguna Poblacion en la ribera, además

que

MENDEZ PINTO.

que no podiamos apartarnos de un rumbo, en donde el agua que era excelente, ſervia à lo menos para ſoſtener nueſtras fuerzas. Por la tarde llegamos á un boſque, en donde hallamos cinco hombres, que trabajaban en hacer carbon.

Un largo comercio con ſu Nacion, nos habia hecho baſtante familiar ſu lengua. Acercamonos á ellos, y nos arrojamos á ſus pies para deſvanecer el eſpanto que podia haberles cauſado la viſta de once Eſtrangeros. Rogamosles en nombre del Cielo, cuyo poder es reſpetado de todos los Pueblos del Mundo, nos conduјeſen à algun lugar en donde pudieſemos hallar remedio al mas urgente de nueſtros males. Miraronnos con un aſpecto piadoſo, y uno de ellos nos dijo: ‘ Si vueſtro unico mal fueſe el hambre, nos ſería facil remediarlo; pero teneis tantas llagas, que apenas baſtaràn todos nueſtros ſacos para cubrirlas. ‘ Con efecto las zarzas por medio de las quales habiamos caminado en las montañas, nos habian deſollado el roſtro, y las manos, y eſtas llagas, que el exceſo de nueſtra miſeria nos impedia ſentir, ſe habian ya encancerado.

Los cinco Chinos nos ofrecieron un poco de arroz, y agua caliente, que no podia baſtar para ſaciarnos; pero dejandonos la libertad de paſar la noche con ellos, nos aconſejaron fueſemos à un lugar inmediato, en donde hallaríamos un Hoſpital, que ſervia para alojar à los viajantes pobres. Al inſtante tomamos el camino, que tubieron la humanidad de enſeñarnos, y á la una de la noche llamamos á la puerta del Hoſpital. Quatro hombres que cuidaban de él, nos recibieron con bondad; pero habiendoſe contentado con darnos el cubierto, eſperaron el dia ſiguiente para preguntarnos quiènes eramos. Uno de noſotros les reſpondiò que eramos Mercaderes de Siam, à quienes la fortuna habia hecho perder ſu Navio en un naufragio. Queriendo ſaber á dónde teniamos animo de ir, les diximos, que nueſtra intencion era paſar à Nanquin, en donde eſperabamos embarcarnos en las primeras Lanteas que partieſen para Canton. Preguntaronnos por què preferiamos Canton á otros Puertos. Reſpondimosles que era con la confianza de hallar alli Mercaderes de nueſtra Nacion, á quien el Emperador permitia exercer el comercio. Fueſe prudencia, ó curioſidad, continuaron haciendonos un grande numero de preguntas, que moleſtaron nueſtra paciencia. El hambre nos acoſaba tanto, que no obſtante la comodidad del lugar en donde habiamos paſado la noche, nos habia ſido impoſible cerrar los ojos. Repreſentamosles que eſta era la mas urgente de nueſtras neceſidades, y que hacía ſeis dias que nos faltaba el alimento. ‘ Es juſto, nos dijeron con tanta afabilidad, como gravedad, concederos un ſocorro que pedís con tal inſtancia, y lagrimas; pero ſien-

do

MENDEZ PINTO.

, do muy pobre esta casa, es este un obstaculo que no nos per-, mite satisfacer plenamente vuestros deseos. ' Entonces empezaron á contarnos por qué accidentes se habia empobrecido su Hospital, despues de haber sido muy rico. No pudiendo los mas hambrientos de ellos resistir à su indignacion, nos propusieron en lengua Portuguesa, no sufriesemos por mas tiempo, que sirviese de juguete nuestra miseria, y aprovechasemos la ventaja que nos daba la superioridad del numero. Christoval Borralho, cuya moderacion natural he celebrado ya, nos representò las resultas de esta violencia; pero interrumpiendo à los Chinos, les exhortó dirigiesen su cuidado à aliviar el hambre que nos atormentaba. Una súplica tan viva parece no los ofendió, antes por lo contrario dieron escusas, dilatando siempre nuestro socorro; y finalmente, concluyeron suplicandonos saliesemos con ellos à pedir limosna á los habitantes. El Lugar se componia de quarenta, ò cincuenta pobres casas esparcidas, que tubimos que andar para sacar de limosna medio talego de arroz, una poca harina de habas, cebollas, y algunos malos vestidos, que sirvieron para remendar los nuestros. Los Directores del Hospital nos dieron dos taels en dinero. Pedimosles permiso de pasar algunos dias en su casa; pero nos respondieron, que à excepcion de los enfermos, y de las mugeres embarazadas, no habitaban los pobres alli tanto tiempo, y que no se podia violar en nuestro favor una ley establecida por Sabios, y personas religiosas; mas que á tres leguas del Pueblo de Catihotan, en donde estabamos, hallaríamos en la gran Ciudad de Siley-Jacau un Hospital muy rico, en donde eran recibidos todos los pobres. Ofrecieronnos una carta de recomendacion, que admitimos, y estaba concebida en terminos tan expresivos, y tan tiernos, que quejandonos de sus leyes, y usos, tubimos que hacer justicia à sus intenciones.

Por la tarde llegamos á Siley-Jacau, en donde aprendimos á conocer todavia mejor el caracter de los Chinos. Alli se nos recibió con una caridad digna del Christianismo; pero fue preciso sujetarse à unas formalidades largas, y incomodas, y protestar que nuestra intencion era salir de la China despues de curarnos.

MENDEZ PINTO.

§. IV.

Desgracias de Pinto en la China, y en la Tartaria.

DIez y ocho dias que pasamos con quietud, y abundancia, restablecieron perfectamente nuestra salud. Partimos con el animo firme de pasar á Nanquin, de donde estabamos apartados ciento-quarenta leguas, y de embarcarnos allí para Liampo, ó para Canton. La tarde del mismo dia llegamos á vista de un Pueblo nombrado Suzoanganu, en donde el cansancio nos obligò à sentarnos á la orilla de una fuente. Algunos habitantes que venian á ella à sacar agua, sorprendidos de notar en nuestros rostros una figura poco parecida á las del Pais, se volvian con señales de espanto, ò de admiracion, que atrajeron bien pronto al rededor de nosotros una parte de los habitantes. Despues de habernos mirado mucho tiempo, sin atreverse à acercarse, nos hicieron preguntar, con qué fin ibamos á su País. Dimonos, como lo habiamos hecho yá por Mercaderes Siameses que pasaban à Nanquin. Esta respuesta les pareció tan poco sospechosa, que nos permitieron descansar; pero entretanto habian tenido tiempo de avisar á uno de sus Sacerdotes, que saliendo del Pueblo, vestido de una ropa larga de damasco encarnado, vino à nosotros hasta la fuente con un puñado de espigas en la mano. Mandónos pusiesemos las nuestras sobre estas espigas, y le satisfacimos con gusto, con el fin de ganar su afecto, y el de los habitantes. ‘ Por este juramento, nos dijo, que , haceis en mi presencia sobre estas dos substancias de agua, y pan, , que ha formado el Cielo para la conservacion de todo lo que , existe en el mundo, es preciso que me confeseis si es cierto que , sois Mercaderes Estrangeros, que vais á Nanquin: con esta con-, dicion os concederémos el permiso de pasar la noche en este , lugar, conforme à la caridad que debemos exercitar con los , pobres. Por lo contrario, si no sois lo que habeis dicho, os , mando de parte del Cielo os aparteis inmediatamente, pena , de ser mordidos, y devorados por los dientes de la serpiente, , que habita en lo intimo del abismo encendido. ‘ Nosotros confirmamos nuestra relacion sin titubear, y al instante, volviendose hácia los que le acompañaban, declarò que se podia tratarnos con compasion, y que se lo permitia. Fuimos conducidos al Pueblo, y alojados debajo del portal del Templo, donde se nos diò con abundancia todo lo necesario à nuestras urgencias.

Eſtos exemplos de humanidad nos hicieron deſpreciar los rieſgos de un viage largo. Salimos de Suzoanganu para ir à Chiangulay, que ſolo eſtá dos leguas; pero tubimos muy pronto ocaſion de deſconfiarnos del juicio favorable que habiamos hecho de los Chinos. Al acercarnos al lugar en donde hacíamos cuenta de paſar la noche, nos echamos debajo de un arbol, en donde nueſtra deſgracia nos hizo encontrar tres hombres, que guardaban un grande numero de bacas, y que no vieron once eſtrangeros ſin cauſarles algun ſobreſalto, temiendo acometieſen á ſu rebaño. Empezaron à dar gritos, á los quales ſalieron todos los habitantes armados de palos, y piedras. En ſu primer impetu fuimos heridos de muchos golpes, y aumentandoſe eſta furia con nueſtra viſta, entre unas gentes que no reconocian las facciones del Pais en nueſtro roſtro, nos ataron las manos atrás, y nos llevaron priſioneros al Pueblo, en donde faltò poco para que ſe nos dieſe de palos. Sumergióſenos en una ciſterna de agua podrida, llena de ſanguijuelas, que nos llegaba haſta la cintura, en la qual eſtubimos dos dias ſin darſenos nada de comer. Finalmente, el Cielo trajo de Suzoanganu un habitante que nos habia viſto alli; y noticioſo de nueſtra deſgracia, reprendió á nueſtros enemigos por habernos tenido por ladrones, y en virtud de ſu teſtimonio ſe nos ſacó de la ciſterna, chorreando ſangre con la mordedura de las ſanguijuelas. Partimos muy irritados, ſin querer oir las eſcuſas con que ſe procurò conſolarnos. El dia ſiguiente, deſpues de haber paſado la noche ſobre un poco de eſtiercol, deſcubrimos deſde lo alto de una colina, en un llano grande lleno de arboles, una caſa muy hermoſa, que nos pareció cercada de muchas torres, encima de la qual habia un grande numero de veletas doradas: acercamonos à ella con alguna eſpecie de reſpeto, y al inſtante vimos llegar á caballo un joven de diez y ſeis, ò diez y ſiete años de edad, acompañado de quatro Lacayos, que llevaban aves de rapiña en la mano, y que guiaban una ſarta de perros. Detuboſe para preguntarnos quiènes eramos; y ſatisfaciendo ſu curioſidad con la relacion de nueſtro naufragio, ſe moſtrò compadecido de nueſtra deſgracia, y encargandonos eſperaſemos en el primer patio, entrò en el ſegundo. Al inſtante una muger anciana con un veſtido muy largo, y un roſario colgado al cuello, vino à aviſarnos que el hijo del ſeñor nos llamaba. Paſamos al ſegundo patio, que eſtaba cercado de un hermoſo Peryſtilo. El frontiſpicio era un arco grande adornado de una hermoſa eſcultura, en medio de la qual ſe dejaba ver un eſcudo de armas colgado de una cadena de plata. Hizoſenos ſubir una eſcalera muy ancha, que nos condujo á una ſala grande, en donde lo primero que vimos fue una muger anciana, que eſtaba ſentada ſobre una rica alfom-

 bra,

MENDEZ PINTO.

bra, y que tenia á sus lados dos doncellas muy hermosas, y enfrente un anciano venerable echado sobre una camilla, à quien una de las dos doncellas refrescaba con un abanico. Junto á él estaba el Caballero joven que nos habia hecho llamar, y mas allá sobre otra alfombra, nueve doncellas jovenes, vestidas de damasco blanco, que estaban ocupadas en trabajo correspondiente à su sexo. Pusimonos de rodillas delante del anciano, para exponerle nuestro miserable estado. Mandó que fuesemos bien tratados, y tomando asunto de nuestras desgracias para instruir à su hijo, le hizo un discurso muy expresivo sobre las miserias humanas, y sobre la felicidad que tenia de estar libre de ellas por su nacimiento, y fortuna. Habiendonos hecho dar despues tres piezas de lienzo, y quatro Taels en dinero, nos propuso pasasemos la noche en su casa, porque el dia estaba ya demasiado adelantado para ponernos otra vez en viage. Admitimos sus ofertas con tanta admiracion, como reconocimiento à una generosidad, de la qual son raros los exemplos en Europa.

Despues de otras experiencias de la humanidad de los Chinos, da á entender el Autor, que el alivio que pueden hallar los miserables en la caridad de otro, junto con la ignorancia de los caminos, y particularmente con el temor de pasar por las Ciudades grandes, en donde las leyes no son favorables à los estrangeros, le hizo dar largas vueltas con sus compañeros, y viajar, dice, de Pais en Pais; pero no habiendo podido dejar de entrar en una Ciudad nombrada Taypol, fueron vistos en ella por uno de los Intendentes de Justicia, que envia algunas veces la Corte à las Provincias, y cogidos en virtud de orden suya, como vagabundos, que podian perturbar la quietud pública. En este distrito habian acaecido algunos desordenes de que se les acusó. Su suerte fue ser encerrados en una estrecha carcel, en donde por veinte y seis dias experimentaron los mas rigorosos tormentos. Sin embargo, como el derecho de las sentencias capitales no pertenece á los Tribunales inferiores, fueron conducidos poco à poco hasta la Ciudad Imperial, y condenados finalmente, segun el uso del Pais, á servir al Estado en calidad de esclavos por espacio de un año. Esta severidad fue siempre acompañada de una mezcla de agasajo. Despues de haber sido destrozados à azotes en la carcel, se les pasaba à quartos mas comodos, en donde diferentes personas congregadas para exercicios de caridad, venian à curarles las heridas, y no les rehusaban ningun genero de consuelo, y alivio; pero despues que estaban curados, no dejaban de empezarse de nuevo los tormentos, y de once que eran todavia, murieron dos en esta alternativa de agasajos, y castigos. El Autor, siempre deseoso de instruirse, se consolaba de sus trabajos con la ocasion

ſion que tenia de conocer el País, paſando por las Ciudades, particularmente quando habiendo hallado mas favor en Nanquin, ſe viò mas libre de ſus Guardias, y mucho menos maltratado. Sería inutil ſeguirle en todas ſus obſervaciones, que ſolo preſentarían al Lector una parte de lo que ha leido en las relaciones antecedentes; pero no tengo razon alguna para ſuprimir lo que es propio de Pinto, y que puede tener aqui el merito de la novedad.

Habiendo logrado los demàs viageros muy rara vez el permiſo de detenerſe en Nanquin, ſe han eſtendido menos ſobre la deſcripcion de eſta gran Ciudad, que ſobre la de Pekin, en donde la mayor parte han reſidido. Principalmente Pinto adquirió alli noticias, que ſolo ſe encuentran en ſu relacion. „Nanquin, dice, eſtá ſituada (á treinta y nueve grados, y treinta „minutos ſegun el Autor, aunque nueſtros Geografos la pongan à treinta y nueve, y quarenta y ſeis minutos) junto al „rio de Batampina, que ſignifica flor de peſcado, el qual ſegun el teſtimonio de los habitantes, que he verificado deſpues „por mí propio, nace de un lago de Tartaria nombrado Famstir à nueve leguas de la Ciudad de Lanzame, en donde tiene „regularmente ſu Corte el Kan de los Tartaros. De eſte miſmo „lago, que tiene veinte y ocho leguas de largo, y doce de ancho, „nacen los mayores rios que he viſto. El primero es el de Batampina á treinta y cinco grados, que atraveſando la China „por eſpacio de treſcientas ſeſenta leguas, deſagua en el Mar „por el Canal de Nanquin à diez y ſeis grados. El ſegundo, „nombrado Lechune, lleva impetuoſamente ſus aguas à lo largo de las montañas de Pancruum, que ſeparan la Cochinchina, y el Eſtado de Catabenan, que tiene por termino el „Reyno de Champa. El tercero ſe nombra Tauquiday, eſto es, „madre de las aguas; tiene ſu corriente al Nord-Oueſt, y atraveſando el Reyno de Nacataos, vá à deſaguar en el Sornau „por la embocadura de Cui, ciento y treinta leguas mas abajo „de Patane. El quarto, nombrado Batobaſoy, baja de la Provincia de Samſim, que fue ſumergida en 1556. y entra en el „Mar por la embocadura de Coſmin en el Reyno de Pegu. El „quinto, cuyo nombre es Leyſacotay, atravieſa las tierras del lado del Eſt, haſta el Archipielago de Chinchipou, que linda „con la Moſcovia, y entra en el Oceano ſeptentrional.

„Nanquin eſtà ſobre una altura que domina los llanos de „que eſtá cercada. Su clima es algo freſco, pero ſano: no tiene menos de ocho leguas de circuito, eſto es, cerca de tres „de ancho, y una de largo. Las caſas ſon de dos altos, la mayor parte de madera; pero las de los Mandarines ſon de tierra, y de piedra de ſillerìa, cercadas de murallas, y foſos,

„con

MENDEZ PINTO.

, con puentes de piedra, y arcos magnificos, lo que les dà una , vista muy magestuosa. Las de los Señores que han gobernado , Reynos, y Provincias, tienen torres de seis, ó siete altos.

, Muchos Chinos nos aseguraron, que segun las numeraciones públicas, contenia Nanquin ochenta mil edificios veinte y quatro mil casas de Mandarines; sesenta y dos mercados grandes; ciento y treinta carnicerías, cada una con veinte y quatro Tablas, y ocho mil calles, de las quales seiscientas eran grandes, y muy hermosas, y la mayor parte estaban cercadas de varandillas de laton. Contabanse en ella dos mil y trescientos Pagodos, de los quales mil eran sumptuosos Monasterios con torres muy altas, que contenian tan grande numero de campanas grandes de fundicion, que no las oiamos tocar sin espanto; treinta carceles grandes, y fuertes, diez mil fabricas de seda, un magnifico Hospicio para los pobres, con edificios particulares para los Abogados, y Procuradores, que están encargados de su defensa. A la entrada de las principales calles, se encuentran arcos, y puertas grandes, que se cierran todas las noches para la seguridad pública. La Ciudad está cercada de una muralla fuerte de piedra de silleria, y se cuentan en ella ciento y treinta puertas. Defiendenla además doce Ciudadelas, que se parecen bastante á las nuestras, y muchas torres, y valuartes, pero sin una pieza de artillería. Nanquin dà todos los dias al Emperador dos mil taels de plata, que ascienden à la cantidad de tres mil ducados. '

De Nanquin fueron conducidos los nueve Portugueses en quatro dias, à una Ciudad bastante considerable, que nombra el Autor Pocasar, en donde su Oficial, para escusar el gasto de su manutencion, les instò buscasen su alimento por la Ciudad. Llevóseles à un Templo, cuya descripcion se ha tenido siempre por fabulosa en la Relacion de Pinto, aunque no tenga nada mas de extraordinario que las que se han leido en las Relaciones de los Misioneros. Habia sido construido en una casa, en donde la Emperatriz madre habia muerto al parir un Principe que no le habia sobrevivido, y al espirar habia deseado ser sepultada en el mismo quarto en donde habia perdido la vida, y los Chinos se habian dexado llevar de su imaginacion para su apotheosis. (Como esta es la unica descripcion de este genero, en la qual tengo intencion de detenerme, creo deberla dar en el estilo del Traductor, para conservar toda su fuerza. Este Templo se habia dedicado en honra de Taumaret, que es una de las principales sectas de los Idolatras de la China. Todos los edificios, con todos los jardines, y terrados que dependen de ellos, y las casas, que se cierran con llave, estan en el ayre, sobre trescientos y sesenta pilares, cada uno de los quales es de

MENDEZ PINTO.

de una piedra entera, casi del grueso de una cuba, y de veinte y siete pies de altura. Estos trescientos y sesenta pilares tienen los nombres de los trescientos y sesenta dias del año Chino, y en cada uno de ellos se hace una fiesta particular, con muchas limosnas, y sacrificios sangrientos, todo acompañado de musica, de bayles, y de otras fiestas. Además, en el principal pilar, que tiene el nombre del Idolo, está colocado él mismo muy ricamente en una urna, delante de la qual hay siempre encendida una lampara de plata. Entre los pilares se ven ocho calles muy bellas, cerradas por ambas partes con rejas de laton, y puertas para el paso de los Peregrinos, y de los demàs que vienen continuamente á esta fiesta, para ganar una especie de jubileo. La habitacion superior, en donde está el sepulcro de la Emperatriz, se ha hecho à modo de capilla, toda redonda, y desde arriba á bajo, está guarnecida de plata, siendo de mayor valor la hechura, que la materia, lo que se manifestaba facilmente por la diversidad de las obras. En medio se veia una especie de Tribunal, de hechura redonda como la habitacion, de la altura de quince grados, cerrado todo al rededor con seis rejas de plata. En lo mas alto habia una bola gruesa, y sobre ella un leon de plata, que sostenia encima de su cabeza una caja de oro fino, de tres palmos en quadro, en donde se decia estaban los huesos de esta Reyna, que reverenciaban estos ciegos ignorantes, como una gran reliquia. Debajo de este Tribunal, en la misma proporcion, habia quatro barras de plata que atravesaban el quarto, de las que colgaban quarentà y tres lamparas del mismo metal, en memoria de los quarenta y tres años que habia vivido esta Emperatriz, y siete lamparas de oro, en memoria de siete hijos varones que se decia haber tenido. Además, á la entrada de esta capilla, enfrente de una ventana que la cerraba, se veian otras ocho barras de plata, de las que colgaban tambien muy grande numero de lamparas del mismo metal, muy grandes, y ricas, que habian ofrecido las mugeres de los mas principales Señores del Imperio, que habian asistido à la muerte de la Reyna. Fuera de las puertas de todo el Templo, que es tan grande como la Iglesia de los Dominicos de Lisboa, habia en seis lineas de varandillas, que lo cercaban al rededor, un grande numero de estatuas de gigantes, de la altura de quince pies, hechas de bronce, todas bien proporcionadas, y con alabardas, y mazas en la mano, y algunas con hachas al hombro, todas las quales estatuas representaban juntas alguna cosa grande, y magestuosa. Entre este numero de estatuas, que ascendia à mil y doscientas, habia ochenta serpientes de bronce, muy grandes, encima de cada una de las quales estaba sentada una muger con una espada en la mano, y una corona de plata sobre la cabeza.

MENDEZ PINTO.

za. A estas ochenta mugeres se daba el titulo de Reynas, para mayor honra de sus descendientes, porque se habian sacrificado al tiempo de la muerte de esta Emperatriz, para que sus almas sirviesen á la suya en la otra vida; cosa que su familia tenia à grande honra. Por fuera de estas lineas de gigantes habia otra que los cercaba, y que consistia en muchos arcos triunfales, todos dorados, en donde colgaban muchas campanas de plata, con cadenas del mismo metal, las quales, tocandose incesantemente con el ayre, hacian tan grande ruido, que no se podia oir hablar. Por fuera de estos arcos habia, en la misma proporcion, otras dos lineas de rejas de laton, que cercaban toda esta obra, en donde se veian en ciertos parages columnas del mismo metal, y encima Leones rapantes montados sobre bolas, que son las armas de la China. A las esquinas de las encrucijadas habia quatro monstruos de bronce, de altura tan estraña, tan desproporcionada, y de figura tan disforme, que no es posible imaginarselo. Uno de estos monstruos, que está à mano derecha, á la entrada de la encrucijada, que nombran los Chinos la serpiente glotona de la casa hueca del humo, y que segun sus Historias es tenido por Lucifér, se ve alli baxo la figura de una serpiente de altura excesiva, con culebras muy diferentes, y monstruosas que le salen del estomago, todas cubiertas de escamas verdes, y negras, en el que se ven fuertes espinas, que tienen mas de un pie de largo. Cada una de estas culebras tenia una muger atravesada en el gaznate, con los cabellos colgando hàcia atras como muy espantada. El monstruo tenia tambien en el gaznate, que era muy desproporcionado, un lagarto que le salía, de mas de treinta pies de largo, y del grueso de un tonel, con las narices, y quijadas tan llenas de sangre, que todo lo demàs del cuerpo estaba tambien ensangrentado. Entre sus patas traìa este lagarto un Elefante grande, que al parecer estaba tan oprimido, que le salian las tripas por la boca, y todo esto estaba hecho con tal proporcion, y tan al natural, que nadie habia que no temblase de ver una figura tan disforme. Su cola, que podia ser de mas de veinte brazas, estaba enroscada á otro monstruo semejante, que era el segundo de los quatro gigantes del crucero, de mas de cien pies de alto. Además de ser muy feo, tenia las dos manos dentro del gaznate, que se lo hacían tan ancho, como una puerta grande, con una linea de dientes horrorosos, y una lengua muy negra, que le salia de él, de dos brazas de largo. En quanto á los otros dos monstruos, el uno era figura de muger, nombrada por los Chinos Nadelgau, de diez y siete brazas de alto, y seis de grueso. Este tenia en medio de la cintura un rostro proporcionado á su cuerpo, de mas de dos brazas, que por las narices vomitaba grandes nubes de humo, y por la boca mucho fuego, no ar-

ti-

tificial sino verdadero, porque en lo alto de la cabeza se tenia fuego continuo, que venia à salir por la boca del espantoso rostro que tenia en medio de la cintura. El quarto monstruo, era un hombre en cuclillas, que soplaba con toda fuerza, con los carrillos tan grandes, y tan hinchados, que se hubieran tenido por una vela de Navio. Este monstruo era asimismo de altura desproporcionada, y de rostro tan horrible, y disforme, que los que lo miraban apenas podian sufrir su vista. MENDEZ PINTO.

Si se coteja esta Relacion con diferentes pinturas, sobre las quales se ha pasado sin desconfianza por el respeto que se ha creido deber al nombre de sus Autores, no se hallará otra diferencia que la de la imaginacion de Pinto, que le hace pintar los mismos objetos con mas eficacia, y fuerza.

En Xinligau, Ciudad considerable, á donde llegaron los Portugueses el dia siguiente, vieron puentes levadizos, sostenidos en el ayre por cadenas gruesas de hierro. (Veanse las Relaciones de los Misioneros, pues se suprime aqui todo lo que no sería mas que una repeticion.) Dos dias despues en otra Ciudad nombrada Junquileu, admiraron un sepulcro de piedra, cercado de rejas de hierro pintadas de verde, y encarnado, encima del qual habia un campanario de porcelana muy fina, que estribaba sobre quatro columnas. En lo alto se veian siete globos, dos de los quales eran de hierro fundido; y á un lado de este hermoso monumento, se leía en letras de oro esta inscripcion China. ' Aqui yace Trannocem Mudeliar, tio del Rey de , Malaca, que tubo la desgracia de salir del mundo antes de , vengarse de Alfonso de Alburquerque, leon de los ladrones , del Mar. ' Sorprendidos los Portugueses de reconocer el nombre de uno de sus mas celèbres hombres, se informaron á fondo de este suceso. Dixoseles que hacía unos quarenta años, que habiendo venido un Embajador del Rey de Malaca, á pedir socorro al Emperador de la China contra unos Estrangeros, que habian llegado por mar de la extremidad del mundo, y que le habian quitado sus Estados, le habia sorprendido la muerte mientras su negociacion, y que teniendo la pesadumbre de no haber podido satisfacer su venganza, habia empleado todo quanto posеía para dejar un testimonio de su desesperacion á la posteridad. En una Ciudad nombrada Sempitay, en donde se permitió à los nueve Portugueses pedir limosna, encadenados como estaban, una muger, que se detubo para mirarlos entre un grande numero de circunstantes, se mostró muy compadecida de la relacion de su desgracia. Dióles alguna cosa, encargandoles no emprendiesen ya viages tan largos, pues el Cielo ha hecho tan corta nuestra vida. Habiendolos llamado despues à parte, se desbotonó una de sus mangas, y les enseñó en el brazo izquierdo una cruz impresa.

MENDEZ PINTO.

Alguno de vosotros, les dijo, conoce esta señal? Los Portugueses hincaron la rodilla con mucho respeto, y le respondieron llorando, que era la insignia sagrada de su redencion. Entonces, alzando ella las manos de gozo, y admiracion, pronunciò las primeras palabras del Padre nuestro en lengua Portuguesa. No sabía mas; pero habiendose hecho confirmar en Idioma Chino, que eran Christianos: ' Venid, exclamò, Christianos de lo ul- , timo del mundo, con la que es vuestra hermana en Jesu Chris- , to, y que tal vez tiene algun parentesco con vosotros, pues , sois todos Portugueses. ' Quiso llevarnos á su casa; pero habiendose opuesto à ello nuestras guardias, porque la mitad de las limosnas era para ellos, tubo que comprar el permiso del Oficial, quien consintiò por una cantidad de dinero, en dejarnos en su casa por cinco dias, que se proponia estar en esta Ciudad.

Habiendonos tratado alli con mucho cariño, nos enseñò un Oratorio, cuyos adornos eran una cruz de madera dorada, algunos candeleros, y una lampara de plata. Dixonos que su nombre era Inés de Leyria, y que su padre habia acompañado à Thomàs Perez, que habia venido de Lisboa á la China en calidad de Embajador del Rey de Portugal. Algunos movimientos sospechosos que los Portugueses habian hecho en la Costa, hicieron tener á Perez por espìa, por lo qual habia sido tratado con mucho rigor. Cinco de los suyos habian padecido un cruel tormento, en el qual habian perdido la vida. De esta desgraciada embaxada no quedaba mas que un Portugués nombrado Vasco Calvo, que se habia establecido en otra Ciudad de la China. De Leyria su padre, habiendo sido desterrado à Sempitay, se habia casado alli con una China, que le habia llevado algun dote, y que se convirtiò al Christianismo. En el espacio de veinte años, durante los quales habian pasado juntos una vida apacible, habian convertido á la Fé muchos Idolatras, cuyo numero pasaba de trescientos, que se juntaban el Domingo en su casa à orar, y adorar la cruz.

Añadiò que su padre le habia dejado escritas muchas oraciones en lengua Portuguesa, que le habian hurtado los Chinos, y que del Padre nuestro solo conservaba en la memoria las cinco, ó seis palabras, que habia pronunciado. Christoval Borralho se creyó obligado à escribir las principales oraciones del Christianismo, y añadir à ellas los Mandamientos de la Ley de Dios. Formò con esto un librito para el uso de esta Iglesia; y mientras se mantubieron los Portugueses en Sempitay, todos los Christianos de la Ciudad se juntaron siete veces en casa de Inès de Leyria para recibir alli instrucciones. Dieronles una limosna considerable, à la qual añadió Inès otros regalos, y este socor-

ro-

ro que les habia franqueado la providencia, sirviò despues para preservarlos de un grande numero de males. De Sempitay bajaron á Leguimpau, Ciudad cèlebre por una mina de plata, que solo dista cinco leguas, en donde estan empleados continuamente mas de mil hombres. El dia siguiente llegaron por el rio entre dos Ciudades pequeñas nombradas Pacano, y Nacau, que ocupan las dos orillas. Aqui tubo ocasion el Autor de informarse del origen, y fundacion del Imperio Chino, que refiere fielmente, dice, por el testimonio de la primera de las ochenta Chronicas de la China.

El Autor cuenta la Historia de una Princesa nombrada Nanca, que salió por diferentes aventuras con tres Principes hijos suyos seiscientos treinta y nueve años despues del Diluvio, de un Pais, que nombra Pantipocau, situado, dice, en quanto se puede juzgar por la altura del clima, que es sesenta y dos grados del Nord, detrás de nuestra Alemania. El primogenito de esta Princesa fundó à Pekin, y echò ella misma los cimientos de Nanquin, y le puso su nombre; pero sin intentar seguir á Pinto en sus averiguaciones historicas, se tiene por necesario referir segun él el origen de la gran muralla que divide la China, y la Tartaria, del modo que dice haberlo sacado del quinto libro de una Obra China, que trata de la situacion de todos los lugares notables del Imperio. Al Lector se deja el cuidado de cotejar este articulo con la opinion de los Misioneros sobre el mismo monumento.

„ En este quinto libro se lee, que un Emperador nombrado „ Crisnagol Dicotay, que segun el calculo del Autor, y el mo„ do de contar del Pais, reynaba en el año del Señor 528. tubo „ una guerra con el Tartaro por alguna diferencia sobre el Estado „ de Chenchinapau, que se reduce al Reyno de Lanhos, y lo des„ truyò en una batalla. El Tartaro juntó nuevas fuerzas por me„ dio de una liga, y de diferentes alianzas, y ocho años despues „ vino á invadir à la China, en donde tomò treinta y dos Ciu„ dades considerables, de las quales la principal fue la de Pan„ quilor. Entonces el temor movió al Emperador Chino á ajus„ tar un tratado, por el qual desistió de los derechos disputados, „ y pago dos mil Picotes al enemigo (cada uno equivale à mil „ y quinientos ducados de nuestra moneda) para satisfacer à los „ Estrangeros, que componian una parte de su Exercito. La paz „ continuó por cincuenta y dos años, cuyo tiempo supo apro„ vechar el Emperador que reynaba entonces en la China, pa„ ra la seguridad de sus Estados. Resolvió hacer una barrera en „ forma de muralla, que pudiese servir de frontera á los dos „ Imperios. Sus Estados Generales, à quienes manifestó su intencion, „ le dieron diez mil picotes de plata, manteniendo además de es-

MENDEZ PINTO.

, eſto veinte y quatro mil hombres para el trabájo, de los , quales habia treinta mil diputados como Oficiales, y los otros , todas gentes de trabajo. Deſpues de haber ordenado todo lo , neceſario para tan prodigioſa obra, ſe diò principio á ella , con tal prieſa, que ſegun refiere la Hiſtoria, en veinte y ſiete , años ſe acabó de una extremidad á otra, tòda eſta gran mu-, ralla, la qual, ſi ſe ha de creer à eſta miſma Chronica, tiene de , largo ſetenta jaos, eſto es, treſcientas y catorce leguas à razon , de quatro leguas y media por jao. Pero lo mas admirable que , hay, y que al parecer excede la creencia humana, fue que ſe-, tecientos y cincuenta mil hombres trabajaron inceſantemente , en eſta grande obra, de los quales el Pueblo como ya he re-, ferido, diò la tercera parte; los Sacerdotes, y las Islas de Aynan, , otra tercera parte, y el Emperador, aſiſtido de los Principes, , y Señores del Reyno, todo lo demás. Yo he viſto algunas ve-, ces, y medido eſta muralla, que tiene ſeis brazas de altura, , y quarenta palmos en ſu mayor anchura. Por abajo tiene un , eſtribo en forma de terraplen, hecho de cal, y veſtido por , fuera de una eſpecie de betun, lo que la hace tan fuerte, que , ningunos cañones podrian demolerla. En lugar de torres, y va-, luartes, tiene garitas de dos altos, flanqueadas ſobre arcos tora-, les de cierta madera que nombran Caubeſi, ó madera de hier-, ro, porque es en extremo fuerte, además que cada puntal , es tan grueſo como un tonel, y muy alto, de tal modo, , que eſtas garitas ſon mucho mas fuertes que de piedra, y , cal. Eſta muralla, además, que nombran Cheufacan, eſto , es, fuerte reſiſtencia, ſe eſtiende à igual altura haſta las , montañas, con las quales ſe junta, y que para que ſirvan , de muralla, se han picado, à fin de que queden escarpadas, lo , que hace toda esta gran màquina tan fuerte como la misma , muralla. Lo notable es, que en toda eſta extenſion de treſ-, cientas y catorce leguas, no hay mas que cinco entradas, por , donde paſan los rios de Tartaria, formados de las impetuo-, ſas corrientes, que caen de eſtas montañas, y corriendo mas , de quinientas leguas dentro del Pais, van à deſaguar á los , Mares de la China, y de la Cochinchina. En todas eſtas ave-, nidas mantiene el Emperador de la China una guarnicion, , y el de Tartaria otra (Se ha de advertir que la relacion de Pinto , ha precedido á la conquiſta de los Tartaros) en cada una de , las quales tiene el Chino ſiete mil hombres, ſeis mil de á caballo, , y los reſtantes de á pie, muy bien pagados. La mayor parte , de eſtas gentes de guerra ſon Eſtrangeros, como Mogols, Pan-, crus, Champas, Corazones, Gizares de Perſia, y otras Na-, ciones diferentes que lindan con eſte Imperio, à quienes la bue-, na paga mueve á ſervir à los Chinos, los quales, ſi ſe ha decir la

ver-

, verdad, ſon poco valeroſos, por no eſtar acoſtumbrados à la , guerra: ademàs, que ni tienen muchas armas, ni artillería. , En toda eſta extenſion de muralla hay treſcientas y veinte Com- , pañias, cada una de quinientos ſoldados, lo que hace en todo , ciento y ſeſenta mil hombres, ſin contar los Oficiales.'

El Autor continùa refiriendo lo que admiró ſu curioſidad hasta Pekin. Quanta mas admiracion deba cauſar ſu relacion, por quanto preſenta en efecto una eſcena continua de maravillas, tanto mas eſtraño parece que ſe haya ſoſpechado de ſu buena fé, quando no deja de concordar con los mas graves de nueſtros Viageros, quienes tal vez no hubieran hallado mas diſpoſicion para hacerſe creer ſi hubieſen eſcrito primero, ſi ſu profeſion no hubiera contribuido mucho à autorizar ſus relaciones. Hace una deſcripcion de Pekin, que ſolo puede parecer increible, à los que no han leido la de los mas célebres Miſioneros. Pondera la caridad de los Chinos en unos terminos, que manifieſtan haberla experimentado *inceſantemente*. Lo que dice de ſus Ciudades Fluctuantes, de las *formalidades* de ſu juſticia, de la magnificencia de ſus *edificios públicos*, de lo grande de ſu Capital, y del numero de ſus *habitantes*, de la diverſidad de los Tribunales de Juſticia, y de las Sectas de Religion, del orden admirable que reyna en eſta variedad, de la mageſtad del Emperador, y de la prudencia del Gobierno, no difiere de la relacion de los Miſioneros, mas que en algunas leves circunſtancias, que no varían la identidad, ni aun merecen nombrarſe.

Dos meſes y medio habia paſado en Pekin, quando un Sabado 13. de Enero de 1544. en virtud de una Sentencia del Tribunal Supremo, fue conducido con ſus compañeros à la Ciudad de Quansy para ſervir alli por el tiempo á que eran condenados. Parece que deſpues de haberſe juſtificado ſobre las principales acuſaciones, el unico delito ſobre que recaía eſte caſtigo, era haber penetrado en lo interior del Imperio *ſin licencia* de la Corte. Al llegar á Quanſi, un Principe Tartaro, que reſidia en eſta Ciudad, ſolicitó que le fueſen preſentados, y habiendoles hecho diferentes preguntas, los puſo en el numero de ochenta Alabarderos que le concedia el Emperador para ſu guardia, lo que era un particular favor del Cielo, porque ademàs de ſer eſte oficio poco penoſo, y ſu eſtado en alguna manera feliz, eſtaban ſeguros de lograr la libertad cumplido el termino. Pero mientras que eſperaban con ſoſiego mejor fortuna, y vivian entre sí en amor fraternal, el infierno, à quien acuſa el Autor de ſus deſventuras, aſi como atribuye al Cielo todas ſus proſperidades, les hizo hallar en sí miſmos el origen de una infinidad de nuevas deſgracias. Dos de los nueve Portugueſes riñe-

ron

ron ſobre la aſcendencia de los Madureyras, y Fonſecas, dos caſas ilustres de Portugal, con las quales eſtaban muy diſtantes de tener parenteſco, y ſin mas interès que el de la diſputa, ſe encendieron tan vivamente ſobre la preeminencia de eſtos dos nombres, que deſpues de algunas injurias, dió uno una bofetada al otro, quien le correſpondió con una cuchillada, de la qual le derribò la mitad del carrillo. El herido tomò una alabarda, y con ella paſó el brazo à ſu contrario. Los otros, inclinandoſe cada uno al que tenia mas afecto en tan ridicula contienda, llegaron tambien á las manos, y de nueve fueron ſiete heridos de peligro. A eſte combate no dejó de acudir baſtante gente, y entre ella el Principe Tartaro, quien mandó coger à todos los Portugueſes, y habiendoles hecho dar inmediatamente treinta azotes, que fueron mas ſangrientos que todas ſus heridas, ordenó ſe les encerraſe en un calabozo ſubterraneo, en donde permanecieron cargados de priſiones por eſpacio de quarenta y ſeis dias. Nada les fue mas ſenſible que las reprenſiones que ſe les dieron. Repetiaſeles continuamente que no tenian temor, ni conocimiento del Cielo, peores que fieras, pues con una miſma lengua, y uſos habian ſido capaces de herirſe, y matarſe entre sí ſin razon; que merecian ſer excluidos del comercio humano, como las ſerpientes mas perjudiciales; y que debian eſperar ſer deſterrados á las minas de Chabaquay, de Sumbor, ò de Lamau, lugares hechos para monſtruos de ſu eſpecie, y en los quales tendrian el guſto de ahullar con los animales, que no eran mas feroces, ni mas viles que ellos.

Deſpues ſe preſentaron delante de un Tribunal muy mageſtuoſo, que los ſentenciò à otros treinta azotes, pero que los enviò á una carcel mas comoda, en donde paſaron dos meſes enteros. Finalmente, en una fieſta pública en que el uſo del Pais es hacer muchas limoſnas por los muertos, ſe acordó de ellos el Principe con algunos ſentimientos de piedad, y les hizo gracia de la vida en atencion á ſu miſeria, y à ſu qualidad de Eſtrangeros; pero fue para llevarlos à una fragua de hierro, y emplearlos en las obras mas penoſas, en donde paſaron ſeis meſes deſnudos, y caſi ſin alimento. Una enfermedad que les ſobrevino, y cuyo contagio ſe temiò, les hizo lograr el permiſo de ſalir para ſer regalados, y el de mendigar lo neceſario à la vida haſta curarſe. En eſta eſtremidad prometieron entre sì con juramento ſolemne, vivir en buena inteligencia, y reconocer por cabeza á uno de los nueve, que ſería eſcogido todos los meſes por los otro ocho, con facultad de arreglar ſu gobierno. Eſte orden ſe mantubo conſtantemente, y contribuyó mucho á aliviar ſu miſeria. Habiendo caido la ſuerte ſobre Christoval Borralho, ſu prudencia le hizo diſtribuir los oficios que ſe dirigian al bien co-

comun. Dos fueron encargados de mendigar por la Ciudad, otros dos de ir á la fuente, y preparar los alimentos, y los demàs debian emplearſe en cortar leña en una ſelva inmediata, no ſolo para el uſo domeſtico, ſino para ſacar alguna utilidad de lo que ſe pudiera vender.

Pinto, que era de este ultimo numero, al volver un dia del lugar del trabajo con ſu carga à cuestas, encontró un anciano vestido de damasco negro, forrado de blanco, cuyo aseo le pareciò ſoſpechoſo en un hombre ſin acompañamiento, y en un camino extraviado, particularmente, quando retirandoſe un poco, lo llamò con la mano. Tubolo por ladron, que tenia algunos compañeros de la miſma profeſion, y que queria quitarle ſu carga de leña. Con eſta idea reſolviò arrojarla al ſuelo, y teniendo en la mano el palo con que ſe afianzaba, marchò lentamente hácia el anciano, quien empezó entonces à andar, para atraerle en ſu seguimiento. Pinto, ſorprendido con este espectaculo, se confirmó en la opinion de que era algun ladron, y determinò volverſe atrás, para entrar prontamente en el camino real, que conducìa à la Ciudad; pero penetrando eſte hombre ſu intencion, empezò á gritar al inſtante, à cuyas voces volviò Pinto la cabeza, y notò, que habiendoſe pueſto de rodillas, le enſeñaba deſde lejos una cruz pequeña de plata, con ademanes de humildad, con los quales parecìa implorar ſu piedad.

Entonces, no titubeando en ir à èl, aunque teniendolo ſiempre por Chino, ſe ſorprendiò en extremo de oirle decir con tantas lagrimas, como ſollozos: ‘ Bendita ſea la miſericordia del , Cielo, que me ha hecho la gracia deſpues de tan largo deſtier- , ro de ver un Christiano, un hombre que profeſa la Ley de mi , Dios crucificado. Te conjuro, le respondió Pinto ſiempre es- , pantado, en nombre de nuestro Señor Jeſu-Chriſto, me digas , prontamente quien eres. Hermano mio, replicò el otro, ſoy un , pobre Christiano, Portugués de nacion, natural de Alcozete, y , me nombro Vaſco Calvo, hermano de Diego Calvo, que fue , en otro tiempo Capitan del Navio de Don Nuño Manuel. , Veinte y ſiete años hace que eſtoy en eſta eſclavitud, con Tho- , más Perez, que habia ſido enviado á eſte Pais por Embaxa- , dor, y que pereció miſerablemente por la imprudencia de un , Capitan Portuguès. ‘ (El Autor no explica cómo lo habia reconocido por Portugués.)

Reconociendo entonces Pinto al mismo Vasco Calvo, cuya deſgracia le habia contado en Sempitay Inès de Leyria, lo abrazó como à hermano, y derramó mucho tiempo lagrimas con él, paſando lo reſtante del dìa en contarſe mutuamente ſus deſgracias. Al anochecer, habiendoſe encaminado hácia la Ciudad, enſeñó Calvo ſu habitacion à Pinto, y le in stò le trajese in-

MENDEZ PINTO.

inmediatamente à todos sus compañeros. Llevóles à toda prisa una noticia tan buena, y habiendolos hallado en la miserable habitacion que ocupaban, fueron juntos á una casa muy comoda, en donde se les recibiò con estremos de alegria. Vasco, que conocía su miseria, habia ya hecho cubrir una mesa, y su primera diligencia fue presentarles su muger, y quatro hijos que tenia de ella. Despues pasaron parte de la noche en la mesa. Esta señora, que era China, pero Christiana, aunque el temor la hiciese ocultar su Religion, les abriò despues de cenar un Oratorio secreto, en que habia un Altar pequeño, con una cruz de plata, una lampara, y dos candeleros. Habiendose arrodillado alli con sus quatro hijos, dijo algunas oraciones muy expresivas en lengua Portuguesa, à las quales unieron todos las suyas, con el mismo fervor; y el Autor pinta este tierno lance, como la mayor dicha que habia tenido hacía mucho tiempo.

La generosidad de Calvo, que gozaba de mediana fortuna, hizo hallar à los nueve Portugueses mucho menos rigor en su esclavitud. Estaban en Quansi hacìa mas de ocho meses, quando un Miercoles 3. de Julio de 1544. poco despues de media noche se esparciò por la Ciudad un ruido, y confusion tan terribles, que se hubiera creido que el mundo estaba à punto de acabarse.

No atreviendose los Portugueses á fiar en nadie, fueron à casa de Vasco Calvo á preguntarle la causa de este tumulto; pero lo encontraron tan sobresaltado, como á los demàs habitantes. Dixoles llorando, que se sabía con certidumbre, que el Kan de Tartaria venía à invadir á Pekin, con el exercito mas numeroso que jamàs se habià visto desde que los hombres se destruyen con guerras, y que un destacamento de setenta mil caballos habia venido ya à apostarse en la selva de Macataran, distante de Quansi unas dos leguas, baxo del mando del General Tartaro, nombrado Nauticor, cuya intencion sin duda era atacar la Ciudad, á la qual se podia llegar en el espacio de dos, ó tres horas.

Esta noticia puso á los Portugueses en una confusion, que les hizo olvidar quántas veces habian despreciado la muerte como el termino mas feliz de su miseria. Consultaron à Calvo sobre los medios de salvar su vida; pero la zozobra que tenia por sì, y por su familia, les hizo entender que no tendria à bien que se le importunase. Aseguróles que estando ya cercadas de tropa las murallas de la Ciudad, y guardadas con gran cuidado las puertas, habia intentado inutilmente salir de ella. El alboroto, y confusion continuó aumentandose lo restante de la noche, y al salir el Sol se dejaron ver los enemigos con una continencia espantosa. Estaban divididos en diez y seis esquadrones, y

sus

ſus vanderas quarteladas de verde, y de blanco, que ſon los colores del Khan de Tartaria. En eſte orden ſe acercaron à las murallas dando eſpantoſos gritos; echaron mas de dos mil eſcalas que habian trahido, y ſubiendo por todos lados con tanta ligereza, como valor, empezaron un aſalto tan terrible, que toda la reſiſtencia de los ſitiados no pudo detenerlos mucho tiempo. Las puertas fueron forzadas, y toda la Ciudad ſe llenò inmediatamente de eſtos barbaros, que paſaron á cuchillo los habitantes, sin diſtincion de edad ni ſexo. La mortandad durò ſiete dias, deſpues de los quales, contentandoſe con coger el oro, y la plata de las caſas, y templos, acabaron de deſtruirlas á fuego.

El Autor no explica con claridad por què fortuna evitò la muerte; pero habiendo caido en poder del vencedor con ſus ocho compañeros, dà á entender que la qualidad de Eſtrangeros, hizo reſpetar ſu vidá, quando Calvo, y ſu familia fueron ſumergidos ſin duda en las ruinas de Quanſi. Los Tartaros ſe puſieron en marcha hácia Pekin, y habiendoſe acordado dos dias deſpues, que á viſta de un Caſtillo nombrado Nixoancou, habia ſido derrotada una de ſus partidas, reſolvieron ganarlo por eſcalada. Envióſe un deſtacamento para eſta expedicion, y ſe tomaron todas las medidas con mucha prudencia. No obſtante, los Chinos ſe defendieron con tanto valor, que deſpues de haber muerto tres mil Tartaros en el eſpacio de dos horas, obligaron à ſu General á hacer tocar à retirar. Eſta deſgracia le cauſó tanta mayor peſadumbre, quanto las flechas Chinas eſtaban envenenadas con un zumo muy ſutil, que hacian la curacion de los heridos caſi impoſible, ademàs que temia caer en deſgracia del Kan por haber ſacrificado ſus mejores tropas en un negocio tan leve. Penſaba renovar el aſalto, y lavar ſu mancha, ó perecer en èl; pero ſe movió un ſuſurro en el campo, y los mas valeroſos rehuſaron ponerſe en marcha, ſin deliberacion general del conſejo. Nauticor, que tambien ſe nombraba Mitaquer, aunque uno, ú otro de eſtos dos nombres ſería el titulo de ſu empleo, no ſintió eſta declaracion, porque podia ſervir para eſcuſarle del ſucceſo. Tuboſe Junta, y ſe trató el negocio con gran variedad de opiniones. Entretanto un Oficial de conſideracion, que guardaba los Priſioneros, oyendo razonar à los Portugueſes ſobre la empreſa que tenia ocupado á todo el Exercito, les preguntó ſi ſe peleaba en ſu Pais, y ſi tenian inclinacion à las armas. Uno de ellos nombrado Jorge Mendez, reſpondió con baſtante verdad, que toda ſu vida habian paſado en los combates, y que deſde la infancia no habian tenido otro exercicio. Si con tan larga experiencia, replicó el Tartaro, hubieſeis aprendido algun medio de tomar el Caſtillo, no

MENDEZ PINTO.

hay favores que no pudieſeis eſperar del General. Entonces Jorge Mendez, ſin conſiderar à què podia exponerle ſu preſuncion, aſeguró con mucha arrogancia, que ſi Nauticor queria obligarſe en nombre del Khan, con un papel firmado de ſu mano, á hacerlo conducir con ſus compañeros à la Isla de Aynan, para volver deſde alli á ſu Pais, ſe creía capàz de hacerle vencer facilmente todas las dificultades del ſitio. El Oficial admitió con mucha anſia eſta oferta, y la comunicó al inſtante al General.

Yà es tiempo de dejar en boca del Autor lo reſtante de ſu relacion. Mientras que ſe informaba al Conſejo del diſcurſo de Mendez, quedamos tan admirados de ſu audacia, que temiendo yà la venganza de los Tartaros, le reprendimos amargamente haberſe hecho inſtrumento de nueſtra pérdida con promeſas que no eramos capaces de cumplir. Reſpondiónos con una confianza que aumentó nueſtra admiracion, que sería coſa muy eſtraña, que nueve Portugueſes exercitados efectivamente hacía mucho tiempo en las armas, y que debian hallar en ſu memoria el recuerdo de una infinidad de hazañas de ſu Nacion, no eſtubieſen mejor inſtruidos que unos barbaros; que juntando nueſtras luces, y reflexiones ſe prometia que les manifeſtaríamos à lo menos algun medio que ignoraban; y que tal vez nos ſería ſuficiente parecer mas iluſtrados que ellos, para lograr una atencion, que podia conducirnos à la libertad. Añadiò para excitar nueſtro dolor, que en el exceſo de miſeria en que eſtabamos, no merecía conſervarſe nueſtra vida, ſino en tanto que pudieſe contribuir á facilitarnos mejor ſuerte.

Empezamos à mirarle con diſtinto ſemblante, y ſu temeridad nos pareció una inſpiracion del Cielo, que queria tal vez hacerla util para nueſtro remedio. No eſtando ſatisfecho Nauticor del Conſejo, diò con guſto oidos á la oferta que ſe le hizo de nueſtros ſervicios, en eſpecial luego que ſupo que eramos de una Nacion, cuyas conquiſtas habian ſido famoſas en las Indias. Hizonos traher à ſu Tienda cargados de cadenas como eſtabamos, y aunque la noche eſtubieſe muy adelantada, tenia al rededor de sì los principales Oficiales del Campo. Deſpues de diferentes preguntas, á las quales reſpondiò Mendez con atrevimiento, nos hizo quitar una parte de nueſtras priſiones; y intereſandoſe yá en nueſtra conſervacion, nos hizo traher algunos alimentos, que comimos con una anſia, que al parecer le dió mucho guſto. Uno de ſus Oficiales, envidioſo tal vez de verle tan confiado en nueſtro ſocorro, le dijo burlandoſe de nueſtra miſeria 'que aun ,quando ſu bondad no ſirvieſe mas que para librarnos del ham- ,bre, no era emplearla inutilmente; que nos impediria morir de ,flaqueza, y que á lo menos le valdria mil taels, que ſacaría

ría de nueſtra venta en Lanzam.

Eſta chanza, que hizo reir baſtante tiempo à los demàs, parece agradó poco al General, y continuando en hablar con Mendez, y no diſimulando que eſtaba ſatisfecho de ſus reſpueſtas, le ofreciò no ſolo la libertad, ſino toda eſpecie de honras, y beneficios ſi le hacía ganar el Caſtillo con poca pérdida. Mendez tubo la prudencia de decirle, que no podia hablar ſobre eſto ſin haber obſervado la Plaza. Todos alabaron eſta conducta, y los que habian deſconfiado de nueſtras ofertas, formaron mejor opinion de ellas.

Hizoſenos paſar lo reſtante de la noche en una Tienda inmediata, en donde nueſtros rezelos fueron tan grandes, como nueſtras eſperanzas. Sabiendo Mendez que el General había deſtinado treinta hombres para acompañarlo en ſus obſervaciones, pidiò que ſus compañeros aſiſtieſen tambien. Eſte favor ſe nos concedió, pero ſin armas, y ſiempre cargados con una parte de nueſtras priſiones. Deſpues de haber obſervado la ſituacion del Caſtillo, ſobre la qual teniamos conſejo en Portugués mientras nueſtra marcha, concebimos que eſtando cercado de un foſo lleno de agua, que era ſu principal defenſa, y que habian intentado paſar inutilmente los Tartaros, podiamos hacerlo cegar facilmente con faginas, cuyo uſo no conocian; y que valiendoſe de algunos ataques fingidos, que ſe formarian por diverſos lados para dividir las fuerzas de la Guarnicion, el verdadero aſalto, que ſe daría por el paſo que hubieramos abierto, no podia dejar de tener buen exito. Habiendonos coſtado poco eſta deliberacion, causó maravilla nueſtra diligencia, y todavia mas, oirnos aſegurar á Nauticor, que el Caſtillo ſería muy pronto ſuyo, con tan poco trabajo como rieſgo. Hizonos quitar al inſtante lo reſtante de nueſtras cadenas, y en el impulſo de ſu reconocimiento, juró que luego que llegaſe à Pekin nos preſentarìa al Khan, para hacernos recoger los mas glorioſos frutos de ſus promeſas.

Mendez fue mirado al inſtante como ſegundo General, cuyas ordenes debia reconocer todo el Exercito. Dió un modelo de faginas, por el qual ſe hizo à toda prieſa un prodigioſo numero de ellas. Sabiendo ſolo Nauticor nueſtro proyecto, hacian diferentes calculos los Tartaros ſobre ſu uſo. Unos juzgaban que ibamos à hacer al rededor del foſo una hoguera inmenſa, cuya llama ſe apoderaría de la plaza, y conſumirìa á los ſitiados: otros, que conocian lo impoſible de eſta empreſa, ſe figuraban que queriamos levantar ſobre las orillas del foſo un terraplen de madera à la altura de la muralla, para oprimir á los enemigos deſde eſta diſtancia, con la multitud de flechas, y azagayas. Nadie llegò à entender que las faginas, cada una de las quales nadaba por encima del agua, pudieſen formar con el

MENDEZ PINTO. numero un peso capàz de cegar el foso con el socorro de las travesías, y de la tierra que se mezcla en ellas. Tampoco adivinaron el uso de las cestas, y hazadones que hizo traer Mendez de los Pueblos, y Lugares inmediatos, de donde la guerra habia hecho huir á los habitantes. Todo el dia se empleò en estos preparativos. Mendez estubo incesantemente al lado de Nauticor, que le colmaba de favores. Nosotros creimos notar en su continencia un aspecto de orgullo, que se estendia hasta nosotros, y que no pudimos sufrir sin mormullo. Quién sabe, deciamos nosotros, qué nuevas desgracias puede causarnos su temeridad? Si su empresa sale mal, debemos esperar ser victima de la venganza de los Tartaros, y si surte el efecto que deseamos, gozará de todo el favor del Khan, y nuestra mayor fortuna serà tal vez vernos empleados en servirle.

No obstante, se tomaron las medidas con tal acuerdo, que á la mañana del dia siguiente se puso el Exercito en orden de batalla, y se dividió en muchos cuerpos, que se acercaron á las murallas por otros tantos lados diferentes. Cada division debia fingir empezar su ataque, con tan poca precaucion, como el del primer dia, mientras que el principal cuerpo, cuyo mando habia tomado Mendez arrojaria las faginas, y se apresuraría á pasar el foso, para empezar de repente la escalada. Esta operacion se acabó con tanta diligencia, que el enemigo apenas reconoció qué riesgo le amenazaba. Mendez fue el primero que plantó la escala al pie de la muralla, y subimos à ella con él, resueltos á perecer, ó señalar nuestro valor.

La resistencia de los sitiados, fue primero bastante viva; pero el espanto que les causó tan grande numero de Tartaros, que no cesaban de atravesar el foso detràs de nosotros, les hizo perder el valor con la esperanza. Plantamos la primera vandera sobre la muralla, y Nauticor, y sus principales Oficiales, que nos miraban desde la otra orilla, se decian unos á otros con tanta alegria, como admiracion, de dònde nos viene este maravilloso socorro? un Exercito de tales soldados, sería capàz de conquistar la China, y la Tartaria.

Aumentandose la furia del vencedor con el desfallecimiento de los Chinos, se vieron en muy poco tiempo sobre las murallas mas de cinco mil Tartaros, que obligaron al enemigo à retirarse. La carnicería fue tan grande, que en menos de media hora perecieron en todas las partes del Castillo diez mil Chinos, ó Mogols. Nauticor no perdiò mas que ciento y veinte hombres. Abrieronsele las puertas con aclamaciones de la victoria, y fue à la Plaza de armas acompañado de todos sus Capitanes. Su primera diligencia fue quemar en ella las vanderas Chinas, y haciendo despues acercar à Mendez, acompañó el elogio

gio de ſu conducta, y valor con un regalo de dos brazaletes de oro. Noſotros recibimos tambien mueſtras de ſu eſtimacion; pero la mayor ſeñal de conſideracion, ſegun el juicio de los Tartaros, fue comer todos à ſu meſa en el miſmo Caſtillo, en el qual quiſo tener eſta eſpecie de triunfo. Deſpues del banquete manchó ſu gloria con un exceſo de barbaridad. No ſolo hizo pegar fuego á la Plaza, con muchas ceremonias odioſas, ſino que habiendo hecho cortar la cabeza à los Chinos muertos, mandò regar con ſu ſangre todos los lugares que la llama habia deſtruido. Luego que volvió à ſu Tienda, diò mil taels á Mendez, y ciento à cada uno de los otros Portugueſes, cuya deſigualdad fue nueva cauſa de queja para aquellos que ſe creían ſuperiores á él por ſu nacimiento, aunque no pudieſen negar que le debiamos la honra, y la libertad.

Nauticor alzó ſu Campo, y en dos dias de marcha, en los quales deſtruyó quanto encontró al paſo, llegò à dos leguas de Pekin. A la orilla de un rio nombrado Palamacitau encontrò un Principe Tartaro, que venía à darle la enhorabuena de ſus victorias en nombre del Khan, y que le traía un caballo ricamente enjaezado, de aquellos que el Khan montaba, para hacer ſu entrada en la Capital del Imperio Chino. Envió à los Portugueſes, baxo el mando de uno de los ſuyos, al Quartel que habia de ocupar, con promeſa de preſentarlos el dia ſiguiente al Khan. Eſte Principe, á quien habló de ellos el miſmo dia, los juzgò dignos de la libertad; pero un favor tan juſto que el miſmo Nauticor ſe apreſuró à anunciarles, hallò obſtaculo por parte de un ſeñor muy reſpetado, que repreſentò quán importante era para el bien público, no dejar ſalir del Pais unos Eſtrangeros cuyo valor, y luces eran admirados. Exageró la utilidad que ſe podia ſacar de ſus ſervicios, y quànto ſe debia temer de ſu habilidad, ſi otras ideas los hacian paſar al partido de los Chinos. Nauticor reconoció la fuerza de eſtas razones; pero la fidelidad que debia á ſu palabra, y la honra del Khan, á quien no creyó menos obligado à cumplir la ſuya, le hicieron negarſe á dar eſte aviſo à la Corte, y nos encargó eſtubieſemos diſpueſtos el dia ſiguiente para recibir ſus ordenes. Por mucha que fueſe la diſtincion con que ſe nos habia tratado deſde el Caſtillo de Nixoancou, nos admiramos de ver llegar á la hora ſeñalada nueve caballos bien enjaezados, ſobre los quales ſe nos convidó á montar para paſar à ſu Tienda. El entró en una litera, al rededor de la qual iban ſeſenta Alabarderos para ſu guardia, y ſeis Pages con ſu librea en caballos blancos. Noſotros ſeguiamos à los Pages, y cerraba eſte acompañamiento una tropa de Lacayos, con muchos Muſicos à los lados. Al llegar à las primeras trincheras de las Tiendas del Khan, que ſe lla-

llamaba Xuvi apom, ò mas bien Chuchiapom, salió Nauticor de su litera para pedir al Capitan de las puertas licencia de entrar. Nosotros nos apeamos como èl, y habiendose vuelto otra vez á su litera, se acercó por la primera cerca hasta la entrada de un corredor largo, en donde nos mandó lo esperasemos. Alli pasamos algun rato viendo saltar, y dar vueltas à los volatines, que nos causaron poca admiracion. Finalmente, saliendo Nauticor otra vez con quatro Pages, nos introdujo por diferentes habitaciones interiores al quarto del Khan.

Todas estas noticias no merecen suprimirse. Esta tiene no solo gracia en los terminos del Traductor antiguo, sino que representa tan vivamente la grandeza de este Khan de los Tartaros, que parece se le debe alguna excepcion. ‘ Vimos salir, cuenta , Pinto, al General Nauticor, que traía consigo quatro jovenes , muy bellos, vestidos de basquiñas à la moda Turca, guarne- , cidas de vandas verdes, y blancas, con cintas de oro en forma , de grillos encima del tovillo. Los Caballeros que estaban alli , presentes, apenas le vieron, quando se pusieron en pie, y sa- , cando sus alfanges, los tendieron en el suelo con una ceremo- , nia que nos pareció muy buena. No obstante, como tenia- , mos la cabeza inclinada al suelo, uno de estos jovenes nos dijo , en voz alta que nos alegrasemos, porque habia llegado la ho- , ra en que nuestro deseo debia cumplirse, y que segun la pro- , mesa de Nauticor, iba su Amo à darnos libertad. A estas pala- , bras, prosternados como estabamos, respondimos segun el esti- , lo del Pais: Quiera el Cielo colmarnos de tanta fortuna, que , sus pies pisen nuestras cabezas. A esto replicaron: Vuestro de- , seo es bastante grande, quiera el Señor concederos este dón , de riqueza.

, Conduxeronnos de alli á otra galería levantada sobre vein- , te y cinco columnas de bronce, por la qual entramos á una , sala grande, en donde habia muchos Caballeros, y entre ellos , variedad de Estrangeros, Mogoles, Persas, Bardios, Calami- , nhams, y Bramas de Sornau. Despues que atravesamos esta sa- , la sin detenernos en ella á ninguna ceremonia, entramos en , otra que se llamaba Tigihapau, en donde habia muchos hom- , bres armados que estaban en pie puestos en cinco filas á lo lar- , go de la sala. Estos tenian al hombro sus alfanges guarne- , cidos de planchas de oro. Detubieron un rato à Nauticor con , muchos cumplimientos, à los quales añadieron algunas supli- , cas, y recibieron su juramento sobre las mazas que llevaban , los jovenes: cosa que hizo de rodillas, y besó la tierra por , tres veces. Despues de esto se le dió entrada por otra puerta , que estaba al frente, por donde salimos à una plaza grande , hecha en quadro como un Claustro. Alli se veían quatro filas

de

MENDEZ PINTO.

, de eftatuas de bronce en forma de hombres falvages, con ma-
, zas, y coronas todas doradas. Eftos Idolos ò Gigantes, tenian
, cada uno de altura veinte y feis palmos, y feis de ancho, tan-
, to en el pecho, como en las efpaldas. Su roftro era baftante
, feo, y disforme, y los cabellos crefpos como los Cafres. El
, defeo que tubimos de faber qué fignificaban eftas figuras, nos
, lo hizo preguntar á los Tartaros, quienes nos digeron que ef-
, tos eran los trefcientos y fefenta Diofes que habian hecho los
, dias del año; que fe habian puefto alli á propofito, para que
, en fus efigies los adorafe cada uno continuamente por haber
, criado los frutos de la tierra: por ultimo, que el Khan de
, Tartaria los habia hecho tranfportar alli de un gran Templo
, nombrado Angicamoy, que habia tomado en la Ciudad de
, Xipoton en la Capilla de los Reyes de la China, à fin de triun-
, far de ellos quando volviefe á fu Pais, para que fupiefe el
, Mundo que en defpique del Rey de la China, habia cautiva-
, do fus deidades. En efta mifma plaza, en un lugar plantado
, de naranjos, cercado de una empalizada de yedra, de ro-
, fales, de romeros, y de diverfas flores, que no tenemos en
, Europa, fe veía una Tienda hecha con todo primor fobre
, doce varandillas de palo de alcanfor, cada una con quatro trozos
, de plata, en forma de cordon, de mas gruefo que el brazo. En
, efta tribuna habia un trono baftante bajo de la hechura de un
, altar, adornado de follages de oro fino, con un dofél en lo
, alto, fembrado de eftrellas de plata, en donde fe veìan el Sol,
, la Luna, y algunas nubes, unas blancas, otras como las que
, fe ven en tiempo de lluvia, efmaltadas todas tan al natural, y
, con tanto artificio, que engañaban la vifta de los que las mira-
, ban, porque parece llovia verdaderamente. En medio de efte
, trono eftaba echada en una cama una eftatua grande de
, plata, nombrada Abican-Nilancor, que fignifica falud de los
, Reyes, la qual fe habia cogido tambien en el Templo de
, Angicamoy. Además, al rededor de efta mifma eftatua, fe
, veìan treinta y quatro Idolos de la altura de un niño de cinco,
, ó feis años; los quales eftaban colocados en dos filas, y puef-
, tos de rodillas con las manos levantadas como para adorarla.
, A la entrada de efta mifma Tienda habia quatro Caballeros jo-
, venes ricamente veftidos, los quales con fu incenfario en la
, mano, hacian ronda de dos en dos, y defpues al fón de una
, campana que tocaban, fe profternaban, y fe incefaban unos
, á otros. Para la guardia de efta Tienda habia fefenta Alabar-
, deros, que eftando un poco diftantes de ella, la cercaban
, toda al rededor. Iban veftidos de pellejo de color de bronce,
, y llevaban en la cabeza morriones muy bien trabajados; todas
, las quales cofas juntas eran objetos muy agradables, y magef-
tuo-

MENDEZ PINTO.

, tuosos. Al salir de esta Plaza, entramos en otra habitacion, en, donde habia quatro quartos muy grandes, ricos, y bien adornados, y en ellos muchos Caballeros, tanto Estrangeros, como del Pais. De alli, pasando adelante, à donde, Nauticor, y los jovenes nos conducian, llegamos à la puerta, de una sala grande, baja, hecha á modo de Iglesia, en donde, habia seis Uxieres con sus mazas, los quales con un nuevo, cumplimiento que hicieron à Nauticor, nos mandaron entrar à todos. En esta sala estaba el Khan de Tartaria, acompañado de muchos Principes, Señores, y Capitanes, entre los, quales estaban los Reyes de Pafna, Mecui, Capiper, Raja-Benan, Anchesacotay, y otros, en numero de catorce, quienes con vestidos muy ricos, estaban todos sentados al pie de, la tribuna, apartados dos, ò tres pasos. Un poco mas allà se, veían treinta y dos mugeres muy hermosas, que tocando diferentes instrumentos de musica, hacían un concierto muy, dulce al oìdo. El Rey estaba sentado en su trono, debajo de, un dosél rico, y tenia al rededor de sí doce niños de rodillas, con mazas pequeñas de oro, en forma de cetros, que llevaban sobre los hombros. Mas atrás habia una doncella joven en extremo hermosa, y ricamente vestida, con un abanico en la mano, con el qual daba ayre al Khan. Esta era hermana, de Nauticor nuestro General, y muy estimada del Khan, que, era de unos quarenta años de edad, de estatura alta, bastante, flaco, y de buen rostro. Tenia la barba muy corta, los vigotes á la moda Turca, los ojos como de Chino, y el mirar, severo, y magestuoso. En quanto à su vestido, era morado, de, la hechura de una sotana á la moda Turca, guarnecido de perlas, y en la cabeza llevaba una celada de raso del mismo color, con una rica guarnicion de diamantes, y rubíes entremezclados. Su calzado eran sandalias verdes de cañutillo de oro con muchas perlas. '

Despues de haber entrado diez, ò doce pasos en la sala, hicimos nuestro cumplido con diferentes ceremonias, que se nos habian enseñado. Entonces dijo el Khan à Nauticor: Pregunta á estas gentes de la extremidad del Mundo si tienen Rey, y còmo se llama su Pais, y quànto dista de la China, en donde me hallo al presente. ' Uno de nosotros respondiò que nuestro Pais se llamaba Portugal; que teniamos un Rey muy poderoso, y que desde su Capital hasta Pekin el viage era de, tres años. ' Esta respuesta admiró mucho al Khan, que no creìa que el Mundo fuese tan dilatado. Diose tres veces en el muslo con una varilla que tenia en la mano, y levantando los ojos al Cielo, manifestò su admiracion con algunas palabras, en las quales nombró á los hombres miserables hormigas. Habien-

biendonos hecho señal despues para acercarnos al primer escalon del Trono, en donde estaban sentados los catorce Reyes, nos preguntò con la misma especie de admiracion quánto? y nosotros le repetimos tres años. Quiso saber por qué no habiamos venido por tierra, mas bien que por Mar, en donde eran continuos los riesgos? y respondimos que eran todavia mayores por tierra en una inmensa extension de Paises, que estaban poblados de diferentes Naciones. Qué venis pues á buscar aqui, añadiò el Khan, y por què os exponeis à tantos peligros? luego que respondimos á esta pregunta, estubo por algun tiempo en silencio; y moviendo despues tres, ó quatro veces la cabeza, dijo á los que estaban junto à él: ' que sin duda habia mucha ambicion, y poca justicia, en nuestro Pais, pues veniamos de tan lejos à conquistar otras, tierras. ' Este discurso, y la respuesta de un Señor anciano à quien particularmente se dirigia, movieron muchos aplausos, que interrumpió la musica por algunos instantes, y el Khan pasó á un quarto con la sobrina de Nauticor, quien recibiò orden de quedarse; pero este nos mandó decir que volviesemos à nuestra Tienda, y nos fiasemos en los buenos oficios que nos haría cerca del Khan.

Sin embargo, quarenta y tres dias se pasaron sin ninguna mudanza en nuestra suerte. El sitio se adelantó con mucho vigor; pero los Chinos no obraban con menos en su defensa. En el Campo se habian esparcido enfermedades de que morian cada dia quatro, ó cinco mil hombres; y la creciente de los dos rios de que está regado este Pais, hacía en estremo dificil el transporte de los viveres. El invierno, además, se iba acercando, y se presentaban otros obstaculos, que empezaban á desanimar à los Tartaros. Tubose Consejo general, en el qual se representó al Khan alzar el sitio para salvar el Exercito. Esta humillacion le pareció inexcusable, quando supo que en seis meses y medio que hacía que estaba delante de la Plaza, habia perdido un tercio de sus Tropas, y que una parte de su Campo estaba inundado. Toda la Infantería se embarcó con lo restante de las municiones, y el Khan se puso en marcha á la frente de tres mil caballos, en lugar de seiscientos mil con que habia entrado en la China.

Sus destrozos continuaron hasta la gran muralla, que volviò á pasar sin oposicion por la puerta de Singrachirau. Habiendo pasado de alli á Panquinor, primera Ciudad de sus Estados, que no distaba mas que tres leguas de la muralla, llegó el dia siguiente à Psipator, en donde despidió sus tropas. Su sentimiento se manifestaba en todas sus resoluciones. No habia conservado mas que diez, ò doce mil hombres, con los quales se embarcó tan disgustado, que al llegar seis dias despues à Lanzame, desembarcò alli por la noche, despues de haber prohibido todas las ex-

MENDEZ PINTO.

presiones de alegria con que se queria celebrar su vuelta.

En esta Ciudad esperó que llegase su Infantería, que empleò veinte y seis dias en entrar otra vez en sus Estados. Despues, llevado de su inquietud, fue á Tuymicau, otra Ciudad de su Imperio, en donde le visitaron los Principes vecinos, y los Embaxadores de muchos grandes Reyes muy distantes. (Para formar una justa idea de la grandeza de los Tartaros en este siglo, es necesario volver al Tomo segundo de esta Recolecion. Pinto hace aqui una descripcion de las Embaxadas, que merece darse en favor de la Geografia del mismo tiempo: ' Las principales fueron la de Cha-tamas, Rey de los Persas, la de Siamon, Emperador de los Gucos, cuyo Pais es fronterizo à el de Brama, y de Tangu, la de el Calamtham, de que hablaré en adelante; la del Sornau de Odia, que se hace nombrar Rey de Siam, cuyo Reyno se acerca por setecientas leguas de Costa al de Tanaserim, y por el lado de Champa, linda con los Malayos, los Verdios, y los Patanes, y por el corazon del Pais con Pasioloco, Capimper, y Chiamnay, como con los Laos, y los Gucos, de modo que cuenta diez y siete Reynos en sus Estados; la del Rey de los Mogores cuyo Estado està en lo interior de las tierras, junto à los Corazones, Provincia inmediata á Persia, y al Reyno de Deli, y de Chitor: Finalmente, la de un Emperador nombrado Caran, que tiene los limites de su soberanìa en las montañas de Goncalidau, sesenta grados mas allá, y cuyos vasallos se nombran Moscovitas. Vimos algunos de ellos en esta Ciudad, que eran rubios, de buena estatura, y llevaban calzones, casacas, y sombreros, como los Flamencos, y Suizos. Los mas distinguidos usaban de vestidos aforrados de pieles, y de martas cevelinas. Todos llevaban espadas grandes, y anchas, y notamos que en su lengua usaban de algunas palabras latinas, y tambien que al bostezar repetian tres veces Dominus, Dominus, Dominus, que manifestaba en ellos mas idolatría, que religion. Lo peor era que estaban en extremo entregados al detestable pecado de Sodomìa. ' El Autor describe tambien la entrada del Embaxador de Moscovia, con tanta admiracion, como si este Pais, y sus habitantes no hubiesen sido conocidos entonces de lo restante de la Europa. La comitiva de este Embaxador, dice, era tan magestuosa, y magnifica, que se hacía juicio que eran vasallos de algun Principe rico, y poderoso.)

Las fiestas con que fingió hacer brillar su poder, y aun la que hizo por el casamiento de la Princesa Meica-Vidau su hermana, que hacía pedir el Emperador Caran por medio de su Embaxador, no sosegaron su espiritu. Preocupabale el sitio de Pekin, que queria empezar de nuevo à la entrada del buen tiempo, á cuyo

fin

fin convocò los Eſtados de ſu Imperio, y formò nuevas ligas con ſus vecinos. La honra que nos hacia algunas veces de conſultarnos, parece alejaba de dia en dia nueſtras eſperanzas de libertad, por lo qual reſolvimos inſtar à Nauticor, que ſe habia hecho como fiador de ſus promeſas. Hizonos temer tanta dificultad, quanto el Khan le habia propueſto deſpues de ſu vuelta inclinarnos á ſu ſervicio con todo genero de beneficios. Jorge Mendez no se habia hecho rogar mucho para admitir un eſtablecimiento, y ſe empezaba á creer que ſus compañeros olvidarían con la miſma facilidad ſu Patria; y ya habia yo notado que con eſte fin nos trataban los Tartaros con mas confianza, y afecto.

Sin embargo, Nauticor no ſe creyó exonerado de ſu palabra para ſervirnos con todo ſu empeño. Prometiendo hablar de noſotros al Khan, nos dijo que para diſponerlo mejor en nueſtro favor, le repreſentaría que teniamos en Europa hijos huerfanos, que no podian mantenerſe ſin nueſtro ſocorro, y que no dudaba que eſte motivo fueſe capàz de vencerlo. Eſtabamos muy agenos de eſperar buen exito deſpues de tantos egemplares, que habiamos tenido de la dureza de los Tartaros, y tubimos ocaſion de admirar la mezcla de ternura, y ferocidad de que ſe compone el caracter humano. Habiendo explicado Nauticor nueſtra ſuplica en los terminos que ſe habia propueſto, parece lo oyó el Khan con algun ſentimiento de compaſion. Dijole: Pues bien, me alegro mucho de que tengan en ſu pais tan juſtos motivos de abandonar mi ſervicio, los quales me hacen conſentir con mas guſto en concederles lo que les has prometido en mi nombre. Noſotros eſtabamos detras de Nauticor, que nos habia mandado le ſiguieſemos, y el impulſo de nueſtro gozo nos hizo beſar tres veces la tierra, diciendo en la lengua, y ſegun el eſtilo del Pais: ‘ Deſcanſen tus pies ſobre mil generaciones, para que ſeas , ſeñor de los que habitan la tierra. ‘ Eſta expreſion parece agradò al Khan, quien dijo à los Señores que eſtaban à ſu rededor. ‘ Eſ, tas gentes hablan como ſi ſe hubieſen criado entre noſotros. ‘ Entonces, fijando los ojos en Mendez, que eſtaba al lado de Nauticor, y tú, le dijo, haces animo de dejarme? Mendez, que ſe habia enternecido con eſta pregunta, reſpondió: ‘Por lo que á mi , toca, ſeñor, que no tengo muger ni hijos, á quien mi ſocorro , ſea neceſario, lo que unicamente deſeo es ſervir à V. M., y no , trocarìa eſta felicidad por la de ſer Emperador de Pekin mil , años. El Khan le manifeſtò ſu ſatisfaccion ſonriendoſe. ‘

Retiramonos con grande alegria para diſponernos á marchar. Tres dias deſpues, á inſtancias de Nauticor, nos envió S. M. dos mil taels, y nos encomendó á los Embaxadores, que enviava á la Corte de Uzanguay, Capital de la Cochinchina. Finalmente, partimos con ellos. Jorge Mendez nos regalò mil taels, liberalidad

que no podia empobrecerlo, porque ya tenia seis mil de renta. Acompañónos el primer dia de nuestro viage, sin poder contener las lagrimas, quando se le representaba el perpetuo destierro á que se habia condenado voluntariamente.

§. V.

Vuelta del Autor á las Indias despues de su esclavitud.

HAbiendo partido de Tuimicam el nueve de Mayo de 1545. llegamos por la tarde à una Ciudad nombrada Guatipamear, célebre por su Universidad, en donde fuimos tratados con mucho agasajo, baxo la proteccion de los Embaxadores. El dia siguiente fuimos à pasar la noche á Puchanguim, Ciudad pequeña, pero defendida por fosos muy anchos, y por muchas torres, y valuartes. Al tercer dia pasamos à una Ciudad mas considerable, que se nombraba Euxellu.

Cinco dias despues, sin dejar de seguir el rio, llegamos à la puerta de un Templo grande nombrado Singuefatur, junto al qual se veía un cercado de mas de una legua de circunferencia, en el que habia ciento sesenta y quatro casas largas, y anchas, ò mas bien otros tantos almacenes llenos de cabezas de muertos. Fuera de estos edificios se habian formado tan grandes pilas de otros huesos, que subian muchas brazas encima de los tejados. Un cerrillo que se elevaba del lado del Sud, presentaba una especie de plataforma, à la que se subia por nueve lineas de escalones de hierro, que conducian á quatro puertas. La plataforma servia como de pedestal à la mas alta, mas disforme, y mas espantosa estatua que pueda representarse à la imaginacion, que estaba en pie, pero arrimada á una torre de piedra fuerte de sillería. Era de hierro fundido, y su disformidad no impedia admitiese mucha proporcion en todos sus miembros, à excepcion de la cabeza, que parecia demasiado pequeña para tan grande cuerpo. Este monstruo sostenia en las dos manos una prodigiosa bola de hierro. Pedimos al Embaxador de Tartaria, nos explicase què significaba un monumento tan vizarro. Dixonos que este personage cuya grandeza admirabamos, era el guarda de los huesos de todos los hombres, y que en el ultimo dia del Mundo, en que habian de renacer, nos daría à cada uno los mismos huesos que habiamos tenido en nuestra primera vida, porque conociendolos todos, sabria distinguir à què cuerpo habian correspondido; pero que à aquellos que no le honrasen, ni le hicie-

ciesen limosna en la tierra, daria los huesos mas podridos que pudiese hallar, y aun algunos de menos, para hacerlos estropeados, é imperfectos. Despues de esta curiosa instruccion, nos aconsejó el Embaxador dejasemos alguna limosna à los Sacerdotes, y se gloriò de darnos exemplo. Las fabulas que nos habia contado excitaron nuestra compasion; pero dimos mas credito à su testimonio, quando nos aseguró que las limosnas que se hacían á este Templo, ascendian cada año á mas de dos mil taels, sin comprender lo que se sacaba de las capillas, y de otras fundaciones de los principales Señores del Pais. Añadiò que servian al Idolo un grandisimo numero de Sacerdotes, á quienes se hacian regalos continuos, pidiendoles sus oraciones por los muertos, cuyos huesos guardaban; que estos Sacerdotes nunca salian de la cerca sin licencia de sus superiores, que nombraban Chisangues; que no les era permitido sino una vez al año violar dentro de la cerca la castidad à que se habian obligado, á cuyo fin habia mugeres destinadas; pero que fuera de sus murallas podian entregarse impunemente à todos los placeres sensuales.

El dia siguiente llegamos à una Ciudad muy hermosa nombrada Quanginau, en donde pasaron los Embaxadores tres dias enteros, para asistir á las fiestas que celebraban los habitantes en honra del Goua Talapicor, ó de su supremo Pontifice, que iba á la Corte del Kham á consolarle de su desgracia en el sitio de Pekin. (Sin duda este es el que otros Viageros nombran el Gran Lama, porque este rumbo se debe suponer entre el Tibet, y la China.) Entre diferentes favores que concediò el Talapicor á los Tartaros de Quanginau en recompensa de su zelo, fue crearlos á todos Sacerdotes, con facultad de exercer todas las funciones de este ministerio, en toda especie de lugares, y de recibir las limosnas dedicadas á este estado. Un Embaxador de la Cochinchina, que volvia de Tuimicam á su Corte, con el de Tartaria, y que hizo en Talapicor algunas expresiones extraordinarias de respeto, y de zelo, recibió al instante el premio, que fue poder legitimar con nuevos parentescos á los que comprasen de él este favor, y el derecho de dar à los Señores de la Corte titulos, y insignias de honor. Dos gracias de esta importancia envanecieron de tal modo al Embaxador, que sin embargo de la avaricia que hasta entonces se le habia notado, diò todo su caudal al Gran Sacerdote, hasta verse obligado á pedirnos prestados los dos mil taels que habiamos recibido del Kham, y de los quales nos pagó en su Patria el redito de quince por ciento.

Continuamos bajando el rio por espacio de quatro dias, en los quales vimos sobre las dos orillas muchas Ciudades, y Pueblos grandes. Nuestra primera mansion fue en Lechune, Capital de la Religion Tartara, en donde se veía un Templo suntuoso con di-

MENDEZ PINTO.

diferentes edificios, que contenian los sepulcros de veinte y siete Khams, Emperadores de Tartaria. Lo interior de las capillas estaba vestido de planchas de plata, con diferentes Idolos del mismo metal. A alguna distancia del Templo, hácia el Nord, se nos enseñó un cercado de bastante estension, en el qual habia entonces doscientos ochenta Monasterios de ambos sexos, consagrados al mismo numero de Idolos, en donde se nos aseguró que no habia menos de quarenta y dos mil personas dedicadas á la vida religiosa, sin comprender los criados que se empleaban en su servicio. Entre los edificios, vimos una infinidad de columnas de bronce, y sobre cada una un Idolo dorado. Uno de estos Monasterios, dedicado á Quiay-Frigau, esto es al Dios de los atomos del Sol, habia sido fundado por una hermana del Kham, viuda de un Rey de Pagna, à quien la muerte de su marido habia movido á encerrarse con seis mil mugeres, que la habian seguido. Por humildad habia tomado un nombre Tartaro, que significaba escoba de la casa de Dios. Los Embaxadores se impusieron la obligacion de irla a besar los pies, cuya muestra de respeto recibiò con mucha bondad; pero habiendo puesto los ojos en nosotros, y informadose quienes eramos, parece le causó mucha admiracion saber por la relacion de los Embaxadores, que habiamos venido de la extremidad del Mundo, y de un Pais cuyo nombre no conocian los Tartaros. Su curiosidad le avivò tanto, que nos detubo por mucho tiempo con preguntas ingeniosas. Razonaba con bastante exactitud sobre nuestras respuestas, y con la satisfaccion que le causaron, declaró que nos habiamos criado entre Pueblos mas ilustrados que los Tartaros. Finalmente, habiendonos despedido dandonos gracias, nos mandò regalar cien taels. (Las conjeturas serían inutiles sobre unos nombres, y Reynos, cuya mayor parte no subsisten ya. En los Tomos antecedentes se han visto las revoluciones de la Tartaria, y de los Paises vecinos, y el poco conocimiento que nos ha quedado de ellos.)

Cinco dias despues llegamos à una Ciudad grande nombrada Rendacalem, situada en los ultimos confines de la Tartaria. Habiendo entrado desde alli en el Reyno de Chinaygrau, en catorce dias llegamos á Voulem, en donde se recibiò à los Embaxadores con mucho agasajo, y se les dieron guias, ò Pilotos, que nos eran necesarios para seguir los rios por un grande numero de comunicaciones. Continuamos adelantandonos por siete dias, en los quales no vimos cosa alguna notable hasta el Estrecho de Cateneur, por el qual tubieron por conveniente pasar nuestros Pilotos, tanto para cortar camino, como para evitar el encuentro de un famoso Corsario que habia desolado todas estas Comarcas. Desde alli, gobernando primero al Est, y variando despues con las

las vueltas del agua, entramos en el lago de Singapamor, que nombran los habitantes del Pais Cunebetay, y cuya extenſion, ſegun el teſtimonio de los Pilotos, es de unas treinta y ſeis leguas. En èl vimos un prodigioſo numero de toda eſpecie de pajaros. De eſte lago, que ha pueſto la Naturaleza en el centro de la tierra, ſalen quatro rios muy anchos, y profundos, de los quales el primero, nombrado Ventinau, atravieſa en derechura al Oueſt todo el Pais de Sornau, y entra en el Mar por la barra de Chiantabu à veinte y ſeis grados. El ſegundo, que ſe llama Jangumaa, corre del Sud al Sud Eſt, y atraveſando los Reynos de Chiamnay, de los Laos, de los Guers, y una parte del Dambambiure, llega à el Mar por la barra de Martaban en el Reyno de Pegu. De una à otra embocadura ſe cuentan mas de ſetecientas leguas de diſtancia por los grados de eſtos climas. El tercero, nombrado Ponſileu, atravieſa el Pais de Capimper, y de Socotay, riega deſpues todo el Imperio de Monginoco con una parte de Meletay, y de Sabadi, y vá à deſaguar en el Mar por la barra de Coſmin junto à Racan. El nombre del quarto no era conocido de nueſtros Pilotos, ni de los Embaxadores; pero hay mucha apariencia que ſea el Gange, que baja al Reyno de Bengala. Deſpues de haber atraveſado el Lago, llegamos en ſiete dias á viſta de una Ciudad nombrada Celeyput, cuyos habitantes nos apartaron de ſu ribera à flechazos, y pedradas. Como los viveres nos empezaban á faltar, entramos al inſtante por conſejo de nueſtros Pilotos en un rio mas ancho, que nos condujo en nueve dias á Tarem, Ciudad conſiderable, cuyo Señor, reconociendoſe ſubdito de la Cochinchina, recibiò al Embaxador del Rey, ſu Amo, con todas las mueſtras poſibles de reſpeto, y de amiſtad.

Habiendo partido el dia ſiguiente al ponerſe el Sol, continuamos bajando el rio por ſiete dias, deſpues de los quales dimos fondo en el Puerto de Jolor, Ciudad grande, en donde ſe hace la porcelana eſmaltada, que ſe tranſporta á la China. Los Embaxadores ſe detubieron aqui cinco dias, de los quales emplearon parte en viſitar unas minas muy ricas de plata, que habia hecho abrir el Rey de la Cochinchina en eſte diſtrito. De ellas vimos ſacar una porcion conſiderable de mineral, y mas de mil hombres eſtaban empleados en eſte trabajo. Habiendo preguntado los Embaxadores, qué cantidad de plata daban cada año, ſe les reſpondió que haſta entonces habian dado ſeis mil Picotes, que ſon ocho mil quintales de Europa.

Deſpues de ſalir de Jolor, nos preſentaron las dos margenes del rio por mas de cinco dias, un grande numero de Pueblos grandes, y de Ciudades hermoſas. La tierra es excelente en eſte clima, y por todas partes eſtan cubiertos los campos de trigo, de arroz, de todas eſpecies de legumbres, y de cañas grandes

de

MENDEZ PINTO.

de azucar, que ſe ven aqui en prodigioſa abundancia; por cuya razon es el Pais rico, y muy poblado. Los habitantes van regularmente veſtidos de ſeda, y montados en caballos bien enjaezados. Las mugeres ſon hermoſas, y de eſtremada blancura.

No ſin mucho trabajo, y rieſgo ſeguimos en eſte lugar el rio de Ventinau, porque regularmente ſuben por él muchos Piratas. No obſtante, bajamos felizmente haſta Manaquileu, Ciudad ſituada al pie de las montañas de Chomay, que ſeparan la Cochinchina del Imperio Chino. Aqui dejamos nueſtras barcas para ir à dormir el dia ſiguiente en Quinancaxi, dominio de una tia del Rey, á quien viſitaron los Embaxadores. Dixoles que ſu ſobrino habia vuelto de la guerra de Timochocos, deſpues de haberla concluido felizmente, y que ſe habia retirado hacía un mes à Fanaugrem para divertirſe en la caza, con la mira de ir à paſar el invierno en Uzanguay Capital de ſu Imperio. Eſte aviſo les hizo tomar la reſolucion de enviar barcas à Uzanguay, mientras que con una comitiva poco numeroſa, iban ellos à rendir ſus primeros reſpetos al Rey. Noſotros fuimos nombrados para acompañarlos.

Trece dias ſe emplearon en andar ochenta y ſeis leguas, atraveſando muchas montañas, en donde los caminos eran muy dificiles, y de donde bajamos á un Pueblo grande nombrado Tornadachu, ſituado á la margen de un rio. De alli fuimos el dia ſiguiente à Lindapamo, cuyo Gobernador, pariente del Embajador Cochinchinés, habia llegado hacía algunos dias de Fanaugrem, que no eſtà mas que quince leguas. Dixole que mientras la manſion que habia hecho en la Corte del Khan, habiendo muerto el marido de ſu hija, ſe habia arrojado éſta á la hoguera, que ſe habia encendido para èl, y habia concluido alli generoſamente ſu vida. Lejos de llorar ſu muerte, levantando el Embaxador los ojos al Cielo, la dió el parabien de ſu valor, y ſe lo diò á ſí miſmo de tener una hija en la manſion de la felicidad, y de la ſantidad, prometiendola ſolemnemente hacerle conſtruir un Templo tan magnifico, que la daría deſeo de dejar el Cielo para venir á habitarlo. Habiendoſe proſternado deſpues el roſtro contra el ſuelo, eſperò en eſte eſtado la viſita de los Religioſos del Pais, que vinieron à aſegurarle que ſu hija era ſanta, y à concederle el permiſo de erigir una eſtatua de plata en ſu honra. Eſtas razones lo liſonjearon tanto, que les manifeſtó ſu agradecimiento con grandes regalos. Noſotros aſiſtimos á las ceremonias funebres, con las quales ſatisfizo ſu cariño. El dia ſiguiente fuimos á un Monaſterio nombrado Latiparau, eſto es, remedio de los pobres, en donde los dos Embaxadores, que habian hecho participar al Rey ſu llegada, ſe proponian eſperar ſus ordenes. Eſte Principe les mandó decir que ſe acercaſen haſta

la

la Ciudad de Agimpur, que no eſtà mas que una legua de Fanaugrem, y tres dias deſpues envió á recibir al Embaxador Tartaro, un Principe nombrado Paſilau Vacam, pariente cercano de la Reyna. La magnificencia de ſu acompañamiento nos causó admiracion. Iba en una galera que tenia tres ruedas à cada lado, guarnecida de planchas de plata, y tirada por quatro Caballos blancos, cuyas guarniciones tenian un bordado de oro muy grueſo. Seſenta Lacayos que la cercaban en dos filas, llevaban veſtidos de pellejo verde, y cimitarras, cuyas baynas eſtaban cubiertas de planchas de oro. A eſtas dos filas ſeguia otra tropa armada de alabardas, y de cimitarras guarnecidas de plata, y veſtida de ſeda verde, y parda. Ochenta Elefantes ricamente enjaezados, ſeguian à eſta guardia, con caſtillos pequeños ſobre el lomo, y muchas campanas del miſmo metal, que les colgaban al rededor del cuello. Precedianlos muchos Oficiales à caballo, y los ſeguian doce galeras con cubiertas de ſeda. Los Muſicos, en muy grande numero, que iban entremezclados en eſta marcha, llevaban timbales, y otros inſtrumentos de plata.

Habiendo llegado el Principe con eſte acompañamiento al alojamiento del Embaxador Tartaro, le ofreciò deſpues de algunos cumplimientos la galera en que habia venido; y habiendo montado deſpues á caballo, ſe puſo á ſu derecha, y el Embaxador de la Cochinchina á la izquierda. En eſte orden ſe caminò con el miſmo acompañamiento, y pompa haſta el primer patio del Palacio del Rey, en donde toda la Nobleza formaba un concurſo lucido. Desde alli se acercaron los dos Embaxadores á pie haſta la puerta del Palacio. Habiendoſe preſentado para recibirlos un Señor anciano, tio del Rey, beſaron la cimitarra que llevaba á la cintura, honra que les concediò uno deſpues de otro, y à la qual añadió otra, que ſe tiene por grande diſtincion en la Cochinchina, que fue ponerles la mano ſobre la cabeza mientras eſtaban proſternados delante de él. Entonces alzò à toda prieſa al Tartaro, y haciendole ir à ſu lado, lo conduxo por una ſala muy larga hácia la puerta que eſtaba al extremo de ella, á la qual llamò tres veces. A la tercera se preguntò quién era, como ſi no ſe le eſperaſe, y qué buſcaba en la habitacion del Rey. A eſto reſpondiò: ‘ Por un uſo antiguo de amiſtad, un Embaxador del ‚ gran Chinarau de Tartaria, ha venido á pedir Audiencia al ‚ Prechau Guimiam, ſeñor de nueſtras cabezas.’ Al inſtante ſe abrieron las puertas, y el tio del Rey paſó el primero, llevando de la mano al Embaxador de Tartaria. El del Pais ſeguia inmediatamente, conducido por el Capitan de Guardia, que lo llevaba del miſmo modo. Todas las gentes de ſu comitiva recibieron orden de paſar de tres en tres. Noſotros entramos en una ſala mucho mas hermoſa, en donde vimos ſeſenta y quatro eſtatuas de bron-

MENDEZ PINTO.

ce, y diez y nueve de plata, todas asidas por el cuello con cadenas de hierro. Dixosenos para satisfacer nuestra curiosidad, que estos eran los ochenta y tres Dioses de los Timochocos, que les habia cogido el Rey en la ultima guerra, y que debia conducir en triunfo à su entrada en la Capital.

Despues de esta sala, pasamos á un quarto muy espacioso, en donde muchas mugeres hermosas estaban sentadas, unas trabajando en diferentes obras, y otras cantando, ó tocando algunos instrumentos de musica. Mas allá, à la entrada del quarto del Rey, hallamos otras seis mugeres que hacian el oficio de nuestros Uxieres de Càmara, con mazas de plata. Estas nos abrieron la puerta, y lo primero que se presentò á nuestra vista fue el Rey, y algunos ancianos que tenia al rededor de sì. Estaba sentado sobre un Trono de ocho escalones en forma de altar, cubierto con un dosél, sostenido por columnas, vestidas, como tambien el Trono, de planchas de oro. Seis niños pequeños puestos de rodillas junto á él, tenian cetros de oro en la mano. Un poco mas allá algunas mugeres ancianas que llevaban rosarios grandes al cuello, refrescaban el ayre con sus abanicos. Otras muchas mugeres, pero mas jovenes, que estaban repartidas por el quarto, tocaban ciertos instrumentos, à los quales acompañaban con su voz diferentes doncellas.

El Rey de la Cochinchina parecía de unos treinta y cinco años de edad: tenia los ojos grandes, la barba roja, la fisonomìa grave, y severa, y todas las muestras de un gran Monarca. Las ceremonias de la Audiencia fueron tan simples, como magestuoso el preludio. Despues de un cumplimiento muy corto, al que respondió el Rey en pocas palabras, empezó de nuevo la musica hasta la partida del Embaxador; y este Principe le dixo al despedirle, que leeria la carta del Chinarau su hermano, para responder à los testimonios de su amistad.

Trece dias despues partió para Uzanguay; pero en otra Audiencia le hablò el Embaxador de nosotros, segun sus instrucciones. La harenga, y súplica que le hizo en nombre del Kham, de facilitarnos los medios de volver á nuestra Patria, fue recibida con tanta mas benignidad, quanto no se reducia mas que á hacernos conducir à algun Puerto, en donde tubiesemos esperanza de hallar algun Navio Portuguès. Con S. M. pasamos á Uzanguay. El primer dia fue à comer à una Ciudad pequeña nombrada Venau, en donde habiendose detenido hasta por la tarde, pasó la noche en un Monasterio inmediato, que se nombra Pomgatur. El dia siguiente fue á marcha muy lenta á Mecay; y por nueve dias continuó atravesando un grande numero de Ciudades, sin permitir que se hiciese en ellas el menor gasto para su recibimiento. ‘ Estos regocijos públicos, decia, eran ocasion para

, ra los Oficiales de exercer ſu tiranìa ſobre los pobres. ' Su comitiva, compueſta de unos tres mil caballos, obſervaba una diſciplina correſpondiente á eſte principio. El noveno dia llegó à Lingator, Ciudad ſituada junto á un rio ancho, y profundo, en donde ſe juntan los Navios en muy grande numero. Su diverſion en eſte viage era la caza, particularmente la de la volatería, que tenian diſpueſta ſus Oficiales al paſo. Deteniaſe poco, y por lo regular paſaba la noche en una Tienda que hacìa poner en medio de los boſques. Al llegar al rio de Baguetor, uno de los tres que ſalen del Lago de Famſtir en Tartaria, continuò el viage por agua, haſta Nativaſoy, Ciudad grande, en donde deſembarcò ſin ninguna pompa, para acabar por tierra lo reſtante del viage.

La entrada que hizo en ſu Capital, ſolo fue una pompa militar. En ella ſe llevaron todos los deſpojos de los enemigos, que habia vencido, de los quales los principales, ó á lo menos los que eſtimaba mas, eran los Idolos que habiamos admirado en Fanaugrem. Los Sacerdotes cautivos, iban encadenados al rededor de las galeras. Detrás de ellos ſeguian otras quarenta galeras, tirada cada una por dos Rinocerontes, y llenas de armas, y de vanderas. Otras veinte que venian detrás, llevaban veinte cajones grandes barreados de hierro, en los quales, ſe nos dijo que habia hecho encerrar el teſoro de los Timochocos. A eſtas ſeguian doſcientos y ſeſenta Elefantes, que les habia cogido con ſus Caſtillos, y Panures de guerra, que ſon una eſpecie de eſpadas que ſe les pone entre los colmillos para pelear. Cerraba eſta marcha un grande numero de caballos, que llevaban en ſacos las cabezas, y hueſos de los muertos.

En un mes entero que paſamos en eſta Ciudad, fuimos teſtigos de muchas fieſtas; pero eſtos regocijos barbaros, y las ofertas con que ſe procuró detenernos en ſervicio de la Corte, no nos hicieron perder la ocaſion de un Navio que partia para las coſtas de la China, de donde haciamos cuenta de poder volver con facilidad á Malaca. Alzamos velas el doce de Enero de 1546. con una grande ſatisfaccion de habernos libertado de tan largas deſgracias. El Necoda ò Capitan de nueſtro bordo, tenia orden de tratarnos con humanidad, y de favorecer todas nueſtras ideas. Empleó ſiete dias en ſalir del rio, que tiene mas de una legua de ancho, y que ſe alarga con un grande numero de vueltas. Obſervamos junto á eſtos dos rios muchos Pueblos grandes, y Ciudades hermoſas. Lo ſuntuoſo de los edificios, particularmente de los Templos, cuyos campanarios eſtaban cubiertos de oro, y la multitud de Navios, y barcas que al parecer iban cargadas de toda eſpecie de proviſiones, nos dieron alta idea de la opulencia del País. En una Ciudad grande, y hermoſa nombrada Quangoparu, en donde el Necoda ſe detubo doce

 dias

MENDEZ PINTO.

dias à comerciar, hallò en ſus perlas la ganancia de quatro por uno, y ſe nos aſegurò que ſolo de las minas de eſte diſtrito ſacaba el Rey una renta anual de mil y quinientos picotes, que aſcendian á quatro mil quintales de los nueſtros. La unica fortificacion de Quangoparu era una muralla endeble de ladrillo, y un foſo de ſeis brazas de ancho, ſin ninguna artillería para ſu defenſa. Quinientos Portugueſes de valor hubieran podido apoderarſe de todas eſtas riquezas. Finalmente, ſalimos del rio, y en trece dias de navegacion llegamos à Sanciam, en donde regularmente deſcanſaban al paſar los Navios de Malaca; pero los ultimos hacìa ya nueve dias que habian partido. Sin embargo, nos quedaba alguna eſperanza para el Puerto de Lampacau, que ſolo diſta ſiete leguas, en el que con efecto encontramos dos Juncos Malayos, uno de Lugor, y otro de Parane, diſpueſtos ambos á recibirnos à bordo; pero eramos Portugueſes; eſto es, de una Nacion cuyo vicio es ſer terca en ſus opiniones. Nueſtros dictamenes ſe hallaron tan divididos quando era tan neceſario para noſotros el eſtar unidos, que en el fervor de eſta contrariedad faltò poco para matarnos. Las circunſtancias de nueſtra riña ſerían vergonzoſas. Solo añadiré, que el Necoda de Uzanguay, chocado de eſte exceſo de barbaridad, nos dejó muy indignado, ſin querer encargarſe de nueſtros menſages, y cartas, proteſtando que queria mucho mas que el Rey le hicieſe cortar la cabeza, que ofender al Cielo con el menor trato con noſotros. Nueſtra mala inteligencia duró nueve dias, en los quales los dos Juncos, tan eſpantados como el Necoda, partieron deſpues de haber retractado ſus ofertas.

Nueſtra ſuerte fue quedar en un lugar deſierto, en donde el ſentimiento de una miſeria preſente, y la viſta de una infinidad de peligros pudieron, finalmente, hacernos abrir los ojos ſobre nueſtra locura. Diez y ſiete dias que habiamos ya paſado ſin ſocorro, empezaban á hacernos mirar eſta Isla como nueſtro ſepulcro, quando el favor del Cielo hizo abordar à ella un Corſario llamado Samipocheca, que buſcaba retiro deſpues de haber ſido vencido por una flota China. De un grande numero de Navios no le quedaban mas que dos, con los quales ſe hábia eſcapado. La mayor parte de ſus gentes eſtaban tan heridas, que tubo que detenerſe veinte dias en Lampacau para reſtablecerlas. Una cruel neceſidad nos obligó à tomar partido en ſu ſervicio: cinco de noſotros puſo en uno de ſus Juncos, y tres en el otro.

Su intencion era ir al Puerto de Laylou, diſtante ſiete leguas de Chinchem, y ochenta de Lampacau. Empezamos eſte viage con un viento muy bueno, y ſeguimos por nueve dias la Coſta de Laman; pero hàcia el rio de Sel, que eſtà cinco leguas de Chabaquay, fuimos atacados por ſiete Juncos, que en un comba-

bate muy reñido, quemaron aquel de los dos nueſtros en donde el Corſario habia pueſto cinco Portugueſes. Noſotros debimos nueſtra ſalvacion al ſocorro de la noche, y del viento. De eſta ſuerte, en el mas triſte eſtado, hicimos vela delante de noſotros por tres dias, al fin de los quales una borraſca impetuoſa nos arrojó hàcia la Isla de Lequios. El Corſario, que era conocido del Rey, y de los habitantes, diò gracias al Cielo de haberle facilitado eſte aſilo. Sin embargo, no le fue poſible abordar à ella, porque habia perdido ſu Piloto en el ultimo combate. Deſpues de veinte y tres dias de trabajo, y de rieſgos, fuimos arrojados à un Canal deſconocido, en donde dos barcas pequeñas ſe acercaron al inſtante à nueſtro Junco. Seis hombres que iban en ellas nos preguntaron què cauſa nos habia llevado à ſu Isla. Samipocheca los reconociò en el Idioma por Japones, y fingiendoſe Mercader de la China, que buſcaba la ocaſion del comercio, ſupo de ellos, que eſtabamos en la Isla de Tanixuma. Enſeñaronnos algo lejos la gran tierra del Japon de que dependian, y nos prometieron acogimiento favorable de ſu Señor, al qual daban el titulo de Nautaquin; y advirtiendo el deſorden de nueſtro Junco, nos enſeñaron un Puerto hàcia el lado del Sud, mas abajo de una Ciudad grande que nombraban Miayepima. Acoſabannos tantas neceſidades, que alzamos inmediatamente ancoras para ſeguir ſus informes. Llegamos à èl; y al inſtante muchas barcas que notaron nueſtro arribo, nos traxeron refreſcos. El Corſario no tomó nada ſin pagarlo inmediatamente. Antes de anochecer, el Nautaquin, ó Principe de la Isla, vino à bordo de nueſtro Junco con muchos Mercaderes, y Oficiales, que trahian cajones llenos de barras de plata, para proponernos trueques. No ſe acercaron haſta haberſe aſegurado de la buena fé del Capitan; pero familiarizandoſe bien pronto, notaron alguna diferencia en el roſtro de los Portugueſes, de el de los Chinos, y el Nautaquin preguntó con curioſidad, quiènes eramos. Samipocheca le reſpondió que eramos de un Pais que ſe nombraba Malaca, á donde habiamos venido muchos años antes de otro llamado Portugal, cuyo Rey, ſegun nueſtros informes, tenia ſu Imperio à la extremidad del Mundo. Eſte diſcurſo parece cauſó mucha admiracion al Nautaquin, y volviendoſe hácia ſus gentes, les dijo: O yo eſtoy engañado, ò eſtos Eſtrangeros ſon los Chinchicogis, de quienes eſtà eſcrito en nueſtros libros, que volando por encima de las aguas, ſujetaràn las tierras, en donde Dios ha criado las riquezas del Mundo. Felices ſomos ſi vienen à noſotros en calidad de amigos. Deſpues mandò preguntar al Necoda por una muger de Lequios, que le ſervia de Interprete, en què lugar nos habia hallado, y con què fin nos trahia al Japon. El Necoda reſpondió que eramos Mercaderes honrados, que habia hallado en Lampacau, en donde ha-

MENDEZ PINTO.

habiamos naufragado, y que la compasion le habia movido à recibirnos en su bordo. Este testimonio parece satisfizo al Nautaquin, quien mandò traer una silla, en la qual se sentó junto al puente, y llegando á ser la curiosidad su pasion mas viva, nos hizo muchas preguntas, con grande deseo de oir nuestras respuestas. Al apartarse de nosotros nos propuso le hiciesemos alguna relacion de este gran Mundo, por donde habiamos viajado: mercaderìa, nos dijo, que compraría con mas gusto que las de nuestro Navio. El dia siguiente al amanecer nos enviò una barca pequeña llena de toda especie de refrescos, á cuyo agasajo correspondió nuestro Capitan con algunas piezas de tela, prometiendo desembarcar, y llevarle sus tres Portugueses. Con efecto, notamos que esta aventura nos hacìa ser mas estimados de los Chinos, quienes solo pensaban en aprovecharse de la ocasion para reparar su Navio, y para vender ventajosamente sus mercaderias. Suplicaronnos mantubiesemos al Nautaquin en la opinion que tenia de nosotros, pues sus beneficios debian corresponder á nuestros servicios. Desembarcamos con el Necoda, y doce de los suyos, y el acogimiento que se nos hizo, aumentò mucho mas sus esperanzas. Mientras que los principales Mercaderes del Pais traficaban con ellos en sus mercaderías, nos recogiò el Nautaquin en su casa, y empezó de nuevo á preguntarnos sobre todo lo que habiamos observado en nuestros viages. Nosotros nos habiamos dispuesto à satisfacer su gusto, segun presentasen el asunto sus preguntas, mas bien que sujetarnos fielmente á la verdad. De esta suerte, quando quiso saber si era cierto, como le habian informado los Chinos, y Lequios, que el Reyno de Portugal era mas rico, y de mayor estension que el Imperio de la China, le concedimos este supuesto. Quando nos preguntò si el Rey de Portugal habia conquistado la mayor parte del Mundo como se le habia asegurado, le confirmamos en una idea tan gloriosa para nuestra Nacion. Dijonos tambien, que el Rey nuestro señor era reputado por tan rico en oro, que se decia tener dos mil casas llenas de este metal hasta el tejado. A esta loca imaginacion respondimos que no sabiamos con certeza el numero de las casas, porque el Reyno de Portugal era tan grande, tan rico, y tan poblado, que era imposible numerar sus tesoros, y sus habitantes. Despues de dos horas de conversacion de esta especie, se volvió el Nautaquin hácia sus gentes, y les dijo con admiracion: ‘ Sin ,duda ninguno de los Reyes que conocemos en la tierra, de-, be tenerse por feliz, si no es vasallo de tan gran Monarca, , como el Emperador de Portugal. ‘ Habiendo permitido despues al Necoda volver á bordo, nos instò pasasemos algun tiempo en su Isla, en lo que consentimos con dictamen de los Chinos. Dióse orden para prevenirnos un alojamiento comodo, el

que

que ſe nos diò por muchos dias en caſa de un Mercader rico, que no eſcuſó nada para coadyuvar à las intenciones de ſu Principe. (Aqui ſe refieren eſtas circunſtancias, porque el Autor ſe atribuye la gloria de haber abierto la entrada del Japon al Comercio Portugués, aunque ellos lo hubieſen deſcubierto deſde el año de 1542.)

No habiendo tenido dificultad el Necoda de deſembarcar todas ſus mercaderìas, ſe aprovechò con mucha felicidad de nueſtro favor. Confeſónos que en el eſpacio de pocos dias un fondo de unos mil y quinientos taels en diferentes efectos que le quedaban de ſu fortuna, le habia valido treinta mil, con lo que habia reſarcido todas ſus pérdidas. Como no teniamos mercaderías, y por conſiguiente eſtabamos deſocupados, nueſtra ocupacion en el tiempo que la curioſidad del Nautaquin nos dejaba libres, era la caza, y la peſca. Diego Zeymoto, uno de mis compañeros, era el unico de los tres que tenia un arcabuz, el que habia procurado guardar con cuidado en nueſtras deſgracias, porque uſaba de èl con mucha habilidad. En los primeros dias no ſe reparò en él, porque lo usò poco, ò iba á cazar á parages apartados; y no figurandonos noſotros, que eſta arma fueſe todavia deſconocida en el Japon, no nos habia ocurrido que pudieſe ſernos de nuevo merito para con los Isleños. Sin embargo, un dia que Zeymoto ſe detubo en una laguna inmediata à la Ciudad, en donde habia viſto un gran numero de aves de Mar, y habia muerto muchas anades, à algunos habitantes que no conocian eſte modo de tirar, les cauſó tanta admiracion, que al inſtante llegó á oidos del Nautaquin. Eſte ſe ocupaba entonces en hacer domar algunos caballos; pero ſu impaciencia le hizo acudir hàcia la laguna, de donde viò volver à Zeymoto con el arcabuz al hombro, acompañado de dos Chinos, que llevaban ſu carga de caza. Habiale ſido dificil comprender las maravillas que ſe le habian contado; y la viſta de una eſpecie de palo que veia llevar al Portugués, no baſtaba para ſacarle de ſu duda. Luego que Zeymoto disparò delante de èl dos, ó tres tiros, que mataron otros tantos pajaros, ſe moſtrò primero eſpantado, y en eſta creencia atribuyó eſte prodigio à algun poder ſobrenatural; pero deſpues de haber oido que eſte era un arte de Europa, que dependia del ſecreto de la polvora, ſe dexó llevar de un exceſo de alegria, y admiracion, que no puede repreſentarſe ſino por ſus efectos. Abrazò á Zeymoto, le hizo ſubir á las ancas detrás de sí, y volviendo á la Ciudad en eſte eſtado, ſe hizo preceder de quatro Uxieres, que llevaban palos guarnecidos de hierro por la punta, y que gritaban por ſu orden al Pueblo, cuyo concurſo era infinito: 'Se ha-
, ce ſaber que el Nautaquin Principe de eſta Isla, y ſeñor de nueſ-
, tras cabezas, os manda à todos honrar à los Chinchicogis de

la

MENDEZ PINTO.

„ la extremidad del Mundo, porque deſde hoy en adelante los ha-
„ ce ſus parientes como los Jacorous que eſtàn ſentados junto à
„ ſu perſona; y qualquiera que rehuſe obedecer á eſta orden, ſe-
„ rà condenado á perder la cabeza.'

Yo iba baſtante detràs con Chriſtoval Borralho, que era el tercer Portugués, ambos admirados de un ſuceſo tan ſingular. Habiendo llegado el Nautaquin al Palacio, cogiò á Zeymoto de la mano, lo conduxo á ſu quarto, lo hizo ſentar à ſu meſa, y para colmo de honor, mandò que la noche ſiguiente durmieſe en una habitacion inmediata à la ſuya. Noſotros participamos de eſte favor por los agaſajos, y beneficios que nos hicieron el Principe, y los habitantes.

Zeymoto creyó que el medio de correſponder en parte á eſtas diſtinciones, era regalar ſu arcabuz al Nautaquin. Para eſte teſtimonio de agradecimiento, eſcogió un dia que volvia de la caza, deſpues de haber muerto muchas palomas, y tortolas, que le preſentó con el inſtrumento, que le daba eſte imperio ſobre ſu vida. El Principe le mandó dar inmediatamente mil taels; pero le rogó le enſeñaſe à hacer la polvora, ſin lo qual el arcabuz ſolo era un pedazo de hierro inutil. (No es demaſiado veroſimil que los Japones ignoraſen à lo menos la invencion de la polvora, que era conocida en la China, con cuyo Imperio tenian algun comercio.)

(Los tres Portugueſes le dixeron la compoſicion de la polvora. En quanto al arcabuz, añade el Autor una explicacion curioſa. Como el Nautaquin, dice, tenia en èl toda ſu diverſion, procurando ſus vaſallos agradarle, hicieron un modelo de eſte, para forjar otros muchos, y lo lograron con tanta induſtria, que à nueſtra partida, eſto es, cinco meſes y medio deſpues, ſe hallaron mas de ſeiſcientos en el Pais. Mas adelante en el año de 1556. quando el Virrey Don Alfonſo de Noroña me enviò al Japon con un regalo para el Rey de Bungo, me aſeguraron los Japones que en Fucheo, Capital de eſte Reyno, habia mas de treinta mil. Me admirè que eſta invencion hubieſe podido multiplicarſe haſta eſte punto; pero ſupe de algunos Mercaderes, gentes honradas, y de diſtincion, que en toda la Isla del Japon habia mas de treinta mil, y que ellos miſmos habian tranſportado, para vender, al Pais de los Lequios haſta el numero de veinte y cinco mil. De eſta ſuerte, el arcabuz que regalò Zeymoto al Nautaquin de Tanixuma, ha producido tan grande abundancia de ellos en el Japon, que en el dia no hay Lugar que no tenga mas de ciento, ni Ciudad en donde no ſe hallen millares. De ahì ſe puede hacer juicio de la induſtria de eſte Pueblo, y quànta inclinacion tiene à las armas.)

Ya habiamos paſado veinte y tres dias en la Isla de Tani-

xu-

xuma, quando se avisó al Nautaquin del arribo de un Navio del Rey de Bungo, que trahia entre muchos Mercaderes à un anciano respetable, á quien se apresuró á dar audiencia. Nosotros presenciamos esta ceremonia. Habiendose arrodillado el anciano delante de él diciendo algunos discursos que no podimos oir, le presentò una carta, y un alfange guarnecido de oro. El contenido de esta carta parece causó algun embarazo al Nautaquin. Despues de haber despedido al que la habia traido, nos hizo acercar à sí y nos dijo por boca de un Interprete: ' Amigos mios, os suplico , escucheis el contenido de esta carta, que recibo del Rey de Bun- , go mi Señor, y tio. Despues os explicaré lo que deseo de vo- , sotros. ' El Interprete nos dió á entender que Orgendono, Rey de Bungo, y de Facata, insinuaba á Hiascaran Goxo, Nautaquin de Tanixuma, su yerno, y sobrino, que habiendo sabido pocos dias antes que habia en su Isla tres Chinchicogis venidos de la extremidad del Mundo, gentes de merito, y de honor, que le habian hablado de otro Mundo mayor que el que se conocia en el Japon, y poblado de una raza de hombres, de quienes le habian contado cosas increibles, le suplicaba con mucha instancia le enviase uno de estos tres Estrangeros, para consolarlo en los dolores de una larga enfermedad. Añadia, que si nuestra inclinacion nos movia à hacer este viage, se obligaba à volvernos á enviar con seguridad quando empezasemos à disgustarnos en su Corte. El Nautaquin nos dijo despues de esta explicacion, que el Rey de Bungo era no solo su tio materno, sino tambien su padre, porque lo era de su muger, y que teniendo deseo de servirle, exhortaba á uno de nosotros emprendiese un viage corto, y poco penoso; pero que no queria que fuese Zeymoto, á quien habia adoptado por su pariente, y cuya separacion le causaría mucha pesadumbre, hasta que hubiese aprendido à tirar perfectamente el arcabuz. Un convite tan politico, y tan bueno nos penetrò de reconocimiento à Borralho, y à mí. Dejamos á su arbitrio la eleccion de aquel que le pareciese mas à proposito para sus ideas. No resolviò de repente, sino que despues de algunos instantes de reflexion, me nombró à mí como mas alegre, y por consiguiente mas adequado para el trato de los Japones, que por naturalezâ son de humor vivo. Borralho, nos dijo con la misma urbanidad, mas serio y naturalmente mas inclinado à los negocios graves, mantendria la melancolía del enfermo en lugar de disminuirla.

Entregóme al anciano, que esperaba su respuesta, y despues de haberle encargado en los terminos mas afectuosos, cuidase incesantemente de mi salud, me mandó dar doscientos taels para las necesidades de mi viage. El anciano, y yo entramos en una barca de remos, con la qual doblamos por la noche toda la Isla de

MENDEZ PINTO.

Tanixuma. Por la mañana fuimos á dar fondo en un Puerto nombrado Ihamango, de donde nos acercamos à Quanquixuma, Ciudad bastante considerable, y desde alli habiendo ido el dia siguiente á Fanora, llegamos à otro dia à Minato, y à otro à Fiunga. Finalmente desembarcamos en una Fortaleza llamada Osqui, á seis leguas de la Ciudad, en la que mi guia, nombrado Fijandono, se detubo algunos dias, dejando nuestra barca para ir por tierra à la Corte, à la qual llegamos à medio dia. Esta hora, que no nos permitia presentarnos en Palacio, obligò à Fijandono à esperarse en su casa, en donde fui tratado por su muger, é hijos con toda especie de agasajos. Por la tarde me conduxo à la Audiencia del Rey, quien nos hizo recibir á la puerta del Palacio por el Principe su hijo, de 9 á 10 años de edad, precedido de algunos Uxieres con sus mazas. Este Principe joven nos hizo un cumplido, que se tubo cuidado de explicarme, para hacerme ver con què impaciencia era esperado. Encontramos al Rey en la cama, y habiendose acercado Fijandono para entregarle la carta del Nautaquin, tubo con él algunos instantes de conversacion, despues de lo qual me hizo señal que me acercase. El Rey me dijo en un tono muy afable: 'tu arribo no me es menos agradable, que util à nuestros campos sembrados de arroz la lluvia que cae del Cielo.' Explicaronseme estos terminos, y habiendome causado embarazo su novedad, estube algunos instantes sin responder. Mirando el Rey á los Señores que estaban al rededor de él, les dijo: 'que creía que estaba yo espantado con la vista de su Corte, y poco acostumbrado á este espectaculo, y que era preciso darme tiempo de familiarizarme.' Un excelente Interprete que me habia dado el Nautaquin, me declarò al instante, y dió á entender el juicio que se hacía de mí. Yo apuré todo mi talento para juntar un monton de Figuras Asiaticas, y de comparaciones, en donde todos los animales hacian su papel, desde el elefante hasta la hormiga. Sin duda mi Interprete ayudó con sus proprias idèas, pues todos los Cortesanos se mostraron tan admirados de esta ridicula harenga, que dando palmadas á vista del Principe, le dixeron, que nunca se habia hablado con mayor eloquencia; que no habia apariencia de que yo fuese Mercader, cuyos conocimientos se reducen á los negocios del Comercio, sino mas bien un Bonze, que administraba los sacrificios al Pueblo, ò á lo menos algun gran Capitan que habia andado mucho tiempo por los mares. El Rey se mostró tan satisfecho, que mandando callar à todos, y declarando que queria ser solo el que me preguntase, asegurò, que ya no sentia ningun dolor. La Reyna, y las Princesas sus hijas, que estaban sentadas junto al lecho Real, se pusieron de rodillas para explicar su satisfaccion, y dieron gracias al Cielo levan-

vantando las manos, y los ojos á él, de los favores que concedia al Reyno de Bungo. MENDEZ PINTO.

Habiendome mandado poner el Rey entonces mas cerca de ſu cabeza, me rogó no me enfadaſe de eſtár en eſta poſtura; porque deſeaba verme, y hablarme à menudo. Preguntòme ſi en mi Pais, ò en mis viages habia aprendido algun remedio para ſu enfermedad, particularmente para una grande inapetencia de toda eſpecie de manjares, que no le habia permitido comer hacía dos meſes. Me acordé que en el Junco en que habia llegado à Tanixuma, habia viſto curar diferentes enfermedades con la infuſion de un palo de la China, cuya virtud habia admirado. Eſte ſocorro, que le propuſe, y que envió à pedir inmediatamente al Nautaquin, correſpondió tan perfectamente á mis eſperanzas, que en el eſpacio de treinta dias ſe curò de todas ſus enfermedades, de las quales la principal era una eſpecie de perlesìa, que le tenia valdados los brazos hacía dos años. Deſpues de un ſervicio tan importante, me vi caſi en el miſmo grado de favor en eſta Corte, que Zeymoto en la del Nautaquin. Mi unico embarazó era reſponder à mil preguntas extravagantes que ſe me proponian continuamente; pero tenia à mi favor la facilidad con que ſe contentaban de mis mas frivolas explicaciones. Empleaba lo reſtante del tiempo en inſtruirme en los uſos del Pais, en visitar los edificios, ò en asistir à las fieſtas, y diverſiones. Habiendo enviado el Nautaquin al Rey algunos arcabuces de la fabrica de ſu Isla, el deſeo que todos tubieron al inſtante de aprender à tirar, aumentò mucho mi valimiento. Sin tener la habilidad de Zeymoto, me hice admirar, matando algunos pajaros, y ponderé particularmente mis luces para la compoſicion de la polvora. Los primeros Señores de la Corte tomaban lecciones de mí. Yo exageraba la neceſidad de mi ſocorro, y no daba polvora á los mas deſeoſos, ſino con mucha economía; pero eſta conducta, aunque tan prudente en sí misma, quanto util para mantener mi fortuna, llegò á ſer ocaſion de mi ruina.

Habiendome rogado uno de los hijos del Rey, nombrado Arichaudono, de unos diez y ſeis años de edad, le enſeñaſe á tirar, dilataba de dia en dia el ſatisfacerle, con ſola la mira de que eſtimaſe mas mis ſervicios; pero el Rey ſu padre, à quien ſe quejò de eſta tardanza, me pidió uſaſe de mas complacencia con un hijo á quien amaba en eſtremo. La tarde del miſmo dia ſe ſeñalò para la primera leccion; pero habiendo acompañado el joven Principe à la Reyna ſu Madre à una romeria, que hizo por la ſalud del Rey, no pudo venir á mi caſa haſta el dia ſiguiente. Acompañabanle dos Señores de la miſma edad, y como me habia viſto tirar muchas veces, quiſo ſorprenderme, que eſta-

MENDEZ PINTO.

taba durmiendo, y cargando á toda priesa un arcabuz sin saber què porcion de polvora se habia de echar en èl, tubo la imprudencia de llenar el cañon hasta la mitad. Tiró contra un naranjo, y uno de los dos Señores jovenes encendió la mecha. El tiro salió, y me dispertó; pero habiendo rebentado el arcabuz por tres partes, fue herido el desgraciado Principe con dos cascos del hierro, uno de los quales le llevó el pulgar de la mano. Yo salí al instante y ya habia caido sin conocimiento. Los dos Señores se escaparon hàcia Palacio, gritando por las calles, que el arcabuz del Estrangero habia muerto al Principe.

Esta funesta noticia esparció tan gran sobresalto en toda la Ciudad, que la mayor parte de los habitantes acudieron con grandes gritos hàcia mi casa. El mismo Rey se hizo llevar á ella en una especie de silla sobre los hombros de quatro hombres, y la Reyna lo siguió á pie, sosteniendose sobre los brazos de dos mugeres, seguida de las dos Princesas sus hijas, que iban todas desmelenadas, con un grande numero de otras Señoras. En mi primer sobresalto, habia cogido al Principe entre los brazos, y lo habia llevado à mi quarto, en donde procuraba detenerle la sangre, y hacerle volver en sí. Hallaronme ocupado en estas dos diligencias; pero la mayor parte de los circunstantes, que me veían tan cubierto, como èl, de su propia sangre, infirieron que yo lo habia muerto. Mil cimitarras que veía relucir al rededor de mí, me dieron á entender la suerte que debia esperar. No obstante, el Rey suspendiò los efectos de esta violencia, para hacerse explicar la causa de tan funesto accidente, por miedo, añadió de que el delito no viniese de mas lejos, y que yo hubiese sido ganado por los parientes de los traidores, que habia condenado, hacía poco al ultimo suplicio. Por desgracia el miedo habia hecho huir à mi Interprete, y esta circunstancia era capáz de agravar las sospechas. Fue descubierto, sin embargo, despues de haberlo estado buscando mucho tiempo, y llevado al Rey cargado de cadenas; pero ya se me habia entregado á los Oficiales de la Justicia, quienes me habian hecho atar las manos, y empezaban à tratarme como verdadero delincuente. El Presidente, que estaba sentado, con los dos brazos redoblados hasta los hombros, tenia en la mano derecha un puñal teñido en la sangre del Principe. Yo estaba de rodillas delante de él cercado de los otros Oficiales, y cinco verdugos que habia detrás de mí con sus cimitarras desnudas, parece no esperaban mas que una palabra, ó seña para descargar el golpe. Estos horribles preparativos se habian hecho, sin duda, para la interrogacion, mientras que mi Interprete habia sido conducido delante del Rey. Trajosele al Tribunal, y mi espanto se aumentó quando le ví venir en medio de una tropa de guardias, con las manos atadas, tan pa-

lido, y tan tremulo como yo. Hicieronseme diferentes preguntas, à las que respondì con toda la fuerza de la inocencia. Ignòro qué impresion hicieron mis respuestas en los Jueces; pero el Cielo permitiò que habiendo vuelto el Principe joven de un profundo desmayo, desease verme, y que sabiendo el rigor con que era tratado, la inquietud de mi suerte se estendiese hasta hacerle protestar, que no recibiría ningun socorro, si no se me libraba inmediatamente de manos de la Justicia. Una orden del Rey vino à moderar al instante la severidad de un Tribunal inflexible. Quitaronseme las prisiones, y fuì conducido al Palacio, en donde el Principe me dió satisfaciones, y escusas, que no dejaron nada que desear para mi justificacion. Habia sido curado el Principe joven por algunos Bonces, que hacen el oficio de Medicos, y Cirujanos en el Japon; pero la herida era tan peligrosa, que parece dudaban ellos mismos de su metodo. Una larga experiencia, que no habia podido dejar de adquirir en tan grande numero de aventuras militares, me hizo acordar del conocimiento de algunos remedios que habia visto emplear con acierto. Propuselos con tanta mayor confianza, quanto el Principe joven parece esperaba de mí su curacion. El Rey, que creía deberme la vida, y la salud, no tubo dificultad en confiarme el cuidado de su hijo. Arméme de valor, y habiendole rogado apartase de sí todos los Bonces, le di siete puntos en la mano derecha, que me pareció la menos peligrosa de las dos heridas, y un buen Cirujano tal vez no hubiera hecho tanto. En la cabeza, que me causó mas embarazo, no le dí sino cinco, despues de lo qual le apliqué estopas empapadas en clara de huevo, con buenas ligaduras como las habia visto hacer en infinitas ocasiones. Cinco dias despues corté los puntos, y continué curando las dos llagas. A los veinte dias se halló el Principe tan perfectamente curado, que no le quedó mas que una cicatríz pequeña en el pulgar. Despues de esta arriesgada operacion, recibí del Rey, y de toda la Corte honras, y agasajos que me sería dificil representar. La Reyna, y las Princesas sus hijas, me enviaron muchas telas de seda, y los Señores me regalaron un grande numero de cimitarras, dandoseme por parte del Rey seiscientos taels. Finalmente, este peligroso atrevimiento me valió mas de mil y quinientos ducados.

Sin embargo, mis reflexiones sobre el peligro de que me habia librado el Cielo, y el aviso que recibí de mis compañeros, de que el Corsario Semipocheca hacìa sus preparativos para volver á la China, me determinaron à pedir al Rey el permiso de dejarlo, que me concedió, manteniendo su cariño hasta el ultimo instante. Diòme una barca llena de toda especie de provisiones, y por Capitan à un hombre de distincion, con el qual, habiendo partido de Fucheo un Sabado por la mañana, llegué

MENDEZ PINTO. gué el Viernes siguiente al Puerto de Tanixuma.

Quince dias que pasamos todavia en esta Ciudad, dieron tiempo al Corsario de concluir sus prevenciones. Alzó finalmente velas para Liampo, á donde llegamos felizmente. Los principales habitantes nos reconocieron, y nos hicieron los obsequios que creían deber à los amigos de Antonio Faria. Sin embargo, mostrandose admirados de vernos tan confiados en los Chinos, nos preguntaron de dónde habiamos venido, y en qué lugar nos habiamos embarcado con ellos. Christobal Borralho les contò libremente nuestras aventuras. La Isla de Tanixuma, el Japon, y todas las riquezas que habiamos admirado allí, fueron para ellos otras tantas noticias, que recibieron con admiracion. Con el gozo de este descubrimiento dispusieron una procesion solemne, desde la Iglesia de nuestra Señora de la Concepcion, hasta la de San Tiago, que está à la extremidad de la Ciudad. Despues la piedad hizo lugar à la ambicion, y todos se apresuraron à coger los primeros frutos de nuestras luces. Formaronse diferentes partidos, que encarecieron todas las mercaderias, y los Mercaderes Chinos se aprovecharon de esta alteracion para hacer subir el picot de seda hasta ciento y sesenta taels. En menos de quince dias nueve Juncos Portugueses, que se hallaban en el Puerto de Liampo, estubieron dispuestos á hacer vela, aunque en tan mal orden, que la mayor parte no tenian otros Pilotos que los mismos dueños, que carecian de todo conocimiento de la navegacion.

Partieron en este estado, no obstante las funestas consecuencias de la estacion, y del viento. La codicia de la ganancia no prevía ningun riesgo. Yo fui uno de los desgraciados que se dejaron inducir á este fatal viage. El primer dia gobernamos como á tientas, entre las Islas, y la tierra firme; pero á media noche una horrible tormenta nos entregò al furor del viento, y encallamos sobre los bancos de Gotom, donde de los nueve Juncos solo dos tubieron la fortuna de salvarse. Los otros siete perecieron con mas de seiscientos hombres, entre los quales habia ciento y quarenta de los principales Portugueses de Liampo. Esta perdida en mercaderías se estimó en mas de trescientos mil ducados.

Yo habia tenido la fortuna de hallarme en uno de los otros dos Juncos. Seguimos el rumbo que habiamos empezado, hasta la vista de Lequios, en donde padecimos tan furioso viento de Nord Est, aumentado con la conjuncion de la Luna, que nuestras dos embarcaciones se separaron para no volverse á ver mas. Por la tarde, habiendose mudado el viento al Ouest Nord Ouest, se levantaron tan furiosamente las olas, que fue imposible resistir á ellas. Nuestro Capitan, nombrado Gaspar Mello, viendo

do abierta la proa, y mas de nueve pies de agua dentro del Junco, resolvió, de acuerdo con los Oficiales, cortar los dos mastiles; pero todas las diligencias que se hicieron para esta operacion, no impidieron que el gran mastil al caer rebentase á cinco Portugueses, espectaculo compasivo, y que acabò de quitarnos las fuerzas. Aumentandose cada vez mas la tormenta, nos vimos obligados à abandonarnos á las olas hasta que se hizo de noche, que todas las demàs partes de la embarcacion empezaron à abrirse. Entonces nuestro Capitan, y todos nosotros, viendo el miserable estado à que nos habian reducido nuestros pecados, recurrimos à una Imagen de nuestra Señora, á quien suplicamos con lagrimas, y suspiros nos alcanzase de su Hijo el perdon de nuestros pecados. Pasamos la noche en este horrible estado, y al amanecer tocamos sobre un banco, en donde del primer golpe se hizo pedazos el Junco, con circunstancias tan deplorables, que setenta y dos hombres perdieron la vida, unos ahogados, y otros oprimidos bajo la quilla.

Entre tantos desgraciados, nos quedamos sobre la arena en numero de veinte y quatro, sin comprender algunas mugeres. A los primeros rayos del dia, la vista de los monstruos de la Isla de Fuego, y de la montaña de Taydican, nos hizo reconocer la grande Isla de Lequios. Estabamos heridos casi todos con los pedazos que se quebraban de las conchas, y de los guijarros del banco. Despues de habernos encomendado à Dios con muchas lagrimas, andubimos con el agua hasta el estomago, atravesando algunos parages á nado. Empleamos cinco dias en acercarnos à la tierra, sin otro alimento que las hierbas que nos traìan las olas. Finalmente, llegamos á la ribera, que estaba cubierta de bosques, en donde encontramos otras hierbas bastante parecidas á la acedera, que fueron nuestro unico recurso por tres dias. Al quarto fuimos vistos de un Isleño que guardaba algunos animales, y que echò á correr al instante hàcia una montaña inmediata, para dar aviso à los habitantes del Pueblo, de donde no estabamos apartados mas que un quarto de legua. Al instante vimos venir unos doscientos hombres, que se habian juntado al ruido de los tambores, y cornetas. Sus Gefes iban à caballo en numero de catorce: encaminaronse hácia nosotros, y algunos se destacaron para observarnos. Luego que nos vieron sin armas, casi desnudos, y la mayor parte de rodillas para invocar el socorro del Cielo, y dos mugeres yà muertas de miseria, se compadecieron tanto, que habiendose vuelto hàcia los que los seguian, los hicieron detener, prohibiendoles causarnos ningun mal. Sin embargo, volvieron à nosotros acompañados de seis hombres de á pie, que iban con los Oficiales de su Justicia; y habiendonos exhortado á no temer nada,

MENDEZ PINTO.

da, porque el Rey de los Lequios, era un Principe juſto, y compaſivo con los miſerables, nos hicieron atar de tres en tres, para conducirnos à ſus habitaciones. Tubimos poca confianza en ſus razones, pues las deſmentia un tratamiento tan riguroſo. Quedabannos tres mugeres, que ſe cayeron paſmadas de flaqueza, y de temor. Algunos Isleños las cogieron entre ſus brazos, y las llevaban por turno, lo que no impidió que en el camino murieſen dos, que ſe dejaron abandonadas à las fieras, de que habiamos viſto un grande numero. Deſpues de haber caminado haſta la noche, llegamos á un Pueblo de unos quinientos vecinos, que oimos nombrar Cypantor. Alli ſe nos encerró en un Templo grande, cuyas murallas eran muy altas, ſin ningun adorno, bajo la guardia de cien hombres, que entre gritos mezclados con el ſonido de los tambores, nos guardaron toda la noche.

El dia ſiguiente ſe nos proveyó con baſtante abundancia, de arroz, de peſcado, y de diferentes frutas de la Isla, llegando à tanto la caridad de los habitantes, que nos dieron algunos veſtidos; pero un Correo del Broquen, eſto es, del primer Oficial del Eſtado, trajo por la tarde una orden de conducirnos á Pungor, Ciudad apartada ſiete leguas. Eſta noticia causó mucha alteracion en el Pueblo, como ſi los habitantes hubieſen reclamado algun derecho que ſe pretendia violar. Hicieronſe muchos Memoriales, que ſe enviaron al Broquen por ſu Correo. No obſtante, algunos Oficiales, y veinte hombres de á caballo, que llegaron el dia ſiguiente, nos llevaron ſin opoſicion. Hicimos noche en una Ciudad nombrada Gondexilau, en donde ſe nos encerrò en un calabozo, y el dia ſiguiente llegamos à Pungor.

Tres dias deſpues nos preſentamos delante del Broquen, en una ſala grande, en donde le encontramos ſentado debajo de un doſél muy rico, cercado de ſeis Uxieres con ſus mazas, y de muchas guardias, que llevaban Parteſanas largas, embutidas de oro, y de plata. Hizonos diferentes preguntas, à las que reſpondimos con tanta buena fé, como humildad. Eſte interrogatorio da una idea admirable de la juſticia, y religion de eſtos Pueblos. Los terminos en que ſe explica el Traductor, ſon los ſiguientes. ‘ Deſ-, pues que ſe mandò callar á los circunſtantes, nos proſternamos, delante del Broquen, y le ſuplicamos llorando por el Dios que, ha criado el Cielo, y la tierra, tubieſe compaſion de nueſtra, miſeria y de noſotros, pobres Eſtrangeros, à quienes el Mar ha-, bia reducido à eſte deplorable eſtado, y que nos hallabamos deſ-, tituidos de todo ſocorro, ſegun Dios lo habia permitido por, nueſtros pecados. A eſtas palabras el Broquen, mirando à los, que eſtaban al rededor de él, deſpues de haber hecho algunos, ademanes con la cabeza, les dijo, qué os parece de eſtas gen-

tes?

MENDEZ PINTO.

, tes ? cierto que hablan de Dios como personas que tienen co-
, nocimiento de su verdad : es preciso que haya otro Mundo gran-
, de , de que no tenemos noticia. Asi, pues estos hombres
, conocen el origen de todo bien , es justo que se proceda con
, ellos del modo que nos lo piden con sus lagrimas. Entonces
, volviendose hàcia nosotros , que estabamos todavia prosterna-
, dos en el suelo con las manos levantadas , como si orasemos
, á Dios , nos dijo , que tenia grande compasion de nuestra mi-
, seria , y dolor ; pero que habiendo de cumplir con su cargo,
, no nos admirasemos de que nos hiciese algunas preguntas, nece-
, sarias para el bien de la justicia , la que prometia hacernos;
, estando seguro , que el Rey su Señor usaba con los pobres
, de una generosidad verdaderamente Real. Al instante man-
, dò venir á su presencia á los Escribanos , y otros Minis-
, tros de Justicia , y habiendose levantado con rostro seve-
, ro , y una cimitarra desnuda en la mano , empezó à interro-
, garnos en voz alta , para que todos lo pudiesen oir. Yo, nos
, dijo , Pinaquila, Broquem de esta Ciudad de Pungor , por la
, voluntad de aquel de quien recibimos los cabellos de nuestras
, cabezas, Rey de la Nacion de Lequios , y de todo este Pais de
, los dos Mares, os amonesto, y mando en fuerza de mi palabra,
, me digais con claridad, y sencilléz quiènes sois, y de qué Nacion,
, como tambien quál es vuestro Pais , y qué nombre tiene.

, Respondimos que eramos Portugueses , la mayor parte na-
, turales de Malaca. Muy bien está, replicò ; pero qué aventura
, os ha hecho venir á esta Comarca , y à dónde teniais intencion
, de ir quando naufragasteis ? Digimosle sin faltar à la verdad,
, que habiendonos embarcado en el Puerto de Liampo con nues-
, tras mercaderìas , para ir á Tanixuma, una tormenta muy gran-
, de nos habia cogido junto á la Isla de Fuego ; que nuestro
, Junco habia ido á pique en el banco de Taidacan, en don-
, de de noventa y dos personas que eramos, se habian ahogado
, sesenta y ocho , y que nosotros, en numero de veinte y quatro,
, que veía delante de sí, todos cubiertos de llagas , reconociamos
, habernos salvado por especial milagro de Dios.

, Habiendo hecho alto á estas palabras , replicò : Y por què
, causa poseiais tantas riquezas , y piezas de seda como habia
, en vuestro Junco ? por cierto que no es creible que hayais po-
, dido adquirir tantos bienes , sino por medio del robo , que es
, una ofensa contra Dios. A esto le respondimos , que nosotros
, eramos Mercaderes , no ladrones , porque el Dios en quien
, creíamos, nos prohibia por su santa Ley matar, y robar. Enton-
, ces mirando el Broquem à los que estaban al rededor de él, les
, dijo : Si lo que estas gentes afirman es verdadero , podemos sin
, la menor duda confesar , que son como nosotros, y que su Dios

MENDEZ PINTO.

„ es muy bueno, lo que parece se puede inferir de sus palabras. „ No obstante, poniendose otra vez muy severo, y en aspecto de hombre enfadado, como Juez que exercía su empleo con integridad, continuò haciendonos muchas preguntas, y por ultimo, nos dijo: Quisiera saber por què los de vuestra Nacion quando antiguamente tomaron à Malaca, llevados á esta accion de una extremada avaricia, mataron à los nuestros con tan poca compasion, de que son todavia testigos algunas viudas que en estas comarcas han sobrevivido à sus maridos. Nosotros respondimos que eso habia sucedido por aventura de guerra, no por deseo de robar, lo que no teniamos costumbre de hacer en ninguna parte. Qué decis? replicó. Podeis negar que el que conquista, no roba? Que el que fuerza, no mata? Que el que se muestra avaro, no es ladron? Que el que oprime, no hace oficio de verdadero tirano? Pues todas estas propiedades se os atribuyen, y prueban por la ley de toda verdad: se ve pues claramente, que si Dios os abandona permitiendo á las olas del Mar sepultaros, es mas bien efecto de su Justicia, que injuria que os quiera hacer.

„ Despues de esto mandó à los Oficiales nos volviesen à la carcel, diciendo, que nos daría otra audiencia segun la gracia que se dignase el Rey hacernos, de lo qual quedamos muy afligidos, y sin ninguna esperanza de vida. ‘

Nuestra desgracia le movió tanto á compasion, sin embargo de algunas apariencias de severidad, que habiendo recogido todas nuestras respuestas, insertò en ellas algunas reflexiones favorables, con las quales destruyò las falsas ideas, que algunos Chinos habian hecho formar de nosotros. Sin embargo, estubimos todavia encerrados dos meses. El Rey, haciendo alarde de su zelo por la justicia, envió secretamente á nuestra carcel un hombre de confianza, que fingiendose Mercader Estrangero, se valió de mucha astucia para hacernos confesar nuestra profesion, y la verdad de nuestras ideas; pero nuestra explicacion fue tan sincera, y las muestras de nuestro dolor tan naturales, que se compadeciò tanto esta espía, que nos hizo un regalo de treinta taels, y de seis talegos de arroz, aunque es muy creible que así se lo hubiese mandado el Rey. El carcelero nos dijo que este Principe se hallaba resuelto à darnos la libertad, en cuya buena esperanza estabamos, quando la llegada de un Corsario Chino, à quien el Rey daba refugio en su Isla, con la condicion de tener parte en el botin, nos puso de nuevo en un horrible riesgo. Este era uno de los mayores enemigos de nuestra Nacion, desde que los Portugueses habian tenido con èl un combate en el Puerto de Lamau, en el qual le habian quemado dos Juncos. El favor de que gozaba, no solo en la Corte de Lequios, si-

ſino en toda la Isla, en donde ſus robos hacian entrar continuamente nuevas riquezas, diſpuſo al Rey, y ſus vaſallos á admitir las inſpiraciones de ſu odio. Luego que ſupo nueſtra deſgracia, y que ſe penſaba en darnos libertad, nos acuſó de los mas horrendos delitos. Los Portugueſes eran eſpías, que venian à obſervar las fuerzas de un Pais, con capa del comercio, y que ſe aprovechaban de ſus luces para paſar á cuchillo á todos los habitantes. Eſtos diſcurſos, eſtendidos públicamente, y confirmados con audacia, hicieron tal impreſion en el Rey, que deſpues de haber revocado las ordenes que habia dado ya en nueſtro favor, nos condenò, en virtud de nuevas inſirucciones, al caſtigo de los traidores, eſto es, à que ſe nos desquartizaſe, y ſe expuſieſen los quartos en los lugares públicos. Eſta ſentencia, que pronunciò ſin habernos oido, ſe enviò al Broquen, con ordenes de executarla dentro de quatro dias. Eſta noticia llegò bien pronto á noſotros, y apeſadumbrados con una ſuerte tan deplorable, ſolo penſamos en diſponernos á morir.

Si algunas veces he dado el nombre de milagro á los auxilios que he recibido del Cielo en la extremidad del peligro, aqui es donde debo hacer admirar el mas palpable de ſus beneficios. De muchas Portugueſas que habian acabado ſu miſerable vida, deſpues de nueſtro naufragio, quebaba una muger de un Piloto que eſtaba preſo con noſotros, y madre de dos niños, que un deſgraciado cariño le habia hecho tomar á bordo. Una Señora de la Ciudad, tubo tanta compaſion de ella, y de dos inocentes, que la alojó en ſu caſa, y eſte aſylo habia llegado á ſer para noſotros una fuente de beneficios, de que habiamos continuamente participado con ſu marido. Dióſele noticia de nueſtra deſgracia, la que le cauſó tal ſobreſalto, que habiendo caido ſin conocimiento, eſtubo mucho tiempo como muerta; pero recobrando el ſentido, ſe deſgarró tan cruelmente el roſtro, que ſe le cubrieron de ſangre las mexillas. Un eſpectaculo tan nuevo atrajo á todas las mugeres de la Ciudad, y la compaſion llegò à ſer un afecto general. Deſpues de algunas deliberaciones, ſe convinieron en eſcribir una carta en nombre de todos à la Reyna madre del Rey, para repreſentarle que eramos condenados ſin pruebas, y por el ſimple teſtimonio de un enemigo. Dabanle cuenta de nueſtra verdadera hiſtoria, y de las razones, que movían al Corſario à la venganza, haciendo aſimiſmo mencion de la aventura de la Portugueſa, de ſu ſituacion, y de la de ſus hijos. Eſta carta, firmada por cien mugeres de las mas principales de la Ciudad, ſe enviò con la hija del Mandarin de Comanilau, Gobernador de la Isla de Banca, que eſtà al Sud de Lequios, á la qual ſe eligió, porque era ſobrina de la Señora de Honor de la Reyna. Partió para Bintor, en donde reſidia el

MENDEZ PINTO.

Rey, á seis leguas de Pungor, acompañada de dos hermanos suyos; y de muchos Caballeros de la primera distincion.

Supimos el socorro que la Divina Providencia nos habia enviado, y no cesamos de rogar al Cielo por el buen exito de un viage, de que dependian nuestra vida, ó nuestra muerte. El Rey se dejó vencer en fuerza de un sueño que le habia dispuesto á admitir las instancias de la Reyna Madre. Sus despachos de perdon llegaron á Pungor el dia señalado para nuestro castigo. Trajonoslos el mismo Broquem, que siempre habia clamado de la injusticia de nuestra sentencia; y que le mostró casi tan alegre como nosotros de esta felíz mutacion. Llevónos á su propio Palacio, á donde todas las Señoras de la Ciudad vinieron à complacerse en su obra, y se tubieron por bien satisfechas con las gracias que les dimos. Por quarenta y seis dias que pasamos todavia en la Isla esperando ocasion de salir de ella, se disputaron el gusto de regalarnos en sus casas, en donde se nos diò todo lo necesario, con tal abundancia, que à cada uno nos sobró el valor de cien ducados. La Portuguesa, que merecía el primer lugar en nuestro reconocimiento, recibiò mas de mil, acompañados de una infinidad de regalos, que indemnizaron à su marido de todas sus perdidas. Finalmente, el Broquen nos hizo dar entrada en un Junco Chino que partia para Liampo, despues de haber tomado las correspondientes fianzas del Capitan para nuestra seguridad.

No salí de la grande Isla de Lequios sin haber hecho algunas observaciones sobre sus propiedades. (Pinto la pone à veinte y nueve grados del Nord, y nuestros Geografos hàcia los veinte y siete, diciendo, que corta obliquamente el centesimo quadragesimo quinto grado de longitud. El Autor se detiene en esta corta descripcion, para que Dios se digne inspirar á la Nacion Portuguesa la conquista de la Isla, primero por la exaltacion, y extension de la Santa Fé Catholica, y despues de esto por la gran utilidad que se puede sacar de ella.) Esta Isla no tiene menos de doscientas leguas de circunferencia, esto es, unas seis de largo, y treinta en su mayor anchura. El Pais se parece mucho al del Japon, pero en algunos parages es mas montuoso, aunque en el centro sea llano, y fertil. Muchos rios, que hacen las tierras muy á proposito para producir arroz, y trigo, riegan los campos, por cuya razon se hallan con abundancia estas dos especies de granos. En las montañas se encuentran muchas minas de cobre, que los habitantes tienen la habilidad de fundir con ciertas mezclas que lo hacen mas fino, y de que se cargan muchos Navios, para los Puertos de la China, y del Japon, y para las Islas del Sud, como Sesirau, Gito, Tuxanx, y Pollun. El hierro, el plomo, y el estaño no son menos comunes,

nes, y la Isla es igualmente rica en alumbre, en ſal de nitro, en azufre, en miel, y en cera, en azucar, y en gengibre, mucho mejor que el que viene de las Indias. En ella ſe hace un comercio de hermoſas conchas, de las que uſan los Japones en lugar de vidrios. Produce muchas eſpecies de maderas exquiſitas, particularmente caſtaños, boxes, encinas, y cedros, de que hacen los Isleños ſus Navios, y barcas. Del lado del Oueſt tiene la Isla otras cinco, que ſon tambien muy grandes, en donde ſe encuentran minas de plata, perlas, ambar, incienſo, ſeda, ebano, y diferentes palos de tinte, una eſpecie de madera nombrada Poytau, que es util para los edificios, y mucha pez ordinaria. Es cierto que la ſeda no ſe halla con la miſma abundancia que en la China; pero los habitantes no dejan de veſtirſe indiferentemente, como los Chinos, de ſeda, de lino, de algodon, y de algunos damaſcos que les vienen de Nanquin. Son muy comedores, entregados generalmente á los placeres ſenſuales, malos ſoldados, y caſi no tienen armas. En 1556. mientras que yo eſtaba en Malaca, ſe viò llegar alli un Portuguès, nombrado Pedro Gomez de Almeyda, con un rico regalo, y cartas del Nautaquin de la Isla de Tanixuma, que venia à pedir de parte de eſte Principe un ſocorro de quinientos hombres de nueſtra Nacion para conquiſtar la Isla de Lequios. El Nautaquin ofrecia por eſte ſervicio pagar al Rey de Portugal un tributo anual de cinco mil quintales de cobre, y mil de laton. Pero eſta diputacion no tubo efecto, por la deſgracia del Enviado, que pereciò en un naufragio con Manuel de Souſa de Sepulveda. Mas allá, al Nord de la grande Lequios, ſe encuentra un grande numero de Islas pequeñas, de donde ſe ſaca mucha plata, y que deben de ſer aquellas que Ruy Lopez de Villalobos (el miſmo que reconoció primero las Islas Filipinas en 1539 despues del famoſo Magallanes, que las habia deſcubierto, y que habia muerto en ellas en 1521.) deſcribia en ſus repreſentaciones à Don Jorge de Caſtro, que mandaba entonces los Portugueſes de Ternate. De mi Relacion se puede inferir que dos mil ſerían ſuficientes para apoderarſe de todas eſtas Islas, de donde con menos gaſto ſe ſacaría mucha mas utilidad que de las Indias. Muchos Mercaderes nos aſeguraron que la renta de las Aduanas, ſolo de Lequios, era de un millon de oro, ſin comprender el macis, ni las minas de metales.

MENDEZ PINTO.

Al llegar à Liampo encontramos à los Portugueſes de eſta Ciudad afligidos con ſu perdida. Noſotros eramos las deſgraciadas reliquias de ſu flota, cuya conſideracion nos grangeò muchos agaſajos. Diferentes Negociantes me ofrecieron empleo en ſus Factorías, ò en ſus Juncos; pero mis deſeos me llamaban à Malaca, en donde eſperaba que mi experiencia me ſerviría de

me-

MENDEZ PINTO. merito, y haría emplear mis ſervicios con mayor diſtincion. Embarquéme en el Navio de un Portugués nombrado Triſtan de Gaa, y nueſtra navegacion fue felíz. Celebré en extremo mi vuelta, al ſaber que Don Pedro Faria mandaba todavia en Malaca. El deſeo que habia tenido ſiempre de contribuir á mi fortuna, alentado con la memoria del valeroſo Antonio de Faria ſu pariente, y con la relacion de nueſtras aventuras, le hizo buſcar ocaſion de ocuparme utilmente, antes que concluyeſe el termino de ſu Gobierno.

Propuſome emprendieſe el viage de Martaban, de donde ſe ſacaban entonces grandes ventajas, en el Junco de un Necoda Mahometano nombrado Mahmud, que tenia ſus mugeres é hijos en Malaca. Ademas de las utilidades que podia eſperar del comercio, me hallé encargado de tres comiſiones importantes; la una ajuſtar un tratado de amiſtad con Chambainha Rey de Martaban, de que ſacariamos mucho provecho para las proviſiones de nueſtra fortaleza. La ſegunda llamar à Lancerot Guerreyra, que cruzaba entonces con cien hombres en quatro fuſtas en la Coſta de Tanaſerim, y cuyo ſocorro era neceſario á los Portugueſes de Malaca, que ſe creían amenazados por el Rey de Achem; y la tercera dar aviſo de eſtos rezelos á los Navios de Bengala para hacerles apreſurar ſu partida, y navegacion. Obliguème con guſto á la execucion de eſtas tres ordenes, y partí un Miercoles nueve de Enero. El viento nos favoreciò haſta Pulo-Pracelar, en donde el Piloto ſe detubo algun tiempo por la dificultad de paſar los bancos que atravieſan todo eſte Canal, haſta la Isla de Sumatra, del que no ſalimos ſin mucho trabajo, para acercarnos hàcia las Islas de Sambillan, en donde entrè en una barca muy bien equipada, que me ſirviò por doce dias para viſitar toda la Coſta de los Malayos, en el eſpacio de ciento y treinta leguas, haſta Jonſala. Entré en los rios de Barruhas, de Salangar, de Panagim, de Queda, de Parlès, de Pandan &c. ſin ſaber nada de los enemigos de nueſtra Nacion. Mahmud, con quien me junté deſpues de eſte viage, nos hizo continuar el miſmo rumbo por nueve dias, y à los veinte y tres ſe halló obligado á dar fondo en la Isleta de Piſanduray, para hacer alli un cable. Deſembarcamos con ſola la mira de apreſurar eſta obra; y habiendome propueſto ſu hijo probaſe ſi podiamos matar algunos ciervos, cuyo numero es muy grande en eſta Isla, tomé un arcabuz, y me entré en un boſque con él. No hubimos andado cien paſos, quando deſcubrimos muchos javalíes que cavaban la tierra; y habiendonos acercado encubiertos con algunas ramas, matamos dos. El gozo de eſte encuentro nos hizo correr hàcia ellos ſin precaucion; pero nueſtro horror fue igual à nueſtra admiracion, quando en el miſmo lugar que habian

bian cabado vimos doce cuerpos humanos, que habian sido desenterrados, y algunos otros medio comidos. El extremado hedor nos obligó á retirarnos, y el joven Moro juzgó prudentemente que debiamos avisar à su padre, por miedo de que no hubiese al rededor de la Isla algun Corsario que pudiese dar sobre nosotros, y degollarnos sin resistencia, como habia sucedido infinitas veces á varios Mercaderes, por negligencia de los Capitanes. El Necoda anciano que era hombre prudente, envió al instante à hacer ronda en todas las partes de la Isla, y mandando embarcar à las mugeres, y niños con la ropa á medio lavar, fue en derechura con una escolta de quarenta hombres armados de arcabuces, y lanzas al lugar en donde habiamos descubierto los cuerpos. El hedor no le permitiò acercarse; pero movido de compasion, mandó á sus gentes abrir un foso grande para darles sepultura. Al hacerles esta ultima honra, se viò á los unos con puñales guarnecidos de oro, y á los otros con brazaletes del mismo metal. Comprendiendo Mahmud la verdad, me aconsejó despachase inmediatamente mi barca al Gobernador de Malaca, dandole cuenta que estos muertos eran Achemeses que habian sido sin duda destruidos junto à Tanaserim, en la guerra que habian tenido con el Rey de Siam. Explicòme los motivos que le inclinaban à esta idea. Aquellos, me dixo, á quienes veiais con brazaletes de oro, son infaliblemente Oficiales de Achem, cuya costumbre es hacerse sepultar con todos los adornos que llevan en el combate, y para no dejarme ninguna duda, hizo desenterrar treinta y siete cadaveres, en los quales se hallaron diez seis brazaletes de oro, doce puñales muy ricos, y muchas sortijas, de donde inferimos que despues de su destruccion habian venido los Achemeses á enterrar sus Capitanes en la Isla de Pisanduray. De este modo, la casualidad nos hizo hallar un botin de mas de mil ducados, de que se apoderó Mahmud, sin comprender veinte que sus gentes tubieron la habilidad de extraviar, aunque lo pagaron bien caro, por las enfermedades que estendiò la corrupcion en su tripulacion, de las quales murieron algunos valerosos soldados. Yo envié à toda priesa mi barca para informar á Don Pedro Faria del rumbo que habia seguido, y de las conjeturas del Necoda. Con este nuevo motivo de confianza, alzamos con mas libertad velas hàcia Tanaserim, en donde tenia orden de buscar particularmente à Lancerot Guerreyra. Pasamos á vista de una Isleta nombrada Pulo-Hinhor, de donde vimos venir una barca con seis hombres pobremente vestidos, que nos saludaron con muestras de amistad, à las que correspondimos con las mismas. Despues preguntaron si habia algun Portugués entre nosotros; y habiendoles respondido el Necoda que habia muchos á bordo, parece se desconfiaron

ron

MENDEZ PINTO.

ron de un Mahometano, y su Gefe le rogó le enseñara uno ó dos sobre la tilla. Yo no tube dificultad de presentarme, y no bien hubieron reconocido el trage de mi Nacion, quando habiendo pasado al Junco con muestras de un vivo gozo, me presentaron una carta, que me rogó el Gefe leyese antes de pasar à otra explicacion. Estaba firmada por mas de cincuenta Portugueses, y entre ellos se hallaban los nombres de Guerreyra, y de tres Capitanes de su esquadra. Aseguraban á todos los Portugueses que leyesen este papel. ' Que el honorable Principe que ' lo habia logrado de ellos, era Rey de la Isla, nuevamente convertido à la Fè Catholica, que habia hecho buenos oficios à todos los Portugueses que habian descansado en sus Costas, avisandoles de la perfidia de los Achemeses, y que hacía poco que habia contribuido à hacer ganar contra estos infieles una victoria considerable, en la qual les habian cogido una galera, quatro galeotas, y cinco fustas, despues de haberles muerto mas de mil hombres. Rogaban à todos los Capitanes Christianos por las llagas de nuestro Señor Jesu Christo, y por los meritos de su Sagrada Pasion, impidiesen que se le hiciese el menor agravio, antes por lo contrario se le diese todo el socorro que merecìa por sus servicios, y por la conformidad de su ley. '

Hice al Rey de Hinhor algunas ofertas de mi persona, que era à lo que alcanzaban mis facultades. (Estaba tan pobre, dice el Autor, que no pudo estenderse mas que á darle una mala comida, y un gorro encarnado usado, que sin embargo, era mejor que el suyo.) No obstante, despues de haberme dicho que uno de sus vasallos Mahometanos lo habia echado del Trono, y reducido á la miseria, de que yo era testigo, me juró que su desgracia solo habia venido de haber abrazado el Christianismo, y de su afecto á los Portugueses. Algunos Christianos valerosos, añadiò, hubieran sido suficientes para restablecerlo en sus pequeños Estados, particularmente despues que el tyrano se creía tan bien establecido en sus usurpaciones, que no tenia sino treinta hombres para su guardia. No habiendo podido esta relacion hacerle lograr de mì mas que ofertas impracticables, redujo las suyas á suplicarme le tomase conmigo, con sola la mira de poner á lo menos su vida à cubierto, y en recompensa me ofreciò servirme lo restante de sus dias en calidad de esclavo. Mi corazon no pudo dejar de enternecerse con estas razones. Encargué no manifestase su Religion al Necoda, que era Mahometano, como su enemigo, y habiendome informado de todas las circunstancias que podian facilitar un proyecto que me inspiró el Cielo, representé tan vivamente à Mahmud quan glorioso le serìa restablecer en el Trono à un Principe desgraciado, y què merito adquiriria con el

Go-

Gobernador , sirviendo á un amigo de los Portugueses, que solo me expuso las dificultades de tan grande empresa; pero contra esta objecion estaba yo prevenido. Por otra parte su hijo , que se habia criado entre los Portugueses de Malaca , se ofreciò á registrar por sí propio las fuerzas del usurpador. De esta suerte dispusimos á Mahmud á hacer un desembarco con todas las suyas,que consistian en ochenta hombres bien armados.

MENDEZ PINTO.

Bajamos á la ribera á las dos de la noche , y al hijo del Necoda que lo conducia el Principe destronizado , no le costò trabajo coger algunos Isleños , que confirmaron la relacion de su antiguo Señor , y que se mostraron dispuestos á ayudarnos. En virtud de su confesion, supimos que la Isla solo era habitada por Pescadores , y que la guardia actual de su nuevo Señor era de cincuenta hombres , pero debiles , y tan mal surtidos de armas , que la mayor parte tenian palos para su defensa. Unas noticias tan favorables , nos hicieron despreciar las precauciones. Al amanecer , el hijo del Necoda formò la vanguardia con quarenta hombres , veinte de los quales iban armados de arcabuces , y los otros de lanzas , y flechas. El padre siguió con treinta soldados , y llevaba una vandera que Pedro de Faria le habia dado à su partida , en la qual estaba pintada una Cruz, que debia servir para hacerle reconocer de los Navios de nuestra Nacion por vasallo de la Corona Portuguesa. En este orden llegamos al pie de una mala cerca de Bambus , que cubria algunas cabañas, à las que se daba el nombre de Palacio , ó de Castillo. Los enemigos se presentaron con grandes gritos , que al parecer nos amenazaban una fuerte resistencia; pero la vista de un falconete de que nos habiamos proveido , y el ruido de algunos arcabuzazos les hicieron huir al instante. Perseguimoslos hasta lo alto de una colina , en donde juzgamos que solo se habian detenido para pelear con mas ventaja ; pero al contrario , su intencion era resguardar su vida ; mas sabiendo que estos eran los principales partidarios del usurpador , los matamos todos á arcabuzazos , y lanzadas , sin exceptuar mas que tres, que se hicieron conocer por Christianos. De alli bajamos á un Pueblo compuesto de cabañas muy bajas , y cubiertas de paja , en donde encontramos sesenta y quatro mugeres con sus hijos , que empezaron à gritar Christiano , Christiano , Jesus , Jesus , Santa Maria. Estas muestras de Christianismo me hicieron rogar al Necoda los perdonase ; pero me fue imposible libertar del saqueo sus cabañas, en las que no se hallaron mas que cinco ducados , porque la Isla era tan pobre , que los mas ricos de ambos sexos , no tenian con que cubrir su desnudéz. No comian otra cosa que peces, que cogian con caña; pero sin embargo , eran tan vanos que cada uno se nombraba Rey del pedazo de tierra que rodeaba su cabaña;

y comprendimos que toda la ventaja de aquel que reſtableciamos en el trono, ſe reducia á tener algunos campos de mayor eſtenſion. Puſimosle otra vez en poſeſion de ſu muger, y de ſus hijos, que habia reducido ſu enemigo à la eſclavitud.

No habiendo coſtado eſta expedicion mas que un poco de polvora al Necoda, entramos otra vez en nueſtro Junco, para hacer vela hàcia Tanaſerim, en donde me prometia encontrar à Guerreyra, y ſu eſquadra. Yà hacía cinco dias que ſeguiamos eſte rumbo, quando deſcubrimos una embarcacion pequeña, que deſde luego tubimos por barca de Peſcadores. No ſe movia; y nos aprovechamos de la ventaja del viento para alcanzarla, ſiendo nueſtra intencion tomar lengua ſobre los ſuceſos, y aſegurarnos de la diſtancia de los Puertos; pero habiendonos acercado haſta poder ſer oidos, y no viendo alguno que ſe preſentaſe á reſpondernos, enviamos una chalupa con orden de valerſe de la fuerza. Eſta no tubo dificultad de reconocer una barca muy pequeña, que al parecer eſtaba abandonada á las olas. En ella encontramos cinco Portugueſes, dos muertos, y tres vivos, con un cofre, y tres talegos llenos de tangues, y de larines, que ſon monedas de plata del Pais, un fardo de tazas, y jarros de plata, y dos vacías grandes del miſmo metal. Deſpues de haber hecho inventario de todas eſtas riquezas, y depoſitadolas en poder del Necoda, hice paſar los tres Portugueſes al Junco; pero aunque tubieſen fuerza para ſubir à bordo, y ſe hallaſen en eſtado de recibir mis buenos tratamientos, eſtubieron dos dias enteros ſin pronunciar una palabra. Finalmente, habiendo ſalido de eſta eſpecie de eſtupidéz con los buenos alimentos, pudieron explicarme la cauſa de eſte accidente. El uno era Chriſtobal Doria, que fue nombrado deſpues para el Gobierno de Santo Thomás; otro ſe llamaba Luis Taborda, y el tercero Simon de Brito, todos gente de honor, y conocidos por el ſucceſo de ſu comercio, que habian partido de Goa en el Navio de Jorge Mendez para ir al Puerto de Chatigam, y que ſe habian perdido en el banco de Racan, por la negligencia de la guardia. De ochenta y tres perſonas que habia à bordo, diez y ſiete habian entrado en una barca pequeña, y habian continuado ſu rumbo á lo largo de la Coſta, con la eſperanza de acercarſe haſta el rio de Coſmin en el Reyno de Pegu, y de encontrar alli el Navio de la goma de laca del Rey, ó algun Mercader que volvieſe á las Indias; pero les habia ſorprendido un viento de Oueſt, que en el eſpacio de una noche les habia hecho perder de viſta la tierra. De eſte modo, hallandoſe en alta Mar, ſin velas, remos, ni conocimiento alguno de los vientos, habian paſado diez y ſeis dias en eſte eſtado, con el ſocorro de algunos viveres que habian ſalvado. El agua les llegó à faltar, cu-

cuya privacion, tanto mas peligrosa, quanto les quedaba todavia con que satisfacer su hambre, habia hecho perecer doce, que succesivamente sepultaron los otros en las olas. Finalmente los tres que habian quedado vivos, no habian tenido fuerzas para hacer el mismo servicio á los ultimos muertos.

Continuamos con felicidad nuestra navegacion hasta Tanaserim, desde donde nos dirigimos por Touay, Merguim, Juncay, Pullo, Camude, y Vagarru, sin encontrar los cien Portugueses que tenia yo orden de buscar. No obstante, supe con gozo en esta ultima Plaza, que habian destruido quince Fustas de Achem, y tube por ciertas las congeturas de Mahmud. Habianse estendido voces de que la Ciudad de Martaban estaba sitiada por el Rey de Brama, con un Exercito de setecientos mil hombres, y que Guerreyra habia entrado en servicio de Chambainha con sus quatro Fustas, y todos los Portugueses que habia podido juntar. Aunque esta noticia le pareciese todavia incierta, no tube dificultad de hacer volver nuestras velas hácia Martaban, con la esperanza de recibir à lo menos informes mas seguros en las inmediaciones de esta Ciudad. Nueve dias tardamos en llegar à la barra; y despues de haber dado fondo à las dos de la noche con grande sosiego, oimos muchos tiros de artillería, que empezaron á causarnos algun sobresalto. Mahmud mandò juntar el Consejo, y se concluyò que habia poco riesgo en adelantarse con precaucion por el rio.

Al amanecer doblamos el Cabo de Manay, desde donde descubrimos la Ciudad de Martaban, que nos pareció estar cercada de un grande numero de gentes de guerra, y las orillas guarnecidas de una multitud increible de embarcaciones de remos. No por eso dejamos de vogar hasta el Puerto, en donde entramos con mucha precaucion, con las muestras ordinarias de paz, y de comercio. Al instante vino hàcia nosotros un Navio muy bien equipado, que llevaba diez Portugueses, cuya vista nos causò mucha alegria. Dijeronnos que el Exercito del Rey de Brama se componia realmente de cien mil hombres, que habia trahido en una flota de mil y setecientas embarcaciones de remos, entre las quales habia cien galeras; que los Portugueses, despues de haber prometido sus servicios al Rey de Martaban, habian abandonado sus intereses por motivos que solo sabian sus Gefes, y se habian pasado al partido del Rey de Brama; que en todos eran unos setecientos baxo las ordenes de Juan Cayero; que entre los principales Oficiales hallaría yo á Lancerot Guerreyra, y sus tres Capitanes, y que llevando ordenes de Don Pedro Faria, solo debia esperar de ellos grandes expresiones, y agasajos; que en quanto á los Achemeses, de que se creía amena-

MENDEZ PINTO.

nazado el Gobernador de Malaca, fundado unicamente ſu temor en la partida de ciento y treinta Velas que habian venido de Achem, baxo la conducta de Bijaya Sora, Rey de Pedir, le aſeguraban que eſta temible flota habia ſido deſtruida por el Exercito de Sornau, con perdida de ſetenta embarcaciones, y de ſeis mil hombres, ſin contar la ruina de quince Fuſtas que habian caido en manos de Guerreyra; que diez años no baſtaban à los Achemeſes para reparar ſu deſgracia; finalmente, que Malaca eſtaba fuera de rieſgo, y que las tropas Portugueſas eran inutiles al Gobernador.

Pasé á tierra para oir de boca de Cayero las miſmas noticias. Eſtaba atrincherado à alguna diſtancia de la Ciudad, ſin comunicacion alguna con los ſitiados; pero ſin tratado con ſus enemigos, eſto es, mas diſpueſto à obſervar los ſuceſos, que à tener parte en ellos. Preſentéle la orden del Gobernador, y me habló del miſmo modo que los otros: roguéle me lo puſieſe por eſcrito, y no teniendo que reparar en las circunſtancias, eſperè la partida del Necoda, que ſe aprovechaba con habilidad de la ocaſion, para exercer un comercio ventajoſo en los dos Campos. Su detencion que duró quarenta y ſeis dias, me hizo testigo de una horrible deſgracia.

Ya hacìa muchos meſes que ſe adelantaba el ſitio de Martaban con mucho vigor. Los ſitiados ſe habian defendido valeroſamente; pero no recibiendo ſocorro alguno, ſe hallaban tan debilitados con la mortandad, el hambre, y las enfermedades, que de ciento treinta mil ſoldados que ſe habian contado en la Ciudad, y que componian las principales fuerzas del Reyno, no quedaban mas que cinco mil. No conſultando el Rey mas que ſu deſesperacion, mandó hacer ſucceſivamente tres propoſiciones al enemigo. Primero le ofreció, para moverle á alzar el ſitio, treinta mil *biſas* de plata, que valian un millon de oro, y ſeſenta mil ducados de tributo anual. Habiendo ſido deſpreciada eſta tentativa, propuſo ſalir de la Ciudad con ſola la condicion de retirarſe libremente en dos Navios con ſu muger, y ſus hijos. El Rey de Brama, que no ſolo queria apoderarſe de ſus teſoros, ſino de ſu perſona, tampoco hizo cara á eſta oferta. Finalmente, el deſgraciado Chambainha propuso por ſu libertad, y la de ſu familia abandonarle ſu Corona, y el Teſoro del Rey ſu predeceſor, que ſe regulaba en tres millones de oro; pero no habiendo sido mejor recibida eſta promeſa, perdió toda eſperanza de compoſicion con un enemigo tan cruel. Los Portugueſes llegaron á ſer ſu unico recurſo, à lo menos para libertarſe del rieſgo que le amenazaba perſonalmente. Diputòles un hombre de ſu Nacion nombrado Pablo de Seyxas, que hacìa mucho tiempo que eſtaba en ſu Corte, con una Carta

pa-

para Cayero, en la qual ofrecia sujetar sus Estados al Rey de Portugal, y entregarle la mitad de sus tesoros.

, Pero la envidia de los principales Portugueses del Conse-, jo, que juzgaron que Cayero se aprovecharia en particular de las, riquezas de este Principe, yá que no fuese para sí, llevando-, las solo al Rey de Portugal, quien haria recaer en él to-, das sus recompensas, y que le daria Condados, y Marque-, sados, ó que creería quedar mal si no lo nombraba Virrey de, las Indias, hizo perder tan buena ocasion de enriquecer á Lis-, boa con los despojos de este Principe de Martaban. Estos Con-, sejeros representaron quàn peligroso era ofender al Rey de, Brama, que podia emplear setecientos mil hombres para sa-, tisfacer su venganza contra unos pocos Portugueses. Asimis-, mo declararon á Cayero, que si no desistia de la idéa de, ayudar al Rey de Martaban, se verian obligados, por su, propria seguridad, á avisar al Vencedor, y salvar por este, medio las mejores Tropas que el Rey de Portugal tubiese en, las Indias. '

La Carta para Cayero, de que parece que el Autor conservò preciosamente una copia, y la deliberacion de los Portugueses, merecen expresarse. Estaba, pues, concebida en los terminos siguientes: , Valeroso, y fiel Capitan de los Portu-, gueses, por la gracia del gran Rey de la extremidad de el, Mundo, Leon fuerte, y de un rugido espantoso, con una, Corona de magestad en la Casa del Sol: Yo, desgraciado, Chambainha, en otro tiempo Principe, y que yá no lo soy, hallandome sitiado en esta Ciudad, que verdaderamente es es-, clava, y miserable, te hago saber, por palabras pronuncia-, das por mi boca con tanta fidelidad como certidumbre, que, desde hoy me rindo, y me reconozco Vasallo del gran Rey, de Portugal, Señor supremo de mis hijos, y de mí, con, reconocimiento de homenage, y de un rico tributo, que, me impondrá segun su voluntad. En esta calidad, pido de su, parte, que luego que Pablo de Seyxas te haya entregado mi, Carta, vengas prontamente con Navios, junto al Baluarte del, Pagodo, en donde me hallarás esperandote. Entonces, sin, tomar otro consejo, me entregaré à tí, con todos los te-, soros que tengo en oro, y en pedrerìas, de que doy con, mucho gusto la mitad al Rey de Portugal, con la condi-, cion de que con lo que que me quede, permita que pueda, sacar de su Reyno, ó de todas las Fortalezas que tiene en, las Indias, dos mil Portugueses, à quienes prometo dàr bue-, na paga, para que por su medio pueda restablecerme en una, hacienda, que mi desgracia me obliga á abandonar á mis, enemigos. Finalmente, por lo que mira à tì, y tus gen-

tes,

MENDEZ PINTO.

, tes , te prometo , por la fee de mi verdad , que ſi me aſiſ-
, ten para eſcaparme , partiré mi teſoro con ellos. Como el
, tiempo no me permite dilatarme mas en eſta Carta , Pablo
' de Seyxas , con quien te la envío , te darà razon de lo que
, ha viſto , y de lo que le hé comunicado. '

Cayero mandó juntar al inſtante ſu Conſejo , á quien leyó eſta propoſicion , repreſentando quán importante era para el ſervicio de Dios , y del Rey admitir tan buenas ofertas. Habiendo mandado deſpues preſtar juramento á Seyxas , le ordenó declaraſe lo que ſabìa de el teſoro de Chambainha. Seyxas reſpondió , que no ſabìa con certeza á quánto aſcendia eſte teſoro ; pero que eſtaba muy ſeguro de haber viſto cinco veces por ſus proprios ojos una caſa , de la hechura de una Igleſia de mediano tamaño , toda llena haſta el tejado de panes , y barras de oro , de que ſe podria componer muy bien la carga de dos Navios ; que tambien habia viſto veinte y ſeis caxones cerrados , y atados con cuerdas fuertes , en los quales , ſegun le aſeguró Chambainha , estaba guardado el teſoro de Breſagukan , ultimo Rey de Pegu , y que eſta cantidad de oro , que era de ciento y treinta mil biſas , cada una de las quales valia quinientos ducados , componia la ſuma de ſeſenta millones de oro. Añadió , que Chambainha le habia enſeñado la estatua de oro de un Idolo que habia cogido en Degum , tan guarnecida de piedras , tan reſplandeciente , y tan rica , que en el Mundo no habia otra igual. Todos los que eſcuchaban à Seyxas , hubieran tenido por fabuloſa ſu relacion , ſi no lo hubieſe aſegurado con juramento. Hizoſele ſalir de la Tienda , para proceder á la deliberacion ; pero hubo tanta variedad en las opiniones , que no ſe pudo concluir nada ; de lo qual , ſegun creo , fueron cauſa nueſtros pecados.

Obligado Cayero à volver à enviar á Seyxas ſin conceder lo que pedia , eſcribió una Carta à Chambainha , juſtificandoſe con eſcuſas frivolas. Supimos , que eſte deſgraciado Principe, con el dolor de perder un recurſo , que habia reſervado para lo ultimo , habia caido deſmayado deſpues de haber leido eſta reſpueſta , y que al volver en sì , ſe habia dado muchas veces en el roſtro , manifeſtando la mas viva peſadumbre por ſu miſerable ſuerte , y dando amargas quexas de la ingratitud de los Portugueſes. Tubo la generoſidad de deſpedir à Seyxas , exhortandole buſcaſe protector mas dichoſo , y haciendole ricos regalos. Tambien le permitiò llevarſe una doncella joven hermoſa de ſu Corte , de que habia tenido dos hijos , y con la qual ſe casò deſpues en Coromandèl. Seyxas ſe volvió al Campo cinco dias deſpues , y nos enterneciò mucho con eſta relacion.

Conociendo Chambainha , que yá no tenia que eſperar en ſo-

ſocorros humanos, juntò todos ſus Oficiales, y en eſte Conſejo general ſe tomò la reſolucion de dàr muerte à todas las criaturas vivientes que no fueſen capaces de pelear, y hacer un ſacrificio con eſta ſangre á Quiay Nivandel, Dios de las Batallas. Luego ſe habian de arrojar al mar todos los teſoros del Rey, y pegar fuego à la Ciudad. Hechas eſtas tres diligencias, los que ſe hallaban en eſtado de manejar las armas, eſtaban reſueltos á dár ſobre los enemigos, para buſcar la muerte, ó abrirſe paſo; pero prefiriendo uno de los tres Generales del Eſtado el oprobrio à eſte glorioſo fin, ſe pasò la noche ſiguiente, con quatro mil hombres, al Campo de los Bramas. Lo reſtante del Exercito, que no llegaba à dos mil hombres, ſe moſtró tan deſalentado con eſta deſercion, que, por miedo de vèr abrir las puertas de la Ciudad, ó ſer entregado al enemigo, reſolvió finalmente Chambainha entregarſe voluntariamente.

El dia ſiguiente, à las ſeis de la mañana, vimos ſobre las murallas un Eſtandarte blanco, que ſe miró como ſeñal de ſumiſion. Un hombre á caballo ſe acercó à las puertas; y habiendoſele pedido los ſalvos conductos ordinarios, ſe enviaron inmediatamente por dos Oficiales Bramas, que quedaron en rehenes dentro de la Ciudad. Entonces Chambainha hizo llevar á ſu enemigo, por medio de un Sacerdote de ochenta años de edad, una Carta eſcrita de ſu puño, en la que le ofrecia abandonarſe á ſu clemencia, con ſu muger, ſus hijos, ſu Reyno, y todos ſus teſoros, ſin mas condicion, que la libertad de paſar lo reſtante de ſu vida en un Clauſtro. El Rey de Brama reſpondiò al inſtante con otra Carta, que olvidaba las ofenſas paſadas, y que ſu intencion era conceder al Rey de Martaban un Eſtado, y rentas, de que quedaria ſatisfecho. Aunque eſta promeſa fueſe una pura traycion, ſin embargo ſe publicó en el Campo con muchos regocijos.

Deſde el dia ſiguiente ſe vieron diſponer en él los preparativos del triunfo. El Rey hizo poner en ſu Quartèl ochenta y ſeis Tiendas de admirable riqueza, rodeada cada una de treinta elefantes. Todo el Exercito ſe puſo en muy buen orden; y habiendoſe aviſado à los Eſtrangeros ocupaſen los pueſtos que ſe les ſeñalaſen, no pudo eſcuſarſe Cayero de admitir uno con todos ſus Portugueſes. Puſoſele en la vanguardia, que no eſtaba apartada de la puerta por donde habia de ſalir Chambainha. Mas de quarenta Naciones que habia, eſtaban pueſtas ſucceſivamente deſde eſte lugar haſta el Quartèl del Rey, detrás del qual ſe habian juntado todos los Bramas para ſu guardia.

Un cañonazo que ſe diſparó al medio dia, fue la ſeñal con que vimos abrir las puertas de la Ciudad. Treſcientos elefantes armados empezaron la marcha: ſeguianlos una parte de los

Deſ-

MENDEZ PINTO.

Deſtacamentos Bramas, que ſe habian enviado la viſpera para tomar poſesion de los principales pueſtos. Deſpues venian todos los Señores que ſe habian hallado en la Ciudad, y que tenian parte en la deſgracia de ſu Amo. Ocho, ó diez paſos mas atrás ſe veía al Raulin de Munay, que habia traido al Campo el aviſo de la ſujecion de Chambainha. Eſte era la Cabeza de todos los demàs Sacerdotes, y Pontifice Supremo de la Nacion. Inmediatamente detrás de él ſe llevaba en una litera à Nhay Conatou, hija del Rey de Pegu, á quien los Bramas habian tambien deſpojado de ſus Eſtados, y muger de Chambainha. Junto à sì llevaba quatro niños pequeños, dos varones, y dos niñas, de todos los quales el de mas edad no paſaba de siete años. Rodeaban la litera treinta, ó quarenta mugeres, con el roſtro inclinado hàcia el ſuelo, llorando. Deſpues ſe veían ciertos Monges del País, que andan con los pies deſcalzos, y la cabeza deſcubierta, que tenian en la mano una eſpecie de roſario, y marchando en muy buen orden, rezaban devotamente. Algunos ſe empleaban tambien en conſolar à las Señoras, y las rociaban con agua el roſtro quando les faltaban las fuerzas. Eſte eſpectaculo, que ſe renovaba à menudo, hubiera enternecido unos corazones mas duros que el mio. Una Guardia de Infanterìa venía detràs de las Señoras, y de los Monges, y los Bramas ſeguian à caballo, para ſervir de Guardia á Chambainha, que iba enmedio de ellos en un elefante pequeño.

Habia pedido el mas chico, como ſymbolo de ſu deſprecio del Mundo, y de la pobreza en que ſe proponia paſar lo reſtante de ſu vida. Al rededor de él no ſe veía aparato alguno: llevaba un veſtido baſtante largo, de terciopelo negro para manifeſtar ſu ſentimiento. Tenia pelada la barba, los cabellos, y los parpados; y para mayor mueſtra del vivo dolor de ſu deſgracia, ſe habia hecho poner al cuello una cuerda vieja, para preſentarſe al Vencedor con eſta inſignia de humillacion. Llevaba en el roſtro impreſa tan profunda triſteza, que era impoſible mirarlo ſin derramar lagrimas. Su edad era de unos ſeſenta y dos años; ſu eſtatura alta; el aſpecto grave, y ſevero, y el mirar de un Principe generoſo.

Luego que entró en una plaza grande, que eſtaba delante de la puerta de la Ciudad, ſe levantò tan grande alarido de las mugeres, niños, y ancianos que ſe habian juntado en eſte lugar para verlo paſar, que ſe hubiera creido que ſe hallaban en los mas doloroſos tormentos, ò á punto de morir. Este funeſto ruido empezò de nuevo ſeis, ò ſiete veces, y la mayor parte de eſtos miſerables ſe deſpedazaban el roſtro, ó ſe herian con piedras, con tan poca compaſion de sí miſmos, que todos chorreaban ſangre, ſin que aun los Bramas pudieſen contener ſu llanto.

En

En esta plaza fue donde la Reyna se desmayó dos veces. Chambainha se apeó de su elefante para alentarla ; y viendola sin muestra alguna de vida , aunque no cesase de tener abrazados à sus hijos , se puso de rodillas junto à ella , en cuya postura , volviendo los ojos hàcia el Cielo , pasò algunos instantes orando. Despues , fuese que las fuerzas le faltasen tambien , ó que le venciese la violencia de su dolor , se derribò sobre el rostro junto á la Reyna su muger. Al vèr esto la turba , que era innumerable , empezò de repente á dár otro alarido , tan horrible, que no alcanzan mis expresiones á representarlo. Habiendose levantado Chambainha , rociò con agua la cabeza de su muger y le hizo otros remedios , con los quales volviò en sì. Tomandola entonces entre sus brazos , se valiò , para consolarla , de unos terminos tan tiernos , y religiosos , que hubieran causado admiracion en boca de un Christiano. MENDEZ PINTO.

Cerca de media hora se le concediò para este triste oficio ; y montando otra vez sobre su elefante , continuò la marcha en el mismo orden. Quando , habiendo salido de la Ciudad , llegó à la especie de calle que formaban las dos filas de Soldados Estrangeros , puso la vista sobre los Portugueses , que reconoció con facilidad , tanto en su trage , como en los arcabuces que tenian al hombro. Enmedio de ellos descubrió à Cayero , vestido de raso encarnado , y con una pica dorada en la mano , con la qual abria paso. El vér esto le penetrò tanto , que se negò à pasar adelante , por cuya razon el Capitan de la Guardia tubo que hacer abandonar su puesto á los Portugueses. Yá no hubo interrupcion alguna hasta llegar al Vencedor , que esperaba à su Cautivo con un aparato Real.

Presentandose Chambainha delante de èl , se prosternó primero à sus pies. Esperabase que pronunciase algun discurso correspondiente à su suerte ; pero sin duda el dolor , y la confusion le embargaron la lengua. Dexò este oficio al Raulin de Munay, quien , no contentandose con exhortar al Vencedor à la clemencia , le representó la mudanza de las fortunas humanas , y aun le recordó la hora de la muerte , en que la Justicia del Cielo obra sobre todos los hombres. Estas razones hicieron al parecer alguna impresion en el Rey de Brama , quien no tubo dificultad de prometer gracias , y beneficios , aunque con poca intencion de cumplir esta promesa. A Chambainha se le puso bajo de una guardia segura , y à la Reyna su muger no se la trató con mas commiseracion.

Entre los motivos que habian atraido tantos Estrangeros al Exercito de Brama , se ponderaba mucho la esperanza del saquéo , que el Rey les habia prometido , sin ninguna excepcion. Sin embargo , con pretexto de hacerse traer pacificamente à

MENDEZ PINTO.

Chambainha, pero en realidad para tener tiempo de coger sus tesoros, habia puesto fuertes guardias en todas las puertas de la Ciudad, prohibiendo, pena de la vida, el dexar entrar à nadie sin su noticia. Pasado el dia del triunfo, halló pretextos para dilatar el saqueo por otros dos, en los quales puso en salvo las principales riquezas de Martaban, empleando para ello quatro mil hombres. Despues, pasando muy de mañana à una colina que se nombra Beydao, á dos tiros de falconete de la Ciudad, hizo quitar la prohibicion en las puertas. Entonces un cañonazo, que fue la ultima señal, entregó la desgraciada Ciudad de Martaban á la furia de un numero infinito de Soldados, que igualmente atropellaron con la vida, y riquezas de los habitantes. El saquèo duró tres dias y medio, despues de los quales se pegò fuego á la Ciudad, que se consumiò hasta los cimientos. Asegurò seme, que el numero de los muertos ascendia á sesenta mil, y el de los prisioneros à ochenta mil.

Algunos dias despues se vieron sobre la misma colina una infinidad de horcas, veinte de ellas de altura igual, y las otras un poco mas bajas. Estaban puestas sobre pilares de piedra, cercados de rejas, encima de las quales se veìan veletas doradas. Cien Bramas hacian alli guardia à caballo. Muchas trincheras, que formaban otros cercados, estaban guarnecidas de vanderas, salpicadas de gotas de sangre. Anunciando al parecer este nuevo espectaculo algun suceso que ignoraba el Exercito, acudì à èl con otros cinco Portugueses. Primero oimos un ruido extraordinario, que salia del Campo de los Bramas; y mientras que buscabamos la causa, vimos salir del Quartél del Rey cien elefantes armados, y muchas gentes de à pie, à las que seguian mil y quinientos Bramas á caballo. A esta Caballería succedió un Cuerpo de tres mil hombres de Infantería, armados de arcabuces, y lanzas, enmedio de los quales descubrimos ciento y quarenta mugeres, atadas de quatro en quatro, con un grande numero de Monges del País, que las consolaban con sus exhortaciones. Todas estas desgraciadas eran mugeres, ó hijas de los principales Capitanes de Chambainha, y la mayor parte no tenian mas, que de diez y siete à veinte y cinco años de edad. Admiramos su blancura, y hermosura; pero estaban tan débiles, que muchas caían desmayadas casi á cada paso. Detrás de ellas vimos venir doce Uxieres con sus mazas de plata, que precedian à Nhay-Canatou, Reyna de Martaban. Quatro hombres llevaban sus hijos al rededor de ella, y detràs de esta Princesa iban dos filas de sesenta Monges, orando en sus libros, con la cabeza baja, y los ojos bañados en lagrimas. Seguialos una procesion de trescientos, ó quatrocientos niños, desnudos hasta la cintura, con velas en la mano, y cuerdas al cuello, que hacian resonar el ay-

re

re con ſus gritos, y gemidos. Dijoſenos, que no eſtaban deſtinados al ſuplicio, y que ſolo acompañaban à la Reyna, y ſus Damas, para invocar el favor del Cielo. Cerraba eſta marcha otra Guardia de Infanteria, y cien elefantes, armados como los primeros.

Luego que eſtas miſerables victimas entraron en la cerca de los tablados, ſeis Uxieres á caballo, publicaron ſu Sentencia, que decia: „Que ſiendo hijas, ò mugeres de padres, y maridos, „que habian muerto á un grande número de Bramas, y sido cau„ſa de eſta Guerra, las habia juzgado el Rey dignas de muerte.‟ Entonces, habiendoſe mezclado todos los Executores de la Juſticia con las Guardias, no ſe oyó mas que un ruido terrible. Entre las ciento y quarenta mugeres, las que tenian fuerza para ſoſtenerſe, abrazaban á ſus compañeras, y poniendo la viſta en Nhay-Canatou, que eſtaba apoyada ſobre las rodillas de una muger anciana, y yá caſi muerta, muchas le hicieron ſus ultimos cumplimientos; pero fueron cogidas al inſtante por los verdugos, y colgadas de ſiete en ſiete por los pies; esto es, con la cabeza hàcia abajo. Eſte eſtraño caſtigo nos hizo oir por algun rato ſus gritos, y ſollozos, haſta que las ſofocó la ſangre.

Entonces ſe avisò á Nhay-Canatou, que ſe acercaſe hácia el inſtrumento de ſu muerte. El Raulin de Munay, que tenia orden de aſiſtirla particularmente, le dijo algunas razones, que al parecer eſcuchò con conſtancia. Pidiò un poco de agua, que ſe le trajo; y habiendoſe llenado la boca de ella, rociò à ſus hijos, que tenia entre ſus brazos. Deſpues, poniendo los ojos en el verdugo que los cogia, le pidiò en nombre del Cielo la mataſe primero, para no preſenciar ſu castigo. Parece que eſte favor se le concedia, porque ſe le entregaron ſus hijos, que abrazó muchas veces, para deſpedirſe por ultimo de ellos; pero dexando caer de repente la cabeza sobre las rodillas de la muger que le ſervia de apoyo, eſpirò ſin hacer movimiento alguno. Los verdugos, que lo notaron al inſtante, la ataron á toda prieſa á la horca que le eſtaba prevenida, y colgaron en ella al miſmo tiempo á ſus quatro hijos, dos à cada lado.

La noche ſiguiente fue arrojado Chambainha al mar con una piedra al cuello, acompañado de unos ſeſenta de los principales Señores del Reyno de Martaban, que eran padres, maridos, ó hermanos de las ciento y quarenta mugeres cuyo caſtigo habiamos preſenciado.

Una Nota del Autor dà aqui alguna luz ſobre los motivos de eſta crueldad. Dice, que entre eſtas mugeres habia tres, à quienes ſus padres no habian querido caſar con el Rey de Brama, quando no era mas que ſimple Oficial; de donde parece

MENDEZ PINTO. ſe puede inferir, no ſolo que exercia ſu venganza contra los padres, y ſus hijas, sino que habia uſurpado la Corona de Brama, y que era uno de los Conquiſtadores, ò azotes del Cielo, que han deſolado tantas veces las mas bellas Comarcas del Aſia. De ahí nace, que todos los Viageros no hallan en ellas otra coſa que ruinas.

Deſpues de eſta cruel venganza, no pasò el Rey de Brama mas que nueve dias à viſta de las murallas que habìa deſtruido; y encaminandoſe hácia Pegu con ſu Exercito, dexò en el Reyno de Martaban un Cuerpo de Tropas, bajo el mando de Bainha Chaque, uno de ſus principales Oficiales. Cayero lo acompañò con los ſetecientos Portugueſes; pero ſe quedaron tres, ó quatro, y entre ellos un Caballero llamado Gonzalo Falcam, que habiendo dexado á Chambainha para agregarſe al Vencedor, habia conſeguido la confianza de los Bramas por diferentes ſervicios. Don Pedro de Faria me habia dado una Carta para él; y hallandolo todavia en Martaban quando llegué alli, no habia tenido dificultad de participarle mi comiſion. Habiendoſe paſado al vando del Rey de Brama, las reſultas del Sitio habian ſuſpendido ſu perfidia; pero deſpues de la partida del Exercito, el deſeo ſin duda de enriquecerſe de una vez con los deſpojos de mi Necoda, ò la eſperanza de aſegurarſe mejor que nunca en el favor de los Bramas, le hizo olvidar que yo era Portugués como èl, y que eſtaba encargado de los intereſes de nueſtra Nacion. Dijo al nuevo Gobernador de Martaban, que yo habia venido de Malaca à tratar con Chambainha, y à ofrecerle ſocorro. Bainha Chaque, de acuerdo tal vez con él, me hizo prender al inſtante; y habiendo paſado en perſona al Junco que me habia traido, ſe apoderò de todas las mercaderías. A Mahmud, y ciento y ſeſenta y quatro hombres del Navio, entre los quales habia quarenta Mercaderes muy ricos, Mahometanos, ó Gentiles, pero todos naturales de Malaca, ſe les puſo en una obſcura carcel. Al dia ſiguiente ſe les condenò à la confiſcacion de ſus bienes, y à quedar priſioneros de Eſtado, por haber ſido complices de un proyecto de traycion contra los Bramas. De ciento y ſeſenta y quatro, el hambre, la ſed, y el hedor de un horrible calabozo, hicieron perecer ciento y diez y nueve en el eſpacio de un mes. Los quarenta y cinco que reſiſtieron à los trabajos, fueron pueſtos en una mala Chalupa ſin remos, ni velas, y entregados à la corriente del rio, que los llevó haſta la barra, de donde el viento los echò á una Isla deſierta, nombrada Pulo-Cumude, que eſtà veinte leguas de la embocadura. Alli ſe proveyeron de frutas, que hallaron en los boſques; y haciendo deſpues una vela de ſus veſtidos, y dos remos de algunas ramas de arbol, ſiguieron la Coſta de Jonſalam, y las ſiguientes, haſ-

hasta el rio de Parles, en el Reyno de Queda, en donde murieron casi todos de ciertas postemas contagiosas, que les salieron en la garganta. Finalmente, no habiendo llegado mas que dos à Malaca, contaron al Gobernador la historia de este triste viage, y en su relacion hablaron de mi muerte, como de una desgracia segura.

Con efecto, yo solo esperaba la hora del castigo. Despues del destierro de mis compañeros, se me pasó á una Carcel mas distante, en donde estube treinta y seis dias, abrumado con muchas cadenas. Gonzalo renovaba continuamente sus acusaciones; y no permitiendome mi pesadumbre, ó mi orgullo responder siempre con moderacion, se me acumulò el nuevo delito de despreciar la Justicia. Para satisfacer esta ofensa, se me condenó á ser azotado por mano de los Executores públicos, y mis enemigos me echaron en las llagas goma hirviendo, que me causó mortales dolores. No obstante, habiendo representado algun amigo de la Justicia al Gobernador, que si me hacía quitar la vida, llegaria esta noticia hasta Pegu, en donde todos los Portugueses no dejarian de quexarse al Rey, se contentó con confiscar todo quanto poseìa, y declararme Esclavo del Rey. Luego que se me curaron las llagas, fui conducido à Pegu con las mismas prisiones que incesantemente habia llevado, y en virtud de los informes de Bainha Chaque, se me entregó á la Guardia del Tesorero del Rey, nombrado Dioforay, que estaba yà encargado de otros seis Portugueses, cogidos con las armas en la mano en un Navio de Cananor.

Mientras mi esclavitud, que durò el espacio de dos años y medio, el Rey de Brama, estendiendo sus Conquistas, atacó à Prom, en donde exerció las mismas crueldàdes que en Martaban, arruinó esta Ciudad, y destruyó la Familia Real.

(El Autor emplea muchos capitulos en la relacion de estas Guerras, y pinta al Rey de Brama como un monstrùo de barbaridad, de lo que se harà juicio por las noticias siguientes: „ Despues de haberse hecho coronar Rey de Prom en presencia del „ Monarca vencido, á quien tenia gusto de hacer que le besase „ los pies, salió á un balcon, que daba à una Plaza grande, à „ la que hizo traer todos los niños que habian sido muertos el „ mismo dia en el asesinato general de los habitantes; y mandando cortarlos en pedazos menudos, mezclados de esta suer„ te con salvado, arroz, y hierbas, ordenò, que se diesen á „ comer à sus elefantes. Despues de esto, por otra especie de ce„ remonia muy estraña, y inventada sin duda para infundir ter„ ror, se trajeron, al són de los tambores, y otros instrumen„ tos, mas de cien caballos, cargados todos de quartos de hom„ bres, y de mugeres, que tambien hizo cortar muy menudos,

man-

MENDEZ PINTO.

, mandando incontinenti, que se echase todo en una hoguera , grande, que se encendió á proposito. Concluidas todas estas , ceremonias, hizo traer à la Reyna, hija del Rey de Ava, la , mandó desnudar publicamente, y desollar à azotes hasta que , espiró. Entonces la hizo atar con el Rey su marido, que es- , taba todavia vivo; y habiendo ordenado, que se pusiese à los , dos una piedra al cuello, los mandó arrojar juntos al rio. , Para conclusion de estas crueldades, hizo empalar el dia si- , guiente todos los Caballeros que se cogieron vivos, y que lle- , gaban à unos trescientos, que tambien se arrojaron al rio, es- , petados de esta suerte. (c)

Melitay, sin embargo de mas larga resistencia, no dejó de ser vencida por la violencia de esta impetuosa corriente. Desde alli se proponia agoviar con sus armas al Rey de Ava, á quien queria castigar por haber pensado en vengar al Rey de Prom, su hierno; pero sabiendo, que este Monarca habia hecho grandes preparativos, y se habia fortalecido con la Alianza del Emperador de Pondaleu, Principe temible, á quien se daba el titulo de Siamon, llegò á rezelar que sus fuerzas reunidas hiciesen detener su fortuna; por lo qual resolvió enviar un Embajador al Calaminham, otro Principe poderoso, cuyo Imperio ocupa el centro de esta Comarca en una vasta extension, para moverle con sus regalos, y con la promesa de cederle algunas tierras inmediatas à sus Estados, á declarar la guerra al Siamon. Diosoray, en cuyo poder estaba yo todavia, con otros siete Portugueses, fue nombrado para esta Embajada, y recibió una infinidad de favores á su partida; pero por nuestra parte dimos este nombre al regalo que el Rey le hizo de nosotros, para servirle en calidad de Esclavos, pues nos habia tratado hasta entonces con cariño, el que se aumentò con la esperanza que tenia de nuestros servicios. Partiò en una Barca, seguida de otras doce embarcaciones, que llevaban trescientos hombres de acompañamiento. Las riquezas que conducia para el Calaminham, ascendian à mas de un millon de oro. Vistiósenos con mucho asèo, y la generosidad de este nuevo amo concurriò con liberalidad à remediar todas nuestras necesidades.

Nuestro viage, y mis observaciones hasta Timplan, Capital del Imperio del Calaminham, fueron una diversion bastante agradable para mis trabajos. Partimos de Ava en el mes de Octubre del año 1545, subiendo el rio de Quetor al Ouest-Sud Est, y en algunos parages al Est, para seguir las vueltas del agua. En siete dias llegamos à la entrada de un canal, nombrado Guampano, por el qual nuestro Roban, ó Piloto nos hizo pasar, segun la orden expresa del Rey, para no dàr en las tierras del Siamon. De alli á poco nos hallamos á vista de una Ciudad grande,

de, que se nombra Gataldày, en donde el Embajador se detubo tres dias. Desde alli continuamos siguiendo el mismo canal por espacio de cinco dias, en los quales solo se presentaron en las margenes algunos Pueblos pequeños, cuyas casas estaban cubiertas de paja, y los habitantes eran muy pobres. El campo estaba lleno de ganados, que al parecer no tenian dueño, porque matabamos veinte y treinta animales á vista de estos Pueblos, sin que se mostrasen ofendidos; antes bien por lo regular nos los trahian à bordo, como si hubiesen tenido gusto en vernoslos matar. Al salir del canal, entramos en un rio muy grande, nombrado Angeguma, que tiene mas de tres leguas de ancho, y en ciertos parages mas de veinte brazas de fondo, con corrientes tan impetuosas, que regularmente retardaban nuestro viage. Seguimos sus orillas por siete dias, despues de los quales llegamos delante de Gumbim, Ciudad pequeña bien murada, que pertenece al Reyno de Jangoma, y que està cercada, á cinco, ò seis leguas de distancia, de selvas, que producen benjuí, y de llanos, de donde se saca laca, por cuya razon atrahe alli este Comercio muchos Navios, que parten cargados para diferentes Comarcas de las Indias, y para la Meca, Alcocer, y Geda. En la misma Ciudad se halla cantidad de almizcle, mucho mejor que el de la China, que se transporta á Martaban, y à donde vàn á buscarlo los Portugueses, para Narsingue, Orixa, y Masulipatam. Las mugeres del País son blancas, y muy bien hechas, y llevan vestidos de seda, y de algodon, cadenas de oro, y plata en los pies, y argollas al cuello. El terreno es en extremo fértil en trigo, arroz, y ganados, pero particularmente en azucar, miel, y cera. Gumbim, con el País de al rededor, que es de unas diez leguas de circuito, dà cada año al Rey de Jangoma sesenta mil *Alcas* de oro, que componen setecientos y ocho mil ducados de nuestra moneda.

Desde alli continuamos siguiendo la orilla al Sud por espacio de otros siete dias, y llegamos delante de una Ciudad grande nombrada Catamnas, sujeta al dominio de Raudiva de Finhau, segundo hijo del Calaminham. El dia siguiente por la tarde encontramos una Fortaleza llamada Campalagor, construida en forma de Isla enmedio del rio, y vestida de piedras grandes de sillería, con tres baluartes, y dos torres de siete altos. Dijose al Embajador, que en estas torres estaba encerrado uno de los veinte y quatro tesoros que el Calaminham habia formado en diferentes parages de sus Estados, la mayor parte en barras de plata, cuyo peso se reputaba en seis mil caudines, ó veinte y quatro mil quintales. En los trece dias siguientes descubrimos à los dos lados del rio muchas Ciudades grandes, y bellisimos jardines, bosques de arboles muy altos, llanos fèrtiles, y muchos gana-

dos.

MENDEZ PINTO.

dos. El mismo rio presentaba un grande numero de barcas, en donde se vendian en abundancia todas las producciones de esta rica comarca; pero habiendo enfermado el Embajador, se le aconsejó interrumpiese el viage para curarse. Algunos habitantes del País le hablaron de un Hospital famoso, llamado Tinagogo, que solo distaba doce leguas, à donde los Principes, y Señores iban à hacerse curar de todas sus enfermedades, por la confianza que tenian en la habilidad de los Sacerdotes. En virtud de este informe, determinó ir à él con algunos de su comitiva, tanto para satisfacer su curiosidad, como para asegurar su curacion.

Tinagogo significa Dios de los mil Dioses; y esté Hospital es mas bien un magnifico Pagodo, dedicado à la Deidad de este nombre; pero los Sacerdotes, que eran en grande numero, tenian bajo su direccion un Hospital llamado Chipanocam, y compuesto de quarenta y dos edificios, en donde los Grandes, y el Pueblo eran recibidos con distinciones, y cuidado proporcionado à su clase. El Embajador admiró el orden, y abundancia que reynaban en este lugar, en el que se le recibiò con todas las muestras posibles de respeto. El asèo, el cuidado en el servir, los perfumes, la baxilla, la ropa, y los vestidos, los manjares exquisitos, todo correspondia à la idea que se le habia hecho formar de este sitio. Visitabanlo dos veces al dia diferentes mugeres muy bellas, que cantaban al són de varios instrumentos, ó que representaban Entremeses divertidos. Despues de haber pasado alli veinte y ocho dias, manifestò, que la diversion de un lugar tan bello habia contribuido, mas que los remedios, á su restablecimiento.

Mientras que se ocupaba en curarse, visitamos el Templo del Idolo, que es un edificio situado en medio de un dilatado campo, sobre una colina redonda, de unas dos millas de circuito, que se habia picado á la altura de quince brazas; y sus orillas estàn cercadas de una muralla de piedra de sillería, de diez ó doce pies de alto, con sus baluartes, torreones, y torres. En lo interior se ven, á lo largo de la muralla, ciento y sesenta hospicios, cada uno de los quales tiene trescientos quartos, muy bajos, pero en extremo limpios, en donde se recibe á los Peregrinos, que vienen bajo la conducta de un Gefe en caravanas, mas, ó menos numerosas, segun la distancia de su País, y que se hacen reconocer en las divisas que llevan en sus vanderas. Estos lugares reciben sombra de una infinidad de cedros y de cipreses de que estàn llenos. En medio de la colina, veinte y quatro Monasterios de personas de ambos sexos forman una especie de cìrculo, en cuyo centro hay un jardin hermoso, cercado de tres varandillas de laton, con arcos de diez en diez brazas. En el centro de este jardin se ha puesto al Dios Tinagogo,

ba-

bajo de una eſpecie de media naranja, cubierta por dentro de planchas de plata; pero no pudimos diſtinguir ſi la materia de eſte Idolo era oro, ó cobre ſobredorado. Eſtà en pie, con las manos levantadas hácia el Cielo, y una rica corona en la cabeza. Otros muchos Idolos de menor tamaño están de rodillas, al rededor de ella, y parece la miran con admiracion. Mas abajo hay doce figuras giganteas de bronce, que ſe tienen por los Dioſes del año. Fuera de la media naranja otros ciento y quarenta gigantes de hierro fundido, pueſtos en circulo en dos filas, con alabardas en la mano, ſon como guardias de eſta terrible Deidad.

Aſimiſmo fuimos teſtigos de muchas fieſtas, que nos hicieron admirar á un tiempo la ceguedad, y piedad de eſtos Pueblos. (El Autor hace mencion de eſtas fieſtas. En ſus proceſiones, dice, llevaban galeras de quatro y cinco altos, ſobre las quales iban por lo menos doſcientas perſonas, Idolos, Sacerdotes, Guardias, y niños. Tiraban cada una de eſtas galeras mas de tres mil perſonas, que ſe valian para eſto de cuerdas largas cubiertas de ſeda, y lograban con eſta accion remiſion de ſus pecados. Además, para que todos participaſen de eſta abſolucion tirando las cuerdas, llevaban en ellas la mano uno deſpues de otro, y continuaban haſta la extremidad, de tal modo, que todas las cuerdas eſtaban cubiertas de puños cerrados ſin verſe otra coſa. Entretanto que las galeras paſaban con un ruido eſpantoſo de tambores, y otros inſtrumentos, de ciertas cabañas de madera hechas á propoſito, ſalian de repente ſeis, ſiete, ocho, ò diez hombres, todos cubiertos de perfumes, y envueltos en colchas de ſeda, con brazaletes de oro por adorno. Todo el Pueblo les hacía lugar al inſtante, y entonces, deſpues de haber ſaludado al Idolo, que eſtaba en lo mas alto de la galera, ſe echaban al ſuelo, de tal modo, que paſando las ruedas por encima de ellos, los deſquartizaban, y los circunſtantes empezaban á gritar juntos: Mi alma ſe una con la tuya. Al inſtante ſe apeaban los Sacerdotes de la galera, cogian à eſtos miſerables que venian à ſacrificarſe de eſta ſuerte, y ponian la cabeza, y las tripas, y los demás miembros quebrantados en vaſijas grandes, y los enſeñaban deſpues al Pueblo deſde lo alto de la galera con exhortaciones à ſu modo. Detràs de eſtos ſeguian otros martyres del diablo, que nombraban Xipharnas, que ſe cortaban pedazos de carne, tan impiamente, con navajas de afeytar, que no podia dejarſe de creer que fueſen inſenſibles, y deſpues los ponian en alto, y los enſeñaban en la punta de una flecha, diciendo, que ſe los regalaban á Dios, por el alma de ſu padre, de ſu muger, y de ſus hijos, ó de la perſona por cuya intencion aplicaban eſta ridicula limoſna. Al parage donde caía eſte pedazo de carne, acudian tantas gentes para cogerlo, por-

MENDEZ PINTO.

que tenian eſto por una reliquia muy grande, que algunas veces ſe ſofocaban muchos. A los que morian ahogados con ſu ſangre, ſin narices, ſin orejas, y ſin otros miembros que ſe habian cortado, les dividian al inſtante los Sacerdotes la cabeza, y la enſeñaban al Pueblo, que ſe ponia de rodillas, y oraba, las manos levantadas.)

Deſpues de curado el Embajador, le acompañamos al Templo, para cumplir un voto que habia hecho mientras ſu enfermedad. El tercer dia de un ſacrificio, que ſe celebraba à la luna nueva de Diciembre, fue quando paſamos á él. Eſperò que la confuſion ſe minoraſe, y ſubimos con èl á la colina, en la que ſe veìan en ſeis calles largas, y hermoſas una infinidad de peſos colgados en barras de bronce, en donde ſe hacian peſar los devotos para la remiſion de ſus pecados, y el contrapeſo que cada uno ponia al otro lado, era conforme à la calidad de ſus culpas. De eſte modo, los que ſe acuſaban de gula, ò de haber paſado el año ſin ninguna abſtinencia, ſe peſaban con miel, azucar, huevos, y manteca de baca. Los que ſe habian entregado à los placeres ſenſuales, ſe peſaban con algodon, pluma, paños, perfumes, y vino. Los que habian tenido poca caridad con los pobres, ſe peſaban con piezas de moneda; los perezoſos con leña, arroz, carbon, ganados, y frutas; los ſobervios, con peſcado ſeco, eſcobas, y excremento de baca &c. Eſtas limoſnas, que redundaban en beneficio de los Sacerdotes, eran en tan grande numero, que ſe veìan apiladas. Los pobres que no tenian nada que dar, ofrecian ſus propios cabellos, y mas de cien Sacerdotes eſtaban ſentados con tixeras en la mano para cortarſelos. De eſtos cabellos, de que ſe veían tambien grandes montones, mas de mil Sacerdotes pueſtos en linea hacian cordones, trenzas, ſortijas, y brazaletes, que compraban los devotos, para llevarlas como precioſas prendas del favor del Cielo. El Embajador, admirado de quanto veía en eſte lugar, hizo diferentes preguntas, á las que ſe le reſpondió ſin moſtrar embarazo. Aſeguroſele particularmente que de ſolos los cabellos de los pobres, ſe ſacaban mas de dos mil pardos, que componen noventa mil ducados de nueſtra moneda.

Del patio de los peſos, paſamos ſucceſivamente à los de los ſacrificios, de las limoſnas, de los bayles, de las comedias, de las luchas, y de los conciertos de toda eſpecie de inſtrumentos. Finalmente, llegamos al Templo, no ſin baſtante trabajo, para romper por medio de la gente. Eſtaba adornado con una infinidad de hachas de cera de diez, á doce pavilos, pueſtas en blandones de plata. Quemabanſe por todas partes perfumes de aloes, y de benjui. El Idolo, que nunca habia yo viſto tan de cerca, eſtaba en una rica tribuna de hechura de altar, rodeada de muchos

ni-

niños veſtidos de morado, que continuamente lo incenſaban al ſón de los inſtrumentos. Su altura era de unos doce pies: tenia el roſtro muy ancho, los cabellos de Negro, las ventanas de la nariz disformes, los labios grueſos, y el aſpecto triſte, ó como apeſadumbrado; y en la mano una acha de dos cortes. Continuamente ſe echaban en vacías grandes que habia al pie de la tribuna, toda eſpecie de riquezas de limoſna, oro, plata, diamantes, perlas, y piezas de ſeda.

Deſpues de haber cumplido ſu voto el Embajador, ſe hizo conducir á las grutas de los Ermitaños, ó de los penitentes, que eſtaban en el centro de un boſque, à alguna diſtancia de la colina del Templo, picadas en la miſma roca, y todas en orden, con tanta habilidad, que mas bien parecian obra de la naturaleza, que del arte. Contamos haſta ciento quarenta y dos; y los Ermitaños que habitaban las primeras, tenian ropas largas à la moda de los Bonces del Japon, y ſeguian la ley de una deidad, que habiendo ſido en otro tiempo hombre conocido con el titulo de Situmpor Michay, habia mandado, mientras vivió, à ſus ſequaces hicieſen grandes auſteridades. Dijoſenos que ſu unico alimento eran hierbas cocidas, y frutas ſilveſtres. En otras grutas vimos ſequaces de Angemacur, deidad todavia mas auſtera, que ſolo ſe mantenian de moſcas, hormigas, eſcorpiones, y arañas, guiſadas con zumo de ciertas hierbas. De dia y de noche meditan con los ojos levantados hàcia el Cielo, y los dos puños cerrados, para explicar el deſprecio que hacen de los bienes del Mundo. Otros paſan la vida gritando de dia, y de noche en las montañas, Godomem, que es el nombre de ſu Fundador, y no paran haſta que con la muerte pierden el aliento. Finalmente, los que ſe nombran Taxilacous, ſe encierran en grutas muy pequeñas, y luego que creen haber cumplido el tiempo de ſu penitencia, abrevian ſu muerte quemando cardos verdes, y zarzas, cuyo humo los ſofoca.

Deſpues de habernos ſatiſfecho de eſta variedad de extravagancias, dejamos à Tinagogo para entrar otra vez en nueſtras barcas; y continuando en ſubir el rio por nueve dias, nos hallamos el decimo entre dos Ciudades grandes que guarnecen las dos orillas, nombrada la una Manaveday, y la otra Singilapau. En el intermedio ha pueſto la naturaleza una Isla, ò mas bien un peñaſco de treinta y ſeis brazas de altura, ſobre el qual ſe ha conſtruido un Fuerte pequeño, con nueve baluartes, y cinco torres. Una cadena de hierro que ſe eſtiende por los dos lados haſta las dos Ciudades, cierra el paſo á todos los Navios, el que ſe abrió con mucho aparato para el nueſtro. Acercabamonos à la Capital del Calaminham, y habiendo baxado el Embajador á la principal de las dos Ciudades, que es la de Singilapau, fue muy

 aga-

MENDEZ PINTO.

agaſajado por el Gobernador. En ella lo eſperaba una eſcolta de veinte barcas, montadas por mil ſoldados, con las quales llegamos el dia ſiguiente por la noche à las Aduanas del Reyno, que ſon dos Caſtillos muy fuertes, ſituados ſobre las dos margenes del rio, y unidos en toda ſu anchura por cinco cadenas grueſas de laton. Preſentandoſe un Oficial en una barca muy ligera, rogò al Embajador deſembarcaſe en Campalagro, uno de los dos Caſtillos, para hacer ver ſi la carta que llevaba al Calaminham, èſtaba diſpueſta en la forma eſtablecida; á cuyo uſo fue preciſo ſujetarſe. El Embajador fue conducido à una ſala grande, en donde otros tres Oficiales, acompañados de un grande numero de Caballeros, le hicieron un acogimiento muy politico, y le preguntaron à què venia, como ſi lo ignoraſe. Reſpondiòles que venia de parte del Rey de Brama, Señor de Tangu, á comunicar al Santo Calaminham ſecretos de grandiſima importancia. Habiendoles enſeñado deſpues la Carta, corrigieron en ella algunos terminos, que no eſtaban conformes al eſtilo ordinario. Aſimiſmo les manifeſtó los regalos, cuya riqueza admiraron, particularmente la de una cadena de oro, y de unas guarniciones de elefante, cubiertas de piedras, que valuaban los Lapidarios en mas de ſeis mil ducados. Eſtos Oficiales puſieron á todas las piezas cordones de ſeda torcida, con tres ſellos de laca, como teſtimonio de que la Carta y regalos podian ſer admitidos.

El miſmo dia vimos llegar un Diputado del primer Miniſtro del Eſtado, que traía al Embajador toda eſpecie de refreſcos, y que venía à ſuplicarle ſuſpendieſe ſu marcha por nueve dias, cuyo intermedio neceſitaban los Oficiales para ſus preparativos. Hizoſenos emplear eſtos dias en diferentes diverſiones, como la caza, y la peſca, á las que ſeguian grandes banquetes, conciertos de Muſica, y Comedias. No obſtante, logré del Embajador, para mí, y mis compañeros, el permiſo de viſitar muchas curioſidades del País, que nos habian alabado los habitantes. Hizoſenos vér, en las inmediaciones del rio, muchos edificios antiquiſimos, Templos ſuntuoſos, muy bellos jardines, Caſtillos bien fortificados, y caſas de ſingular, y exquiſita eſtructura.

Lo que mas admiracion nos causò, fue un Hospital nombrado Manicaforam, ó carcel de los Dioſes, que unicamente ſervia para alojar á los Peregrinos, que encerraba en ſu cerca mas de una legua de extenſiòn. En él ſe veían doce calles abovedadas, cada una de las quales eſtaba cercada de doſcientas quarenta caſas, eſto es, ciento y veinte à cada lado, llenas todas de Peregrinos Eſtrangeros, que incelantemente ſe ſuccedian por todo el año, en donde no ſolo tenian buen alojamiento, ſino que ſe les daba de comer abundantemente, y ſe les ſervia por

qua-

quatro mil Sacerdotes, que vivian en ciento y veinte Monasterios. El Templo de este Hospital, que era muy grande, se componia de tres naves, cuyo centro era una Capilla, de hechura redonda, cercada de tres varandillas de laton, con dos puertas, en cada una de las quales habia una aldava grande del mismo metal. En esta Capilla se veían ochenta Idolos de ambos sexos, sin comprender otras Deidades pequeñas, que estaban prosternadas delante de las grandes, que se hallaban en pie, pero atadas á unas cadenas de hierro con argollas grandes, y algunas con esposas. Las pequeñas, que estaban casi tendidas por el suelo, estaban atadas de seis en seis por la cintura á otras cadenas mas endebles. Al rededor de las varandillas, doscientas quarenta y quatro figuras de bronce, puestas en tres filas, con alabardas, y mazas al hombro, parece servian de Guardias á todos estos Dioses cautivos. Atravesaban las naves, al rededor de la Capilla, muchas varillas de hierro, en las quales habia diferentes hachas, cada una de diez pavilos, varnizadas á la moda de las Indias, como las murallas, y todos los demás adornos del Templo, en señal de luto por el cautiverio de los Dioses.

Admirados de este espectaculo, pedimos à los Sacerdotes nos lo explicasen. Dijeronnos que un Calaminham nombrado Xixivaxom Melitay, que habia reynado gloriosamente en esta Monarquia muchos siglos antes, habiendose visto amenazado por una Liga de veinte y siete Reyes, los habia vencido en una sangrienta batalla, y les habia cogido todos sus Dioses, que era la multitud de Idolos que al parecer admirabamos. Despues de esta grande guerra las veinte y siete Naciones habian quedado tributarias de los Calaminhams, y sus Dioses llevaban cadenas. En tan largo espacio se habia derramado mucha sangre, por las continuas revoluciones de tantos Pueblos, que no podian sufrir este ultrage, y que incesantemente lo lloraban, renovando cada año el voto que habian hecho de no celebrar fiesta alguna, ni encender luz en sus Templos, hasta la libertad de los objetos de su culto. Esta disputa habia hecho perecer mas de tres millones de hombres, lo que no impedia que los Calaminhams honrasen à los Dioses que habian vencido, y permitiesen à sus antiguos adoradores venir en romerìa á este lugar. Tambien supimos de los mismos Sacerdotes, el origen del culto que dan los Idolatras de las Indias á Quiay Nivandel, Dios de las batallas. En un campo nombrado Vitau, fue donde el Calaminham, vencedor de los veinte y siete Reyes, habia destruido todas sus fuerzas. Despues del combate se presentò á él esta Deidad, sentada en una silla de madera, y le mandò le hiciese reconocer por Dios de las batallas, mas grande que todos los demás del Pais. De ahí nace que en todas las Indias, quando se quiere persuadir alguna

co-

MENDEZ PINTO.

cosa superior à la fé comun, se jura por el santo Quiay Nivandel, Dios de las batallas.

Desde este Templo nos conduxo la curiosidad à otro nombrado Urpanesendo, servido solo por mugeres, hijas todas de Principes, y de los primeros Señores del Reyno, en donde estaban desde la niñez para sacrificar su honor al Idolo, sin lo qual no hallarían ningun hombre de distincion, que quisiera casarse con ellas. Este impuro sacrificio se hace con un gasto increible para las familias. El Idolo Urpanesendo, que es de plata, ocupa una capilla dorada, en donde está sentado sobre un altar guarnecido de un grande numero de candeleros preciosos, cuyas hachas tienen seis pavilos. Al rededor del altar muchas bellas estatuas de mugeres, parece adoran al Idolo dobladas las rodillas, y levantadas las manos. Dijosenos que estas eran las almas santas de algunas doncellas jovenes que habian concluido sus dias en el Templo: honra que se estiende à sus familias, y que se tiene en el Pais por una distincion muy rara. Asegurósenos que la renta anual de este Idolo ascendia à trescientos mil ducados, sin comprender las ofrendas, y los ricos ornamentos que se juntan al tiempo de los sacrificios. En la misma cerca se ve un grande numero de casas, en donde hay muchas mugeres ancianas, la mayor parte muy ricas, que quieren morir en servicio del Idolo, y que regularmente le dan toda su hacienda. Entonces habia mas de cinco mil.

Nuestros guias nos hicieron ver despues muchas carabanas, que venian todos los dias en romería al Templo de Manicaforam. Estas tropas de Estrangeros eran de ciento, de doscientas, y algunas veces de quinientas personas, que formaban una especie de Campo en la margen del rio. La casualidad nos hizo encontrar aqui una muger Portuguesa, lo que nos causó mas admiracion que quanto habiamos visto. Dijonos llorando, que era viuda de uno de estos Peregrinos Indios, despues de haber sido su muger el espacio de veinte y tres años; que el temor de ser castigada por este casamiento, la habia impedido hasta entonces volver entre los Christianos; pero que suplicaba al Cielo le hiciese llegar antes de su muerte á algun Pais en donde su arrepentimiento pudiese borrar sus culpas; y que no obstante la romería que habia emprendido en honra del diablo, no dejaba de ser siempre Christiana. Causónos grande admiracion esta novedad; y cada uno de nosotros la exhortó tan vivamente, que prometió con juramento partir con nosotros para Timplan, y seguirnos á Pegu, para hacer vela à Coromandel, y retirarse à Santo Thomás. Apartamonos de ella persuadidos que no le faltaría voluntad para alcanzarnos; pero la esperamos en vano, y nuestros esfuerzos no fueron menos inutiles para volverla á encontrar.

Des-

Despues de haber dejado al Embajador tiempo de descansar por nueve dias, uno de los Gobernadores de Timplan, distinguido con el titulo de Campanogrem, vino á buscarlo con una Flota de ochenta barcas nombradas Seros, y Lauleas, llenas de una comitiva numerosa ricamente vestida. Partimos al ruido de una infinidad de instrumentos poco acordes, como campanas, tambores, y cornetas. Esta musica no cesó hasta la Ciudad, que solo distaba una legua, à donde llegamos á medio dia. Al abordar á la primera muralla, que se nombraba Campalarraja, fuimos recibidos por una multitud innumerable de habitantes, y por algunas tropas regulares, sostenidas de un grande numero de elefantes, con sus sillas, y panoures. Presentóse à el Embajador un elefante enjaezado con una silla, y guarniciones de oro. Cincuenta, ò sesenta Bramas, y sus nueve Portugueses, que èl eligiò para acompañarlo, montaron en caballos que se les habian trahido. Sus galeras precedian, llenas de otra parte de sus gentes, que hacian sonar sus timbales, y campanas de plata, en medio de las aclamaciones del Pueblo. Condujosenos en este orden por diferentes calles en extremo largas, de las quales nueve estaban cercadas de varandillas de laton, de ricos arcos, de chapiteles dorados, y de campanas del mismo metal, que tocaban las horas del dia.

Nuestro recibimiento en el primer patio del Palacio, tubo todo aquel lucimiento que he representado ya en las fiestas del Oriente; pero omitiendo todo lo que solo harà acordar de unas imagenes familiares, llegamos por otro patio á la puerta de una sala grande, en donde fuimos recibidos por un tio del Rey, y por un grande numero de Señores. Monvagarvu (que es el nombre que oimos dar á este Principe) tenía al rededor de sí doce niños vestidos de las mas ricas telas, que llevaban una maza pequeña de plata al hombro, y cadenas de oro pasadas dos, ò tres veces sobre el pecho. Despues de algunos cumplimientos, segun el estilo Oriental, se nos hizo subir una escalera grande, que nos condujo á una sala muy larga, la que atravesamos por medio de una numerosa Grandeza, para entrar en otra, en donde vimos quatro altares, y diferentes Idolos. De alli pasamos à un corredor, cuyos adornos se reducian á unas tablillas de evano, embutidas de marfil, y llenas de cabezas humanas, debajo de las quales estaban escritos los nombres de aquellos hombres grandes de la Nacion, cuya memoria se queria tener presente. Al extremo del corredor habia un altar cercado de tres varandillas de plata, en el qual se veían del mismo metal los rostros de trece Calaminhams, que habian contribuido mas al establecimiento del Imperio.

Al salir de este corredor, pasamos sobre un puente grande cer-

MENDEZ PINTO.

cercado de varandillas, y arcos, en donde nada nos parecio mas vistoso, y magestuoso que unos escudos de armas, sembrados de lemmas de oro, que ocupaban el hueco de cada arco, con globos grandes de plata por timbres. Este puente se concluye en un edificio grande, cuyas puertas hallamos cerradas. Quatro veces llamamos sin recibir respuesta alguna; ceremonia en la qual parece se cifraba mucha grandeza. Finalmente, una campana que se tocó como de prisa, hizo abrir la puerta à una muger de unos cincuenta años, acompañada de seis doncellas con vestidos muy ricos, que llevaban al hombro tahalis estrellados, y cimitarras pequeñas cubiertas de planchas de oro. Habiendo preguntado la muger anciana à Monvagarvu por qué habia llamado, le respondiò este Principe, que trahia un Embaxador del Rey de Brama, que venia á tratar con el Calaminham de muchos negocios importantes. La señora parece hizo poco caso de esta respuesta, lo que nos causó tanta mas admiracion, quanto no podia dejar de conocer al tio del Rey; pero una de las seis doncellas que la acompañaban, respondió por ella, que se iba á saber si era tiempo oportuno de besar los pies del Trono, y de avisar al Señor del Mundo del arribo de un Embaxador Estrangero. La puerta se cerró al instante, y permaneciò algun rato sin abrirse. Las seis doncellas volvieron otra vez sin la anciana, pero trahian en su lugar un joven de nueve à diez años, que tenia sobre la cabeza una especie de mitra, y al hombro una maza de oro en forma de cetro. Tampoco hizo mas caso, que la anciana, del tio del Rey, y de los Señores del Pais; pero cogiendo al Embaxador de la mano con un cumplimiento muy politico, le dijo, que noticioso el Calaminham de su llegada, deseaba con ansia verlo, y oirlo. A Monvagarvu, y algunos otros Señores se les permitió tambien entrar; pero lo restante del acompañamiento se quedò fuera. Viendo el Embaxador que no le seguia ninguno de los suyos, miró muchas veces atràs con algunas muestras de pesadumbre. Entonces Monvagarvu, cuyo poder reconocimos finalmente que era independiente de todas estas formalidades, dió orden para que se abriese la puerta á los Estranjeros. Al instante entramos con los Bramas; pero se mezclaron entre nosotros otras muchas personas, que los Uxieres, aunque en grande numero, no pudieron detener con sus amenazas, y golpes.

Hicieronsenos atravesar algunas salas, y pasar desde alli por medio de un jardin, en donde las riquezas del arte, y de la naturaleza se habian franqueado con admirable profusion. Las calles estaban cercadas de varandillas de plata, y todos los perfumes de Oriente se habian reunido en los arboles, y flores. No es mi intento dar la descripcion del orden que reynaba en este hermoso lugar, ni la de una variedad de objetos que solo tube por

un

un inſtante à mi viſta, pero todo ſirviò como de encanto á mis ojos. Muchas mugeres jovenes, tan notables por ſu hermoſura, como por la riqueza de ſu atavio, ſe empleaban á la orilla de una fuente, unas en baylar, otras en tocar inſtrumentos; y algunas en hacer trenzas de oro, ú otras obras. Paſamos con demaſiada celeridad para mi curioſidad, á una dilatada anteſala, en donde los primeros Señores del Imperio eſtaban ſentados, con las piernas cruzadas, en ricas alfombras. Recibieron al Embaxador con muchas ceremonias, aunque ſin moverſe. En el centro de eſta anteſala, ſeis Uxieres con ſus mazas de plata, nos abrieron una puerta dorada, por la qual ſe nos introdujo à una eſpecie de Templo, que finalmente era el quarto del Calaminham.

Lo primero que ſe preſentó à nueſtra viſta, fue él, que eſtaba ſentado ſobre un trono mageſtuoſo cercado de tres varandillas de oro. Doce mugeres de extraordinaria hermoſura, ſentadas en los eſcalones del trono, tocaban diferentes inſtrumentos, que arreglaban al ſon de ſus voces. En el eſcalon mas alto, eſto es, al rededor del Monarca, doce doncellas jovenes eſtaban de rodillas con cetros de oro en la mano. Otra, que eſtaba en pie, lo refreſcaba con un abanico. En el ſuelo habia tambien en pie arrimados à las paredes cincuenta, ó ſeſenta ancianos, que llevaban mitras de oro en la cabeza. En diferentes parages eſtaban ſentadas en ricas alfombras muchas mugeres hermoſas, cuyo numero juzgamos aſcendia á doſcientas. Deſpues de tantos magnificos eſpectaculos, que habia viſto en el Aſia, la maravilloſa eſtructura de eſte quarto, y la mageſtad de todo lo que ſe preſentaba en él, no dejó de cauſarme verdadera admiracion. Tratando el Embaxador deſpues con noſotros de las maravillas de ſu recibimiento, nos dijo que ſe guardaría muy bien de hablar al Rey ſu ſeñor de la magnificencia que acompañaba á la perſona del Calaminham, por no afligirlo, diſminuyendo la idea que tenia de ſu propia grandeza. Las ceremonias de la ſalutacion, y las del cumplido, y de la reſpueſta no me preſentaron coſa de que ya no hubieſe viſto exemplos. Pero me pareciò enteramente nuevo, que deſpues de una harenga de cinco, ò ſeis lineas, y una reſpueſta todavia mas corta, todo lo demás de la Audiencia, ſe empleaſe en bayles, en conciertos, y en comedias. Deſpues de algun preludio de los inſtrumentos, ſe empezó eſta fieſta con un bayle de ſeis mugeres ancianas, con otros tantos jovenes, al que ſe ſiguiò otro de ſeis ancianos con ſeis doncellas; extravagancia que no dejaba de tener alguna diverſion. Deſpues ſe repreſentaron muchas comedias con un aparato tan rico, y con tal habilidad, y perfeccion, que no ſe puede juzgar coſa mas agradable. Al anochecer ſe retirò el Calaminham á ſus quartos interiores, acompañado ſolamente de ſus mugeres.

MENDEZ PINTO.

Monvagarvu condujo al Embaxador hasta la ultima sala, y lo entregó al Campanogrem, y à los demás Oficiales.

Nuestra mansion en Timplan durò treinta y dos dias, en los quales se nos regalò con tanta politica, como abundancia. El tiempo que ocupaban mis compañeros en sus diversiones, lo empleaba yo con grande satisfaccion en visitar suntuosos edificios, y Templos, que me causaban admiracion. No ví otro mas magnifico que el de Quiay Pimpocau, Dios de los enfermos; y ya he advertido que la piedad de estos Pueblos se dirige en particular al alivio de las enfermedades humanas. En él sirven continuamente millares de Sacerdotes, vestidos de ropas pardas, con una especie de estola de damasco encarnado, que se recoge por debajo del brazo. Este vestido es comun à todos los Sacerdotes de su secta; pero siendo tenidos por los mas ilustrados del Imperio, los del Templo de Pimpocau, llevaban el distintivo de unos cordones amarillos que les sirven de vanda. Su titulo es el de Sigiputons, que significa hombres perfectos. El Embaxador los visitò cinco, ò seis veces, tanto para instruirse de su doctrina, como para admirar el orden, y hermosura de su Monasterio. Llevò al Pegu un tomo grande de su religion, de que se mostró tan satisfecho el Rey de Brama, que la hizo predicar en todos los Templos de sus Estados, en donde todavia se observa al presente.

De este libro, dice el Autor, traxe una version al Reyno de Portugal, que me pidiò prestada un Florentino; y queriendo despues recogerla, me dijo que se habia perdido. Sin embargo, segun he sabido despues, la llevó à Florencia, y la presentò al Duque de Toscana, quien mandò que se imprimiese, con el titulo de Nueva Creencia de los Idolatras de la extremidad del mundo. Esta obra del Autor, que sin duda se ha publicado en Italiano, da noticia de que la Religion de los Sigiputons, era poco mas ó menos la de los Judios, esto es, que á excepcion de alguna mezcla fabulosa, admitian la creacion despues de ochenta y dos mil lunas, el Parayso terrenal, el pecado original, el Diluvio y toda la doctrina del Testamento Viejo. Contaban que antiguamente un hombre que se nombraba Thomás Modeliar, habia sido muerto en otra region de las Indias, por haber predicado que Dios se habia hechó hombre, y que habia padecido muerte por el genero humano; que esta doctrina no habia dejado de ser seguida por muchos en los Estados del Calaminham; pero que despues habia sido reprobada, porque enseñaba que Dios habia muerto en una Cruz.

En quanto al Calaminham, y su Imperio, estenderé tanto menos mis observaciones, quanto quiero reducirlas á los limites de mis luces.

El

El Reyno de Pegu, que no tiene mas que ciento y quarenta leguas de circuito, eſtá rodeado por lo alto de una cadena larga de montañas nombradas Pangacirau, y habitadas por la Nacion de los Bramas, cuyo Pais tiene ochenta leguas de ancho, y unas doſcientas de largo. Al otro lado de eſtas montañas ſe han formado dos Monarquias grandes, la del Siamon, y la del Calaminham. A la ſegunda ſe le dan mas de treſcientas leguas en las dos dimenſiones de la largura, y anchura, y ſe pretende que ſe compone de veinte y ſiete Reynos, cuyos habitantes todos tienen una miſma lengua. Alli vimos muchas Ciudades hermoſas, y el Pais nos pareció en extremo fertil. La Capital, que es la reſidencia ordinaria del Calaminham, tiene en las Indias el nombre de Timplan, y eſtá ſituada junto à un rio grande nombrado Bituy. Sus fortificaciones conſiſten en un foſo muy ancho, que baña el pie de una muralla de piedra de ſillería, con un caſtillo, y torres altas en cada puerta. Algunos Mercaderes nos aſeguraron que el numero de las caſas es de unas quatrocientas mil, pero la mayor parte de uno, ò dos altos, aunque muy bien conſtruidas, particularmente las de la Nobleza, y de los Mercaderes. Las de los Señores eſtàn ſeparadas con dilatadas cercas, que comprenden jardines, vergeles, y eſtanques grandes, y todo lo que puede servir para las delicias de la vida. En la Ciudad, y lugares inmediatos à diſtancia de una legua, ſe contaban dos mil y ſeiscientos Pagodos, algunos de ellos ricos, y ſuntuoſos, aunque otros ſolo ſon caſas pequeñas, ò hermitas. En ellos hay haſta ochenta eſpecies de Sacerdotes, que ſiguen diferentes doctrinas, en eſpecial en los ſacrificios, y ceremonias. (Quando eſtornudan, dice el Autor, hacen la ſeñal de la Cruz como noſotros, diciendo en ſu lengua, el Dios de la verdad es trino, y uno, de donde ſe puede inferir que eſtos Pueblos han tenido algun conocimiento del Chriſtianiſmo.) MENDEZ PINTO.

El comercio es conſiderable en Timplan, y ſe exerce con mucha libertad mientras las ferias, à las que acuden muchos Eſtrangeros, que truecan ſus riquezas por las del Pais, cuya comunicacion hace hallar en él toda eſpecie de mercaderías. Aqui no ſe ve moneda de oro, ni de plata, y todo ſe vende, ó compra al peſo de los catis, de los taels, de los maces, y de los conderines.

La Corte es pompoſa. La nobleza, que es rica, y civilizada, ſe gloría de contribuir por medio de ſu gaſto à la grandeza del Monarca. En ella ſe ven ſiempre muchos Capitanes Eſtrangeros, que atrae á sí el Calaminham con crecidas penſiones. Nunca tiene menos de ſeſenta mil caballos, y de diez mil elefantes al rededor de ſu perſona. Los veinte y ſiete Reynos de que ſe com-

MENDEZ PINTO.

pone el Eſtado, ſon guardados por un prodigioſo numero de otras tropas,divididas en ſetecientas Compañias, cada una de las quales debe formarſe ſegun ſu inſtitucion de dos mil hombres de Infantería,de quinientos caballos,y de ochenta elefantes. La renta Imperial aſciende à veinte millones de oro, ſin incluir los regalos anuales de los Principes, y Señores. La abundancia reyna en todos eſtados. Los Caballeros uſan de baxilla de plata, algunas veces de oro, y el Pueblo de porcelana, ò de laton. Todos van veſtidos de raſo, de damaſco, y de tafetanes rayados, que vienen de Perſia, y en invierno gaſtan veſtidos forrados de hermoſas pieles. Las mugeres ſon muy blancas, y de muy buen genio, y generalmente los habitantes ſon tan afables, y pacificos, que no conocen las riñas, y pleytos, y todas ſus diſputas ſe deciden por los Gefes de barrio; ó ſi ſe ſuſcitan entre los Eſtados ſuperiores, ſe paſa por el juicio de algunos Religioſos que ſe juntan para formar una eſpecie de Tribunal, de donde la unica apelacion es al Quitor, Intendente Supremo de la Juſticia. El gobierno no es menos ſimple en las Provincias. Eſtas ſon mandadas por Oficiales de la Corte,cada uno de los quales goza de autoridad igual en ſu departamento, y juzga ſin apelacion todas las contiendas del Pueblo. Deſpues de haber recibido el Embajador las cartas, y regalos para el Rey ſu ſeñor, partió de eſta Corte en tres de Noviembre de 1546. acompañado de algunos Señores, que tenian orden de conducirlo haſta Pridor, y que ſe deſpidieron de èl en un gran banquete. Habiendo ſalido de eſta Ciudad el miſmo dia, para embarcarnos en el gran rio Bituy, fuimos à paſar la noche en un Monaſterio de Quiay Jarem, Dios de los Caſados, que eſtá ſituado à la orilla en medio de un hermoſo llano, en donde ſe deſcubren muchos edificios ricos. Deſde alli, continuando en bajar por ſiete dias, llegamos á una Ciudad llamada Pavél, en donde ſe detubo el Embaxador tres dias por la riqueza del Comercio, que le facilitó la ocaſion de comprar diferentes coſas curioſas que ſe traen alli en carabanas, de ciertas Comarcas muy diſtantes.

(Aqui refiere Pinto coſas tan extraordinarias, que juſtificarian à ſus Cenſores, ſi no advirtieſe que habla por el teſtimonio de otro. No obſtante, como ya he empreendido en eſte extracto, dar á conocer el caracter de un Viagero tan famoſo, me creo obligado á eſcribir algunos parages de ſu relacion, para que no ſe me tache de haberlo tratado con demaſiado favor.)

„ Dice, pues, que algunos Mercaderes les aſeguraron que venian de una Provincia, nombrada Friuocaranja, y que mas allà „ de eſta habia ciertos Pueblos que nombraban ellos Calogens, „ y Fancaos, hombres morenos, grandes Archeros, que tienen los „ pies redondos como los bueyes; pero las manos como los otros

hom-

MENDEZ PINTO.

, hombres, excepto que eſtán muy llenas de vello. Son muy in-
, clinados à la crueldad; y en el extremo del eſpinazo tienen un
, tumor del grueſo de los dos puños. Su habitacion es en mon-
, tañas muy altas, y eſcarpadas, en las quales hay profundos fo-
, ſos, en donde por las noches de invierno ſe oyen algunas veces
, gritos, y gemidos eſpantoſos. Aſimiſmo ſe nos dijo, que no
, lejos de eſtos Pueblos habia otros nombrados Calouhos, Tim-
, patez, y Bugens, y otros todavia mas diſtantes, que ſe nom-
, braban Oqueus, y Magores, los quales ſe mantenian con la ca-
, za de las fieras, que comen crudas, y con la de animales ve-
, nenoſos, como lagartos, ſerpientes, y culebras, cuya caza ha-
, cen regularmente montados ſobre animales tan grandes como ca-
, ballos, que tienen tres cuernos, ó puntas en medio de la ca-
, beza, los pies grueſos, y cortos, y en el lomo una linea de eſ-
, pinas con que pican quando ſe irritan, y todo lo reſtante del
, cuerpo es el de un lagarto grande, ſolo que en el cuello tienen
, en lugar de clin, otras eſpinas mucho mas largas, y grueſas
, que las del lomo, y en las junturas de los hombros, alas cor-
, tas en forma de aletas de peſcado, con las que vuelan, como
, ſaltando, la diſtancia de veinte y cinco, y treinta paſos. Eſtos
, animales ſe nombran Banazas, y ſobre ellos ſe abren entrada
, eſtos Pueblos ſalvages en las tierras de ſus enemigos, con quie-
, nes tienen una guerra continua. Algunos les pagan tributo de
, ſal, que es lo que eſtiman mas, à cauſa de la neceſidad que
, tienen de ella, por eſtar muy apartados del Mar. Tambien ha-
, blamos á otros Mercaderes nombrados Bumioens, que habitan
, en montañas altas, en donde hay minas de alumbre, y mucho
, lapiz. De eſta Nacion vimos una tropa que conducia mas de
, dos mil bueyes albardados à nueſtro modo, y que les ſervian
, para tranſportar ſus mercaderías. Eſtos hombres eran muy altos,
, y tenian los ojos, y la barba como los Chinos. Otros vimos
, que tenian las barbas largas, el roſtro lleno de manchas, las
, orejas, y las narices agugereadas, y en los agugeros hilos de
, oro hechos como corchetes. Eſtos ſe nombraban Ginoſages, y
, ſu Provincia Suroboſoy, los quales por dentro de las
, montañas de Lhanos, eſtàn circundados por el lago de Chiam-
, nay; y de eſtos, unos van veſtidos de pieles lanudas, y otros
, de pellejo de color de bronce. Regularmente llevan los pies
, deſcalzos, y deſcubierta la cabeza. Dijoſenos que tenian gran-
, des riquezas, y que todo ſu trafico era en plata, de que tenian
, mucha porcion. Tambien hablamos à otra eſpecie de Mercade-
, res, nombrados Tuparoens, que ſon morenos, grandes come-
, dores, y muy entregados á los deleytes carnales. Hicieronnos
, un acogimiento mucho mejor que todos los demàs, y nos die-
, ron un banquete; y porque uno de los nueſtros, nombrado

Fran-

MENDEZ PINTO.

, Francisco Temudez, les desafió á beber, teniendo esto por
, grande afrenta, hicieron durar el banquete mucho mas tiempo
, para recobrar su honra; pero el Portugués pudo transtornar á
, veinte que eran, sin perder el juicio. Luego que se les pa-
, só la embriaguéz, su Capitan, en cuya casa se habia hecho el
, banquete, convocó á todos los suyos, que pasaban de tres-
, cientos, y contra la voluntad del Portugués lo hizo subir sobre
, un elefante, y pasear por la Ciudad, acompañado de gentes que
, lo seguian al son de los instrumentos, y que cantaban sus ala-
, banzas. Habiendo pedido limosna para él, recogieron mas de
, doscientos taels, en barras de plata, que le dieron con gusto.

, Despues de estos, vimos á otros Mercaderes muy blancos,
, nombrados Pavilanes, grandes archeros, y buenos ginetes.
, Estos nos digeron que su Pais se nombraba Binagorem, y que
, estaba apartado de Pavél unas doscientas leguas, subiendo
, el rio. Tenian mucho oro en polvo, aloes, estaño, cobre, se-
, da y cera, que daban en trueque de pimienta, de gengibre, de
, sal, y de arroz. Como les preguntamos quál era su ley, y qué
, deidad adoraban, nos respondieron, que sus Dioses eran el
, Sol, el Cielo, y las Estrellas, porque estos hermosos astros
, producian todos los bienes de la tierra, y que finalmente, el
, alma del hombre no era mas que un soplo, que concluía con la
, muerte del cuerpo, y que revoloteando despues en el ayre, se
, mezclaba con las nubes, hasta que viniendose à resolver en
, agua, moria del mismo modo que antes el cuerpo.

, De esta suerte, de la diversidad de Naciones desconocidas
, que vimos en Pavél, es facil inferir que hay muchos Paises
, en el Mundo, que no se han descubierto todavia, y de que no
, tenemos conocimiento.'

De Pavèl bajamos en dos dias al Pueblo de Luncor, célebre por su benjui, que se transporta á los Reynos de Pegu, y de Siam. Despues de nueve dias de navegacion, en los quales vimos en las dos orillas muchas Ciudades hermosas, entramos en otro rio nombrado Ventrau, por el qual continuamos nuestro viage hasta Penanchim, primer Pueblo del Reyno de Janguma, de donde llegamos por la tarde á los Rauditenes, dos Plazas fuertes del Principe de Poncanor. Cinco dias despues abordamos al Puerto de una Ciudad nombrada Magdaleu, de la qual pasamos al Estrecho de Madur, y en cinco dias llegamos à Mouchel, primera Plaza del Reyno de Pegu.

Pero tan cerca del termino, y en un Lugar de la jurisdiccion del Rey de Brama, nos esperaba una desgracia que no podiamos temer. Un Corsario nombrado Chalagonim, que tal vez observaba nuestra vuelta, con tres Seros bien equipados, nos atacó por la noche, y nos maltrató tanto hasta el dia, que despues

de

de habernos muerto ciento y noventa hombres, entre los quales habia dos Portuguefes, cogió cinco de nueftras doce barcas. El Embaxador perdiò el brazo izquierdo en efte combate, y recibió dos flechazos, que hicieron defefperar mucho tiempo de fu vida. Cafi todos nofotros fuimos tambien heridos, y el regalo del Calaminham fue llevado en las cinco barcas, con muchas mercaderías preciofas. En efte trifte eftado llegamos tres dias defpues à Martabam, defde donde efcribiò el Embaxador al Rey dandole cuenta de fu viage, y de fu defgracia. Efte Principe mandò partir al inftante una armada de ciento y veinte Seros, que encontró al Corfario, y que lo hizo prifionero, defpues de haber deftruido fu flota. Cien Portuguefes que habian fido nombrados para efta expedicion, volvieron cargados de riquezas. Entonces fe contaban en fervicio del Rey de Brama mil de nueftra Nacion, mandados por Antonio de Ferreyra, natural de Braganza, à quien daba el Rey doce mil ducados de fueldo.

En efte intermedio murió de edad muy abanzada Aixendono, Raulin de Mounay, y como Supremo Pontifice. Hicieronfele magnificas exequias, à las que figuiò la eleccion de un fuccefor. El Rey, que tenia por objeto muy importante el eftablecer el refpeto de la Religion en fus nuevas conquiftas, honró con fu prefencia todas eftas ceremonias. La opinion que fe habia tenido de la fantidad de Aixendono, hizo cefar en un inftante todos lòs regocijos pùblicos. El Rey fe retirò, y las puertas, y ventanas de las cafas fe cerraron. En los Templos fe vieron una infinidad de Penitentes, que no cefando de derramar lagrimas, hicieron penitencias tan afperas, que muchos murieron de ellas. Pinto emplea muchos capitulos en la defcripcion de la fiefta funebre, y de las ceremonias de la eleccion, que todo coftò al Rey el valor de un millon de nueftra moneda. Los Sacerdotes que afiftieron al acompañamiento del Raulin, eran en numero de treinta mil. Seis Caballeros jovenes fe facrificaron voluntariamente, en honra del difunto, bebiendo en un vafo de oro un licor amarillo, que los hizo caer muertos antes que hubiefen acabado de tragarlo. Habiendo fido elegido para predicar en efta ocafion un Sacerdote tio del Rey, hizo un fermon tan exprefivo, que penetrado de compuncion S. M. juró públicamente, fobre las cenizas de Aixendono, que en todo fu Reynado no cargaría à fus vafallos de nuevos impueftos, y que les haría jufticia recta.)

Prometiendo al Rey las cartas que habia recibido del Calaminham, un Embaxador que debia eftar encargado de la conclufion del tratado, dejò de hacer cuenta para la primavera proxima, con la diverfion que habia efperado, y la conquifta de Ava fe difiriò para otros tiempos; pero envió al Chaumigren, fu hermano, con un Exercito de ciento y cincuenta mil hombres, para

ra

MENDEZ PINTO.

ra sitiar á Sabadi, Capital de un Reyno pequeño à ciento y treinta leguas de Pegu, hácia el Nord. Yo era uno de los de esta expedicion en la comitiva del Tesorero mayor, con los seis Portugueses que me quedaban todavia por compañeros de esclavitud. El exito fue tan desgraciado, que despues de haber sido rechazado muchas veces el Chaumigrem, desalentado con sus desgracias, resolvió estender la guerra à las otras partes del Estado. Diosotay, de quien eramos esclavos, recibiò orden de atacar con cinco mil hombres, un Pueblo nombrado Valenty, que habia proveido de viveres à la Ciudad sitiada, cuya empresa no surtió mejor efecto, porque encontramos en el camino un cuerpo de Sabadis mucho mas numeroso, que derrotó à nuestros Bramas.

En esta espantosa derrota tube la fortuna de evitar la muerte con mis compañeros. Escapamonos ayudados de la obscuridad, pero con tan poco conocimiento de los caminos, que por tres dias y medio, atravesamos á la ventura montañas muy desiertas, de las que entramos en un llano pantanoso, en donde todas nuestras investigaciones no nos hicieron descubrir otras huellas que de tigres, de culebras, y de otros animales monteses. Sin embargo, al anochecer vimos una hoguera hàcia el lado del Est, cuya luz nos sirviò de guia, hasta la orilla del lago grande. Algunas infelices cabañas, que no pudimos descubrir antes de amanecer, nos hicieron desconfiar de los habitantes, por cuya razon, no atreviendonos á acercarnos, estubimos escondidos hasta por la noche entre unas hierbas muy altas, en donde padecimos mucho con las sanguijuelas. Por la noche recobramos animo para andar el dia siguiente, que llegamos à la margen de un rio grande, que seguimos por espacio de cinco dias. Finalmente, encontramos en la orilla una especie de Templo pequeño, ò de hermita, en la que se nos recibiò con mucha humanidad, y se nos informó que todavia estabamos en las tierras de Sabadi. Habiendose restablecido nuestras fuerzas con dos dias de descanso, continuamos siguiendo el rio como camino mas seguro, para acercarnos hácia las costas maritimas. El dia siguiente descubrimos el Pueblo de Pomiseray, cuyo nombre nos habian dicho los hermitaños; pero el miedo nos detubo en un bosque muy espeso, en donde no podiamos ser vistos de los pasageros. A media noche salimos de él para volver á la orilla del agua. Este triste, y penoso viage durò diez y siete dias, en los quales tubimos que pasar con algunas provisiones que nos habian dado los hermitaños. Finalmente, en la obscuridad de una noche muy lluviosa, descubrimos delante de nosotros una hoguera, que parece no estaba apartada mas que como un tiro de falconete. Por esta razon creimos estar junto á alguna Ciudad, cuya idea nos causó nuevos sobresaltos; pero parando algo mas la atencion

cion, el movimiento de esta hoguera, nos hizo juzgar que debia estar en algun Navio agitado con las olas. Con efecto, habiendonos acercado con mucha precaucion, descubrimos una barca grande, y nueve hombres que habian salido de ella, para retirarse debajo de algunos arboles, en donde disponian con quietud su cena. Aunque no estubiesen muy apartados de la orilla en donde estaba parada la barca, comprendimos que no estendiendose á nosotros con la obscuridad, la luz que tenian junto á sí, y que nos hacía descubrirlos, no nos sería imposible entrar en la barca, y apoderarnos de ella, antes que pudiesen estorvarlo. Esta idea se executò con tanta celeridad como se habia discurrido. Acercamonos poco á poco á la barca, que estaba atada al tronco de un arbol, y muy hundida en el cieno. Hicimosla nadar con los hombros, y habiendonos embarcado en ella, sin perder un instante, empezamos á remar à toda fuerza, y con la corriente del agua, y el favor del viento, andubimos antes de amanecer mas de diez leguas. Algunas provisiones que habiamos hallado en la barca, no podian bastarnos para un viage largo, sin que por esto dejasemos de estar resueltos á huir de los lugares habitados; pero un Pagodo que descubrimos por la mañana á la orilla nos inspiró mas confianza. En èl, que se nombraba Hinarel, no encontramos mas que solo un hombre, y treinta y siete mugeres Religiosas, la mayor parte muy ancianas, que nos recibieron con grandes muestras de caridad, nacidas tal vez de miedo, pues habiendoles hecho diferentes preguntas, se obstinaron en respondernos que eran mugeres pobres, que habian renunciado à los negocios del mundo con voto solemne; y que no tenian otra ocupacion que pedir á Quiay Ponveday agua para la fertilidad de las tierras. Sin embargo, no dejaron de darnos arroz, azucar, habas, cebollas, y cecina de que estaban muy bien surtidas. Habiendonos apartado de ellas por la noche, nos dejamos llevar de la corriente del rio, y por siete dias enteros pasamos con felicidad entre un grande numero de habitaciones, que se presentaban en las dos orillas.

Pero el Cielo que nos habia libertado de tantos riesgos, quiso apartar de repente la mano que nos habia sostenido. Al octavo dia, atravesando la embocadura de un canal, nos atacaron tres barcas, de donde se disparò sobre nosotros tan furiosa nube de flechas, que dos de nuestros compañeros fueron heridos á los primeros tiros. Ya no quedamos mas que cinco, y era muy creible que nuestros enemigos fuesen Corsarios, con quienes la sumision era inutil para libertarnos de la muerte, ò de la esclavitud. Resolvimos, pues, precipitarnos dentro del agua ensangrentados como estabamos con nuestras heridas. El deseo natural de la vida, alentó nuestras fuerzas hasta tierra, en donde no nos

MENDEZ PINTO.

faltò animo para andar algo mas, à fin de ocultarnos en los bosques; pero considerando bien pronto la poca apariencia que habia de poder resistir à este estado, sentimos no haber acabado nuestras desgracias en las olas. Dos de nuestros compañeros estaban heridos de muerte, y lejos de poderlos socorrer, el mas vigoroso de nosotros apenas tenia fuerza para andar. Despues de haber llorado mucho tiempo nuestra infeliz suerte, nos echamos sobre la orilla del rio, y no conociendo ya el peligro, ni el miedo, resolvimos esperar alli de la casualidad los socorros que no estaban ya en nuestras manos.

Nuestros enemigos se habian desaparecido; pero el lugar que habian escogido para atacarnos estaba enteramente desierto. Al anochecer vimos desde bastante lejos una embarcacion que bajaba con la corriente del agua. Como nuestro socorro solo se fundaba en la humanidad de los que la conducian, no formamos otra idea que la de excitar su compasion con nuestros lamentos. Acercaronse, y en la confusion de los movimientos con que procuramos enternecerlos, uno de nosotros hizo algunas veces la señal de la cruz, movido tal vez mas de su dolor, que de su piedad. Al instante una muger que nos miraba con atencion, exclamò en voz que podimos oir: Jesus! Christianos son los que se presentan à mi vista; y instando á los Marineros abordasen junto à nosotros, fue la primera que desembarcó con su marido. Esta era una Peguana, que habia abrazado el Christianismo, aunque muger de un Idólatra, que la amaba tiernamente. Habian cargado este Navio de algodon, para irlo à vender à Cosmin, y de ellos recibimos todos aquellos beneficios proprios de la caridad Christiana. Habiendo llegado cinco dias despues à Cosmin, Puerto Maritimo del Pegu, nos alojaron en su casa, en donde se nos curaron con cuidado las heridas; y en el espacio de algunas semanas nos hallamos bastante fuertes para embarcarnos en un Navio Portugués, que partia para Bengala.

Al llegar al Puerto de Chatigan, en donde el comercio de nuestra Nacion estaba bien establecido, me aproveché de la partida de una Fusta Mercante, que hacía vela à Goa, y cuya navegacion fue felíz. En esta Ciudad encontré à Don Pedro de Faria, mi antiguo protector, que habia concluido el tiempo de su administracion en Malaca. Excitado su afecto con la relacion de mis desgracias, creyó interesada su conciencia, y su honra en darme parte de los bienes que habia perdido en su servicio.

§. VI.

§. VI.

Continuacion de las aventuras de Pinto, y su vuelta á Lisboa.

MENDEZ PINTO.

NO habiendo puesto enteramente en buen estado mis negocios la generosidad de Don Pedro, para inclinarme al descanso, busqué ocasion de hacer nuevo viage à la China, y tantear otra vez la fortuna, en un Pais en donde solo habia experimentado su inconstancia. Embarquéme en Goa en un Junco de mi bienhechor, que iba à cargar pimienta à los Puertos de la Sonda. Llegamos á Malaca el dia que se sepultaba à Rui-Vaz Pereyra, Gobernador de esta Ciudad, y alzando al instante velas, dimos fondo diez y siete dias despues en la Rada de Bantam, en donde estaba floreciente el comercio de los Portugueses; pero la pimienta, que habiamos hecho cuenta de hallar alli con abundancia, estaba tan escasa, que tubimos que pasar el invierno en esta Ciudad, para esperar mas felíz cosecha, cuya detencion nos hizo testigos de muchos sucesos notables. Vimos llegar á la Corte una muger viuda nombrada Pombaya, de unos sesenta años de edad, que venia en calidad de Embaxatriz, de parte del Pangaram, Emperador de las Islas de Java, de Angenie, de Baly, y de Madure, para avisar á Tagaril, Rey de Bantam, y vasallo del Pangaram, como todos los demàs Reyes de esta Monarquia, fuese dentro del termino de seis semanas á Japara, en donde hacía este Principe grandes preparativos para la conquista del Reyno de Pasarvan. (Veanse en la descripcion de la Isla de Java, y en muchas Relaciones las alteraciones, que hicieron perder al Pangaram toda su autoridad. Aqui hace Pinto una observacion, que no se halla en ningun otro Viagero. Era costumbre, dice, de los Reyes de esta Isla tratar todos los negocios de importancia por medio de las mugeres. La razon que dan los habitantes, es, que Dios ha dado à las mugeres mas afabilidad, mayor inclinacion á la paz, y aun mas autoridad que á los hombres, que son de humor mas severo, y por consiguiente menos agradables á aquellos à quienes son enviados. Ademàs de esto, es su opinion, que cada una de estas mugeres que emplean los Reyes en negocios de entidad, debe tener ciertas calidades para hacer bien una Embaxada. En primer lugar, dicen, que no debe ser doncella, porque siendolo, puede llegar à perder su honor saliendo de su casa, y porque agradando à todos con su hermosura, podria ser tambien moti-

MENDEZ PINTO.

tivo de discordia, y de inquietud en las cosas, en donde se requiere la union. Añaden à esto, que es preciso que sea casada, ó á lo menos viuda; que si ha tenido hijos, los haya criado à sus pechos, alegando para esto, que la que tiene hijos, y no los cria si puede, es mas bien madre carnal, lasciva, y deshonestà, que verdadera madre.) Apenas avisó de su arribo Nhay Pombaya, quando habiendo ido à recibirla el Rey hasta su Navio, la condujo à Palacio con una pompa extraordinaria, y la cediò su habitacion, en donde pasó pocos dias. El Rey, que xepidió sus ordenes á toda priesa, equipò una flota de quarenta Navios, en la qual embarcó siete mil combatientes.

La mayor parte de los Portugueses lo siguieron en esta expedicion, llevados menos de la gloria, ò de la codicia del botin, que de la esperanza de lograr en lo venidero condiciones mas ventajosas para su comercio: yo fuí tambien uno de ellos. El sitio de Pasarvan se emprendió con mucho vigor; pero el valor de los sitiados, hizo arrepentir á sus enemigos de haber empezado la guerra. Despues de un gran numero de furiosas salidas, que disminuyeron mucho el Exercito del Pangaram, solo se mostraba obstinado este Principe en continuar su empresa, por la desesperacion de sus perdidas, quando perdiò la vida á nuestra vista por un accidente muy tragico. Siempre tenia junto à sí, segun el uso de las Indias, un Page que le llevaba Betel en una caja de oro. Un dia que hallandose irritado con las disputas del Consejo, pidiò esta especie de refresco, el Page, que estaba detrás à alguna distancia no lo oyó, por lo qual fue preciso repetir muchas veces la orden. Finalmente, habiendose acercado con respeto, se puso de rodillas, tanto para implorar el perdon de su amo, como para cumplir con su oficio. El Pangaram, sin ninguna muestra de colera, le diò con la mano un golpe ligero sobre la cabeza, y aun se chanceò de su lentitud, preguntandole con agrado si era sordo. Este joven, que solo tenia doce à trece años de edad, y que era hijo de uno de los principales Señores de la Corte, se creyó deshonrado con un suceso que debia mirar como favor. Despues de haber estado llorando algunos instantes, resolvió vengarse, y acercandose hácia su amo, con aquella libertad que acostumbraba, le hiriò en el corazon con un cuchillo pequeño que llevaba à la cintura. El golpe fue mas ligero que nuestro zelo en detenerlo, sin que pudiesemos llegar á sostener al Pangaram, que cayó casi muerto à nuestros pies, no pudiendo vivir mas que dos horas, sin embargo de todos los remedios de que se usó. Cogióse al Page, à quien al instante se dió tormento; pero respondiò con una firmeza extraordinaria, que lo que habia hecho habia sido con acuerdo, y para vengarse del golpe que el Rey le habia dado en la cabeza, sin considerar que era

hi-

hijo de Pate Pondan, Principe de Surbaya. Empalósele vivo, y este horrible castigo no le hizo dar el menor suspiro. Esta justicia pareciò justa; pero no se hizo el mismo juicio de la desgracia de su padre, de sus tres hermanos, y de sesenta y dos parientes suyos, que fueron condenados al mismo genero de muerte. Una sentencia tan rigorosa fue causa de muchas turbaciones.

Esta fatal desventura de uno de los mayores Monarcas del Asia, llegó à ser util, no solo al Rey de Pasarvan, á quien libertò del sitio, sino á todos los Portugueses que habian acompañado al Rey de Bantam, por la ocasion que les diò de hacer á los Señores del Pais un servicio que les pareció importante. Tratabase de dar sepultura al cuerpo del Pangaram, lo que causaba mucho embarazo al Consejo; porque sepultarlo en el campo, era exponerlo á los ultrages del enemigo, y imposible transportarlo à Dema Capital de su Imperio, y Panteon de sus antepasados, sin exponerlo á la corrupcion; y segun la ley de Mahoma, que era la de los Señores Javanes, el alma de un cuerpo corrompido, no podia aspirar á las felicidades de la otra vida. Siendo esta dificultad causa de muchas disputas, propusimos à los Señores poner el cuerpo en una caja de cal, y alcanfor, y transportar esta especie de atahud, en un Junco lleno de tierra, cuyo consejo se celebró, y nos valió mas de diez mil ducados, como justa recompensa del servicio que haciamos al Imperio. Nosotros nos interesamos poco en las crueles divisiones que precedieron á la eleccion de un nuevo Pangaram. Apenas llegò el tiempo de la navegacion, quando habiendo logrado del Rey de Bantam el permiso de alzar velas, partimos para la China, colmados de los beneficios de este Principe. Además de la esencion de derechos por nuestras mercaderías, nos diò un regalo considerable, que nos valiò á cada uno cien ducados, y trescientos á los herederos de catorce Portugueses que habian perdido la vida en el sitio de Pasarvan. Tambien nos permitiò llevar un Portuguès nombrado Juan Rodriguez, natural de Panamocor, á quien diferentes aventuras habian traido à su Isla, y que habiendo abrazado, hacia veinte y tres años, la Religion de los Bramines, se sentia dispuesto á seguirnos para entrar otra vez en el gremio de la Iglesia Catholica. Este penitente fue despues à Malaca, en donde su conversion pareció tanto mas sincera, quanto no tubo dificultad de sujetarse à la ley que se le impuso, de servir por espacio de un año en el Hospital de los enfermos incurables; y su muerte, que sucedió precisamente al concluir este termino, parece manifestó que el Cielo estaba satisfecho de su arrepentimiento.

Quatro Navios Indianos que emprendieron con nosotros el via-

MENDEZ PINTO.

viage de la China, nos formaron una escolta, con la qual llegamos felizmente al Puerto de Chincheu; pero aunque los Portugueses exerciesen alli libremente su comercio, pasamos tres meses y medio en continuos riesgos; pues solo se hablaba de rebeliones, y de guerra. Los Corsarios se aprovechaban de este desorden, para atacar los Navios Mercantes aun en medio de los Puertos. El temor nos hizo dejar á Chincheu para pasar á Chabaquay; pero esto era entrarnos mas en el peligro, de que queriamos huir. Ciento y veinte Juncos que hallamos al ancla, nos cogieron tres de nuestros cinco Navios. El nuestro se preservó por una fortuna que me causó admiracion; pero quitandonos los vientos de Est, que empezaban á levantarse, la esperanza de abordar á otros Puertos, nos vimos obligados á volver à alta Mar, en donde tubimos un rumbo incierto por veinte y dos dias. La barra de Camboya, que reconocimos el veinte y tres por la mañana, alentó nuestro animo, y nos acercabamos à ella con la idea de dar fondo, quando una furiosa tormenta, que nos sorprendiò al Ouest Sud Ouest, abrió nuestra quilla de popa. Los Marineros mas habiles no hallaron otro remedio que el de cortár los dos mastiles, y arrojar al Mar todas nuestras mercaderias. Con esta diligencia, y alguna apariencia de sosiego, que se empezaba à notar en las olas, recobramos la esperanza de llegar hasta la barra; pero obligandonos la noche, que sobrevino, à abandonarnos, sin mastiles, ni velas, á los vientos que soplaban todavia con algun furor, fuimos á encallar en un escollo, en donde el primer golpe nos hizo perder con la obscuridad sesenta y dos personas. (De la Relacion de este naufragio solo se conserva lo que parece notable por su singularidad.) Esta desgracia nos puso en tan extraordinaria consternacion, que de todos los Portugueses, no hubo uno á quien la fuerza del peligro permitiese hacer el menor movimiento para salvarse. Nuestros Marineros Chinos mas industriosos, ó menos timidos, emplearon lo restante de la noche en juntar tablas, y vigas, de que compusieron una almadía, que se hallò concluida al amanecer, tan grande, y tan solida, que podian caber en ella con facilidad quarenta hombres, que era poco mas ó menos su numero. Martin Estevez, Capitan del Navio, à quien la luz del dia manifestaba que ya no habia mas esperanza, rogó con instancia à sus propios criados, que ya se habian retirado á este asilo, lo recibiesen consigo; pero tubieron el atrevimiento de responderle, que no podian sin arriesgar su seguridad. Un Portugués nombrado Ruy de Moura, que oyó estas razones, fintió revivir su valor con su colera, y levantandose, aunque bastante herido, les representó tan vivamente quánto importaba á nuestra vida apoderarnos de la almadìa, que en numero de veinte y ocho

que

que eramos, intentamos quitarſela à los Chinos. Opuſieronnos las hachas de hierro que tenian en las manos; pero hicimos un deſtrozo tan terrible con nueſtras eſpadas, que en el eſpacio de tres, ò quatro minutos eſtaban derribados à nueſtros pies nueſtros enemigos. Sin embargo, perdimos diez y ſeis Portugueſes en eſte combate, ſin contar doce heridos, de los quales murieron quatro el dia ſiguiente. Un eſpectaculo tan triſte me hizo reflexionar ſobre las miſerias de la vida humana, pues no hacìa doce horas que nos habiamos abrazado todos en el Navio, y que mirandonos como hermanos, nos habiamos diſpueſto à morir uno por otro. (Aqui ſe debe ſuponer que habiendoſe eſtrellado el Navio, todos los que no habian perecido, ſe habian juntado ſobre el eſcollo, y que la almadìa ſe habia compueſto de los deſpojos.)

Luego que eſtubimos en poſeſion de la almadía, que nos habia coſtado tanta ſangre, ſe apreſurò cada uno à ponerſe en ella ſegun el orden que tubo Eſtevez por neceſario para ſoſtenernos contra la agitacion de las olas. Todavia eramos treinta y ocho, comprendiendo nueſtros criados, y algunos niños; pero apenas empezò à nadar la Almadía, quando hundiendoſe con el peſo, nos hallamos agua al cuello, obligados inceſantemente á agarrarnos à alguna viga. Una colcha vieja nos ſervia de vela; pero careciendo de brujula, fluctuamos quatro dias enteros en eſte miſerable eſtado. El hambre, el frio, el miedo, y todos los horrores de nueſtra ſuerte, hacían perecer á cada inſtante alguno de nueſtros compañeros. Muchos ſe alimentaron por dos dias con el cuerpo de un Negro que habia muerto junto à ellos. Finalmente, fuimos arrojados hàcia la tierra, y eſta viſta nos cauſó tanto gozo, que de quince, à quien el Cielo conſervaba todavia la vida, la perdieron quatro de repente. De eſta ſuerte no nos hallamos mas que en numero de once, ſiete Portugueſes, y quatro Indios, al abordar à la tierra, en una playa, en donde ſe eſcurriò con felicidad ſobre la arena nueſtra almadía.

Los primeros impulſos de nueſtro reconocimiento ſe volvieron hàcia el Cielo que nos habia librado de los peligros del Mar; pero no ſin temer aquellos à que quedabamos expueſtos. El Pais eſtaba deſierto, y vimos algunos tigres que hicimos huir con nueſtros gritos. Los elefantes, que ſe preſentaban en grande numero, nos parecieron menos dañoſos, y no nos impidieron ſaciar nueſtro hambre con oſtras, y otras conchas. Hicimos carga de ellas para atraveſar los boſques que guarnecian la coſta, y en nueſtra marcha nos valimos de los gritos para ahuyentar las fieras. Deſpues de haber andado algunas leguas por un boſque muy cubierto, llegamos à la margen de un rio de agua dulce, que nos ſirvió para ſatisfacer una de nueſtras mas urgentes neceſidades; pero nos creimos á punto de concluir nueſtros males, viendo venir

una

MENDEZ PINTO.

una barca chata cargada de madera. Conduciania ocho, ó nueve Negros, cuya figura nos espantó poco, quando considerámos que un Pais en donde se construian edificios regulares, no podia ser habitado por barbaros. Acercaronse con efecto à tierra para hacernos diferentes preguntas. Sin embargo, despues de haberse mostrado satisfechos de nuestras respuestas, nos declararon que para ser recibidos à bordo, nuestra primera diligencia habia de ser abandonar nuestras espadas. La necesidad nos obligó à arrojarlas à su barca. Entonces nos exortaron fuesemos á ella à nado, porque no podian acercarse hasta tierra, à lo que nos dispusimos tambien á obedecer. Un Portuguès, y dos Indios jovenes se echaron al agua, para coger una cuerda que se nos habia arrojado desde la barca; pero apenas empezaron á nadar, quando fueron devorados por tres cocodrilos, sin que se viese otro vestigio de su cuerpo, que algunos rastros de sangre de que se tiñó el agua en diferentes parages. Yo estaba ya hasta las rodillas dentro del cieno, con mis otros siete compañeros. Causónos tal turbacion este funesto accidente, que teniendo apenas fuerza para sostenernos, los Negros, que nos vieron en este estado, saltaron á tierra, nos ataron por medio del cuerpo, y nos entraron en su barca, en donde nos llenaron de injurias, dandonos muy mal tratamiento. Despues nos llevaron doce leguas de alli, á una Ciudad llamada Cherbon, en donde supimos que estabamos en el Pais de los Papuas. En ella fuimos vendidos à un Mercader de la Isla de Celebes, en cuyo poder estubimos cerca de un mes, sin que nos escasease vestidos, ni alimento; però sin dar á entender sus motivos, nos volvió á vender al Rey de Calapa, Principe amigo de los Portugueses, que nos enviò generosamente al Estrecho de la Sonda.

Yo me hallaba mas pobre que nunca, y obligado por consiguiente á entrar en nuevas aventuras. Fuimos recibidos en el Puerto de Bantam, por Don Geronymo Gomez Sarmiento, que mandaba tres Navios de Guerra, con los quales habia de hacer vela à la China. Ofreciònos empleo; però qué fortuna podia esperar yo en el exercicio de las armas? Habiendome tomado algun cariño, solo por la relacion de mis desgracias, dos Mercaderes Portugueses, que partian para Siam con sus mercaderìas, me propusieron entrase en su Junco, obligandose, no solo á hacer el gasto de mi viage, sino tambien á prestarme una cantidad de dinero para importunar à la inexorable fortuna, que parece se divertia en engañarme, ó huir de mí. No podia desear otra cosa en mi pobreza, por lo qual admitì el partido. Habiendo alzado velas, llegamos en el espacio de veinte y seis dias à Odia, Capital del Imperio de Sornau, que han nombrado los Europeos Siam. Los Portugueses estaban alli tan bien establecidos, que me costó poco trabajo poner en el comercio unos quinientos duca-

cados, que me habian prestado mis dos amigos.

Pero no hacía mas que un mes que estaba en esta Ciudad, quando se tubo aviso de que el Rey de los Tinocohos, de los Laos, y de los Gueos, Pueblos que formaban un Estado, poderoso hàcia el Nord, encima de Capimper, y de Pasiloco, habia entrado en las tierras de Siam con un Exercito temible, y que habia ya puesto sitio à Quitirvan. Esta noticia causó tanto sobresalto á la Corte, que el Rey mandò publicar en su Capital, y en todo el Imperio, una orden á todos sus vasallos, sin mas excepcion que los ancianos, y estropeados, de partir para la guerra, pena de ser quemados vivos con infamia para sus descendientes, y confiscacion de todos sus bienes. Los Estrangeros no fueron exonerados de tomar las armas, bien que se dejó á su eleccion el hacerlo, ò el poder dejar el Exercito de Siam, dentro del termino de tres dias. Nuestra Nacion, que gozaba de tan grande numero de privilegios, fue convidada à armarse en defensa del Estado, con grandes promesas de favor, y particularmente de poder predicar el Evangelio, y de construir Iglesias Christianas; añadiendose, que la idea del Rey era confiarnos la guardia de su persona, y tomar nuestros consejos en todas sus empresas.

De ciento y treinta que eramos, unas ofertas tan gloriosas, determinaron á ciento y veinte á suspender los negocios de su comercio, para mezclarse en las disputas agenas. La fama de mis aventuras me obligó á ser uno de los mas fervorosos. Juntamonos con el Exercito, que se hallò compuesto de quatrocientos mil vasallos del Imperio, y de siete mil Estrangeros. Esta guerra duró muchos meses, con grande variedad de sucesos; pero declarada, finalmente, la fortuna por nosotros en una sangrienta batalla, estendiò el Rey de Siam sus victorias, hasta sujetar por las armas un Reyno inmediato nombrado Gnibem, que habia dado paso à sus enemigos. Volvió triunfante à su Capital; pero despues de unas fiestas suntuosas, que duraron catorce dias segun las leyes del Pais, hallò en su Palacio peligros mas temibles, que los que habia vencido. La Reyna su muger, habia mantenido mientras su ausencia, un comercio ilicito con un Proveedor de su Casa, nombrado Ukomchenira, y se hallaba embarazada de quatro meses. El temor del castigo, y la esperanza de ocultar este delito, le hicieron tomar la resolucion de matar al Rey su marido, lo que logrò con un veneno, que le dió en una taza de leche, el qual hizo su operacion cinco dias despues de su triunfo. Al morir mandò que à los ciento y veinte Portugueses, que le habian servido de guardias, se diese en premio de sus servicios, medio año del tributo, que la Corona de Siam sacaba del Reyno de Tibem; que por espacio de tres años, fuesen esentas

MENDEZ PINTO.

sus mercaderías de toda especie de derechos, y que sus Sacerdotes tubiesen libertad de predicar á un Dios hecho hombre por la salud del mundo. En el primer impulso del dolor público, el articulo tocante al tributo de Tibem, se executò tan fielmente, que creimos bien recompensados nuestros trabajos; pero se encendieron casi al instante unas guerras sangrientas, que mudaron el semblante del Estado, y que nos obligaron á buscar otro asilo. Habiendo tomado cada uno el partido que convenia á sus esperanzas, me embarqué con seis de mis compañeros, para hacer vela à Malaca. (La Reyna de Siam hizo perecer los hijos que habia tenido de su marido, y logró poner à su amante en el trono; pero ambos fueron asesinados en un banquete. El Autor refiere todos estos sucesos, aunque sin haberlos presenciado, y añade à ellos la historia de las reboluciones del Pegu, y la muerte del Rey de Brama, á manos de un partido de rebeldes. No teniendo esta relacion conexion alguna con sus propias aventuras, no merece extractarse, aunque componga una gran parte de su obra.)

* *

PINTO hace amistad en una Ciudad con Jorge Alvarez, Mercader rico Portugués, y forma con èl el proyecto de un viage de comercio. Van juntos al Japon, de donde las turbaciones del Pais no les impiden volver con una ganancia considerable. (El Autor refiere muy por extenso todas estas turbulencias.) A su vuelta descansan en Hyamango, Puerto de la bahia de Canguexuma, en donde son testigos de la perdida de un prodigioso numero de Juncos Chinos, que una tormenta sin igual, hace ir á pique en el Puerto, en el que perecieron tambien veinte embarcaciones Portuguesas. (La perdida de los Portugueses se reguló en ochocientos mil ducados, y la de los Chinos en mas de dos millones de oro.) El Junco de los dos asociados, tiene la felicidad de libertarse con otros diez, ò doce; pero habiendo sido arrojado contra un peñasco, solo debe su conservacion al auxilio del Cielo.

Entretanto que se trabajaba en reparar el desorden, sucedió uno de los lances en que es preciso reconocer una disposicion visible de la Providencia, y que solo él parece capàz de dar un justo valor á todas las relaciones de un Viagero, que habia elegido para hacer un servicio importante al Christianismo. A él es preciso dejar la relacion de una aventura que dió un Apostol á las Indias, y un Martir à la Iglesia. Mientras estabamos trabajando, vimos bajar à toda priesa de lo alto del peñasco, dos hombres á caballo, que nos hicieron señas con un pañue-

lo,

lo, y gritaron que los recibiesemos. La novedad de este suceso, fomentò en nosotros un deseo de saber qué era, y al instante enviamos à tierra una chalupa bien equipada, en la que entrè yo tambien. Luego que estubimos en la rada, uno de los dos hombres, que parecia mas respetable, dirigiendose à mi, me dijo: Señor, porque el tiempo me estrecha, y temo ser alcanzado por los que me siguen, te suplico por la bondad de tu Dios, que sin temer que te suceda mal alguno, me tomes contigo. Confieso que me hallé primero tan embargado con estas razones, que no supe què hacer. Sin embargo, acordandome de haber visto dos veces en Hyamango, en compañia de algunos Mercaderes, á este mismo hombre que me hablaba, me resolvì à recibirle, con su compañero; pero apenas entraron en la chalupa, quando vi catorce hombres à caballo que venian detras, los quales abordando á la rada, con grandes gritos decian: Danos à estos traidores, ó sino morirás. Detras de estos vinieron inmediatamente otros nueve, de modo, que se hallaron en numero de veinte y tres, todos á caballo. No obstante, me causaron tal aprension, que me apartè del Mar à tiro de ballesta, y preguntè à estos hombres què querian, à lo qual uno de ellos, empezando á hablar, me dijo: Si te llevas à este Japon, sabe que mil cabezas como la tuya, pagaràn la pena de lo que haces. A estas palabras no quise responder, y viendome con los dos hombres en el borde de nuestro Navio, los hice entrar dentro, aunque con bastante trabajo. Los dos fueron socorridos bastante bien, tanto por el Capitan, como por los Portugueses, de todo lo necesario para un viage largo. Habiendo partido de esta bahia de Canguexuma el sexto dia de Enero del año de 1547. llegamos en catorce dias à Chincheu, uno de los Puertos mas celebres, y ricos de la China; pero el miedo de los Corsarios que tenian sitiado el rio, nos hizo ir à Lamau, para hacer provision de algunos viveres, que nos llegaron hasta Malaca. Alli encontramos al R. P. M. Francisco Xavier, Rector universal de los Misioneros, en estas comarcas de las Indias, que pocos dias antes habia llegado de las Molucas, con fama de hombre Santo, titulo que le daban todos los Pueblos, por los grandes milagros que obraba. Luego que supo éste que teniamos dos Japones con nosotros, vino á buscarnos á Jorge Alvarez, y à mí, y despues de haber pasado parte del dia con nosotros haciendonos muchas preguntas muy curiosas, fundadas todas en el fervoroso zelo que tenia de la honra de Dios, y haber satisfecho nosotros à sus deseos; le digimos, creyendo que lo ignorase, que teniamos con nosotros dos hombres del Japon, uno de los quales, que parecía de distincion, era muy callado, y estaba bien instruido en las Leyes, y costumbres de todo el Pais, aña-

MENDEZ PINTO.

diendo à esto, que su Reverencia se alegraría mucho de oirle. Entonces nos manifestò su gozo de tal modo, que fuimos al instante à nuestro Navio, y traximos á este hombre del Japon al Padre, que no tenia otra casa, que el Hospital. Habiendolo visto, lo tomò desde luego consigo, y lo llevó à las Indias, à donde por entonces estaba para marchar. Luego que llegò à Goa, se hizo Christiano, y le dió el nombre de Pablo de Santa Fé. Alli, en muy poco tiempo, aprendió à leer, y escribir, y asimismo la Doctrina Christiana, conforme á la intencion de este Venerable Padre, que era ir el mes de Abril á esta Isla del Japon à predicar à los Infieles á Jesu Christo, Hijo de Dios vivo, puesto en una Cruz por los pecadores: palabras, que continuamente tenia en la boca. Del mismo modo era su ànimo llevar á este Estrangero consigo, para que le sirviese de Interprete en estos Países, como en efecto lo llevó despues, con su compañero, al que bautizó tambien el Padre, poniendole el nombre de Juan. Despues fueron en extremo fieles en lo tocante al servicio de Dios, por cuyo amor fue desterrado à la China Pablo de Santa Fé, y muerto por unos ladrones, como espero declararlo mas adelante quando hable de estos santos hombres.

Es estraño que Pinto no explique con mayor claridad, qué aventura habia obligado à los dos Japones á venir á pedir asilo en su Navio; pero siendo célebre Pablo de Santa Fé, que se nombraba Engiro antes de su conversion, en la Historia Eclesiastica de las Indias, por el zelo con que ayudó los trabajos de San Francisco Xavier, y por su martirio, sin duda al Autor debe la Religion este hombre Apostolico, como tambien muchos socorros que dió en adelante al mismo San Francisco en muchos viages que hizo con él, y la relacion de una parte de sus milagros, y de sus virtudes, á la qual ha añadido las circunstancias de su muerte en la Isla de Sanciam, y las de su translacion á Goa. El Padre Bouhours, y los demás Historiadores de su vida, han creido sin duda fundar bien sus Memorias, quando han tomado de Pinto una parte de sus Relaciones, en especial tratando de las disputas del Apostol de las Indias con los Bonces del Japon.

La piedad que le acompaña siempre, parece se aumenta despues, quando llegando à Malaca, encuentra alli al Padre Francisco Xavier, y aprende con su conversacion nuevos principios de Religion, y de zelo. Pasa á referir sus grandes acciones: lo representa superior á todos los Heroes profanos, y hallandose otra vez con él en un quarto viage que hacía al Japon, refiere muchas maravillas de su vida, de que es testigo, en la Corte de Bungo, y en algunas navegaciones que hace en el mismo Navio. Esta larga narrativa llega hasta su muerte; pero como perte-

tenece menos á la Historia de los Viages, que à la del Christianismo, es suficiente haber informado al Lector del contenido de ciento y veinte paginas que suprimo. Mi idea me llama otra vez al ultimo viage de Pinto, para conducirlo despues hasta Lisboa. Volvamos pues al metodo que he tenido por mas à proposito para sostener la atencion del Lector en tan grande variedad de sucesos. MENDEZ PINTO.

* *

HAllabame, dice Pinto, en Goa en 1554. al arribo del cuerpo del Apostol de las Indias, que se celebró con una magnificencia correspondiente á sus virtudes. El ultimo dia de esta fiesta, Antonio Ferreyra, Mercader Portugués, à quien el comercio habia atraido del Japon, entregò al Virrey un regalo muy rico de parte del Rey de Bungo, con una carta de este Principe, en donde quejandose de no haber visto mas en sus Estados al Padre Francisco Xavier, que le habia prometido volver quanto antes, suplicaba á los Oficiales del Rey de Portugal, le hiciesen apresurar su partida. Don Alfonso de Noroña, que estaba condecorado entonces con el empleo supremo, comunicò esta carta à los Misioneros. El Padre Belquior, Rector del Colegio de Goa, se ofreció con mucho zelo á suplir al Santo Apostol. A mí se me diò ordén de acompañarle, y la comision de ajustar un tratado de amistad, y de comercio con el Rey de Bungo, que prometia en la misma carta obedecer al de Portugal, como à su hermano mayor. (Este Rey de Bungo no era el que habia visto Pinto en su primer viage, y que habia dejado muy enfermo.) Catorce dias despues, esto es, el diez y seis de Abril, hicimos vela á Malaca, en donde diferentes obstaculos nos detubieron por espacio de un año. Finalmente, habiendonos embarcado el primero de Abril de 1555. llegamos con mucho trabajo, y riesgo al Puerto de Patane, desde donde seguimos la Costa de Lugor, y de Siam para ir á Pulo-Cambin, y de alli à las Islas de Canton, con el animo de esperar la Luna nueva; pero nos sorprendieron los vientos Ouest Sud Ouest, que reynan parte del año en esta Costa, y nos obligaron despues de diferentes agitaciones á entrar en una Isla nombrada Pulo-Timan, en donde la barbaridad de los habitantes, nos redujo à pasar cinco dias sin agua dulce, ni viveres. No hallandonos en estado de hacernos respetar por la fuerza, se hubiera ido aumentando mas, y mas este trabajo, si el Cielo no hubiese traido à la misma Isla tres Navios de nuestra Nacion, que venian de Bantam. Nosotros tomamos parecer de los Capitanes, quienes nos aconsejaron enviasemos otra vez à Malaca nuestra Caravela, porque no les pareció á proposito pa-

ra

MENDEZ PINTO.

ra un viage tan largo, como el del Japon. Pasamos el Padre Belquior, y yo al Navio de Francisco Toscano, Negociante rico, y generoso, que se empeñò en hacernos el gasto. De Pulo-Timan, de donde salimos un Viernes siete de Junio, hicimos vela hácia el Reyno de Champa, y siguiendo la Costa con los vientos que nuestros Marineros nombran Galernos, fuimos à dar fondo en doce dias, bajo la Isla de Champeylo en el Canal de la Cochinchina. El agua nos faltaba; pero la encontramos excelente en un rio que bajaba de una montaña alta. Al apartarnos un poco al Sud, vimos dos cosas muy extraordinarias. La primera fue una Cruz muy hermosa, gravada en una piedra grande de sillerìa, con las quatro letras del titulo Christiano. (Sin duda INRI.) Mas abajo se leía Duarte Coello 1518. Mas adelante, á doscientos pasos del Rio, vimos sesenta y dos hombres ahorcados en diferentes arboles, sin contar otros muchos que estaban tendidos por el suelo, medio comidos, cuyo castigo, al parecer no hacía mas que seis, ó siete dias que se habia hecho. En otro arbol habia un estandarte grande, y en él escrito en caracteres Chinos: Qualesquier Navio, ó Junco que aborde à este lugar, se apresure à tomar en él agua, y á retirarse, pena de recibir el mismo tratamiento que estos miserables, que han sido destruidos por la poderosa colera del hijo del Sol. Juzgamos por simples conjeturas, que alguna flota China habia encontrado en esta Isla algun Navio Corsario, y que habia tratado á la tripulacion con este rigor. El viento nos fue tan favorable, que de Champeylo, llegamos en cinco dias à la Isla de Sanciam, en donde se habia sepultado al R. P. Francisco Xavier. Sin embargo del fervor que nos movia á todos á visitar este santo lugar, esperamos hasta la mañana, para pasar á èl con mayor decencia. El Padre Belquior dispuso una procesion solemne, y si no hubiera sido por la punta de muchas Cruces, de que estaba rodeado el sepulcro, no hubiera sido facil encontrarlo, porque se habia cubierto de malezas. Al instante se limpió con toda la prisa correspondiente à una viva piedad: cercamoslo con una varandilla de madera, y con otra empalizada, á la qual añadimos una trinchera larga por tercera cerca. En el centro puso el Padre Belquior una Cruz grande, y hermosa, y celebró la Misa en un altar adornado de brocado, de candeleros, y de lamparas de plata. Despues hizo un sermon muy expresivo sobre las virtudes del Apostol de las Indias, sobre el zelo en que se abrasaba por la gloria de Dios, y por la salud de las almas, y sobre el santo deseo que habia tenido de entrar en el Imperio de la China, á vista del qual habia sido la voluntad del Cielo, que recogiese el fruto de sus trabajos.

Habiendo descansado solamente para esto en Sanciam, se alza-

zaron ancoras el dia ſiguiente, y llegamos por la noche á Lampacau, Isla diſtante mas de ſeis leguas hàcia el Nord, en donde los Portugueſes hacían ſu comercio con los Chinos, deſpues que habian perdido ſus Eſtablecimientos de Liampo, y de Chincheu, cuya perdida ſentian todavia, porque en realidad era inestimable. Añadiré á la idea que he dado de la Colonia Portugueſa de Liampo, que ſe componia de tres mil hombres, de los quales mil y doſcientos eran Portugueſes, y los otros Chriſtianos, y eſclavos de diferentes Naciones. Muchos Negociantes bien inſtruidos, me aſeguraron que ſu comercio anual paſaba de tres millones de oro, y que los dos ultimos años la mayor parte de tan rico trafico, ſe hacía en barras de plata, que ſe trocaba con los Japones por ſus mercaderías. (Se ha de advertir, que Pinto ſe atribuye la honra de haber enſeñado el camino del Japon à los Portugueſes de Liampo.) Los Portugueſes tenian en eſta Ciudad un Gobernador de ſu Nacion, y todos los oficios de una Republica bien ordenada, es à ſaber, un Auditor, Regidores, Jueces, un Proviſor de los Difuntos, y de los Huerfanos, Comiſarios de Policía, un Eſcribano de la Caſa de Ciudad, Jueces de Barrio, quatro Notarios, y ſeis Eſcribanos. Los empleos de menor entidad, ſe vendian haſta tres mil ducados. En Liampo ſe contaban unos treſcientos hombres, caſados con mugeres Portugueſas, y Mulatas. Yo habia viſto alli tres Hoſpitales, en donde el gaſto anual aſcendia à treinta mil ducados, y la Caſa de Ciudad, tenia ſeis mil de renta. No obſtante la envidia de los Chinos, no ſe expedia ningun Deſpacho en que no ſe puſieſe: En eſta muy noble, y ſiempre fiel Ciudad de Liampo, por el Rey nueſtro Supremo Señor. En una palabra, eſta era la mas rica, y la mas célebre de todas nueſtras Colonias de las Indias. (Goa tampoco habia llegado al grado de explendor en que eſtaba á fines del miſmo ſiglo, y de que ſe ha viſto ha gozado haſta la decadencia del Imperio Portuguès en las Indias. En 1552. todavia no tenia Arzobiſpo.)

En pocas palabras referirè la cauſa de ſu ruina, en la que ſe me debe creer tanto mejor informado, quanto tube la peſadumbre de preſenciarla. (Eſto fue ſin duda en ſu tercer viage, porque añade que Martin Alfonſo de Souſa era entonces Virrey de las Indias, y Ruy Vaz Pereyra Gobernador de Malaca.) Un Negociante de alguna diſtincion, nombrado Lancerot Pereyra, natural de Pontelima, Ciudad de Portugal, habia preſtado una cantidad conſiderable à algunos Chinos, que abandonaron ſus negocios haſta hallarſe en eſtado de no poderſela reſtituir. El ſentimiento de eſta pérdida excitò à Lancerot à juntar quince, ò veinte Portugueſes, tan deſordenados en ſus coſtumbres, como en ſu fortuna, con los quales eſcogiò el tiempo de la noche para en-

MENDEZ PINTO.

entrar en el Pueblo de Chipaton, á dos leguas de la Ciudad, en donde saquearon las casas de diez, ó doce Labradores, y habiendose apoderado de sus mugeres, é hijos, mataron en esta confusion trece Chinos, que nunca les habian hecho el menor daño. Al instante se esparció el terror en toda la Provincia, y los habitantes dieron sus quejas. El Mandarin tomó informes con todas las formalidades de la Justicia, que se enviaron á la Corte. Una orden mas executiva que todas las precauciones con que se habia lisongeado de detenerla, trajo al Puerto de Liampo trescientos Juncos montados por unos sesenta mil hombres, que dieron sobre nuestra desgraciada Colonia. Yo fui testigo que en el espacio de cinco horas, estos crueles enemigos no dejaron en ella la menor cosa à que se pudiese dar nombre. Todo fue abrasado, ò demolido; y habiendo resuelto los habitantes refugiarse en los Navios, y Juncos que tenian al ancla, fueron perseguidos en ellos, y la mayor parte consumidos por las llamas, en numero de dos mil Christianos, entre los quales habia ochocientos Portugueses. Nuestra perdida se reguló en dos millones de oro; pero esta desgracia produjo otra mayor, que fue la perdida entera de nuestra reputacion, y de nuestro credito en la China.

Sin embargo, habiendo concebido algunos Portugueses que se libertaron de la furia de los Chinos, la esperanza de levantarse de su ruina, emprendieron dos años despues formar un nuevo Establecimiento en el Puerto de Chincheu, que solo dista cinco leguas de Liampo, á lo qual ayudaron los Mercaderes del Pais, que sacaban grandes ventajas de nuestro comercio. Ganados los Mandarines con ricos regalos, prometieron à lo menos cerrar los ojos, cuya apariencia de reconciliacion duró el espacio de unos dos años y medio, hasta el arribo de Ayres Botello, que fue enviado à Chincheu, por Don Simon de Mello, Gobernador de Malaca, con los dos empleos de Comandante, y Provisor de los difuntos. (Este era entonces de grande consideracion entre los Portugueses, porque en la multitud de sus viages moria un grande numero de ellos fuera de su Patria.) Atropellando por todo la avaricia de este nuevo Oficial, le hizo apoderarse de una cantidad de doce mil ducados, que un Mercader Chino de Armenia, muerto entre los Portugueses, habia dejado para que se pasasen á su familia, y con el mismo pretexto cogiò en un Navio Portugués todas las mercaderìas de dos Chinos, que debian alguna cosa à esta herencia. Una injusticia que perjudicaba á los vasallos del Imperio, acarreó inmediatamente la venganza de los Mandarines, sobre la nueva Colonia. Ciento y veinte Juncos grandes, quemaron trece Navios que teniamos en el Puerto, y de quinientos Portugueses, no se escaparon mas que treinta, que

se

ѐ creyeron demasiado felices en comprar la vida à costa de su ortuna.

Despues de estos dos tristes sucesos, fue quando se establecieron los Mercaderes de nuestra Nacion en la Isla de Lampacau, á donde llegamos con los tres Navios, que nos habian recibido en Pulo-Timan. Otros cinco Navios Portugueses abordaron alli despues de nosotros, con el animo de hacer tambien el viage del Japon; pero ya se habia pasado en estos Mares el tiempo de la navegacion, por lo qual nos vimos obligados á suspender nuestra partida, hasta el mes de Mayo del año siguiente, esto es, à pasar diez meses enteros en este Puerto.

El Padre Belquior, y algunos otros Misioneros que le acompañaban, temieron poco el enfado de la ociosidad, en un lugar en donde podia exercitarse su zelo. En quanto á mì, que no tenia ocasion alguna de emplearme en todo el dia, pasé el tiempo con tedio insufrible. Ya habia seis meses y medio que me enfadaba de verme en este estado, quando me dispertaron de este letargo las horrorosas noticias que nos vinieron de Canton. El diez y siete del mes de Abril de 1556. supimos que la Provincia de Chansi, se habia arruinado casi enteramente, con unas circunstancias cuya relacion sola nos causó espanto. El primer dia del mismo mes, habia empezado á temblar la tierra á las once de la noche, con mucha violencia, y este movimiento habia durado dos horas enteras. La noche siguiente habia repetido desde las doce hasta las dos, y la tercera noche desde la una hasta las tres. Mientras que la tierra temblaba, la agitacion del Cielo no era menos terrible, habiendose soltado todos los vientos, tronando, lloviendo, y descargando todos los azotes de la naturaleza. Finalmente, el tercer temblor habia abierto paso por todos lados á corrientes grandes de agua, que salian de las entrañas de la tierra, con tanto impetu, que en pocos instantes un espacio de sesenta leguas de circunferencia, habia sido sumergido, sin que de una infinita multitud de habitantes se hubiesen salvado otras criaturas vivientes, que un niño de siete años, que fue presentado al Emperador, como una maravilla de la suerte. Nosotros dudamos primero de la verdad de esta desgracia, y muchos de los nuestros la tubieron por imposible. Sin embargo, como la confirmaban todas las cartas de Canton, resolvieron catorce Portugueses pasar al Continente para averiguarlo por sus propios ojos. En efecto, fueron con licencia de los Mandarines, á la Provincia de Chansi, en donde la vista de un suceso tan reciente, no pudo engañarlos. No dejando ya ninguna duda su testimonio, se les tomò á su vuelta juramento, que se enviò despues con Francisco Toscano, Capitan de nuestro Navio, al Rey Don Juan de Portugal, y para ultima confirma-

MENDEZ PINTO. cion llevò esta noticia à la Corte de Lisboa, un Sacerdote nombrado Diego Reyner, que habia sido uno de los catorce testigos. Despues en adelante se nos contò, pero con menos certidumbre, que en los tres dias del temblor de tierra habia llovido sangre en la Ciudad de Peking. De lo que à lo menos no nos quedó la menor duda, fue de que el Emperador, y la mayor parte de los habitantes, habian salido de la Capital para refugiarse en Nanquin, y que este Monarca, despues de haber empleado seiscientos mil ducados en limosnas para apaciguar la colera del Cielo, habia erigido un Templo suntuoso con el nombre de Hypaticau, que significa amor de Dios. Cinco Portugueses que con este motivo fueeron libertados de la carcel de Pocaser, en donde perecian hacía veinte años, nos dieron estos informes antes de nuestra partida.

Siendo ya tiempo de alzar velas, partimos de Lampacau el 7. de Mayo de 1556. en un Navio mandado por Don Francisco Mascareñas. Despues de catorce dias de una felíz navegacion, descubrimos las primeras Islas del Japon al Ouest Nord Ouest de Tanixuma. El Piloto, que conocía los riesgos de este rumbo, volviò al Sud Ouest, para buscar la Punta de Minato, con el animo de seguir la Costa, hasta el Puerto de Fiunga. Pasamos por delante de Tanora; pero los vientos que frecuentemente son de Nord Est en estos parages, y la corriente, que iba al Nord, nos llevaron mas de seis leguas mas allà de este Puerto, por cuya razon fue preciso emplear quince dias en combatir el viento para volver sobre nuestros pasos. Finalmente, entramos en la Bahìa de Fucheo, Capital del Reyno de Bungo, y dimos fondo con quietud al pie de las murallas.

Al instante se nos informò que el Rey, y la Familia Real estaba en la fortaleza de Osqui. Mascareñas, y el Padre Belquior, que no ignoraban que habia yo hecho muchas veces este viage, me propusieron pasase à la Corte con los regalos del Virrey, y los del Capitan, para reconocer las disposiciones del Monarca, y facilitarles los medios. Yo desembarqué acompañado de quatro Portugueses, y fui primero al Palacio de Casiandono, Almirante del Reyno, y Gobernador de Canafama, que me recibió con grandes muestras de amistad. (Parece que fue conocido de èl, aunque no lo expresa en ninguna parte, ni se explica con claridad sobre la persona del Rey, ni sobre sus antiguas amistades.) Ofrecióme caballos, y algunos Japones para que me conduxesen à Osqui, cuyo convite admití; y habiendome puesto en marcha el dia siguiente, llegué á un lugar nombrado Fingau, à distancia de un quarto de legua de la fortaleza, y desde alli diputé uno de mis Japones, para avisar à Osquindono, Gobernador de esta Plaza, que habia venido de las Indias en calidad de Embaxador. Este Señor me mandó decir por medio de

ſu hijo, que el Rey eſtaba en la Isla de Xequay ocupado en la peſca de un peſcado monſtruoſo no conocido en el Japon, y que no habia apariencia de que volvieſe haſta la noche; pero que no diſtando eſta Isla mas que dos leguas de Osqui, le iba à informar de mi llegadá. Entre tanto fui conducido à un Pagodo inmediato, nombrado Amindanxo, en donde los Bonces me dieron un banquete explendido; pero no bien hubo recibido el Rey el aviſo de Oſquindono, quando me enviò tres barcas de remos conducidas por Oretandono, ſu Sumillér de Corps, y favorito, con una carta, por la qual me inſtaba paſaſe à la Isla de Xequay. A ella llegamos en menos de una hora, á tiempo que eſte Principe, à la frente de unos doſcientos hombres armados de dardos, perſeguia una prodigioſa vallena, que habia entrado en el Canal con otros muchos peſcados. La viſta de un grande numero de barcos pequeños que empleaba en eſta peſca, y el anhelo de los Japones en coger un monſtruo, al que no habian viſto otro igual, me preſentaron un eſpectaculo muy divertido. (Es dificil creer que las vallenas fueſen deſconocidas en el Japon.) El Rey tubo tanto guſto en eſta peſca, que deſpues de haber muerto la vallena, y admiradola mucho tiempo en la ribera, diſtribuyó premios á los que le habian diſpueſto eſta diverſion. Todos los Peſcadores lograron eſencion del tributo: Algunos Caballeros recibieron nuevos titulos de nobleza: A otros ſe les dieron penſiones, y á los Pages una cantidad de mil taels. Por lo que toca à mí, fui recibido por eſte buen Principe con un ſemblante riſueño. Hizome la honra de llamarme ſu amado amigo, y de darſe el parabien de mi vuelta. Su priſa fue grande en hacerme diferentes preguntas, y ſatisfice ſu curioſidad con mis reſpueſtas. 'Pero para ſoſtener la reputacion de los Portugueſes, , añadí ſiempre alguna coſa de mi capricho. Entonces gozabamos , de grande eſtimacion en el Japon; y todos los habitantes eſta-, ban perſuadidos, que por la extenſion de ſus tierras, por ſus , fuerzas, y por ſu opulencia, era el Rey de Portugal el unico Prin-, cipe que pudieſe tomar el titulo de Monarca del Mundo, á , cuya opinion debiamos el aprecio que hacían de nueſtra amiſ-, tad. 'Por la noche ſe volvió á la fortaleza de Oſqui, en donde fue recibido el Rey con tantos regocijos, y aplauſos por haber muerto la vallena, como ſi hubieſe aumentado ſus Eſtados con conquiſtas. Deſpues de haber deſpedido toda ſu comitiva, ſe retirò á una habitacion interior á cenar con la Reyna, y las Princeſas ſus hijas, cuyo banquete, por hacerſe á expenſas de la Reyna, debian ſervirlo ſolo mugeres. Alojòſeme en caſa del Theſorero de la Corona, en donde me hallaba muy bien, quando tube orden de paſar al Caſtillo con los quatro Portugueſes que me habian acompañado. Fuimos conducidos á la ſala, en

MENDEZ PINTO.

donde estaba el Rey à la mesa con su familia. Dijonos, que por agradar à la Reyna, nos suplicaba comiesemos delante de ella con los dedos, segun el uso de nuestra Patria. Al instante se cubrió otra mesa cerca de la suya. Muchas mugeres hermosas nos sirvieron manjares muy bien guisados, y comimos al modo de Europa todo lo que se nos presentò. Siendo costumbre en el Japon, como en la China, comer con dos palillos, es grande descortesía tocar los manjares con las manos. Las mugeres que nos servian manifestaron su talento con muchos gracejos, y chistes que divirtieron á los Reyes. (Se ha de advertir que los Portugueses no llevaban consigo tenedores.)

Quando se iba acabando la cena, una de las Princesas, cuya belleza habiamos admirado, y que no tenia sino catorce, ò quince años de edad, pidiò licencia á la Reyna su madre, para representar con algunas de sus compañeras, una comedia que habia compuesto de repente, cuyo favor se le concediò. Saliò de la sala para hacer sus preparativos, porque nuestra cena era la que habia dado la idea, y nosotros mismos habiamos de ser el asunto del espectaculo; pero se executò con tanta habilidad, que nuestra vanidad, aunque algo mortificada, no nos impidiò aplaudirlo sinceramente.

El dia siguiente fui llamado otra vez al Castillo, para dar cuenta al Rey del arribo de los Misioneros, y de las intenciones del Virrey de las Indias. Esta conferencia durò quatro horas, despues de la qual recibí orden de volver à Fucheo, en donde queria este Principe honrarme con un recibimiento solemne, y hacerse leer la carta del Virrey, con las formalidades establecidas, antes de dar audiencia al Padre Belquior. Parte de sus vasallos se habia sublevado contra èl, y contra los habitantes de su Capital, desde que habian manifestado inclinacion al Christianismo, y diferentes dificultades que subsistian todavia, le obligaban á proceder con precaucion. Sin embargo, como habia resuelto dar à mi comision el nombre de negocio de Estado, no bien hubo llegado à Fucheo, quando despues de haber avisado su intencion, me enviò à buscar con Quansio Nafama, Gobernador de la Ciudad, con una comitiva de los principales Señores de la Corte. Quarenta Portugueses que habia hecho bajar del Navio, se pusieron en marcha delante de mì. Las calles por donde pasamos, estaban muy adornadas, y llenas de tanta gente, que los Nautarones, ò Uxieres, con sus palos guarnecidos de hierro, tenian mucha dificultad para abrirme paso. Yo iba à pie, segun la costumbre del Pais; pero tres Portugueses à caballo llevaban los regalos detras de mí, seguidos de dos hacas de España, con borlas muy ricas, y armas, como las que se llevan en los Torneos.

Al

Al llegar al primer patio del Palacio; encontré en él al Rey, sobre una tarima que se habia puesto para esta fiesta, acompañado de todos los Señores del Reyno, entre los quales me hizo ver tres Embaxadores Estrangeros, el del Rey de Lequios, y los de el de Cauchem, y del Emperador de Meaco. Al rededor de él en toda la anchura del patio, se descubrian mas de mil soldados armados de arcabuces, y quatrocientos ginetes bien montados, en medio de una multitud inumerable de habitantes de todas clases. Yo me acerqué hàcia el Rey con todas las ceremonias acostumbradas, y le presenté la carta del Virrey de las Indias, que no quiso recibir sino en pie. Despues, habiendola entregado á un Secretario, se la hizo leer en voz alta delante de todos los circunstantes. Entonces me mandó acercar entre los Embaxadores, y Principes, para hacerme diferentes preguntas sobre el estado de la Europa. Preguntóme particularmente, quàntos hombres armados del mismo modo que me seguian, y montados en caballos tan bien enjaezados como los mios, podia poner en campaña el Rey de Portugal. Confieso que por miedo de que no me desmintiese el color, no tube el atrevimiento de proferir una mentira; pero uno de mis compañeros, que estaba junto á mí, respondió con mas desembarazo, que podia poner ciento, ó ciento veinte mil. El Rey se mostró admirado, y à mí me sucedió lo mismo. Las maravillosas respuestas que continuò dando el mismo Portugués á otras preguntas, causaron tal admiracion á este Monarca, que volviendose hácia los Principes de su Corte, les dijo: "Que para vivir contento lo restante de su vida, solo hubiera deseado ver à un Monarca tan poderoso, cuyos tesoros, y fuerzas habia oido alabar tantas veces." Despues de la Audiencia, me insinuó que el P. Belquior, y sus compañeros podian venir á Palacio.

Al instante les dí cuenta de tan favorable disposicion, y les exorté à que se aprovechasen de la ocasion, porque los Portugueses estaban juntos, y vestidos de gala, cuyo consejo siguieron. De este modo se compuso su acompañamiento, como el mio, de quarenta Portugueses, todos ricamente vestidos, adornados con collares, y cadenas de oro en forma de faja. Acompañaronlos quatro niños huerfanos del Navio, con sotanas, y sombreros de tafetan blanco, y cruces de seda al pecho. Como la politica no me permitia volver tan pronto á la Corte, tomaron á Juan Fernandez para servirles de Interprete. Algunos Señores que los esperaban en el primer patio del Palacio, los conduxeron á toda priesa al quarto del Rey. Este Principe cogió al Padre Belquior de la mano, y le dijo con las mayores muestras de una grande satisfaccion: "Creeme, Padre Estrangero, que este es el unico dia de mi vida, que puedo nombrar verdaderamen-

, mente dichoſo, por el guſto que tengo de verte en mi preſencia, , pues me repreſentas al Padre Franciſco Xavier, á quien eſti- , maba tanto como à mì. ' Habiendole hecho deſpues ſentar á ſu lado, le dió tiempo de explicar los motivos de ſu viage, y la eſperanza que tenia de concluir la empreſa que el Padre Franciſco Xavier habia empezado felizmente.

El fervoroſo Miſionero no perdió tiempo de hacer una ſanta harenga que llevaba ya eſtudiada, la que ſe oyò con atencion; pero deſpues de haber confirmado mas, y mas el gozo que ſe tenia con ſu llegada, ſe le reſpondiò ' Que ſegun el ſiſtema de los , negocios del Eſtado, no ſe podia dar la menor eſperanza; que , ſe le exortabã à deſcanſar de las fatigas á que ſe habia expueſ- , to por el ſervicio del Cielo; que no ſe retractaba lo que ſe ha- , bia eſcrito al Virrey de las Indias por Antonio Ferreyra, ſino , que ſe temia la malignidad de los Bonces, y la inconſtancia del , Pueblo; que poco antes ſe habia ſalido de las mas peligro- , ſas turbaciones, y que habia ſido preciſo hacer caſtigar trece , Señores de los principales del Reyno, con diez y ſeis mil cul- , pados de ſu faccion; pero que ſi en algun tiempo ſe logra- , ba del Cielo lo que ſe le pedia por unica gracia, ſe con- , deſcendería con guſto á los deſeos del Virrey. ' El Padre Belquior ſe moſtrò muy ſatisfecho de lo que acababa de oir; pero ſin embargo, ſuplicò al Rey ſe acordaſe de que los hombres ſon mortales, y de que no eſtando en ſus manos la hora de ſu muerte, qué ſería del alma de tan buen Principe, ſi murieſe ſin haber pueſto en practica ſus deſeos? Dios lo ſabe, dijo el Rey ſonriendoſe.

Aunque con eſto ſe manifeſtaba bien claro que ſolo ſe podian eſperar de él vanos diſcurſos, diſimuló el Miſionero ſu ſentimiento, y viniendo á parar en aſunto mas agradable, paſó una parte de la noche ſatisfaciendo ſu curioſidad, que era mucho mas viva que ſu religion. Dos meſes que eſtubimos en Fucheo, adelantamos tan poco en nueſtras eſperanzas, que habiendo tenido tiempo Maſcareñas de vender las mercaderías, reſolvimos volver á Goa. Pedí reſpueſta à la carta que habia traido, la que tenia ya prevenida el Rey, eſcrita de ſu propio puño. En ella rendia homenage formal al Rey de Portugal, pero ſin hablar del Padre Belquior, ni del Chriſtianiſmo. Aſi eſte viage, de que habiamos eſperado coger tanto fruto para la propagacion del Evangelio, no tubo otro efecto que el abrir nueva puerta al comercio, y facilitar al Virrey de las Indias algunas armas muy ricas, que ſe me dieron en trueque de ſus regalos. El 13. de Noviembre de 1556. volví á nueſtro Navio, que eſtaba al ancla en el Puerto de Xequay, al qual habia ya ido con todos ſus compañeros el Padre Belquior: el dia ſiguiente nos hicimos á la vela.

Los vientos del Nord nos eran favorables en esta estacion, por lo qual llegamos el 4. de Diciembre al Puerto de Lampacau, de donde el temor de perder el tiempo de la navegacion, nos hizo partir el 26. y dimos fondo en Goa el 17. de Febrero. Francisco Barreto, que habia succedido entre tanto en el Gobierno general de las Indias, se mostró menos sensible al interès de la Religion, que al gusto de recibir una carta, y regalos, con los quales se prometiò hacer ventajosamente su cumplido al Rey de Portugal.

, Estimo lo que me traheis, me dijo al recibirlo, mas que , el empleo que tengo, y espero que este regalo, y esta carta servirán para preservarme del escollo de Lisbóa, á donde la mayor parte de los que han gobernado las Indias, solo llegan para perderse.

Estimulado del reconocimiento á un beneficio que me costaba una parte de mi hacienda, me hizo ofertas, que otras ideas no me permitieron admitir. Mi fortuna, aunque muy distante de la opulencia, empezaba à contentar mis deseos; y fortalecido en mi corazon el enfado del trabajo, al paso que estaba á mi arbitrio renunciar de èl, no tenìa mas deseo que ir à gozar en mi Patria de un descanso que me habia costado tan caro. Sin embargo, me aprovechè de la disposicion del Virrey, para verificar con juramentos, y testimonios quántas veces habia caido en cautiverio por servicio del Rey, ó de la Nacion, y quántas habia sido desposeido de mis mercaderìas, porque yo creía que con esta precaucion no me podia faltar la recompensa en Lisboa. Don Francisco Barreto añadiò á todos estos documentos, una carta para el Rey, en la que le hacìa un informe muy honroso de mi conducta, y de mis servicios. Finalmente, me embarqué para la Europa, tanto mas contento con mis papeles, quanto los miraba como la mejor parte de mi hacienda.

Por medio de una feliz navegacion, lleguè à Lisboa el 27. de Septiembre de 1558. en un tiempo en que el Reyno gozaba de una profunda paz, bajo el gobierno de la Reyna Doña Cathalina. Despues de haber entregado à S. M. la carta del Virrey, tube la honra de explicarla todo aquello mas importante, que habia aprendido con una larga experiencia, para la utilidad de sus negocios, y no me olvidè de representarle los mios. S. M. me envió al Ministro, quien me dió las mayores esperanzas; pero olvidando al instante sus promesas, retubo mis papeles por espacio de quatro, ò cinco años, al fin de los quales no saquè otro fruto, que el enfado de un nuevo genero de servidumbre en mi asistencia continua à la Corte, y en una infinidad de pretensiones vanas, que me fueron mas intolerables que todos mis trabajos pasados. Finalmente, resolví abandonar esta causa á la Justi-

MENDEZ PINTO.

ticia Divina, y reducirme à la corta fortuna que habia trahido de las Indias, que solo debia á mí mismo. (El Autor concluye con tanta magnanimidad, como Religion, diciendo: ' Si no he sido , mejor recompensado de veinte y un años de servicios, en los , quales he sido trece veces esclavo, y vendido diez y seis, solo , lo atribuyo à la Justicia Divina, que no puede errar, y que lo , dispone todo para nuestro bien. Por esta razon, doy una infini-, dad de gracias al Rey del Cielo, cuya voluntad se ha cumpli-, do por este medio, y no me quejo de los Reyes de la tierra, , pues mis pecados me han hecho indigno de lograr mas. ')

Extracto de los Viages del Conde de Forbin.

EL suprimir esta parte de las Memorias del Conde de Forbin, que corresponde á Siam, sería querer ocultar la verdad, y manifestar solamente las cosas por el lado que tienen buena vista, á menos que no se tenga por conveniente negar á este célebre Maritimo, uno de los Conductores de la Esquadra del Caballero de Chaumont á las Indias, la misma confianza que al Padre Tachard, y al Abad de Choysi, cuyas Relaciones no concuerdan con la suya. Sin duda el Abate Prevost, que exalta en qualquiera ocasion la exactitud, y buena fé de los Ministros del Evangelio, no habrà dudado en darles la preferencia. Sin embargo el Abate Guyon, que tenia el mismo interès en sostener el crèdito de las personas de su estado, declara (Historia de las Indias Orientales, antigua, y moderna, parte segunda, pagina ciento cincuenta y una) que se habia informado del genio de Mr. de Forbin, de algunos Oficiales de Marina que habian servido con él, ò de otros que lo conocian, y que se le habia pintado como un hombre franco, y sincero, que no tenia otro defecto, que el de ponderar alguna cosa mas la gloria de sus hazañas. Alentados con este testimonio, vamos á dar aqui el extracto de las Memorias del Conde de Forbin, que habiendo permanecido todavia dos años en Siam, desde el arribo del Caballero de Chaumont, hasta la partida de Mr. de Ceberet, nos dá noticia à un mismo tiempo de lo que pasó mas notable mientras la mansion de los Franceses en este Reyno.

No nos detendremos sobre los sucesos particulares del camino hasta Siam, porque la relacion del Autor no añade, ni disminuye nada, à lo que se ha leido ya en la primera relacion de Tachard. Solamente advierte, tratando de las dificultades de la salutacion en Batavia, que no sabe de dónde ha sacado este Padre todo lo que dice sobre este articulo, hasta contar los cañonazos que se dispararon, siendo asi que se habia ajustado que no se sa-

lu-

iudaría por una parte ni otra. El Abad de Choysi asegura lo mismo que el Padre Tachard, y sin embargo, el Conde de Forbin debia saberlo, pues él fue el comisionado para tratar de este negocio con el Gobernador Holandès.

Pero no es en este lugar en donde el Conde de Forbin difiere mas de estos dos Autores. Acerca de las riquezas de Siam, debe parecer principalmente interesable la comparacion de su relacion. Primero dispone á sus lectores con una advertencia general, en estos terminos: ' Dirè francamente que me he admirado muchas , veces de que el Abad de Choysi, y el Padre Tachard, que han , hecho el viage conmigo, y que han visto las mismas cosas que , yo, al parecer se hayan unido para dar al Público sobre el Rey- , no de Siam ideas tan lisongeras, y tan poco conformes à la ver- , dad. Es cierto que no habiendo estado en el Reyno mas que po- , cos meses, y teniendo interés de alucinarlos Mr. Constance, pri- , mer Ministro, no vieron en este Reyno mas que cosas apa- , rentes; pero con todo, es preciso que hayan estado en extremo , preocupados, para no haber notado la miseria que se manifies- , ta por todas partes, y que es imposible dejar de ver. '

En la primera Relacion de Tachard, se ha leido que al arribo de la Esquadra à la barra de Siam, fue despachado el Autor para acompañar hasta Bancok à Mr. Le-Vachet, que iba á llevar la noticia al Rey de Siam, y à sus Ministros. La descripcion que hace de este viage, merece por su sencilléz referirle en sus propios terminos: ' La noche nos cogió, dice, à la entrada , del rio; y llegando à ser contraria la marea, que es muy alta , en este Pais, tubimos que descansar. Al abordar vimos tres, , ó quatro casas pequeñas de junco, cubiertas de hojas de palma, , en donde Mr. Le-Vachet me dijo que el Gobernador de la , barra habitaba. En una de estas casas, encontramos tres, ò , quatro Siameses sentados en el suelo, con las piernas cruza- , das, rumiando como bueyes, sin zapatos, medias, ni sombre- , ro, y sin mas que un simple lienzo para cubrir su desnudéz. , La casa èra tan pobre como ellos, y no vi en ella sillas, ni , muebles. Al entrar pregunté á dónde estaba el Gobernador, , y uno de aquellos infelices respondiò: Yo soy. Esta primera , vista disminuyó mucho las ideas que habia formado de Siam. , Sin embargo, tenia tan grande apetito, que pedí de comer. Este , buen Gobernador me presentó arroz, y queriendo yo saber , si habia alguna otra cosa, me respondió Amay, esto es, , no. De esta suerte se nos regalò al abordar. Habiendo llegado , á ser favorable la marea, nos embarcamos otra vez para con- , tinuar nuestro rumbo, y subiendo el rio, andubimos por lo me- , nos doce leguas, sin descubrir otros objetos que algunas misera- , bles cabañas como las de la barra. El dia siguiente por la noche

FORBIN 1685.

„ llegamos à Bancok, cuyo Gobernador, Turco de nacion, algo „ mejor alojado que el de la barra, nos dió una cena baſtante „ mala, á la Turca: por bebida ſe nos ſirvió ſolamente Sorbec, y „ aunque el alimento no era de mi guſto, fue preciſo tener pa- „ ciencia. El dia ſiguiente por la mañana, Mr. Le-Vachet entrò „ en un Balon para paſar á Siam, y entretanto tomé yo otra „ vez nueſtra canoa para volver al Navio. Antes de partir pre- „ gunté al Gobernador, ſi por dinero ſe podrian lograr hierbas, „ frutas, y algunos otros refreſcos; pero me reſpondió amay. „ Nueſtras gentes, que eſperaban con todo anhelo mis noticias, gri- „ taron deſde lejos ſi trahia refreſcos, y yo les reſpondí amay, „ ſolo picaduras de moſquitos que nos han perſeguido mientras „ nueſtro viage. ‘

Aquellas caſas muy aſeadas, y magnificamente mobladas, que ſegun la expreſion del Padre Tachard, ſe erigieron de diſtancia en diſtancia á la orilla del rio para alojar al Embaxador, y ſu comitiva, no eran, ſegun Forbin, mas que cabañas de juncos, colgadas de lienzo recio, pintado, y al inſtante que el Embaxador, y los de ſu comitiva habian ſalido de ellas, ſe deshacian, y ſervian alternativamente para el dia ſiguiente. Con eſte movimiento continuo ſe llegò á la Capital, de la que el Autor no hace deſcripcion mas ventajoſa.

‘ No podrè dejar, dice, de ponderar otra vez aqui el error „ de nueſtros Compoſitores de Relaciones. Hablan à cada inſtante „ de una fingida Ciudad de Siam, que nombran la Capital „ del Reyno, que hacen tan grande como París, y que adornan „ ſegun les parece. Lo cierto es, que eſta Ciudad nunca ha ſub- „ ſiſtido mas que en ſu maginacion; que el Reyno de Siam no tie- „ ne otra Capital que Odia, ó Joudia, y que éſta apenas ſe puede „ comparar en el tamaño à las Ciudades del quarto, ò quinto „ orden de Francia.

„ La caſa que ſe habia prevenido para alojar al Embaxador, „ era de ladrillo, pequeña, y de mala conſtruccion, ſin embar- „ go de ſer la mejor de la Ciudad, porque no hay que penſar „ hallar en el Reyno de Siam, Palacios correſpondientes á la mag- „ nificencia de los nueſtros. El del Rey es muy vaſto; pero ſin „ proporcion, ni guſto. Todo lo demás de la Ciudad, que es „ muy deſpreciable, ſolo ſe compone de caſas de madera, ò de „ juncos, à excepcion de una ſola calle de doſcientas caſas, baſ- „ tante pequeñas, hechas de ladrillo, y de un ſolo alto, que „ ocupan los Moros, y Chinos. En quanto à los Pagodos, ſon de „ ladrillo, y ſe parecen baſtante à nueſtras Igleſias. Las caſas de „ los Talapoines, que ſon los Monges del Pais, ſe componen „ igualmente de madera como las otras. ‘

De las circunſtancias ſobre que ſe eſtiende el Autor, tratando

de

de la Audiencia del Caballero de Chaumon, nada hay que recoger. Habiéndole facilitado muchas veces su empleo de Mayor de la Embaxada, la ocasion de presentarle en la Corte para tratar del ceremonial, que es muy molesto en este Pais, se le aficionó tanto el Rey, que deseò retenerlo junto á su persona. Mr. Constance, que igualmente lo deseaba, supo avivar con astucia las disposiciones del Principe. Este le dió orden de que hablase sobre ello al Embaxador, quien respondió que no era dueño del destino de un Oficial del Rey, y en especial de uno de nacimiento tan distinguido como el Caballero de Forbin. Esta repulsa excitò mas el deseo de Mr. Constance. Despues de bastantes razones dichas por una parte y otra, declarò finalmente, que el Rey queria absolutamente retener al Caballero en rehenes. Estas razones admiraron á Mr. de Chaumont, quien no viendo mas resquicio para la partida del Autor, concertó con Constance, y el Abad de Choysi los medios de hacerle consentir en las intenciones del Monarca. La promesa que se le hizo de hacerle Grande Almirante, General de los Exercitos del Rey, y Gobernador de Bancok, hubiera sido en vano, porque conocia demasiado la pobreza, y miseria de este Reyno, para dejarse persuadir à quedarse en èl, si Mr. de Chaumont no se lo hubiese mandado de parte del Rey de Francia. Quatro dias despues fue creado el Conde de Forbin, Almirante, y General de los Exercitos del Rey de Siam, y recibiò en presencia del Embaxador las insignias de su nuevo empleo, que consistian en un sable, y una chupa á la moda del Pais. FORBIN 1685.

Mientras que Mr. Constance se valia de todos estos artificios para retener en Siam al Autor, no olvidaba nada de todo aquello que podia dar á los Franceses una grande idea del Reyno, haciendo fiestas continuamente, dispuestas con todo el aparato que se pueda discurrir. Tubo cuidado de manifestar al Embaxador, y à los de su Comitiva, todas las riquezas del Thesoro Real, que con efecto eran dignas de un grande Monarca, y capaces de engañar; pero se guardó muy bien de decirles que à este cumulo de oro, de plata, y de pedrerìas, habia concurrido una infinidad de Reyes; siendo uso de Siam, que los Reyes no adquieren fama, sino en tanto que aumentan considerablemente este thesoro, sin que nunca les sea permitido tocar á él por mucha necesidad que tengan. Constance les hizo visitar despues los mas hermosos Pagodos de la Ciudad, que están llenos de estatuas de yeso, pero doradas con tanto arte, que se tendrian por de oro. El Ministro asi lo diò á entender, lo que se creyó con tanta mayor facilidad, quanto no se podia llegar á ellas, sino á cierta distancia. Entre estas estatuas habia una de altura gigantea, de quince, ó diez y seis pies, que se habia figurado ser de oro, co-

FORBIN 1685.

mo las demás. El Padre Tachard, y el Abad de Choysi se habian engañado, y han dudado tan poco del hecho, que lo han referido en sus Relaciones. Algun tiempo despues de su partida se descubrió el engaño de Mr. Constance, porque hundiendose la Capilla en donde estaba encerrada esta grande estatua, la hizo pedazos, y se halló no ser mas que de yeso. El Autor dice que no pudo dejar de chancearse sobre esto con el Ministro, quien le manifestó algun disgusto.

Pudiendo contribuir á la idea que se proponia Mr. Constance, los regalos destinados para el Rey, y la Corte de Francia, apuró el Reyno, à fin de que fuesen efectivamente magnificos. Con verdad se puede decir que obrò con exceso, y que no contento con haber juntado todo lo que pudo hallar en Siam, habia enviado á la China, y al Japon á buscar lo mas raro, y curioso. Finalmente, para quedar enteramente ayroso, estendiò su liberalidad hasta los simples Marineros. Por esta razon fueron engañados el Embaxador, y los Misioneros por este habil Ministro. El Autor explica aqui su origen, y sus ideas de politica, que no se hallan descubiertas en las Relaciones antecedentes.

Constance, originario de Grecia, y que de hijo de un Tabernero de un Pueblo pequeño, llamado la Custode en la Isla de Cefalonia, habia llegado á gobernar despoticamente el Reyno de Siam, no habia podido ensalzarse á este empleo, y mantenerse en èl sin excitar contra sí la envidia, y aborrecimiento de todos los Mandarines, y aun del Pueblo. Primero estubo empleado en servicio del Barcalon, ó primer Ministro, cuya confianza ganó por medio de sus modales afables, y atractivos, y de un talento á proposito para los negocios, y intrépido Su amo le colmò de beneficios, y le presentó al Rey, como un vasallo cuyos servicios podrian ser utiles. A poco tiempo que le conocia este Principe, se confió tambien de él; pero llevado de una ingratitud detestable, el nuevo favorito, que no quería ya concurrente en los favores del Principe, abusando del poder que tenia con èl, trabajò tanto, que hizo sospechoso al Barcalon, y poco despues indujo al Rey á deshacerse de un vasallo fiel, que le habia servido bien siempre. Por este medio, siendo su bienhechor la primera victima que sacrificó à su ambicion, Mr. Constance empezò á hacerse odioso à todo el Reyno.

Irritados los Mandarines, y todos los Grandes, de un proceder que les daba lugar de temer à cada instante la misma suerte, conspiraron en secreto contra el nuevo Ministro; siendo su fin malquistarlo con el Rey; pero ya no era tiempo, pues disponia tanto de la voluntad del Principe, que costò la vida à mas de trescientos de ellos, que habian querido destruir su favor.

Des-

Despues supo aprovecharse tanto de su fortuna, y de la floxedad de su amo, que juntó inmensas riquezas, ya por medio de sus cohechos, y violencias, y ya por el comercio, de que se habia apoderado, y que exercia solo en todo el Reyno. Tantos excesos, que sin embargo habia siempre desfigurado con pretexto del bien público, habian sublevado todo el Reyno contra él; pero nadie se atrevia à declararse, y esperaban una rebolucion que la edad del Rey, y su salud intercadente les hacìa mirar como muy inmediata. FORBIN 1685.

Constance no ignoraba lo malquisto que estaba con ellos; tenia demasiado talento, y conocia bastante los perjuicios que les habia causado, para creer que los hubiesen olvidado tan presto. Sabía además, mejor que nadie, quàn poco se podia contar con la debil salud del Principe. Conocia tambien lo que se debia temer de una revolucion, y comprendia muy bien que nunca se libertaría de ella, si no le servia de apoyo alguna Potencia Estrangera que le protegiese, estableciendose en el Reyno. Esto era en efecto todo lo que tenia que hacer, y la unica mira que se proponia. Para lograrlo era preciso persuadir primero al Rey recibiese Estrangeros en sus Estados, y les confiase parte de sus Plazas. Este primer paso costó poco á Mr. Constancê, pues el Rey condescendia de tal modo á todo lo que le proponia su Ministro, y este le ponderò tanto las ventajas de una alianza con los Estrangeros, que este Monarca vino ciegamènte en todo lo que se quiso. La dificultad mayor fue sobre la eleccion del Principe á quien se habia de dirigir. Constance, que sólo miraba por su utilidad, no quiso pensar en ningun Principe vecino, porque la infidelidad es ordinaria entre ellos, y era mucho de temer que despues de haberse enriquecido con sus despojos, lo entregasen à la furia de los Mandarines, ò hiciesen algun tratado, cuyo precio fuese su cabeza.

Los Ingleses, y Holandeses no podian ser atrahidos à Siam por la esperanza de la ganancia, pues el Pais no puede mantener un comercio considerable. Los mismos motivos no le permitian dirigirse, ni á los Españoles, ni à los Portugueses. Finalmente, no hallando otro recurso, creyò que los Franceses serían mas faciles de engañar. Con esta mira indujo á su Amo à que solicitase la alianza con el Rey de Francia, por medio de Embaxadores, á quienes particularmente habia encargado insinuasen que su Amo pensaba en hacerse Christiano, aunque en realidad era incierto. El Rey creyó que correspondia á su piedad concurrir á esta buena obra, enviando tambien Embaxadores al Rey de Siam. Viendo Constance que una parte de su idea habia salido tan bien, pensó en sacar utilidad de lo demás. Lo primero que hizo, fue declararse à Mr. de Chaumont, à quien dio à entender que los Holan-

FORBIN 1685.

landeses con el fin de aumentar ſu comercio, habian deſeado hacía mucho tiempo un eſtablecimiento en Siam; que el Rey nunca habia querido hablar de èl, temiendo ſe hicieſen dueños de ſus Eſtados; pero que ſi el Rey de Francia, ſobre la buena fe de que tenia mas ſobre que contar, queria entrar en tratado con S. M. Siameſa, ſe obligaba á hacerle entregar la Fortaleza de Bancok, Plaza importante en el Reyno, y como la llave de èl, con la condicion de que ſe enviaſen á ella Tropas, Ingenieros, y todo el dinero que fueſe neceſario para empezar el eſtablecimiento.

Mr. de Chaumont, y el Abad de Choyſi, á quien ſe habia comunicado eſte negocio, no juzgandolo factible, no quiſieron encargarſe de èl. El P. Tachard no puſo las miſmas dificultades; y alucinado con la utilidad, que creyó que el Rey ſacarìa de eſta alianza, y que le ponderó mucho Conſtance, excediendo los limites de la verdad; engañado además por eſte Miniſtro aſtuto, y hipocrita, que ocultando todos ſus enredos con apariencia de zelo, le hizo ver tantas ventajas para la Religion, ya por parte del Rey de Siam, que ſegun èl no podia dejar de hacerſe Chriſtiano, y ya porque una Guarnicion Franceſa en Bancok, aſeguraría á los Miſioneros la libertad para el exercicio de ſu miniſterio; liſongeado finalmente con las promeſas de Mr. Conſtance, que ſe obligò à hacer un eſtablecimiento conſiderable á los Miſioneros, para quienes habia de mandar hacer un Colegio, y un Obſervatorio en Louvo; en una palabra, viendo eſte Padre, que todo el proyecto era muy ventajoſo para el Rey, para la Religion, y para ſus compañeros, no tubo dificultad de encargarſe de eſta negociacion, liſongeandoſe de conſeguirla, y aſi ſe lo prometiò á Mr. Conſtance, en la ſupoſicion que el Padre de la Chaiſe quiſieſe intervenir en eſte negocio, y emplear ſu credito con el Rey. Deſde entonces el Padre Tachard fue comiſionado para la embaxada, y ſe hizo el convenio de que volverìa á Francia con los Embaxadores Siameſes.

Arreglado todo de eſta ſuerte, continúa el Autor, miraba Mr. Conſtance mi partida como un obſtaculo que podia perjudicar mas á ſus deſignios. Por eſta razon, en las diferentes negociaciones, que por mi empleo de Mayor de la Embaxada habia tenido con él, habia reconocido en mí un genio libre, y deſembarazado, que no permitiendome nunca diſimular, me hacía dar à cada coſa ſu nombre proprio. Sabía que yo no habia formado muy buen concepto de Siam, ni del comercio, que ſe pudiera eſtablecer en èl, como lo habia manifeſtado con baſtante claridad, ſin embargo de no ignorar ſu intencion; temia pues, que eſtando en Francia hicieſe del miſmo modo que en Siam, y que divulgando todo lo que penſaba de eſte Paìs, arruinaſe un pro-

yec-

yecto, en cuyo buen exito fundaba todas sus esperanzas. Si se ha de decir la verdad, no me agraviaba en desconfiar de mí en este punto, porque nunca hubiera dejado de declarar todo lo que entendiese, atendiendo al interés del Rey, y de la Nacion, para no dar lugar con mi silencio, á una empresa de grandisimo gasto, y de ninguna utilidad. Estos fueron sus motivos, los que no empezè á penetrar hasta despues de la partida de los Embaxadores, en una larga conferencia que tube con èl, en donde me vino à declarar mucha parte de lo que he referido; y por ultimo me han confirmado en ello despues, asi diferentes personas, como las resultas de los sucesos, cuyo principio me era facil descifrar; pero vuelvo à mi mansion en Siam.

Despues de la marcha de los Embaxadores, pasé à Louvo con Mr. Constance, y apenas lleguè, se me introduxo en el Palacio por primera vez. La situacion en que hallé à los Mandarines me sorprendió en extremo; y aunque yo tubiese ya un gran sentimiento de haberme quedado en Siam, se aumentò al doble por lo que ví. Todos estos Mandarines estaban sentados en rueda sobre esteras de mimbres delgados. Solo un belon alumbraba à toda esta Corte, y quando un Mandarin queria leer ó escribir alguna cosa, sacaba de la faltriquera un cabo de vela amarilla, lo encendia á este belon, y lo ponia despues en un pedazo de madera, que dando vueltas sobre un exe, les servia de candelero.

Este adorno tan diferente de el de la Corte de Francia, me hizo preguntar à Mr. Constance, si toda la grandeza de estos Mandarines se manifestaba en lo que yo veía, á lo que me respondió que si; y viendome suspenso, me llamò à parte, y hablandome con mas claridad que nunca, me dijo: ‘ No os admireis de lo que veis: este Reyno, es cierto que es pobre; pero vuestra fortuna nò padecerá nada, y queda de mi cargo.‘ Acabando despues de declararseme, tubimos una larga conversacion, en la qual me comunicó todas sus ideas, que venian á ser las mismas que he expresado. Esta conducta de Mr. Constance, no me admiró menos que la miseria de los Mandarines, porque erá mucha imprudencia en un Politico tan astuto declararse con tanta facilidad á un hombre, cuya vuelta á Francia acababa de impedir, por no haberse nunca fiado en su discrecion; pero conocia que ya no tenia nada que temer, despues que estaba baxo de su dominio. Continué de este modo por dos meses yendo todos los dias à Palacio, sin que me hubiese sido posible ver al Rey mas que una sola vez, aunque despues lo logré con mas frecuencia. Este Priucipe me preguntó un dia, si no estaba muy contento de haberme quedado en su Corte, y no creyendome obligado á decir la verdad, le respondì que me tenia por

muy

Forbin 1685. muy dichoſo en eſtar en ſervicio de S. M. ſiendo aſi que era todo lo contrario, pues mi ſentimiento ſe aumentaba à cada inſtante, particularmente quando veía el rigor con que ſe caſtigaba las menores culpas.

El Rey miſmo es quien hace executar la juſticia, á cuyo fin tiene ſiempre junto á ſu perſona quatrocientos verdugos que componen ſu guardia ordinaria. Nadie puede evadirſe de la ſeveridad de ſus caſtigos, de los quales no eſtán mas libres que los demás, los hijos, y hermanos de los Reyes. Las penas mas comunes ſon, rajar la boca haſta las orejas á los que no hablan baſtante, y coſerſela á los que hablan demaſiado. Por culpas baſtante leves, ſe cortan à un hombre los muslos, ſe le queman los brazos con un hierro encendido, ſe le dan cuchilladas en la cabeza, ò ſe le arrancan los dientes. Muy ligera ha de haber ſido la culpa, para no ſer condenado à la paliza, à llevar la Cangue al cuello, ó á eſtar expueſto con la cabeza deſcubierta al ardor del Sol. Por lo que mira à meter puntas de cañas entre las uñas, poner los piés en el cepo, y otros muchos caſtigos de eſta eſpecie, caſi nadie hay á quien no haya ſucedido eſto, à lo menos alguna vez en toda ſu vida. Admirado de ver à los mayores Mandarines expueſtos al rigor de eſtos tratamientos, preguntè á Mr. Conſtance, ſi debia temer ſe eſtendieſen à mi. Reſpondióme que no, y que eſta ſeveridad ſolo tenia lugar con los Eſtrangeros; pero mentia, porque él habia ſido apaleado en tiempo del Miniſtro antecedente, como lo ſupe deſpues.

Por ultimo, el Rey me mandò dar una caſa muy pequeña, en la que ſe puſieron treinta y ſeis eſclavos para mi ſervicio, y dos elefantes. La manutencion de todos mis criados no me coſtaba mas que cinco ſueldos al dia, porque los hombres ſon muy ſobrios en eſte Pais, y las proviſiones á buen precio: yo comia con Mr. Conſtance. Mi caſa ſe adornó de muebles poco conſiderables, á los que ſe añadieron doce platos de plata, dos copas grandes del miſmo metal, todo muy delgado, quatro docenas de ſervilletas de lienzo de algodon, y dos velas de cera amarilla cada dia. Eſte fue todo el aparato del Grande Almirante General de los Exercitos del Rey, con el qual fue, ſin embargo, preciſo contentarſe. Quando el Rey iba al campo, ò à caza de elefantes, mantenia à los que le ſeguian, y entonces ſe nos ſervia arroz, y algunos guiſados á la Siameſa, que agradaban poco á un Francés no acoſtumbrado á eſta eſpecie de manjares. Es cierto que Mr. Conſtance, que caſi ſiempre le acompañaba, tenia cuidado de hacer llevar coſas mas delicadas; pero quando por ocupaciones particulares ſe quedaba en caſa, me coſtaba mucho trabajo contentarme con la cocina del Rey. Regu-

gu-

gularmente en esta especie de diversiones, me hacia S. M. la honra de tener conversacion conmigo, y yo le respondia por medio del Interprete, que me habia dado Mr. Constance. Como este Principe me manifestaba mucho cariño, me arriesgaba algunas veces á libertades, que me dejaba pasar, pero que hubieran costado caras à qualesquiera otro. Un dia que queria hacer castigar á uno de sus criados por haber olvidado un pañuelo, ignorando las costumbres del Pais, y alegrandome además de poder usar de mi favor para servir á este desgraciado, determiné pedir se le perdonase. El Rey se admirò de mi atrevimiento, y se enfadó contra mí tanto, que Mr. Constance, que estaba presente, se puso palido, y temió verme castigar severamente. Yo no me alteré, y dixe à este Principe, que el Rey de Francia mi Señor, se alegraba de que pidiendole perdon por los culpados, se le diese ocasion de manifestar su moderacion, y su clemencia; y que sus vasallos, reconociendo los favores que les hacia, le servian con mas zelo, y afecto, y estaban prontos à exponer su vida por un Principe, à quien su bondad hacía tan amable. El Rey, satisfecho con mi respuesta, perdonó al culpado, diciendo que queria imitar al Rey de Francia; pero añadiò que esta conducta, que era buena para los Franceses naturalmente generosos, sería perjudicial á los Siameses, ingratos, â quienes solo los castigos podian servir de freno. Esta aventura fue famosa en el Reyno, y sorprendiò á los Mandarines, que creían que me haría coser la boca por haber hablado sin tiempo. El mismo Constance me avisó à solas mirase en adelante lo que hacia, y tachó de imprudencia mi vivacidad; pero yo le respondì, que habiendo salido bien, nada tenia de que arrepentirme.

Con efecto, lejos de causarme perjuicio, noté que desde este dia tenia mas gusto el Rey en conversar conmigo. Yo le divertia contandole mil historias, que acomodaba à mi modo, y de que se mostraba satisfecho, aunque es cierto que para esto no necesitaba de muchos esfuerzos, porque este Principe era estupido, y muy ignorante. (Tachard habla siempre de este Rey como de un prodigio de talento, y de juicio, en lo que este Padre es poco creible.) Un dia que estando en la caza, daba sus ordenes para coger un elefante pequeño, me preguntò qué me parecía todo este aparato, que con efecto era en alguna parte magnifico ‘ Señor, le respondí, al ver à V. M. rodeado de toda esta „ comitiva, me parece ver al Rey, mi Señor, á la frente de sus „ tropas, dando sus ordenes, y disponiendolo todo en un dia „ de combate. ‘ Esta respuesta le agradò mucho como yo lo habia previsto, porque sabía que nada le gustaba tanto, como ser comparado á Luis el Grande, y en efecto, esta comparacion,

FORBIN 1685. que solo era de la grandeza, y pompa exterior de los dos Principes, no dejaba de ser bastante ajustada, pues habia pocos expectaculos mas vistosos que las salidas del Rey de Siam, porque aunque el Reyno sea pobre, y no se vea en él vestigio alguno de magnificencia, sin embargo, quando el Rey (que pasaba su vida encerrado en Palacio, à donde nadie era nunca admitido, ni aun sus mas intimos confidentes, á quienes hablaba por una ventana) salia en público, lo hacìa con la pompa correspondiente á la magestad de un gran Monarca.

Pasado algun tiempo, se dió orden al Autor de ir con Mr. Constance à Bancok, para hacer trabajar alli en un Fuerte nuevo, que debia entregarse á las Tropas Francesas, que habia pedido el Rey de Siam, y que esperaba con la vuelta de los Embaxadores: Alli delinearon un Pentagono. Mientras que estaban ocupados en disponer à los trabajadores para empezar los fosos, el Comandante de dos Compañias de Portugueses, Mestizos, ó Criollos, que mantenia el Rey en el antiguo Fuerte de Bancok, vino à decirles, que sus soldados se habian amotinado, porque no querian obedecer á un Oficial Francès, à cuya rebelion les habia movido un Sacerdote de su Nacion. De alli à poco una Tropa de estos sediciosos se dexò ver armada, marchando en derechura al Fuerte. El Caballero de Forbin, que fue el primero que los descubrió desde lo alto de un bastion, avisó à Mr. Constance, y creyó que la prudencia obligaba á coger al Oficial Portugués, cuyo proceder le parecia muy sospechoso. Desarmólo sin trabajo, y poniendole la punta de la espada al pecho, le amenazó de matarlo, si no mandaba á sus soldados retroceder. Constance lo pagò en esta ocasion. Salió del Fuerte, y acercandose hácia los amotinados, que no estaban mas que diez pasos, les preguntó con entereza, qué era lo que querian hacer. Todos à una voz le respondieron, que no querian Comandante Francés. El Ministro, tan astuto, como valeroso, les aseguró que el Caballero de Forbin solo habia de mandar á los Siameses, pero no à los Portugueses. Esta respuesta los habia al parecer aquietado, quando uno de la Tropa, echando mano à la espada, exortó à sus compañeros no se fiasen en estas promesas. Constance, que se viò à punto de ser asesinado, se echò sobre este infeliz, á quien desarmó; y despues de haber sosegado á los otros con buenas palabras, los enviò á su Quartel. En una especie de Consejo de Guerra que se tubo para formar la causa de los culpados, se condenò à muerte à los Gefes, á destierro á algunos Oficiales, y à los soldados à Galeras, pasado cierto tiempo, durante el qual habian de ser empleados en las nuevas fortificaciones.

Hecho este castigo, y dadas las ordenes necesarias para adelantar los trabajos, volvieron à Louvo Constance, y el Autor.

A ſu arribo ſe halló el Miniſtro enredado en un negocio, cauſado por ſu codicia, en el qual eſtubo para perderſe, de eſte modo. Antes de ſu partida para Bancok, habia querido comprar una carga de ſandalo de un Francés refugiado, nombrado De Ruan, quien rehuſó venderſela al precio que le ofrecía; y Mr. Conſtance, para vengarſe de èl, lo habia hecho poner en priſion con otros pretextos. Mientras ſu auſencia el Factor Francès de la Compañia Oriental, habia venido á Louvo á pedir deſagravio de la injuria hecha á ſu Nacion, ó que ſe le permitieſe ſalir del Reyno con todos los Franceſes. El Rey prometiò hacerle juſticia à la vuelta de ſu Miniſtro. Eſte, informado de las diligencias del Factor, paſó à Palacio ſin perdida de tiempo, creyendo deſtruir con una palabra las acuſaciones que contra él ſe habian dado; pero ſe engañaba, porque irritado el Rey, lo maltrató de palabras, amenazandolo de caſtigarlo, ſi no ſe juſtificaba en el dia. Conſtance reſpondiò en pocas palabras, que nadie miraba con mas cuidado que él por los Franceſes; que ſuplicaba à S. M. ſe informaſe del Caballero de Forbin què ſiendo por ſu nacimiento, y empleo, ſuperior à eſte Factor, era veroſimil que hubiera dado ſus quejas, ſi hubieſe tenido motivo; pero que lexos de eſto, no dudaba que eſte Oficial teſtificaſe de ſu inocencia, y de lo mucho que cuidaba de no hacer nada en ofenſa de la Nacion Franceſa. Al ſalir de Palacio fue à buſcar Conſtance al Conde de Forbin, para prevenirle en ſu favor, y pedirle le hicieſe buenos oficios; inſinuandole que el Mercader de que ſe trataba, aunque Francés de origen, habia tenido que ſalir del Reyno, á cauſa de la Religion, y que habiendo entrado deſpues en ſervicio de los Ingleſes, á ſu peſar tomaba el Factor baxo ſu proteccion à un hombre que habia renunciado por dos veces los privilegios de ſu nacimiento. Eſtando en eſta converſacion fue llamado el Autor á la Corte, en donde eſperaba todo el Conſejo, con el mayor ſilencio, la ſolucion de eſte negocio. Ninguno de los Mandarines habia que no deſeaſe la perdida del Miniſtro, que la mayor parte miraban ya como inevitable, porque juzgaban que el Conde de Forbin, como Francès, no podria dexar de apoyar fuertemente las quejas de ſus compatriotas. La experiencia engañó ſu eſperanza, y el Autor exagerò tanto las razones de Mr. Conſtance, que ſu teſtimonio lo juſtificó plenamente con el Rey, quien le manifeſtò ſu ſatisfaccion en los terminos mas gracioſos. Sin embargo, para acallar al Factor era neceſario libertar al Mercader. El Autor logrò quanto quiſo de Mr. Conſtance, quien en el primer impulſo de ſu gozo, y agradecimiento lo abrazò infinidad de veces, aſegurandole que nunca olvidaría el ſeñalado ſervicio que acababa de hacerle.

Forbin 1685.

FORBIN 1685.

Sin embargo, este mismo servicio fue una de las principales causas de todo el mal, que Constance procuró hacer al Autor en adelante. Su genio envidioso, y desconfiado, le habia hecho ver desde luego con alguna pena, los favores que el Rey hacìa á este Oficial, quien se explicaba con tanta libertad, que el Principe tenia gusto de oirle. No obstante, todo este favor le habia causado poco sobresalto; pero luego que vió que para libertarle de un peligro tan grande, no habia tenido Forbin mas que hablar, empezó à temerlo de veras, y reflexionando que algun dia le podria ser tan facil perderle, como le habia sido salvarle, pensó con seriedad en destruir su fortuna de qualesquiera modo que fuese.

De alli à poco tubo lugar de confirmarse en su resolucion, con una nueva gracia con que el Rey honró al Caballero de Forbin, confiriendole el empleo de Opra sac di son Craam, que corresponde poco mas, ò menos, al de Mariscal de Francia. (Este titulo significa una deidad que tiene todas las luces, y experiencia para la guerra.) Al mismo tiempo señaló el Rey el dia de su recibimiento, y ordenó á Mr. Constance, hiciese de modo que todo estubiese dispuesto para esta ceremonia. No causará tal vez disgusto el encontrar aqui las principales circunstancias. Habiendo venido los Mandarines á buscar al Autor, lo conduxeron á la cerca del Palacio, á cien pasos de la ventana, en donde estaba el Rey, y se prosternaron todos en tierra, arrastrando sobre los codos, y las rodillas unos cincuenta pasos, precedidos de dos Maestros de ceremonias en la misma postura. Alli hicieron todos juntos otra reverencia, levantandose sobre las rodillas, y dando con la frente en el suelo, juntas las manos encima de la cabeza, todo lo qual se hizo con el mayor silencio. Finalmente, hicieron otra reverencia debaxo de la ventana del Rey. Este Principe enviò entonces el betel al Caballero, diciendole, que lo recibia en su servicio. La ceremonia se concluyò poco mas, ò menos del mismo modo que se habia empezado. Retiraronse arrastrando siempre sobre los codos, y rodillas, pero hàcia atràs, y haciendo las tres reverencias mientras que el Rey, que se mantenia à la ventana, los seguia con los ojos hasta el lugar de donde habian salido. Alli fue donde uno de los Maestros de ceremonias, presentò al Autor una caxa de oro, y de plata, con los instrumentos que sirven para el betel; y queriendo el Rey añadir favores á favores, le enviò dos piezas de tela con flores de oro, con las quales tubo para hacerse dos vestidos riquisimos.

Estas ultimas muestras de la bondad del Rey avivaron todavia con mayor violencia la envidia de Mr. Constance contra el Autor, quien le acusa de haberle querido tambien envenenar

con

con leche, que le enviò, y con la qual quatro de sus esclavos, que la comieron, murieron inmediatamente. Habiendole salido mal esta tentativa, procuró à lo menos apartarlo de la Corte, para lo qual le facilitaron bien presto ocasion las circunstancias en que se hallaba entonces el Reyno, aunque su talento, fecundo en expedientes, le hizo discurrir otros tantos medios de deshacerse de este contrario, que no dudó, que al fin habia de rendirse. El suceso que favorecia à sus ideas, compone una parte interesable de las Memorias del Autor, y Mr. de la Mare, Ingeniero Francès, y que se habia quedado con èl en Siam, ha dado de ello una excelente Relacion, que ha insertado Tachard en la de su segundo viage. De estas dos diferentes relaciones vamos á formar otra, que reunirà lo mas notable que tienen.

Huyendo un Principe de Macasar de la colera del Rey su hermano, seguido de unos trescientos de los suyos, habia venido hacìa algunos años á pedir asilo al Rey de Siam, quien compadecido de su desgracia, le recibiò con bondad, y le señalò un barrio fuera de la cerca de la Capital, para establecerse en èl con los de su Nacion junto al Campo de los Malayos, que eran Mahometanos como ellos. Finalmente el Rey socorrió con liberalidad todas las necesidades del Principe; pero la inclinacion turbulenta, y ambiciosa de este ultimo, le hizo olvidar bien pronto lo que debia á su libertador. Cinco años antes habia entrado en una conspiracion para quitarle la vida, y para poner á su hermano segundo en el trono. La traicion se descubrió con felicidad; y el generoso Monarca perdonò no solo á su hermano, sino tambien al Principe de Macasar, y à todos sus complices.

Una gracia tan poco merecida, no bastò para inspirarle pensamientos mas nobles. Formó una nueva conjuracion con los Principes de Cambova, de Malaca, y de Champa. Su intencion era matar al Rey, dividir entre sí el Reyno, y exterminar todos los Christianos que no quisieran abrazar el Mahometismo. De la Mare, que suple aqui á la relacion de Forbin, no nombra mas que dos hermanos, Principes de Champa, con el de los Macasares, que se refugiaron como èl en esta Corte, quando subió su hermano mayor al Trono. Otro hermano estaba empleado por el Rey de Siam, y los otros dos vivian como personas privadas. El mas joven fue el que empezò la conspiracion de acuerdo con un Capitan Malayo, tambien natural de Champa, hombre de valor, de entendimiento, y de experiencia. Uno de sus Sacerdotes manejò el negocio, y diciendo ser inspirado del Cielo, fingió apariciones, que contribuyeron con felicidad á esparcir terror en los animos, sin declarar nada de sus intenciones; y cogiendo despues á todos sus oyentes en particular, unos despues de otros, se las descubriò poco á poco, de suerte que iban dando en el la-

FORBIN 1685.

zo de tal modo, que en menos de tres meses los hizo entrar á todos en esta conjura, á excepcion de trescientos Malayos que habia hallado muy distantes de su parecer. Ajustóse de no hablarles mas de este negocio, hasta el punto de la execucion; y para aumentar el numero de los conjurados, resolvieron los motores libertar desde luego todos los presos de la Ciudad, y abandonar despues el Palacio al saqueo de sus gentes. El quince de Agosto se señaló para la execucion; y llegando este dia, escribieron los dos Principes de Champa una carta à su hermano, que estaba en Louvo con el Rey, dandole cuenta de su designio, y avisandole que se retirase quanto antes. El Portador de esta carta, tenia orden de no entregarla hasta las ocho de la noche del mismo dia, y de retirarse inmediatamente.

El modo con que executó esta comision, hizo recelar al Principe de alguna cosa extraordinaria, por lo que tubo la prudencia de llevar la carta, sin abrirla, á Mr. Constance, quien se la hizo interpretar por un Mandarin Malayo. Despues de leerla, fue el Ministro corriendo à avisar al Rey de lo que pasaba en su Capital, y inmediatamente se dieron las ordenes necesarias para trastornar las ideas de los sediciosos, y acudir à la seguridad del Reyno. Tres mil hombres de la Guardia del Principe fueron destacados para ir al socorro del Palacio de Siam, y se distribuyeron los restantes, en numero de tres mil, en el Palacio de Louvo, y las inmediaciones, mientras que otras tropas se apostaron en las avenidas, en las puertas, y en los terraplenes de la Ciudad.

Sin embargo, llegada la hora señalada por los conjurados, se hallaron todos en el parage destinado, que era una lengua de tierra, que separa los dos rios, enfrente del Campo de los Macasares. Los trescientos Malayos fieles, concurrieron tambien armados, por orden de sus superiores; pero sabiendo de lo que se trataba, declararon todos á una voz, que les causaba horror tal accion, y que mas querian morir, que hacer traicion al Rey de Siam, que les habia hecho tantos beneficios. Estas razones hicieron volver en sí à otros Malayos, que se juntaron con los primeros, y empezaron à huir unos tras de otros. Juzgando por esto el Sacerdote Mahometano, que la conjura no podia dejar de ser descubierta, resolviò ir èl mismo á revelarla al Gobernador de la Ciudad, con el fin de lograr perdon.

Luego que el Gobernador recibió este aviso, hizo coger al Sacerdote, y juntar la poca gente que tenia en el Palacio, poniendola ya en un parage, y ya en otro, para dar à entender á los enemigos que habian sido descubiertos, y que se hallaban en Palacio Tropas suficientes para defenderlo. Este ardid hizo creer à los espías que habia en èl un grande numero de soldados. Avisa-

ſaron al inſtante á los tres Principes, quienes no obſtante la deſercion de una parte de ſus gentes, eſtaban diſpueſtos à marchar con las que les quedaban à executar ſu empreſa; pero eſta noticia los ſobreſaltó tanto, que cada uno ſe volviò à ſu caſa, para penſar en los medios de libertarſe de eſte peligro. El dia ſiguiente acabaron de perder todo ſu aliento, quando ſupieron el arribo de tres mil Guardias del Rey al Palacio, y que todos los habitantes eſtaban ſobre las armas, al rededor de los terraplenes. FORBIN 1685.

Entre tanto, habiendo tenido noticia el Rey de que los rebeldes eſtaban ſoſegados, envió á Mr. Conſtance à Siam, para que procuraſe atraerlos con afabilidad, y deſcubrir todo el proyecto de la conſpiracion. El Miniſtro deſempeñò enteramente ſu comiſion, y obligó al Capitan, que habia ſido el autor de la rebelion, á rendirſe á él, con promeſa de alcanzarle el perdon. De eſte miſmo ſupo el Autor todas las circunſtancias que refiere, y añadió, que èl habia formado la idèa de ponerſe en el Trono, deſpues que hubiera muerto à los tres Principes. Conſtance no ſe detubo mas que dos dias en Siam; y al partir para volverſe á Louvo, publicó un perdon general, con la condicion de que los ſedicioſos viniesen dentro de quatro dias, lo mas tarde, á declarar ſus culpas, y complices, sin lo qual ſerian caſtigados con el mayor rigor. Todos los Malayos fueron á pedir perdon al Rey, quien ſe les concediò.

Solo los Macaſares no pudieron reſolverſe à eſta ſumision, y ſe obſtinaron en perecer. A ſu Principe ſe le intimò muchas veces de parte del Rey, viniese à dàr cuenta de ſu conducta; pero ſe negó tenazmente à hacerlo, eſcuſandoſe con que no habia entrado en la conjura, sin embargo de las inſtancias que ſe le habian hecho, y que ſi habia cometido algun delito, era el de no haber deſcubierto los autores de tan pernicioſa trama; pero que ſu calidad de Principe era ſuficiente para diſculparlo de no haber hecho el odioſo oficio de eſpía, ni deſcubierto à unos amigos, que le habian confiado un ſecreto de tanta importancia. Tan mala reſpueſta hizo tomar al Rey la reſolucion de valerſe de las armas para reducirlo à razon. Conociendoſe baſtante el genio de eſta Nacion, ſe puede juzgar, que no ſe lograria con tanta facilidad, por lo qual fue preciſo hacer algunos preparativos para forzarlos, cuyas prevenciones, lejos de atemorizarlos, parece excitaron ſu valor, haciendolos todavia mas orgulloſos una accion que hubo algunos dias antes que ſe les atacaſe en Bancock.

Eſte es el lugar donde ſe debe introducir de nuevo al Caballero de Forbin, para que continúe la relacion de un ſuceſo,

FORBIN 1685. so, que le presentó tantas ocasiones de señalarse por su valor y buena conducta. La conspiracion de los Macasares, dice, era una de las mas favorables à Mr. Constance para apartarme de la Corte. Bancock, de donde el Rey me habia nombrado Gobernador, era una Plaza demasiado importante para abandonarla en unas coyunturas tan peligrosas. Diòseme orden de pasar à ella sin pérdida de tiempo, de hacer acabar quanto antes las fortificaciones, de trabajar en nuevas levas de Soldados Siameses, hasta juntar dos mil hombres, y de instruirlos al modo de Francia. Para subvenir à los gastos què habia de hacer, se mandó á Constance darme cien catis, que corresponden á la cantidad de quince mil libras Francesas; pero el Ministro no me pagó mas que tres mil, y me hizo un vale de lo demás, con pretexto de que no habia bastante dinero en las Caxas Reales. Queriendo el Rey que se me obedeciese, y respetase en mi Gobierno, me diò quatro de sus Verdugos para executar justicia; lo que sin embargo no se estendia mas que à la paliza; siendo regularmente el Rey, ò en ciertas ocasiones su primer Ministro, el unico que puede condenar à muerte.

Partí sin haber tenido el menor aviso de la conjura, ignorando con què motivo se me enviaba á mi Gobierno. Constance, noticioso del dia en que los rebeldes habian de tener su ultima Junta, tomò tan bien sus medidas, y me envió tan á tiempo para hacerme caer en sus manos, què me hallè, sin saberlo, enmedio de los conjurados, cuyo paradero era en el camino, quienes me dejaron pasar no sè por qué, siendo así, que su proyecto estaba para ponerse en execucion inmediatamente. Al llegar á Bancok no estube menos arriesgado por parte de los Portugueses, que habia condenado à Galeras el Consejo de Guerra, y que Constance, sin saberlo yo, acababa de hacer poner en libertad, con orden de formar de ellos Compañias, y de llamar otra vez á los Oficiales desterrados. Enviarme de esta suerte sin haberme dado el menor aviso de esta mudanza, era entregarme atado de pies, y manos à mis enemigos. Comprendìlo con facilidad, quando à mi arribo, encontré sobre las armas unas gentes que poco antes habia hecho poner en prision. Al principio estube sobre mí, y manejé con tal arte el animo de los Oficiales, y de los Soldados, dando de comer à menudo à los primeros, y tratando con agasajo à los ultimos, que logré ganar el afecto de unos, y otros; pero la malicia de Constance no tenia todavia limites. De alli à poco me puso un nuevo lazo, que creyò infalible, y que sin remedio le hubiera surtido, à no haberme socorrido la providencia, y sacadome de este peligro aunque con trabajo, y penas inexplicables.

El

El Capitan de una Galera de la Isla de los Macasares, que habia venido à Siam à comerciar, y que habia tenido parte en la conjura, viendo que esta habia salido mal, se habia retirado á su bordo, resuelto à apartarse de ella, ó á vender cara su vida si se intentaba forzarlo. Alegre Constance de poder separar á los enemigos, le mandò despachar un pasaporte para salir libremente del Reyno èl, y su Tropa, que llegaba à cincuenta y tres hombres; pero al mismo tiempo me despachó un Correo con orden de parte del Rey, de tender la cadena en medio del Rio, de detener esta embarcacion, en donde habia de entrar para hacer el inventario de su carga, y coger despues al Capitan, y à todas sus gentes, y tenerlos presos hasta nueva orden, prohibiendome expresamente comunicar à nadie las que recibia, porque varias razones de Estado obligaban à manejar este negocio con secreto inviolable. De esta suerte me enviaba al matadero, prescribiendome todo lo que habia de hacer para perecer infaliblemente. FORBIN 1686.

Entre tanto que llegaba la Galera, me ocupé en instruir las Tropas, que habia tenido orden de reclutar, dividì mis nuevos Soldados en Compañias de cincuenta hombres, puse para gobernar cada Compañia tres Oficiales, y diez Sargentos, y me apliqué con tanto cuidado á instruirlos con el socorro de un Sargento Francès, y de algunos Soldados Portugueses, que entendian la lengua Siamesa, que en menos de seis dias se hallaron en estado de hacer el exercicio militar del mismo modo que se practica en Francia. Como no tenia carcel en donde pudiese poner à los Macasares, hice prontamente construir una, uniendo la cortina por delante del nuevo Fuerte, y la fortifiqué de modo que con algunos Soldados hubiera sido facil guardar en ella cincuenta presos.

Finalmente, la Galera se dejò ver el 27. de Agosto, veinte dias despues de la orden que habiá recibido de detenerla, sin que en todo este tiempo se hubiese recogido la cadena por miedo de sorpresa. En el plan que me habia formado para desempeñar con seguridad mi comision, me habia apartado algo de las instrucciones de Mr. Constance, y en lugar de ir à bordo, mientras que los Macasares fuesen dueños de él, resolvì convidarlos à desembarcar, siendo la primera diligencia el prenderlos, para trabajar despues en el inventario de sus efectos. Con este fin aposté soldados en diferentes parages para que los acometiesen luego que yo les diese la orden. Habiendo hallado cerrado el paso la Galera á su arribo, vino á tierra el Capitan con siete de los suyos, que fueron conducidos al Fuerte antiguo, en donde los esperaba en una torre de bambu, que habia hecho construir sobre uno de los bastiones. Al paso que entraron

FORBIN 1686. ron les hice cortesía, y les roguè se sentasen al rededor de una mesa en donde comia regularmente con mis Oficiales.

El Capitan respondiò á mis preguntas, que venia de Siam, y que volvia à la Isla de los Macasares. Al mismo tiempo me presentò su pasaporte, que fingí examinar, y le dixe que era muy bueno; pero añadí, que siendo Estrangero, y nuevo en el servicio del Rey, debia atender mas que otro à la fiel execucion de mis ordenes; que yo las habia recibido muy rigorosas con motivo de la rebelion, que sin duda no ignoraba, para impedir que ningun Siamés saliese del Reyno. Habiendome respondido el Capitan, que no tenia consigo mas que Macasares, le repliquè que no dudaba en ningun modo de la verdad de lo que me decía; pero que estando rodeado de Siameses, que observaban todas mis acciones, à fin de que la Corte no tubiese nada de que culparme, hiciese desembarcar toda su gente, y que despues que se les hubiera reconocido por Macasares, podrian continuar su viage. El Capitan consintió en ello con la condicion de que bajarian armados. Yo le pregunté sonriendome, si estabamos en guerra. No, me respondió, pero el cris, ò puñal que llevámos es tan grande insignia de honor entre nosotros, que no podriamos dejarlo sin incurrir en infamia. No teniendo rèplica esta razon, me rendí á ella, no creyendo que una arma, que me parecìa tan despreciable, fuese tan dañosa en manos de los Macasares, como lo experimenté poco despues.

Mientras que el Capitan destacó dos de los suyos para ir á buscar á los otros, le hice servir the, á fin de divertirlo, entre tanto que se me venia à avisar que todos estaban en tierra. Como tardaban demasiado, fingí tener alguna orden que dar, y salí dejando en mi lugar uno de los Mandarines presentes. Mis Siameses, atentos á quanto pasaba, estaban muy apesadumbrados de saber à qué destinaba las Tropas que habia apostado por una parte, y otra. Al salir de la torre, encontrè un Oficial anciano Portuguès, à quien habia hecho Mayor, y que esperaba mis ordenes. Encarguéle fuese á avisar á mis otros Oficiales estubiesen dispuestos, y luego que los Macasares hubieran pasado un parage que le señalè, los acometiesen, los desarmasen, y los detubiesen hasta nueva orden.

El Oficial Portuguès, espantado de lo que acababa de oir, me representó que este negocio no era factible; que yo no conocía como èl à los Macasares, que eran hombres inexpugnables, y que no se rendian hasta despues de muertos. Aun os diré mas, añadió, y es que si haceis ademan de querer prender al Capitan que está en la torre, èl y los pocos hombres que le acompañan, nos asesinarán á todos, sin que se escape uno. Yo no hice al principio todo aquel aprecio que debia de este

avi-

aviso; y insistiendo en mi idea, cuya execucion me parecia bastante facil, reiteré las mismas ordenes al Mayor, que se fue muy enfadado, encargandome otra vez al partir atendiese à lo que hacía, porque serìa infaliblemente victima.

El zelo de este Oficial, cuyo valor conocìa tambien, me hizo hacer alguna reflexion. Para no arriesgar nada, mandè subir veinte soldados Siameses, de los quales la mitad estaban armados de lanzas, y los otros de fusiles; y habiendome acercado á la entrada de la torre, que estaba cerrada con una cortina que habia hecho correr, ordené á un Mandarin, que me servia de Interprete, fuese de mi parte á decirle al Capitan, que sentia mucho tenerle que prender, pero que se le haría todo buen tratamiento. No hubo bien pronunciado estas palabras el pobre Mandarin, quando habiendo arrojado al suelo su gorro los seis Macasares, agarraron su puñal, y arrojandose como un relampago, mataron en un instante al Interprete, y á los otros seis Mandarines que habian quedado en la torre. Viendo esta carnicerìa, me retirè junto á mis soldados, y cogiendo la lanza de uno de ellos, mandé á los Mosqueteros hiciesen fuego sobre los Macasares. Al mismo tiempo uno de estos seis enfurecidos, vino hàcia mí con el puñal en la mano. Yo le clavé la lanza en el estomago; pero el Macasar, como si hubiese sido insensible, abanzaba siempre metiendose mas, y mas el hierro de la lanza, que le tenia yo dentro del cuerpo, y haciendo esfuerzos increibles para llegar á mí, á fin de herirme, lo que hubiera logrado infaliblemente, à no haberle detenido el hierro que habia al extremo de la hoja. Todo lo que pude hacer fue retroceder, apoyandome siempre sobre la lanza, sin atreverme à sacarla para repetir el golpe. Finalmente, me socorrieron otros Lanceros, que acabaron de matarlo.

De los seis Macasares, quatro fueron muertos en la torre, ó à lo menos se les tubo por tal; y los otros dos, uno de los quales era el Capitan, aunque herido gravemente, se salvaron por una ventana, saltando desde lo alto del bastion. El atrevimiento, ò mas bien la rabia de estos seis hombres, habiendome hecho conocer que el Oficial Portugués me habia hablado la verdad, y que con efecto eran inexpugnables, empecé á temer à los otros quarenta y siete que estaban en marcha. En esta peligrosa situacion revoqué la orden que habia dado de prenderlos, y reconociendo que no habia otro medio que tomar, resolví hacerlos matar á todos si era posible; con cuya mira envié, y fui en persona por todos lados à recoger las Tropas.

Sin embargo, los Macasares que habian desembarcado, marchaban hácia el Fuerte. Yo enviè orden á un Capitan Inglés, à quien Mr. Constance habia conferido una Compañia de Portu-

FORBIN 1686. gueses, de que fuese à cortarles el paso, à impedirles adelantarse, y en caso de repulsa dispararles, añadiendo que me juntaría con èl de alli á poco, para sostenerlo con todas quantas Tropas pudiese recoger. Prohibiendoles el Inglés pasar adelante, se retiraron, y detuvieron á corta distancia, mientras que yo hacía acercar mis nuevos soldados, que iban armados de fusiles, y lanzas, pero sin experiencia; de suerte, que habia poca cuenta que hacer con ellos. Detubimonos á cincuenta pasos de los Macasares, y despues de algunas conferencias les mandé decir que si querian, podian volver á su Galera, haciendo cuenta de que entonces me serìa facil matarlos todos á fusilazos. Su respuesta fue, que no tenian inconveniente de volver à bordo, con tal que se les restituyese á su Capitan, sin el qual de ningun modo se volverian à embarcar. Enfadado el Capitan Inglés de toda esta tardanza, me dijo que iba á hacer atar á todos estos miserables, y sin esperar mi respuesta, marchò hácia ellos con mucha imprudencia. Al primer movimiento que le vieron hacer los Macasares, que hasta entonces se habian mantenido en cuclillas, á su modo, se levantaron de repente, y envolviendose el brazo izquierdo en la especie de faja que llevan al rededor de la cintura, para que les sirviese de broquèl, volvieron con el puñal en la mano, con tanto animo sobre los Portugueses, que los habian derrotado casi antes que hubiesemos notado el ataque. Despues sin tomar aliento, se encaminaron hácia las Tropas que yo mandaba. Aunque tubiesemos mas de mil soldados armados con lanzas, y fusiles, el terror que se apoderó de ellos, los puso en desorden. Los Macasares les pasaron por encima, matando à la derecha y à la izquierda todos aquellos que podian alcanzar, rechazandonos en poco tiempo hasta el pie de la muralla del nuevo Fuerte. Seis de ellos, mas encarnizados que los otros, persiguieron à los fugitivos, entraron en la falsabraga que cae al rio, junto al Fuerte antiguo; y pasando al otro lado, hicieron por todas partes una carnicería horrible sin distincion de edad, ni sexo.

En este embarazo, no pudiendo ya contener el grueso de las Tropas, los dexé huir, y pasé á la orilla del foso, resuelto á saltar dentro, si me perseguian. Estando lleno este foso de cieno, hacía cuenta que no podrian venir à mí con su acostumbrada ligereza, y que de este modo podria escaparme mejor. Pasaron à diez pasos de mí sin verme, demasiado ocupados en degollar à mis desgraciados Siameses, de los quales ninguno pensó en hacer frente para defenderse: tan sobrecogidos estaban. Finalmente, no viendo medio alguno de volverlos á juntar, entré en la puerta del nuevo Fuerte, que solo estaba cerrada con una barrera, y subí sobre un bastion, desde donde mandé disparar algu-

nos fusilazos sobre los enemigos, que hallandose dueños del Campo de batalla, y no teniendo mas á quien matar, se retiraron á la orilla del rio.

Despues de haber tenido algunos instantes consulta entre sí, no atendiendo mas que á su desesperacion, y resueltos á ponerse en la necesidad de pelear, volvieron à su Galera, la qual quemaron despues de haberse armado de broqueles, y lanzas, y bajaron de nuevo á tierra, con el animo de pasar á cuchillo á todos los que se les presentasen. Lo primero que hicieron, fue quemar todas las casas de los soldados, y subiendo à la orilla del rio, atacaron, y mataron indistintamente todo lo que encontraron al paso. Tantas muertes estendieron de tal suerte el terror en las inmediaciones, que el rio se llenò en poco tiempo de hombres, y mugeres que llevaban al hombro sus niños, y se salvaban à nado. Compadecido de este espectaculo, y indignado de no ver mas que cadaveres en el lugar en donde habia puesto tantos soldados, recogí unos veinte hombres armados de fusiles, y me embarquè con ellos en un balon, para seguir á estos desesperados. Habiendolos alcanzado à una legua del Fuerte, mi fuego los obligò à apartarse del rio, y retirarse á los bosques vecinos; pero como yo no tenia bastante gente para perseguirlos, resolví volver al Fuerte.

A mi arribo supe que los seis Macasares que habian pasado al otro lado de la fallsabraga, se habian apoderado de un Convento de Talapoines, cuyos Monges todos habian muerto, con un Mandarin de distincion, en cuyo cuerpo habia dejado uno de ellos su puñal, que se me presentò. Acudí allá con ocho de mis soldados, que no sabiendo todavia manejar el fusil, solo iban armados de lanzas. Al llegar encontré que no pudiendo ya defenderse los Siameses, habian tenido que pegar fuego al Convento. Dijoseme que los Macasares habian entrado à algunos pasos de alli en un campo lleno de hierbas altas, y espesas, en donde estaban escondidos. Condugé à él mi Tropa, de la que formé dos filas bien apretadas, amenazando de matar al primero que hiciese ademan de huir. Mis Lanceros iban al principio poco á poco, y como à tientas, pero mi presencia los fue animando.

El primer Macasar que encontramos, se puso en pie como un furioso, y alzando su puñal, iba à arrojarse sobre mis gentes; pero le detube quemandole el celebro. Otros quatro fueron muertos succesivamente por mis Siameses, que no se atemorizaron en esta ocasion, acometiendo à lanzadas à estos desgraciados, cuyo valor les hacía preferir la muerte á la fuga. Pensando yo en retirarme, se me dijo que todavia quedaba otro Macasar, que era un joven, el mismo que habia dejado el puñal

Forbin 1686.

ñal en el cuerpo del Mandarin muerto en el Convento de los Talapoines. Empezòſe de nuevo à buſcarlo entre las hierbas, y mandé à los ſoldados no lo mataſen, pues podian cogerlo vivo ſin reſiſtencia; pero eſtaban tan irritados, que habiendolo hallado, le dieron infinidad de lanzadas.

De vuelta al Fuerte, junté à todos los Mandarines, para quedar de acuerdo con ellos, ſobre el medio que ſe habia de tomar por lo tocante á los otros Macaſares. Reſolvióſe que ſe juntarian las mas Tropas que ſe pudieſen, y que los perſeguiriamos luego que ſupieſemos el lugar de ſu retiro. Hallé que el numero de nueſtros muertos en eſta deſgraciada jornada, aſcendia á treſcientos ſeſenta y ſeis hombres. Los enemigos no habian perdido mas que diez y ſiete, à ſaber, ſeis en el Fuerte pequeño, ſeis en las inmediaciones del Convento de los Talapoines, y cinco en el Campo de batalla.

Al entrar en la torre para deſcanſar, como lo neceſitaba, deſpues de tantos trabajos, me cauſó admiracion un expectaculo, tanto mas triſte, quanto no lo eſperaba. Además de los cadaveres de los Macaſares, y Siameſes, que no ſe habia tenido tiempo de apartar de alli, hallè tendido en la orilla de mi cama un Oficial joven, nombrado Beauregard, hijo de un Comiſario del Rey en Breſt, que ſe habia quedado en Siam, y al qual habia hecho yo Mayor de todas las Tropas Siameſas. Viendole en eſte eſtado, creí, que eſtaba muerto, lo qual me cauſó mucho ſentimiento. Tal vez ſe tendrá por fabula lo que voy à referir, y en efecto, el caſo parece increible. Sin embargo, proteſto que ſolo contaré la pura verdad. Habiendome acercado mas, noté que reſpiraba todavia; pero no hablaba. Tenia la boca llena de eſpuma, el vientre abierto, y todas las tripas mezcladas de ſangre quajada le colgaban ſobre los muslos, y eſtaban ya ſecas como pergamino. Sin Cirujano, ni medicamentos, no podia darle ſocorro alguno; pero ſin embargo arrieſgué la empreſa, ſin contar con ſu buen exito. Tomè dos agujas con ſeda, y habiendole pueſto en ſu lugar las tripas, cosí la llaga como habia viſto hacer en ſemejantes ocaſiones. Deſpues hice dos ligaduras que puſe juntas, y habiendo batido claras de huevo en arrak, eſpecie de aguardiente baſtante conocido, uſé de eſte unguento para curar al enfermo, lo que continué por diez dias. Mi operacion ſurtió como lo deſeaba, y Beauregard ſe curó ſin haber tenido calentura, ni otros accidentes pernicioſos. Luego que empezò à hablar, quiſe ſaber de él como habia ſido herido, ſiendo aſi que ſe hallaba fuera del Fuerte, mientras que noſotros peleabamos con los primeros Macaſares dentro de la torre.

Dijome que habiendo viſto caer deſde el baſtion dos hombres,

bres, y teniendo al uno por el Capitan, habia acudido con el fin de impedir à los Siameses que lo matasen; que el Macasar habiendolo notado, y haciendo el muerto, lo habia dejado acercar, y le habia dado una puñalada que le habia hecho esta herida; que en este estado, no sabiendo que hacerse, y llevando las tripas en la mano, habia entrado en la torre, en donde no hallando á nadie para socorrerlo, habia caido de flaqueza sobre mi cama, poco mas ó menos en el mismo estado en que le hallè.

Al dia siguiente de mi arribo al Fuerte, recibí aviso de que uno de los Macasares que habia peleado en la torre, no habia muerto. Algunos soldados Siameses lo habian cogido, y lo tenian atado. Yo fui á verlo para darle tormento, y para saber de él, si era posible, algunas noticias. Este demonio, porque la fuerza, y paciencia humana no pueden estenderse á tanto, habia pasado con bastante paciencia toda la noche en el cieno, herido de diez y siete lanzadas. Le hice algunas preguntas; pero me respondiò que no podia satisfacerme hasta que le hiciese desatar. No habiendo rezelo de que se escapase, mandè al Sargento Francès lo desatase. Este puso su alabarda junto à un arbol, bastante cerca del herido, y juzgando que no estaba en estado de emprender cosa alguna, dexó esta arma despues de haberlo desatado, en el mismo parage en donde la habia puesto primero. Apenas el Macasar se hallò en libertad, quando empezò á estirar las piernas, y á mover los brazos, como para desentumecerlos. Notando yo que mientras respondia á las preguntas que le hacía, se volvia, y procurando ganar terreno, se acercaba insensiblemente á la alabarda para cogerla, conocí su intencion, y mandé al Sargento se mantubiese junto à su alabarda, para ver hasta donde se estendia la audacia de este hombre furioso. Luego que estubo à tiro, no dexó de echarse encima para cogerla con efecto; pero teniendo mas animo, que fuerza, se dexò caer casi muerto, y viendo entonces que no habia nada que esperar de él, lo mandé matar al instante.

Estaba tan admirado de todo lo que habia visto hacer á estos hombres, que me parecian diferentes de todos los demás, que deseè saber de dònde les venia á estos Pueblos tanto valor, ò por mejor decir tanta ferocidad. Algunos Portugueses que habitaban en las Indias desde su infancia, me dijeron que estos Pueblos eran habitantes de la Isla de Celebes, ò Macasar; que eran Mahometanos Cismaticos, y muy supersticiosos; que sus Sacerdotes les daban cartas escritas en caracteres Magicos, que les ataban ellos mismos à los brazos, asegurandoles, que mientras las llevasen consigo, serian invulnerables; que un punto particular de su Creencia, que consiste en persuadirse, que to-

Forbin 1686.

todos los que puedan matar en la tierra, à excepcion de los Mahometanos, serán otros tantos Esclavos, que les servirán en el otro Mundo, no contribuía poco à hacerlos crueles, y intrepidos. Finalmente añadieron, que se les imprimia tan fuertemente desde la infancia lo que se llama punto de honra, que se reduce entre ellos á no rendirse jamás, que todavia no habia exemplar de que ninguno hubiese contravenido á ello. Preocúpados con estas idéas, nunca piden, ni dàn quartél; y diez Macasares con el puñal en la mano, acometerian á mil hombres; lo que no debe causar admiracion, pues unas gentes instruidas en tales principios, no deben temer nada, y son muy perjudiciales.

Estos Isleños son de estatura mediana, morenos, agiles, y vigorosos. Su vestido consiste en unos calzones muy angostos, una camisa de algodon, blanca, ó parda, un gorro de tela, guarnecido con una vanda de lienzo, de unos tres dedos de ancho. Vàn con las piernas desnudas, llevan babuchas, ò chinelas, y se ciñen con una vanda, en la qual guardan su puñal. Tales eran aquellos con quienes yo peleé, y que me mataron miserablemente tanta gente.

Dì cuenta á Mr. Constance de esta desgraciada aventura. Aunque su modo de proceder me hubiese manifestado bastante su mala voluntad para conmigo, creí que no era conveniente mostrarle ningun resentimiento, por cuya razon le escribì dandole solamente noticia muy circunstanciada de todo quanto me habia sucedido. Al mismo tiempo le advertí se precaviese de los demás Macasares, que estaban atrincherados en su Campo, y se aprovechase de mi exemplo. Recibida mi relacion, diò à entender al Rey todo lo que quiso. Como yo me habia manejado sin duda muy bien respecto lo que queria, me respondió por una carta llena de injurias, acusandome de imprudencia, de haber sido la causa de toda esta mortandad; y concluía mandandome, no que cogiese á los Macasares como la primera vez, sino que matase á todos los que pudiese.

Sobre este punto no habia esperado sus instrucciones. Habiendo juntado tambien otra vez à todos los Mandarines á otro dia de nuestra derrota, les habia distribuido Tropas, con orden de mantenerse en las avenidas, para impedir que los Enemigos, que habian entrado en los bosques, volviesen á estender de nuevo el terror en la margen del rio, que es el parage mas habitado del País, y en donde pueden causar mayor estrago.

Quince dias despues supe que se habian dexado vèr á dos leguas de Bancok, à donde acudí con ochenta Soldados, que embarquè en mi Balon, porque el Paìs estaba todavia inundado.

do. Llegué muy á tiempo para animar à los Pueblos, pues hallé mas de mil y quinientas perſonas, que huían delante de veinte y quatro, ó veinte y cinco Macaſares, que eſtaban todavia juntos en Tropa. A mi arribo abandonaron eſtos furioſos algunos Balones de que ſe habian apoderado, y ſe arrojaron à nado. Yo hice tirar ſobre ellos; pero eſtubieron muy pronto fuera de tiro de fusíl, y ſe retiraron á los boſques. Junté toda eſta gente eſpantada, y la reprendì ſu floxedad, y quan vergonzoſo era huir delante de tan corto número de enemigos. Animados con mis razones, ſe juntaron otra vez los Siameſes, y los perſiguieron haſta la entrada del boſque, en donde viendo que era impoſible forzarlos, tomé la reſolucion de volverme à Bancok. FORBIN. 1686.

Al llegar, encontrè dos de eſtos deſgraciados, que habiendo ſido heridos, no habian podido ſeguir á los otros. Un Miſionero nombrado Manuel, mirandolos como objeto digno de ſu zelo, les hablò con tanta eficacia, que ſe convirtieron, y murieron poco tiempo deſpues, habiendo recibido el Bautiſmo. Paſados algunos dias, ſe me traxo otro, á quien el Miſionero exhortó en vano, pues habiendo preguntado eſte miſerable, ſi haciendoſe Chriſtiano ſe le ſalvaria la vida, ſe le reſpondió, que no; en virtud de lo qual dixo con una impiedad ſin igual, que pues habia de morir, tanto le importaba ſer de Dios, como del Diablo. Por eſte motivo ſe le cortò la cabeza, la qual mandè que ſe expuſieſe á viſta de todos, para cauſar terror á los otros.

Paſados ocho dias, algunos Payſanos muy eſpantados, vinieron á aviſarme que los enemigos ſe habian dexado ver en la ribera, y que habian ſaqueado un jardin, de donde habian tomado algunas hierbas, y alguna porcion baſtante conſiderable de frutas. Fui allá con unos cien ſoldados armados de lanzas, y fuſiles, y hallé mas de dos mil Siameſes que habian ido al miſmo parage, en donde los Macaſares habian dormido. Canſado de verme llevar à una parte y otra tanto tiempo, por tan corto numero de enemigos, reſolví ver el fin. Dividí los dos mil hombres que tenia, en dos cuerpos, que apoſté à la derecha, y à la izquierda, y fuí con mis cien ſoldados en ſeguimiento de eſtos ſalvages. Seguí dentro del agua el rumbo, que ſe habian abierto por medio de las hierbas; y como eſtaban caſi muertos de hambre, no comiendo hacía un mes, otra coſa que hierbas ſilveſtres, comprendì que era tiempo de no dexarlos ya de la mano, particularmente teniendo conmigo hombres de refreſco, de quienes podia ſacar mucha utilidad. Con eſta idea les hice doblar el paſo, y deſpues de haber andado como media legua, deſcubrimos à los enemigos,

Forbin 1686. y nos pusimos en estado de alcanzarlos. Yo los acosé de muy cerca, y para no dar conmigo, entraron en un bosque que estaba á la izquierda, desde donde acometieron à una Tropa de los mios, quienes luego que los vieron, hicieron una descarga de mosqueterìa, y se pusieron en salvo corriendo. Esta fuga no me hizo mudar de parecer, antes por lo contrario, alcancé á los enemigos, y puse á mis soldados en orden de batalla. Como subia el agua hasta la pantorrilla, no pudiendo los Macasares venir à nosotros con su acostumbrada ligereza, pasaron à una eminencia pequeña, cercada de un foso, en donde llegaba el agua hasta el cuello. Acometilos, y acercandome à ellos à distancia de diez, ò doce pasos, les hice decir por un Interprete, que se rindiesen, asegurandoles, que si se fiaban en mí, me obligaba á alcanzarles perdon del Rey de Siam. Esta proposicion los ofendió tanto, que nos arrojaron una de sus lanzas para manifestarnos su indignacion, y echandose poco despues al agua, con el puñal entre los dientes, empezaron á nadar para venir à atacarnos.

Alentados los Siameses, tanto con mis razones, como con mi exemplo, hicieron tan á tiempo su descarga sobre estos desesperados, que no se escapó uno. No eran mas que diez y siete, pues todos los otros habian muerto en los bosques, ò de miseria, ó de las heridas que habian recibido. Hice desnudar algunos, que hallé todos secos como momias, con solo el pellejo, y los huesos. Todos llevaban en el brazo izquierdo los caracteres de que se ha hablado. Tal fue el fin de esta desgraciada aventura, que por un mes me causó cansancio increible, que por poco no me costò la vida, que hizo perecer tanta de mi gente, y que nunca hubiera sucedido, si no hubiera sido por la envidia, y zelos de un Ministro tan cruel, como sospechoso. El Autor, para demostrar todavia mejor la injusticia de la reprension que Mr. Constance le habia dado, tachandole de imprudencia, refiere en pocas palabras lo que pasó en Siam con motivo de los Macasares atrincherados en su Campo, despues de descubierta la conspiracion; pero es mas natural volver aqui à la relacion de La Mare, que habia presenciado estas ultimas operaciones. Somos testigos, dice, de que el Rey de Siam no omite medio alguno para reducir al desgraciado Principe de Macasar á su obligacion, y para no verse en precision de derramar la sangre Real; pero parece que este Principe se habia conjurado contra sí mismo. Despues de las repetidas instancias que se le hicieron, y que despreció con diferentes pretextos, resolviò finalmente el Rey vencer su obstinacion, y reducirle à la obediencia por fuerza de armas. Cinco mil hombres de su Guardia, se destacaron baxo las ordenes de Mr. Constance, primer Mi-

nis-

nistro, à quien miraba el Rey como el mas digno de todos sus vasallos, y al mismo tiempo, el mas capàz de executar su voluntad. Forbin 1686.

Estando todo dispuesto para esta expedicion, que debia hacerse el veinte y quatro de Septiembre por la mañana, Mr. Constance entró la vispera en un Balon, en donde hizo le acompañase el Señor Youdal, Capitan de un Navio Inglés que estaba en la barra de Siam, muchos Ingleses empleados en servicio del Rey, un Misionero, y otro Particular. Al pasar hizo la revista de todas las Tropas, que lo esperaban en diferentes embarcaciones junto à una lengua de tierra, que mira al Campo de los Macasares; y habiendoles señalado sus puestos, enviò todos los Ingleses, á excepcion del Capitan, à bordo de dos Navios del Rey armados en guerra, que estaban media legua mas abaxo del Campo de los Macasares, y se quedó hasta la una de la noche, para visitar todos los puestos; despues de lo qual, dice el Autor, fuimos tambien á bordo de estos Navios á las quatro de la mañana, media hora antes del ataque, que habia de empezar à una señal que se hiciese del otro lado del rio. Constance visitò otra vez los puestos al subir, y dió sus ordenes por todas partes. La del ataque era que Okluang Mahamontri, Capitan General de las Guardias del Rey, con sus mil y quinientos hombres, debia encerrar à los enemigos detras de su Campo, formandose en una guarnicion fuerte de toda su gente, desde la margen del rio grande, hasta un arroyuelo en donde concluía su Campo. En lo alto una laguna que habia detras de èl no dejaba entre el rio grande, y el arroyuelo mas que un espacio de unas dos toesas, de suerte que los Macasares no podian combatirlos sino por esta especie de calzada; pero se habia dado orden de hacer en ella una barricada de postes para estorvar la entrada. Okpra Chula, Mandarin Siamès, debia apostarse al otro lado del arroyuelo, y guarnecerlo con mil hombres. En los dos rios habia veinte y dos Galeras pequeñas, y seis Balones llenos de gente, para escaramucear á los enemigos, y mil en la lengua de tierra enfrente de su Campo.

Dada la señal à la hora prefijada, sale de repente Okluang Mahamontri con catorce de sus esclavos, sin hacerse seguir de sus Tropas, para ocupar su puesto, y và en derechura à la calzada, por la qual se estiende hasta las casas de los Macasares. Alli, deteniendose, llama en voz baja á Okpra Chula, à lo qual le responde un Macasar, á quien la obscuridad le impedia ver, que quereis? Creyendo el Mandarin que este fuese efectivamente Okpra Chula, se acerca sin desconfianza, y al mismo tiempo salen los Macasares de su emboscada, y lo matan con siete esclavos suyos. Despues de esta expedicion, una parte de los Ma-

FORBIN. 1686. caſares paſó al otro lado del arroyuelo, antes que Okpra ſe hubieſe hecho dueño de eſte pueſto.

A las cinco y media un Inglés nombrado Cotſe, Capitan de Navio del Rey de Siam, atacó á los enemigos por el lado del rio grande à la extremidad de ſu Campo, y mandò hacer ſobre ellos tan gran fuego de ſu moſquetería, que los obligò à retirarſe hàcia lo alto de ſu Campo. Habiendolo notado eſte Capitan, baxò á tierra ſeguido de diez, ò doce Ingleſes, y de un Oficial Francés; pero apenas eſtaban en ella, quando volviendoſe atrás, dieron ſobre ellos, y los obligaron à arrojarſe al rio. Cotſe recibiò en él una herida en la cabeza, de que murió, y el Oficial Francès ſe ſalvò à nado.

Deſpues de eſta aventura, abandonaron ſu Campo todos los Macaſares, que eſtaba ya medio quemado, y quiſieron llegar á lo alto del rio pequeño, con el fin de eſtenderſe haſta el Campo de los Portugueſes, para exercer ſu furor ſobre los Chriſtianos. Entre tanto el Señor Veret, Gefe de la Factoría de la Compañia Oriental de Francia en Siam, llegó con una Chalupa, y un Balon, en donde iban todos los Franceſes que ſe hallaban en eſta Ciudad, en numero de veinte. Mr. Conſtance, que montaba un Balon mas ligero que los otros, ſe acercó en diligencia al lado de los Macaſares, ſeguido del Balon de Mr. Veret, y de otros quince Balones Siameſes, para impedirles qualeſquiera empreſa, y paſar el rio media legua mas arriba del Campo. Habiendolos deſcubierto, mandó à los Siameſes deſembarcaſen para acometerlos, y haciendo él lo miſmo, marchó en derechura hácia ellos ſeguido de ocho Franceſes, de dos Ingleſes, de dos Mandarines Siameſes, y de un ſoldado Japon. La chalupa no habia llegado todavia, y no podia eſperarla, porque importaba mucho ſalir al encuentro á los Macaſares.

Primero ſe paſó una cerca grande de bambus, para entrar en el llano, en donde eſtaban los enemigos. La primera eſcaramuza coſtó la vida à un Siamés, y á dos Macaſares. Los otros ſe retiraron detrás de los bambus, y dividiendoſe deſpues à la derecha, y la izquierda, volvieron con mucha furia, con el animo de encerrar á los enemigos Siameſes. Eſte movimiento, dice el Autor, nos obligò á hacer una retirada muy precipitada, y arrojarnos al agua para volver á tomar nueſtros Balones. De doce perſonas que acompañaban á Mr. Conſtance, fueron muertos quatro Franceſes, y Youdal Capitan de Navio Inglés. La furia de los Macaſares animados con ſu opio era tan grande, que uno de ellos mató à ſu propia muger, que le eſtorvaba para retirarſe.

Eſta deſgracia no causó admiracion á Mr. Conſtance, quien deſ-

desembarcò de nuevo, seguido de mayor numero de Franceses, tanto del Balon, como de la Chalupa, y de muchos Ingleses que habian acudido. En este segundo desembarco perecieron muchos Macasares, y sin embargo de su obstinada defensa, no perdimos ni un hombre.

Viendo el Ministro que el unico medio de vencer á estos desesperados, era con fuerzas superiores, destacó contra ellos quatrocientos hombres, baxo las ordenes de un Mandarin Siamés, para ir à apostarse mas arriba de este lugar, y oponerse á su paso. Al mismo tiempo desembarcò en la margen del arroyuelo, à la frente de tres mil hombres, con todos los Franceses, y Ingleses, entrò en el llano, en donde llegaba el agua hasta la cintura, y marchò en derechura hàcia los enemigos. Desde lejos vimos que estaban peleando con los quatrocientos hombres que se habian destacado hácia lo alto, los quales detubieron valerosamente esta furia, y obligaron á los Macasares à retirarse al abrigo de las casas, y bambus que guarnecen el rio pequeño. Al instante Mr. Constance hizo un destacamento de ochocientos Mosqueteros para escaramucearlos por medio de las casas, y bambus, estendiendose siempre hácia lo alto del rio. Estos Mosqueteros hicieron prodigios, y nunca flaquearon no obstante la resistencia de los Macasares.

Algun rato despues hizo acercar el Ministro en media luna los dos mil y doscientos hombres que habian quedado con èl en el llano, y juntarse con los quatrocientos primeros. Llevaban delante de si, zarzos pequeños de bambus, guarnecidos de clavos de tres puntas, que salian medio pie. Estas máquinas se pusieron dentro del agua, y se aseguraron con estacas al paso que se llegaba á los enemigos, quienes, viniendo á acometer todos juntos segun su costumbre, sin ver dónde ponian los pies, se hallaron cogidos la mayor parte, de tal modo, que no pudiendo ir adelante, ni atrás, se mató à fusilazos un número muy considerable de ellos.

Habiendose atrincherado los que escaparon, en las casas de bambus, ò de madera, à las quales se pegó fuego, salieron medio quemados, arrojandose en medio de las Tropas con la lanza, ò puñal en la mano, y peleando siempre hasta caer muertos. Aun el Principe que se habia escondido detras de una casa, y que habia recibido una herida en el hombro izquierdo, viendose descubierto, corrió con la lanza en la mano en derechura à Mr. Constance, quien le presentó la suya, y entre tanto uno de los Franceses de la comitiva del Ministro, le disparó un carabinazo que lo derribò muerto á sus pies. Finalmente, todos los Macasares fueron muertos, ò presos. Veinte y dos que se habian retirado à una Mezquita se rindieron sin pelear.

Otros

FORBIN 1686. Otros treinta y tres se cogieron vivos, que habian recibido muchas heridas. De La Mare no nos dice qué se hizo de los prisioneros; pero el Caballero de Forbin, expresa que solo se salvò la vida á dos jovenes hijos del Principe, que fueron conducidos à Louvo, y que llevò á Francia el Padre Tachard, en donde sirvieron en la Marina. No se hallaron mas que quarenta y dos muertos, porque los otros habian perecido dentro del rio. En toda esta expedicion solo murieron siete Européos, y diez Siameses. El combate durò desde las quatro y media de la mañana, hasta las quatro de la tarde. Los Mandarines hicieron muy bien su oficio, presentandose por todas partes con el sable en la mano en los parages mas peligrosos, y haciendo executar las ordenes del Ministro con una prontitud admirable. Estando todo concluido, diò orden Mr. Constance, que se cortase la cabeza á los Macasares que se hallaron muertos, y que se expusiese á la vista de todos en el Campo. Despues partiò para ir á dar cuenta al Rey del exito de esta gran jornada. S. M. le manifestó estàr enteramente satisfecho de su conducta; pero le reprendiò al mismo tiempo con agrado, por haberse expuesto tanto, y le ordenò diese gracias de su parte à los Franceses, y Ingleses, que le habian acompañado en el riesgo, y en la victoria.

Algunos Macasares, que padecieron los mas crueles tormentos, y que fueron abandonados á un tigre para que los devorase, se mantubieron con tal valor, que no dieron el menor suspiro.

Mientras que esto pasaba en Siam, el Caballero de Forbin, que yà no tenia mas enemigos que destruir, se ocupaba en Bancok en instruir sus nuevos Soldados, y en hacer adelantar las fortificaciones; pero nada podia templar su disgusto, que se habia aumentado despues de su partida de Louvo. Los favores del Rey le habian hecho bastante soportable la mansion en esta Ciudad; pero en Bancok no tenia la menor diversion. En este estado solicitaba con ansia su vuelta á la Corte; pero Mr. Constance añadia siempre nuevos pretextos para destruir su súplica.

Al mismo tiempo recibió el Autor en Bancok quatro de los Misioneros con quienes habia hecho el viage, y que partian para la China. Estos Padres, que conocian tan bien como él el genio de Mr. Constance, instruidos de todos los trabajos de Forbin, le aconsejaron se restituyese quanto antes à Francia, en cuya idea, que tenia hacía mucho tiempo, le confirmaron con mayor eficacia sus exortaciones. Representabase, dice, continuamente, por una parte la miseria de un Pais, que le parecía invencible, y por otra la perfidia de un Ministro, que en recompensa de sus buenos servicios habia conspirado contra su vida de tan distintos modos. Una nueva orden que recibió de la Corte en este interme-

medio, acabò de determinarlo, y le hizo ver que el odio del Ministro duraba todavia. Poco antes habia llegado á la barra una embarcacion Inglesa, armada de quarenta piezas de artillería, y de noventa hombres de tripulacion. Mr. Constance acusaba al Capitan, de haber hurtado en otro tiempo al Rey de Siam una porcion considerable de mercaderías, con cuyo pretexto envió orden al Autor de pasar con dos hombres solamente á bordo de la embarcacion Inglesa, y de coger al Capitan como culpado de crimen de lesa Magestad. Estos son los propios terminos de la orden, que estaba escrita en Francés, de mano del Padre Le Conte.

No me fue dificil, continúa el Autor, comprender que esta comision, muy semejante à la de los Macasares, era nuevo lazo; pero resolví, sin embargo, executar la orden á la letra. Mr. Manuel, Misionero, muy amigo mio, à quien se la comuniqué, se admirò en extremo, porque la execucion le parecia absolutamente imposible. Por tanto, le dige, intento emprenderla, y quiero acabar de desengañar à Mr. Constance, haciendole ver que unos proyectos que juzga impracticables, y que solo me encarga porque cree que perecerè en su execucion, son todavia inferiores á mí. Mr. Manuel, aun mas admirado de mi resolucion, que de la orden, hizo todo lo que pudo para disuadirme; pero le declarè que ya estaba resuelto, y que no desistiría, aunque me costase la vida. Habiendome apartado de èl entrè en mi Balon con ochenta remeros.

Para vengarme de Mr. Constance, embarquè maliciosamente conmigo al tio de su muger, que era Mestizo, hombre bastante honrado, pero en ninguna manera guerrero. Yo me alegraba, haciendole ocupar el lugar de uno de los dos hombres que habian de acompañarme, de exponerlo à la mitad del riesgo, y de ponerlo en estado de conocer por sí mismo á quánto se estendia la malicia de Mr. Constance. En el camino desde Bancok, hasta el lugar de la rada, en donde estaba el Navio, no cesó de preguntarme este buen Japon, à dònde intentaba conducirle; pero no era todavia tiempo de satisfacer su curiosidad. Quando estubimos en la barra, tomé un barco á proposito para el mar, en el qual habiendo embarcado ocho de mis remeros, con el tio de la Señora Constance, y el Gobernador de la barra, bogamos hácia el Navio Inglés. No estabamos mas que à dos leguas, quando me preguntó otra vez mi Mestizo à dònde lo llevaba. Por respuesta le presentè la orden del Rey, que le expliqué en Portuguès, la qual le causó tal espanto, que no siendo ya dueño de sí, exclamò llorando: Què os he hecho señor para conducirme de este modo al matadero? y qué caso, os pregunto, harà este Capitan Inglés de las ordenes del Rey, à quien no teme, y que sin duda no será el que haga mas fuerza en todo este nego-

cio,

Forbin 1686. cio? Yo le respondì, que quando se trataba de servicio del Rey, era preciso obedecer sin examinar el peligro, estando nuestros bienes, y vidas à disposicion de nuestros Soberanos.

Lejos de persuadirle todas estas razones, aumentaban mas y mas su temor, que se redoblaba al paso que se iba llegando al Navio. Para animarlo, le dige, que habia hallado un medio con el qual hacía cuenta de coger á este Capitan, sin exponernos demasiado ni uno, ni otro, obligandole con qualesquiera pretexto á pasar à nuestro bordo. Al mismo tiempo le entregué la orden del Rey para que la guardase hasta que la necesitasemos; y le exortè en especial à que se armase de valor, sin lo qual tendria infaliblemenet mal exito todo nuestro proyecto. Este hombre, mas prudente que de razon, quiso saber tambien, què es lo que yo harìa en caso de que mi empresa saliese mal. Entonces, le respondí, me manejaré como los Macasares; empuñaré la espada, diré al Capitan que tengo orden de prenderlo, y que si hace la menor resistencia lo mataré. A estas palabras sacaréis la orden del Rey, y diréis á las gentes de la Tripulacion, que si se resisten los hará ahorcar á todos S. M. Siamesa. Ah Señor, me respondió, nosotros vamos à morir. Esta es nuestra suerte le dixe, y morir oy, ó mañana, importa poco, con tal que sea gloriosamente.

Sin embargo, abordamos al Navio, al qual subì acompañado del Japon, que estaba mas muerto que vivo. El Capitan Inglés que lo notò, me preguntò qué era lo que tenia, y respondiendole yo, que era que temia algo al mar, se nos hizo entrar en la camara de popa, à donde se trajo vino, y se me saludò con un grande numero de cañonazos. Despues de muchas escusas que me dió el Capitan sobre el estado en que le hallaba, esto es, en bata, y gorro, deseando saber luego què negocios me llevaban à su bordo, le di á entender que se trataba de un proyecto formado por los Holandeses, de venir à quemar todos los Navios que habia en la rada; y que para detener su flota, que estaba ya en el mar, tenia orden de juntar todos los Capitanes de Navio, y de quedar de acuerdo juntos sobre las medidas que se habian de tomar en una ocasion tan critica. El Inglés, con tan buena fe como yo representaba, me respondiò que iba à hacer echar la Chalupa al mar, para llamar à su bordo todos los Oficiales de las inmediaciones. Yo fingí aprobar su idea; pero mudando de dictamen un instante despues, le representé que siendo su Navio el mas apartado, valdria mas que entrase él en la Chalupa; que iriamos él por un lado, y yo por otro, á recoger todos los Capitanes que hubiese en la rada; que los llevaríamos al Navio mas inmediato à la barra, y que concluido el Consejo, cada uno se volvería á su Navio sin tener tanto que andar.

El Capitan, que se hallaba sin la menor desconfianza, con-

descendió sin dificultad á mi proposicion. Como yo temia siempre que mudase de parecer, le insté se aprovechase de la marea que empezaba à pasar, y saltando á mi barco, me senté en él como para apartarme tambien por mi lado; pero un rato despues, fingiendo habérseme olvidado alguna cosa de importancia, grité al Capitan, que con la mira de cumplimentarme estaba en el borde de su embarcacion, para verme partir, que si queria tomarse el trabajo de bajar, tenia una cosa de importancia que decirle. Con efecto bajò, y habiendose puesto junto à mì, entrè mar adentro, lo qual notado al instante por él, me preguntó á dònde intentaba llevarlo de aquel modo desnudo; y sin esperar mi respuesta, empezò á llamar à su tripulacion. Entonces mandé á mis gentes adelantasen á fuerza de remos, y declarando al Capitan la orden que tenia, le manifesté el disgusto que me causaba haber tenido que recurrir á tales ardides para executar mi comision.

No obstante, la Chalupa empezaba à alcanzarme, y como vi que no podia evitar ser cogido, fui á bordo de una embarcacion Portuguesa, y con una pistola en la mano, mandé á mi prisionero subiese á ella, sin titubear, si no queria que le hiciese saltar la tapa de los sesos. Luego que entró en la embarcacion, pedì socorro al Oficial, quien se puso en estado de dar-melo; pero ocho, ó diez hombres que tenia consigo eran un socorro debil contra treinta Europeos bien armados, y resueltos á pelear vigorosamente para salvar á su Capitan. Dige à èste mandase à sus gentes que se volviesen atrás, y que de nó acabaría con su vida. La resolucion con que pronuncié estas palabras, movió al Capitan á hacer retirar su gente. Luego que los ví lejos, entrè otra vez en mi barco, y tomé el rumbo de Bancok, en donde puse todos los medios para hacer mas soportable al Inglés su prision.

Di aviso á Mr. Constance de la fidelidad con que habia executado sus ordenes, de las quales juzgué deberme quexar, aunque con circunspeccion, porque yo no era el mas fuerte, y trataba con un enemigo perjudicial. Contentème con representarle, que las comisiones que me daba no eran correspondientes á mí, y que no parecia muy regular enviar á un Almirante ordenes, que comunmente se encargaban à los menores Oficiales subalternos. Al mismo tiempo remití à Louvo mi preso, en donde concluyó sus negocios mediante la cantidad de diez mil pesos que tubo por conveniente apropiarse Mr. Constance. En quanto à mí, negó este Ministro haberme despachado la orden de que se trataba; y en la respuesta que me diò, calumniandome segunda vez de temeridad, y de imprudencia, me prohibiò de parte del Rey apartarme de Bancok mas de dos leguas.

Forbin 1686.

Agraviado de este proceder, solo pensé en volver à Francia; pero mientras llegaba ocasion favorable, resolvì disimular; y para divertir mi enfado en esta especie de destierro, me entretenia á temporadas en la pesca de los cocodrilos, que se hallan en grande número en las inmediaciones de Bancok. Un dia, al volver de està pesca, me admiré en extremo de hallar en mi casa los quatro Misioneros que poco antes habian partido para la China. Estos PP., que se hallaban en un estado compasivo, habian naufragado en las Costas de Camboya, y de Siam, y padecido mas de lo que se puede explicar, por la necesidad que habian tenido de atravesar á pie Países casi inaccesibles. Hiceles el mejor acogimiento que pude; y como no podia olvidar los malos procederes de Mr. Constance, les mostrè la orden que habia tenido por lo tocante al Capitan Inglés, y la respuesta del Ministro à la relacion que le habia hecho de esta expedicion. Por discretos que fuesen estos PP., no pudieron contener su indignacion; y hablandome con mas claridad que la primera vez, me aconsejaron me retirase quanto antes, por miedo de que al fin el Ministro no tomase de tal suerte sus medidas, que no pudiese yo evitar yà mi ruina.

Por ultimo, no queriendo dilatar mi partida, resolvì aprovecharme de la vuelta de un Navio de la Compañia de Oriente, que pocos dias antes habia llegado de Pondichery; pero despues de los empleos que habia yo tenido en Siam, y los favores con que siempre me habia honrado el Rey, no me correspondia partir como desertor. Escribí à Mr. Constance suplicandole mediase con el Rey, á fin de que me concediese retirada, con pretexto de que mi salud, que cada dia se iba deteriorando, no me permitia estar mas tiempo en el Reyno, y yo me ofrecía à ir en persona à la Corte à pedir la licencia de retirarme, si lo juzgaba por necesario. Como yá no habia las mismas razones de temer mi vuelta á Francia, que en otro tiempo, y no queria verme otra vez en la Corte, me respondió sin perder tiempo, que siendo la intencion del Rey no violentarme, podía retirarme á donde quisiese. Antes de dexar á Bancok, escribí á un Mandarin joven, amigo mio, nombrado Prepi, el mismo à quien yo habia libertado del castigo, el qual en agradecimiento de este servicio, me habia sido siempre afecto despues. Suplicabale, despidiendome de él para volverme à Francia, me conservase parte de su amistad, y continuase protegiendo á los Franceses. Sintiendo Prepi mi partida, habló de ella al Rey, quien se admiró de esta novedad, cuyas razones preguntó à su Ministro, mandandole me hiciese venir á la Corte, para saberlas de mí. Todo esto lo supe por la respuesta de Prepi. Con esta orden se halló Constance muy embarazado, pues

á

á su pesar me habia de hacer venir á la Corte. Para salir de este empeño, me envió un Oficial Portugués, quien con pretexto de honrarme, estaba encargado de conducirme à Siam de parte del Rey. Muy claro estaba el lazo para dexarme coger en él. No ignoraba que el Rey para comunicar sus ordenes, nunca se vale sino de los soldados de su Guardia. El Señor Obispo de Metellopolis, Mr. Manuel, y el Factor de la Compañia, que estaban presentes quando me habló el Portuguès, no tubieron dificultad de manifestarme sus rezelos. El Señor Obispo, en particular, llamandome à parte, me dijo: ‘ Guardese vm. de , ponerse en manos de estos Portugueses, pues yo conozco à , Mr. Constance, y no dudo que estas gentes tienen orden de , asesinarle à vm. en el camino, despues de lo qual el Ministro , los harà ahorcar para que no puedan acusarlo. Luego dirá al , Rey, que los ha hecho castigar para vengar el homicidio del , Caballero de Forbin, y este Principe, que solo ve por los ojos , de su Ministro, tendrà todo esto por cosa muy regular. Crea- , me vm., librese de las manos de un enemigo tan artificioso, , y malevolo, pues tiene vm. la felicidad de poderlo lograr.‘ FORBIN. 1686.

Dile gracias como debia de sus buenos avisos, y dirigiendome al Oficial, le dige, que de ningun modo reconocia la orden que me habia venido á intimar; que habiendome permitido S. M. retirarme, no era verosimil que hubiese mudado tan presto de resolucion, ni que quisiese detenerme mas tiempo en sus Estados contra las buenas razones, que habia tenido la honra de alegarle; que podia partir siempre que quisiese, y llevar mi respuesta á Mr. Constance. Yo hablé de esta suerte, porque habiendo de estar poco tiempo en Siam, no tenia yà que temer el odio del Ministro. Con efecto al dia siguiente alzamos velas, y me tube por tan dichoso en salir de este maldito Pais, que olvidé en el mismo instante todos mis trabajos pasados. 1687.

Los vientos contrarios que tubimos al pasar el Estrecho de Malaca, nos obligaron á estar en èl al ancla por algunos dias. Alli se hallaron ostras excelentes, que era preciso comer en el mismo peñasco, porque estaban pegadas tan fuertemente, que era imposible arrancarlas. Un dia que me habia internado bastante en las tierras para cazar, maté un mono monstruoso que venia á mí con los ojos encendidos de furor, y una especie de atrevimiento capàz de atemorizarme, si no hubiese llevado un fusil de caza. Tenia cerca de tres pies de alto, y la cola cinco de largo, el rostro grueso, y todo lleno de granos. Los habitantes del Pais, me aseguraron que habia tenido fortuna en matar à este animal, que hubiera podido ahogarme si hubiera errado el tiro. Nuestros Marineros confesaron que nunca habian visto mono tan grande en todas las Indias.

Forbin. 1687.

Del Estrecho de Malaca pasamos por las Islas de Nicobar, cuyos habitantes son salvages, que van enteramente desnudos, y que se mantienen con pescados, y con algunas frutas que hallan en los bosques. A treinta leguas al Nord de estas Islas, està la de Andaman, que vimos desde lejos, y que está poblada de Antropophagos los mas crueles de todas las Indias. Lo restante del paso del Golfo de Bengala, fue de los mas felices hasta Pondichery, en donde Mr. Martin, que era entonces Director general de este establecimiento, me hizo el mejor recibimiento que le fué posible. Por mucho tiempo esperé en Pondichery el arribo de los Navios de Europa, que tardaban este año mas de lo regular, ocupandome por lo comun en la caza. Esta diversion por poco no me fue funesta un dia. Habiendose retirado una zorra, que habian hecho levantar mis lebreles, á una cuevecilla, quise obligarla à salir de ella, llenando el agugero de paja, y pegando fuego; pero mientras estaba bajado soplando, saliò de repente un animal, que echandose sobre mì, me derribò, me pasó sobre el rostro, cubriendome de paja, de fuego, y de humo, y fue á echarse à dos pasos de alli, en un rio. Todo esto se hizo tan de priesa, que el animal estaba debajo del agua antes que me hallase en estado de levantarme, lo que junto con el temor que me cogiò, me impidiò observar su figura; pero no hay duda que sería algun cocodrilo.

Mi curiosidad me puso poco despues en otra aventura, de la qual salì con mas felicidad, que prudencia. Los habitantes de Pondichery tienen á una legua de esta Ciudad un Pagodo famoso, en donde celebran todos los años una fiesta solemne en honra de sus principales Deidades. Yo fui testigo de las ceremonias exteriores de una de estas fiestas; pero no se me quiso permitir entrar en el Templo. Bolvì à él dos dias despues, y me presenté á la puerta con otros siete Franceses, que deseaban verlo. El Gefe de los Bramines se opuso otra vez à nuestra idea, y en virtud de su repulsa, sin responderle, cogí un puñal que llevaba á la cintura, y le presenté la punta amenazandole de matarlo. Al instante huyó, y entramos en el Pagodo, en donde solo vimos muchos Idolos de diferentes tamaños, todos en postura indecente. Mientras que nos divertiamos en mirarlos, el Bramin para vengarse de la afrenta que habia recibido, estendió la alarma en las inmediaciones y volviò á nosotros á la frente de trescientos hombres; pero este Pueblo, el mas flojo del universo, no tuvo atrevimiento de acercarse, viendo que teniamos armas de fuego.

No llegando todavia los Navios de Francia, resolvì aprovecharme de la partida de una embarcacion de la Compañia,

que

que habia de hacer vela ſin perdida de tiempo para Maſulipatan, con el fin de paſar deſde eſta Ciudad á la de Golkonda, que no eſtá mas que treinta leguas, y que tenia entonces ſitiada el Gran Mogol. Yo tenia deſeo de ver como pelean eſtos Pueblos; pero no eſtuvo en mi arbitrio ſatisfacerlo. Forbin. 1687.

Como eſtabamos en la temporada mas favorable de todo el año, ſe hizo con felicidad nueſtro viage, y en pocos dias no eſtabamos mas que ocho leguas de Maſulipatan, quando vimos venir por el lado de tierra una nube grande, y eſpeſa que creimos ſer una tempeſtad, por lo qual ſe recogieron al inſtante todas las velas por miedo de algun accidente. La nube llegó finalmente à bordo con muy poco viento; pero ſeguida de un prodigioſo numero de moſcas grandes, que tenian todas el lomo morado, y que en lo demás eran baſtante parecidas à las que ſe ven en Europa. La tripulacion ſe hallò tan incomodada, que todos tubieron que eſconderſe por algunos inſtantes. El mar eſtaba todo cubierto de eſtos inſectos, y cayó tan grande porcion dentro del Navio, que fue preciſo echar mas de quinientos cubos de agua para limpiarlo. A unas quatro leguas de la Ciudad, vimos otra niebla que la cubria toda. Al paſo que nos ibamos acercando, ſe eſtendia eſta niebla, y llegamos á no ver mas que las cumbres de las montañas. Al llegar á tierra reconocimos que eſta nube no era otra coſa que una multitud innumerable de otras moſcas todas diferentes de las primeras. Eſtas tenian quatro alas, y ſe parecian à las moſcas aquatiles, que tienen la cola rayada de negro, y de amarillo. Quanto mas nos adelantabamos, mas ſe multiplicaban eſtos inſectos, y habia tan grande abundancia de ellas, que nos impedian ver la tierra, de ſuerte, que no nos podiamos acercar à ella ſin la ſonda en la mano.

Luego que ſe diò fondo, un Comiſionado de la Compañia, nombrado Delande, que tenia orden de viſitar la Factoría, entrò en la Chalupa, en donde le ſeguì con el Capitan. Para no errar la tierra, que nos ocultaban enteramente las moſcas, tubimos que embarcar una brujula, con la qual abordamos.

No preſentandoſe nadie en el Puerto, paſamos á la Aduana, que eſtaba igualmente deſierta. Sorprendidos de eſta novedad, ſeguimos por el lado en donde eſtaba la Factoría de la Compañia de Oriente, atraveſando muchas calles ſin ver todavia á nadie. Eſta ſoledad, que reynaba por toda la Ciudad, junta con un hedor inſufrible, nos hizo comprender bien pronto quàl podia ſer la cauſa. Deſpues de haber andado baſtante, llegamos à la caſa Franceſa, cuyas puertas eſtaban abiertas. En ella hallamos el cadaver del Director, que al parecer habia muerto hacía pocos dias; la caſa habia ſido ſaqueada, y todo ſe halla-

FORBIN. 1687. llaba en ella en el mayor desorden. Admirado de un espectaculo tan horrible, volvì á la calle, y dixe à Delande que acertariamos en volvernos à bordo, pues nada podiamos adelantar aqui. Respondiòme que su comision le obligaba á pasar mas allà, y que habiendo de dar cuenta de su viage, era preciso, á lo menos, procurar buscar alguno que pudiese instruirnos con mas exactitud de las causas de todo este desastre. Continuamos pues andando hasta la Factoría Inglesa, que estaba cerrada, y en la qual nadie respondiò, aunque llamamos. De alli pasamos á la de los Holandeses, en donde de ochenta personas que la componian, no quedaban mas que catorce, y esas mas bien parecian sombras que hombres. Dixeronnos que la peste habia puesto la Ciudad en el estado en que la habiamos hallado; que la mayor parte de los habitantes habian muerto, y que los demàs se habian retirado al campo; que no podian darnos noticia alguna, sobre la casa de los Franceses; que los Ingleses habian abandonado la suya despues de haber perdido la mayor parte de sus gentes, y que en quanto á ellos, teniendo tesoros inmensos en su casa, les estaba prohibido pena de la vida salir de ella, pues si no hubiera sido por esta orden, no se hubieran quedado.

Segun el estado en que se hallaba esta desgraciada Ciudad, no habia apariencia de encontrar en ella ninguna embarcacion que me conduxese à Golkonda; por lo qual fue preciso dexar de vér el Sitio. (Este, que habia empezado en 2. de Febrero, concluyó el 20 de Octubre del mismo año, con la toma de la Ciudad.) De vuelta à nuestro bordo, en donde dimos noticia de lo que habiamos visto, se resolvió que alzasemos velas inmediatamente, y que nos dirigiesemos al Puerto de Mergui, situado en la Costa occidental del Reyno de Siam. Con grande sentimiento me ví obligado á volver á un País, del que poco antes me habia alegrado haber podido salir; pero sin embargo, como este Puerto está apartado de la Corte mas de cien leguas, y además iba yo en un Navio Francés, creì que estaría seguro en èl de la malignidad de Mr. Constance.

El tercer dia despues de nuestra partida de Masulipatan, algunos de los Marineros de la Chalupa que habian desembarcado, cayeron enfermos, sin que fuese dificil averiguar la causa de su indisposicion. Hallando el Cirujano que tenian calentura, los sangrò. El dia siguiente me entrò à mì tambien; pero rehusè dexarme sangrar. Los otros Marineros que habian venido en la Chalupa, padecieron la suerte de los primeros, y se les sangrò asimismo; pero murieron todos pocos dias despues. La calentura, que me continuaba, era acompañada de tan grande transpiracion, que casi no podia hablar; y para colmo de desgracia, las provisiones empezaban à faltar, y no habia yá en el Navio cosa de

que

que se pudiese hacer caldo. Nunca me he hallado en situacion mas infelìz. No sabiendo què hacerme, me ocurriò pedir vino de Persia, del qual bebí cerca de medio vaso, y me dió un sueño profundo. Algunas horas despues, que me disperté sudando, me pareció que la vista se me habia fortalecido algo: repetì mi remedio, del qual dupliqué la dosis; volvìme á dormir, y me desperté otra vez tambien sudando, pero mucho mas aliviado que la primera. Continué este remedio por algunos dias, comiendo cada vez un pedazo de vizcocho remojado en vino. Delande, y el Capitan, que padecieron el mismo mal, aprovechandose de mi exemplo, rehusaron sangrarse, y no quisieron otro remedio que el mio. Poco á poco fuimos recobrando la salud, y finalmente llegamos á Mergui, en donde con la abundancia de los refrescos acabamos de curarnos en pocos dias. De diez y siete que nos habiamos embarcado en la Chalupa, solos los tres fuimos los que se libertaron de esta enfermedad, sin duda por no habernos querido sangrar; bien es verdad que la sangria es mortal en estas especies de calenturas pestilentes. FORBIN 1687.

Pocos dias despues de nuestro arribo á Mergui, vino alli de Louvo Mr. Ceberet, seguido de un grande acompañamiento de Mandarines. Mr. La Loubere, y él habian sido enviados de Francia para tratar del comercio, y para arreglar todas las cosas con Mr. Constance. La negociacion de que se habia encargado el Padre Tachard habia surtido bien. Este Padre, engañado por Constance, creyendo hacer un grande servicio à la Religion, y al Estado, habia puesto todos los medios de persuadir á la Corte, á entrar en las ideas del Ministro Siamés, y sobre su palabra, se habia resuelto enviar Tropas, mandadas por el Caballero Des Farges, á quien se habia entregado la Fortaleza de Bancok, en consecuencia del convenio que se firmó entre los Ministros de los dos Reyes.

El Mandarin que habia ido por Embaxador à Francia, era uno de los que acompañaban á Mr. Ceberet. Luego que me viò vino á mí, y preocupado con la magnificencia del Reyno, me dixo que yo tenia gran motivo para querer volver á mi Païs; que en él habia visto á toda mi familia, y muchos de mis amigos, con quienes habia hablado à menudo de mí; y haciendome despues un elogio pomposo de la Corte, y de lo que le habia admirado mas, añadió en mal Francés: La Francia gran bien; Siam pequeño bien.

Mr. Ceberet, que habia ido por tierra desde Louvo á Mergui, despidió à todos los Mandarines, despues de haber hecho á cada uno regalos considerables. Luego se embarcó con nosotros en el Navio de la Compañia, y nos dirigimos hàcia Pondichery. Preguntado este Ministro sobre el exito de sus negocia-

cia-

FORBIN 1687. ciaciones, nos declaró sin rebozo, que no estaba satisfecho de Mr. Constance, que habia seducido à la Corte, prometiendole cosas frivolas, y agenas de toda apariencia de realidad. Mr. Ceberet estaba tan espantado de la miseria que habia encontrado en este Reyno, que no llegaba á entender còmo se habia tenido atrevimiento de hacer de èl relaciones tan magnificas. Lo que vm. ha visto, le dige, es lo mejor que hay en él. Todo este Reyno, que se estiende muchisimo, no es mas que un dilatado desierto. Al paso que se va entrando en las tierras, no se encuentran en ellas otra cosa que selvas, y animales monteses. Todo el Pueblo habita en la orilla del rio, porque las tierras que inunda por seis meses del año, dan casi sin cultivo una crecida abundancia de arroz, que compone toda la riqueza del País. De esta suerte, subiendo desde la barra hasta Louvo, ha visto vm. tanto por lo que toca à los Pueblos, como á sus Ciudades, y à las provisiones que recogen, todo lo que puede merecer alguna atencion en este Reyno. Otra vez que Mr. Ceberet deseaba saber el modo con que el Rey se gobernaba dentro del Palacio, le respondí: Por lo que mira á este articulo, no es facil satisfacer á vm. Los de afuera por distinguidos que sean, nunca entran en la parte del Palacio que habita el Rey, y los que han llegado à entrar una vez, no salen mas. Lo que se sabe de cierto es, que todo se trata alli con el mayor sigilo. Cada uno tiene su empleo señalado, y su distrito separado, del qual nunca le es permitido apartarse. Los que sirven en un quarto, ignoran todo lo que pasa en los otros. De esta suerte todas las habitaciones tienen sus Oficiales particulares, hasta la del Rey, que pasa toda su vida encerrado, fundando parte de su grandeza, en no dexarse ver sino muy rara vez. Quando quiere hablar á sus Ministros mas favoritos, lo hace por una ventana de la altura de una toesa, desde donde los oye, y les explica en pocas palabras su voluntad.

Habiendome preguntado Mr. Ceberet por lo tocante à Constance, le dige quanto sabia de èl; y aunque bastante tiempo antes habia penetrado las ideas de este Ministro, cuya politica empezaba á entender, le hice ver algunas cosas que no habia advertido, y de cuya verdad no dudò luego que estubo en estado de cotejar mis avisos con sus propias observaciones. Hablòme de los zelos de Mr. Constance, y de los peligros á que continuamente me habia expuesto. Nuestros Franceses de Judia, y de Louvo, le habian instruido de mi aventura con los Macasares, y la del Capitan Inglés; pero quiso que yo se la contase otra vez.

1688. La grande satisfaccion que hallaba el Autor en vengarse en todas estas conversaciones, parece le ha hecho olvidar hasta su

via-

viage, aunque nota con el mismo gusto, que habiendo llegado á Madraspatan el Director general de la Factoría de la Compañia de Inglaterra, enemigo conjurado de Mr. Constance, lo convidò á un banquete explendido, en donde se tratò de este Ministro sin el menor respeto, diciendo el Director, que si en algun tiempo podia cogerlo lo haria ahorcar. De Madraspatan se pasó à Pondichery, en donde Mr. du Quene Guitton, que mandaba un Navio del Rey, esperaba á Mr. Ceberet, con quien se embarcó el Autor, y volvió à Francia à fines del mes de Junio de 1688. despues de una navegacion felíz.

Pero dejemos concluir al Caballero de Forbin una pintura, que solamente habia puesto en bosquejo, y de la qual junta aqui todos los rasgos en las conversaciones que tubo con el Rey, y con sus Ministros, sobre el Reyno de Siam. S. M. dice, me preguntó primero si el Pais era rico: Señor, le respondì, el Reyno de Siam nada produce, y nada consume. Eso es mucho decir en pocas palabras, replicò el Rey, y continuando en preguntarme, quiso saber qual era su gobierno, cómo vivia el Pueblo, y de dònde sacaba el Rey todos los regalos que habia enviado á Francia. Respondì à S. M.: 'Que el Pueblo era muy ,pobre; que entre ellos no habia nobleza, ni estado plebeyo, ,pues nacian todos esclavos del Rey, para el qual tenian que ,trabajar parte del año, à menos que no quisiese eximirlos, ,ensalzandolos al empleo de Mandarines; que este cargo, que ,los sacaba de la miseria, no los preservaba de la desgracia del ,Principe, en la qual caian con mucha facilidad, y á la que ,siempre se seguian castigos rigurosos; que aun el Barcalon, sin ,embargo de ser primer Ministro, estaba tan expuesto á ella, ,como los demàs; que para mantenerse en este peligroso em-,pleo, necesitaba andar arrastrando delante de su amo, como ,el ultimo del Pueblo; que si por casualidad incurria en su ,desgracia, el mejor tratamiento que podia esperar, era ser en-,viado al arado, despues de haber sido castigado severamente; ,que los habitantes solo comian algunas frutas, y arroz que ,tienen con abundancia; sin atreverse á tocar á nada que ,hubiese tenido vida, por miedo de comer á sus parientes; que ,en quanto à los regalos que el Rey de Siam habia enviado á ,S. M. habia Mr. Constance apurado el tesoro, y hecho gas-,tos que no le serìa muy facil reparar; que el Reyno de Siam, ,que forma casi una Peninsula, podia ser un almacen muy ,comodo para facilitar el comercio con diferentes Paises, tanto ,del Oriente, como del Occidente; què las mercaderìas de estas ,Naciones, eran transportadas cada año á Siam, como á una ,especie de feria, en donde tenian alguna ganancia los Siame-,ses despachando sus provisiones; que la principal renta del Rey

FORBIN. 1688. „era el comercio, que hacía casi entero en su Reyno, en donde no se halla mas que arroz, areca, poco estaño, algunos Elefantes que se venden, y varias pieles de animales flavos, de que està lleno el Pais; que andando los Siameses casi desnudos, à excepcion de un pedazo de lienzo de algodon con que se cubren la cintura, no tienen especie alguna de Fabricas, sino de algunas muselinas, de que solos los Mandarines pueden hacerse como una especie de armilla, que se ponen en los dias de gala; que quando un Mandarin, por su habilidad, ha llegado á juntar una cantidad pequeña de dinero, es preciso que la tenga bien escondida, pues sino se la hará quitar el Principe; que no poseyendo nadie bienes raíces, los quales todos pertenecen al Rey, la mayor parte del País està inculto; y que finalmente, el Pueblo es alli tan sóbrio, que un Particular, que puede ganar quince, ó veinte francos al año, tiene mas de lo que necesita para vivir. (La Relacion de La Loubere, de que principalmente se ha valido para la descripcion de Siam, confirma la mayor parte de estas observaciones.)

Despues de algunas explicaciones tocante à las monedas de Siam, poniendome el Rey en el artìculo de la Religion, me preguntò si habia muchos Christianos en este Reyno, y si el Rey pensaba con seriedad en bautizarse., Señor, le respondí, este Principe nunca ha pensado en ello, y nadie tendria atrevimiento de proponerselo. Es cierto que Mr. de Chaumont, en la harenga que le hizo en su primera Audiencia, hablò mucho de Religion; pero Mr. Constance, que le servia de Interprete, omitiò con destreza este articulo, lo qual notó el Vicario Apostolico, que estaba presente, y que entendia perfectamente el Siamés, aunque nunca quiso decirlo, por no incurrir en el odio de Mr. Constance: que en las Audiencias particulares que Mr. de Chaumont tubo mientras su Embajada, trataba siempre de la Religion Christiana, y que Constance, que servia de Interprete, hacía, como hombre de talento, dos papeles, uno diciendo al Rey de Siam lo que le lisongeaba, y respondiendo al Embaxador lo que le parecia, sin que por parte del Rey, ni la de Mr. Chaumont, se concluyese otra cosa, que lo que queria dár à entender Constance á uno, y otro: que esto lo sabía tambien del mismo Vicario Apostolico, que habia asistido à todas sus conversaciones particulares, y que se habia confidenciado conmigo.' El Rey, que me habia escuchado con grande atencion, admirado de este discurso, echando á reir, me dixo: Bastante desgracia tienen los Principes en haberse de valer de Interpretes, por lo comun infieles.

Luego me preguntó este Principe, si los Misioneros trabajaban con fruto, y si habian yà convertido muchos Siameses., Ni

,uno, Señor; (le respondí) pero como la mayor parte de los ,Pueblos que habitan este Reyno, no es mas que un conjunto de ,diferentes Naciones, y que entre los Siameses hay un numero ,crecido de Portugueses, de Cochinchineses, y de Japones, que ,son Christianos, los Misioneros cuidan de ellos, y les adminis-,tran los Sacramentos. Vàn de un Pueblo à otro, y se introdu-,cen en las casas con el pretexto de la Medicina que exercen, y ,de los remedios que distribuyen; pero sin embargo de todo esto, ,su industria ha sido vana, pues la suerte mas felíz que tienen, es ,bautizar los niños que los Siameses, que son muy pobres, expo-,nen impunemente en los campos. A el Bautismo de estos niños ,se reduce unicamente el fruto que producen las Misiones en este ,País. FORBIN 1688.

Habiendo manifestado el P. De la Chaise, Confesor del Rey, que deseaba tambien hablarme sobre este objeto, fuí introducido al quarto de su Reverencia. Yà se me habìa prevenido, que estubiese sobre mí, porque iba á presentarme delante del hombre mas sutíl del Reyno; pero nada tenia que temer, pues solo le habia de hablar la verdad. Este P. casi no tratò conmigo de otra cosa, que de Religion, y del laudable intento del Rey de Siam, que queria mantener à los Misioneros en sus Estados, haciendoles cons-truir un Colegio, y un Observatorio. A esto le dixe: ,, Que ne-,cesitando Mr. Constance de la proteccion de S. M., prometia ,mas de lo que podia cumplir; que el Colegio, y Observatorio ,se construiria tal vez mientras viviese el Rey de Siam; que los Mi-,sioneros serian yà permitidos, y mantenidos en él; pero que si este ,Principe llegaba à morir, se podian prevenir en Francia fondos ,para la subsistencia, y manutencion de estos PP., pues era muy ,creíble que otro Rey no quisiese contribuir à este gasto con sus ,rentas. Quando el P. De la Chaise me oyó hablar de este modo, me dixo: ,Vm. no concuerda con el P. Tachard.' Yo le respondí, que lo ,que decia, era la pura verdad; que ignoraba lo que el P. Tachard ,habia dicho, y los motivos que le habian hecho hablar; pero que ,su amistad con Mr. Constance, que habia tenido causa para sedu-,cirlo, podia muy bien haberlo cegado, y despues hacerlo sos-,pechoso; que en el poco tiempo que habia estado en Siam con ,Mr. de Chaumont, habia sabido ganar toda la confianza del Mi-,nistro, á quien tambien habia servido de Secretario Francés en ,ciertas ocasiones, y que yo mismo habia visto Despachos escri-,tos de mano de este P. y firmados: *Por mi Señor*, y mas abajo: ,*Tachard.*' A esta palabra no pudo dejar de reirse el Reverendo Padre; pero poniendose al instante otra vez serio, me hizo diferentes preguntas sobre los progresos del Christianismo, á las quales me fue muy facil satisfacer.

Al salir de la comida del Rey, Mr. de Señelay me habia he-

FORBIN 1688. cho pasar á su Gabinete, en donde me preguntó muy por menor sobre lo que podia tocar al interès del Rey, y al del Comercio. En quanto à este ultimo punto, respondí, como habia hecho à S. M.: „ Que el Reyno de Siam, por no producir cosa alguna, solo podia servir de Almacèn, para facilitar el Comercio de la China, del Japon, y de los demàs Estados de las „ Indias: que esto supuesto, el Establecimiento que se habia empezado enviando à él Tropas, llegaria á ser absolutamente inutil, pues el que la Compañia tenia yá alli, era mas que suficiente para este efecto; que en quanto à la Fortaleza de Bancok, subsistiria en poder de los Franceses durante la vida del „ Rey de Siam, y de Mr. Constance; pero que llegando á morir „ qualquiera de los dos, movidos los Siameses de su proprio interés, y instados por los enemigos de la Francia, no dexarian „ de echar nuestras Tropas de una Plaza, que las hacia dueñas de „ un Reyno. ‘

El suceso habia yá justificado estas predicciones del Autor, que poco tiempo despues de su vuelta á Francia supo las circunstancias de una extraordinaria revolucion sucedida en Siam el mismo año, de la qual nos hace relacion en pocas palabras. Mas no habiendo sido testigo ocular de lo que pasó en esta ocasion, se debe dár la preferencia à aquellos que por esta razon la merecen, ò que se han hallado despues en estado de instruirse en los mismos parages. Entre estos ultimos no es Kempfer tal vez el mas digno de ocupar el primer lugar. No obstante, lo concederemos aqui al Extracto de su viage, que el Abate Prevost ha tenido por conveniente insertar, excluyendo las Relaciones de los Franceses que estaban en Siam durante las turbaciones de este Reyno.

Relacion de las revoluciones sucedidas en Siam en 1688.

DES-FARGES 1688. AL mismo General que mandaba las Tropas Francesas de Bancok, se debe esta Relacion. Ademàs de que contiene muchas particularidades muy notables, su Autor ha sido tan injuriado por sus mismos Compatriotas, que su justificacion debe hacerla por dos motivos interesable. Des Farges, que habia previsto los efectos de la crítica, dice: „ He tenido por necesario hacer yo mismo la relacion de lo que ha pasado, pues „ nadie puede saber mejor que yo las razones que me han movido à hacer lo que he hecho, las quales no era conveniente comunicar à muchas personas, que sin embargo no dexaràn de escribir segun su capricho. ‘ La experiencia nos ha manifestado cla-

claramente, continùa el Autor, que no se debia hacer tanta cuenta con la Alianza de un Rey, á quien una enfermedad mortal conducia al sepulcro, ni con las buenas intenciones de su successor, que eran muy inciertas, ni con la fortuna vacilante de Mr. Constance, que no tenia además todo aquel favor, y autoridad que se pensaba, y mucho menos todavia se debia hacer cuenta con la afabilidad del genio, ò con la estimacion, y afecto de estos Pueblos à los Franceses, pues por lo contrario, los hemos visto llenos de odio, y furor para perdernos.

Dos Principes hermanos del Rey eran los que, segun las costumbres del Reyno, debian succeder á la Corona. El mayor estaba tullido de todos sus miembros, y el menor se fingia mudo, por politica. Ambos estaban perfectamente unidos, pero muy mal puestos en el corazon del Rey: en nada intervenian, y casi no veìan otras personas que sus proprios criados. El Rey tenia una hija, que, segun se decia, estaba casada en secreto con el Principe joven, aunque este hecho no era del todo constante. Esta Princesa, de unos veinte y ocho años de edad, de genio altivo, y orgulloso, se habia retirado tambien de la Corte, por cierto disgusto que habia recibido de su padre, y cuya culpa atribuìa à Mr. Constance, á quien tenia un odio irreconciliable. Prapiè, hijo adoptivo del Rey, era el mas estimado del Principe entre todos los de la Corte; pero la bajeza de su origen era un obstaculo para su elevacion. Entre los Grandes del Reyno, un Mandarin nombrado Ocpra Petcheratchas, ò Pitrachas, se distinguia de los otros por su aspecto respetuoso, y por su nacimiento, que era de los mas ilustres, pues segun la opinion comun, descendia de la verdadera estirpe Real, à la qual habia usurpado la Corona el Padre del Monarca Reinante. Era hermano de leche de este Principe, y casi de la misma edad. El zelo que fingia por su Religion, le habia grangeado la estimacion de todos los Talapoines, y la veneracion de los Pueblos, que además notaban en èl un corazon verdaderamente Siamés, que estima en extremo à su Nacion, y menosprecia á las otras. Pero siendo al mismo tiempo gran Politico, sabia disimular de tal modo sus ideas, que rehusaba constantemente para sì, y para su hijo los empleos mas considerables, y al parecer solo aspiraba à la felicidad de una vida privada. Quitando toda sospecha de sus intentos, la poca inclinacion que manifestaba à los negocios, era siempre uno de los primeros que asistìan al Consejo de su Principe. Constance, á quien se creìa muy poderoso, y que con toda eficacia nos lo persuadia asi, no tenia ni con mucho tanta estimacion, ni entrada. Sin embargo, no dexaba de estar en gran favor con el Rey, quien solo á èl hallaba capáz de tratar con los Estrangeros à causa del gran conocimiento que decia tener

de

DES-FARGES 1688.

de sus costumbres, y de todas las Cortes de Europa. Es cierto que este Estrangero tenia muy grandes prendas que impedian notar desde luego sus defectos, para lo qual era preciso algun tiempo. Yo he hallado despues en él poca sinceridad, y una ambicion insaciable: ofendiase con facilidad, y nunca perdonaba, por cuya razon le aborrecian todos los Siameses, y la mayor parte de los Estrangeros.

Hecho este retrato de la Corte de Siam, que me ha parecido necesario para la intellgeucia de lo que ha de seguir, paso à tratar de los Franceses. En Bancok no tenia yo mas que doscientos hombres, pues Mr. de Bruan estaba en Mergui con tres de nuestras mejores Compañias; y despues de su partida, habia tenido además que dár treinta y nueve Soldados escogidos, con tres ó quatro Oficiales, para ponerlos en unos Navios, que enviaba el Rey à Corso, segun una orden què Mr. Constance me dirigia de su parte. Este corto numero de hombres que me quedaban, se disminuía cada dia con las enfermedades, y por otro lado nuestras fortificaciones, apenas empezadas, eran tan vastas, que hubieran sido necesarios mas de 1200 hombres para guardar bien la Plaza. Yo habia hecho muchas instancias para que no se tomase tanto distrito, à fin de ponerse mas antes à cubierto, y en mejor estado de defensa; pero nunca pude vencer à Mr. Constance á que mudase una idea que habia ya hecho empezar antes de mi arribo. Sin embargo de algunas instancias que hice para que se me diesen trabajadores, y el trabajo que me tomè, no obstante mi edad, y el ardor del Sol, que no me impedian estar todo el dia á la vista para hacer adelantar la obra, nos quedaban todavia quando se manifestò la revelion, dos bastiones, dos cortinas, y un caballero que levantar. Yo me habia fortalecido con unas dos mil empalizadas, que nos fueron de grande utilidad en adelante; pero todavia no se habia plantado ninguna. En el mes de Marzo de este año, hallandose el Rey mas enfermo que nunca, empezò Prapiè à formar un partido, y á juntar algunas gentes que le eran afectas. Pitrachas, que hacía mucho tiempo que habia tomado sus medidas, hizo otro tanto por su parte, y sirviendo siempre de capa à su proceder, el bien del Estado, dió á entender à los Pueblos, que los Franceses solo habian venido con la mira de destruir la estirpe Real, su Religion, y sus costumbres, sujetandolos á Prapié, y á Constance, que debia ser la segunda persona del Reyno, en caso que el negocio surtiese. Con estos artificios no le fue dificil atraer á los Grandes, y pequeños á sus intereses, y irritarlos de un modo muy estraño contra nosotros, tanto mas, quanto los Principes, verdaderos herederos de la Corona, lo miraban siempre como

fin vasallo fiel, que solo se movia por su causa, y tenian á Prapié, y Constance por sus mayores enemigos. Des Farges. 1688.

Constance, á quien toda esta trama no podia estar oculta, sin embargo del buen semblante que continuaba poniendole Pitrachas para divertirlo, me enviò el mes siguiente una orden de parte del Rey para pasar à Louvo con la mayor parte de mis Tropas. Parti de Bancok à la frente de setenta hombres, y de cinco Oficiales, lleno de inquietud por lo restante de mi Guarnicion, que dejaba tan debil. A nuestro arribo junto à Siam, por donde habiamos de pasar, encontramos cerradas todas las puertas de la Ciudad. El Señor Obispo de Metellopolis, el Abad de Lionne, y el Gefe de la casa Francesa, me dixeron al mismo tiempo, que se habia tendido la voz de que el Rey de Siam habia muerto; que todos estaban en armas en Louvo, y en los caminos; que se hablaba de prender à Mr Constance; que se publicaban mil cosas poco ventajosas à los Franceses, y finalmente, que tambien se tenia aviso de que un crecido cuerpo de Tropas Siamesas habia bajado hàcia Bancok, para hacerse dueño de esta Plaza. Con estas noticias juzgué que no era prudencia continuar mi viage, por lo qual me detuve en las inmediaciones de Siam, y escribì à toda priesa à Mr. Constance avisandole de estas voces funestas, y diciendo que tenia por mucho mas conveniente para su bien, y el nuestro, que pasase èl adonde yo le esperaba para ir à ofrecer nuestros servicios á los Principes, y verdaderos herederos de la Corona, que estaban en la Ciudad de Siam, y desvanecer por este medio las sospechas que se habian formado de nosotros; pero sea que este Ministro no tubiese el mal por tan grande, como en efecto lo era; que no estubiese ya en estado de retirarse de Louvo, ó finalmente que tubiese inteligencia con Prapié, como se dice que lo ha confesado despues, no quisò dar oidos á mis consejos, por lo qual al instante que recibì su respuesta, me retirè á Bancok, para conservar en quanto me fuese posible las Tropas, que el Rey mi Señor me habia hecho la honra de confiarme.

La experiencia ha manifestado muy bien, que yo no podia proceder de otra suerte, sin abrazar un partido tan injusto, como perjudicial, y sin la pèrdida casi segura de quantos Franceses habia en el Reyno, porque se ha hallado constante por las preguntas que he mandado hacer à dos Mandarines Siameses que teniamos en nuestro poder, que en el tiempo que Mr. Constance queria hacernos subir, era yá dueño Pitrachas del Palacio, y tenia à sus ordenes mas de treinta mil hombres, tanto en Louvo, como en los caminos, sin contàr las fuerzas de los Principes, que por entonces estaban unidas á las suyas, contra la faccion de Prapié, à la qual procuraba atraerme Mr. Constance, aunque sin atreverse

Des-
Farges
1688.

se à declararme sus intenciones.

Viendo Pitrachas que nos habiamos vuelto à Bancok, y que no sería tan facil cogernos mientras que no estubiesemos divididos, recurrió à todos los artificios creíbles, para obligar à los dos Principes, y á la Princesa à subir à Louvo, porque le era muy importante impedir que se uniesen con los Franceses, y no podia adelantar sus negocios mientras unos, y otros fuesen dueños de Siam, y de Bancok, porque siempre se hallarian en estado de darse socorros reciprocos, à la menor sospecha que se tubiese de sus idéas. Convidò, pues, muchas veces á estos Principes á pasar à Louvo, con pretexto de que el Rey, que estaba agonizando, queria verlos, y colocar uno de ellos en el Trono; añadiendo, que no debian perder un instante, para venir á recibir el juramento de fidelidad de toda la Corte, á fin que no tubiese lugar Prapiè de adelantar sus negocios en perjuicio suyo, y que como Vasallo fiel, y zeloso de su servicio, habia dispuesto todas las cosas de modo, que no hubiese nada que temer.

Los Principes titubearon mucho en rendirse à estas instancias tan eficaces, aunque entonces no tubiesen la menor desconfianza de Pitrachas, sino que se veìan dueños de la Ciudad de Siam, y no sabian con tanta seguridad de qué modo serian recibidos en Louvo, en donde estaban Prapiè, y Constance, de quienes rezelaban alguna funesta aventura. No obstante, no pudieron resistirse à las ultimas instancias que se les hicieron por parte de una persona, que tenian por la mas fiel, mas equitativa, y mas desinteresada del Reyno. El Principe joven subiò, pues, á Louvo con la Princesa, que era, ò habia de ser su esposa. Pitrachas les habia enviado una escolta numerosa, y magnifica, y los recibió con las mayores muestras de sumision, haciendo que les rindiesen homenage todos los Mandarines, á quienes diò él el exemplo. Prapié, y Constance fueron, segun se dice, los unicos á quienes hubo que esperar; y habiendo venido el ultimo algun rato despues, no quiso recibirlo el Principe.

Es bastante probable que Pitrachas, viendose dueño de los que podian aspirar à la Corona, quisiese, antes de pasar à las hostilidades, esperar la muerte del Rey, que no podia yà tardar mucho; pero habiendo sabido que Prapiè hacia acercar algunas Tropas de gente armada, para tantear su fortuna, que precisamente habia de ser funesta bajo el dominio de los Principes sus enemigos; este habil Politico indujo á estos, y à los Grandes Mandarines à que se cogiese su persona, de cuya execucion se encargò èl mismo; y aunque Prapiè estubiese entonces en la habitacion del Rey, de donde casi nunca salia mientras la enfermedad de este Principe, tomò tan bien sus medidas, que habiendolo sacado con engaño hasta la puerta, y desde alli

con

con violencia, le hizo asesinar inmediatamente, sin atender à la sùplica que se dice le mandó hacer el Rey, de que perdonase la vida á este favorito, á quien habia adoptado por su hijo. Des Farges. 1688.

Concluido este primer acto de la tragedia, creyò Pitrachas, que yà era tiempo de apoderarse tambien de Mr. Constance, para cuyo efecto le envió à decir de parte del Rey, que pasase à Palacio. El Ministro, que ignoraba la muerte de Prapiè, pero que no dexaba de tener alguna inquietud, se hizo acompañar de tres Oficiales Franceses, entre los quales iba uno de mis hijos. Luego que entrò en Palacio, Pitrachas, á la frente de una gran Tropa de gente armada, lo cogiò de un brazo, y con un tono altivo, y desdeñoso, le dixo que lo hacia prisionero, por haber conspirado con Prapiè contra el Reyno, y consumido el tesoro de èl. Los Oficiales Franceses quisieron ofrecer su socorro á Mr. Constance, quien les diò gracias, y les suplicò rindiesen sus espadas sin resistencia. Considerando Pitrachas, que le importaba no dár à entender à los Franceses la mala disposicion en que se hallaba para con ellos, mandò que fuesen conducidos á Thlee Pousonne, con pretexto de cuidar de su seguridad, y de libertarlos de la furia del Pueblo.

A Constance se le paseò como en triunfo por encima de las murallas de Palacio, seguido de muchos Brazos-pintados (La explicacion de este nombre se ha dado yà en el Tom. XIV. de esta Coleccion.) que son los Guardias, y al mismo tiempo los Verdugos del Rey de Siam. Despues se le volviò á traer á Palacio, en donde se le encerró estrechamente, cargado con cinco cadenas gruesas de hierro, y sin comunicacion alguna. Muchas veces ha padecido tormento de diferentes modos; y segun la voz comun, confirmada por las deposiciones de nuestros dos Mandarines, ha confesado su inteligencia con Prapiè, y reconocido que habia malgastado ò extraido del Reyno crecidas cantidades de dinero. De èl se adquirieron todas las luces que se pudo sobre los negocios de los Estrangeros, despues de lo qual se le desquartizó. Su casa fue entregada al saquèo, y su muger puesta en tormento, con la mayor parte de sus parientes, para averiguar què efectos tenia. Todavia quedaban tres Mandarines de este bando, que fueron presos á la otra noche que Mr Constance, sin que esto causase el menor ruido ni alteracion.

Despues de haber acabado de destruir esta faccion, se ocupò Pitrachas con todo anhelo en buscar los medios de arruinar à los Franceses, que à su parecer eran el mayor obstaculo para sus designios. No habia podido lograr que subiese á Louvo el mayor de los Principes, á quien al parecer habian causado alguna sospecha las instancias tan frecuentemente reiteradas que se le hicieron para ello, y de que el Principe joven, como tambien la Prince-

Des-Farges 1688.

sa, se mostraron algo admirados; lo que habia obligado á Pitrachas, para desvanecer toda desconfianza, à dexar el primero en Siam, y à hacer en presencia del segundo, y de los Mandarines, un juramento solemne, por el qual reconocia à los Principes por sus verdaderos Señores, y prometia no hacer cosa, que no fuese para su servicio. Esta obligacion, acompañada de todas aquellas formalidades, que podian hacerla sagrada entre los Siameses, quitò toda sospecha contra el Mandarin, y lo puso, mejor que nunca, en estado de obrar. No obstante, aunque la vida del Principe joven, y de la Princesa estubiese en sus manos, el mayor, que estaba en Siam, podia, de acuerdo con los Franceses, darle demasiado que hacer, para que se atreviese à aventurar el golpe. Esto fue lo que le determinò à valerse del aborrecimiento que él mismo habia inspirado contra nosotros, tanto á los Principes, como á lo restante de la Nacion, para moverlos á todos á emprender nuestra ruina, dandoles à entender, que el Reyno nunca estaria sosegado, hasta que se nos hubiese destruido. Despues se nos ha querido asegurar, que la Princesa fue la primera que diò este dictamen, y que luego se ha arrepentido bastante.

Antes de llegar à rompimiento manifiesto, recurriò Pitrachas á toda especie de ardides para sorpreender à los Franceses, y hacer mucho mas facil por este medio la execucion de su proyecto. Diferentes Cartas que escribió al Obispo de Metellopolis, al Abad de Lionne, y al Gefe de la Casa Francesa de Siam, se dirigian á asegurarles, que no se conspiraba, ni contra nosotros, ni contra la Religion Christiana. Habiendo subido à Louvo el Abad de Lionne, supo sin embargo alli con admiracion, que todos los Franceses que se hallaban en esta Ciudad, habian sido presos, y los demás Christianos muy mal tratados en sus carceles; pero el Mandarin Siamés, que habia sido primer Embajador en Francia, le manifestò que se habia procedido de este modo con los Franceses, solo por preservar sus personas, que tal vez hubieran estado expuestas á algunos insultos; y que en quanto à los otros Christianos, iba à ponerlos todos en libertad, lo que executò tambien poco tiempo despues.

Pitrachas, que esperaba al Abad de Lionne en Palacio, lo recibiò muy bien enmedio de una Corte magnifica; pero despues de muchos cumplimientos, le declarò, que la intencion del Rey era que yo subiese à Louvo; que es cierto que S. M. no me tachaba de mal proceder en haberme vuelto á Bancok, por las funestas voces que entonces corrian, y que sabía tambien que yo no habia podido subir despues, à causa de una indisposicion que me habia sobrevenido, lo que le habia movido à enviarme sus Medicos, para manifestarme su estimacion; pero que hallandose in-

for-

formado de mi total reſtablecimiento, era neceſario que no difirieſe mas el obedecer à las ordenes de eſte Monarca, que para eſte fin me enviaba los dos Mandarines que habian ſido Embajadores en Francia, con la mira de hacerme mayor honra, y dárme una nueva prueba del cariño que me tenia; añadiendo, que ſi no ſubia, eſta repulſa podria recibir ſinieſtra interpretacion, y tener funeſtas reſultas; que eſperaba, que yo no pondria yà ninguna dificultad, y que entretanto, retenia en ſu compañia á mi hijo el Caballero. Des Farges. 1688.

Lòs Embajadores tenian orden de declararme tambien, que habiendo hecho prender el Rey á Mr. Conſtance, como reo de Eſtado, S. M. tenia intencion de dàr ſu empleo à mi hijo. Que en eſta inteligencia, era neceſario que yo permanecieſe algun tiempo con él en Louvo, para inſtruirlo en los negocios, y que eſte era uno de los principales motivos por que ſe me habia enviado á llamar; pero no obſtante todos los artificios de que ſe valieſen, no era dificil penetrar el mal eſtado de las coſas, y confieſo, que me hallè muy embarazado ſobre el medio qne habia de tomar. Yo hubiera querido que eſtos Mandarines ſe hubieſen contentado con la repulſa que hacía de admitir para mi hijo los empleos que ſe le ofrecian; pero querian abſolutamente que yo ſubieſe; y el Abad de Lionne, à quien habian obligado à bajar con ellos, me inſtaba, atendiendo al eſtado en que ſe hallaban las coſas. Por un lado, veía muy bien el peligro á que me exponia, poniendome en ſus manos; pero por el otro no podia dejar de ſubir, ſin romperlo todo, y en ninguna manera nos hallabamos en eſtado de ſoſtener un ſitio, no habiendo viveres, ni afuſtes en la Plaza, la qual, ademàs, eſtaba abierta por todos lados.

Finalmente, deſpues de muchas reflexiones, juzgué que mi honra y obligacion era exponerme con mis dos hijos á toda eſpecie de peligros, para tantear ſi con eſte genero de confianza podia deſvanecer las ſoſpechas de los Siameſes, y conſervar mis Tropas, lo que me parecia impoſible efectuar por qualquiera otro medio. Yo encontraba, que exponiendome de eſte modo, tenia à lo menos las dos ventajas de hacer conocer à toda la tierra la buena fé de los Franceſes, que mi obſtinacion en no querer ſubir, hubiera podido hacer ſoſpechoſa, y ganar ſiempre tiempo para emplearlo en ponernos en mejor eſtado de defenſa. Hice pues venir à Mr. de Verdeſale, que mandaba en mi lugar, y le di las ordenes que tube por neceſarias para el bien público, añadiendo en preſencia de los Oficiales, que yo ſabìa lo que arrieſgaba ſubiendo; pero que tambien el rieſgo que naceria de mi repulſa, ſerìa mas general, y mas cierto; que le encargaba cumplieſe con ſu obligacion en mi auſencia, y antes me dejaſe ahorcar, y mis hijos á ſu viſta, ſi las coſas llegaban à eſte

Des-Farges 1688.

extremo, que entregar la Plaza, cuya guardia le confiaba.

Informado Pitrachas de mi resolucion, me enviò un hermoso Palanquin con otros carruages correspondientes para los que me acompañaban. A mi arribo à las puertas de Louvo, fui cumplimentado por un Mandarin, que me convidó de parte del Rey á ir á apearme en derechura à Palacio. Este mensage me pareciò mal aguero, y me hizo creer que se me queria prender. Atravesè muchos patios llenos de gente armada, y fui muy bien recibido de Pitrachas, que habia tomado el titulo de Gran Mandarin. Despues de muchos elogios sobre mi merito, y sobre el afecto de los Siameses à mi persona, me preguntó por modo de conversacion, si estaban sujetos à mì los Oficiales, y soldados que habia dejado en Bancok, y si alguno de ellos se negaba á obedecer á mis ordenes? Yo sin pensar el fin que llevaba esta pregunta, respondí que la disciplina se observaba exactamente en los Exercitos del Rey mi señor, y que era preciso que todos obedeciesen á la primera palabra de un Comandante. Me alegro mucho de saberlo, me replicó; y habiendoos enviado el Rey orden de subir con vuestras tropas, por qué habeis venido solo con vuestro hijo? Esta pregunta que nunca podia esperar, me sorprendió menos que la desverguenza con que el primer Embaxador defendiò en mi presencia, que me habia solicitado á subir con toda mi Guarnicion. Al instante comprendì que esto era cosa hecha, y no tenia esperanza alguna de poderme evadir de tal peligro. Pues bien, replicó el Mandarin, esto ha sido mala inteligencia, ahora solo es menester que escribais inmediatamente à todos vuestros Oficiales, y soldados que pasen acá, pues me asegurais que ninguno de ellos tendrá atrevimiento para no obedecer. Yo le respondí sin alterarme con la idea del riesgo en que me hallaba, que si estubiese en la Plaza sería esto cierto, como lo habia dicho; pero que un Gobernador fuera de su Guarnicion, ya no tenia mando sobre ella, segun nuestras costumbres, y que antes de salir de la mia, habia preguntado al primer Embaxador, me declarase si el Rey tenia otra orden que darme para hacerla executar antes, porque sin duda Mr. de Verdesale, no me obedecería en mi ausencia. El Abad de Lionne, que me habia acompañado, viendo el peligro en que estabamos, representò al primer Embaxador, que todo se perdia si se me retenia; que Mr. de Verdesale era hombre obstinado, que à nada daba oidos, y que llevaba las cosas hasta el extremo. Estas razones parece hicieron impresion en los Siameses, quienes tubieron por mas conveniente volverme à enviar, reteniendo á mis dos hijos en prendas de la palabra que me pedian, de que traería todas las Tropas.

Despues se me propuso una expedicion contra unos enemigos

gos imaginarios, en la qual tendria el mando de todo el Exercito; pero para asegurarse mucho mejor de la victoria, era preciso que yo escribiese á Mr. de Bruan que viniese à juntarse conmigo con sus Tropas. Aunque fuese facil ver á qué se dirigia todo esto, no lo era aplicar el remedio; pues aunque pedì que se nos dejase salir del Reyno si se tenia alguna desconfianza de nosotros, era preciso absolutamente conformarnos primero con las intenciones del Principe. Enviòseme pues la copia de la carta, que habia de escribir al Comandante de Mergui, segun el proyecto que el mismo Pitrachas habia escrito en Siamés, y que traducido literalmente al Francés formaba un discurso confuso, por el qual podia llegar á entender facilmente Mr. de Bruan, que yo estaba preso, y que nuestros negocios se hallaban en mal estado. Por esta razon me determiné à escribirla en el mismo estilo, en lo qual tubo el Mandarin grande satisfaccion, porquè ignorando nuestras costumbres, juzgaba que lo que estaba bien puesto en Siamés, habia de corresponder perfectamente al sentido Francés. Des Farges 1688.

Para aumento de afliccion, supe tambien en Louvo una desgracia sucedida à nuestros Franceses, que habian sido detenidos, y que despues de la partida del Abad de Lionne con los Mandarines Siameses, temiendo que yo no quisiese subir, se habian determinado à hacer todos los esfuerzos, para pasar à Bancok, á cuyo efecto habian tomado caballos en Louvo, é ido à toda priesa hasta las inmediaciones de Siam, en donde hallaron mas de quatrocientos hombres juntos para cogerlos. Acercandose al instante á ellos algunos Mandarines, les dieron palabra de que no les sucederia nada si se rendian sin resistencia, cuya promesa les impidió defenderse, como tambien el vér que todos sus esfuerzos serian inutiles. Sin embargo, los Siameses los trataron de un modo el mas indigno y cruel del Mundo, dexandolos casi desnudos, y los volvieron á llevar á Louvo, atados por el cuello à la cola de sus caballos, que hacian trotar á menudo, sin ninguna atencion ni aun à mi hijo el Caballero, que era uno de ellos, dandoles de palos para hacer levantar à aquellos que caían desmayados; de tal modo, que uno de ellos muriò en el camino. Despues habian sido expuestos en Louvo, por espacio de tres horas, al furor del Populacho, que les habia escupido en el rostro, y hecho todos los ultrages imaginables.

Confirmandome mas, y mas esta relacion en el extremado aborrecimiento que nos tenia el Pueblo, me apresurè à volver à Bancok, obligado à sacrificar mis dos hijos, que se me pedian en rehenes, para pasar sin pérdida de tiempo à donde tenia por mas necesaria mi presencia. En el camino encontré al Obispo de Metellopolis, que el Gran Mandarin habia obligado á pasar à

Des-Farges 1688.

Louvo, con pretexto de que el Rey queria hablar con él ſobre negocios de conſecuencia, pero en realidad para aſegurar ſu perſona, y para enviarlo á Bancok algun tiempo deſpues de mí, à fin de que ſi yo no venìa, pudieſe amedrentàrme con las reſultas funeſtas que acarrearia mi repulſa, porque le declaró ſin rebozo en la primera Audiencia, que aunque no dudaba que yo ſubiria con las Tropas, ſin embargo queria enviarle detrás de mí, para aviſarme que ſi yo no venía, haria poner à él, à ſus Miſioneros, y à todos los Chriſtianos á la boca de un cañon.

La cruel extremidad que ſe debia temer de mi obſtinacion, no impidió que à mi arribo á Bancok tomaſemos todos, de comun acuerdo, la reſolucion de perecer antes que entregarnos á la diſcrecion de los Siameſes, que acababan de darnos tantas pruebas de ſu mala intencion. En quanto hubo lugar, ſe proveyó á toda prieſa á la ſeguridad de la Plaza. Al miſmo tiempo empezaron las hoſtilidades por el ataque de una Embarcacion perteneciente al Rey de Siam, cuya Tripulacion habia rehuſado vendernos viveres, ultrajandonos de palabras.

Dada eſta ſeñal para la guerra, retirè las Tropas que teniamos en el Fuerte antiguo, ſituado al Oueſt del rio, porque nos era impoſible conſervarlo. Al miſmo tiempo mandé demoler los parapetos, y clavar todos las piezas de artillería que no rebentaſen, todo lo qual no ſe pudo executar tan bien, que los Siameſes no tubieſen todavia mucha utilidad. De alli á poco ſe advirtió que trabajaban en reparar el Fuerte, y en deſclavar la artillería, por cuya razon fue preciſo atacarlos antes que ſe hubieſen alojado en él. Tres Oficiales, á la frente de treinta hombres, fueron deſtinados en dos Chalupas para eſta expedicion. Eſtas valeroſas gentes hicieron quanto cupo en ſu valor, y ánimo; pero oprimidas por la muchedumbre de los enemigos, que ſe creía ſer muy pocos, ſe vieron obligados á retirarſe, con pérdida de 3 ó 4 hombres. Deſpues hicimos un gran fuego contra eſte Fuerte, para impedir á los Siameſes adelantar un caballero que levantaban, y que hubiera deſcubierto nueſtra Fortaleza. Sus trabajos ſe deſtruyeron muchas veces; pero ſe obſtinaban ſiempre en repararlos, aunque les coſtaſe mucha gente. Por ſu parte no ceſaron de cañonearnos por tres ó quatro dias, y pocas noches ſe paſaban ſin que hicieſen algunos ataques fingidos, lo que junto con los inconvenientes interiores, nos cauſaba trabajos inexplicables.

Hallandonos impoſibilitados de recibir ſocorro de afuera, y ſin eſperanza de lograr convenio de nueſtros enemigos, tomamos la réſolucion de hacer ſalir del rio una Barca pequeña de la Compañia, para que buſcaſe los dos Navios Siameſes, montados por los Franceſes, que ſe habian enviado á corſo hacìa dos meſes; y aunque ſe conocia el rieſgo de ſemejante empreſa, el

eſ-

estado presente de las cosas la hacía necesaria. Habiendo entrado en esta Barca un Teniente nombrado St. Crick, con nueve Soldados de la Guarnicion, baxó valerosamente el rio, despues de haber sufrido algunos cañonazos al pasar bajo el Fuerte de los enemigos; pero apenas estubo la Barca apartada de nuestra vista, quando fue atacada con tanta furia, que nuestras gentes no pudieron impedir el abordage. Saint Crick, que hasta entonces se habia defendido con tanto valor, pegò fuego á una parte de su polvora, y á todas sus granadas, que habia dispuesto sobre su puente, para apartar la multitud que le oprimia. Habiendo encallado despues la barca, los Siameses que creìan haberse consumido toda la polvora, volvieron sin temor, y subieron en mayor numero que la primera vez. Entonces St. Crick, pegando fuego á los barriles que habia reservado, hizo volar la barca, y todos los Siameses que habia encima, de los quales la mayor parte perecieron con èl. Una accion tan generosa admirò à esta Nacion, y adquirió gloria inmortal à nuestros Franceses. Pitrachas por su parte, luego que supo que ya no queria subir à Louvo con mis Tropas, me envió al Obispo de Metellopolis, como se lo tenia propuesto; pero habiendo llegado este Prelado á tiempo que batiamos el Fuerte de los enemigos con la mayor violencia, sirvió de victima al furor de los Siameses, quienes lo despojaron, hicieron prisioneras todas sus gentes, y le ataron finalmente una cuerda al cuello, amenazandole de exponerlo á nuestro cañon. El Gran Mandarin quiso tantear otro medio, por ultimo, que fue hacer à mis hijos que me escribiesen que estaban condenados à muerte, si yo no subia, y que era gracia particular el haberles permitido informarme del estado, y peligro en que se hallaban.

Des Farges 1688.

Yo les respondí que darìa con gusto mi vida, por conservar la suya, pero que quando se trataba del servicio del Rey, y de la conservacion de sus Tropas, se habia de sacrificar todo interés particular; que à ellos les bastaba para su consuelo, no haber cometido delito alguno, y que el Rey sabria vengar á su tiempo los ultrages que se les hiciesen. Pitrachas no esperó esta respuesta para mudar de idea. Los avisos que recibia del modo con que nos manejabamos, y la poca apariencia que veia de substituir la fuerza al engaño para obligarnos à conformarnos con sus intenciones, le hicieron juzgar que le sería mas facil, y menos arriesgado matar à los Principes. Uno estaba ya en sus manos, y para coger al otro habia tomado sus medidas. De esta suerte hizo juntar á los principales Mandarines en Palacio, se quejò fuertemente à ellos de los Principes, quienes segun decia habian jurado su ruina; y les preguntó, finalmente, qué tenian por conveniente que se hiciese

con

DES-FARGES 1688.

con ellos. Su poder era demasiado grande, para que nadie se atreviese á oponersele, y además habia procurado ganar la mayor parte de estos Mandarines con grandes promesas. Todos concluyeron que los Principes eran unos ingratos, à quienes se debia castigar. Al instante se enviaron ordenes para coger al que estaba en Siam, y traerlo á Louvo. Despues fueron transportados ambos à un Pagodo junto à Thlee-Pousonne, en donde fueron muertos à palos. De este modo logró abrirse el camino del Trono este astuto, y embustero Politico. Habia caminado por el medio mas seguro, y del modo que se habia manejado, si no hubiera podido apoderarse de la Corona sin arriesgar demasiado, se hubiera contentado con la segunda Plaza del Reyno, que no podia faltarle reynando los Principes.

Quando los matò, vivia todavia el Rey anciano; pero murió al dia siguiente. Dueño Pitrachas del Reyno, dispuso al instante de los empleos grandes á favor de los que le habian servido. Ensalzò á todos los Mandarines que podia temer todavia, y puso en libertad á los que habia hecho prender. Para ganar el corazon de unos, y otros, aliviò al Pueblo de sus cargas, y hizo distribuir limosnas públicas, que acabaron de captarle el cariño de toda la Nacion; de suerte que no ha sucedido en el Reyno la menor sedicion, ni rebelion por su causa.

En quanto á la Princesa hija unica del Rey, quiso conservarla para casarse con ella. Dicese que le causó grande sentimiento la muerte del Principe, que era ó habia de ser su esposo, y que llevada de él, prorrumpió en injurias contra el autor de su desgracia; pero al fin ha querido mas vivir Reyna, que morir desgraciada.

No bien hubo Pitrachas tomado la resolucion de deshacerse de los Principes, quando pensó los medios de ajustarse con nosotros, y de hacernos salir del Reyno en paz, para cuyo fin resolvió remitirme mis hijos. Habiendolos hecho venir à su presencia, les dixo que se sentia movido á compasion de ellos; que además conocia la rectitud de mi corazon, y que sabìa muy bien que yo no era capáz de faltar à mis palabras; pero que las Tropas, poseídas de un terror panico, eran las que no habian querido obedecer; que les concedia la vida, y queria asimismo, por mis respetos, y por la amistad que les profesaba, volverlos á enviar. Estos amados hijos, que yà tenia yo por muertos, se dexaron vér en Bancok el dia de San Juan Bautista, y su vuelta causó un gozo inexplicable á toda la Guarnicion. Dificil me fue penetrar por qué felíz motivo se habia determinado Pitrachas á semejante proceder; pero habiendo sabido despues la muerte de los Principes, juzguè que el Gran Mandarin habia

que-

querido con eſta generoſidad abrir camino para hacer paz con noſotros; y los dos Mandarines, à quienes hemos preguntado ſobre eſte punto, me han confirmado en eſta idèa. Des Farges. 1688.

Deſde entonces ſe fue diſminuyendo el fuego por una parte, y otra, y hubo diferentes propoſiciones de convenio; pero la deſconfianza era tan grande, que no podiamos aſegurarnos en nada. Al concluirſe eſtas largas, y enfadoſas negociaciones, durante las quales hallé el ſecreto de lograr viveres, ſe vieron llegar los dos Navios Siameſes, montados por los Franceſes, que entraron al inſtante en la Plaza. Asimiſmo ſe nos entregaron los Oficiales que eſtaban detenidos en Louvo; y habiendo hallado medio de juntarſe con noſotros algunos otros Franceſes, tanto de eſta Ciudad, como de Siam, ſupimos entonces todos los malos tratamientos que les habian hecho los Siameſes, la perſecucion que los Chriſtianos de eſta Nacion, Peguanos, y Portugeſes padecian todavia en una cruel eſclavitud; que el Seminario del Señor Obiſpo de Metellopolis habia ſido ſaqueado, y que los Siameſes habian cogido muchas doncellas Chriſtianas, para hacerlas concubinas. Tambien ſe ſupo por un Miſionero que habia eſtado en el cepo con todos los Chriſtianos de una Provincia nombrada Porſelou, que eſtà á la extremidad del Reyno, que deſde el mes de Enero no ſe habia ceſado de amenazarlos con lo que les habia ſucedido deſpues, lo que indica que hacia mucho tiempo que Pitrachas habia tomado ſus medidas para hacer lo que ha llegado à executar.

Tambien ſupimos por un Francés, que habia eſtado priſionero en Mergui, que Mr. de Bruan, y los Franceſes de ſu guarnicion, habian padecido un aſalto, y que careciendo de agua la plaza, à la qual dominaba además una batería de los Siameſes, habian tomado la reſolucion de romper por los enemigos para apoderarſe de un Navio del Rey de Siam, con el qual ſe habian apartado de las Coſtas del Reyno.

Poco tiempo deſpues ſupimos el arribo de un Navio del Rey, nombrado el Oriflame, mandado por Mr. de l'Eſtrille, que eſtubo baſtante tiempo en la rada, muy apeſadumbrado de no recibir noticia alguna por nueſtra parte, ni por la de los Oficiales de ſu Navio que habian deſembarcado los primeros, y que los Siameſes habian hecho conducir á Siam, ſin paſar por delante de nueſtra Fortaleza, ni decirles nada de lo que habia ſucedido; de ſuerte, que ſi nueſtros negocios no hubieſen eſtado ya en terminos de convenio, se hubieran viſto muy arrieſgados eſtos Oficiales, y el Navio no habria podido darnos ſocorro alguno, ni aun tener la menor comunicacion con noſotros, lo que prueba quán mal ſituado, y poco ventajoſo era el pueſto de Bancok, por cuya razon tarde ó temprano hubie-

Des-Farges 1688.

biera sido preciso abandonarlo. Entre tanto un nuevo incidente que sucedió, estubo para romper todas nuestras negociaciones. La muger de Mr. Constance, despues de haber sido cruelmente atormentada, para que declarase los bienes de su marido, y padecido otros diferentes ultrages, tanto por parte de los miserables Brazos-pintados que la guardaban, como por la del hijo de Pitrachas que estaba en extremo enamorado de ella, habia encontrado medio de escaparse, y refugiarse en Bancok. El nuevo Rey de Siam, que temia que estando fuera del Reyno, se apoderase de los caudales que habia extraido su marido, mandó declararnos que si no se la entregabamos, no habia que pensar en ajuste alguno. El contratiempo era de los mas funestos, y los Siameses entre tanto nos detenian los Marineros, cables, ancoras, y otras cosas que nos eran absolutamente necesarias para nuestra partida, y que me habia costado increible trabajo el conservar. Aunque me causase mucha inquietud este nuevo negocio, que se habia hecho sin mi noticia, me pareciò que ya no podia dejar de entregar à la Señora Constance, pero que debia á lo menos cuidar de su seguridad. Procurè alcanzar el permiso para su salida; pero el Rey no quiso dar oidos á ella, y la guerra iba á encenderse con mayor furor que nunca. Ya se habia hecho prender en Siam al Señor Veret, Gefe de nuestra casa, que habia yo enviado para concluir nuestros negocios, á todos los Misioneros, y á un Religioso que se hallaba tambien alli. Finalmente, se amenazaba de castigar con los mas crueles tormentos á todos los Parientes de esta viuda, de suerte, que su madre me escribió rogandome con instancia compusiese este negocio, lo que hice por medio de un tratado, en el qual el Rey de Siam empeñó su palabra de que dexaría à la Señora Constance en libertad de conciencia, con la facultad de casarse con quien quisiese, y que no permitiria se le hiciese violencia alguna, ni á toda su familia, mediante lo qual la volví á entregar. Por ultimo, nuestras negociaciones, que tan á menudo se habian interrumpido, y vuelto à entablar, se concluyeron por una capitulacion, en virtud de la qual se obligaron los Siameses à darnos tres Navios, viveres, y todo lo que necesitabamos, con dos Grandes Mandarines en rehenes, para conducirnos fuera del Reyno. Además se estipuló que dexariamos enteras las obras de la Plaza, y que saldriamos de ella con armas, y bagage, lo qual hicimos el dia 2. de Noviembre. Como siempre se temia alguna traycion de los Siameses, fue preciso estàr alerta. Sin embargo, no hicieron ademán de querer emprender ninguna cosa; pero à nuestro arribo á la rada, nos detubieron algunos Mirous, que habian encallado en unos baxíos junto á sus Puertos, en los quales habia alguna artilleria

nues-

nueſtra. Eſta infraccion nos puſo en derecho de retener tambien á los Mandarines que nos conducian, y que debian ſer reſponſables de todo nueſtro bagage. Des Farges 1688.

Es caſi increíble quantos trabajos han tenido que hacer los Siameſes durante el Sitio. Además del caballero que ſin embargo del fuego de nueſtra artillería habian levantado contra noſotros en el Fuerte del Oueſt, de que eran dueños, nos habian cercado de empalizadas à tiro corto de cañon, y deſpues rodeado con nueve Fuertes, deſde donde nos batian de revés en toda la Plaza. Deſde Bancok haſta la embocadura del Menam eſtaba defendida la ribera por muchos Fuertes pequeños, que habian conſtruido con el fin de cortarnos los ſocorros que vinieſen de afuera. En eſtos Fuertes habia mas de catorce piezas de artillería en forma de baterìa, que habian hecho baxar de Siam, abriendo à eſte efecto un brazo del rio, para evitar paſar à nueſtra viſta. Ademàs, con inmenſo trabajo habian guarnecido la entrada de la barra con cinco ó ſeis lineas de arboles grueſos, plantados en baxa marèa, que eſtaban en extremo firmes. Entre ellos ſolo ſe habia dejado un paſo muy angoſto, que ſe podia cerrar facilmente con una cadena de hierro, y que eſtaba guardado por muchas Galeras armadas. Sin duda no ſe hubiera creido que los Siameſes fueſen capaces de todas eſtas coſas; pero ſu furor en los principios era tan grande, y tan general, que haſta las miſmas mugeres venian en tropa, como por devocion, á traer de comer à los Soldados que trabajaban en ſus Fuertes. Ayudabanlos además caſi todos los Eſtrangeros que ſe hallaban en el Reyno, y tenian Ingleſes, y Portugueſes para mandar ſus embarcaciones á la entrada del rio; Holandeſes para diſparar ſus bombas, y en una palabra, nos bloqueaban, además del Exercito de los Siameſes, los Peguanos, los Malayos, los Chinos, los Moros, y otros, que cada uno tenia ſus Fuertes, en donde eſtaban atrincherados. Es cierto que hubiera ſido facil impedir la conſtruccion de eſtos Fuertes, ſi hubieſemos tenido baſtante polvora; pero quiſe mejor conſervarla, y ganar tiempo, que hallarme deſpues de ſiete, ú ocho dias en eſtado de no poder rechazar á los enemigos ſi llegaban á dàr un aſalto; y la experiencia ha manifeſtado, que no ſe podia tomar otro medio en unas circunſtancias tan deſgraciadas como las en que nos hallabamos. Por un lado parecia muy dudoſo ſi ſus propoſiciones eran ſinceras, y por otro hubiera ſido perderlo todo el no eſcucharlas. Eſto era lo que me obligaba á decir frecuentemente à la mayor parte de los Oficiales, que todo lo querian llevar por rigor, que ſiempre eſtariamos á tiempo de entregarnos á la deſeſperacion; y que el miſmo tiempo podria producir lo que no nos atreveriamos á eſperar de todos nueſtros eſfuerzos demaſiado precipitados. Hacia ſaber à nueſtros enemigos

Des-Farges 1688.

por las cartas que les escribia, que si no obraban de buena fè, y no me concedian lo que les pedia, mi primera diligencia sería hacer volar su Fuerte, rebentar todos sus cañones de fundicion, que tenia à mi disposicion, y que despues iria con toda mi Guarnicion à dár sobre ellos, pidiendoles en este caso no diesen quartél á ningun Francés, como yo prometia hacerlo con los Siameses que cayesen en mis manos; pero no creía que se llegase á esto hasta el ultimo extremo, y quando yá no hubiese esperanza de lograr mejores condiciones. La experiencia me ha enseñado que nunca se debe desesperar de un negocio malo, pues con el tiempo puede haber algunas mutaciones. La que hubo con la muerte de los Principes, empezò á poner nuestros negocios en mejor estado, no contribuyendo poco para atemorizar á los Siameses, la resolucion en que les manifestabamos estár todos, y de que el Teniente Saint Crik les habia dado pruebas; pero debo confesar, concluyendo esta Relacion, que el temor de la venganza de nuestro augusto Monarca, de quien los Embaxadores Siameses habian visto el poder, ha contribuido mas que ninguna cosa à las ventajosas condiciones que han tenido que hacernos, despues de haber estado expuestos por cinco meses à todo quanto se puede representar mas rigoroso.

Suplemento á la Relacion antecedente.

Orleans. 1688.

SI se atiende à la diversidad de intereses que dividia los Holandeses, y Franceses de Siam, no causará novedad la que se halla entre sus Relaciones sobre las verdaderas causas de las revoluciones sucedidas en este Reyno, siendo todavia mas dificil poder concordar las ultimas con ellos mismos. Des Farges, reducido à hacer solo su propia apologìa, puede parecer tan sospechoso como los Misioneros, de quienes era el Idolo Mr. Constance. Sin embargo, su Relacion tiene alguna apariencia, de que carece la del P. Orleans. La una es sencilla, y natural, y la otra estudiada, y fabulosa; pero no siguiendo más que los hechos, las primeras diferencias se suplen con una conformidad de narracion, que dà lugar de juzgar favorablemente de las circunstancias que esta ultima Relacion añade á la primera.

Segun el P. Orleans, Pitrachas, que queria usurpar la Corona à los dos hermanos del Rey de Siam, no hallando mayor obstaculo á sus idéas, que Mr. Constance, fue èste la primera victima que resolvió sacrificar à su ambicion, de acuerdo con los enemigos de este Ministro. Mompi, favorito, y hijo adoptivo

del

del Rey, fue atrahido á la conspiracion con la esperanza que se le diò de casarlo con la Princesa, y de ponerlo en el Trono. Constance no ignoraba esta trama; pero contando con el apoyo de los Franceses, dueños de Bancok, y de Mergui, se contentaba con tomar secretamente las medidas necesarias para asegurar el exito de sus empresas. La enfermedad del Rey, que hizo à los amotinados mas activos, aumentando sus rezelos, juzgó que para sofocar el mal en los principios, era preciso prender á Pitrachas, y formarle su causa. El Ministro comunicó esta idèa á Mr. Des Farges, quien se obligò à venir à Louvo con una parte de su Guarnicion, para ayudarle con todas sus fuerzas. Con efecto, se puso en camino desde Bancok, à la frente de ochenta Soldados, y de algunos Oficiales; pero el General, en virtud de algunas relaciones falsas que se le hicieron en el camino, de las turbaciones de la Corte, resolvió volver à su Plaza, de donde fue imposible sacarle despues, por mas instancias que se le hicieron. ORLEANS. 1688.

Abandonado Constance à sì proprio, juzgó que el medio de destruir la borrasca, era moviendo al Rey á nombrar por su succesor á uno de sus hermanos, à quienes aborrecia igualmente. Esta aversion se habia aumentado todavia mas despues de su enfermedad, por la desconfianza que Pitrachas habia sabido inspìrarle, para tener ocasion de juntar Tropas, con pretexto de cuidar de la seguridad del Monarca. La proposicion era delicada; y por mucha astucia que emplease Mr. Constance para hacerla aprobar al Rey, lo unico en que se pudo vencer este Principe, fue declarar Reyna à su hija, dexando á su arbitrio el elegir por esposo qualesquiera de sus tios, que juzgase mas digno de ella. Semejante disposicion, lexos de reunir á los Grandes al vando de un Principe solo, los apartaba de los dos, por miedo de engañarse en una eleccion que era todavia muy incierta; por cuya razon continuaban siempre las parcialidades. Hasta entonces Pitrachas, y Mompi habian estado en buena inteligencia; pero un puesto que quisieron ambos hacer ocupar à alguno de los suyos, los indispuso de tal modo uno contra otro, que vinieron à un rompimiento manifiesto. Pitrachas, que era el mas fuerte, maltrató à Mompi; y este, para vengarse de él, fue à declarar la conjura al Rey, quien desde luego culpó á Mr. Constance de haberle ocultado un negocio de tanta importancia. No fue dificil al Ministro justificarse, y aun tubo la satisfaccion de ver al Rey consentir en sus consejos, para hacer prender á Pitrachas la primera vez que se presentase en su quarto; pero no habiendo podido el Principe dejar de manifestar sus quexas, no hubo tiempo de llegar á la execucion. Noticioso de todo Pitrachas, usò de tanta diligencia para juntar los de su vando, que al dia siguien-

OR-LEANS. 1688. guiente por la mañana, 18 de Mayo, ſe hizo dueño del Palacio ſin la menor reſiſtencia.

Entonces fue quando Mr. Conſtance manifeſtò ſu zelo por ſu Amo. Sus amigos quiſieron perſuadirle, pero en vano, cediese á ſu fidelidad. Conſigo tenia algunos Franceſes, dos Portugueſes, y diez y ſeis Ingleſes, que componian ſu guardia. Con eſta pequeña Tropa acudió á Palacio, cuyo palo hubiera logrado abrir ſi los que le ſeguian hubieſen ſido tan reſueltos como él; pero apenas habia entrado en uno de los primeros patios, quando ſe vió rodeado de repente de una Tropa de Soldados Siameſes, de los quales iba à ponerſe en eſtado de defenderſe, quando notó, que á excepcion de los Franceſes, todos los demás le habian abandonado vergonzoſamente. Siendo el partido demaſiado deſigual, fue preciſo ceder á la fuerza. Llevóſele preſo, con los Franceſes que le habian acompañado, y à todos ſe les cargò de priſiones.

Los otros ſuceſos que ſiguieron á eſtos primeros procederes del Uſurpador, haſta la capitulacion de Bancok, preſentan otras tantas circunſtancias como las que ſe han leido, con menos adorno que en la Relacion antecedente: pero en realidad los hechos ſon los miſmos, excepto algunas particularidades, que deben parecer baſtante indiferentes. Las que vamos à referir deſde eſta època, pueden, por lo contrario, mirarſe como un ſuplemento de los mas importantes.

Habiendo venido un Oficial Francès á buſcar à Siam con que equipar los Navios que habian de tranſportar à Pondicheri la Guarnicion de Bancok, tubo ocaſion de vèr à la Señora Conſtance, y la ofreció ſus ſervicios, y ſu caudal. Eſta urbanidad inſpiró à la Señora la atrevida idéa de eſcaparſe con él, ſi queria encargarſe de conducirla. No necesitó muchas lagrimas para mover à Santa Maria (que aſi ſe llamaba el Oficial) à una accion tan digna de un hombre compaſivo. Prometióle todo ſocorro; y el 3 de Octubre, dia ſeñalado para la partida, fue eſte generoſo Oficial á ſu caſa, bien armado, y reſuelto à arrieſgarlo todo para ſalvarla.

Nunca ha ſalido mejor ninguna empreſa peligroſa. Habiendo ſeguído la Señora Conſtance á Santa Maria, con ſu hijo, y una moza de cámara, entrò, ayúdada de la obſcuridad, en un Balon que los eſperaba; y dada la ſeñal à los Remeros, ſe tomó el rumbo para Bancok, adonde ſe llegó el dia ſiguiente ſin deſgracia. Una accion, tan felìz para la Señora, y tan glorioſa para el Caballero, les grangeó los aplauſos de todos los Oficiales; pero les causó mucha novedad ſaber que el Gobernador era el unico que no la aprobaba. El Conſejo de Guerra ſe juntó haſta dos veces por orden ſuya, para deliberar ſobre eſte negocio. Aunque pu-

pudiese decir, para manifestar que era conveniente â la Religion, y al beneficio de la Nacion, que se volviese à enviar à la Señora Constance, no logrò persuadir mas que á sus dos hijos. Todos los demàs Oficiales se obstinaron en guardarla; pero el Gobernador estubo inexorable. Para hacer sin embargo las cosas con menos violencia, procurò inducir à esta desgraciada viuda à conformarse con sus idéas; pero fueron vanos sus esfuerzos, pues se mantubo siempre firme. El 19 del mismo mes se concluyò este negocio. Habiase pasado à la Señora Constance, desde la casa de Mr. de Verdesale à la Torre del Fuerte, en donde esperaba con mucha impaciencia el fin tragico de su aventura. Un Oficial de la Guarnicion vino à dárle quenta de èl de parte del Gobernador. Aunque le causó bastante sentimiento, no se resistió, y solo protestó contra la violencia que se le hacía bajo la vandera de su augusto protector, y dió gracias á los Oficiales de la Plaza por la buena voluntad que le habian manifestado. Un Mandarin anciano, de los que habian sido Embajadores en Francia, se presentò despues para conducirla á la ribera, y llevarla à Siam con su hijo. Su ultimo paradero, y colocacion fue en las Cocinas de Palacio.

Orleans. 1688.

Habiendo cesado con la vuelta de la Señora Constance el incidente que habia causado su fuga, para la capitulacion de Bancok, se efectuó finalmente su conclusion; y estando todo dispuesto, se alzaron ancoras la tarde del 29 de Noviembre, y se tomó el rumbo de Pondicheri, adonde se llegò à principio de Febrero de 1689.

Los Franceses de Mergui habian yá pasado alli hacía quince dias. Mr. de Bruan, que los mandaba, se habia señalado en muchas aventuras muy extraordinarias. Habia tomado posesion de la Plaza en el mes de Marzo ultimo, con todas las satisfacciones que podia desear. Habiasele surtido con abundancia, de viveres, instrumentos, y trabajadores; y habiendose aplicado desde luego á fortificarse, habia yá adelantado mucho sus trabajos, quando notò que poco à poco desertaban sus trabajadores, y que los Mandarines de la Provincia no le tenian yà el mismo respeto que antes; y se aumentaron sus rezelos con una contienda que tubo con el Gobernador de Tenaserim. Los Siameses habian hecho en Mergui un Fuerte pequeño, dominado por una altura, que estaba fortificada; y como la guarda de estos dos puestos hubiera costado demasiado trabajo à una Guarnicion de ciento y veinte hombres, habia ordenado la Corte que se demoliese el Fuerte inferior, luego que el superior estubiese en estado de defensa. Mr. de Bruan quiso executar esta orden; pero el Mandarin se opuso à ella, y el Correo que el primero despachó para quejarse al Ministro, fue cogido en el camino. Al mismo tiempo,

ORLEANS. 1688.

po, conociendo por otros avisos los Franceses, que se formaban malos proyectos contra ellos, hizo prevenir Mr. de Bruan un Navio pequeño Inglès, perteneciente à un Particular, y una Fragata del Rey de Siam, y los hizo estàr bajo el cañon del Fuerte. En este intermedio fue quando se le traxo la carta que Pitrachas habia obligado à Mr. Des Farges á escribirle, para hacerle salir de su Plaza. El estilo extraordinario de esta carta, que ademàs no estaba firmada, bastó para impedir á este Oficial obedecer á las ordenes que se contenian en ella.

Esta repulsa fue la señal de la guerra, que se empezò al instante con el sitio de la Plaza. Los enemigos, muchas veces rechazados, cesaron sus aproches, para levantar una batería junto à un Pagodo inmediato al Fuerte, que batieron desde luego con bastante succeso; pero habiendo levantado los Franceses otra al lado opuesto, se desmontó inmediatamente la de los Sitiadores. Asimismo se les matò su Artillero, que era Portugués, y se les puso en tal desorden, que solo pensaron en hacerse dueños de la Plaza por hambre, lo que no hubieran logrado tan presto, porque habia todavia viveres, si el pozo de la Fortaleza no se hubiese arruinado de improviso; de suerte, que faltando el agua, resolviò la Guarnicion retirarse, lo que hizo en tan buen orden el 24 de Junio, que creyendo los Siameses que se les iba à atacar, huyeron á toda priesa, y dejaron à los Franceses el paso libre hasta el mar.

El embarco se hubiera hecho con quietud, si al bajar à la ribera, algunos Soldados, que se escurrieron por lo escarpado, y humedo de la cuesta, no hubiesen caído sobre los que estaban delante, y causadoles con esto un terror panico, que les hizo romper las lineas, y correr desordenados hácia el Navio. Notandolo los Siameses, vinieron à dàr sobre ellos en grande número, y les mataron algunos Soldados. Otros se ahogaron, y entre ellos un Capitan nombrado Hitton, con una parte de su Compañia. Bruan y sus Oficiales, que habian sostenido con valor los esfuerzos de los enemigos mientras que se embarcaban sus gentes, entraron los ultimos en los Navios; y despues de haber sufrido algunos cañonazos, que se les dispararon desde el Fuerte que acababan de abandonar, alzaron velas, sin que lo impidiesen las Galeras Siamesas, que salieron del Puerto para seguirlos, pero que no se atrevieron á acercar.

Habiendo entrado mezclados los Franceses, y Ingleses en las dos Embarcaciones, se desembarcó en una Isla para separarlos, y distribuir á cada uno sus provisiones, aunque con la condicion de asistirse mutuamente unos á otros; pero habiendo pasado voluntariamente los Ingleses à dos Navios Siameses, sobre el seguro de que á ellos no se pretendia hacer agravio alguno, fueron pues-

puestos en prision. La Fragata es cierto que se libertó de este riesgo, pero fue para dár en otro mayor, con motivo de una violenta tormenta, que la llevaba con tanta fuerza, que si el viento no se hubiese mudado de repente, iba à estrellarse esta Embarcacion contra una Isla inmediata.

ORLEANS. 1683.

A esta aventura se siguiò otra en las Costas de Martaban, en donde Espagnac, Misionero, y un Oficial nombrado Beauregard, habian desembarcado para buscar viveres en la primera Ciudad. En ella fueron desde luego bien recibidos por los habitantes, quienes les dixeron que era preciso pasar à Siriam à vér al Rey de Pegu, á quien pertenece Martaban, para lograr lo que solicitaban; añadiendo que este Principe se lo concederia sin dificultad; pero que entretanto era costumbre del País que los Navios Estrangeros desembarcasen sus municiones, y artillería. Fingiendo Beauregard admitir esta condicion, pidiò solamente el permiso de participarsela à su Comandante; y habiendolo logrado, le escribiò dandole quenta de la mala intencion de estos Pueblos. Para salvar las Tropas del Rey, se vió obligado Mr. de Bruan, aunque con mucho sentimiento, á abandonar de esta suerte dos personas, que estimaba. Las emboscadas que empezaban á ponerle en la embocadura de un rio en que habia entrado, le manifestaron, que si se hubiese detenido mas tiempo, no hubiera podido salir yá de èl. Despues se supo que la suerte del Misionero, y del Oficial habia sido la esclavitud.

Llegando la temporada de los uracanes, se retirò Mr. de Bruan á una Isla desierta, que unicamente presentaba por alimento algunas tortugas, y culebras gruesas. La escasèz de viveres habia reducido por ultimo á su gente á la ultima necesidad, quando à fines de Septiembre se descubriò desde bastante lexos un Navio, que venìa á abordar en la Isla. El temor que causò, se trocò al instante en el mayor gozo, quando habiendo ido á reconocerlo el Caballero de Hàlgòy, se supo, que este era un Navio Francès nombrado Nuestra Señora de Loreto, perteneciente á la Compañia de las Indias. De este encuentro se sacó mucha utilidad; y habiendose creido obligado en las circunstancias en que se hallaba, á detener esta Embarcacion para el servicio del Rey, repartió las provisiones, despues de lo qual tomaron juntos el rumbo de Bengala. Los vientos, y olas no les fueron mas favorables que hasta entonces, y adelantaron tan poco, que habiendo consumido enteramente sus viveres, se vieron otra vez en la precision de entregarse à la discrecion de los Indios en el rio de Aracan, en donde resolvieron descansar.

La memoria de lo que habia sucedido á Beauregard, no impidió al Caballero de Halgoy exponerse para salvar á los otros, ni pasar á la Capital del Paìs á pedir las cosas que se necesitaban.

Orleans. 1688. No siempre ha de acompañar la desgracia. El Rey de Aracan tenia un primer Ministro nombrado Le Duc, Francés de Nacion, el qual, contento de hallar en un País tan distante una ocasion tan singular de servir á su Rey, y à su Patria, dió con abundancia, y gratuitamente todo lo necesario para poner los Navios, y Tripulacion en estado de continuar el viage.

La fortuna parece se habia mudado en favor de nuestros Viageros despues de este feliz encuentro. Habiendo llegado á serles favorables el mar, y los vientos, habian entrado en el rio de Bengala, y se creían seguros en la rada de Balasor, quando catorce Navios Ingleses, que andaban hacìa tiempo à corso contra los habitantes del País, reconocieron la fragata del Rey de Siam, y alegaron, que estando en guerra con este Principe, tenian derecho para apoderarse de estas dos Embarcaciones. Mr. de Bruan esforzó sus razones; pero el Comandante Inglés tenia otra mayor en la fuerza de su Esquadra. Por esta causa, la defensa se reduxo á vanas protestaciones, y fue preciso tomar por Madras el camino de Pondicheri, adonde se llegó el 15 de Enero de 1689.

Hallandose otra vez juntos todos los Franceses de Siam, deliberaron entre sì sobre lo que habian de hacer en las circunstancias presentes. La resolucion, segun el P. Orleans, fue ponerse en estado de tomar satisfaccion de los Siameses, y que entretanto se avisaria al Rey de lo que acababa de pasar en Siam. Para executar la primera de estas idèas, añade, han ido á apoderarse de la Isla de Jonsalam, perteneciente á este Reyno; y para poner en execucion la segunda, se enviaron dos Navios, los quales, ignorando el estado de la Europa, fueron cogidos al pasar el Cabo de Buena Esperanza, y conducidos á Zelanda con muchos prisioneros; por cuyas cartas, y relaciones se han sabido todas estas circunstancias. El P. Tachard, que estaba para embarcarse con nuevas Tropas que enviaba S. M. Christianisima al Rey de Siam, no alteró nada en sus primeras disposiciones. Este P., y los tres Mandarines Siameses, que se han bautizado en Francia, han partido á bordo de una Esquadra, que ha alzado velas á principio del mes de Marzo de este año de 1690, en estado de no temer nada en el camino, y de hacerse respetar en el termino de su navegacion.

Ultimas explicaciones sobre la suerte de los Franceses de Siam.

LA Esquadra, que hizo vela en el mes de Marzo de 1690, al cargo de Mr. Du-Quesne, se componia de seis Navios, equipados todos, mitad en guerra, y mitad en mercaderìas por quenta de la Compañia Real de las Indias Orientales. De esta expedicion hay un Diario, intitulado *Diario de un Viage hecho à las Indias Orientales*, sin nombre de Autor, impreso en Ruan en tres tomos el año 1721, que parece haberse hecho para Mr. De Señelay, Secretario de Estado de la Marina, por un Escribiente de Marina nombrado De Challes, cuyo genio sincèro, y franco le habia grangeado la confianza de este Ministro. De él tomaremos aqui las noticias que quedan obscuras en el articulo antecedente, para acabar de satisfacer la curiosidad del Lector sobre la suerte de los Franceses de Siam. DE-CHALLES 1691.

El Oriflame, que llevaba á Mr. Des Farges, habia yá partido para Europa, sin haber emprendido nada contra la Isla de Jonsalam, quando Mr. Du Quesne llegò à Pondicheri con su Esquadra el 12 de Agosto de este año. Alli se supieron por menor las verdaderas circunstancias de la revolucion de Siam, de la qual no se tenian todavia mas que unas idèas confusas, y poco conformes á la verdad. Entre otras se supo que los Christianos eran siempre perseguidos, particularmente los Misioneros, que se veìan expuestos todos los dias á mas crueles tormentos. Solo los Jesuitas, dice el Autor, se han preservado, y su astuta politica les ha salido tan bien, que lexos de haber sido molestados en manera alguna, se les ha dado dinero porque se fuesen. Aqui se dice con bastante gracejo sobre esta diferencia de tratamiento, que el nuevo Rey de Siam tiene muy poco conocimiento de las gentes, si pretende despedir á los Misioneros con tormentos, y á los Jesuitas con dinero; y que antes bien esto es quererlos atraher, pues cada uno hallarà lo que solicita. Sea lo que fuere, el R. P. Tachard no quiere pedir á Pitrachas la confirmacion del Titulo de Embajador con que le habia honrado el difunto Rey; y hecho su viage de Siam, queda imperfecta su comision si las cosas no mudan de semblante.

El parecer general era siempre que la Esquadra que habia partido para Bengala no debia dexar de ir á Mergui. Todos, añade el Autor, lo desean, tanto para vengar á los Franceses, como para restablecer su honra, y para saquear los Pagodos de los

De-Challes 1691. Siameses, volviendo á dexar sus Idolos en su estado natural. En Francia se ha creido que estos Idolos son de oro; pero es una pura ilusion, y una mentira lisongera, pues solo están cubiertos de una hojuela, tan gruesa, todo lo mas, como nuestras monedas mas delgadas. Arrojaremos los Idolos; y á hachazos les quitaremos su vestido. Sus Talapoines ò Sacerdotes, gentes cobardes y afeminadas, no son capaces de resistirse à nosotros, y generalmente todos los Siameses solo son una vil canalla cobarde. Conozco yá mas de treinta Franceses en el Gallardo, que todos, como tambien yo, quisieran hallarse en este lance. No obstante, todos se engañaban, pues aunque la Esquadra tomò efectivamente este rumbo, era para dexar à los Mandarines en su casa con el respeto debido, y no para hacer agravio alguno á los Siameses. Sin embargo, fue preciso dexarlos en Balasor; y el Autor, que procura siempre divertir su Relacion, añade, tratando de los reveses que padeció la Esquadra en el Golfo de Bengala: Estos Idolos de Mergui son muy dificiles de desnudar, y sin duda guardarán siempre su vestido. Parece que el Diablo los protege, y que no quiere que caigan en nuestras manos.

Pero volvamos à los Franceses de Siam, cuya suerte fatal ignoraba el Autor quando partiò de Pondicheri para volver à Europa. Su arribo à la Martinica le presentó ocasion de informarse de ella. Mr. Des Farges, dice, ha muerto à esta parte del Cabo de Buena Esperanza, y hacía unos dos meses que se le habia sepultado en el mar, quando llegò à la Martinica el Navio el Oriflame. Habiase embarcado en este Navio al salir de Bancok, Fortaleza Francesa, que hubiera podido, y debido defender contra todas las fuerzas de Pitrachas. Sus dos hijos, tan valerosos como cobarde el padre, le acompañaban, sin haberse olvidado de llevar las riquezas inmensas que Mr. Constance le habia confiado; riquezas, unica causa de la pérdida de Siam, de la muerte del Rey, de Mr. Constance, y de otros muchos; riquezas, que han sido causa de que la Princesa de Siam haya sido abandonada, aunque hija unica, y heredera del Reyno, que destinaba con su mano para el joven Marqués Des Farges; riquezas, que motivaron la ruina de la muger, y hijo unico de Mr. Constance, entregados à Pitrachas con la mas indigna cobardia que nunca se ha visto; unicamente porque si la madre ó el hijo hubiesen pasado á Francia, hubiera sido preciso que los buitres que partian la presa, la hubiesen soltado de las uñas: finalmente, para colmo de desgracias, riquezas, causa de la persecucion que los Christianos han padecido, y padecen todavia allí. Los proprios hijos de Mr. Des Farges no lo han ocultado; y lo que he sabido de cierto sobre este asunto, es lo siguiente.

Luego que llegaron à esta Isla, su primera diligencia fue hacer

cer en ella amistades, lo que lograron facilmente, pues ambos bien formados, de buen talento, en la flor de su edad, y esparciendo el dinero á manos llenas, hallaron lo que buscaban, empleando los dos meses, que permanecieron aqui, en banquetes, bayles, y otras diversiones. Se tiene por constante, que han gastado cada uno mas de cincuenta mil pesos en sus desordenes; y quando el Intendente, en presencia de Mr. Clé, uno de los Capitanes de la Colonia, les dixo en la mesa que hacian muy mal de entregarse tanto á sus placeres, haciendo tan poco tiempo que habia muerto su padre, los dos hermanos, como de acuerdo, le respondieron unanimemente, que por mucho que se alegrasen, nunca era bastante por la muerte de un hombre, que habia quitado la Corona de Siam al primogenito, y el Generalato al segundo, y al qual toda la bondad del Rey no le hubiera libertado de la horca en Francia, si se hubiese llegado á entender su cobardía. El mismo Mr. Clé es el que me ha contado este pasage, como testigo ocular. Mr. Jubert, General de los viveres en el Fuerte San Pedro, me lo ha certificado; y Fanchon, una Señora de la Isla, me ha asegurado tambien, que el Caballero se lo habia repetido muchas veces: Bello epitafio hecho por los hijos en alabanza de su padre. DE-CHALLES 1691.

Para concluir su desgracia, se embarcaron á fines del mes de Marzo ultimo, con el animo de volver á Francia. El Oriflame, al salir de las Islas, fue atacado por un Navio Inglés. Mr. De la Estrille, ni Mr. Des Farges no eran gentes para rendirse ò ceder. Los Navios se abordaron, y los dos fueron à pique. Esto es lo que se ha sabido por los Caraibes, que han visto el combate desde la Isla de Santa Lucia. Sea lo que fuere, no se ha oído hablar de ellos despues; y deselpero que se tengan en Francia noticias de Siam por este Navio.

Hasta aqui hemos reservado un articulo muy curioso, que puede servir de alguna ilustracion. Hallandose el Caballero de Forbin el año 1695 en Cefalonia, en donde habia nacido Mr. Constance, tubo la curiosidad de preguntar por sus parientes. „Yá hacía mucho tiempo, dice, que habia olvidado todo lo „que me habia hecho padecer en Siam, y sus desgracias le habian „restituido de tal modo á mi primera amistad, que despues de „su muerte, que verdaderamente me causó compasion, mi uni„co anhelo fue servir en algo á su familia; y noticioso de que en „el Lugar de la Custode tenia un hermano, fuí à buscarle al ins„tante; y despues de varios cumplimientos, le dixe que en Pa„rís habia cantidades muy crecidas, que habia enviado Mr. „Constance con el P. Tachard, á la vuelta de su primer viage. „Yo estaba muy bien informado de este articulo, que me habia „confidenciado el mismo Mr. Constance: prueba de lo que he

„di-

DE-CHALLES 1691.

,, dicho en otra parte, que este Ministro, en el establecimiento
,, que hizo de los Franceses en Bancok, no tenia otra mira, que
,, asegurar la proteccion de la Francia, adonde hacía tambien
,, cuenta de retirarse, si llegaba à mudarse el estado de sus nego-
,, cios. Persuadido su hermano con lo que le habia dicho, se de-
,, terminó á pasar á Francia en mi Navio, en donde le hize to-
,, dos los agasajos posibles. En París recogió crecidisimas canti-
,, dades de dinero; pero llegó à tanto la ingratitud de este hom-
,, bre, que no solo no me dió gracias, sino que aun no vino à
,, despedirse de mí quando partiò para su Patria. '

Sin duda los dos Navios cogidos en el Cabo de Buena Esperanza, fueron los que llevaron à Holanda la relacion de Mr. Des Farges, ò à lo menos, quando se publicò alli, no se habia visto ninguna por parte de los Franceses. El Editor no explica por qué medio habia llegado á sus manos este manuscrito; pero tiene seguridad, dice, de que à los Lectores juiciosos no costarà trabajo reconocer los rasgos originales que se han notado en toda la obra. Estos Navios se nombraban la Maligna, y el Coche. Mr. de Armagnan, que comandaba el ultimo, tenia en su bordo quatro Misioneros Mathematicos, que desearon hacer observaciones en el Cabo de Buena Esperanza. El Capitan, dudando si se estaba en paz ó en guerra con los Holandeses, queria continuar su rumbo; pero tubo la flaqueza de rendirse à las instancias, y amenazas de estos PP. Luego que se viò cogido, acudió á la Santa Barbara con la pistola en la mano, resuelto á pegar fuego á la polvora. Un Artillero, que lo notó, le hirió por detrás con una partesana, y le atravesò el corazon. La pistola se disparó; pero no prendiò el fuego; y entrando los Holandeses al tiro, se apoderaron del Navio, cuya carga estaba valuada en dos ò tres millones. Lo mas que pudieron hacer los Oficiales, fue pedir se les entregase el miserable que tan indignamente habia muerto à su Capitan, lo que no tubieron dificultad en hacer los Holandeses; y al instante se le ahorcó. Estos Oficiales fueron tratados con mucho agasajo, y todavia mas los Misioneros, à quienes reconociò deber el Gobernador del Cabo dos presas tan ricas. De Challes sabìa estas particularidades del Armero de su Navio, que habia estado en el *Coche*, en donde el valeroso Armagnan perdiò tan indignamente una vida, que iba à sacrificar à la gloria.

Su-

Suplemento á la descripcion de los Reynos de Laos, y de Camboya.

Estos dos Reynos, que firven de limites à los Estados de Siam por el Septentrion, y Oriente, estàn fituados junto à un mifmo rio, que faliendo de las montañas del Pegu, atraviefa una extenfion de Paìs, de unas trefcientas leguas, y viene á defaguar en el mar, al Est del Golfo de Siam. Este rio tiene el nombre de Menon, ó mas bien Mecon, y algunas veces fe le dà tambien fimplemente el de rio de Laos, ò de Camboya. *Suplemento.*

El poco conocimiento que fe tiene de lo interior de estas Comarcas, fe debe à unos Holandefes que fubieron el Mecon el año 1641, defde Camboya hasta Winkjan, Capital del Paìs de Laos, en donde refide el Rey. (Esta Ciudad està feñalada a doscientas y cinquenta millas fubiendo el rio. Otros nombran á la Capital Langione ó Lantchang.) La caufa de este viage fue una Embajada, que el Gobernador de Batavia enviaba á este Principe, con cartas, y regalos. Los Holandefes, que fe habian embarcado en Camboya en Piraguas pequeñas, emplearon once femanas en hacer el viage. En algunos parages encontraban muy ancho el rio, y en otros muy angosto, y lleno de peñafcos; y aun muchas veces, para no dàr en las efpantofas cataractas que fe oponian á su pafo, tenian que defcargar fus efectos, y llevarlos al hombro un pedazo de camino.

A trechos en la ribera fe prefentaban Pueblos, y Aldèas, bastante bien construidas à la moda del Paìs. Los lugares mas notables fon Loim, Gokelok, Looim, Simpou, Sombok, Sombabour, Baatfiong, Pueblo pequeño à veinte y dos jornadas mas arriba de Camboya, en otro tiempo la refidencia de fus Reyes; Namnoy, en donde fe halla mucho oro, à algunas jornadas de las fronteras de Laos; Basak, Ocmum, Naewein, Samfana, Beenmook, Saymoun, Tapanom, y Lochan, Ciudad pequeña fujeta al Rey de Camboyá, que tiene en ella un Virrey; Huysoun, Pueblo famofo por la bondad, y abundancia de fus telás de seda; Meunhok, Ciudad de comercio bastante grande, à donde llevan los Laos todas fus mercaderias; y otros muchos parages menos confiderables. Afimifmo fe encuentran montañas muy altas, y algunas Islas formadas por el rio, que fe nombran las Islas de Saxenham.

Luego que llegó el Embaxador, nombrado Gerardo Van-Wusthof, á las inmediaciones de la Capital, vinieron algunos Oficiales á regiftrar en particular fus cartas, antes que pafafe á en-

Suplemento. entregarlas. Examinadas estas cartas, y halladas bien arregladas, vinieron á buscar al Embaxador, y su comitiva tres Piraguas grandes, montada cada una por quarenta Remeros. Las cartas se colocaron en la principal, en una vasija de oro, debajo de un dosèl magnifico: los Holandeses siguieron detràs. Un Tevinia, ò Virrey particular estaba encargado de conducirlos à la habitacion que les habia hecho prevenir el Rey, en la que los cumplimentó otro Tevinia en nombre de este Principe, quien les mandò dár refrescos, y algunos regalos. De alli à poco se señaló el dia de la Audiencia, à la qual fue introducido el Embaxador con mucha pompa. Un elefante llevaba la carta del Gobernador General en un Doulang, ó vacía de oro, y otros cinco elefantes eran para el Embaxador, y su gente. Pasòse por delante del Palacio del Rey, enmedio de dos filas de Soldados, en numero de unos cincuenta mil (Este es sin duda error del original por cinco mil), y finalmente se llegò junto à una de las puertas de la Ciudad, cuyas murallas eran de piedra encarnada, bastante altas, y cercadas de un foso ancho, seco, pero lleno de malezas. Despues de haber andado todavia un quarto de legua, se apearon los Holandeses de sus elefantes, y entraron en las Tiendas que se les habian hecho poner, mientras llegaban las ordenes del Rey. El llano estaba lleno de Comandantes, y Soldados, montados en elefantes, ò caballos, y acampados asimismo en Tiendas.

Pasada una hora, se dexò vèr el Rey encima de un elefante, saliendo de la Ciudad con una guardia de trescientos Soldados, armados unos de mosquetes, y otros de espadas. Detràs de ellos venian muchos elefantes, montados todos por Oficiales armados, y seguidos de una tropa de Musicos, y de bastantes Soldados. El Rey, á quien saludaron los Holandeses al pasar por delante de sus Tiendas, no les pareció mas que de veinte y dos á veinte y tres años de edad. Poco tiempo despues desfilaron tambien sus mugeres sobre diez y seis elefantes; y luego que las dos comitivas estubieron apartadas de la vista del Campo, volviò cada uno á su Tienda, á donde hizo llevar el Rey la comida para los Holandeses.

A las quatro de la tarde fue convidado el Embaxador á la Audiencia, y conducido por medio de una Plaza grande, á un espacio quadrado, rodeado de murallas, con muchas ventanas. En medio se veía una pyramide grande, cuya cima estaba cubierta de planchas de oro, del peso de unas mil libras. Este monumento se miraba como una Deydad, y todos los Laos venian á rendirle sus adoraciones. Los regalos de los Holandeses se llevaron, y dexaron descubiertos à catorce ò quince pasos del Principe. Despues se conduxo al Embaxador à un Templo grande, en donde estaba el Rey con todos sus Grandes, y alli le hizo la re-

ve-

verencia acostumbrada, con una vela en cada mano, y dando tres veces con la frente en el suelo. Despues de los cumplimientos usados en semejantes ocasiones, le regalò el Rey una vacía de oro, y algunos vestidos, sin olvidarse de los de su comitiva. Tambien se tubo la diversion de un combate fingido, y de una especie de bayle, que se concluyò con un Castillo de fuego muy hermoso. Aquella noche la pasaron fuera de la Ciudad, y tambien el Rey, de que no habia exemplar; y á la mañana se les volvió à llevar á su alojamiento con quatro elefantes. Desde este dia se regaló muchas veces al Embaxador en la Corte, y se procuró tenerle todas las diversiones creìbles. Despues de haberse detenido aqui por dos meses, partió muy satisfecho del exito de su Embaxada, para volver à Cambodia, adonde tardó quince semanas en llegar. *Suplemento.*

El País de Laos està situado en el centro de siete Reynos, que son la China, el Tunquin, Quinam, Pegu, Siam, Chiampa, y Camboya. Su mayor extension es entre la China, y el Pegu. El Rey de Laos vivia en mala inteligencia con sus vecinos: habia rehusado recibir las cartas del Rey de Tunquin, y el de Camboya le habia vuelto á enviar las suyas. Los Peguanos le hacian una guerra continua; pero el comercio estaba bastante bien establecido entre sus Estados, y los de Siam, y de la China, aunque la comunicacion no fuese muy facil, à causa de las montañas que hay enmedio, cuyo paso es arriesgado por las muchas fieras. Estos viages son además muy largos, empleando regularmente los Siameses quatro ò cinco meses para venir, y tres para volver á su Paìs. Tienen carretas pequeñas, tiradas por bufalos, las que emplean para llevar sus mercaderias, que consisten la mayor parte en todo genero de telas rayadas, que truecan por oro. Algunas veces se ven llegar hasta ciento de estas carretas juntas, como una especie de Carabana. Los Chinos vienen de dos à dos años una vez à Meunswa, lugar famoso en las fronteras del Pegu, de donde bajan el rio en Piraguas, y llevan tambien alli hermosas telas de seda.

Este Reyno produce crecida porcion de benjuí, el mas exquisito de todo el Oriente. En él se halla mucho oro, almizcle, goma de laca, cuernos de rinoceronte, colmillos de elefante, pieles de ciervo, y de otros animales, y seda. Las mercaderias que mejor se despachan en el Paìs, son toda especie de telas rayadas, y de seda, el coral de la China, el hierro, y principalmente la sal, que se paga á peso de oro. Los viveres se hallan aqui con abundancia, y muy varatos.

La mayor parte de las rentas del Rey consiste en oro, goma de laca, benjuí, colmillos de elefante, &c. Cien familias estàn obligadas á darle entre todas un quarteron de oro al año;

Suple mento.

lo que, respecto la multitud de los habitantes, no dexa de formar un objeto muy considerable; pero la manutencion de los Pagodos es otro, en que se invierte casi enteramente el producto del primero.

El Rey es independiente, y no tiene otras leyes que su voluntad, que obedecen sus Vasallos sin repugnancia. Solo hay tres empleos ò dignidades principales en el Reyno, cuyo gobierno està repartido entre los que los gozan, con el titulo de Tevinia. El de Virrey general es el primero; y quando muere el Rey, dispone de todo como Soberano, hasta que el succesor haya sido reconocido; y si no se encuentran herederos legitimos, es el primero que puede aspirar á la Corona, porque la costumbre de los Laos no concede derecho alguno á los hijos de las concubinas. Este Oficial era Gobernador de Winkjan, y de la Provincia que produce el benjuí. El segundo tenia el gobierno de la Provincia de Namnoy, que por sus minas de oro es la mas rica del Reyno. Su poder era casi igual al del primero; pero la autoridad del tercero estaba muy limitada. Estos tres Virreyes gobernaban el País con mucho orden, y prudencia, y solo daban cuenta al Rey una vez, en dos ó tres meses, en general, de lo que habia pasado en su Departamento. El P. Marini, que divide el Reyno de Laos en siete Provincias, les dá otros tantos Virreyes particulares, que tienen, segun dice, poder igual cada uno en el gobierno que se le confia. Estas Provincias tienen su Milicia particular, que se mantiene con las rentas que se le señalan, tanto en tiempo de paz, como en el de guerra. Segun la relacion de los Holandeses, el Rey de Laos puede poner, en caso de necesidad, un Exercito de ochenta mil hombres en campaña.

Camboya, ó Camboye, que algunos nombran tambien Cembodia, Camboje, y Camboge (cuya variedad de nombres nace de la dificultad que tienen los Europèos en ajustar su ortografía á la pronunciacion Siamesa), tiene por término al Norte el Reyno de Laos; al Oriente, los de la Cochinchina, y de Chiampa; al Medio dia, y al Poniente, el mar, y los Estados del Rey de Siam. Forma como un valle grande entre dos cadenas de montañas, que se estienden del Nord-Ouest al Sud-Est, y que lo separan de los Reynos de Siam, y de la Cochinchina.

Eauweck, Capital de todo el Reyno, cuyo nombre tiene tambien, es la unica Ciudad que merece alguna atencion. Su situacion junto al Rio Mecon (á sesenta leguas de su embocadura) es de las mas agradables. El Rey reside en ella en un Palacio muy simple, cercado de una empalizada en forma de claustro, de seis pies de alto; pero lo defiende un grande numero de cañones de la China, y veinte y quatro piezas de artilleria, que se salvaron del

nau-

naufragio de dos Navios Holandeſes en las coſtas de eſte Reyno. Dentro de la empalizada eſtán las caballerizas de los elefantes, cada uno de los quales tiene la ſuya. Lo interior del Palacio, aunque de madera, eſtà dorado, y plateado, y todo tiene un lucimiento admirable. El ſegundo adorno de la Ciudad es un Templo, de eſtructura ſingular, y cuyo arte y hermoſura ſe celebra. Soſtienenlo unos pilares de madera, barnizados de negro, con follages y relieves dorados. El ſuelo es aſimiſmo precioſo, y ſe conſerva con eſteras, y alfombras magnificas. Todas las caſas eſtan unidas à lo largo de un dique. *Suplemento.*

Además de los naturales del Paìs, habitan la Ciudad Japones, Portugueſes, Cochinchineſes, y Malayos, de los quales, unos eſtán eſtablecidos en ella, y otros ſolo el tiempo neceſario para hacer ſu comercio. Los Holandeses han tenido alli una Factoría en diverſos tiempos; pero las traiciones à que ſe han viſto expueſtos por parte de eſtos Pueblos, les han obligado à abandonarla deſpues: además, que la mayor parte de las mercaderias que ſe ſacan de Camboya, y de Laos, ſe pueden encontrar en los Eſtados inmediatos, endonde todavia tienen Factorìas, principalmente en Siam, de donde el primero de eſtos Reynos es al preſente tributario. El País es fertil, pero eſtà mal poblado, y lleno de agua, montañas, y ſelvas. La extenſion de él no es conocida; y ſus producciones vienen à ſer las miſmas que las del Reyno de Laos.

El gobierno de las Plazas, Ciudades, y Pueblos eſtà confiado á los principales Oficiales del Reyno, que ſe nombran Okneas, ò Okinas, y que componen à un miſmo tiempo el Conſejo del Principe. Delante de ellos ſe ven los Pleitos, de que dán cuenta al Rey; y lo que S. M. decide, ſe executa, ſin que ninguna de las Partes ſe atreva á quexarſe. Los Okneas ſe diſtinguen en la caxa de oro para el betél, que hacen llevar delante de sì, ò que tienen en las manos. Las demás perſonas de diſtincion ſolo pueden uſar de caxas de plata, y lo miſmo los Oficiales ſubalternos, que ſon los Tonimas, ò Tonimes, y que ſe ponen detrás de los Conſejeros, que eſtan ſentados en media luna al rededor del Rey en las ocaſiones de ceremonia. El principal Oknea hace las propoſiciones al Principe; pero procura no decirle coſa que le pueda diſguſtar.

Los Sacerdotes ocupan el primer lugar en el Eſtado, y ſe ponen delante de los Okneas junto á la perſona del Rey, con quien hablan con mucha familiaridad. Afeytanſe la barba, la cabeza, y los parpados, como los Talapoines de los Siameſes. De eſtos Sacerdotes hay tambien muchiſimos en los Eſtados de Camboya, y de Laos, y ſe eſtiende ſu poder aun á los negocios civiles. Tienen un Superior particular, con el titulo de Raja Pourſon, ò de Rey de los Sacerdotes, que reſide en Sombapour, en las fron-

Suple-mento. fronteras de los dos Reynos. Eſte tiene baxo ſus ordenes un Tevinia, y algunos Oficiales ſubalternos, con quienes decide todos los negocios de ſu diſtrito. Todos los Barcos que llegan à Sombapour, tienen que darle una relacion de ſu carga, que acompañan con algunos regalos. En el Paìs, principalmente en el de Laos, ſe vé un grande numero de piramides, y Pagodos, unos de madera, y otros de piedra; pero todos bien dorados por dentro, como tambien ſus Idolos. Los Laos dicen, que ſu Dios es mas poderoſo que el de ſus vecinos. Reverencian á ſus Sacerdotes, como á unos ſemi-Dioſes, y proveen abundantemente à ſu manutencion; por lo qual no ſe les predica otra obligacion que la de adorar à eſtos Idolos, y hacerles ricas ofrendas, para tenerlos mas gratos. A eſtos Sacerdotes ſe permite una muger; pero no á los de Camboya.

El P. Marini, yà citado, habla de los Talapoines de Laos en eſtos terminos: Se les debe tener, dice, por la gente mas mala del Pueblo, pues ſon perezoſos, y enemigos del trabajo. Sus Conventos ſon otros tantos Colegios, y congregaciones de hombres vicioſos, á quienes el orgullo domina, y ciega luego que ſe han agregado á eſte Cuerpo, que, ſegun ellos, es el primero del Eſtado. Los delirios que han imbuido al Pueblo, y que publican como principios de ſu Religion, ſon extremadamente ridiculos. Figuran á un bufalo, que ha formado la naturaleza con todos los defectos imaginables, que produce una calabaza llena de hombres blancos y negros: quatro Dioſes, que han gobernado al Mundo diez y ocho mil años antes de ſu renovacion, y que ſe han retirado deſpues á una coluna muy ancha, y eſpacioſa, erigida hàcia el Nord, &c. Semejantes viſiones, acompañadas de coſtumbres corrompidas, ſolo ſervirian para hacer al Pueblo tan vicioſo como ſus Sacerdotes, ſi la ſeveridad de las Leyes no puſieſe freno á la licencia.

Al Sud-Eſt del Reyno de Camboya ſe halla tambien el de Chiampa; pero es de tan corta extenſion, que no ha merecido la atencion particular de los Viageros. Tiene por limites al Nord los deſiertos de la Cochinchina, otro Reyno, cuya deſcripcion ſe ha dado en el Tomo IV. de eſta Recoleccion, con las del Tunquin, y de Arrakan; y las Relaciones Holandeſas del miſmo Tomo, han dado yà á conocer los Reynos de Patane, Pahan, Johor, y de Malaca, &c. que forma la Punta mas meridional de la Peninſula, al otro lado del Gange.

Su-

Suplemento al Viage de Beaulieu.

LAS correcciones, y aumento que se ha hecho en la descripcion de Sumatra, dexan poco que decir por lo tocante á la Geografia de esta Isla, de que la Relacion antecedente dà una idea general bastante exacta, y muy distinta; pero un articulo particular, aunque representado yá por dos Viageros diferentes (Beaulieu, y Graaf), no disgustará en la narracion de otro, que es el P. de Premare, quien hizo la descripcion de la Ciudad Capital del Reino de Achen en 1699. (Algunos escriben Achem, pero con poca razon. Achen, ò Achin se acercan mas á la verdadera pronunciacion de este nombre, que es Atsjeb segun Valentin.) Todo quanto se vè en ella, dice el Misionero, es tan singular, que he sentido muchas veces no saber dibujar, para demostrar en algun modo lo que me es casi imposible explicar con palabras. Es necesario figurarse una selva de cocoteros, de bambus, ananas, y bananeros, por medio de la qual pasa un hermosisimo rio lleno de barcos: poner en esta selva un numero muy grande de casas, hechas de cañas, y dispuestas de modo, que tan presto formen calles, y tan presto barrios separados; cortar estos diferentes barrios con prados, y bosques; estender por todas partes en esta dilatada selva otros tantos habitantes como en nuestras Ciudades mas pobladas, y se formará una idea bastante conforme de esta Ciudad, si se puede dàr tal nombre à un monton confuso de arboles, y casas, que no dexa de agradar à los Estrangeros. *Suplemento.*

La situacion del Puerto de Achen es admirable, el anclage excelente, y toda la costa muy sana. El Puerto es un estanque grande, cerrado por el lado del mar por dos ó tres Islas, que forman entre sí diferentes canales. Desde la rada no se vé la menor apariencia de la Ciudad, porque los arboles altos, que guarnecen la ribera, ocultan todas las casas; pero además de la perspectiva, que es muy hermosa, nada recrea tanto la vista como la infinidad de Barcos pescadores, que salen del rio al amanecer, y no vuelven hasta el anochecer. Para entrar en el rio se toma una vuelta bastante grande, à causa de un banco de arena que hay en su embocadura. Despues se sigue, un quarto de legua largo, entre dos bosques pequeños de cocoteros, y otros arboles, que se mantienen siempre verdes. Por entre estos arboles se empieza á descubrir alguna parte de la Ciudad. Desde luego me pareció como aquellos países, en que la imaginacion de un Pintor, ó de un Poeta junta à un tiempo las imagenes mas divertidas de la campaña. Por lo que toca à la Ciudad misma, se puede atender á la descripcion de De Graaf, que parece ha seguido Valentin. El ultimo dá de ella un Plan, de que hemos

Suplemento. mos usado. De èl, asimismo, vamos à tomar algunas noticias sobre otros lugares de la Isla.

Pedir, á que se dá el nombre de granero de Achem, no merece yà el titulo de Ciudad grande, que le dà Beaulieu. Al presente solo es un Pueblo abierto por todas partes, en donde, à excepcion del Palacio del Rey, de algunas Mezquitas, y de quatro, ó cinco casas de Grandes, no se vén mas que unas infelices cabañas de bambus. Quince leguás al Est de Pedir, está Sumorlanga, y algunas mas allá, siempre al Est, Passanga, de las que no habla este Viagero, y que solo son simples Aldeas, compuestas de doscientas, ó trescientas familias. Pasi, ò Pacen, era antiguamente una Ciudad muy cèlebre, situada en la punta oriental de la Isla; pero en el dia solo es un Pueblo infelìz, abierto, de unas quatrocientas, ó quinientas familias. Desde allì, tirando hàcia el Nord, se encuentra el Reyno de Delli, que está cincuenta leguas al Sud Est de Achen. Despues se pasa Tanjong-Bouro, las tierras de Aroe, y Campala, inmediatamente al Nord de la Linea.

Al Sud del Equador, bajo del primer grado, se encuentra el Reyno de Andragiri, que está sujeto à los Holandeses, en donde tienen una Factoría para el oro, y la pimienta, que se coge en esta Comarca. La Villa de Andragiri es bastante considerable, y está en buena situacion para el comercio, junto à un rio grande, poco apartado del mar. Jambi, Capital de otro Reyno de este nombre, es una Ciudad hermosa, situada á la orilla de un rio navegable, à veinte y cinco millas del mar, bajo el segundo grado de latitud meridional. Depende de un Reyno particular, y en ella se hace un comercio grande de oro, y de pimienta. La Factorìa que los Ingleses tenian alli en tiempo de Beaulieu, fue saqueada en 1639 por sus propias gentes. Los Pueblos de Palimban han sacudido el yugo de los Reyes de Bantam, ò mas bien de Sousouhanan, Emperador de Java, y han elegido un Rey, que ha llegado á ser con el tiempo un Principe poderoso. Los Holandeses quemaron su Ciudad en 1670; pero se han reconciliado despues. Su Factoría está enfrente del Palacio Real. En Palimban, que es uno de los principales lugares de comercio de toda la Isla, se vèn todavia muchos edificios hermosisimos. El rio que lo riega, desagua en el mar por tres embocaduras grandes.

Entre la punta oriental, y la occidental de la parte meridional de la Isla, que guarnece el Estrecho de la Sonda, se encuentran dilatados desiertos, en la extension de unas cincuenta millas, en donde solo se halla el Pueblo de Dampin, y una Ciudad nombrada Lampon, muy bien poblada. Los habitantes hablan una lengua particular, y están sujetos al Rey de Bantam, como tambien los Pueblos del Paìs de Sillebar, en la Costa occidental de

la Isla. Despues de Sillebar, subiendo al Nord hàcia la Linea, se llega à Bancoulo, Villa, que pertenecia antiguamente á los Holandeses, y en la qual se han establecido los Ingleses en una Casa bien fortificada. Bancoulo està situada á los tres grados y medio de latitud meridional; y un grado mas allà, al Nord, se encuentra Indrapoura, Ciudad Capital de un Imperio de este nombre, gobernado por un Principe poderoso, aunque la mayor parte de sus tierras estàn bajo la proteccion de la Compañia Holandesa, que tiene aqui una Casa, adonde se trae la pimienta de las inmediaciones. El ayre es en ella muy enfermo, tanto para los Naturales, como para los Estrangeros. Mas adelante, internandose en las tierras, hay otro Imperio, conocido con el nombre de Manincabo, cuyo dominio se estiende, no solo à el País alto, sino tambien á lo largo de la Costa, en donde el Gefe de la Factoría Holandesa de Padang manda en calidad de Sedhouder del Emperador, con beneplacito de la Compania. Este Principe nunca baja de sus montañas, pero envia de tiempo en tiempo uno de sus hijos ó alguno de sus Cortesanos, para tratar con los Oficiales de la Compañia Holandesa, que posee tambien muchas tierras en propiedad en esta comarca, desde Chinko ò Sinkel, hasta Sillebar, que son sus limites al Norte, y al Medio-dia. Serìa cosa molesta referir, con el Autor, los simples nombres de un grande numero de Lugares, que no se hallan además en la mayor parte de los Mapas. Entre estos limites se cuentan unos sesenta Pueblos, ó Aldeas, que comunican sus nombres á otros tantos rios, junto à los quales estàn situados. Una parte de estos distritos produce oro, y la otra pimienta. De la Factorìa de Padang, cuyo Gefe tiene el titulo de Comendador, dependen algunas otras Factorías menores de esta Costa. La mayor parte de los Pueblos que la habitan desde Sillebar hasta el otro lado de la Linea, se han refugiado voluntariamente bajo la proteccion de la Compañia, que los ha recibido á titulo de Aliados.

Suplemento.

En esta comarca es donde principalmente se halla la arena de oro, que distingue la Isla de Sumatra de todos los demàs Países de las Indias Orientales. Alli hay muchisimas montañas, que estan llenas de este precioso metal, particularmente en medio de las Islas; pero los Pueblos hacen poco caso de las mas ricas minas. Contentanse con registrar los arroyos despues de las grandes lluvias, y revolver la arena, y entre las piedras, endonde regularmente hallan pedazos de diferentes tamaños, de oro puro, y cuyo peso es desde 2 adarmes, hasta 2 ó 3 onzas. Estos pedazos algo gruesos son bastante raros; pero esto prueba à lo menos, que las minas de donde salen, deben de ser muy abundantes. La arena de oro, que es la especie que mas frecuentemente recogen los habitantes, se vende por lo regular sobre el pie de 8 reales el tael, si su calidad es de 6 mases.

Suple mento. ses. Llevanla á los Holandeses, que hallan mas utilidad en comprarla de ellos por trueques, que en trabajar sus minas de Sillida. Por varias veces se ha emprendido este trabajo, pero siempre con mal exito, y aun con alguna perdida.

Los Holandeses, dueños en algun modo, del comercio de la pimienta y del oro de Sumatra, no lo son menos de las Potencias de esta Isla. Se ha visto que poseen la mayor parte de la Costa occidental; y lo que queda al otro lado del segundo grado de latitud septentrional, y que forma los Estados de Achem, no merece atencion alguna. La principal fuerza de este Reyno, se reduce casi toda à su Ciudad Capital, que es de poca importancia.

El Rey que reynaba en Achem en tiempo de Beaulieu, y cuyas crueldades inauditas deben haber excitado la curiosidad del Lector sobre la suerte de un monstruo tan execrable, no murió hasta 1641, despues de haber ocupado el Trono por treinta y cinco años. De Graaf, que estaba entonces en Achem, refiere que este suceso fue causa de grandes disturbios, que costaron la vida á mucha gente. En los quatro, ó cinco primeros dias, estubieron cerradas todas las Factorías de los Estrangeros. Por ultimo, la Reyna, viuda del difunto Rey, fue proclamada por Gobernadora. Despues se dispuso la pompa fúnebre, que se hizo con una magnificencia, verdaderamenre Real. Ademàs de un grande acompañamiento de Principes, Señores, y personas distinguidas, hubo doscientos elefantes, cubiertos de seda, de tela de oro, y de bordados. Tenian armados los colmillos de panoures (especie de armas, cuya explicacion se ha dado yà) de oro y plata. Llevaban torres pequeñas quadradas, de donde colgaban muchas vanderas texidas de oro y plata. Tambien habia algunos Rhinocerontes, y caballos de Persia, cuyas guarniciones eran asimismo de oro y de plata, con borlas muy ricas. Un grande numero de mugeres del Rey cerraban la marcha. El cuerpo, que estaba en un atahud de Sewossa, metal compuesto de oro y cobre, y cubierto con un paño de tela de oro, se enterró en el sepulcro de la Familia Real, y fue llorado, por espacio de cien dias, por sus mugeres, y concubinas. Todos los dias se llevaban à èl refrescos, y tabaco, como si viviese; con lo que se mantenian estas mugeres con gusto, fuera de las horas destinadas à sus lamentaciones. Luego que el Rey estubo en el sepulcro, se hizo una descarga de la artillería de la Ciudad, lo que se repitiò toda la nocho, gritando continuamente: *Viva la nueva Reyna.* Esta Princesa ha gobernado el Reyno con mucha prudencia, y moderacion muchos años consecutivos. En 1660, tenia intencion de casarse con un Holandés; pero la Compañia no quiso permitirlo. Despues de su muerte, que fue en 1688, se eligiò otra Reyna, que reynaba todavia á principio de este Siglo; pero no tenia mas que una

som-

ſombra de la Dignidad Real. Todo el poder eſtaba repartido entre doce Orancayes. *Suplemento.*

Beaulieu ſe engaña, quando dice que el avuelo del difunto Rey habia sido coronado contra ſu voluntad por los principales Orancayes del Reyno. Segun Valentin, y otros, este era un Eſclavo libre, que abuſando del favor del Rey ſu Señor, ſe habia rebelado contra él, y habia uſurpado ſucceſivamente los Reynos de Pedir, y de Achen, deſpues de haber aſesinado á todos los Grandes que podian hacerle algun estorvo. Vicente le Blanc lo nombra Arjufar, y Van Meteren le dá un nombre Arabe, que explica de este modo: Alciden Rajetza Lillo Lahe Felalem. En otras partes de esta Recoleccion, como en el Viage de Davis, Tomo I., el de Van Caerden, y el Viage al Reyno de Achen, ſe puede vér lo que los Holandeſes padecieron bajo el Reynado tyranico de este Uſurpador, que muriò en 1603. Beaulieu concuerda con Valentin en todo lo tocante á ſus tres Succeſores, de los quales el ultimo, ſu nieto, ocupaba entonces el Trono Real.

Valentin nos refiere ſu titulo, muy diferente de el que ſe halla en otros Libros Historicos. (De esta diferencia ſe puede inferir, que el titulo del Rey de Achen no era ſiempre uno miſmo. Sin embargo, Valentin dà este por el mas uſado.) No cauſarà diſguſto verlo aqui, para formar alguna idèa de la obstentacion de los Principes Orientales.

„ Siri, Sultan, Rey de Achen, de Delli, de Johor, de Pa„ hang, de Queida, de Peira, de Priamam, de Tikou, de Bar„ ros, de Pasaruvan, de Padang, de Sinkel, de Labo, de Da„ ja, &c., Rey de todo el Univerſo que ha criado Dios, y cuyo „ cuerpo brilla como el Sol al Medio dia; Rey que Dios ha for„ mado, y elegido, y tan perfecto como la Estrella del Norte; „ Rey de los Reyes; hijo del famoſo Iskender el Grande (asi nom„ bran los Indios á Alexandro Magno) Rey, delante de quien to„ dos los Reyes deben hincar la rodilla, y obedecer ſus Leyes; Rey „ tan eſpiritual como una bola perfectamente redonda, tan felíz co„ mo el mar; el Eſclavo de Dios, que vé á Dios, y que, Defenſor „ de ſu Justicia, la manifiesta à todos los hombres; que puede „ encubrir ſus oprobrios, y perdonar todos ſus pecados; Rey „ bendito por Dios; Rey que eſtando en pie, ofrece á todos ſus Eſ„ clavos un aſilo ſeguro bajo de ſu ſombra; Rey cuyo conſejo ilus„ trado ſe comunica à todos los Pueblos; que hace mucho bien à „ ſus Vaſallos; que es juſto; que examina todas las coſas con preci„ ſion, para conformarſe con la Juſticia Divina; Rey el mas util de „ la tierra, y de debajo de cuyos pies ſale un olor ſuave, que eſtiende „ à todos los Soberanos del Mundo; Rey à quien el Omnipo„ tente ha concedido ſus minas de oro muy puro, y fino, cuyos

Suple mento. , ojos brillan como el Lucero de la mañana ; que pofee tambien el , Elefante de los colmillos gruefos , el Elefante encarnado , el ne-, gro, el blanco , el colorado , el manchado , mas bien parecido , à una hembra , y el Elefante hembra ; Rey á quien el Omnipo-, tente dà mantas para fus Elefantes, adornadas de oro, y piedras, , con un grande numerode Elefantes de guerra, que llevan fobre sí , casas de hierro , y cuyos colmillos eftàn armados de afadores, , y vaynas de hierro,y calzados los pies con zapatos de cobre;Rey , à quien Dios dá tambien caballos,con mantas de oro, de piedras , preciofas , y de efmeraldas , y muchifimos equipados para la , guerra , y los mejores de Arabia , de Turquía , de Cati , y de , Balakki ; Rey cuyo dominio fe eftiende al Sud , y al Nord ; que , llena de fus favores à todos los que le aman , y que alegra à los , afligidos ; Rey , que puede hacer ver todo lo que Dios ha cria-, do;Rey eftablecido por Dios para mandar fobre todas las cofas, , y manifeftar en el Trono de Achem la magnificencia de todas , fus obras. ' (No es necefario notar aqui que efta es una traduccion literal ; y folo fe ha fuprimido algunas veces la palabra Rey, que eftà repetida en cada frafe.)

Yá fe ha advertido , que los Inglefes , y Holandefes fon los unicos Europeos que tienen Eftablecimientos en la Isla de Sumatra. Eftas pofefiones han dado algunas veces motivo à grandes difputas entre las dos Naciones , principalmente en los años de 1686, 87 ,y 88. Defpues de haber echado el Rey de Bantam à los Inglefes de fu Ciudad , obligandolos tambien à retirarfe de Sillebar , ultima Plaza de fu jurifdiccion, en la Cofta occidental de Sumatra, vinieron á eftablecerfe en Bancoulo , en donde fe han mantenido, violando toda efpecie de derechos , en el territorio de los Holandefes comprendido entre Sillebar , y Barros. Es cierto que los primeros pretenden que el Emperador de Manincabo les habia cedido efte diftrito ; pero dando por fupuefto el hecho , no tenia efte Principe facultad alguna para difponer de la hacienda agena; pues en virtud de un convenio de 15 de Marzo de 1686, la pofefion de Bancoulo , y de las tierras à ella anexas , acababa de confirmarfe á los Holandefes , antes que los Inglefes fe hubiefen eftablecido alli ; de fuerte , que las quexas de eftos , fundadas en las hoftilidades executadas defpues por los Holandefes contra una Partida de rebeldes , eran tanto menos legitimas , quanto confefandolo fus mifmos Oficiales en Bancoulo , eftos Isleños habian tirado los primeros fobre los Holandefes , fin cuyo focorro hubieran eftado los Inglefes igualmente arriefgados à fer todos afefinados. Efto es tan conftante,que fus Gefes, nombrados Samuel Pats y John Bekton , les dieron gracias por el fervicio que les habian hecho en efta ocafion;lo que no impidió que la Corte de Londres hiciefe dàr vivas quejas contra ellos en Holanda.

Del Misionero que hemos yá citado al principio de este Suplemento, tomarémos un articulo, que debe parecer en extremo interesable para los Navegantes. *Suplemento.*

Rumbo que se debe seguir para pasar los Estrechos de Malaca, y de Gobernadour.

PAsado el Estrecho de Malaca, se puede yà gloriar de estàr fuera de la mas dificil, y penosa navegacion que se puede hacer. Los Pilotos Franceses han aprendido este camino á su costa, y han tenido bastante tiempo para sacar Mapas exactos. El rumbo que se ha de tomar para pasar con seguridad este Estrecho, y el de Gobernadour, es el siguiente:

Desde la punta de Achem es necesario seguir la Costa, hasta el Cabo de los Diamantes, por espacio de unas quarenta leguas. Toda esta Costa es bastante alta, las orillas están guarnecidas de verdura, y el fondo es bueno desde siete hasta catorce, y quince brazas; y es preciso no apartarse de la tierra mas de dos leguas. En el Cabo de los Diamantes se sigue al Sud-quarta-Sud-Est, y se descubre al ínstante la Isla Polverere, que es muy alta, y llena de bosques, de un quarto de legua de circuito, de buen anclage, pero desierta. Una, ó dos leguas mas allà se endereza la proa al Est, para descubrir à Poljara, otra Isleta que se halla à diez y ocho leguas de la primera, à la qual se asemeja mucho. Quando hace tiempo sereno, se vé una desde la otra. Poljara està al lado de la Peninsula de Malaca. No es necesario acercarse ella mas que á ocho, ó nueve leguas; pero es preciso ponerse entre estas dos Islas, para entrar en el verdadero canal.

Llegando à esta distancia de Poljara, se vè por un lado la tierra de la India, que es baja, y guarnecida de bosques, y por el otro se pierden de vista las Costas de Sumatra. Enderezese la proa al Sud Est-quarta de Est, tomando un poco al Sud-Est, para dár precisamente entre dos bancos de arena, que es necesario pasar. Mas vale tomar el paso pequeño que hay al Est, y es el mas inmediato á Malaca; pues el grande, del lado del Ouest, está demasiado apartado de la tierra. Inmediatamente se descubre el Monte Porcelar, del lado de la tierra firme; pero para asegurarse mejor del rumbo, es preciso descubrir las Islas de Aroe, que están al Ouest; con lo qual hay yà la seguridad de estár en el buen camino. Siguese al Sud-Est, quarta de Est, para llegar à la Costa de Malaca, y venir à dàr fondo delante de Malaca. En este Estrecho, venian regularmente de tierra los vientos por la noche; y á medio dia, del mar. Casi todas las noches caía mucho granizo,

 mez-

Suplemento. mezclado de rayos: las corrientes iban al Nord Ouest, y al Sud Est. Anclabase dos, ó tres veces en veinte y quatro horas, y era preciso enviar la Chalupa á sondear incesantemente delante de nosotros, para enseñarnos el camino.

Despues que se han visto las Islas de Aroe, se descubre el Cabo de Rochade, del lado de la India, y queda al Est. Finalmente la señal mas segura, es un peñasco muy puntiagudo, sin musgo, ni hierba, que queda al Est Sud Est del Cabo de Rochade. Despues siguiendo al Sud quarta-de Sud Est, en pocas horas con el favor de la marea, se dà fondo á una legua larga de Malaca, desde donde se empiezan à ver otra vez las tierras de Sumatra.

La Costa de Malaca es muy baxa, abunda en cocoteros, y palmas, que encubren la Ciudad. No se ven mas que algunas casas, bastante parecidas á las de Achen, pero mejor construidas, que se estienden mas de media legua à lo largo de la orilla de el mar. La Ciudadela parece negra; y entre sus terraplenes, se descubre una eminencia, y un vestigio de campanario, que al parecer está unido à una casa blanca. Por estas señales se reconoce Malaca. Al salir de esta Ciudad, se endereza la proa al Sud, quarta de Sud-Est, hasta el Estrecho de Gobernadour; y por quarenta leguas no hay el menor riesgo. Quando no se puede vencer la marèa, es necesario anclar dos veces al dia. En el camino se encuentran las Islas Mariacai, que quedan à la derecha, y algunas otras sin nombre, que se dexan à la izquierda.

Para dár en el Estrecho de Gobernadour, es preciso seguir primero al Nord, dejando el Estrecho de Sincapour á la derecha. Todo està lleno de Islas, las corrientes son alli ràpidas, las maréas violentas, y algunas veces duran doce horas. Al entrar en el Estrecho se vé à distancia de una legua, una Isla nombrada Isla de Arena, que tendrà un quarto de legua de largo, y cien passos de ancho, sobre la qual hay tres arboles, que parecen desde lexos unos mástiles de Navio.

Està casi á nivèl con el mar, y se deja à la derecha, encontrandose diez y seis brazas de agua. Entonces se sigue al Est, y se halla otra Isleta, toda de arena, en donde se vèn siete ò ocho arboles muy altos, separados unos de otros, nombrada la Isla Quadrada. Desde esta Isla se descubre la de San Juan, siempre á la derecha, que tiene quatro ò cinco leguas de circuito. Si no se encontrasen mas que cinco brazas, se seguirà al Est, quarta de Nord-Est; pero no habiendo fondo, se sigue directamente al Est, sin acercarse no obstante demasiado á las Islas que hay á la izquierda. Desde alli se descubre la montaña de Johor, y se està enmedio de este pequeño Reyno. Finalmente, continuando este rumbo al Est, se vé el Cabo de Romanca, y se sigue al Est Sud-Est, y al Est, quarta de Sud-Est, y quando este Cabo queda al Nord

se sigue al Est-Sud-Est, para ir á descubrir las Piedras blancas, que son unas Isletas un poco mar adentro. Una vez descubiertas, es preciso seguir al Est por algun tiempo, luego al Est Nord Est, y por ultimo al Nord-Est, quarta de Nord para entrar en el Gólfo de Siam, y de alli en el gran mar de la China. El Estrecho de Gobernadour tiene veinte leguas de largo, y es muy dificil para el que nunca lo ha pasado. *Suplemento.*

Viage de Dellon á los Establecimientos Franceses de la Costa de Malabar.

LA Relacion antecedente se debe considerar como un Suplemento no despreciable, aunque fuera de su lugar; antes al contrario, dá al Tomo anterior un gusto, que los Ingleses no debian quitar à los primeros. Pero entremos, quanto sea posible, en el unico orden que conviene á su plan, y que casi siempre han omitido, que consiste, como yà lo he notado muchas veces, en unir por lo menos las Relaciones succesivas, con las que les preceden, por medio de alguna explicacion, que haga subir al Lector al origen de los nuevos sucesos que se le refieren. DELLON 1670.

Convidasele aqui á que se acuerde del establecimiento de los Franceses en Surata, tal como muchos Viageros lo han representado yá en su origen. (Tavernier refiere lo que ha pasado en Persia y las Indias en la negociacion de los Comisarios de Francia; pero no corresponde á esta Coleccion. Observese unicamente, que se engañó quando hace asasinar á la Boulaie en la embriaguèz, por los Soldados Persas. Ignoraba que este Viagero se dejò ver despues en Roma, y Parìs, como se refiere en la Relacion del P. DeRhodes. Este error inexcusable en una obra publicada diez y seis años despues, junto à la altivèz con que trata à los Comisarios, debe ser motivo para leerle con desconfianza.) Mr. Caron, Director de la Compañia Francesa, formò à un mismo tiempo diversas Factorìas, que De la Haya, L' Estra y Carrè no han podido dár á conocer sino por sus nombres. Dellon, que se hizo á la vela de Francia en 1668, en un Navio de la Compañia, sin otro motivo que la pasion de instruirse viajando, nos dà las unicas luces que he podido adquirir sobre empresas dignas de no quedar sepultadas en el olvido. Su Obra, que no se publicò hasta en 1711. contiene tambien sus Observaciones sobre Madagascar, y otros lugares de su tránsito; pero como nada añaden á las recogidas yà de antemano en los mismos sitios, y en su navegacion no ocurriò cosa notable, basta que ocupe la escena con algunos sucesos

cu-

DELLON 1670. cuyo conocimiento solo se debe à èl, suponiendole en Surata, resuelto à hacerse à la vela con la Fuerza y la Maria, dos Vageles Franceses, prontos á salir para Malabar.

Salió de el Puerto de la Maria el 6 de Enero de 1670, con un viento favorable, que soplò hasta la rada de Rajapour. El Navio la Fuerza, que se detubo à tomar algunas mercancías, tenia orden de unirse al otro en Balliepatani, cuya Ciudad, aunque no pudo reconocer en aquella ocasion, lo ejecutò en otra mas oportuna por la mansion que en ella hizo en lo succesivo, dandole tiempo para algunas observaciones.

Rajapour está situada en la Costa de Malabar (à los diez y siete grados de latitud), à ochenta leguas de Surata, y veinte al Norte de Goa. Pertenecia al Principe Sevagi, aquel famoso Rebelde, que tanto tiempo habia ocupado al Gran Mogol y al Rey de Visapour, como se vé en las Relaciones de Carrè, y de l'Estra. El rio que la riega no admite Navios que excedan de quinientas toneladas. A lo primero se encuentra un Lugarcito, unicamente habitado de Pescadores, y á quatro leguas del mar se registra la pequeña Ciudad que comunica su nombre al rio, y Puerto, adonde suben las mayores Chalupas facilmente, ayudadas de la maréa; pero quando el mar se retira, queda tan poca agua en el rio, que se vadéa. Tenian en otro tiempo los Ingleses un considerable Establecimiento en Rajapour, del qual los despojaron, por haber intentado construir un Fuerte. Establecida en él la Compañia Francesa despues de ellos, habian mandado sus Comisarios edificar una hermosa casa, con un jardin muy ameno, y à corta distancia una fuente de agua cálida, igualmente saludable para infinitos enfermos que la bebian, ò se bañaban en ella. Los montes, y florestas que la rodèan, estàn llenos de monos de extraordinaria variedad en su tamaño y color. Llegan con familiaridad á las casas, porque los habitantes les tienen un respeto, que pasa à ser veneracion. Los Franceses, á quienes importunaba semejante familiaridad, mataban algunos; pero necesitaban mucha precaucion para no ser descubiertos, cuyo delito bastaria para echarlos del País. Recogese en las cercanìas de Rajapour cantidad de excelente pimienta: encuentrase tambien mucho salitre, y se fabrican finisimas telas, cuyas tres mercancìas constituyen el principal comercio del País. Sevagi poseía un gran numero de Plazas fuertes, y algunas situadas en montañas inaccesibles. Hacian sus Guarniciones continuas correrías en los Pueblos inmediatos, con quienes este Principe estaba en guerra. La mayor parte de sus Vasallos eran Idólatras como él; pero toleraba toda suerte de Religiones en sus Estados; y Dellon discurre, como todos los Viageros contemporaneos, que no solamente era uno de los mas habiles Principes del Asia, sino uno de los mayores Politicos de su siglo.

Lle-

Llegó la Maria el 14 de Enero à viſta de Mirzeou, y el miſmo dia ancló en la embocadura del rio, ſituado á cortiſima diſtancia de Mirzeou, Ciudad de las mas importantes del Reyno de Viſapour, diſtante de Goa cerca de diez y ocho leguas hácia el Sud. Tenia alli la Compañia Franceſa una Factoría, y compraba mucha pimienta por medio de ſus Comiſarios. El rio ſolamente recibe Embarcaciones de mediano porte. A menos de un quarto de legua de la Ciudad, que eſtá ſuficientemente poblada reſpecto ſu tamaño, ſe regiſtra una Fortaleza llamada tambien Mirzeou, Plaza bien fuerte, y coronada de artillería, adonde el Rey de Viſapour mantiene continuamente una numeroſa Guarnicion. El País que la rodéa es ameno, y fertil, en particular en arroz, del que abunda mucho. Era el Comandante del Puerto un Señor Perſa, llamado Cojabdella, hombre de diſtinguido merito, y eſtimadisimo del Rey de Viſapour, al que eſtaba inclinado deſde algunos años. DELLON 1670.

Apenas arribaron los Franceſes à la ribera, quando deſpacharon un Expreſo al Fuerte, para aviſar al Gobernador de ſu llegada. Vino inmediatamete à viſitar al Capitan, y demás Oficiales del Navio. Deſpues de cumplimentarlos, los convidò à todos à comer el miſmo dia;y aunque todavia eran las ocho de la mañana, ſe les trajeron,de orden ſuya,Palanquines y caballos,que los condujeron al Caſtillo, ſeguidos en ſu marcha de oboes, tambores, trompetas, y de los Guardias del Gobernador, saludandolos con el cañon á ſu arribo y entrada. Introdujeronlos en una gran ſala, cuyo pavimento eſtaba cubierto de ricas alfombras de Turquia y de hermoſas almohadas de brocado. Nada habia omitido Cojabdella para hacer mas lucida la funcion, convidando á ella á muchas perſonas diſtinguidas del País, y apenas comenzó el Interprete Francès á manifeſtar el reconocimiento ſuyo à tantos favores, quando vieron entrar una tropa de Danzarinas y Muſicos.

Hay en las Indias Compañias de Danzarinas, unicamente ocupadas en bailar, admitiendo entre ellas á los hombres que neceſitan, para tocar el tambor, y flauta y oboé, diſtribuyendo con igualdad quanto ganan en eſte egercicio. Protegenlas, y aun exigen de ellas algun derecho los Gobernadores, como de Compañias creadas bajo de la autoridad del Principe. Puede qualquiera llamarlas á ſu caſa y ocuparlas, por el precio que ajuſte. Jamás ſe permite hacerlas violencia, y menos inſultarlas. Sus canciones y bailes ſon muy divertidas, pero algo laſcivas. Las mugeres gaſtan parte de ſus utilidades en adornarſe, viendoſe en algunas diez ó veinte mil eſcudos de pedrerias. Las mas ſon gallardas y bien diſpueſtas, porque ſin eſtos requiſitos no ſe admiten, y lo que cada una recibe de los que ſe enamoran de ella, no entra en la bolſa comun.

Di-

Dellon 1670.

Divirtiò à lo primero á los Franceſes eſte eſpectaculo : pero deſpues les pareciò moleſto por largo. Habianles ſervido algunos vaſos de vino, y café. Eſte refreſco no era ſuficiente para jovenes con apetito, que mas bien que ver danzar todo un dia, deſeaban una buena comida. A la hora de encender las luces, ſe les mandò bajar al patio, donde eſperaban encontrar diſpueſta la cena; pero quedaron abſortos al ver preſentarſe, en vez de meſa, las miſmas bailarinas, que volvieron à comenzar ſu exercicio, interrumpiendolo algunas veces, para ver los fuegos artificiales, que ſervian como de intermedios à la funcion. Durò haſta las diez de la noche, y los mas comenzaron à dudar ſi Cojabdella habia reſuelto matar los de hambre. Pero concluido el baile, los condujeron à un Salon abierto por todas partes, adonde, ſegun el uſo de los Orientales, eſtaba el eſtrado en el ſuelo. Se les hizo ſentar en las almohadas, cruzadas las piernas. Sentòſe con ellos el Gobernador, y ſirviòſe gran cantidad de manjares, que el apetito hizo parecerles excelentes, y ſobre los manteles puſieron vaſos de porcelana, llenos de limonada, de donde los que guſtaban de beber, podian ſacar libremente con cucharas de madera, de la capacidad de un vaſo pequeño. Diſtribuìaſe tambien vino à los que lo pedian; pero ſin ponerlo en la meſa, y el Gobernador, como los demàs Mahometanos, afectaron no beber, por reſpeto à ſu Ley. Deſpues de ſervidos los manjares, trajeron toda ſuerte de frutas y dulces, con profuſion extraordinaria, y à lo ultimo de la funcion comenzaron las danzas de nuevo, durando haſta bien entrada la noche, que el Gobernador mandó acompañar à los convidados que ſe deſpidieron con ſus Guardias, al ſón de los miſmos inſtrumentos con que vinieron. Por la mañana le embiaron à ſuplicar que vinieſe à comer á ſu Navio. Vino con numeroſa comitiva. Recibieronle con ſalva del cãñon, excediendolo en urbanidad, y finezas. Pero tubo arte para dejar inferiores à los Franceſes, con muchos regalos que hizo á los que cenaron con él; y yà que ſe preparaba à retirarſe, el Capitan del Navio ſe los hizo tambien muy ricos en nombre de la Compañia, ſin olvidar á Oficial ninguno de ſu comitiva.

Dellon hace obſervar que el Reyno de Viſapour es de corta extenſion; lo que no impide, que por ſer el País muy rico, el Rey, aunque Tributario del Gran Mogol, ſea uno de los mas poderoſos Principes de la India. Profeſa el Mahometiſmo; pero una parte de ſus vaſallos ſon todavia Idolatras.

Partieron los Franceſes de Mirzeou el 19 de Enero; y la mañana del 22 anclaron delante del rio de Balliepatan, adonde el Navio la Fuerza habia arribado tres dias antes. Teniendo yà preparada con anticipacion la pimienta que debian conducir à Francia, ſe concluyò promtamente ſu carga. Balliepatan es un Pueblo cre-

crecido del Reyno de Cananor, ſituado en la Coſta de Malabar (à once grados de latitud al Norte) poblado de ricos Mahometanos, que deben ſu fortuna al Comercio. Llega el rio à una legua de ſu embocadura. Deſcubreſe à poca diſtancia el Palacio, adonde el Rey de Cananor reſide ordinariamente, y muchos hermoſos Pagodos que la circundan. Toda la extenſion de terreno que hay entre Surata y el Cabo de Comorin, ordinariamente ſe llama la Coſta de Malabar; pero eſta Coſta realmente no comienza ſino en Mont-Dely (à doce grados), en cuyo ſitio los Pueblos que le habitan toman el nombre de Malabares. Hallaſe dividida, en un terreno largo de cerca de doſcientas leguas, en muchos Reynos, cuyos Soberanos todos ſon Idolatras. El de Cananor, ſin ſer el mas poderoſo, precede á todos los demás, gozando de una conſideracion ſingular, debida á ciertos motivos de Religion. Diſtingueſe con el nombre de Colitsy, que es ſolo un titulo, como Samorin lo es de los Reyes de Calecut. DELLON 1670.

La Caſa que el Principe Onitri, Gobernador del Reyno, habia deſtinado á los Franceſes para ſu comercio, no baſtaba para alojarlos comodamente: ademàs, que ſu diſtancia del mar dificultaba mucho el tranſporte de las mercancìas. Al punto, que los dos Navios ſe hicieron à la vela, pidió Dellon un lugar mas comodo, cuyo favor conſiguieron con ſus ſolicitudes. El miſmo Principe fue, con algunos Franceſes, à un ſitio ſuyo, llamado Talichara, ſituado en la orilla del mar, à quatro leguas al Medio dia de Balliepatan, y tres de Cananor. Pareciendoles eſte lugar mas conveniente, lo comprò la Compañia; y en ſu poder tomó el nombre de Tilſery.

Cananor, Plaza principal del Reyno, á quien comunica ſu nombre, tiene un Puerto, bien comodo durante el Eſtío, pero nada ſeguro en el Invierno. Eſte es uno de los primeros lugares donde los Portugueses ſe detubieron, deſpues de deſcubrir las Indias. Apenas llegaron á él, quando conſtruyeron una Torre, con piedras que llevaban de Portugal, y todavia ſubsiſte. Cuidaron de cercarla de una fuerte muralla, ſobre la qual colocaron mas de cien cañones, haciendolos temibles eſta Fortaleza en todos los Paìses vecinos. Inmediato à la Torre, conſtruyeron una Ciudad populoſa, que conſervaron largo tiempo: pero, fatigados los Indios de ſu trato, llamaron á los Holandeſes á ſu ſocorro, y eſtos nuevos Dueños arraſaron las fortificaciones de Cananor, por eſcuſarſe de guardarla. Sin embargo, los habitantes del País adelantaron muy poco en eſta mutacion. Tratanlos mas duramente los Holandeſes, que jamás los trataban los Portugueſes, y ſi ſe cree al Autor volvieran guſtoſiſimos à llamar á ſus antiguos Dueños.

A media legua del ſitio de Cananor, como hácia el Medio dia, ſe regiſtra un crecido Pueblo habitado de Mahometanos, y go-

D.LLON 1670. gobernado, bajo de la Real autoridad, por un Señor de la misma Secta. Llamabase Aly-Raja. Sus virtudes morales le hacian amar de los suyos, y respetar de sus vecinos. Era rico, y aun Soberano de algunas de las Islas Maldivas. Tenia este Pueblo muchos Mercaderes, entre los quales se encontraba con abundancia quanto las Indias producen mas particular y curioso.

En todo el Reyno de Cananor, como en todos los demàs Estados Malabares, no hay caminos reales, que conduzcan de una à otra Ciudad; solamente hay sendas, ò caminos estrechisimos, porque no se conocen mas carrùages, que caballos, elefantes, y palanquines. El País produce una extrema abundancia de la especie de cañas, que los Indios llaman bambus. Quando están tiernas, se eligen las mejores para cortarlas á trozos del tamaño de un escudo, que se echan en vinagre, para cierta especie de ensalada, que los Orientales llaman Achar, por excelencia. El mismo nombre dán á todas las frutas ó legumbres conservadas en vinagre: bien, que se las añade su propio nombre, como Achar de pimienta, de gengibre, de ajo, de col, &c. en vez de que el bambu se distingue absolutamente por el de Achar. Quando se dejan crecer estas cañas, se engruesan como el muslo de un hombre, y se hacen de veinte á treinta pies de largas. Sirven para distintos usos, pero en particular para llevar los palanquines. Estando tiernas, se las imprime toda suerte de doblezes, y de figuras. Las que se logran arquear, de manera que las dos extremidades queden perfectamente iguales, las buscan para los palanquines de los Señores, y se venden hasta á doscientos escudos.

A distancia de una legua, al Medio dia de Cananor, se registra un Lugar llamado Corla, habitado unicamente de Sastres. Fabricanse en èl hermosisimas telas, que toman el nombre del Pueblo. Una legua mas allá, se llega al de Tremepatan, donde solo se reconoce la Religion Mahometana. Los mas de los habitantes se enriquecen con el Comercio. Descubrese, bien cerca de él, en una colina, un Castillo del Rey de Cananor, adonde acostumbra este Principe pasar una parte del año. Un rio bastante caudaloso, que baña las murallas de Tremepatan, entra en el mar un quarto de legua mas allá. Entran en él barcas, ó embarcaciones pequeñas, cuyo porte no exceda de doscientas toneladas; bien, que se precaven, tomando Pilotos del País, porque en la embocadura, y aun bien adentro del mar se encuentran rocas á la flor del agua, que hacen su arribo y entrada peligrosisimos.

Elevase en la extremidad de estas rocas, una Isla pequeña, solamente poblada de caza. Es de un alivio grande para las Embarcaciones pequeñas, que molestadas en el mar por las borrascas, vàn á buscar en ella un abrigo entre las Islas y la tierra. La unica desgracia que tienen que recelar, es el encuentro de los Cor-

Corſarios, que alli ſe retiran, y ſuben à los ſitios mas elevados à deſcubrir las barcas ſin ſer viſtos.

El Principe Onitri ſe volvió por tierra à Tilſery, con dos Comiſarios de la Compañia Franceſa, que iba à poner en poſeſion de aquel terreno y ſus dependencias, y Dellon partió por la mañana en ſu ſeguimiento por mar, embarcados antes en muchas barcas los muebles y mercancias que los Franceſes tenian en Balliepatan. Habia recibido algunos Indios para ſu eſcolta; pero no obſtante, dos Paras Corſarias, que tubo fortuna de reconocer hácia la Isla de Tremepatan, nó le permitieron otro recurſo, que el de mandar entrar todas ſus barcas en un arróyo bien caudaloſo, que deſemboca en el mar á poca diſtancia del rio, dejando alli la mejor parte de ſus eſcoltas, mientras continuó ſu camino por tierra. Encontró por dicha en Tilſery un Navio Francés, llamado la Ciudad de Marſella, que llegaba de Surata á cargar pimienta. Armóſe prontamente una Chalupa, que con veinte hombres, y quatro cañones, obligaron á huir à los Corſarios, y libertaron las barcas.

La tierra de Tilſery, que eſtá à once grados y medio de latitud al Norte, conſiſtia en dos grandes cercos ó recintos; uno cerca del mar, algo elevado, y ceñido de una ſuerte de foſo. Contenia cerca de quinientos cocoteros, con una caſa bien comoda, aunque fabricada de tierra y cubierta de hojas de palma. El otro recinto era mas bajo, mayor, y mas lexos del mar. Además de los cocoteros, que ſe veian en gran copia, habia muchos arboles frutales de diferentes eſpecies. A medio quarto de legua preſentaba un Pueblo de Mahometanos una Mezquita muy mal edificada. Regiſtrabanſe por el lado del mar dos grandes Poblaciones de Peſcadores; y eſtas tres habitaciones eran dependientes de la nueva Factorìa. En las cercanias, ofrecia el Paìs otros muchos terrenos, pertenecientes à ricos Señores. Habia cedido el Principe, al vender à Tilſery á los Franceſes, la propiedad, con el derecho de edificar en él; pero reſervandoſe el dominio directo, permaneciò algun tiempo en una hacienda poco diſtante. Deſpues de ſu partida, mandaron trabajar con tal diligencia, que en pocos meſes ſe vieron eſtablecidos en una gran caſa, con almagacenes capaces de encerrar todas ſus mercancías. Cercaronla de un profundo foſo, y de algunos baſtiones, para ſu defenſa, no ſolamente de los Piratas, que no ceſaban de amenazarlos, ſino de ſus miſmos vecinos, que la emulacion habia yà ſublevado contra ellos. A peſar de eſtas precauciones, ſe vieron obligados á implorar la proteccion del Principe Onitri, que les deſpachò uno de ſus principales Oficiales, con una Guardia de ciento y cinquenta hombres. Alegraronſe mucho de haberle reſervado en la venta un derecho, que naturalmente le obligaba á defenderlos.

DELLON 1670. Confundiendo el Principe los reciprocos intereses, vino él mismo à la Factoría, y declaró publicamente su proteccion, mandando castigar severamente á algunos amotinados, que habian proferido amenazas, sosegando su firmeza todas las turbaciones.

Por otra parte, el Samorin, disgustado de los Holandeses, y prometiendose de la Francia los socorros que yá no esperaba de Portugal, embiò secretamente Diputados á Tilsery, proponiendo ventajosisimos partidos á los Franceses. Flacour y Coche, Comisarios principales de la Factoría, partieron juntos à Calecut, y firmaron un Tratado con el Principe, por el qual cedia à la Compañia la Soberanía de un Lugar llamado Alicota (poco distante de Cochin. Es una Fortaleza, y un Pais dilatado dependiente de ella. La atraviesa un rio, en que pueden entrar facilmente embarcaciones de trescientas à quatrocientas toneladas, que hace el sitio muy propio para el comercio. En el Diario de De-la-Haye se ha visto que pasando por la costa del Samorin, con una Escuadra Francesa, concluyó un nuevo Tratado con este Principe, confirmando esta donacion, y entonces tomaron los Franceses la posesion de Alicota) con todas sus dependencias, y facultad de construir un Fuerte. Algunos Bastimentos Franceses, que vinieron al mismo tiempo à cargar pimienta en Tilsery, acabaron de asegurarla, dejando à la Factorìa armas y municiones.

Caron, Director General, pasó inmediatamente con tres Navios, en su ruta para Bantam, adonde se proponia formar un nuevo Establecimiento. Dejò orden à Flacour, que se habia restituido de la Corte del Samorin, de ir à comenzar otro en un lugar, que los Portugueses llamaron Sirempatan, aunque en el Pais le llaman Padenote. Dispusose inmediatamente para este viage. Habia comenzado el invierno; porque en las Indias se llama el invierno la estacion de las lluvias, que es el tiempo en que no obstante el Sol està mas cercano. Conoció Flacour todas las dificultades de la empresa, pero temiendo la indignacion del Director General, que se habia hecho formidable por su severidad, no tubo consideracion á los riesgos de la inundacion, y embaló todas las mercancìas. En vano representó Dellon vivamente lo que importaba esperar el fin de las lluvias, que debia suceder por el mes de Octubre. No pudo hacer mudar de resolucion á Flacour, con el que tampoco pudo dispensarse de partir. A la verdad solo distaba Sirimpatan treinta leguas.

Pusieronse en camino el 15 de Julio de 1671. sin mas ropa que camisas, calzones de lienzo, y sandalias en los pies, cada uno con su paraagua de hojas de palma, y un baston, para sostenerse en caminos tan resvaladizos, que siempre habia riesgo de caer. La campiña estaba desde el primer dia inundada. Seguian sus guias paso por paso con el agua hasta las pantorrillas, y muchas

chas veces hasta la rodilla, y aun hasta la cintura. Despues de dos leguas muy penosas de camino, llegaron à la noche, igualmente cansados que mojados, à un pequeño Pueblo de Mahometanos, donde mal comieron, y tubieron peor noche. Partieron bien de mañana, confiados en aprovecharse del buen tiempo; pero durò poco. Volvió nuevamente á llover, y se pusieron los caminos mas impracticables que el dia antecedente. Obligados à ir continuamente con sus paraaguas, sin poder afirmarse en sus bastones, caían á menudo en el agua, cuyas caídas les fatigaban mucho, y mas incomodandoles tambien las sanguijuelas, que se les asian á las piernas y muslos, que tenian que arrancar à cada momento, corriendo su sangre en abundancia. Este nuevo trabajo los debilitò de forma, que tubieron que concluir à medio dia su jornada, sin baber caminado mas que dos leguas. Alojaronse en casa de un Mahometano, desde donde pasaron à la tarde à la de un poderoso Naher (ò Nahier; nombre que se dá à toda la Nobleza del País), Señor del Lugar. Aunque llevaban Pasaportes del Principe Onitri, necesitaban proteccion en los Pueblos del camino, la que con algunos regalos alcanzaban. DELLON 1670.

Por la mañana estaban los caminos mucho mas practicables, porque iban por alturas; pero por colmo de su desgracia, se engañaron las guias. Despues de una marcha de quatro horas, se hallaron en el mismo sitio de donde habian salido por la mañana. No sirviendo de nada la colera, fue preciso emprender nuevamente la marcha, fiados en los mismos que los perdieron, lloviendo con mas violencia que jamàs. A la verdad, se pasaba por sitios secos, pero pedregosos, y continuamente interrumpidos de muchos y muy profundos arroyos, rapidisimos para pasarlos sobre arboles, y tablas, con un continuo peligro de caer y ahogarse en el agua. Pereciò un Indio, sin poder socorrerle, ni salvar la carga que llevaba. Sin embargo, andubimos dos leguas, por medio de tantos riesgos, y llegamos bien tarde á un Pueblo bastante crecido, situado en la orilla de un Rio, que baja à Cogniali. La politica de los habitantes, y abundancia de viveres, determinaron à los Franceses á detenerse uno ò dos dias; pero con qué admiracion supieron que todos los trabajos que habian padecido eran nada en comparacion de los que les quedaban que sufrir hasta Sirimpatan! Confiesa Dellon, que se acobardò de la pintura que les hicieron de los caminos. Renovó sus esfuerzos, para convencer à Flacour á suspender el viage hasta el fin de la estacion. Encontrandole inflexible, y no concurriendo en èl iguales motivos para obstinarse en una empresa á que no le obligaba ningun vìnculo, tomó la resolucion de restituirse á Tilsery.

Despues de manifestar á Flacour su sentimiento, se puso en una Canoa con dos hombres solamente, para bajar el rio de Cog-

nia-

Dellon 1670.

nia li hasta el mar. Su navegacion fue á lo primero muy tranquila, siendo su idéa ir à pasar la noche en el Lugar de Bargara, casa de un rico Mahometano que era el Señor (llamado Couteas-Marcal) con el qual tenia algunos negocios que arreglar. Llegò muy felizmente à la vista de Cota, Pueblo de los mayores de la Costa, mas conocido por el nombre de Cogniali, su Señor, Vasallo del Samorin, y el Corsario mas temible del Malabar (que se ha referido en otras muchas Relaciones). No permitiendo las Leyes del País á estos ladrones exercer sus robos en tierra, se lisonjeaba estár presto seguro en Bargara, poco distante de Cogniali, quando registrò en una barca algunos hombres armados, que se adelantaban hasta su Canoa à fuerza de remo. Los Corsarios, que lo descubrieron al paso, resolvieron robarle. Instruido de los usos, se apresuró à tomar la orilla, confiado de libertarse del insulto. Apenas se bajó quando los dos Indios sus conductores se huyeron en su Canoa. Los que le perseguian encontrandole solo en tierra, le pusieron una lanza en el vientre, amenazandole de traspasarle si inmediatamente no entraba en la barca. Reconociò tarde la imprudencia cometida de no hacerse acompañar de algunos Nahers, ò à lo menos traer armas de fuego. Obligandole á ceder la fuerza, se vió expuesto à la violencia de tres ladrones, que no cesaron de insultarle hasta la entrada de Cogniali, afectando tambien hacer cruzar el Pueblo enteramente, cuyos habitantes se asomaban de sus casas para ver pasar el primer Francés que habian visto cautivo.

Condujeron á Dellon en casa del Señor, que esperaba exigirle una cantidad considerable; pero no encontrandole mas que algunos ducados, le hizo varias preguntas sobre el viage emprendido por los Franceses à Sirimpatan, preguntandole particularmente, si Flacour habia conducido gruesas cantidades, y si pasaria à su regreso por Cogniali, y luego mandò traer grillos para aprisionarle. Contentòse no obstante con ponerlos cerca de èl; y llamando algunas de sus gentes, se puso en deliberacion con ellas si debia detenerlo ó soltarle. Aunque Dellon no tenia total conocimiento de la Lengua, la entendia lo bastante para comprender el motivo del Consejo. La inquietud del suceso, animó su valor, no omitiendo nada para representarle lo injusto de su detencion, y finalmente algunas reflexiones que les inspirò sobre la nueva amistad del Samorin con la Francia, le hicieron temer atraerse la indignacion de aquel Principe, cuyos vasallos eran. Acercóse el Corsario á èl. Desaparecieron los grillos. Cumplimentaronle, y se excusaron, lo que esperaba menos que los horrores de una dilatada prision. Instaronle igualmente à pasar la noche en el Lugar, pero la impaciencia de verse libre, junta con el rezelo de alguna novedad en tan favorable disposicion, fue causa de pedir

con

con instancia le dejasen partir la misma tarde á Bargara. Mientras se le preparaba una barca, le presentò Cogniali algunas frutas secas que no pudo menos de admitir, aunque tomò el partido de guardarlas en el bolsillo, por si estubiesen envenenadas, pues no deja de ser conocido el uso del veneno entre los Malabares, aunque menos comun que en las otras Provincias del Oriente; y cree Dellon, que en este particular no sobraria ninguna precaucion. Volvieronle el dinero, y sabiendo que estaba la Chalupa preparada, no se detubo un instante, llevando quatro hombres armados, que le acompañaron hasta Bargara.

En este Pueblo encontró su canoa, y su ropa, dandole los dos Indios que le abandonaron à los Corsarios por escusa, que discurriendo que no dejaria de restituirse de Cogniali con escolta, quisieron adelantarse; pero la alegria le hizo olvidar su infidelidad, al saber de ellos, que habia llegado otro Francès dos horas antes al Lugar. Era este La Serine, uno de los Comisarios de la Factoría de Tilsery, que volvia de Calicut y de Tanor, adonde habia ido à comprar pimienta para los almagacenes de la Compañia. Pasaron divertidos la noche en casa de Couteas-Marcal, y por la mañana llegaron à la Factorìa antes de medio dia.

Habiendo de volver La Serine á las dos Ciudades, de donde acababa de llegar (el Autor refiere despues quál fue el suceso del viage de Flacour y de su nuevo estableeimiento) para mandar embalar la pimienta que comprò, quiso Dellon por diversion acompañarle. Tomaron el camino por la orilla del mar, y luego que anduvieron una legua, arribaron à Meali, que son dos Lugares, uno habitado por Malabares, y otro por Mahometanos. Un rio pequeño que los separa, recibe embarcaciones, cuyo porte no exceda de quinientas toneladas. Este territorio es uno de los mas amenos y fèrtiles del Paìs. La playa del mar ofrece otro Pueblo, unicamente habitado de Pescadores, y á dos leguas de Meali está Bargara. No pasa mas rio que un brazo pequeño del de Cogniali: pero el mar forma alli una hermosa ensenada, que sirve de acogida á los Paras, durante el Estío. Llegado el Invierno, se vèn precisados los Mercaderes y Piratas á dejar en seco las Embarcaciones que no están de partida, cubriendolas con hojas de palma, hasta que cesan las lluvias. En Bargara finaliza el Reyno de Cananor. Aunque solamente habitan los Mahometanos este Pueblo, del que Couteas-Marcal era Señor, las inmediaciones dependen de un rico y poderoso Naher, que percibe los diezmos de las presas de los Piratas, y los derechos de Aduana de todas las mercancías que entran y salen en la Villa.

A muy corta distancia de Bargara, se pasa el rio y mas allà està Cogniali, ó Cota, una de las Plazas mas fuertes del Malabar, por las ventajas de su situacion. Esta es una Peninsula, de

muy

DELLON 1670. muy dificil acceso,aun por la parte que se une à la tierra, á causa de la prodigiosa cantidad de cieno, y barro, que el mar deja en las grandes mareas. El rio que las baña es ancho y profundo. Entran los Navios hasta la Plaza ,como no excedan de doscientas toneladas; pero la embocadura està cubierta con una Isla pequeña, no menos util à los Piratas, que perjudicial á los Comerciantes.

Dellon ha pintado yá al Señor de Cota como el mas famoso Pirata del País. Asciende el numero de sus Galeras à doce,armadas cada una con seiscientos ó setecientos hombres, sin contar muchas Galeras pequeñas, que salen tambien al Corso, ni algunas embarcaciones destinadas al Comercio de los Paìses vecinos. A exemplo suyo todos los vasallos son á un mismo tiempo Mercaderes y Piratas; lo que à todos los enriquece, y hace insolentes. Su segundo Tio, llamado tambien Cogniali, sublevado contra el Samorin, le obligò à implorar el socorro de los Portugueses, para sujetarlo. Embiò inmediatamente al Virrey de las Indias una poderosa Flota, que atacó à los Corsarios por la parte del mar, mientras que el Exercito del Samorin los sitiaba por tierra. Pero por los contratiempos pereciò la mejor parte de las tropas aliadas. Mas insolentes los Corsarios, cometieron infinitos excesos en las tierras de Calecut,vengandose con una muerte cruel, de los Portugueses que cayeron en sus manos; pero habiendo succedido el buen tiempo à las lluvias, los atacaron el Samorin y el Virrey con nuevas fuerzas. Comenzóse de nuevo el sitio de Cota por mar y tierra,y se estrechó tan vivamente, que en el espacio de un mes fue tomada por asalto,pasando á todos sus vecinos à cuchillo,y cayendo vivo Cogniali en poder de los Vencedores.Conduxeronlo à Goa, adonde fue su castigo, por tantas crueldades executadas con los Cristianos, entregarle, con las manos atadas por las espaldas, à los muchachos de la Ciudad, que lo mataron à pedradas.Pasaba otras veces la Fortaleza de Cota entre los Indios por una Plaza inexpugnable; pero no habiendo querido los Samorines permitir que se reedificase, solamente se registran ahora sus ruinas.

Cuentanse desde ella à Calecut siete leguas;sin que este espacio ofrezca mas que quatro Poblaciones, que merecen poca atencion. Este Reyno, otra vez tan corto, que, segun el Autor, se oìa desde todas las fronteras el canto de los gallos criados en el Palacio del Soberano, es ahora el mayor del Malabar. Su Capital està situada á once leguas de Tilsery, en cuya Ciudad estaba antiguamente todo el Comercio. Recibieron alli muy bien à los Portugueses en sus primeros viages, obteniendo del Samorin el permiso de establecerse en sus Estados, con todos los privilegios que podian afirmar su situacion; pero llegando bien presto la ingratitud hasta insultarle, los desterró à todos de los lugares de su de-

pen-

pendencia, ſin haberles permitido jamàs volver à reſtablecerſe. El ayre de Calecut es muy ſano, y el terreno tan fértil, que produce abundantemente todo lo neceſario para la vida. La tierra, algo mas baja que el mar, experimenta frecuentes inundaciones. No ſe paſa año ſin que el agua no cubra alguna corta porcion de los Eſtados del Samorin, de que ſe queda en poſeſion, haciendoſe eſte perjuicio tan ſenſible, que la antigua Fortaleza de los Portugueſes, que eſtaba antes lejos de la playa, ahora eſtá metida dos buenas leguas dentro del mar, ſin percibirſe mas que la extremidad de las Torres, y paſan las barcas facilmente entre eſtas ruinas y la tierra. Dellon 1670.

Los vientos de Nord-Oueſt, que ſoplan con violencia, y caſi ſin interrupcion, de las Coſtas de Malabar, deſde el mes de Mayo haſta fin de Septiembre, no contribuyen poco à los progreſos que el mar hace anualmente, y en particular durante el Invierno. Dellon, mientras ſu manſion en Calecut, vió ſumergirſe la Caſa de los Ingleſes, edificada veinte años antes, y en un ſitio bien retirado de la playa. Eſtas inundaciones anuales han arruinado muchas veces la misma Ciudad, poniendo á los habitantes en la neceſidad de edificarla mas lejos, al paſo que el agua ſe adelanta, ſiendo ciertamente eſte el motivo de que, como inſenſiblemente, ſe hayan deſterrado los Comerciantes, y el comercio. No obſtante, todavia ſe regiſtra un gran Mercado, compueſto de muchas calles bien regulares, poblado de ricos Mahometanos. Un Pueblo crecido de Mancovas ò Peſcadores, y otros muchos edificios contiguos à la Plaza, la hacen repreſentar ſiempre una gran Ciudad. Antiguamente reſidia en ella ordinariamente el Samorin; pero diſguſtado de aquel ſitio por los daños que cauſaba el mar, dejó en él un Gobernador, que habita el Palacio antiguo: empleo que enriquece al que lo ocupa. Tiene el honorifico titulo de Rajador, que equivale á Virrey. Vió Dellon en el patio del Palacio de Calecut una campana grande, y muchas piezas de artilleria fundidas, ſacadas de la antigua Fortaleza de los Portugueſes.

Eſtà la arena de eſte rio mezclada en muchas partes de finiſimo oro, y como no ſe prohibe à nadie el recogerla, muchiſimos habitantes ſubſiſten de eſte ſolo trabajo. Llevan los mas las arenas à ſus caſas, pagando al Rajador un derecho por cierta cantidad de ceſtos. El Autor vió pedazos de eſte oro, del valor de quince á veinte ſueldos, aunque el ordinario ſolamente era de quatro haſta diez.

Los Europèos ſe tratan politicamente en aquellas Regiones diſtantes. No repararon Dellon y la Serine en aceptar en Calecut hoſpedarſe en caſa de los Ingleſes. Detubieronlos mas tiempo del que diſcurrian, por temer à los Piratas, que parecia penſaban en embeſtirles al paſo; pero armados al fin de reſolucion, y

Dellon 1670.

con el mosquete en la mano, al pasar entre estos ladrones, y la Costa, con una escolta de quatro Nahers, unicamente los amenazaron con algunos movimientos, que no les estorvaron llegar aquella tarde á Tanor.

Esta Ciudad del pequeño Reyno de su nombre, dista solas cinco leguas al Medio dia de Calecut. Todo el Estado de Tanor està encerrado en las tierras del Samorin, del que sin embargo es independente. Forma el mar una ensenada en ella; donde, sino en el Estío, no pueden anclar sin riesgo los Navios. Lo que se llama Ciudad es un compuesto de muchas Villas de Mancovas, de un espaciosissimo Mercado, poblado de ricos Mahometanos, y de un crecido Pueblo, unicamente ocupado de Christianos, à quienes el Rey permite el público exercicio de su Religion. Tiene una Iglesia pequeña, bastante decente, delante de la qual se ha permitido que erijan una Cruz. Reside el Rey ordinariamente en un Castillo mas distante del mar. (á una legua de la playa) Deja en Tanor un Gobernador, cuya autoridad no se estiende á los Christianos, por especial favor, que reserva el derecho de administrarles Justicia á su Director Eclesiastico. Los que obtienen mucho tiempo hà esta especie de Soberanía, hacen que le exerzan doctos Misioneros, entre los quales nombra Dellon, con elogio, al P. Matías Fernandez, varon Apostolico, que escribia y hablaba mucho mejor el Idioma Malabar, que los mas habiles Sacerdotes de la Nacion.

Aunque solamente conste el Reyno de Tanor de diez leguas en todas sus dimensiones, sin embargo no es Tributario de algunas otras Potencias. Ha conservado estrecha amistad con los Portugueses, desde que se establecieron en las Indias, igualmente que estos han procurado cultivarla. Al contrario, siempre han aborrecido á los Holandeses; y no disimula Dellon, que pareciendo inevitable la Guerra entre Francia y Holanda, por esta razon solicitaba la Compañia la Alianza con este Principe. Añade, que su terreno es sano, y fértil, abundante de pesca y caza; y en particular que se recoge grandisima cantidad de pimienta. Es el ordinario alimento de los habitantes el arroz, pescado, y cocos. No comen aves, porque mas bien quieren venderlas à los Estrangeros. Despues de arreglados sus negocios en Tanor, se restituyeron los Franceses por tierra à Calecut. A las dos leguas de camino entraron nuevamente en los Estados del Samorin, en Chali, lugar grande de Mahometanos, por donde pasa un riachuelo, mas propio para asilo á los Corsarios, que para el Comercio. Al llegar al siguiente dia á Calecut, encontraron ocupados à los Ingleses en salvar lo que les quedaba entero en su casa, miserablemente destruida por el mar.

Flacour, que tubo la constancia de llegar hasta Sirimpatan, se

se restituyó á Tilsery á ultimos del mes de Noviembre. Gastó en el viage treinta y cinco dias; esto es, en andar treinta leguas, á continuo riesgo de perecer con toda su comitiva; pero el felìz suceso de su negociacion le habia hecho olvidar todos sus trabajos. Habia sido bien recibido del Rey y muchos Grandes del País. Las mercancías que podia extraer para la Compañia eran hermosisimas telas, palo de sándalo, que abunda mucho, y excelente salitre natural, sin necesitar alguna preparacion. Flacour trajo muestras de todos los generos; en particular de las telas, mas hermosas una mitad que las del Surata, por igual precio: con lo que la Factoría, que habia fundado, concibió grandes esperanzas; pero Dellon ignora las consecuencias del nuevo Establecimiento. Comenzaba à disgustarle la mansion en Tilsery, y no queriendo limitar su curiosidad à las operaciones de una Factoría, se aprovechó de la ocasion de un Navio Francès, que se hacía á la vela para Mirzeou, con la idea de visitar muchas Plazas, en que al paso habia el Navio de hacer escala, y volverse despues à Goa. Partió el 20 de Enero de 1672, y el 24 anclò en la Rada de Mangalor.

Esta Ciudad, perteneciente al Reyno de Cananor, es la mas importante Plaza de aquel pequeño Estado. Està situada á diez y ocho leguas al Norte de Balliepatan, en la orilla de un rio, donde los Navios de mediano porte pueden entrar en la estacion de las lluvias, y grandes maréas. (Sin embargo aconseja el Autor, que se tomen en todas las estaciones Pilotos del País. Sin esta precaucion se exponen à dár en los bancos de arena, de que hay muchos à la entrada del rio. Hay tambien, fuera de la barra, una buena rada, adonde pueden anclar sin riesgo alguno en el Estío, tiempo en que baja mucho el rio para permitir que suban los Navios.) Es bastante grande, y sus Vecinos son un conjunto de Mahometanos, é Idolatras. Entre el mar y la Ciudad, que dista solamente media legua, està la Factorìa Portuguesa, y se descubre en una eminencia, que antiguamente les pertenecia, como las que ahora se registran en todos aquellos Puertos; pero los Canarinos, animados con el exemplo de los demás Pueblos Indianos, y fatigados de la altivéz con que les trataba esta Nacion, se aprovecharon de la ocasion de la ultima guerra con los Holandeses, para echarlos enteramente del País. Despues de concluida la Paz entre Portugal y Holanda, los Virreyes de Goa practicaron todas las diligencias para volver à entrar en las Plazas de que los habian despojado. Inspiraron terror por mucho tiempo sus Flotas en la Costa, forzando ultimamente al Rey à restituirles las Fortalezas de Mangalor y Bargalor; pero se hallaban tan extenuados con las precedentes guerras, que no pudiendo guarnecerlas bien, se contentaron con establecer Factorías, para recibir, como antes, la mitad de los derechos sobre los generos que el Comercio entra, ó saca.

Aun-

Dellon 1670.

Aunque los Canarinos estèn cerca de los Malabares, sus usos son muy diferentes, parecidos mas bien á los de los vasallos Idólatras del Gran Mogol, cuyos tributarios son. Tienen el color moreno, los cabellos largos, y el mismo vestido que los Gentiles de Surata. El ayre del País es puro y sano, el terreno tan fértil, que en un espacio muy reducido, no solamente provee á muchos Estados vecinos, sino que se transporta á los Pueblos de Achem, Bantam, Mocka, Moscate, Balsora, Mozambique, Mombaze, y otros muchos Lugares.

A otro dia de mañana pasó el Navio Francés á vista de Barcalor, donde reciben los Portugueses, como en Mangalor, la mitad de los derechos del Comercio. El dia siguiente ancló en la Rada de Mirzeou. La Flota de Mr.de la-Haye, compuesta de trece Vageles de diferentes tamaños, pasaba entonces à vista de la Costa, de vuelta à la Isla de Ceylan. (Vease el Diario de-la-Haye, en el Tom. XIV.)

Inutil sería seguir à Dellon á Goa, y algunos otros parages, sobre los quales no se interesa la curiosidad del Lector; pero no omitiré una aventura, cuyos vestigios se encuentran en los demàs Viageros, y verificó de vista Dellon mientras estaba en Daman.

Un Portuguès, cuyo caudal se perdia, pero no su espiritu, y osadía, con la ocasion de asegurarse que perfectamente se parecia al Conde de Sarjedo, uno de los mas grandes Señores de Portugal, concibiò el designio de una atrevidisima empresa. Era hijo el verdadero Conde de Sarjedo, residente por entonces en Lisboa, de un Virrey antiguo. Habia dejado en Goa un hijo natural, enriquecido con sus beneficios, y colocado en una clase distinguida entre los Portugueses. Dellon hace observar, que en Portugal los hijos naturales de los Caballeros, son igualmente Nobles, que los legitimos, y que solo son inferiores en quanto á la herencia, aunque sì pueden recibir legados y donaciones.

El hijo de este Virrey era à quien el Aventurero se parecia perfectamente. Gobernaba entonces las Indias Luis de Mendoza Furtado; pero concluido su tiempo, se esperaba por dias en Goa, que llegase su succesor de Lisboa; y corrian yá voces de que Don Pedro, Regente de Portugal, pensaba en dár este empleo al joven Conde de Sarjedo, cuyo padre lo exerció con tanto succeso y aprobacion. El Aventurero Portuguès, queriendo aprovecharse de esta circunstancia, partió de Lisboa, se fue á Londres, y con un equipage moderado, se embarcó, acompañado de dos Ayudas de Camara, que no le conocian, en un Navio de la Compañia Inglesa, que llevaba orden de tocar en Madràs. Convenidos con el Capitan sobre el precio de su flete, y el de sus gentes, se pagò anticipadamente. Hizo provision de las menudencias necesarias para navegar con comodidad, y que sirve á ganar la voluntad de

los

fos marineros, como aguardiente, vino de Efpaña, y tabaco. Guardó en los primeros dias mucha referva, difponiendo, con el ayre grave de fu tratamiento y lenguage, á todos á que le creyefen hombre diftinguido. Hizo defpues faber á los Inglefes, aunque poco á poco, y en terminos ambiguos, que era el Conde de Sarjedo: pero al acercarfe á Madràs, tomò publicamente efte titulo; y para explicar fu difimulo declaró, que no habiendo podido equiparle el Principe Regente una Flota bien numerofa para conducirle á las Indias con la pompa y mageftad correfpondiente à fu calidad, le habia mandado partir incognito, por haber efpirado el tiempo de Mendoza. DELLON 1670.

Añadieron los Inglefes nuevos honores à los que yá le habian tributado, y le trataron con el refpeto y ceremonias obfervadas con los Virreyes. Felicitabanfe de la fortuna de haberle conducido à las Indias, nada dudofos de que fu reconocimiento à los fervicios que le habian hecho, le difpondria durante el tiempo de fu Gobierno, à fervir à la Compañia, y en particular à los amigos. Pero para excitarle todavia mas á favorecerlos en las ocafiones, apenas defembarcò, quando todos fe aprefuraron à ofrecerle quanto dinero necefitafe, que era lo que el fingido Conde efperaba. Tomò á todas manos, de los Caxeros de la Compañia, y de varios Particulares, que fe confideraban muy dichofos, y honrados con la preferencia que les concedia, y fe lifongeaban yá con grandes efperanzas, de que procuraba adularlos. No folamente le abrieron fus bolfas los Inglefes, fino los Portuguefes eftablecidos en Madrás, y los que habitaban en los Lugares inmediatos, vinieron á porfia à prefentarfe, para formarle una efpecie de corte, fin poder difimular fus zelos del honor que los Inglefes habian tenido de recibirle los primeros. El Conde recibiò fus nuevos subditos con la gravedad de un verdadero Soberano, y les habló en un tono, que previno en el principio hafta las menores fofpechas.

Ofrecieronle tambien dinero los mas ricos Portuguefes, suplicandole fe firviefe de fus caudales, recibiendo con repugnancia los vales que tenia á bien de firmarles. Otros le prefentaron diamantes y joyas, y nada rehufaba; pero tenia un modo de recibir tan afable, y difcreto, que parecia, que unicamente tomaba para obligar á los que le regalaban. Pufofe guardia, y muchos criados, y prontamente correfpondiò fu trèn á lo elevado de fu calidad. Defpues de haberfe detenido quince dias en Madrás, partió con un magnifico equipage, y una numerofa comitiva, cuya manutencion le coftaba poco, porque en todos los Lugares de fu tranfito, no habia perfona que no fe contemplafe muy honrada con recibirle. Al pafar por las Factorías Francefas, y Holandefas, cuidó de no rehufar quanto le ofrecian, diciendo, que

te-

DELLON 1670. temia ofenderles, si se portaba con ellos con menos urbanidad que con los Ingleses. Los ricos Mercaderes, y personas distinguidas, Mahometanos ó Gentiles, siguieron el exemplo de los Européos, solicitando todos captar la benevolencia de un nuevo Virrey, que tan presto habia de gozar del poder de hacer bien, ó mal. Sacaba por otra parte una extrema ventaja del afecto, y estimacion que conservaban al Señor cuyo titulo y calidad se atribuìa, por ser de todos los Virreyes de Indias el que mas se habia hecho amar. Corrió así toda la Costa de Coromandel y de Malabar, recibiendo sin cesar gruesas cantidades, y regalos. Tenia tambien la habilidad de comprar las pedrerias, y rarezas que encontraba en el camino, remitiendo su pago para Goa.

Acercòse finalmente á esta Capital del Imperio Portugués, adonde se habia estendido la fama de su arribo mucho antes, y le esperaban impacientes; pero contentòse con despachar á uno de sus principales criados, á cumplimentar de su parte al que él honraba con el titulo de hermano suyo, hijo natural del Conde de Sarjedo. Este Señor estaba enfermo quando recibió la carta del fingido Conde, y no pudiendo pasar á verle, embiò à su hijo mayor, que Dellon habia visto en Goa, y de quien habla con elogio. Recibiòle el Conde con mucha urbanidad, pero guardando no obstante toda la fiereza que los Portugueses observan con sus padres naturales. Como estaba muy instruido de los negocios publicos, y de los de la casa de Sarjedo, nada se le oía, que no sirviese á confirmar la opinion que se tenia de él. Dió parte sin afectacion al que llamaba su sobrino, y à otros Señores, que habian venido de Goa á cortejarle, de que antes de su entrada estaba indispensablemente obligado à ir hasta Surata, para tratar de algunos negocios secretos con los Ministros del Gran Mogol, que le esperaban alli. Este artificio le excusó de pasar por Goa, adonde solamente se acercò diez leguas; pero su cortejo y caudales se engruesaban diariamente, porque la Nobleza de las Ciudades Portuguesas inmediatas à su transito, se presentaba continuamenta á él, trayendole de todas partes regalos, que su cortesanía no le permitia rehusar.

Adelantóse acia Daman, donde Dellon residia algunos meses antes; pero antes avisò al Gobernador el dia que habia de llegar, ordenando tambien, que se le preparase alojamiento fuera de la Ciudad, por solo el motivo de querer evitar ceremonias ò dispensarlas hasta Surata. Se dispuso para recibirle, una casa de los Misioneros, un quarto de legua de la Ciudad, à donde se fue á apear de su palanquin.

Hallabanse en ella el Gobernador y toda la Nobleza del Paìs, con casi todos los habitantes juntos, para tener el honor de cumplimentarle. Un Misionero del Colegio de Daman, que habia es-

estudiado en Coimbra con el verdadero Conde de Sarjedo, y creía conocerle perfectamente, se halló en la casa con el Padre Rector, destinado para el recibimiento. Vióle, y hablòle, y quedó tan convencido de que era el Conde de Sarjedo, que no sospechó nada. La mañana de su arribo, tubo este impostor una indigestion, causada de algunos dolores de entrañas. Preguntó si habia Medico en la Ciudad, y se llamó à Dellon, que tubo con esto la ocasion de verle, y servirle. Quedó satisfecho de los remedios; pero Dellon advierte, que el ayre de grandeza era afectado, y aun estraño que el altivo Virrey le reprehendiese en público, de algunos terminos poco politicos, que habia usado al hablarle; sin considerar, que no podia un Estrangero poseer toda la delicadeza de la Lengua Portuguesa. Pero esta facilidad en ofenderse no le impidió manifestar al Medico Francés mucha estimacion, y confianza, con magnificas promesas, que obligaron á sus amigos á felicitarle por la ocasion que se le habia presentado de adelantar su fortuna. Curadó el Conde en poquisimos dias, unicamente pensó en continuar su viage. Entretanto comprò en la Ciudad cantidad de cosas preciosas, sin pagarlas. Recibiò dinero de varios Portugueses; pero se dispensò de dárlo à nadie, y à Dellon no consideró salario alguno por su asistencia y sus remedios. Finalmente, partiò con su numerosa comitiva, en la que admitiò al hijo del Gobernador de Daman, á quien se sirvió admitir por empeño de su hermano. Con tan lucido equipage, se fue à Surata, donde su primer cuidado fue convertir todo su dinero en pedrerías. Despues, dejando toda su familia en la Ciudad, partió con solo un hombre, bajo del pretexto de una conferencia que debia tener, algunas leguas de ella, con un Ministro secreto del Mogol. Pero su viage fue mucho mas largo que se discurria, porque no se ha vuelto à vér jamàs. Tubo no obstante la atencion de decir, siete ú ocho dias despues, à todas las gentes honradas de su acompañamiento, que podian retirarse, porque sus negocios no le permitian volver tan presto. (Añade el Autor, que estendida la fama de este caso en todas las Indias, viò pasar de vuelta, por Daman, à toda la Nobleza, engañada vergonzosamente muchos meses por aquel habil impostor.)

Viages á las Minas de los Diamantes de Golkonda, de Visapour, y de Bengala.

Introduccion.

No fomentaron el Establecimiento Francès de Mirzeou la pimienta de Visapour, como queda demostrado en la Relacion antecedente, ni las ordinarias esperanzas del Comercio. Habia comunicado el cèlebre Tavernier, que á la sazon

Introduccion.

zon viageaba en el Oriente (cuyo caráċter se ha visto, igualmente que el uso que debe hacerse de su Relacion) sus observaciones, sobre las Minas de los Diamantes, que iba visitando, à la Compañia Francesa, que se prometia grandes ventajas de una Factoría poco distante. Asi, el Viage de Tavernier debe colocarse à continuacion de la Historia de este Establecimiento: pero se engaña en creer que fue el primer Europèo, que visitò las minas de Golkonda (diciendo con audacia, que si por ventura alguno otro escribió, ó habló antes, no pudo executarlo sino por lo que supo de èl. Desde el año de 1622. se habia aprovechado un Inglès, cuya relacion publicò Purchas en su Coleccion, de la vecindad de Masulipatan, para adquirir las mismas noticias, y por consiguiente debe preceder su Relacion à las del Viagero Francès; y mas, que explicandose con alguna obscuridad sobre su ruta, y asiento, deja alguna razon de dudar, si efectivamente habla de los mismos sitios y trabajo.

§. I.

Viage de Guillermo de Methold.

METHOLD.

HAbiendo Methold oido hablar con admiracion de una Mina de Diamantes, cuya posesion tenia el Rey de Golkonda, atrayendo á ella á todos los Joyeros de los Países comarcanos, no pudo resistir á la curiosidad de visitarla. Atribuíase su descubrimiento á la casualidad. Guardando un Pastor su rebaño, en un campo retirado, le pareciò, al dar con el pie á una piedra, que arrojaba algun resplandor. Recogióla; y vendida por un poco arroz á otro que tambien ignoraba su valor, habia pasado de mano en mano, sin producir demasiada utilidad á sus dueños, hasta las de un Mercader mas hábil, que à costa de largas averiguaciones finalmente descubriò la mina. Methold, igualmente curioso de vér el sitio de donde se sacaba semejante produccion de la naturaleza, y reconocer el orden que se observaba en el trabajo, emprendió el viage con Socora y Thomason, ambos, como él, empleados en el servicio de la Compañia Inglesa en la Factoría de Masulipatan.

Emplearon quatro dias en atravesar un País desierto, esteril, y montuoso, pareciendoles este espacio de ocho millas Inglesas, poco mas ó menos. Fue su primera admiracion encontrar muy pobladas las inmediaciones de la mina, no solamente de multitud de jornaleros, que continuamente embiaba el Rey, sino tambien de gran copia de Estrangeros, atraidos de la codicia de la utilidad, de todos los territorios cercanos. Alojaronse los tres

In-

Inglefes en una muy comoda Hofteria, y conforme al ufo efta- blecido, hicieron una vifita politica al Gobernador, que era un Bramin, llamado Raja Ravio, deftinado por el Rey para percibir los derechos Reales, y confervar el orden entre muchas Naciones diverfas. Manifeftòle efte Oficial hermofifimos diamantes; y los mas preciofos, que ferian de treinta quilates, podian labrarfe en punta. METHOLD.

El dia figuiente fueron à la mina, diftante dos leguas de la Ciudad de Golkonda, en la que afcendia el numero de trabajadores à treinta mil, unos cabando la tierra, y otros llenando toneles de ella. Otros extrahian el agua que manaba por las hendiduras; y otros conducian la tierra mineral á un fitio mas lifo, adonde la tendian à la altura de quatro ó cinco pulgadas; y dejandola fecar al fol, la molian al dia figuiente con piedras. Recogian cuidadofamente los terrones que encontraban en ella, y los quebrantaban fin precaucion. Algunas veces encontraban diamantes: otras no; pero afegura Methold, que conocian, con la vifta, las tierras que daban mas efperanza, y las diftinguian con el olfato. A lo menos no le quedó duda de que tenian medio de hacer efta diftincion fin romper los pedazos, y terrones; porque en algunos fitios folamente arañaban un poco la tierra; y en otros cababan hafta diez ò doce brazas de hondo.

La tierra de la mina es roja, con venas de una materia femejante à la cal, blancas unas veces, y otras amarillas. Eftá mezclada de guijarrillos, que falen muchos afidos de una vez. En lugar de formar calles, y quartos como en las minas de Europa, fe caba derecho abajo, formando como pozos quadrados. No puede afirmar el Autor fi los Minadores prefieren efte metodo por feguir el curfo de la vena, ó por efecto fimple de fu ignorancia; pero tienen un modo de facar el agua de las minas, que le pareció preferible à todas nueftras maquinas: confiftiendo en ponerfe muchos hombres, unos encima de otros, que fe dan el agua de mano en mano. Nada hay mas pronto que efte trabajo, y es tanto mas neceffaria la diligencia, quanto el fitio en que fe trabaja en feco durante la noche, fe advertiria por la mañana cafi lleno de agua.

Eftaba la mina arrendada á un rico Comerciante, llamado Marcanda, de la Tribu de los Plateros (veafe la Defcripcion de Golkonda), que anualmente pagaba la cantidad de 300ꝑ pagodes ademàs de refervarfe el Rey todos los diamantes que excediefen de diez quilates. Habia dividido el terreno el Arrendador General en muchas porciones quadradas, que alargaba á otros Mercaderes; caftigando rigorofifimamente á los defraudadores de los derechos; pero efte temor no impedia que continuamente fe extraviafen muchos bellifimos diamantes. Methold viò dos de efta

Me-
thold.

especie, que se acercaban à veinte quilates cada uno, y muchos de diez ó doce, que á pesar del riesgo á que se exponen en manifestarlos, se venden muy caros.

La situacion de la mina es al pie de una montaña, inmediata à un rio llamado Christena. El País es naturalmente tan esteril, que se reputaba por desierto antes de este descubrimiento. Admirabase la prontitud con que se habia poblado, pues se contaban por entonces en él mas de cien mil hombres, jornaleros ò Comerciantes. Los viveres estaban mucho mas caros, quanto era necesario conducirlos de lejos; las casas muy mal construidas, porque se formaban habitaciones proporcionadas al corto tiempo que se habian de ocupar. Poco tiempo despues, se mandó cerrar la mina de orden del Rey, y se ausentaron todos sus habitantes. Discurriòse, que el objeto de este Principe era aumentar la estimacion, y venta de los diamantes; pero algunos Indianos mejor instruidos manifestaron á Methold haber expedido la orden con ocasion de una Embajada del Mogol, que pedia al Rey de Golkonda tres libras de sus mas hermosos diamantes. Convenidas ambas Cortes, se renovó el trabajo, y yà estaba casi exhausta la mina quando Methold saliò de Masulipatan.

Produce tambien este País muchos cristales, y cantidad de otras piedras transparentes, de menor dureza, tales como granates, amethystas, topacios, y agathas. Encuentrase mucho hierro, y acero, que se transporta à varios lugares de las Indias. Vendese el hierro, en ellos, à treinta sueldos poco mas ò menos el quintal; y à quarenta y cinco sueldos, el quintal de acero. Pero se doblan los precios en Masulipatan, porque se necesita ocupar en el transporte bueyes, que gastan ocho dias cabales en el viage (cuya descripcion pondremos, por haberla omitido Methold, segun Tavernier, por ser este el lugar mas conveniente. De Golkonda á Masulipatan, dice que se cuentan cien Cosas por el camino recto; esto es cien leguas comunes de Francia, de las quales con quatro se compone un Gos.) Pero quando se quiere pasar por la mina de los diamantes, llamada en Persa Colour, y Gani en Indiano, hay ciento y doce Cosas, que es la ruta del Autor.

De Golkonda se andan quatro leguas para Tenara, Pueblo considerable, en que se registran quatro hermosisimas casas, con jardines. Una de ellas, situada à la izquierda á lo largo del camino real, es sin comparacion mas magnifica que las demàs. Son de muy buena piedra de silleria, de dos altos, grandes galerías, bellas salas, y alcobas. Tienen una grande Plaza en la fachada principal, y en cada una de las otras tres un gran portal, y de ambos lados, una bella plataforma, elevada de tierra, de cerca de quatro ó cinco pies, muy bien embovedada, donde se hospedan los Viageros de distincion. Sobre cada portal hay una gran varandi-

lla,

lla, y una habitacion para las Damas. Las perſonas de conſideracion, que no quieren alojarſe en los edificios, pueden armar ſu Tienda en los Jardines; pero no ſe pueden hoſpedar ſino en tres de eſtas caſas, por reſervarſe la mas oſtentoſa para la Reyna. No obſtante, ſe entra en ella quando ſe auſenta, y ſe uſa de la libertad de paſearſe en los Jardines, adornados de muchas hermoſas fuentes. Ofrece la Torre de la Plaza pequeñas habitaciones, deſtinadas para los pobres Viageros; diſtribuyendoles diaria limosna, por la tarde, de pan, arroz, ò legumbres cocidas. Como no comen los Idòlatras coſa preparada por otros, ſe les dá harina para que amaſen pan, y una poca manteca, con que ſuelen frotar el pan, diſpueſto en forma de tortilla. METHOLD.

Deſde Tenara hay doce coſas à Jatenagar; doce de Jatenagar á Patengy; catorce de Patengy à Pengeul; doce de Pengeul á Nagelpar; once de Nagelpar à Lakabaron; y once de Lakabaron à Coulour ò Gani; eſto, es à la Mina.

Lo mas del camino, deſde Lakabaron à Coulour, es todo de peñascos, particularmente cerca de Coulour. Vióſe el Autor obligado en tres ó quatro parages, à mandar deſuncir ſu carruage, lo que ſe executa prontamente. Quando ſe encuentra alguna porcion de tierra buena entre eſtas rocas, ſe advierte en ella arboles de caſia, la mejor y mas laxativa de todas las Indias. Paſa á lo largo del Pueblo de Coulour un copioſo rio, que ſe introduce en el Golfo de Bengala, cerca de Maſulipatan.

Deſde Coulour hay once coſſas á Kahkaly. Seis de Kahkaly á Bezoar, á donde ſe atravieſa el Rio de Coulour. Quatro de Bezoar à Vouchir. Entre Vouchir y Nilimor, acia la mitad del camino, ſe paſa un gran rio ſobre una almadìa. Seis coſſas, de Nilimor á Milmol, y quatro, de Milmol à Maſulipatan. Tavernier Tom. II. pag. 97. y siguientes.

No ſe conoce en el País mina alguna de oro, ni de cobre. En las montañas ſe encuentra en un ſolo ſitio gran cantidad de bezoar, que ſe extrahe del vientre de las cabras. Habla el Autor con admiracion de la multitud de eſtos animales, que no ſe ceſan de matar, para buſcar las precioſas piedras en ſus entrañas. De algunas ſe ſacan tres ò quatro, unas largas, otras redondas, pero todas pequeñas. Se hace un ſingular experimento en eſtas cabras. De quatro que ſe tranſportaron à ciento y cinquenta millas de ſus montañas, ſe abrieron dos inmediatamente, y ſe encontraron bezoares. Dejaronſe paſar diez dias, y ſe abriò la tercera, y ſe vieron algunas ſeñales de haber tenido. En la quarta, que ſe tardó en abrir un mes, no ſe encontrò bezoar ni ſeñal de piedra. Methold concluye, que la naturaleza produce, en eſtas montañas, algun arbol ó planta, que ſirviendo de paſto à eſtas cabras, cauſa la producion del bezoar. Y añade á eſta corta relacion, que

Me-
thold.

la tintura, ò mas bien la pintura de las telas del Paìs (porque las mas finas se pintan al pincèl), es la mejor y la mas bella de todas las del Oriente, durando tanto el color como la estofa. Sacase de una planta, que no prevalece en otras partes, y los habitantes llaman Chay.

§. II.

Viages de Tavernier à las Minas de los Diamantes.

Taver-
nier.

Este famoso Viagero habia ido, en diversos Corsos, que pertenecen á la Historia de los Viages, al Seno Persico, donde la esperanza de la utilidad, y gusto de su profesion (porque era Joyero) le habian estimulado á comprar muchas hermosas perlas. Resolvió emprender el viage de Golkonda, para visitar las Minas de los Diamantes, y proveerse de los mas ricos que encontrase, y vender al Rey sus perlas, que la menor era de treinta y quatro quilates.

Embarcòse el dia 11 de Mayo de 1652. en un Navio de alto bordo del Rey de Golkonda, que anualmente và á Persia, cargado de telas finas, y chiltes, ó telas pintadas, cuyas flores son de pincèl: lo que las hace mas caras que las de molde. Acostumbrada la Compañia Holandesa á dár á los Navios del Rey un Piloto, un Sota-Piloto, y dos ò tres Artilleros, habia seis Marineros Holandeses en la Tripulacion del Navio. Los Comerciantes Armenios y Persas, que pasaban á las Indias á traficar, eran ciento; con cinquenta y cinco caballos à bordo, que el Rey de Persia embiaba al de Golkonda.

Despues de algunos dias de navegacion, se levantó un viento atravesado, de los mas impetuosos. Comenzò la Embarcacion, que se tubo la imprudencia de dejar secar por espacio de cinco meses, á hacer agua repentinamente por todas partes, sin valer nada las bombas, para colmo de desgracia. Fue menester recurrir á dos fardos de baqueta de Moscovia, que un Mercader llevaba à las Indias, adonde estas hermosas pieles, que son muy frescas, sirven para cubrir las camas. Quatro ó cinco Zapateros, que iban por fortuna á bordo, emprendieron hacer cechas de agua del tamaño de una pipa, que fueron de un importante servicio en coyuntura tan peligrosa. Consiguiòse al cabo de una ó dos horas, con el socorro de un grueso cable, que tenia otras tantas garruchas, como cechas, extraer toda el agua del Vagel, por cinco agugeros grandes abiertos en varios parages de la quilla; pero ocurrió el mismo dia un suceso muy estraño. Creciendo la furiosa tempestad, se advirtió que cayeron rayos en diferentes sitios de

la

la Embarcacion. Penetrò el primero el arbol de proa de alto á bajo ; y saliendo del mastil á la flor de la quilla, corriò á lo largo del borde, y mató á tres hombres. El segundo cayò dos horas despues, y mató dos hombres en la quilla. El tercero, que siguió inmediatamente, hizo un agugero pequeño en el vientre al Cocinero, quemandole todo el pelo del cuerpo, sin causarle otro daño; pero quando para curarle su llaga, se le queria untar con aceite de cocos, sentia un dolor tan vivo, que le obligaba á dar grandes gritos. TAVERNIER.

Serenado yá el tiempo, se llegó en 2 de Julio al Puerto de Masulipatan. Los Factores Ingleses, y Holandeses recibieron muy cortesmente à Tavernier, dandole muchas funciones, en un delicioso Jardin, que los Holandeses tienen á media legua de la Ciudad. Pero noticioso de la idea que llevaba de pasar á Golkonda, le advirtieron que el Rey no compraba nada raro y precioso, sin haber consultado á Mirgimola, su Primer Ministro, y General de los Exercitos, ocupado entonces en el Sitio de Grandicot, Ciudad de la Provincia de Carnatica (ò Carnate), en el Reyno de Visapour. No vacilò Tavernier en tomar esta ruta. Comprò una suerte de carruage, llamado Pallekis, con tres caballos y seis bueyes, para ir él, sus criados, y bagage, y su partida se dexò para el 21 de Julio.

Caminó el primer dia tres leguas, para ir à pasar la noche en un Lugar llamado Nilmol. El 22 caminó seis, hasta Vouhir, otra Villa, antes de la qual se pasa un rio en una almadía. El 23 despues de una marcha de seis horas, llegò á una mala Aldea, llamada Petemet, donde la violencia de las lluvias le obligó á detenerse tres dias.

El 27 no habiendo podido andar mas que legua y media, hasta Bezoar por caminos, robados de las copiosas lluvias, descansó otros quatro dias. Habíase formado de un hoyo que tenia que pasar, un torrente tan rápido, que la barca no podia resistir á la corriente; además, que era necesario tiempo para dejar pasar los caballos del Rey de Persia. Ibán para Mirgimola, por la misma razon que obligaba á Tavernier á visitar à este Ministro antes de pasar á Golkonda. Durante la mansion que hizo en Bezoar, frequentò muchas Pagodas, cuyo nùmero es mayor en este, que en algun otro País de las Indias, porque à excepcion de los Gobernadores, y algunos de su familia, que son Mahometanos, todos los Pueblos son Idòlatras. La Pagoda de Bezoar es muy capaz, y solamente cercada de paredes. Contiene cincuenta y dos columnas, de casi veinte pies de alto, que sostienen una boveda de piedra grande de silleria, adornada de varias figuras de relieve, que representan hòrrorosos demonios, y otros muchos animales, unos, con quatro cuernos; otros, con muchas piernas y colas; y otros,

con

Taver-
nier.

con la lengua de fuera, ù otras posturas ridiculas. El intervalo de columna á columna ofrece las estatuas de los Dioses, elevadas sobre sus pedestales. Está la Pagoda en el centro de un gran patio, mas largo que ancho, cercado de una pared, llena de las mismas figuras que las columnas del Templo. Se registra en èl una galería sostenida de sesenta pilares en forma de Claustro. Entrase por un grande portico, encima del qual se elevan dos nichos uno sobre otro, el primero sostenido de doce pilares, y el segundo de ocho. Al pie de las columnas de la Pagoda se advierten antiguos caracteres Indianos, que los mismos Sacerdotes apenas pueden leer.

La curiosidad conduxo à Tavernier à otra Pagoda, edificada en una eminencia, adonde se sube por una escalera de ciento y noventa y tres gradas, de un pie de alto, de forma quadrada, con una cúpula, y todas las paredes llenas de relieves, como las de Bezoar. Hay en el centro un Idolo, sentado con las piernas cruzadas, de quatro pies de alto en esta postura y la cabeza cubierta de una triple corona, de la que salen quatro cuernos. Su semblante es de hombre, vuelto acia el Oriente. Los Peregrinos que acuden á adorar tan monstruosas figuras, juntas las manos, al entrar en la Pagoda, las llegan á la frente. Despues, acercandose al Idolo, repiten muchas veces Ram, Ram, que quiere decir Dios, Dios. Ya cerca, tocan tres veces una campana que cuelga del Idolo, despues de haber tiznado con feas pinturas varios sitios de la cara y del cuerpo. Ungenle algunos con aceite ú otros perfumes. Ofrecenle azucar, aceite, y otros alimentos; à los que añaden las mas ricas piezas de plata, ú oro. Asisten à esta Pagoda sesenta Sacerdotes, que viven de las ofrendas, con sus mugeres è hijos. Pero deben dejarlas dos dias cabales delante del Idolo; y al tercero se entregan de ellas al anochecer. Un Peregrino, que va á buscar la salud, debe llevar, segun su posibilidad, en oro, plata, ò cobre, la figura del miembro enfermo. La fachada de la Pagoda está cubierta de un tejado llano, sostenido de seis postes; con otro al frente, sostenido de quatro, bajo del qual està la cocina de los Sacerdotes. Por la parte del Medio dia, se ha cortado, en la Montaña, una grande plataforma, donde se disfruta la sombra, bajo de muchos hermosos arboles, cerca de la qual hay un abundante pozo. Acuden Peregrinos de muy lejos, y los Sacerdotes dan de comer á los pobres, de las limosnas que les hacen los ricos. Viò Tavernier á una muger, que habia tres dias que estaba en el Templo, representandole què debia executar para sustentarse ella, y educar sus hijos. Informòse de un Sacerdote si aquella muger esperaba alguna respuesta, y porqué se veía precisada á detenerse tanto tiempo, y se le dixo que las explicaciones Divinas merecian esperarse largo tiempo, y que dependian de la Divina voluntad, cuyo lenguage le hizo sospe-

char

char que habia algun fraude en la conducta sacerdotal. Aguardó al tiempo de su comida; y no viendo mas que à uno, que se habia quedado á hacer la guardia en la puerta, le pidiò cortesmente que fuese á buscarle agua para refrescar, à los pozos que están á dos tiros de fusil de la puerta. Durante su ausencia, entró en el Templo; y careciendo de otra luz que la de la puerta, se adelantò, como á gatas, detrás de la estatua, donde descubriò un agugero por donde podia introducirse un hombre, que servia à los Sacerdotes como de nicho para hacer que hablase el Idolo por su boca. No pudo estár tan pronto, que el que fue á traherle el agua, no le encontrase en la Pagoda; pero despues de haber recibido algunas injurias, con una reprehension por haber violado el sagrado del Templo, lo sosegó bien presto, poniendole dos rupies en la mano.

Tavernier.

Partió de Bezoar el 31 y pasando el rio, que tendria entonces de ancho una media legua, llegó, despues de otras tres leguas, delante de una gran Pagoda, edificada sobre una plataforma, á la que se sube por quince ó veinte escalones. Descubrese en èl la figura de una baca, de marmol muy negro, y otros muchos Idolos diferentes. Los mas feos reciben mayores adoraciones, y ofrendas. Un quarto de legua mas allá se atraviesa un Lugar grande. El mismo dia andubo Tavernier todavia tres leguas, para llegar à una Villa, llamada Kahkali, cerca de la qual se ven en una Pagoda pequeña cinco ò seis Idolos de marmol, bien trabajados. Por la mañana, despues de siete horas de camino, fue á apearse à Condevir, Ciudad populosa, con un gran foso, vestido de piedra de silleria. Llegase à ella por un camino, cerrado por ambos lados con una fuerte muralla, en la que hay de espacio en espacio algunas torres redondas poco capaces de defensa. La Ciudad llega, al Levante, à una sierra de una legua de circuito, cercada por la cumbre, de un buen muro, con una media luna de cincuenta en cincuenta pasos, y en el recinto tres Fuertes, sin Guarnicion.

El 2 Tavernier y los Compañeros andubieron solas seis leguas, para ir à pasar la noche en la Villa de Copenour. El 3 despues de caminar algunas leguas, entraron en Adanqui, Pueblo muy considerable, que tiene una gran Pagoda, donde se registran las ruinas de muchas habitaciones construidas para los Sacerdotes. Quedan todavia, en la Pagoda, algunos Idolos mutilados, que aquellas Naciones ciegas no dejan de adorar. El 4 se andubieron ocho leguas, hasta el Lugar de Nosdrepar, delante del qual se encuentra, á distancia de media lègua, un caudaloso rio, que entonces llevaba poco agua, por no haber llegado el tiempo de las lluvias en aquella Region. El 5 caminadas ocho leguas, se pasò la noche en el Pueblo de Condecour. El 6 marchò siete horas para llegar á Dakije. El 7 despues de tres leguas, se atravesò una

Ciu-

TAVERNIER. Ciudad, llamada Nelour, donde hay inumerables Pagodas. Un quarto de legua mas allà, se pasa un copioso rio, y todavia adelantò seis leguas, hasta Gondoron. El 8 con una pequeña jornada, se llegò á Serepele, que es una Aldea. El 9 se andubieron nueve leguas, para detenerse en una buena Villa, llamada Ponter. El 10, se marcharon dos horas, y se hizo noche en Semepgoud, Poblacion considerable.

El dia siguiente por la tarde se llegó à Paliacata, quatro leguas de Semepgoud, pero mas de una por mar, en el que los caballos muchas veces tenian el agua à la silla. El camino real està dos ò tres leguas mas distante. Paliacata es un Fuerte perteneciente à los Holandeses, en el que tienen su Factoría para la Costa de Coromandél. Mantienen en él una Guarnicion de cerca de doscientos hombres, que junta á muchos Mercaderes, y á algunos Naturales del Paìs, componen una buena Poblacion. La antigua Ciudad del mismo nombre està separada por una gran Plaza; los bastiones coronados de artillería muy bien pertrechada, y el mar bate sus cimientos. Pero mas bien es una playa, que Puerto. Permaneció Tavernier en la Ciudad hasta la siguiente tarde; y el Gobernanador, que se llamaba Pitre, no permitiò que comiese sino con èl. Le hizo dàr tres bueltas, con una afectada confianza, al redor de las murallas, por las que facilmente se podia pasear. El modo con que los vecinos de Paliacata van á coger el agua que beben, es bien particular. Esperan que el mar se retire, para ir à hacer sobre la orilla catas, de las que sacan agua dulce excelente.

El 12 el Autor partiò de Paliacata; y por la mañana, à las diez, entró en Madraspatan, ó Madras, Fuerte Inglès, que se llama S. Jorge, que entonces comenzaba à poblarse. Alojòse en el Convento de Capuchinos, donde el Padre Ephraim de Navers, y el Padre Zenon de Bauge, gozaban pacificamente de la proteccion del Gobernador (Estos dos Capuchinos se habian hecho célebres en las Indias; el primero por haber sido preso por los Portugueses de Santo Thomé, que le entregaron à la Inquisicion de Goa, de la que salió por favor del Rey de Golkonda, que armò todas sus fuerzas para libertarle: el otro, por haber intentado, durante la prision de su cohermano, y amigo, ser el instrumento de su libertad, apoderandose del Gobernador de Santo Thomé, á quien detubo algun tiempo prisionero en el Convento de Madras, despues de haber declarado á la Inquisicion, que el Gobernador sufriria el mismo tratamiento que el Padre Ephraim. Tavernier refiere este caso en el Tom. II., pag. 126. y siguientes.) No distando Santo Thomè mas que media legua de Madras, visitò Tavernier esta Ciudad, que poseían todavia los Portugueses; pero sus urbanidades no impidieron

ron que se restituyese á la noche con los Ingleses, con quienes estaba mas contento. Detubieronle hasta el 22. que saliendo por la mañana, andubo seis leguas para hacer noche en un Pueblo grande, llamado Servavaron. TAVERNIER.

El 23. se trasladò al de Oudecout, por medio de siete leguas de un País llano, y arenoso, en que solamente se registran Florestas de Bambou, de altura igual á nuestras mas elevadas hayas. Las hay tan cerradas, que son inaccesibles á los hombres; pero estàn pobladas de una prodigiosa copia de monos. Habianle contado à Tavernier, que los monos que habitan à un lado del camino, eran tan mortales enemigos de los que ocupan el opuesto de las Florestas, que si la casualidad los obligaba à pasar de una parte á otra, inmediatamente los mataban. Deciale el Gobernador de Paliacata la diversion que habia tenido de verlos pelearse, y le instruyó en el modo de disfrutar este expectaculo. En todo aquel territorio, está el camino cerrado, de legua à legua, con puertas y barreras, con guardia continua, y la precaucion de preguntar á los pasageros, à dònde ván y de dónde vienen; de suerte, que un Viagero puede ir sin temor aunque lleve oro en la mano. Reyna en él la abundancia, igualmente que la seguridad; presentandose á cada paso la ocasion de comprar arroz. Los que gustan de presenciar un combate de monos, mandan poner en el camino cinco ò seis canastos de arroz, quarenta ò cinquenta pasos uno de otro; y cerca de cada canasto cinco ó seis bastones de dos pies de largo y una pulgada de grueso. Retiranse despues un poco, è inmediatamente, se ven bajar monos por ambas partes de la copa de los Bambous, y salir del bosque para llegarse á los canastos. A lo primero se mantienen cerca de media hora enseñandose los dientes. Yà se adelantan, yà retroceden, como si ellos temiesen llegar á las manos. En fin, las monas, mas atrevidas que los monos, y sobre todo las que crian, que llevan sus hijuelos entre sus brazos, como las mugeres, se llaman à una presa que les incita, y entran la cabeza en los canastos. Entonces los monos del partido opuesto caen sobre ellas, y las muerden sin cesar. Adelantanse los contrarios, para defender á sus hembras; y mezclandose furiosamente, toman los bastones que hay junto à los canastos, y comienzan una cruel batalla, en que los mas debiles se vén obligados à ceder, retirandose á los bosques, estropeados de algun miembro, ò abierta la cabeza; mientras los vencedores, dueños del campo de batalla, comen avaramente el arroz: aunque luego que se sosiegan, permiten que las hembras del partido contrario vengan á comer con ellos.

Caminaronse el 24. nueve leguas, por un camino semejante al de el dia antecedente, y á la noche se llegó à Naraveron. El 25. despues de ocho leguas de marcha, por un País cuyas puer-

tas,

TAVERNIER. tas, y guardias se encuentran de dos en dos leguas, se pasò la noche en Gozel. El 26. fue la jornada de nueve leguas. Courva, adonde se llegò á la tarde, no ofrece alivio alguno para los hombres, ni para los animales. Es una Pagoda muy famosa, pero donde la esterilidad del País no permite exercitar la hospitalidad con los Estrangeros. Vió el Autor transitar algunas Compañias de Soldados, armados de medias picas, y arcabuces, que iban à incorporarse á uno de los mas cèlebres Capitanes del Exercito de Mirgimola, en una eminencia vecina, en que mandò sentar su Tienda. Juzgandose obligado á cumplimentar à este Oficial, fuese al Campo, á donde le encontró bajo de su Tienda con los Señores principales del Paìs, mandandole presentar, despues de saludarle, un par de pistolas de faltriquera, guarnecidas de plata, y dos varas de paño de color de fuego. Esta liberalidad valiò à Tavernier una abundancia de viveres, que le excusaron de padecer las incomodidades de su alojamiento. Habiendo sabido el Capitan Indiano, que iba à visitar en su Campo al General, le diò otra señal de distincion, combidandole á otro dia à la caza de Elefantes, en que ordinariamente se exercitaba con tres ó quatro mil Soldados que mandaba en la Provincia. Excusòse Tavernier con los negocios que le obligaban à partir; pero con motivo de algunos Elefantes que se habian escapado de los cazadores, supo una propiedad de estos animales, à su parecer muy estraña, que sintió no presenciar; y es, que al salir del lazo, vuelven à entrar en los bosques con una desconfianza, que les hace arrancar con la trompa una rama recia de algun arbol, con que sondean la tierra, antes de sentar el pie, para descubrir los fosos, ó cepos cubiertos, en que recelan caer segunda vez.

Puesto nuevamente en marcha Tavernier el 27 andubo seis leguas para llegar à Ragiapeta. El 28. le condujo una marcha de ocho leguas à Ondecour. El 29 empleò nueve horas en ir á Outamodia, Pueplo crecido, en que se registra una de las mayores Pagodas de todas las Indias, construida de hermosas piedras de silleria, con tres torres, en que se vèn muchas figuras disformes. Està rodeado el edificio de un gran numero de quartos pequeños, para viviendas de los Sacerdotes. A quinientos pasos hay un estanque grande, en cuyas orillas estàn muchas pequeñas Pagodas, de ocho á diez pies en quadro, y en cada una algun Idolo de horrible figura, con un Bramin, que impide á los Estrangeros de diversa Religion venir à lavarse, ò á tomar agua del estanque. Los Sacerdotes no tienen dificultad en declarar, que si aconteciese semejante desgracia, estarian obligados á mandar soltar el agua, para purificarle. Pero no observan las mismas excepciones en sus limosnas; pues todos los Pasageros, de qualquiera Religion que

profesen, se tratan en la Pagoda con mucha caridad. Hay en los caminos copia de mugeres, con fuego prevenido, para que fumen tabaco los Viageros, y aun proveen de èl à los que tienen falta. Otras les ofrecen arroz cocido, y quicheri, que es un grano bastante parecido al cañamon. Presentanles otras, agua de habas, porque pretenden, que con ella no padecen pleuresia los que se acaloran en el camino. Obliganse, por voto, las mugeres á exercer esta caridad con los Caminantes, por espacio de muchos años, segun el estado de sus rentas. Otras se encuentran en el camino, y en los Prados, detràs de los caballos, bueyes, y bacas, que hicieron voto de comer solamente lo que hallen en el estiercol mal digerido de estos animales. Como carece el País de cebada, y avena, se dà pienso á las bestias de una suerte de frisoles, gordos, y puntiagudos, que se quebrantan entre dos muelas pequeñas, y despues se dejan en remojo, porque su dureza hace muy lenta la digestion. Dàse este pienso á los caballos todas las noches; y à la mañana se les hacen tomar cerca de dos libras de azucar morena, amasada con otra tanta harina, y una libra de manteca, en bolas pequeñas, que se les introduce en el gaznate; despues de lo qual, se les lava con cuidado la boca, porque tienen aversion á esta comida. Durante el dia, no se les subministra mas, que ciertas hierbas del campo, arrancadas con las raices, que se tiene cuidado de lavarlas tambien, para limpiarlas de la tierra ò arena.

TAVERNIER.

El 30. andubo Tavernier ocho leguas, hasta Goulupalè; y nueve el 31., hasta Gogeron. No quedaban mas que seis hasta Gandicot, donde llegó felizmente el 1. de Septiembre.

Ocho dias no mas habia que el Nabab (titulo Indiano de Mirgimola) se habia apoderado de la Ciudad, à costa de un sitio de tres meses, cuyo fin no hubiera visto tan prontamente, sin el socorro de algunos Franceses, à los que varios motivos de disgusto habian obligado á abandonar el servicio de la Compañia Holandesa. Tambien contribuyeron algunos Artilleros Ingleses, Holandeses, è Italianos al succeso de esta expedicion. Es Gandicot una de las Plazas mas fuertes del País de Carnatica. Està situada en la punta de una elevada montaña, adonde no se puede llegar sino por un camino muy dificil, de solos siete, ú ocho pies de ancho en algunos parages, abierto en la sierra, y rodeado, á la derecha, de un horroroso precipicio, bajo del qual pasa un caudaloso rio. Hay en la montaña, al medio dia, un corto llano, de media legua de largo, sobre un quarto de ancho, regado con muchas fuentezuelas, y sembrado de arroz, y mijo. Mas arriba; esto es, en la cumbre del monte, està fundada la Ciudad sobre una punta, desde donde nada se descubre, sino precipicios, y dos rios que corren en lo hondo. Asi, no se entra en ella, sino por

TAVERNIER.

una puerta, por la parte de la llanura, fortificada con tres murallas de piedra de canterìa, con foſos en lo hondo del cubo, veſtidos de la miſma piedra: de ſuerte, que no habian tenido que defender los ſitiados, mas que un eſpacio de quatrocientos, ò quinientos paſos. Conſiſtia toda ſu artillerìa en dos piezas de hierro, una de doce, y otra de ſiete libras de bala; colocadas, la primera en la puerta, y la otra en la punta de una eſpecie de baſtion. Habia perdido el Nabab mucha gente en diverſas ſalidas, y no hubieran vencido los obſtaculos de la naturaleza, à no haber encontrado los Européos el arte de hacer montar la artillerìa en un lugar tan eſcarpado. Prometióles quatro meſes de paga, fuera de los ſueldos ordinarios. Excitòlos eſta eſperanza tan vivamente, que deſpues de haber hecho ſubir quatro piezas, tubieron la deſtreza de dàr en la que los ſitiados tenian ſobre la puerta, poniendola inſervible; lo que reduxo inmediatamente la Plaza à capitular.

Encontrò Tavernier todo el Exercito del Nabab al pie de la montaña; y habiendole reconocido algunos Ingleſes, que le vieron llegar, por Européo, le inſtaron politicamente à que paſaſe la noche con ellos: pero fue recibido por la mañana en la Ciudad, de un Artillero Francés, llamado Claudio Maillè, que el Nabab empleaba en fundir algunas piezas de artillería que queria dejar en ella. Eſte Artiſta, à quien habia conocido Jardinero de los Holandeſes, le procuró todas las neceſarias comodidades, y conduxo á la tienda de Mirgimola, ſentada en la cumbre del monte, en la pequeña llanura que terminaba el camino. El motivo del viage, que aplicó muy bien, fue tan guſtoſo cumplimiento para el General, que recibiendole con mucha diſtincion, le combidó à comer à otro dia en ſu meſa; y yendo à la noche á cenar en caſa de Maillé con todos los Artilleros Européos, le preſentaron, de parte ſuya, algunas botellas de vino de España y de Chiras; magnifico regalo en un País donde caſi no ſe conoce otro licor que el aguardiente de arroz y azucar.

Manifeſtó ſus perlas, cuya hermoſura ſe celebrò. Aconſejòle el Nabab que fueſe inmediatamente á Golkonda, adonde eſcribiria á ſu hijo que las preſentàra al Rey: pero habiendo hecho traher cinco taleguitos, llenos de diamantes, le preguntò, ſi aquella mercancìa ſe eſtimaba en ſu Patria. Los mas grueſos no excedian de dos quilates; y los mas eran negros de agua. Reſpondió Tavernier, que en Europa no ſe hacia caſo ſino de los diamantes negros y blancos. Habiendo ſabido el Nabab, al principio de la guerra, que ſe habian deſcubierto algunas minas de diamantes en el País que ſolicitaba conquiſtar, embiò doce mil hombres; que ſolamente pudieron ſacar lo que conſervaba en los cinco taleguitos. Muy bien habia advertido por ſí, que no eran ſino piedras

muy

muy morenas de agua, que tiraban mas à negras que á blancas, y discurriendo que perdia su trabajo, mandó tapar las minas. No fue mas felìz en la fundicion que mandò establecer á Maillé, pues siendo su animo fundir veinte piezas, diez de quarenta, y diez de veinte libras de bala, habia recogido còbre de todas partes, sin reservar los Idolos de las Pagodas, y Maillè fundió una parte; pero le fue imposible fundir tres grandes Idolos de la Pagoda de Gandicot, aunque el Nabab, que acusaba à los Sacerdotes de sortilegio, usase de todas amenazas para deshacer el encanto; y de todo su cobre no pudo formar un solo cañon entero: uno salia abierto, y otro à medio formar. Abandonóse la fábrica, despues de mucho gasto, y melancolico Maillé, dejó el servicio de Golkonda. (Este Aventurero Francés era de Brujas, Alistado en Amsterdam para las Indias, y reconociendole hàbil el General de Batavia, le retubo en su servicio particular, para formar algunas grutas y fuentes en su Jardin. Disgustado Maillé de este empleó, halló ocasion de entrar en la familia de un Holandès, llamado Cheteur, despachado de Batavia al Nabab durante el sitio de Gandicot. Habiendo arreglado Cheteur sus negocios, Maillé, que le veía pronto à marchar, quitò el estuche y unguentos à su Cirujano, y se ocultó para huir de las pesquisas. En vano se detubo algunos dias mas Cheteur en el campo de Gandicot. Luego que se fue, entrò Maillè á servir al Nabab, en calidad de Cirujano. Despues, alabandose de buen Artillero y Fundidor, le dieron ambos titulos, pero su principal talento era la poca verguenza.) TAVERNIER.

Dispuesto Tavernier à partir para Golkonda, pasó el 15. por la mañana à la Tienda del Nabab, donde exercito su curiosidad. Estaba este General sentado, con las piernas cruzadas, y los pies desnudos, con dos Secretarios junto á él. No estrañó el Autor esta postura, tan comun en el Oriente; ni tampoco la desnudéz de pie y de piernas, por ser estilo de los mayores Señores de Golkonda, particularmente en sus Salas, donde se pasean sobre ricas alfombras; pero observó, que tenia el Nabab los intervalos de los dedos de los pies, llenos de letras, y tambien los de los dedos de la mano izquierda. Tan presto tiraba sus manos, como sus pies, para dictar á sus Secretarios las respuestas, y él mismo daba algunas. Luego que acababan los Secretarios de escribir, les mandaba leerlo, y sellaba con su propia mano, y lo entregaba por sí mismo á los Mensageros, para llevarlo. En las Indias, segun el Autor, todas las cartas que el Rey, Generales de Exercitos y Gobernadores, despachan con gente de à pie, llegan mucho antes que por otros medios. Encuentranse, de dos en dos leguas, pequeñas cabañas, donde habitan dos ò tres hombres, asalariados para correr. El Mensagero que llega sin aliento, arro-

TAVERNIER.

ja su carta en la entrada; recogela otro, y echa al instante à correr. Añade que en las Indias están los mas caminos como alamedas, y los que no tienen arboles, se señalan con montes de piedra de quinientos en quinientos pasos, que los habitantes de las Ciudades vecinas deben enlucir, para que en las noches obscuras, y lluviosas puedan los Correos distinguir su ruta.

Vinieron à avisar al Nabab, mientras Tavernier estaba en la Tienda, que habian conducido quatro reos á su puerta. No permite el uso del País, que estén detenidos en la carcel. Sigue la sentencia á la conviccion del delito. Continuò Mirgimola escribiendo, con sus Secretarios, sin responder. Ordenó despues que le presentáran los reos; y habiendoles preguntado severamente, y obligado á confesar vocalmente el delito de que los acusaban, prosiguió en sus ocupaciones. Acercabanse respetuosamente muchos Oficiales, que entraban en la tienda, para cortejarle, y nada respondia, mas que dar una cabezada. En fin, despues de un silencio de una hora, levantó fieramente la cabeza, para pronunciar la Sentencia de los tres deliquentes. El uno habia entrado en una casa, en que mató à la madre y sus tres hijos: fue su suplicio, cortarle los pies y manos, y arrojarle en un campo cerca del camino real, para acabar sus dias. El otro habia sido ladron en el camino real, y le abrieron el vientre. A los otros dos cortaron la cabeza, pero sin que Tavernier pudiese informarse bien de su delito. Durante la execucion, que fue à corta distancia de la tienda, se sirviò la comida; y Mirgimola repitiò à Tavernier el honor de comer con èl. Luego, segun lo que le ofreciò para Golkonda, destacò diez y seis Soldados de à caballo, para conducirle à trece leguas de Gandicot, hasta la orilla de un rio, que ninguno pasaba sin permiso de su mano, por temor de que sus tropas no abusasen de la libertad del paso para desertar.

Partió el Autor el 16. con su escolta, y los mas de los Artilleros Europèos, que le conduxeron à Cetepali, en una jornada de siete leguas. El 17. fue de seis, para ir á Cotehen, Aldea al otro lado del rio. Agradecido de los diez y seis Soldados de á caballo, mandò entregar à su Gefe algunos Rupies, que tubo la generosidad de no admitir. Observa, que los Barcos que sirven para pasar el rio, son canastos grandes de mimbres, cubiertos de pieles de bacuno, en cuyo suelo se ponen algunas faginas, cubiertas de tapíz, para colocar el bagage y mercancìas. Pasan los carruages, atando la lanza y las ruedas entre dos canastos. Los caballos á nado, obligados á latigazos, teniendolos un hombre desde el canasto, de la brida. Los bueyes, que son las bestias de carga del País, se dejan entrar en el rio, sin la carga, y ellos mismos atraviesan el rio. Manejan cada canasto quatro hombres, en pie, cada uno en su esquina, remando con palas. Si son irregulares sus movi-

vimientos, dà el canasto tres ó quatro bueltas redondas, y á pique de ser arrebatados por el curso de la agua, que le hace bajar mucho mas que el sitio donde debia ir á parar. TAVERNIER.

El 18. despues de marchar cinco horas, pasò Tavernier la noche en Morimal. El 19. caminó nueve leguas, para ir á Santesela. La jornada del 20. fue tambien de nueve horas, hasta Gorremeda. El 21. seis horas de camino le conduxeron à Kaman, Ciudad frontera del Reyno de Golkonda, antes que el Nabab conquistase la de Carnatica.

El 22. andubo siete leguas hasta el Lugar de Emelipata. Habia encontrado en la mitad del camino una Procesion de cerca de quatro mil personas, que conducian una veintena de Palekis, y sobre cada uno de ellos un Idolo. Todos estos carruages estaban adornados de brocado de oro y de terciopelo, galoneado de oro y plata. Algunos eran conducidos por quatro hombres, y otros por ocho, ò por doce, segun el tamaño y peso de los Idolos. Desde los dos lados de cada Palekis un hombre con un grande abanico de cinco pies poco mas, ò menos de diametro, compuesto de plumas de abestruzes y pabos reales, cuyo mango, de cinco, à seis pies, estaba cubierto de laminas de plata, sacudia las moscas del rostro de la deidad. Porfiaban todos por llevar el abanico en la mano, adquiriendo el merito de tal servicio. Otros sostenian un quitasol, guarnecido de sonajas de oro, y plata, sin temer el ponerse al ardor del Sol para libertar al Palekis. Esta desventurada Tropa de Idòlatras venian de Brampour, y los lugares vecinos, para ir á rendir sus adoraciones al Gran Ram; esto es, al mas célebre de los Dioses Nacionales, en una Pagoda, que todavia distaba catorce ò quince dias de marcha, aunque caminaban yà cerca de un mes. Un criado de Tavernier, que era de Brampour, de la Tribu de los Zelosos Adoradores, le pidiò el permiso de acompañar tambien à sus Dioses. Creyóse tanto mas obligado á satisfacerle, quanto teniendo muchos parientes en la Tropa, no hubiera sido capáz su negativa de detenerle. Despues de su peregrinacion, tubo este Indio la fidelidad de seguir las huellas de su Amo hasta Surata; y Tavernier, á quien siempre sirviò bien, no puso dificultad en recibirle.

El 23. fue la jornada de ocho leguas, hasta Doupar. La de otro dia fue de quatro leguas, hasta Tripante, donde visitó el Autor una gran Pagoda, situada en una colina, cuya circunferencia forma una escalera, vestida de piedra de silleria. La menor de ellas tiene diez pies de largo, y tres de ancho. Entre muchas figuras que se adoran en la Pagoda, se distingue una, que representa á una muger de pies, rodeada de muchos demonios en posturas lascivas. Esta especie de Venus, y los demonios, son de una sola piedra de marmol, à la que unicamente

fal-

TAVERNIER. falta la mano de un Escultor mas habil.

El 25. con ocho leguas llegó el Autor à Mamli, y con otras ocho al dia siguiente, fue á pasar la noche en Mancheli. El 27. no andubo mas que tres, por tener que cruzar un caudaloso rio en canastos, empleando en ello la mitad del dia. Ademàs del embarazo del paso, detienen las pruebas que los Barqueros hacen del dinero que se les dà. Arrojanle en una grande lumbre. Si algun Rupi se pone algo negro, lo desechan, y se paran en el menor escrupulo. Luego que quedan satisfechos del pago, llaman á sus compañeros, ocultos expresamente à corta distancia, con los canastos. Los cargan en sus hombros hasta la orilla del agua, en cuyas formalidades consumen mucho tiempo. El 28. andubo Tavernier cinco leguas, hasta Dabirpinta. La marcha del 29. fue de doce horas, para llegar al Lugar de Hohora; la del 30. de ocho leguas, hasta Peridera; la del Lunes, primer dia de Octubre, de diez, hasta Tenara; en fin, la del 2. quatro leguas hasta Golkonda.

Tavernier fue à apearse en casa de un joven Holandès, Cirujano del Rey, que este Principe habia pedido con empeño à Cheteur, Embiado de Batavia. Llamabase Pitre de Lan. Quejabase mucho tiempo habia el Rey de Golkonda de un dolor de cabeza, y sus Medicos le exhortaban à que se sangrase de quatro partes de la lengua. No se atrevian los Cirujanos del Paìs à semejante operacion. De Lan, de quien se esperaba este servicio, fue admitido en Palacio, con ochocientos Pagodes de salario. El dia despues de la partida del Embiado este habil joven, que yá habia logrado adquirir una alta reputacion de su destreza, publicando que la sangría era el mas facil exercicio de la Cirugía, supo que el Rey estaba resuelto à experimentarlo; pero se le declarò, que el Principe queria absolutamente, que, segun el precepto de los Medicos, solamente se sacasen ocho onzas de sangre, y que con un Señor tan formidable no debia exponerse à la casualidad. De Lan, lleno de confianza en sus propias luces, no titubéo en hacerse llevar à una Sala de Palacio, con dos ò tres Eunucos. Vinieron quatro mugeres viejas para conducirle al baño, donde le desnudaron, y lavaron bien, y le perfumaron todo el cuerpo, y particularmente las manos. Dieronle un vestido á la moda del Paìs, y puesto en presencia del Rey, trajeron quatro platos de oro, que los Medicos mandaron pesar. Notificaronle, que debia cuidar, pena de la vida, de no exceder los limites de su orden. Sangró al Rey con tanta fortuna, ò habilidad, que pesando la sangre con los platos, se advirtió, que solamente sacó las ocho onzas. Esta exactitud, y la ligereza de su mano, pasaron por prodigios del Arte, y dejaron tan satisfecho al Monarca, que mandò darle trescientos Pagodes; esto es, cerca de setecientos escudos.

La

La Reyna, y la Reyna Madre tambien quisieron sangrarse. Tavernier, que unicamenre se detiene en esta relacion, por dàr à entender à nuestros Cirujanos la fortuna à que pueden aspirar en Indias, discurre, que la curiosidad de vérle contribuyò mas à este empeño, que la necesidad de sangrarse, porque dice, que era un mozo de los mas bien formados, y jamàs habian visto las Princesas un Estrangero tan de cerca. De Lan fue conducido à una Sala magnifica, donde las mismas mugeres que le prepararon para sangrar al Rey, le lavaron tambien los brazos, y manos, perfumandole con cuidado. Despues corrieron una cortina, y la Reyna moza sacò un brazo por un agugero. Sangróla con mucha habilidad, y quedando la Reyna Madre igualmente contenta, recibiò tambien una gruesa cantidad, con algunas piezas de brocado de oro, ganandole estas tres operaciones el mas alto favor de la Corte. TAVERNIER.

Parece que fue bajo de la proteccion de este afortunado Cirujano, como el Autor intentò visitar las minas de los diamantes. Se le aconsejò comenzar por la mas célebre, llamada Raolkonda, situada á cinco jornadas de Golkonda, y ocho, ó nueve de Visapour. Doscientos años habia que se descubrió. Como los Soberanos de ambos Reynos, eran antiguamente vasallos del Indostan, y Gobernadores de las mismas Provincias, que erigieron en Reynos despues de su sublevacion, se creyò por mucho tiempo en Europo, que los diamantes venian de las Tierras del Gran Mogol.

Asi que llegò Tavernier á Golkonda, fue á visitar al Gobernador de la Mina, Comandante tambien de la Provincia. Era un Mahometano, que le recibiò muy politicamente, ofreciendole las mayores seguridades para su comercio, pero encargandole mucho no defraudar los derechos Reales, que son el dos por ciento.

En las inmediaciones del sitio de que se sacan los diamantes, està la tierra arenosa, llena de rocas y cortes. Tienen las rocas muchas venas, yá de medio dedo, yá de uno entero de ancho; y los Minadores vàn armados de hierros pequeños, con un garavato en la punta, y los entran en las venas, para sacar la arena, ò la tierra, y en ella encuentran los diamantes. Pero como las venas no siempre ván derechas, y tan presto se hunden, como se elevan, se vèn precisados à quebrantar las rocas para no perder los vestigios. Yà abiertas, recogen la tierra, ò arena, que lavan dos ó tres veces, para separar los diamantes. En esta mina se hallan las piedras mas brillantes, y de mejor agua, pero frequentemente sucede, que para sacar la arena de las rocas, dan tan grandes golpes, con una recia palanca de hierro, que quebrantando el diamante, le dejan manchado. Quando las maculas son algo grandes, parten la piedra; esto es, la dividen mas

TAVERNIER. dieſtramente que noſotros, y eſtas ſon las piezas que ſe llaman febles en Europa, y no dejan de ſer muy apreciables. Si la piedra es limpia, no hacen mas que paſarla por la rueda, ſin entretenerſe en formarla, de miedo de quitarla algo de ſu peſo. Si tiene algun pequeño eſpejuelo, puntos, ò arena negra ó roja, cubren toda la piedra de facetas, para diſimular ſus defectos. Una macula pequeña ſe cubre con el angeſte de una faceta. Pero los Comerciantes, queriendo mas bien un punto negro en una piedra, que un punto rojo, queman la piedra que ven con punto rojo, y ſe queda negro.

Hay en la mina muchos Lapidarios, con ruedas de acero, ſemejantes en el tamaño à nueſtras ſillas de meſa. Ponen ſobre la rueda una ſola piedra, que humedecen continuamente con agua, haſta encontrar la beta de la piedra. Toman entonces aceite, y uſan tambien del polvo del diamante, que ſiempre ſe vende bien caro. Cargan la piedra mucho mas que noſotros, y el Autor viò poner ſobre una piedra, ciento y cinquenta libras de plomo; bien, que eſta era una piedra grueſa, que ſe quedó de ciento y tres quilates, deſpues de cortada; y la rueda de molino, que era à nueſtra forma, la manejaban quatro Negros. No creen los Indios, que la carga contribuye á las manchas de las piedras (y añade el Autor, que no pueden pulir las piedras con la brillantèz que noſotros le damos en Europa, províniendo en ſu dictamen, de que la rueda no juega tan llana como las nueſtras. Siendo de azero, deben quitarla del arbol para frotarla en el eſmeril como ſe neceſita, cada veinte y quatro horas; y la dificultad de volverla à acomodar es cauſa de que no corra tan llana como es meneſter.

Aunque un diamante ſea naturalmente duro; eſto es, que tenga una eſpecie de nudo, como ſe vé en la madera, los Diamantiſtas Indianos no dejan de cortar la piedra; coſa, que los de Europa dificultan executar, y las mas veces huyen de emprender; pero tambien ſe conſidera á los Indios alguna coſa mas por ſu trabajo.)

Comerciaſe en la miſma mina con tanta libertad, como buena fee. Además del dos por ciento, tira el Rey un derecho de los Mercaderes por el permiſo de mandar trabajar en la mina. Eſtos deſpues de buſcar un ſitio favorable con los Minadores, toman una porcion de terreno, en el que emplean un numero conveniente de jornaleros. Deſde el primero haſta el ultimo momento del trabajo, pagan diariamente al Rey dos Pagodes por cincuenta hombres; y quatro por ciento.

Los mas infelices ſon los miſmos Minadores, cuyos ſalarios no exceden de tres Pagodes por año. Aſi no eſcrupulizan, al buſcar en la arena las piedras, de ſeparar la que pueden ſin que lo

ad-

adviertan; y como están desnudos, excepto el medio del cuerpo que les cubre un lienzo, procuran echarla en la boca con habilidad. El Autor viò á uno, que habia ocultado, en el lagrimal del ojo, una piedra del peso de un Mengelin; esto es de cerca de dos quilates nuestros, cuyo hurto se descubriò. El que halla una piedra que pase mas de siete, ú ocho Mengelines, recibe recompensa, pero proporcionada mas bien á su miseria, que á la importancia del servicio.

Los Comerciantes que concurren en la Mina à tan rico tràfico, no deben salir de su habitacion; pero todos los dias, á las 10 ò las 11 de la mañana, les traen los Maestros Minadores muestras de los diamantes. Si son partidas considerables, las confian á los Mercaderes, para que tengan tiempo de examinarlas despacio. Debe concluirse prontamente el ajuste, sin lo que restituyen las piedras à sus dueños, que las atan en una punta de su ceñidor ó camisa, y se ván, para no volver jamás con las mismas piedras, ó á lo menos, si las traen, vienen yà mezcladas con otras, que absolutamente muden de ajuste. Conviniendose en el precio, el Comprador les entrega un billete de la cantidad, para ir á recibirla del Cheraf; esto es, de un Oficial nombrado para la entrega y recibo de las Letras de Cambio. La menor dilacion mas allà del termino, obliga à pagar un interés sobre el pie de uno y medio por ciento mensual. Pero quando el Comprador es conocido, mejor quieren Letras de Cambio, para Agra, para Golkonda, Visapour, y sobre todo para Surata, de donde mandan traer diversas mercancìas para las Embarcaciones Estrangeras.

Es un divertido espectaculo vèr presentarse diariamente por las mañanas à los muchachos de los Maestros Minadores, y de otras personas del Paìs, desde edad de diez, hasta quince ó diez y seis años, que vienen á sentarse debajo de un arbol grueso en la Plaza del Lugar, cada uno con su peso de diamantes en un taleguito colgado de un lado de su cintura; y del otro una bolsa atada, algunas veces con quinientos ó seiscientos Pagodes de oro. Esperan que les traygan à vender algunos diamantes, yà en el mismo sitio, ò en la mina. Quando se les presenta alguno, se pone en las manos de el de mayor edad de los muchachos, que es como Gefe de los demás. Examinalo atentamente, y lo pasa á su vecino, que hace lo mismo. Asi circùla la piedra de mano en mano, con un profundo silencio, hasta que vuelve al primero. Pide entonces el precio, para ajustarla; y si la compra muy cara, queda por su cuenta. A la tarde, hacen los muchachos la suma de lo que han comprado, registran sus piedras, separandolas, segun su agua, peso, y brillantéz. Ponen el precio en cada una, arreglado á como, sobre poco mas, ó menos, podrán venderse à los Estrangeros. Luego las llevan à los Maestros, que tienen siem-

TAVERNIER. pre muchas partidas que proveer, dividiendo toda la utilidad entre estos jovenes Mercaderes; con esta sola diferencia, que el Gefe, ó mayor de edad, percibe un quatro por ciento mas que los otros. Conocen tan perfectamente el valor de toda suerte de piedras, que si uno de ellos, comprada la piedra, quiere perder medio por ciento, hay otro pronto á entregarle inmediatamente su dinero.

Un dia, por la tarde, recibiò el Autor la visita de un Indio muy mal ropado. Tenia solamente una faja rodeada al cuerpo, y un mal pañuelo en la cabeza. Despues de algunos cumplimientos, mandò á su Interprete, que preguntase à Tavernier, si gustaba de comprar algunos rubìes; y sacando de su faja muchos trapos pequeños, manifestò una veintena de piedrezuelas. Compró Tavernier algunas, sin poner dificultad en pagarlas à mas de su valor, discurriendo, que no vendria á buscarle, sin tener alguna otra cosa que ofrecerle. Efectivamente, habiendo suplicado el Indio, que se fuesen los demàs, apenas se vió con el Interprete, y él á solas, quando se quitó el pañuelo con que tenia sujeto el cabello, y sacò un trapillo, que contenia un diamante de quarenta y ocho quilates y medio, de la mas hermosa agua del Mundo, y las tres quartas muy limpias. Guardadlo, dixo al Autor, para examinarlo despacio. Si os gusta, me encontrareis fuera del Pueblo à tal hora, llevandome tal cantidad, la que Tavernier no dejò de entregarle, y à su regreso à Surata, le sacó á esta piedra una ganancia considerable.

Habiendo recibido aviso, algunos dias despues, de que un Francés, llamado Boete, que habia dejado en Golkonda para recibir, y guardar su dinero, se hallaba peligrosamente enfermo, unicamente pensó en restituirse al Paìs. Admirado el Gobernador de la mina, de vérle partir improvisamente, le preguntò si habia empleado su dinero. Quedabanle veinte mil Pagodas, que efectivamente sentia no haber empleado; pero creyendose precisado con la noticia recibida, registró ante el Gobernador todo su empleo, que se conformó con la apuntacion del Recibidor de los derechos; pagò el dos por ciento; y sin disimular tampoco, que habia comprado secretamente un diamante de quarenta y ocho quilates y medio, satisfizo lo que correspondia con igual fidelidad, aunque nadie supiese la tal compra. Absorto el Gobernador de su buena fè, le confesò naturalmente, que ningun Comerciante del País habria tenido semejante escrupulosidad, y movido de estimacion, mandò venir à los mas ricos Mercaderes de la mina, con orden de traer los mas preciosos diamantes, con lo qual empleò Tavernier, en el espacio de una, ó dos horas, muy ventajosamente sus veinte mil Pagodas. Hecho el ajuste, dijo el generoso Gobernador á los Comerciantes, que debian distinguir

à un hombre tan vizarro con algunos teſtimonios de amiſtad, y reconocimiento; lo que les hizo conſentir guſtoſos en regalarle un diamante de baſtante valor. TAVERNIER.

El modo de tratar, entre los Mercaderes, es digno de particular obſervacion. Todo paſa en un profundo ſilencio, ſentados el comprador y vendedor uno delante de otro, como dos Saſtres. Abriendo uno de ambos ſu ceñidor, toma el vendedor la mano derecha al comprador, y la cubre con la ſuya de el ceñidor, bajo del qual ſe executa el ajuſte ſecretamente, aunque preſenciandolo otros muchos Mercaderes, que pueden eſtár en la miſma Sala; eſto es, que los dos intereſados no ſe hablan, ni vocalmente, ni por ſeñas, ſino ſolamente con las manos. Si el vendedor toma la mano del comprador, eſta ſeñal expreſa mil, y tantas quantas veces la apriete, ſon otros tantos mil Pagodes, ó mil Rupies, ſegun las eſpecies de que ſe trate. Si toma ſolamente los cinco dedos, no expreſa mas que quinientos. Un dedo ſignifica ciento. La mitad del dedo, haſta la coyuntura de enmedio, cinquenta; y la pequeña extremidad del dedo haſta la coyuntura primera, diez. Acontece muchas veces, que en un miſmo ſitio, delante de muchos teſtigos, ſe vende una miſma partida ſiete ú ocho veces, ſin que nadie mas que los intereſados ſepan ſu precio. En quanto al peſo de las piedras, no cabe engaño ſino en los ajuſtes clandeſtinos. Quando ſe compran publicamente, es ſiempre à preſencia de un Oficial del Rey, que ſin exigir beneficio alguno de los Particulares, tiene el encargo de peſar los diamantes; debiendo paſar todos los Comerciantes por ſu teſtimonio.

Obtubo Tavernier del Gobernador una eſcolta de ſeis Soldados de á caballo para ſalir del territorio de ſu Gobierno, que ſe eſtiende haſta los limites comunes de los Reynos de Viſapour, y Golkonda, ſeñalados por un rio ancho y profundo, cuyo paſo es tanto mas dificil, quanto no ſe encuentra puente, ni barca, ſirviendoſe para cruzarle de una invencion bien comun en las Indias. Eſta es una Embarcacion redonda, de diez à doce pies de diametro, compueſta de ramas de mimbres, como nueſtros canaſtos, y cubierta de cuero de buey. Pudieranſe mantener buenas barcas, ó conſtruir puente en el rio; pero ſe oponen ambos Reyes, porque ſirve à las ſeparaciones de ſus Eſtados. Todos los dias en la tarde, eſtán obligados los Barqueros de las dos riveras á entregar á dos Oficiales que habitan à una parte y á otra, un quarto de legua del vado, un puntual eſtado de las perſonas y generos que han paſado por el agua aquel dia.

Al llegar á Golkonda, ſupo el Autor, con dolor, que ſu Agente habia muerto, y que el quarto en que le habia dejado, lo habian ſellado con dos ſellos; uno del Cadi, que es como Gefe de la Juſticia; y el otro del Cha-Bander (eſte es el que ſe ha llama-

do

TAVERNIER. do Sabandar en las Relaciones de Achem y Bantam), que compara á nuestro Preboste de los Mercaderes. Guardaba la puerta un Ministro de Justicia, de noche y de dia, con dos criados que habian servido al Agente hasta morir. Despues de haber preguntado à Tavernier, si el dinero que habia en el quarto era suyo, se exigieron pruebas, que fueron el testimonio mismo de los Cherafs, que le habian contado por su orden. Se le ordenó firmar un papel, por el qual declaraba no haber extraviado cosa alguna; y los gastos de estas diligencias, le parecieron tan leves, que admiró igualmente la fidelidad y el desinterés de la Justicia Indiana.

(Añade aqui la ruta que siguió desde Golkonda à Raolkonda. Cuentase la distancia por Gos, que cada uno compone quatro leguas Francesas. Un Gos de Golkonda á Canapour. Dos Gos y media de Canapour á Parkel. Uno de Parkel á Cakenol. Tres de Cakenol à Canol Candanor. Uno de Canol Candanor à Setapour. Dos de Setapour al rio que separa los Estados de Golkonda y Visapour. Tres quartos, del rio á Alpour. Un quarto de Alpour à Canol. Dos y medio de Canol á Raolkonda. En todo diez y siete Gos, que son sesenta leguas de Francia.)

A poco tiempo emprendió visitar otras minas de diamantes, que hay en el Reyno de Golkonda, à siete jornadas de la Capital; inmediato á un Lugar grande, por donde pasa el mismo rio que habia atravesado de vuelta de Raolkonda. Forman algunas altas montañas una especie de media luna á legua y media del Pueblo; y en el espacio que media entre èl y las montañas, se encuentran los diamantes. Quanto mas cerca de las montañas, mayores piedras se descubren; pero si se sube mas arriba, nada se halla.

Cuenta el Autor, en su ruta, tres Gos y medio de Golkonda à Almaspinda; dos Gos de Almaspinda à Kaper; dos y medio de Kaper à Montecour; dos de Montecour à Naglepar; uno y medio de Naglepar à Eligada; uno de Eligada á Servaton; uno de Servaton à Mellaseron; uno y medio de Mellaseron á Pononcour. De Pononcour á la mina, no resta mas que pasar el rio. Este viage, segun el cálculo del Autor, se reduce à cinquenta y cinco leguas.

Admiròse de hallar en las inmediaciones de la mina hasta sesenta mil personas, empleadas continuamente en el trabajo. Contaronle que la habia descubierto cien años antes un pobre hombre, que cabando una poca tierra para sembrar mijo, habia encontrado una punta brillante, y del peso de cerca de veinte y cinco quilates. La forma, y resplandor de la piedra, la habia hecho llevar à Golkonda, donde los Comerciantes recibieron con admiracion un diamante de semejante peso, porque los mayores que antes conocian, eran de diez á doce quilates. No tardan-

TAVERNIER.

dandose en estender la voz del descubrimiento, comenzaron muchas personas ricas á hacer abrir el terreno, sin cesar de sacar cantidad de gruesas piedras. Abundaban las de diez hasta quarenta quilates; y algunas veces mucho mayores, pues, segun testimonio del Autor, Mirgimola, aquel mismo Capitan Indiano que queda citado, regalò al Gran Mogol Aureng-Zeb, un diamante de esta mina, de nuevecientos quilates en bruto. Pero pocas de estas piezas son limpias, y sus aguas participan ordinariamente algo de la calidad del terreno. Si es humedo y pantanoso, tira la piedra á negra. Si es colorado, tira á colorada; y segun los demàs sitios, yà tira à verde, yá à amarilla, apareciendo siempre en su superficie una especie de crasitud, que obliga á echar continuamente mano al pañuelo para enjugarla.

En quanto á su agua, observa el Autor, que en vez de que en Europa nos valemos del dia para examinar las piedras en bruto, los Indios se valen de la noche, poniendo en un agugero que forman en la pared, del tamaño de un pie quadrado, una lampara con una mecha gruesa, á cuya claridad forman juicio del agua, y brillantèz de la piedra que tienen entre sus dedos. El agua, que llaman celeste, es la peor de todas, y es imposible reconocerla, mientras la piedra estè en bruto. Pero por poco que se descubra en la muela, es secreto infalible para juzgar bien de su agua, llevarla debajo de un frondoso arbol, y la sombra de la copa verde hace descubrir facilmente si es azul.

Buscanse las piedras en esta mina con metodos muy parecidos à los de Raolkonda. Reconocido el sitio en que se quiere trabajar, allanan los Minadores otro sitio, de la misma estension con corta diferencia, que cercan con una pared de dos pies de alto. En los cimientos de esta pared, forman pequeñas aberturas, para que corra el agua, y los cierran hasta el tiempo en que debe correr por ellas. Juntanse entonces todos los Jornaleros, hombres, mugeres, y niños, con el Maestro, que los ocupa, parientes, y amigos, trayendo consigo algun Idolo, que se coloca de pies en el suelo, arrodillandose cada uno tres veces delante de él. Un Sacerdote, que hace la Rogativa en esta ceremonia, les forma à todos una señal en la frente, con una composicion de azafran, y goma; especie de cola, que retiene siete, ú ocho granos de arroz, que les pone encima. Despues, habiendose lavado el cuerpo con el agua, que cada uno lleva en un vaso, se ponen en un orden muy regular, para comer lo que se les presenta, en un banquete, que el Maestro les dà al comenzar el trabajo.

Concluìda la comida, echan todos à trabajar. Los hombres cavan la tierra. Las mugeres y muchachos la llevan al sitio que se tiene señalado. Se ahonda hasta diez, doce, y catorce pies;

pe-

TAVERNIER. pero luego que se encuentra agua, se pierde la esperanza. Conducida toda la tierra á la cerca, se recoge con cantaros el agua que queda en los hoyos formados al cavar. Arrojase sobre la tierra para deshacerla; y hecho esto, se abren las aberturas para dár curso al agua, continuando en echar otra, á fin de que cargando con el barro, unicamente se conserve la arena. Todo se deja secar al Sol; cosa muy pronta en clima tan càlido. Todos los Mercaderes tienen canastos, semejantes à un vieldo, ò aventador, en los que echan la arena, para sacudirla, como sacudimos el trigo. Acaba de disiparse el polvo, y se hunde lo grueso, que queda en la era cercada. Aventada toda la arena, la estienden con un genero de rastrillo, que la pone muy lisa. Suben entonces sobre este suelo de arena todos juntos, con un recio pilon de madera, de medio pie de ancho por abajo, la apalean de un lado à otro, con dos ó tres golpes que dàn en cada lado. Recogenla de nuevo en las cestas; la vuelven à aventar; estiendenla segunda vez, y sin mas instrumento que sus manos, buscan los diamantes, apretando el polvo, en que no dejan de tentarlos. Antiguamente, en vez de pilon de madera para apalear la tierra, lo executaban con guijarros, y de esto resultaban tantas manchas en las piedras.

Treinta ó quarenta años antes se habia descubierto otra mina, entre Colour, y Raolkonda. Encontrabanse piedras, con la corteza verde, hermosa, transparente, que parecian aún mas bellas que las otras; pero se desgranaban quando se comenzaban á trabajar; ó à lo menos no podian resistir à la rueda. (Esta fue al parecer la ocasion en que vino la orden de que habló Methold, quien la explica con variedad; á lo menos si se trata de la misma mina.

Mientras que Fremelin y Breton gobernaban la Factoría Inglesa de Surata, un Judio, llamado Eduardo Ferdinando, Mercader libre; esto es, sin dependencia de alguna Compañia, solicitò asociarse con ellos para comprar una hermosa piedra de la mina, limpia, y de quarenta y dos quilates. El Judio debia pasar à Europa, y los dos Mercaderes se la entregaron para venderla, con su cuenta y razon. Ofrecieronle algunos Judios, en Liorna, hasta veinte y cinco mil piastras, y queria treinta mil. Pero habiendola llevado à Venecia, para mandarla pulir, se rompió en nueve piezas sobre la rueda, aunque no se trabajaba con violencia. El Autor mismo padeció engaño en algunas de estas piedras; pero fue la fortuna de que solamente pesaban dos quilates.

Quedabale que visitar la mina de Bengala, la mas antigua de todas las minas de diamantes: cuyo viage se colocarà aqui, aunque se hizo en otro tiempo. Se dá indiferentemente à esta mina, el nombre de Soumelpour, Lugar grande, cerca del qual

ſe hallan diamantes, ò el de Gouel, rio arenoſo, en el qual ſe encuentran. Dependen las tierras que riega eſte rio, de un Raja, antiguamente tributario del Gran Mogol, que con motivo de las guerras, ſacudió el yugo. Partiendo Tavernier de Agra, caminó ciento y treinta coſas haſta la Ciudad de Halabas; treinta y tres de Halabas á Banarous, y quatro de Banarous á Saſeron. Deſde Agra haſta Saſeron caminó ſiempre al Levante; pero de Saſeron haſta la mina, ſe volviò al Medio dia, andando veinte y un coſas para llegar á una Ciudad grande perteneciente al Raja de que ſe ha tratado. De eſta Ciudad hay tres à la de Rodas, una de las Plazas mas fuertes de la Aſia, ſituada en una montaña, veſtida de tres baſtiones con tres foſos llenos de agua. La montaña no es acceſible mas que por tres parages; rodeada por todas ſus caras de precipicios, los mas cubiertos de boſques. Tiene en la cumbre una llanura de media legua, en que ſe ſiembra trigo, y arroz, y la riegan mas de veinte fuentes. Habitan los Rajas ordinariamente en aquella fortaleza, con ſetecientos á ochocientos hombres de Guarnicion; pero ahora pertenece al Gran Mogol, quien debió tan importante conquiſta à la habilidad de ſus Generales. Todos los Reyes de Indias, Succeſores de Tamerlan, la habian atacado ſin ſucceſo, con muerte de dos de ellos, durante el ſitio, en la Ciudad de Saſeron. TAVERNIER.

De Rodas ſe cuentan treinta cosas haſta Soumelpour, donde ſe comienzan á comprar diamantes. Eſte es un Pueblo, cuyas casas ſon de tierra ſola, cubiertas de ramas de cocos. Deſde Rodas es el camino peligroſo, ſin ofrecer mas, que boſques, ordinariamente llenos de ladrones, que ſabiendo que los Eſtrangeros llevan à la mina ſiempre dineros, los aguardan para matarlos. Reſide el Raja à dos coſas del Lugar, en una delicioſa colina, ſin mas habitacion, que ſus tiendas. Baja el rio de Goue, que paſa al pie de la colina, de las encumbradas ſierras que diſtan cincuenta coſas al Medio dia, y vá á deſaguar en el Ganges.

Comienzan à buſcar ſubiendolo; y quando ha paſado el tiempo de las lluvias, que de ordinario es en el mes de Diciembre, ſe eſpera todavia, todo el mes de Enero, á que el rio ſe ſoſiegue, porque entonces ſolo tiene dos pies de agua en varios parages, y deja mucha arena deſcubierta. A primeros de Febrero, ſe vèn ſalir de Soumelpour, y otro Pueblo, á veinte cosas mas arriba, en el miſmo rio, ſin contar muchas Aldeas del llano, ocho, ó diez mil perſonas de todas edades, que ſolo pienſan en ſu trabajo.

Los mas expertos conocen, en la calidad de la arena, ſi hay diamantes. Cercan los ſitios con eſtacas, faginas, y tierra, para deſaguarlos, y dejarlos enteramente en ſeco. La arena que ſe deſcubre, ſin buſcarla mas honda que á dos pies, ſe lleva à una era

Taver-nier.

grande, que ſe prepara á la orilla del rio, cercada, como en Raolkonda, con una pared pequeña, de cerca de dos pies de alta. Rociaſe con agua para purificarla; y ſigue la miſma operacion que en las minas de Golkonda.

De eſte rio ſe trahen todos las hermoſas piedras llamadas Puntas brillantes, muy ſemejantes à las Piedras de trueno; pero rara vez ſon grandes. En muchos años no ſe vieron eſtas piedras en Europa, lo que hizo creer, que ſe habia agotado la mina, ſiendo cauſa la guerra de interrumpirſe el trabajo. (Añade el Autor á la relacion de los dos Viages una regla, que llama importante, y cree poco ſabida en Europa, para conocer la juſta estimacion, y valor de un diamante. Dice, que no habla de diamantes que excedan de tres quilates, cuyo valor es bien conocido. Pero deſde eſte punto, haſta ciento, y mas quilates, es neceſario averiguar el peſo del diamante, y ſu perfeccion; eſto es, ſu grueſo, quadro, y eſquina, ſi es hermoſa, blanca, y viva ſu agua, ſin puntos ni manchas; si eſtà cortado á facetas, lo que comunmente ſe llama roſa, examinando ſi la forma es redonda ú ovalada, ſi la piedra tiene eſtenſion, y ſi no ſon pedazos unidos. Una piedra de eſta naturaleza, que peſe un quilate, vale ciento y cincuenta libras, ò mas. Trataſe de ſaber, quànto valdra la de doce quilates. Multipliqueſe doce por doce, y ſaldran ciento y quarenta y quatro. Multipliqueſe luego ciento quarenta y quatro, valor de la piedra de un quilate, y ſaldran veinte y un mil y ſeiscientas libras, cuya eſtimacion es la del diamante de doce quilates.

Pero no baſta ſaber el valor de los diamantes perfectos: tambien debe averiguarſe el de los que no lo ſon, lo que ſe executa con la miſma regla, hablando de la piedra de un quilate. Supone el Autor un diamante de quince quilates, imperfecto, de mala agua, peor forma, lleno de puntos y manchas. Semejante diamante, no ſiendo mas que de un quilate, ſolamente valdria ſeſenta libras, ú ochenta, ó ciento à lo ſumo, ſegun el grado de ſu hermoſura. Debe multiplicarſe el peſo del diamante de quince quilates por quince; deſpues multiplicar tambien el producto, por el valor de la piedra de un quilate, y el producto ſerà el precio del diamante imperfecto de quince quilates.

Sobre eſte pie arregla Tavernier el valor de las dos mayores piedras labradas conocidas de ſu tiempo; una en Aſia, perteneciente al Gran Mogol; y la otra en Europa, del Gran Duque de Toſcana. El diamante del Gran Mogol, dice, que peſa 279. quilates, 9–16. perfecto, de buena agua, y forma, ſin mas que una nubezuela en el deſcanſo del corte inferior del arco de la piedra. Sin eſta nubezuela, fuera meneſter poner el primer quilate á 160. libras; pero por ella ſolamente ſe pone á 150. libras. Por conſiguiente, vie-

viene à salir la suma de 11. 723278. libras, 14. sueldos y 3 llards; esto es, once millones, setecientas veinte y tres mil, doscientas setenta y ocho libras, catorce sueldos, y tres llards. Si no pesara mas, que 273 quilates justos, valdria solamente 11. 676150. libras. Asi los 9–16 producen 47128. libras, 14. sueldos, y 3. llards. El diamante de Toscana pesa 139. quilates ½. Es limpio, de bella forma, cortado por todos lados à facetas. Pero como el agua tira un poco al color de cidra, no debe valuarse el primer quilate mas que à 135. libras; y sobre este pie, es la estimacion del diamante de 2. 608335. esto es, dos millones, seiscientas y ocho mil, trescientas treinta y cinco libras. **Tavernier.**

En la Lengua de los Minadores se llama el diamante Iri. En Turco, en Persa, y en Arabe, se llama Almas. En todas las Lenguas de Europa, se entiende solamente por diamante.)

Visitadas las minas de Golkonda, no habiendo encontrado Tavernier, en el hijo del Nabab, toda la proteccion que su padre le habia hecho consentir, porque este joven Señor unicamente se ocupaba en divertirse, recurriò à la amistad de Delan, que le ofreciò hablar al primer Medico del Rey. Este Gefe de la Medicina, y Cirugìa del Reyno, era del Consejo de Estado, y gozaba de una grande distincion. Luego que se informò de los negocios del Autor, le mandò suplicar, que fuese à su casa, y le manifestase sus perlas. Admirólas mucho; y habiendolas hecho colocar en taleguitos, pidió á Tavernier les pusiese su sello, con promesa de presentarlas al Rey, que cuidaria, despues de registrarlas, de poner igualmente el suyo. Dijole, que este era un prudente metodo de aquel Principe, para evitar toda ocasion de fraude; pero todas estas diligencias produxeron poco efecto. Las perlas gustaron al Rey, quien las volvió cuidadosamente selladas. Pero instando á Tavernier à que dixese su precio, le puso muy alto; y un Eunuco, que estaba delante, escribiendo las preguntas, y respuestas, le dixo con bastante altivèz, que sin duda, tenia à todos los Ministros de la Corte de Golkonda por gente sin juicio, ni conocimiento, y que ellos veìan todos los dias, mil cosas preciosas, que se presentaban al Rey. Tavernier replicò, en igual tono, al descortés Eunuco, que mejor entenderia del precio de un joven esclavo, que del de una joya; y, mandando recoger sus perlas, se retiró muy enfadado. ‹ Desde por la mañana, partiò de Golkonda, con un Joyero Francés, llamado Du-Jardin, que le habia acompañado en todos sus viages, y asociado en su comercio. Tomaron el camino de Surata. El Rey, que ignoró su partida hasta dos dias despues, despachó cinco, ó seis Soldados de á caballo en su seguimiento, para instarles à que se restituyesen á su Corte; pero ellos llevaban yá cinco jornadas, y se hallaban en tierras del Gran Mogol. Uno de los

Soldados les explicó la orden del Rey, y el deseo que tenia de comprar sus perlas; pero Tavernier, rezelando nuevas dificultades, se excusó con sus ocupaciones, declarando ingenuamente, que ellas no le permitian mudar de resolucion. (No se sigue al Autor hasta Surata, porque su ruta nada tubo de particular, ni sus observaciones sobre el comercio pertenecen á este articulo. Sus viages à la Isla de Zeylan y à la de Java, solamente contienen negocios personales, de que nada hay que recoger para el conocimiento de los lugares, y sus costumbres.)

§. III.

Reyno de Boutan, de Tipra, y de Asem.

Estos tres Países, situados al Norte, y al Levante de los Estados del Gran Mogol, habian sido tan poco conocidos antes de Tavernier, que no se le puede privar de la gloria, que se atribuye de las luces que ha dado, que no se encuentran en alguna otra Relacion. No se jacta de haberlo visto. Pero hallandose en Patna, Ciudad famosa de Bengala, en la estacion de las Caravanas, nada perdonó para instruirse por el testimonio de los Mercaderes de Boutan; y la diligencia, que pondera haber puesto en ello, debe hacer muy estimable su Relacion.

El Reyno de Boutan es muy dilatado; pero no hay certeza en quanto à sus limites. Las Caravanas, que salen anualmente de Patna, parten à los ultimos de Diciembre. Llegan al octavo dia á Gorrachepour, Ciudad que termina por aquella parte el Imperio del Mogol, y en la qual se proveen para una parte del viage. De Gorrachepour, hasta el pie de las Sierras, quedan todavia ocho, ò nueve jornadas, durante las quales se sufre mucho en un Paìs lleno de bosques, en que hay muchisimos Elefantes salvages. Los Mercaderes, en vez de descansar por la noche, se vén precisados á estár de centinela, tirando escopetazos, para ahuyentar tan terribles animales. Como el Elefante marcha sin ruido, sorprende las Caravanas; y aunque no haga daño á los hombres, les quita los viveres que puede agarrar, particularmente los costales de arroz, ó de harina, y los cantaros de manteca, de que se hace siempre gruesas provisiones.

Puedese ir desde Patna hasta el pie de las montañas, en Pallekis, que son los coches de las Indias; pero ordinariamente se sirven de bueyes, de camellos y caballos del Paìs. Estos caballos son naturalmente tan pequeños, que los hombres que los montan, llevan los pies arrastrando; pero son vigorosisimos, y

ſu paſo una eſpecie de andadura, que les hace andar veinte leguas de una tirada, con cortiſimo pienſo. Los mejores cueſtan haſta doscientos eſcudos. Entrando en las ſierras, ſon los paſos tan eſtrechos, que hay preciſion de reducirſe à eſte unico carruage; y muchas veces recurrir á otros expedientes. La viſta de una Caravana hace bajar de varias habitaciones à un ſin numero de Montañeſes, cuya mayor parte ſon mugeres y niñas, que vienen á ajuſtarſe con los Comerciantes, para conducirlos, à ellos, ſus mercancìas, y proviſiones, entre precipicios, que ſiguen nueve, ò diez jornadas. Tienen en los dos hombros un rodete, con una almohadilla pendiente ſobre la eſpalda, que ſirve como de aſiento al hombre, que ſe cargan à cueſtas. Ellas ſon tres, que deſcanſan por ſu turno para cada hombre. El bagaje lo conducen en machos de cabrío, que pueden cargar haſta ciento y cincuenta libras de peſo. Los que ſe obſtinan en ir à caballo en tan fragoſas montañas, ſe vén muchas veces preciſados, en los malos paſos, á hacerlos deſcolgar con cuerdas, y ſolamente ſe les dá pienſo por la mañana y tarde. Las conductoras de los hombres no ganan mas que dos rupies en el eſpacio de diez dias, y lo miſmo ſe paga por cada macho de cabrío, ó caballo.

A cinco, ó ſeis leguas de Gorrachepour, ſe entra en las tierras del Raja de Nupal, que ſe dilatan haſta las fronteras del Reyno de Boutan. Eſte Principe, Vaſallo, y Tributario del Gran Mogol, reſide en la Ciudad de Nupal, ſin ofrecer ſu Paìs ſino bosques, y ſierras. Siguеſe de alli el eſpantoſo eſpacio que acabamos de repreſentar, encontrando en él bueyes, camellos, caballos, y un Pallekis; comodidades que continúan haſta Boutan. Caminaſe por un territorio bueno, abundante de trigo, arroz, legumbres, y vino. Todos los habitantes de ambos ſexos, ſe viſten en él, por el verano, de lienzo de coton, ó cañamo, y el invierno, de un paño rico, que es eſpecie de fieltro. Su adorno de la cabeza es un bonete, en cuya circunferencia ponen por gala colmillos de puerco, y conchas de tortuga, redondas, y quadradas. Los mas ricos mezclan con eſto granos de coral, y ambar amarillo, de que tambien las mugeres forman collares. Llevan los hombres, y mugeres brazaletes, en el brazo izquierdo ſolamente, y deſde el puño haſta el codo; con la diferencia, de que los de las mugeres ſon mas eſtrechos. En el cuello, llevan un cordon de ſeda, del que cuelgan algunos granos de coral, ó un colmillo de puerco, que cae ſobre el eſtomago; y en el lado izquierdo, ceñidores, de los que penden tambien ſartas de los miſmos granos de coral, ó ambar y colmillos de puerco. Aunque muy dados à la Idolatría, comen de todas carnes, excepto la de vaca, porque adoran à eſte animal como

TAVERNIER. mo á sustentadora del Genero humano. Son apasionadas al aguardiente, que sacan del arroz, y azucar, como en las mas partes de Indias. Despues de sus comidas, en particular en los convites que dán á sus amigos, queman ambar amarillo; lo que lo pone caro y escaso en el País.

El Rey de Boutan mantiene constantemente una guardia de siete á ocho mil hombres, armados de arcos, y flechas, con la rodela, y hacha. Mucho hà que usan del mosquete, y cañones de hierro. Su polvora tiene el grano largo; y la que el Autor vió en poder de algunos Comerciantes, era de una actividad extraordinaria. Afirmaban, que se advertian en sus cañones cifras, y letras, que manifestaban quinientos años lo menos de antiguedad. Ningun Vasallo del Reyno sale jamàs sin permiso expreso del Gobernador, y no se atreverá á llevar armas de fuego, como los parientes mas proximos no presten caucion de que las restituirà, sin cuya dificultad hubiera comprado Tavernier de sus Mercaderes un mosquete, porque sus caractéres testificaban que tenia ciento y ochenta años de antiguedad. Era muy grueso, la boca en forma de tulipán, y lo interior tan bruñido como la luna de un espejo. En los dos tercios del cañon, tenia filetes de relieves, y algunas flores doradas, y plateadas. Las balas eran de à onza. Obligado el Mercader à responder de la caucion, no se dejó vencer de oferta alguna, antes bien rehusó dár una poca polvora.

Siempre hay cincuenta elefantes al rededor del Palacio Real, y veinte, ò veinte y cinco camellos, que solamente sirven de conducir una pieza pequeña de artillería, de cerca de media libra de bala. Un hombre, sentado en las ancas del camello, maneja tanto mas facilmente la pieza, quanto vá encima de una especie de horca, apoyada en la silla, que sirve de cureña. No hay en el Mundo Soberano mas respetado de sus Vasallos que el de Boutan, que es casi adorado. Quando administra justicia, ó dà Audiencia, tienen los que se presentan ante él, las manos juntas, levantadas hacia la frente, y puestos lejos del Trono, se postran en tierra, sin osar à levantar la cabeza. En tan humilde postura, hacen sus súplicas; y para retirarse, marchan á culadas, hasta que salen de su presencia. Sus Sacerdotes predican, como punto esencial de su Religion, que el Principe es un Dios en la tierra. Pasa tan adelante esta superstición, que cada vez que satisface las naturales necesidades, se recoge cuidadosamente su inmundicia, para secarla, y convertirla en polvos, que puestos luego en cajitas se venden, y con ellos se sazona la comida. Dos Comerciantes de Boutan, que vendieron moscada al Autor, le enseñaron ambos su cajita, y alguna corta porcion de polvos, que veneraban con exceso.

Los

Los Pueblos de Boutan son robustos y de bella estatura, de rostro y naríz chata, y las mugeres todavia mayores, y mas vigorosas que los hombres; pero las mas tienen lobanillos muy incomodos. Conocese poco la guerra en aquel Estado. Tampoco temen al Gran Mogol, porque por la parte de sus Dominios, que están al Medio dia, la naturaleza puso encumbradas montañas, y angostos desfiladeros, que forman una impenetrable barrera. Al Norte, solamente se registran bosques, cubiertos casi siempre de nieve. Por los otros dos lados, hay vastos desiertos, en que unicamente se encuentran aguas amargas. Si se advierten algunas tierras habitadas, pertenecen á Rajas sin armas, ni fuerzas. El Rey de Boutan hace batir piezas de plata del valor de los Rupies; lo que dà que sospechar que en su País hay algunas minas de plata. Pero los Comerciantes, que vió Tavernier en Patna, ignoraban la situacion de las minas. Sus monedas son de extraordinaria forma. En vez de ser redondas, tienen ocho ángulos; y sus caracteres, ni bien son Indios, ni bien Chinos. Los Mercaderes que retornan del Levante traen oro à Boutan. TAVERNIER.

Su principal Comercio es el almizcle. Comprò Tavernier, en el espacio de dos meses que se detubo en Patna, veinte mil Rupies de ellos. Venia à salir la onza en vegiga à quatro libras y quatro sueldos de nuestra moneda. Fuera de vegiga lo pagaba á ocho francos. Todo el almizcle que entra en Persia, vá de Boutan, y los Comerciantes de èl quieren mas bien que se les dè ambar amarillo y coral, que oro ni plata. Durante los calores, sacan corta utilidad en conducir el almizcle, porque secandose, pierde su peso. Como paga este genero veinte y cinco por ciento en la Aduana de Gorrachepour, ultima Ciudad de los Dominios del Gran Mogol, muchas veces acontece, que por escusar tan grandes gastos, toman las Caravanas un camino todavia mas comodo, por montañas cubiertas de almizcle, y grandes desiertos, que es preciso atravesar. Llegan à sesenta grados de altura: de donde volviendo hacia Caboul, que está á quarenta, se dividen, una parte para ir á Balk, y otra à la Gran Tartaria. Alli truecan sus riquezas los Comerciantes que viven en Boutan, por caballos, muletos, y camellos, porque se carece de dinero en aquellas tierras. Conducen con el almizcle mucho excelente Rhuybarbo y Semencina. (Este es un polvo contra lombrizes, de que se trató en el articulo de la Gran Tartaria. Sirvense de ellas los Persas y otras muchas Naciones, como de anìs, para introducirla en sus grageas; cuyo uso se ha comunicado à Holanda é Inglaterra. Despues hacen los Tartaros pasar estas mercancìas à Persia; lo que dà á creer à los Europeos, que el Rhuybarbo y la Semencina vienen de Tartaría., Verdad es, dice el Autor, que viene de alli

, Rhuy-

TAVERNIER. ,, Rhuybarbo; pero no es tan bueno como el del Reyno de Boutan. Està mas corrompido; y es el defecto del Rhuybarbo, comerse él mismo por el corazon.' Los Tartaros llevan de Persia estofas de seda de corto valor, fabricadas en Tauris, en Ardevil, &c. con algunos paños Ingleses, y Holandeses, que los Armenios ván á comprar á Constantinopla, y Smyrna, donde las porteamos de la Europa. Algunos Mercaderes, que ván de Boutan á Caboul, pasan á Candebar, y hasta Ispahan, de donde traen, por su almizcle, y Ruhybarbo, coral en granos, ambar amarillo, y lapis lazuli en granos. Otros, que ván por la parte de Multau, de Lahor, y de Agra, traen telas, indigo, y cantidad de cornalina, y cristal. Finalmente, los que vuelven por Gorrachepour traen de Patna, y de Daca, coral, ambar amarillo, braceletes de conchas de tortuga, y otros coquillages maritimos, con cantidad de piezas redondas, y quadradas, del tamaño de nuestros Getones, igualmente de concha de tortuga, y pechinas. Viò el Autor en Patna à quatro Armenios, que habiendo hecho un viage al Reyno de Boutan, venian de Dantzick, donde mandaron fabricar un gran número de figuras de ambar amarillo, que representaban todas suertes de animales, y monstruos. Iban à presentarlos al Rey de Boutan, para aumentar el nùmero de sus deidades. Dixeron á Tavernier, que se hubieran enriquecido, habiendo podido componer un Idolo particular, que el Principe les habia encomendado: este era una figura monstruosa, con seis cuernos, quatro orejas, y quatro brazos, con seis dedos en cada mano; pero no encontraron pieza de ambar amarillo bastante gruesa para él.

En el mismo Patna, los pedazos de ambar amarillo, sin trabajar, del tamaño de una nuez, bien limpios, y de hermoso color, se pagan á treinta y cinco, ó quarenta rupies la sarta, que corresponde á nueve onzas de nuestros pesos; y si el pedazo es de una pieza, vale doscientos y cincuenta, y trescientos. El coràl en bruto, ò trabajado en grano, se vende con bastante estimacion; pero se prefiere el que està en bruto, porque de él se hace lo que se quiere. Ordinariamente se ocupan las mugeres y niñas en este trabajo, y tambien forman granos de agatha y de cristal. Componen los hombres braceletes de conchas de tortuga, y pechinas del mar, y los pequeños pedazos de conchas redondos y quadrados que todos los Indios de la parte del Norte llevan en los cabellos, y orejas. Los Mercaderes de Patna, y Daca ocupaban mas de dos mil personas en las obras que transportan, ó hacen pasar à los Reynos de Boutan, de Asem, y de Siam, y á otras partes del Norte, y Levante de los Dominios del Gran Mogol.

Comenzando el Rey de Boutan à rezelar que los fraudes que

se

ſe executan en el almizcle, arruinaſen ſu comercio, con tanto mas motivo, quanto tambien ſe ſaca de Tonquin y de la Cochinchina, donde eſtà mucho mas caro, por menos comun, habia mandado, algun tiempo antes, que no ſe coſieſen del todo las vegigas, y que abiertas ſe conduxeſen á Boutan, para regiſtrarlas, y ſellarlas con ſu ſello. Cuya precaucion no eſtorva que las abran ſutilmente, é introduzcan pedazos de plomo, que ſin alterarlo en realidad, aumentan el peſo. El Autor, en un viage á Patna, compró 7673. vegigas, que peſaban, 2557. onzas. $\frac{1}{2}$; y no ſaliò almizcle, fuera de las vegigas, mas que 452. onzas. A ſu regreſo traxo por curioſidad, haſta Patna, la piel de uno de los animales que producen el almizcle cuya figura preſenta, pero ſin darle nombre. Vé aqui ſus propias voces. Deſpues de muerto el animal, ſe le corta la vegiga, que tiene en el vientre, del tamaño de un huevo, ſituada mas cerca de los genitales que del ombligo. Sacaſe luego de la vegiga el almizcle que ſe encuentra, que parece entonces ſangre quajada. Quando los cazadores quieren falſificarlo, ponen hiel y ſangre del animal, mezcladas, en lugar del almizcle que han extraido. Eſta mezcla produce en las vegigas, en dos ó tres años de tiempo, cierto animalillo, que ſe come el buen almizcle, de ſuerte que al ir à abrirlas, ſe halla mucha merma. Otros, luego que ſacaron, cortando la vegiga, el almizcle, lo que pueden executar ſin que ſe advierta mucho, introducen en ſu lugar pedacitos de plomo para que peſe mucho. Los Mercaderes que lo compran, y ſe vàn à Paíſes eſtrangeros, quieren mas bien éſte, que el otro engaño, porque el plomo no altera el almizcle. Pero quando de la piel del animal coſen bolſitas con mucha propiedad con correas de la miſma piel, que parecen vegigas verdaderas, es todavia el fraude mas dificil de deſcubrir. Llenan las bolſas de lo que han quitado á las buenas vegigas, con la fraudulosa mezcla que quieren añadir; lo que es dificultoſiſimo que los Mercaderes puedan conocer. A la verdad, ſi ataſen la vegiga luego que la cortaron, ſin que la dieſe el ayre, ni dàr tiempo à que el olor pierda algo de ſu fuerza evaporandoſe, mientras que tocan al almizcle, ſuccederia, que llegando eſta vegiga à la naríz de alguno le ſaldria inmediatamente la ſangre de la fortaleza del olor, que neceſariamente exige ſer templado, para ſer agradable, ſin dañar el celebro. El olor del animal cuya piel conduxe à París, era tan activo, que era impoſible tenerle en el quarto: fue neceſario ponerla en el granero, donde al fin le mandé cortar la vegiga, lo que no ha impedido que la piel ſiempre haya conſervado algo de olor.

TAVERNIER.

No ſe empieza à encontrar eſte animal haſta el grado cincuenta, y ſeis. Pero, al ſeſenta, hay gran copia, por eſtàr el país lleno de boſques. Es cierto, que en los meſes de Febrero, y de

TAVERNIER.

Marzo, despues de haber padecido estos animales hambre en la tierra donde estàn, à causa de las nieves, que caen en tanta cantidad, que llegan á la altura de diez, ó doce pies, ván desde el lado de Medio dia hasta los grados quarenta, y quarenta y cinco, à apacentarse del trigo, ó arroz nuevo. En aquel tiempo los Paisanos los aguardan al paso; y tendiendoles lazos, los matan con flechas, y palos. Algunos me han asegurado, que estàn tan flacos, y delgados, que muchos se dejan coger en la carrera. Es necesario, que haya una prodigiosa multitud de estos animales, porque cada uno tiene solamente una vegiga; y la mas guesa, que no excede ordinariamente del tamaño de un huevo de polla, no puede dàr media onza de almizcle, y para componer una onza algunas veces se necesitan tres, ò quatro vegigas. Otros Viageros reputan à este animal, como una especie de cabra montés.)

Reyno de Tipra.

MUcho tiempo se estubo en la persuasion de que el Pegu pertenecia à la China; y Tavernier confiesa, que tambien estaba en este error, hasta que le desengañaron algunos Comerciantes de un Reyno poco conocido, llamado Tipra. Viòlos en Daca, Ciudad populosa de Bengala, à donde habia ido à comprar coral, ambar amarillo, y braceletes de conchas de tortuga. Estos Comerciantes hablaban poco, pero sabian la lengua comun de las Indias; y para que mas los respetasen, se atribuían la calidad de Bramines. Quando compraban alguna mercancía, ajustaban su cuenta con piedrezuelas, del tamaño de la uña, semejantes á pequeñas agathas, en las que se advertian algunas cifras pequeñas. Cada uno tenia un peso, á manera de una romana. El fiel era de una madera tan dura como el brasíl, y el anillo que sostiene el peso para señalar las libras, era un cordon de seda. Todo lo pesaban con esta maquina, desde una drachma, hasta diez de nuestras libras.

Gustaban mucho de beber; y Tavernier les pagaba en vino de España ò de Chiras, las instrucciones que sacaba de ellos. Apenas se concluìa el cumplimiento que les mandaba hacer por medio de su Interprete, quando se bebian el vino. Despues, mirandose el uno al otro, cerraban sus manos, y se daban dos, ò tres golpes en el estomago, dando un suspiro.

Habian venido por el Reyno de Arrakan, que està al Medio dia y Poniente del de Tipra, como el de Pegu lo limita en parte por el Occidente de Invierno. Dijeron al Autor, que se gastan cerca de quince dias en atravesar su País; pero observa, que esta di-

dimension no dá à conocer exactamente su tamaño, porque las jornadas no son iguales, y segun la comodidad de los rios, se alargan, ò se cortan. Son sus carruages, como en las Indias, bueyes, y caballos, que, á pesar de su pequeñèz, son excelentes. El Rey, y los Señores usan de Pallekis, y enseñan elefantes para la guerra. Esta Nacion està igualmente incomodada de lupias, ó lobanillos en el cuello que la de Boutan, viendose algunas mugeres à quienes cuelgan hasta los pechos. Uno de los Comerciantes que comunicó el Autor en Daca, tenia dos, gruesos como el puño. TAVERNIER.

Nada produce su Paìs apetecible para los Estrangeros. Tienen una mina de oro muy bajo, y seda basta: dos ramos de renta, que componen todas las riquezas del Rey, cuyo Monarca no exige contribucion alguna de sus Vasallos; pero todos los que no son de noble condicion, le deben anualmente seis dias de trabajo, en la mina de oro, ò en la seda, y ambos generos los embia á vender á la China, de donde le trahen plata, de la que manda acuñar piezas de diez sueldos de valor, é igualmente piezas de oro, tan delgadas, que son menester doce para componer un escudo.

Reyno de Asem.

DEbese el conocimiento del Reyno de Asem à Mirgimola, aquel famoso Capitan, de quien se han leído algunas hazañas en el viage del Autor á Golkonda. Despues de concluìda felizmente la guerra, pensó que su autoridad se debilitaria durante la paz; y atento unicamente á conservarse el mando de las Tropas, resolvió emprender la conquista de Asem, donde estaba informado, que encontraria corta resistencia. Sin embargo, se pretende que los antiguos Habitantes de aquel País descubrieron la invencion de la polvora, y artillería; y que habiendo pasado de Asem à Pegu, y de Pegu à la China, se atribuye injustamente el honor á los Chinos. Pero esta Nacion, antiguamente belicosa, se habia debilitado en una paz de quinientos, ò seiscientos años de duracion. Sacò Mirgimola de esta guerra mucha artillerìa de hierro. La polvora de aquel País es excelente, y su grano no es largo, como en Boutan, sino redondo, y menudo como la nuestra; y segun testifica el Autor, exceden mucho sus efectos à los de las demàs polvoras.

Partió Mirgimola con un poderoso Exercito, que mandó embarcar á quinientas leguas de Daca en uno de los rios que salen del Lago de Chiamnay. Toma varias denominaciones, segun las Regiones que baña, hasta que se introduce en un brazo del Ganges.

TAVERNIER. ges. Registrase, en ambos lados del mismo sitio donde se unen los dos rios, una Fortaleza, guarnecidas las dos de una artillería de bronce, que juega à la flor del agua. Desde alli mandó abanzar el General Indiano sus tropas hasta el grado veinte y nueve, adonde comienza el Reyno de Asem. Penetrando consecutivamente por tierra en un País abundantisimo, fueron tanto mas ràpidas sus conquistas, quanto no se esperaba semejante invasion. La Religion de Asem es la Idolatría, y el Exercito de Mirgimola, enteramente compuesto de Mahometanos, no reservò las Pagodas. Destruyò ò arrasò quanto se le presentó en el camino, hasta el grado treinta y cinco. Informado entonces Mirgimola de que el Rey de Asem habia puesto en campaña mas fuerzas que discurria, con mucha artillería, y fuego de artificio, como nuestras granadas, que se arrojan en la punta de un palo de media pica de largo, suspendiò la empresa. Pero el principal motivo de retroceder fue el temor al frio, que comenzaba á sentirse, y la opinion establecida en su Exercito, de que para conquistar todo el País, era forzoso internarse hasta el grado quarenta. Los Indios sienten tanto el frio, y se rezelan que alli es tan terrible, que discurren expuesta su vida mas allá del grado treinta y cinco. El Autor testifica, que de todos los criados que llevó consigo de Indias à Persia, ninguno quiso pasar de Casbin, ni jamás los pudo convencer á llegar á Tauris; y luego que comenzaban á descubrir las sierras de la Media, siempre cubiertas de nieve, era preciso despedirlos.

En la imposibilidad de continuar su marcha ácia el Norte, tomó Mirgimola el partido de volverse al Sud-Ouest, para ir à sitiar la Ciudad, llamada Azo, de que se apoderó en pocos dias, hallando grandes riquezas en ella. Creyóse, que el primer proyecto de su conquista, jamás habia tenido otro objeto, que la toma, y saquèo de la Ciudad, que era el Pantheon de los Reyes de Asem, y de toda la Familia Real. Aunque estos Pueblos sean Idòlatras, no acostumbran quemar los cadaveres. Entierranlos, en la creencia de que despues de muertos, pasan á otro Mundo, donde los justos en la tierra no carecen de algun bien, y los malos padecen todo castigo, y en particular hambre y sed, y que para todo acontecimiento exige la prudencia enterrar alguna cosa con ellos, de que puedan servirse en la necesidad. Asi encontrò Mirgimola inmensas riquezas en Azo. Muchos siglos habia que los Reyes de Asem habian cada uno mandado construir en la Pagoda mayor una Capilla para Mausoléo. Embiaban los Monarcas mientras vivian, cantidad de oro, y plata, tapices, y muebles, para sepultarlos con ellos. Quando se colocaba el cuerpo de un Rey en su boveda, encerraban con él todo lo precioso que tenia, y sobre todo los Idolos de oro, ó plata que habia

bia adorado, y quanto discurrian necesario para su descanso en el otro Mundo. Sus mas amadas mugeres, y los principales Ministros que les habian servido, tomaban algun veneno, para enterrarse con ellos. Llegaba esta cruel supersticion, hasta encerrar vivos en el mismo sepulcro un elefante, doce camellos, seis caballos, y multitud de perros de caza, que se criaban destinados á tener el honor de servirles despues de muertos. TAVERNIER.

El Reyno de Asem es de los mas fértiles territorios del Asia. Produce todo lo necesario para la vida, sin tener los habitantes que recurrir à las Naciones vecinas. Tienen minas de plata, acero, plomo, y hierro. Tambien abunda la seda; pero tan basta como la de Tipra. Hay una especie que crece sobre los arboles, y la trabaja un animal parecido en su forma á los gusanos de seda comunes, con la doble diferencia, de ser mas redondo, y habitar todo el año en los arboles. Las estofas fabricadas de esta seda, son muy lustrosas, pero se abren. En la parte meridional produce la naturaleza estos gusanos, y están las minas de plata. Tambien produce cantidad de goma laca, de la que se observan dos suertes. La que se cria en los arboles, es de color rojo, y sirve para pintar lienzos, y estofas. Extrahido este color, lo restante se emplea en hacer una suerte de barníz, con que se varnizan los gabinetes, y otros muebles de igual naturaleza. Transportanse en abundancia à la China, y Japon, adonde pasa por la mejor laca del Asia. En quanto al oro, no se permite su extraccion del Reyno; pero no se acuña de èl alguna especie de moneda. Permanece en barras grandes, y pequeñas, de que la gente usa en su comercio interior.

Aunque el País produce abundantemente todas las comodidades de la vida, los Pueblos de Asem tienen una grandisima aficion á la carne de perro, manjar el mas delicioso en sus combites. Celebran mensualmente en cada Ciudad del Reyno un Mercado, unicamente para vender perros, que trahen de todas partes. Crianse viñas en abundancia, en todas partes de este rico País, y las ubas son muy buenas; pero el estilo es secarlas para sacar aguardiente. No hay mas sal, que la artificial, y se fabrica con dos metodos; el primero, es recoger la ova verde que ordinariamente forman las aguas estancadas, de que las anades se regalan; dejase secar; quemase; y las cenizas que quedan, hervidas, y coladas, sirven de sal. El segundo, y mas comun metodo es tomar hojas grandes de higuera, que secas, se queman igualmente, y las cenizas son una especie de sal, de acritud tan picante, que si no se temperase, fuera imposible comer. Echanse en agua, y removiendolas por espacio de diez, ò doce horas, se cuela el agua tres veces con un paño, y luego se pone à hervir. Al paso que hierve, se queda en el suelo de la caldera una

sal

TAVERNIER. sal blanca, de muy buen gusto. De la ceniza de las mismas hojas, se compone en el Reyno de Asem una lexía para blanquear la seda. Si el País abundára mas de higueras, blanqueàran sus habitantes todas las sedas, por valer la de este color mucho mas cara que la demàs; pero apenas bastan las hojas para blanquear la mitad de sus sedas.

Kemmerouf es el nombre de una Ciudad populosa, donde residen los Reyes de Asem, situada á veinte y cinco, ó treinta jornadas de esta Ciudad, antigua Capital del Reyno del propio nombre. No exige este Rey, á imitacion del de Tipra, contribucion alguna de sus vasallos. Pero todas las minas son suyas; y mas humano, que los demàs Reyes Indianos, hace trabajar á Esclavos, comprados de las Naciones vecinas, para no causar extraordinarias fatigas á los vasallos. Asi, todos los Paisanos de Asem viven tranquilos, y pocos hay que no tengan su casa separada, con una fuente rodeada de arboles: muchos mantienen tambien un Elefante para sus mugeres. Permiteles un antiguo uso la polygamia, y un Paisano de Asem tiene algunas veces quatro mugeres; pero, para escusar toda contienda, dice à la una, quando se desposa: Yo te destino en mi casa à tal exercicio. A la otra: Yo te recibo para tal trabajo; y con esto cada una sabe su ocupacion en la casa. En el centro del Reyno, los hombres, y mugeres son de graciosa estatura, y bellisima sangre; pero los habitantes de las fronteras Meridionales, son morenos, aunque sin lupias en el cuello como los del Norte, ni tampoco tan buena estatura, y las mas de las mugeres tienen la narìz algo chata. Los Pueblos Meridionales del Reyno de Asem estàn desnudos, ò sin mas que un lienzo, con que se tapan la mitad del cuerpo, con un bonete, del que cuelgan muchos dientes de puerco. Tienen las orejas oradadas, que puede pasar un dedo, y los adornos de ellas son de oro, ò plata. Los hombres no dejan caer su cabello mas abajo de las espaldas, y las mugeres lo llevan tendido quan largo se lo concediò la naturaleza.

El Comercio de los braceletes de conchas de tortugas, y ciertas pechinas del mar, de la longitud de un huevo, no està menos introducido en el Reyno de Asem, que en el País de Boutan. Cortanse estas conchas en pequeños circulos, y los ricos llevan coral, y ambar amarillo. Es sagrada costumbre en todas las ordenes de la Nacion, que al dàr sepultura à los difuntos, tiren de los braceletes que tienen en los brazos, y piernas todos los parientes y amigos que asisten al entierro, y los arrojen en el hoyo.

Des-

Descripcion del Reyno de Golkonda.

COntinuèmos un articulo, del que la ferie de algunos otros afuntos nos ha distraido. Methold, y Tavernier, parece que repiten con gufto, que han vivido largo tiempo en Golkonda, poniendo todo fu conato en todo lo que lifongéa la curiofidad de un Eftrangero. De fus obfervaciones unidas fe compondrà efta Defcripcion. TAVERNIER.

El Golfo de Bengala, que fe dilata defde el Cabo de Comorin, bajo del octavo grado de latitud del Norte, hafta Catigam, que fe coloca en el grado veinte y dos, incluye en efta extenfion cerca de mil leguas de cofta. (El Autor entiende leguas Inglefas, que fon de cinco mil quatrocientos y cincuenta y quatro pies.) Su capacidad es de nuevecientas leguas; y el Cabo de Sincapour, que eftá bajo del primero de latitud auftral, le cierra por la otra parte. La Cofta del Golfo ofrece muchos Reynos, y los mas cèlebres de ellos, fon los de Bifnagar, de Golkonda, de Bengala, de Arakan, y de Pegu. Cortanla muchos pequeños rios, cuyo nombre obfcurece la vecindad del Ganges, rio de los mejores y mas famofos del Mundo. (Su origen fe ignoraba todavia en tiempo del Autor. Sabefe ahora, que nace de las montañas que circundan el pequeño Tibet, al Sud Eft, á 96. grados de latitud, y 35. y 45. minutos de latitud del Norte. Entrafe por dos embocaduras en el Golfo.

Bifnagar, el primero, mas antiguo, y confiderable de todos aquellos Eftados, fe ha dividido con el tiempo entre los Principes vecinos, y muchos Naikes, ò Gobernadores de las Provincias, que fe han aprovechado de las guerras civiles, para eftablecerfe en él con las armas, (De efto proviene que eftos parages hayan tomado varias denominaciones, como Carnate, Narfinga, Chaadegri, &c.) En una de las divifiones de efte gran Reyno eftà fituada la famofa Ciudad de Santo Thomé. (à los 13. grados y 10. minutos de latitud del Norte.)

El de Golkonda, que le figue al Nord-Eft, toma fu nombre de la Ciudad de Golkonda, que es la Capital, y que los Perfas y Mogoles llaman Hidraband. En ningun Viagero fe encuentra la exacta dimenfion de fu eftenfion; y los Itinerarios de Tavernier no pueden comunicar fobre ella fino luces tanto mas imperfectas, quanto varias revoluciones lo han traftornado todo. Pero en general, el Reyno de Golkonda es un País, cuya fertilidad fe celebra. Produce abundancia de arroz y trigo, toda fuerte de animales, y aves, y otras cofas neceffarias para la vida. Hay muchos eftanques, llenos de buenos pefcados, particularmente de

una

TAVERNIER.

una eſpecie de eſpirinques muy delicados, que ſolamente tienen una raſpa en medio del cuerpo. A la formacion de los estanques ha contribuido mas el Arte que la naturaleza, y Tavernier ſe admira igualmente de la multitud, que de la forma. Dice, que la mayor parte eſtá en ſitios altos, en que ſolamente ſe neceſita formar una calzada, para detener el agua, por la parte del llano. Eſtas ſon algunas veces de media legua de largo. Paſada la eſtacion de las lluvias, ſe abren de tiempo en tiempo los diques, para dejar correr el agua en el campo, donde se recibe en pequeños canales, sirviendo de fecundar el terreno.

El clima es ſanisimo. Dividen los habitantes ſus años en tres eſtaciones: Marzo, Abril, Mayo, y Junio componen el Eſtío, porque en eſte eſpacio, no ſolamente cauſa la inmediacion del Sol mucho calor, ſino que aumenta exceſivamente el viento, que pareciera deber templarle. Sopla inmediatamente ácia mediado Mayo un viento Oueſt, que inflama mas el ayre, que el Sol miſmo. En los quartos mas cerrados, eſtà la madera de los aſientos, y meſas tan ardiente, que no ſe puede tocar, y obliga à regar continuamente el ſuelo, y los muebles; pero eſte calor intenſo no dura mas que ſeis, ó ſiete dias, y deſde las nueve de la mañana, haſta las quatro de la tarde. Percibeſe un viento freſco, que le templa delicioſamente. Los que temerarios viagean durante los calores, quedan algunas veces ahogados en los Palanquines. Durarian en todos los meſes de Junio, Agoſto, Septiembre, y Octubre, ſi las continuas abundantes lluvias no refreſcaſen el ayre, concediendo à los habitantes la miſma ventaja que los Egypcios gozan con el Nilo. Preparadas ſus tierras con eſta inundacion, ſiembran ſu arroz, y demàs granos, ſin aguardar otra lluvia antes de la misma eſtacion del año ſiguiente. Cuentan ſu Invierno en los meſes de Diciembre, Enero, y Febrero; pero el ayre no deja de eſtàr entonces tan càlido, como en el mes de Mayo en las Provincias Septentrionales de Francia. Aſi, los arboles de Golkonda ſiempre eſtán verdes, y cargados de frutas maduras. Cogen dos coſechas de arroz, y tierras hay que permiten tres.

Los habitantes de Golkonda caſi todos ſon de bella eſtatura, bien proporcionados, y de ſemblante mas blanco, que pudiera diſcurrirſe de un clima tan ardiente. Unicamente los Paiſanos ſon un poco morenos. Su Religion es un conjunto de Idolatría, y Mahometiſmo. Los adictos à la Secta de Mahoma, han adoptado la doctrina de los Perſas, y los Idòlatras ſiguen la de los Bramines.

Aunque el uſo ha dado el nombre de Golkonda à la Capital del Reyno, ſe llama propiamente Bagnagar. Golkonda es una fortaleza á dos leguas de diſtancia, reſidencia ordinaria del Rey,

Rey, que tiene dos leguas de circuito. Dió principio à la Ciudad de Bagnagar el bisavuelo del Monarca Reynante, quando Tavernier estubo en ella, à instancias de una de sus Mugeres, à quien amaba con pasion, llamada Nagar. Antes era una casa de recreacion, donde tenian amenisimos Jardines, para el Rey. Al fundar esta gran Ciudad, la diò el nombre de su Muger, porque Bagnagar significa el Jardin de Nagar. Está à diez, y siete grados de elevacion, menos dos minutos. El País que la circunda es llano; pero, à corta distancia, se encuentran muchos grandes riscos, semejantes á los de la Floresta de Fontainebleau. Un caudaloso rio baña las murallas, por la parte del Sud Ouest, y vá à entrarse, en Bagnagar, por un grande puente de piedra, nada inferior en hermosura al puente nuevo de Parìs. La Ciudad está bien edificada, y será del tamaño de Orleans, con muchas bellas, y grandes calles, pero muy incomodas en el verano, con la arena, y polvo, que hay en ellas, por no estàr mejor empedradas, que todas las Ciudades de las Indias, y Persia. TAVERNIER.

Antes de llegar al puente, hay un arrabal, nombrado Erengabad, de una legua de largo, habitado unicamente de Mercaderes, y Jornaleros. La Ciudad no tiene otros vecinos, sino personas distinguidas, Criados de la Casa Real, Ministros de Justicia, y Militares. Pero desde las diez de la mañana, hasta las quatro, ó las cinco de la tarde, tienen los Mercaderes, y Corredores del arrabal la libertad de ir à comerciar con los Mercaderes Estrangeros. Registranse, en Erengabad, dos, ó tres vistosas Mezquitas, que sirven como de Hosterias á los caminantes. Los sitios inmediatos presentan muchas Pagodas, y por el mismo arrabal se vá de la Ciudad à la fortaleza de Golkonda. Añadamos, para dar mas verisimilitud á la relacion de Tavernier, que este juicioso Viagero, que vió la Ciudad poco despues de su origen, certifica, que el nuevo Palacio excedia en magnificencia á todos los demàs de Indias. Dice, que tiene doce millas de circuito, todo de piedra; y en muchas partes, donde empleamos el hierro, como en las fallevas de las ventanas, alli se emplea el oro macizo. Reputase este Principe por el mas rico de las Indias, en elefantes, y piedras preciosas. Deduce su origen de los Persas, conservando su religion, que varía de tal suerte de la de los Turcos, que uno nombrado Mèene, que se jactaba de ser descendiente de Mahoma, decia, que mas bien rogarìa á Dios por un Christiano, que por un Sunny; esto es, por un Herege Mahometano. Este Principe y todos sus predecesores han conservado el titulo de Cotubcha. (Cotub, en Arabe, significa exe, como si ellos fueran columna, y apoyo de Mahoma.)

Pasado el puente, se entra en una calle ancha, que va al

TAVERNIER. Palacio Real, preſentando à la mano derecha las caſas de algunos Grandes, con quatro, ó cinco hermoſas Hoſterías de dos altos. Finaliza la calle en la Plaza Mayor, à la qual cae la fachada principal de Palacio, con un balcon en medio, deſde donde dà el Rey Audiencia al Pueblo. La puerta principal de Palacio và à dar à otra Plaza, ſirviendo de entrada á un vaſto patio, rodeado de porticos, que uſa para ſu retiro la Guardia Real. De eſte patio, ſe paſa à otro, del que Tavernier habla con mucha admiracion. Eſtà, dice, rodeado de bellas habitaciones, cubiertas de terrados, ſobre las quales, como ſobre las del quartél del Palacio, donde eſtán los elefantes, hay deliciosos jardines, y tan robuſtos arboles, que es maravilla que puedan aguantar tanto peſo.

En un ſitio de la Ciudad, ſe regiſtra una Pagoda, comenzada cincuenta años hà, é imperfecta, que ſerà la mayor de todas las Indias, ſi llega à verſe acabada. Admiraſe particularmente la magnitud de las piedras. La del nicho, ò ſitio donde ſe debe orar, es una roca entera, de grueſo tan prodigioſo, que gaſtaron cinco años quinientos, ò ſeiscientos hombres en ſacarla de la cantera, y ſe ocuparon mil y quatrocientos bueyes para conducirla al edificio. Una guerra del Rey de Golkonda, y el Mogol fue cauſa de ſuſpender tan magnifica obra, que hubiera paſado ſegun Tavernier, por el mas maravilloſo monumento del Aſia.

De la otra parte de la Ciudad, ſobre el camino que và à Maſulipatan, hay dos Eſtanques grandes, cada uno de una legua de circuito, en los quales ſe mantienen conſtantemente algunas barcas muy viſtoſas, para paſearſe el Rey. Ofrecen las orillas muchos hermoſos edificios, pertenecientes á los Grandes de la Corte. A tres leguas de Bagnagar, hay una ſuntuoſiſima Mezquita, que encierra el Panteon de los Reyes de Golkonda, en la qual diariamente ſe diſtribuye deſpues de medio dia, pan, y pilau (arroz cocido con manteca, y ſubſtancia de carne) á todos los pobres que acuden á ella. En los dias feſtivos, forman los tumulos, cubiertos de ricos tapizes, un magnifico eſpectaculo.

El Rey de Golkonda, como los demás de las Indias, es dueño abſoluto de todas las tierras de ſu Imperio. Dividenſe en Gobiernos, que los Gobernadores arriendan á la Corte, y ellos ſubarriendan à Particulares, con otras ſubdiviſiones, que contiuúan haſta el infimo Pueblo. El que no ſe halla en eſtado de pagar ſu penſion, no tiene mas recurſo, que abandonar el País. Entonces ſu muger, y todos ſus parientes ſon reſponſables à ſu deuda. Los Gobernadores, y principales Aſentiſtas, que no pagan, ſe caſtigan con golpes de caña. Methold viò eſpirar, á cañazos, à un Gobernador de Maſulipatan. Sacanſe anualmente los Gobiernos à publica ſubhaſta en el mes de Julio; y como

ſe

ſe dán al que mas ofrece, no hay violencia, ni exacciones, que eſtos Oficiales no ejerzan durante ſu tiempo.

Cuentanſe en el Paìs ſeſenta y ſeis Plazas fuertes, ſituadas las mas ſobre riſcos de dificil acceſo. Methold viò tres: Cundapoli, Cundavera, y Bellum Cunda. (En la lengua del Paìs, Cunda ſignifica Montaña.) Un dia que tubo la ocaſion de viſitar al Gobernador de Cundapoli, ſu curioſidad le moviò à vér el Caſtillo. Dijole el Gobernador, que con la qualidad de Comandante en la Provincia, no tenia èl miſmo facultades para entrar ſin expreſa orden del Principe, que dificilmente la concedia. Añadiò, que aquella fortaleza ſe componia de ſeſenta Fuertes, que mutuamente ſe comunicaban, incluyendo dilatados campos, en que ſe cultivaban con esmero el arroz, y arboles frutales. Methold obſervó la Plaza deſde lejos. Pareciòle ſituada ſobre una roca, cuya forma la hace inacceſible, á excepcion de un camino angoſto, por el qual ſe puede ſubir. Además, eſtá cercada de una grueſiſima muralla, y flanqueada de algunos baſtiones. Los que la conſtruyeron, eligieron una ventajoſa ſituacion. No puede ſer minada. Domina todos los ſitios inmediatos; y es un aſilo, que la Naturaleza y el Arte de concierto, parece que formaron para la ſeguridad de un deſventurado Principe, deſpues de perdida una batalla.

El Pueblo de Golkonda ſe divide en quarenta y quatro Tribus, y eſta diviſion ſirve para arreglar las claſes, y prerrogativas. La primera Tribu es la de los Bramines, que ſon los Sacerdotes del Paìs, y Doctores de la Religion dominante. Entienden tan bien la Arithmetica, que los miſmos Mahometanos ſe valen de ellos para ſus cuentas. Su método de eſcribir es con un punzon de hierro, en hojas de palmitos. Poſeen, por tradicion de ſus mayores, los arcanos de la Medicina, y Aſtrologìa, que jamàs comunican á las demàs Tribus. (Es peculiar de los Bramines conſultarles ſobre el articulo de la Religion comun de los Indios.) Methold comprueba con varias experiencias, que no entienden mal el calculo de los tiempos, y pronoſtican los eclipſes, por el exercicio continuo de eſtos conocimientos, que les han adquirido tal reputacion en las Indias, que nada ſe intenta ſin conſultarlos. Pero ninguna coſa ha contribuido tanto á adquirirſela, como el honor que conſiguieron de coronar los Reyes de ſu eſtirpe; el uno, de Calecut, y el otro de Cochinchina. Deſpues de ellos, la Tribu de los Famgams obtiene el ſegundo lugar. Eſta es otra orden de Sacerdotes, obſervantes de las ceremonias de los Bramines, pero que no comen mas que manteca, leche, y toda ſuerte de hierbas, á excepcion de las cebollas, á las que jamás tocan, por tener ciertas venas, que parecen tener alguna ſimilitud con la ſangre.

TAVERNIER.

Los Comitis, que componen la tercera Tribu, son Comerciantes, cuyo principal trafico consiste en almagacenar telas de coton, que venden en junto, y cambiar moneda. Es tanta su habilidad para los cambios, que con solo vér una pieza de oro, apuestan que conocen su valor con solo un grano de diferencia. La Tribu de Campovero, que sigue inmediatamente, se compone de Labradores, y Soldados, y es la mas numerosa. No excluye el uso de algun genero de carne, á excepcion de bueyes y bacas; pero considera como tal exceso de inhumanidad, el matar unos animales, de quienes el hombre recibe tantos servicios, que el mas necesitado no venderia uno, por la mas gruesa cantidad, á los Estrangeros, que se los comen; aunque entre ellos, los venden á quatro francos, ó cien sueldos. La Tribu siguiente es la de las mugeres licenciosas, de las que se distinguen dos suertes; la una de las que unicamente se prostituyen á los hombres de una Tribu superior, y la otra de las mugeres comunes, que à nadie niegan sus favores. Heredan tan infame profesion de sus ascendientes, que les adquirieron el derecho de exercerla sin rubor. Las niñas de su Tribu, bastante bonitas para agradar al otro sexo, se crian con la unica idea de parecer bien. Las mas feas se casan con hombres de la misma Tribu, con la esperanza de que de ellas nacerán niñas tan hermosas, que reparen la desgracia de sus madres. A las mas alegres, se enseña á cantar, danzar, y todo quanto puede agraciar su persona. Hacen posturas que parecen imposibles. „ Yo ví, dice el Autor, à una „ niña de ocho años levantar una pierna tan derecha por encima „ de la cabeza, como yo pudiera levantar mi brazo, estando de „ pies, y unicamente apoyada en la otra. Las he visto poner las „ plantas de los pies en la cabeza. Methold pag. 6. Tavernier di„ ce: Hay tantas mugeres publicas en la Capital, arrabales, y en la „ Fortaleza, que se cuentan ordinariamente mas de veinte mil en las „ listas del Deroga. No pagan tributo; pero estàn obligadas todos „ los Viernes á venir en cierto numero, con su Intendenta, y su „ musica, á presentarse en la Plaza delante del balcon del Rey. „ Si este Principe se asoma á él, danzan en su presencia, y si no, „ un Eunuco sale, y les hace señal con la mano de que pueden re„ tirarse. A la tarde, con la fresca, se vèn delante de las puer„ tas de sus casas, que son pequeñas cabañas; y en siendo de no„ che dejan por señal en la puerta una vela, ó lampara encendi„ da. Entonces tambien se abren todas las tiendas en que se ven„ de el Tari, bebida extrahida de un arbol, que es tan dulce co„ mo nuestros vinos nuevos. Se trahe de cinco ò seis leguas, en „ pellejos, sobre caballos, que portean uno en cada lado, y „ caminan à gran galope. Saca el Rey, del impuesto que exige „ del Tari, una renta considerable, y con este fin principalmente

per-

„permite tantas mugeres publicas, porque ellas ocasionan un „gran consumo.'Tienen estas tal habilidad,que quando el Monarca Reynante quiso ir à ver la Ciudad de Masulipatan, nueve de ellas representaron admirablemente la figura de un elefante, componiendo quatro las patas, otras quatro el cuerpo, y una la trompa; y el Rey encima, en una especie de Trono, entró de esta suerte en la Ciudad.) TAVERNIER.

Los Plateros, Carpinteros, Alarifes, Mercaderes de por menor, Pintores, Silleros, Barberos, Conductores de Palanquines, y en una palabra todas las profesiones que sirven al uso de la sociedad, componen otras tantas Tribus, que no se casan jamàs entre sì, ni conservan con las demàs otra relacion, que la del interès y reciprocas necesidades. La ultima es la de los Piriaves. Esta infelíz especie de Ciudadanos no se recibe en alguna otra Tribu, ni tampoco tiene permiso de habitar en las Ciudades. El mas vil Artesano de una Tribu superior, que por casualidad hubiese tocado á un Piriave, sería obligado à lavarse inmediatamente. Su oficio es curtir cueros, hacer sandalias, y enfardar mercancías. (Alguna cosa semejante se vè en la descripcion de la Isla de Zeilan.) A pesar de tan odiosa distincion, todas las Tribus tienen una misma Religion, y los mismos Templos; porque el Mahometismo solamente ha encontrado favor en la Corte. Los Templos ò Pagodas son ordinariamente muy obscuras, sin otra luz, que la que entra por las puertas, que siempre mantienen abiertas. Cada uno elige en ellas su Idolo, y sirven de refugio à los caminantes. Methold se viò precisado á recogerse un dia en el Templo de las viruelas, cuyo Idolo principal representaba una muger flaca, con dos cabezas, y quatro brazos. El Fundador de aquel edificio le contò, que habiendo acometido esta epidemia à su familia, hizo voto de construir un Templo, y que inmediatamente cesò. Los mas devotos, si no son muy ricos, le hacen otro voto, y el Autor fue testigo del zelo con que se cumple. Hacense al Adorador dos incisiones con un cuchillo, en las espaldas, y se pasan por ellas dos garfios de hierro. Estos estan asidos á una viga sobre un exe, movido por dos ruedas de hierro; de suerte, que la viga tiene libre su movimiento. El Adorador tiene en una mano un puñal; y en la otra una espada. Elevase en el ayre,y en este estado se le obliga á andar un quarto de legua, por el movimiento de las ruedas. Durante la Procesion, hace mil gestos diferentes con sus armas. Methold, que viò enganchar consecutivamente á catorce de estos en la viga, se admiró de que el balumbo del cuerpo no rompiese el pellejo del que cuelgan, sin que manifiesten los que toleran este dolor, alguna señal de impaciencia. Ponense un emplastro en las llagas, y se restituyen en aquella triste situacion à sus casas, pero muy con-

so-

TAVERNIER. solados del respeto, y admiracion que merecieron à los circunstantes.

El derecho de casar á los hijos es privativo de los padres y madres, que siempre los acomodan á la misma Tribu, y las mas veces en la propia familia; porque no reparan en los grados de parentesco. No dotan á las hijas que casan, y aun está obligado el marido à regalar algo al Padre. Casan los muchachos desde la edad de cinco años, y las muchachas de tres; pero en quanto á la consumacion, se observan las leyes de la naturaleza, que està muy adelantada en un clima tan calido, en que Methold vió parir algunas antes de los doce años. Consiste la ceremonia del casamiento en pasear à los novios en un Palanquin, por las calles de la Ciudad, y sus Plazas publicas. A su vuelta, tiende un paño un Bramin, y sobre èl manda al novio poner una pierna, para comprimir con su pie desnudo el de la novia, que està en igual postura. Si muere el marido antes que la muger, no la queda à la viuda libertad para contraher segundas nupcias; sin exceptuar à las que no han consumado el matrimonio, por lo que es su condicion muy infelìz. Permanecen encerradas en casa de su padre, de la que jamàs consiguen licencia de salir, ocupadas en los mas penosos trabajos, y privadas de toda suerte de adornos, y diversiones. Finalmente, esta violencia es tan insufrible, que las mas se huyen, para vivir mas libremente; pero se ven precisadas á ausentarse de su familia, rezelosas de que las dèn veneno sus parientes, que se honran de executar semejante venganza.

La circuncision, segun las voces del Autor, es igualmente desconocida en Golkonda, que el Bautismo. Al nacer las criaturas no se executa otra ceremonia, que ponerles un nombre, deducido por lo comun de su Tribu, ó de alguna qualidad que se advierte en su cuerpo. Las mugeres de aquel Paìs casi desconocen los dolores del parto, y las mas se lavan dos ò tres dias despues de él, y algunas en el primero. Tampoco las fatiga la educacion de los hijos. Dejanlos desnudos hasta los siete ú ocho años, arrastrando ò rodando por el suelo; y como cuidan de lavarlos, siempre ván muy limpios. Los hijos de los ricos se crian con mayor esmero, pero sin vestiduras, excepto los dias festivos. En pasando la infancia, llevan los hombres una pieza de coton blanco, que desde la cintura les cuelga hasta las rodillas, y sobre los hombros, una especie de capa, que les tapa hasta la mitad del cuerpo. Cogen sus cabellos, que dejan crecer como las mugeres. Usan del turbante, con zarzillos en las orejas, pequeñas perlas, y cadenas de plata al cuello. (Methold no dice, como Tavernier, que son blancos; ni que son enteramente negros, sino morenos, y robustos.) Su caracter es apacible, y politico. Todos los Artesanos de cada Pueblo trabajan por el mismo salario. El Me-

Menescal y el Platero no ganan mas que cinco, ò seis sueldos diarios, aunque el uno componga herraduras para los caballos, y el otro cadenas de oro y plata. Los Estrangeros están muy bien servidos en sus casas, de criados del Paìs, que no piden mas salario, que cincuenta sueldos al mes, sin darles de comer. Aun los que llevan los Palanquines no aspiran á mayores utilidades, aunque estàn cargados de varios tributos por los Gobernadores. Atribuye Methold este desinterès, tanto á la natural sobriedad de los Pueblos, como á la abundancia de los viveres.

El uso les concede igualmente la libertad de quemar, ó embalsamar sus muertos. Arrojanse las cenizas de los unos en el rio mas inmediato, y los otros se sepultan con las piernas cruzadas; esto es, en la postura en que ordinariamente se sientan. Si es cierta la tradicion del Paìs, las mugeres antiguamente estaban tan entregadas à la desemboltura, que envenenaban á sus maridos para abandonarse mas libremente. Semejante desorden, comunicado à todas las condiciones, no pudo atajarse sino con la severidad de las Leyes, que obligan á las viudas à quemarse con sus maridos, con sola la presuncion de que hubiesen procurado su muerte, por sobrevivirle. En algunos otros Países de las Indias subsiste todavia esta costumbre. Pero, en tiempo de Methold, se habia suavizado tal rigor en Golkonda, no privando la Ley sino la libertad de contraher segundas nupcias; dejandolas, sin embargo, la de quemarse por un simple movimiento de cariño, y con la esperanza de reunirse al objeto de su aficion. (El fue testigo de este espectaculo por dos veces.

„ La muger de un Tejedor, de edad de veinte años, se adornó con todo lo mas rico que tenia, y acompañada de sus parientes y amigos, descansó algun tiempo sobre el hoyo, en que se debia quemar, con un semblante muy tranquilo, hablando à los que venian á despedirse de ella, y comiendo hojas de betél. Seguia, con los movimientos de su cuerpo, la cadencia de la musica, que componia parte de esta lùgubre funcion. Nos avisaron en la Ciudad, y fuimos à toda diligencia, para llegar á tiempo. Discurrieron los asistentes, viendonos correr, que nos despachaba el Gobernador, para estorvar que se quemase aquella moza. Apresuraron la execucion; y quando llegamos, enterraban yá su cuerpo; porque cada pariente tiene una espuerta llena de tierra, con que la cubre á un mismo tiempo. Notamos que uno de entre ellos, se acercó al hoyo, y llamó á la muger por su nombre. Intentó persuadirnos à que habia respondido, y dichole que estaba contentissima con su suerte. Elevóse sobre el hoyo una poca tierra, dando toda la asambléa grandes señales de regocijo.

„ La otra muger que ví quemar, era de la Tribu de Campo-

Va-

TAVERNIER.

, Varo. Preparada como la antecedente, cantaba, acercandose à la , pyra , Bama Naria , que es el nombre de uno de sus Idolos , y , ella misma se arrojó al hoyo. Sus parientes , y amigos la cubrie- , ron de tierra ,y al punto el fuego la abrasò.

, Otro dia , que el Kutual , ò el Juez de lo Politico , esta- , ba en mi casa , vino la muger de un Platero á pedirle licencia , para quemarse con su marido. Respondiò, que examinase su , peticion; y passando con esfuerzo à disuadirla de semejante idea, , la ofreció cuidar de ella ; pero despreciando sus ofertas , y di- , ciendo que si podia negarla aquella licencia , no podia privarla , de elegir otro genero de muerte, efectivamente se ahorcò pocos , dias despues.) Este motivo es muy eficáz , particularmente en mugeres mozas , que se ven condenadas todo el resto de su vida á los horrores de la viudèz. Puede tambien concluirse de la relacion de Methold , no solamente que las mugeres se crian con ideas favorables al antiguo uso , sino que no se disgusta toda la Nacion de que se perpetúe.

Sobre la Nobleza de Golkonda , nos instruyen poco los Viageros. Dice Tavernier , que los mas grandes Señores son los que montan la guardia los Lunes , y que no los mudan hasta el octavo dia. Algunos mandan hasta cinco , ó seis mil caballos. Acampan bajo de sus tiendas , al rededor de la habitacion del Rey. Quando entran al exercicio , ván simplemente de sus casas al quartèl de asamblèa ; pero quando salen , llegan á pasar el puente en bellisimo orden , y siguiendo la calle mayor , vàn à la Plaza de Palacio , delante del balcon Real. Comienza la marcha por diez, ó doce Elefantes, segun el grado del Oficial , unos con sus Castillos , semejantes à la caxa de un coche , y otros cargados unicamente del hombre que los gobierna , y otro que lleva la vandera. Despues se siguen los camellos de dos en dos , ascendiendo su numero algunas veces à treinta , ò quarenta , cada uno con su silla, sobre la qual se sienta una culebrina pequeña, que un hombre vestido de ante, de pies à cabeza, colocado en las ancas del animal, con la mecha encendida en la mano , la rebuelve con destreza delante del balcon. Detrás de los camellos , se presentan todos los Palanquines del Señor , con su familia al rededor , á pie , seguidos de caballos de mano. Finalmente, el dúeño del equipage se presenta à caballo , precedido de diez , ó doce Cortesanas , que lo esperan al remate del puente , danzan , y saltan delante de él hasta la Plaza, cerrando el cortejo la Infantería y Caballería. Es tan magnifico este espectaculo, que teniendo el Autor su alojamiento en la calle mayor durante su mansion de tres ò quatro meses en Bagnagar , todas las semanas procuraba verlo.

El uniforme del País son tres , ò quatro varas de lienzo , con

que

que se cubren por delante, y por detràs el cuerpo. Llevan largo el cabello, cogido con un nudo sobre la cabeza, como las mugeres, con un pañuelo de lienzo de tres puntas, una que cae en medio de la cabeza, y las otras dos que se atan en el cogote. En lugar de cimitarra, á la Persiana, llevan una espada larga, con que hieren de punta, y de corte, pendiente de un cinturon. Los cañones de sus mosquetes son mas fuertes que los nuestros, por ser el hierro mejor, y mas limpio. La Caballería está armada de arco, y flechas, de rodela, y hacheta con morrion, y cota de malla, pendiente desde el morrion hasta la espalda. TAVERNIER.

Presentase el Rey ordinariamente en su balcon, desde donde pasa como revista á las Tropas que bajan por alli de la guardia. Algunas veces señala el mismo dia para administrar justicia al Pueblo, y todos los que por curiosidad, ó interès concurren à la Audiencia, se mantienen de pies enfrente del balcon. Entre el Pueblo, y la muralla de Palacio, se clavan, en tierra, tres filas de palos, de la longitud de media pica, en cuyo remate se atan cuerdas, que cruzan una sobre otra, formando una especie de barrera, la que no se permite pasar, sin ser llamado. Es tan larga, como la Plaza; y frente à frente del balcon, queda una abertura para el paso. Entonces dos hombres, que tienen cada uno la punta de una cuerda tendida en aquel espacio, la bajan, para admitir á los llamados. Un Secretario de Estado que se mantiene en la Plaza, debajo del balcon, recibe los memoriales: luego que ha recibido cinco, ò seis, los mete en un talego, que un Eunuco, puesto en el balcon delante del Rey, echa con una cuerda, y tira inmediatamente de ellos, para presentarlos al Monarca.

Fin del Tomo XV.

TA-

TABLA

DE LOS CAPITULOS, Y PARAGRAFOS CONTENIDOS en este Tomo Decimoquinto.

SIGUE EL LIBRO SEGUNDO.

VIAGES DE LOS FRANCESES A LAS INDIAS ORIENTALES.

PARRAFO VI. Palacios, Guardia, Oficiales, Mugeres, y Haciendas del Rey de Siam. Usos de la Corte. Pag. 1
§. VII. Talapoines, y sus Conventos. Religion, y Exequias de los Siameses. 9
§. VIII. Historia Natural. 22
§. IX. Lengua vulgar, y sabia de Siam. 34
Viage de Agustin de Beaulieu á las Indias Orientales. 36
Descripcion de la Isla de Sumatra. 61
Viages de Fernando Mendez Pinto. 79
§. I. Primera fortuna de Pinto, y su partida para las Indias. 81
§. II. Correrías, y aventuras de Pinto con Antonio de Faria. 93
§. III. Expedicion singular de la Isla de Calempluy. 122
§. IV. Desgracias de Pinto en la China, y en la Tartaria. 138
§. V. Vuelta del Autor à las Indias despues de su esclavitud. 164
§. VI. Continuacion de las aventuras de Pinto, y su vuelta á Lisboa. 227
Extracto de los Viages del Conde de Forbin. 248
Relacion de las revoluciones sucedidas en Siam en 1688. 292
Suplemento á la Relacion antecedente. 308
Ultimas explicaciones sobre la suerte de los Franceses de Siam. 315
Suplemento á la Descripcion de los Reynos de Laos, y de Camboya. 319
Suplemento al Viage de Beaulieu. 325
Rumbo que se debe seguir para pasar los Estrechos de Malaca, y de Gobernadour. 331
Viage de Dellon á los Establecimientos Franceses de la Costa de Malabar. 333
Viages á las Minas de los Diamantes de Golkonda, de Visapour, y de Bengala. 351
§. I. Viage de Guillermo de Methold. 352
§. II. Viages de Tavernier á las Minas de los Diamantes. 356
§. III. Reyno de Boutan, de Tipra, y de Asem. 380
Reyno de Tipra. 386
Reyno de Asem. 387
Descripcion del Reyno de Golkonda. 391

FIN.

